

860-8

I
I-30

Literatura

Verso y Prosa

por

Mateo Alonso del Castillo y Pérez
(Tamoe)



R

108330

La Laguna de Tenerife
Imp. de Narciso de Vera
1924

604987187

Verso y Prosa

Manuscrito de la Real Academia de la Lengua Española
(Lengua)



108230

Manuscrito de la Real Academia de la Lengua Española
108230

J'50 - 160
J'00



Mateo Alonso del Castillo y Pérez

A decorative flourish or signature mark consisting of several loops and curves, positioned below the name.



¿Prólogo?....

No lo merece mi trabajo, tan pobre en calidad como rico en cantidad. Mis siete u ocho periodiquitos, entre los que figuran los primeros que al estilo moderno se publicaron en mi querida Laguna, y el ser tan viejo en estas lides, explica la abundancia de material, especialmente en prosa: seleccionar es ímproba tarea; ordenar es imposible. Los versos, tal como figuran en mi antiguo cuaderno de apuntes: la prosa, bajo los rubros «Varios» y «Pro Laguna», la integran escritos sin enlace, sin hilación ni dependencia.

A quien reconoce sus imperfecciones, por delicadeza y por generosidad, se le debe juzgar con benevolencia, con la benevolencia que siempre solicitan los oradores sin jactancia.

Este libro—que no tiene más objeto que servir de recopilación a lo escrito en mi ya larga vida, en ofrenda a los que considero mis amigos—por estar falto de pretensiones, ni siquiera ha de tener mérito bajo el aspecto tipográfico, ya que, aun contra la voluntad del inteligente y bondadoso editor, todo, por exigencia mía, ha de ser sacrificado en la imprenta al espa-

cio, a la rapidez, a la confección en maremagnum y con caracteres y formas tipográficas diversas.

Por si, contra de lo que espero, hubiere críticos despiadados, consignaré otro defecto que pudieran advertir: la repetición en diferentes composiciones de una misma idea, de un mismo pensamiento fundamental. Si intentara defenderme, recordaría la erudita y célebre contienda sostenida en tiempos del gran Valera sobre la originalidad y el plagio, y añadiría aquel conocido aforismo de

*«o los míos no critiques
o dá los tuyos a luz.»*

Allá vá, para concluir, mi único PRÓLOGO, tal como aparece en el viejo cuaderno mencionado:

I

*El Duque de Rivas dice
que es poeta de verdad
quien piensa alto, siente hondo
y habla con gran claridad...
Tan altas dotes no busquéis aquí;
baste afirmar que escrito está por mí.*

II

*Es todo lo aquí escrito
insulso, muy vulgar, sin poesía ..*

*¡No lo borro, que abunda el sentimiento,
ya que habla el alma mía!*



V E R S O S

Al Papado

Coloso nunca vencido,
del bien alzas los pendones
contra el mal; y las facciones
jamás te ven abatido.
Ante tu virtud rendido
al orbe siempre hallarás;
con la fe santa pondrás
dique a la ignorancia. ¡Oh sol,
que al noble pueblo español
no falte tu luz jamás!

Sevilla, 1897.

La Cruz

Ante la Cruz debe postrarse el mundo;
ante la Cruz, porque ella sola encierra
un misterio de amor, el más profundo.
Donde la Cruz no está, la luz no impera,
la luz de paz y dicha verdadera.
El árbol de la Cruz
es cátedra do al mundo habló Jesús.
¡Infelices los hombres que no atienden
a las verdades que de allí descienden!
En la ignorancia vivirán sumidos
con los seres abyectos confundidos.

Sin primavera

Tornar vé el hombre vida y lozanía
al mustio campo do el invierno impera;
vé reinar con la grata primavera
la hermosura, el encanto y la alegría.
Entonces los espacios de armonía
hace vibrar gozosa la parlara
ave pintada, cual si audaz quisiera
ser eco fiel de tanta poesía.
¡Y el que siente y admira la belleza
que al mundo presta la estación florida,
si platea la nieve su cabeza,
que es signo del invierno de la vida,
vé revivir el orbe y su grandeza
mas no tornar la juventud perdida!

A una coqueta

Tienes para todos
graciosas sonrisas,
tienes de los ojos
dulce la mirada;
mas yo te aseguro
que no tienes nada,
si el alma no es centro
de morales brisas.

Las Campanas

Suenan las campanas
y su vibración
dá notas diversas
para el corazón.

Dicen las campanas
al que ha fe y practica:
«En el cielo tienes
tu mansión más rica.»

Para el extraviado,
a cada momento
sonido es que activa
el remordimiento.

Las campanas dicen
a quién ha esperanza:
«Es el cielo centro
de la bienandanza.»

Los oídos hieren
del desesperado...
¡La armonía, en ruido
para él se ha tornado!

Dicen las campanas
al caritativo:
«El fuego más santo
tú mantienes vivo.»

Muy tristes advierten
siempre al egoísta:
«No elevés al cielo
tu efímera vista.»

Y dan las campanas,
con su vibración,
notas desiguales
para el corazón.

Reflexiones

¡Qué sociedad! Los fátuos la dirigen
y en ella ejerce el necio su influencia;
a la opinión los atrevidos rigen;
domina por doquier la inconsecuencia.
¡El hombre culto y de honradez probada
no puede hallar aquí feliz morada!

La Felicidad

Casi al borde del sendero
descansaba un labrador,
contemplando placentero
a un hijo, hermoso lucero,
que jugaba en derredor.

Muellemente reclinado
en un lujoso carruaje,
con el semblante nubiado,
marchaba triste, abismado,
un singular personaje.

— ¡Feliz! — pensó el campesino
al gran señor envidiando.
— ¡Cuán feliz es su destino! —
viendo al grupo peregrino,
dijo el prócer suspirando.

Y al mismo tiempo una zagala hermosa,
esta copla cantaba quejumbrosa:
La felicidad anhelo
y no la puedo lograr:
¿eres sólo una ilusión?
¿Existes, felicidad?

A doña María Olivera de Pimienta

Publicado en el día de su muerte.

De su hogar era gala y ornamento
que a todo daba vida y alegría;
flor que con su belleza y lozanía
alejaba del ánimo el tormento.
El dulce reposado y tierno acento
se convirtió en murmullo de agonía:
Marchita es ya la flor, ¡terrible día!
¡Se transformó la dicha en sufrimiento!
.....
¡Seres que os alejáis de tal querube,
calmad vuestro dolor y vuestro llanto!
Tras de la niebla, de la densa nube
que al limpio sol oculta como un manto,
perfume exhala la virtud que sube
y se oye arrobador, místico canto.

El monte de las Mercedes

Corona el amplio valle
de mi Laguna
un monte prodigioso
de beldad suma.

Hasta los cielos llega
su verde oscuro;
¡inspirado me siento
cuando allí subo!

Allí del desengaño
no crece el fruto;
allí de la falsía
la voz no escucho.

Un augusto silencio
solemne impera,
hasta que brisa suave
su rumor lleva.

Entonces mil preludios
se oyen alegres
entre unas notas graves
y otras más leves.

Es que la aurora llega;
es que le cantan
haciendo mil prodigios
con su garganta,
los pájaros canarios
los capirotos,
la calandria saltando
de brote en brote.

Cuando surge imponente
la tempestad,
cuando ruge implacable
el huracán,

los árboles gigantes
su copa inclinan
y anuncian la tormenta
que se avecina;

los pájaros medrosos
buscan su nido,
o se mueven inquietos
sin rumbo fijo:

suenan como en caverna
la voz del trueno,
y la luz del relámpago
finge el averno:

y al abrirse del cielo
las cataratas,
las fuentes, los arroyos
con furia saltan.

Todo es allí grandioso,
todo imponente,
¡del Hacedor lo inmenso
las almas sienten!

Si la calma domina,
contempla absorto...
¡Es paz que al pecho brinda
rico tesoro!

Si se imponen soberbias
las tempestades,
su desorden ordena
notas iguales.

Notas que al cielo suben,
que el hombre envía
al que puso en la tierra
selvas umbrías.

¡Oh! Visitad el Monte
de las Mercedes,
si el alma en lo sublime
penetrar quiere!

Mis elogios

Por elogiar al bueno y al patriota,
de adulator me tilda don Andrés.
Yo pregunto: mi elogio ¿qué lo inspira?
¿el mezquino egoísmo? ¿el interés?

.....
Si mi conciencia sólo al bien se obliga,
¡qué ha de importarme lo que el necio diga!

Plantas exóticas

En la región que habito,
intenté de otros climas trasplantar
flor cuyo aroma suave y exquisito,
delicia fuera de mi hogar bendito,
y apenas pude mi intención lograr.

En mi abatido corazón, que aliento
quiere alcanzar del grato sentimiento
que brota de firmísima amistad,
una y mil veces la amistad planté
y único fruto el desengaño fué,
¡quedando así burlada mi ansiedad!

El periodista

Al que lo es notabilísimo,
D. Adolfo Febles Mora.

Propagador asiduo de la idea;
obrero forjador del pensamiento
que en su noble labor siempre utiliza
de Gutemberg el prodigioso invento.

Si el concepto que crea y que propaga
en las leyes del bien está basado;
si lo expresa con brío y donosura
y a ser nuncio de paz va encaminado;
merece que los pueblos le tributen
aplausos mil, cariño singular,
ya que su acción fecunda y redentora
es fuente de cultura y bienestar.

No era feliz

En el jardín frondoso y aromático,
bella alegre y feliz se trasladaba
como mariposilla juguetona
de un punto a otro, entre rumores vagos,
la niña de mis sueños.

Las flores, a su paso, se creyera
que acatamiento y culto le rendían,
ya que su tallo brisa rumorosa
suavemente inclinaba.

A distancia, tal cuadro encantador
dispertó mil delicias en el alma....
es la felicidad que se aproxima,
la hermosa juventud.

Ya percibo sus ojos seductores
que la belleza de las flores nubla....
más los cercan dos perlas... es que llora
la niña de mis sueños.

Viernes de Dolores

El viernes de Dolores
era en mi hogar de dicha y alegría;
murieron mis amores
y hoy, como dice el nombre, así es el día.

Sevilla, marzo de 1901.

Entronización del Corazón de Jesús

A las Stas. de Clavijo y Espinosa

¡Entronizar al Corazón deífico!
¡qué bello pensamiento!
¡Levantarle un altar, rendirle culto
En el hogar doméstico!
en el hogar donde imperaron gratos
los amores más puros;
tan lleno de recuerdos que hoy mitigan
las hosquedades del destino duro.
Colocar en un sitio preferente
la hermosa Imagen del Pastor agosto,
es rendir al amor de los amores
el más sublime y cariñoso culto.
Es acudir al foco luminoso
de universal amor,
es llevar al invierno de la vida
brillante luz del portentoso Sol.
Es enlazar con broche de oro fino
el presente fugaz
con el futuro de alegrías lleno
dó tiene el Dios de amor místico altar.
Por eso os felicito, dignas damas;
por el culto ferviente
que convierte desde hoy a vuestro hogar
en templo santo, en castillo fuerte.
Fuerte para luchar con los que a Cristo
pretenden impedir
que infunda sus dulcísimas doctrinas.
¡Las únicas que al hombre harán feliz!

Contemplando un arroyo

Chocando van las aguas cristalinas
contra las duras rocas,
cual pugnan con el triste desengaño
las ilusiones locas.

La vida del que marcha en desacuerdo
con la eterna verdad,
es arroyo agitado que remeda
perpetua tempestad.

La del que es bueno,
semeja bello lago
dulce y sereno.

Como quiero vivir

Quiero vivir creyendo que en la tierra no impera la maldad, que suave amor extiende por doquier su influjo fraternal.

Quiero creer que en el jardín del mundo no existe la falsía; ni que filtran traidoras sus raíces villanas felonias.

Quiero afirmar también que no prospera el feroz egoísmo; ni la venganza, ni rastrera envidia lucen su tallo altivo.

Que no hay espacio donde alzar intente su imperio la traición; donde pueda exhalar el desengaño perfume destructor.

Que en el cuadro grandioso en que admiramos a la Naturaleza, la duda no campea y la calumnia su adusta faz no muestra.

Que entre flores y arbustos jamás crece la desconfianza triste, que aleja traicionera la ventura de los seres felices.

El odio y el rencor de horribles formas que no esparcen sus ramas, impidiendo el crecer de otros afectos tan gratos para el alma.

Quiero vivir creyendo en la amistad, creyendo en la virtud; quiero vivir creyendo en la justicia del bien potente luz.

Quiero vivir creyendo en la inocencia, creyendo en la hidalguía; quiero vivir comunicando al triste mis propias alegrías.

Quiero vivir ligado por el lazo de caridad bendita con cuantos seres en el mundo hallare, mientras dure mi vida.

Quiero vivir constante en las ideas que predicó Jesús,

practicando sublime la doctrina del Mártir de la Cruz.

Quiero además juzgar y ser juzgado sin funestos prejuicios: si malo, cual perverso; y si creyente, cual defensor de Cristo

Dejad que albergue el pecho atribulado tan gratas ilusiones..... ellas le dan aliento, tornan ellas los abrojos en flores.

Vano intento

Poetas, lo que digo a nadie asombre, si conoce el impulso sobre humano que el pensamiento ejerce cual tirano sobre la frágil voluntad del hombre.

No por afán de gloria ni renombre, que a tanto no aspiró mi intento vano, quise admirar el triunfo soberano de un poeta inmortal de ilustre nombre: unas alas fingí, forjé ilusiones, y oculto tras vulgares creaciones, de las musas logré pisar los lares. ¡No pude penetrar, inútil dolo! Me faltaban el estro de un Zerolo y el dulce discreteo de Tabares.

A La Laguna del Cristo

Es el Cristo tu escudo y estandarte, le aclamas por tu rey y tu señor, le invocas en el día del dolor y pruebas mil te dá de mucho amarte.

Puedes en su bondad siempre fiarte y darle tiernas muestras de tu amor; El premia y corresponde a tu fervor; ¡haces bien, patria mía, en ufanarte! Esclava de tal dueño te proclamas, ciudad ilustre de preclara historia, de La Laguna el Cristo tú le llamas.

¡Nunca apartes su faz de la memoria! Ese ser dolorido que tanto amas, llena el ancho universo con su gloria.

En la velada pro Zerolo

A su afligida familia.

Yo no puedo traer a esta Velada
nuevos conceptos, frase laudatoria
que no haya resonado enardecida
del llorado poeta a la memoria.

Ni es lícito negar sin ser ingrato
mi modesto concurso al Ateneo,
que tanto estimo y que me ha honrado tanto,
cuya prosperidad siempre deseo.

Imploro de las musas el auxilio
y ellas se muestran frías, desdeñosas,
ya que en la mente, antes creadora,
sólo campean notas dolorosas.

No surgen pensamientos elevados
para encomiar, con brío y galanura,
las altas cualidades que adornaban
del laureado vate la figura.

Que ensalcen los demás méritos tantos,....
sólo puedo ofrendar humilde flor
que mis lágrimas riegan, y asociarme
a los que por él sufren cruel dolor.

A un obrero anarquista

Detente si es posible, pobre obrero;
aplaca tu rencor empedernido
un instante no más; y enternecido
oye la reflexión que hacerte quiero.

Obedeciendo aqueso impulso fiero,
penetra en el santuario bendecido;
destruye lo que el arte ha producido;
has imposible el culto verdadero.

Rompe la imagen de la Madre amada
que invoca el pobre en su cruel tortura:
mas respeta esa efigie venerada!

¡Fíjate en ese rostro de amargura!
¡Es del Cristo que, allá en la Cruz sagrada,
del esclavo templó la suerte dura!

Sevilla, 1901.

Mal y remedio

Furiosas hordas de procaz lenguaje
que insultan, que denuestan, que vocean
y en crímenes horrendos se recrean,
se mueven en soez libertinaje.

A la vida social con su bagaje
la trastornan, agitan y malean,
y acuden furibundas, si pelean,
a la bomba, al incendio y al pillaje.

En defensa del pueblo que padece,
en pró del indefenso ciudadano,
¿qué se opone a ese mal que avanza y crece?...
¡Se aplaude y glorifica al inhumano
y a la Iglesia de Cristo se escarnece!
¡Medita, pobre pueblo soberano!

12 de octubre

Una fecha que siempre al pecho aporta
sentimiento de noble patriotismo;
recuerdo de grandeza y de civismo
que al decaído espíritu conforta.

Desfilan por la mente enardecida
la figura sublime de Colón;
la de Isabel, de magno corazón,
su protectora augusta y decidida.

La del grupo entusiasta, bravo, heroico
que, en frágiles barquillas, arriesgó
su existencia, y con ello realizó
lo más difícil del gran hecho histórico.

Y percibe la mente soñadora
los efectos sublimes de la empresa:
de un mundo nuevo toda la grandeza
que hoy tantos pueblos libres atesora.

Memora que la lengua cervantina,
tan sonora, expresiva y majestuosa,
fué el medio transmisor, nota armoniosa
de la idea fecunda y peregrina...

Mas otra idea aquesta fecha evoca:
la de la unión de pueblos soberanos
que quieren abrazarse como hermanos.

A mis Conchas

La Cruz Roja

Después de Dios y de la Virgen Santa,
hermana e hija mía,
vosotras sois lo que a mi ser encanta,
mi bien, mi poesía.

Siempre ¡oh hermana! en la niñez consuelo
pródiga me prestaste;
con fraternal amor, amargo el duelo
de la orfandad templaste.
Cual en pretérito, en el presente triste
sigues siendo mi amparo;
sin tí riqueza, honores, cuanto existe,
con la nada comparo.

Mas ¡ay! que ya no formas la esperanza
del triste porvenir;

que poco en él nuestra existencia alcanza,
¡pronto hemos de morir!

Pronto desde esta vida miserable
el uno al otro en pos,
dejando lo falaz y lo mutable,
iremos hácia Dios.

Para alcanzarle es necesario apoyo,
oración, caridad,
y de ellas será fuente, será arroyo
de otros la voluntad.....

El futuro eres tú, hija adorada,
al par que eres presente,
eres la aurora bella, sonrosada,
eres el sol naciente.

¿No es verdad que al cesar nuestra existencia,
al Cielo pedirás

que nos acoja y mire con clemencia,
dándonos dulce paz?.....

¡Si tu plegaria quieries llegue al Cielo,
sé siempre en la virtud vivo modelo!

Diciembre de 1900

A la Comisión de
La Laguna.

¡Hermosa institución! Cuando en la tierra
no impera la bonanza, ni hay auroras
que anuncien con sus luces seductoras
radiante sol que la belleza encierra;
cuando del valle a la elevada sierra
las agitadas masas bullidoras,
con perversas ideas destructoras,
a todo lo que es bien declaran guerra;
grandiosa se destaca en la contienda
enarbolando celestial bandera,
y de sus hechos la inmortal leyenda
es de la paz sublime mensajera.
¡Bendita su misión! Humilde ofrenda
hoy le consagra mi canción sincera

Los niños muertos

En una de las tapias
del cementerio,
arrancando en columnas
desde los suelos,
se ven formando grupos,
nichos pequeños,
donde duermen los niños
el sueño eterno.

Si por allí transitan
los forasteros,
al ver aquel conjunto
poco severo,
olvidan que visitan
un cementerio
y creen que en los huecos
muy placenteros
anidan los canarios
y algún jilguero.

Y es verdad, porque alegres
allá en el cielo
vuelan, cantan y trinan,
libres de duelos,
haciendo las delicias
del Dios eterno.

Alegrías de un viejo

En la edad avanzada
las alegrías
son nubes que embellecen
las lejanías:
son aguas puras
que en su curso no alteran
las rocas duras.

Horrible contraste

Insultado por las turbas
y la imbécil soldadesca
maltratado, escarnecido,
va el defensor de la Iglesia;
su vida corre peligro,
su martirologio empieza;
aquí le hiere un malvado
de perversidad emblema;
allí un insulto feroz
por los ámbitos resuena;
¡nadie intenta socorrerle,
ninguno a su auxilio llega!
¡ya no hay piedad en el mundo,
ya no hay justicia en la tierra!
¿Pero por qué se le oprime,
por qué a ese extremo se llega?
Debe ser muy criminal
y por su crimen y afrenta,
se le veja, se le ofende,
se le impone acerba pena,
se le amenaza de muerte
por la alegre soldadesca.
<Es enemigo del pueblo,
>es firmísima cabeza
>de la reacción que al mundo
>dá obscuridad y tristeza;
>es hipócrita, embustero,
>de la sociedad vergüenza;
>es, en fin, un jesuíta,
>un farsante de la Iglesia>.
Así gritaban las turbas
en desatentada gresca
por las calles de Lisboa,
según nos dice la prensa,
a la par que también dice
que con viril entereza
esas mismas *libres* masas,
descubiertas las cabezas,
acclamaban a Ferrer,
el de la Escuela Moderna,
donde perfiló Morral
sus *salvadoras* ideas;
centro donde al anarquista
se le ampara y se le enseña
que debe odiar a los ricos
y a la humanidad entera,
arrancando de su alma
las creencias halagüeñas

que le afirman que hay un Dios
que su pobreza consuela,
que ha de premiarle con gloria
sus desdichas y sus penas;
escuela donde a la Patria
se denigra y se detesta;
donde se odia al militar,
que dá su vida en defensa
del honor de nuestra España
y su gloriosa bandera.
Donde se fabrican bombas
que cuando horribles revientan,
siembran la muerte, el espanto
y el terror por doquier llevan.
¡Qué contraste! Al Jesuíta
que ciencia y virtud enseña,
practica la caridad
y es del saber luz y emblema,
se le execra, se le arroja
cual si un asesino fuera;
y se protege y ampara
al anarquista, a la fiera
que hace imposible la vida
en las ciudades modernas
con sus bombas, con sus crímenes,
con sus turbulentas huelgas.
¡Oh pueblo! estudia, medita,
rompe la horrible cadena
con que te aprisiona y vence
la engañadora sirena
de una falsa libertad
y de una extraviada prensa.

A Paco Pinto

En el aniversario de su muerte.

Pasa el tiempo fugaz y la memoria
de los seres que fueron en el mundo,
va siendo cada vez menos notoria;
se hundirá del olvido en lo profundo.
Sólo en página breve de la Historia
logra vivir el genio más fecundo...
En ella ocupa un sitio preferido
tu nombre por la patria distinguido.

Ni tanto ni tampoco

Vierten llanto de amargo desconsuelo
 lo mismo en las regiones del naciente
 que en las que el Sol alumbró decadente,
 los seres peregrinos de este suelo,
 ensalzando un amor, y con anhelo,
 si es poeta el que gime, muy doliente
 cantos entona en su dolor ardiente
 expresando lo inmenso de su duelo.
 El amor maternal es el asunto
 que inspira de esos cantos la armonía,
 y que es digno de serlo bien barrunto.
 ¿Y el amor paternal del alma guía,
 —a tirtos y troyanos les pregunto—
 ¿eshumo que se esparce? ¿flor de un día?

Noche buena

Noche de Navidad, bendita noche
 en que la tierra de rodillas vela,
 en que los cielos sus primores lucen,
 y en espíritu se unen cielo y tierra!
 noche de maravillas portentosas,
 noche de amor, de paz, ¡bendita seas!

24 de Diciembre de 1911.

¡Funesto error!

Del Ter en la ribera encantadora
 contra el patrono clama el pobre obrero,
 se muestra en su actitud terrible, fiero
 empuñando la pica destructora.

Ya por amor la protección no implora.
 Tornándose del odio en mensajero,
 quiere imponer su triunfo pasajero
 por el terror de muerte asoladora.

No advierte el desdichado en su locura
 que el ideal a que con ansia aspira,
 no lo obtendrá jamás el que odia y jura.

Si en destruir su proceder inspira,
 aumentará su ruina y desventura
 sin alcanzar el bien porque delira.

Sevilla, Abril de 1901.

Sicilia y Calabria

Con motivo de un acto celebrado
 por la Cruz Roja.

Un cielo azul sereno y esplendente;
 una fértil campiña engalanada
 por la pródiga mano que de nada
 hizo surgir un mundo sonriente;
 pueblos en la campiña floreciente
 que la mar acaricia sosegada,
 do disfruta de vida regalada
 la más tranquila y laboriosa gente.
 ¡Ese bello pensil del mundo encanto,
 hoy está sumergido en triste duelo!
 ¡ruina, desolación, muerte y espanto!
 Sólo puede llevar dulce consuelo
 una deidad de portentoso manto:
 ¡la santa caridad, lumbre del cielo!

A España

Quién, ¡oh España!, tu suelo delicioso
 riega con sangre tanta. ¿Quién impío
 hoy destruye tus pueblos, en su brío
 demostrando furor vertiginoso?
 ¿Quién arrasa los campos que el honroso
 agricultor sembrara? ¿Quién bravo
 pretende aniquilar el poderío
 que te resta de tiempo más dichoso?
 Será que recordando el extranjero
 tu valor de otro tiempo, ahora intente
 vengarse destruyéndote altanero?.....
 ¡Ah nó! La causa del dolor presente,
 los que a mí me desgarran, por quién muero,
 mis hijos son, que nó la extraña gente.

1873.

Infeliz

Si a tu desdén basara la virtud,
 en tu loor templara mi laúd.

Sé ya que no es así
 y mi afecto en desdén trueco por tí.

¡Triste Ocaso!

La esperanza, como ave que del Cielo
desciende a nuestro suelo,
quiere en las almas colocar su nido
y prestarles vigor y dulce calma.
¡desgraciada del alma
que a tan grato reclamo no da oído!

Muchas veces la diosa venerada
su mística morada
quiso hacer en mi pecho, misteriosa;
y templo halló y aliento, al par, mi vida.
¡Hoy la deidad querida
se torna de insistente en desdeñosa!

En el oriente de la vida, cuando
por doquier derramando
placeres, ilusiones y alegría
parece que halla el hombre la ventura,
acude con premura.
¡Se aleja del ocaso en la agonía!

¡Siempre con honra!

Mentís los que por odio o por sistema
juzgáis la noble España deshonrada;
que si vencida fué la patria amada,
morir por el honor siempre es su lema.
Por él en Zaragoza heroica extrema,
lo mismo que en Numancia celebrada,
el proceder que Europa vió asombrada:
hoy igual solución a igual problema.
Ved la marina: en desigual batalla
dá hermoso asunto a página gloriosa:
romper intenta formidable valla
abordando a una escuadra poderosa,
y en los abismos insondables halló,
por no entregarse, muerte dolorosa.
La batalla en Caney fué muy honrosa;
unos cuantos soldados
luchan con enemigos triplicados.
De heroísmo y honor España es templo:
¡en Baler y en Cascorro está el ejemplo!

El Balcón Triste

A Patricio Estévez,

Entre pinos, almendros y eucaliptus
se destaca la casa señorial,
y el antiguo balcón que se descubre
domina un panorama singular.

Adorna aquel balcón amplio y airoso
la niña esbelta de cabello rubio,
cuya presencia esparce la alegría
al percibir del campo los efluvios.

Hoy la tristeza aquel paisaje evoca . .
está el almendro, el pino y el balcón:
mas no le adorna con su faz divina
la niña rubia a quién la muerte hirió.

La Cruz

Símbolo de ignominia y de baldón
fué siempre para el pueblo deicida,
hoy para el mundo sacrosanta enseña
de progreso y de vida.

Contrastes del ¿Quo vadis?

En el cine.

Sobre las catacumbas, las orgías,
de Nerón los banquetes vergonzosos;
en ellas, los impulsos generosos
que hablan de placenteras lejanías.
Arriba sufrimientos y agonías
de los viles esclavos, bochornosos;
abajo los conceptos armoniosos
de placidez y dulces alegrías.
Del amplio circo en la imperial tribuna,
Nerón preside la horrorosa escena,
do pueblo y fieras la crueldad aúna....
Y en tanto Pedro de consuelos llena
el alma del que logra la fortuna
de oír su voz dulcísima y serena.

Impresiones

Al Ateneo de La Laguna en
el acto de su inauguración.

Si el tiempo inexorable mi cuerpo abate,
el espíritu firme sufra su embate.

Me parece que el tiempo no ha transcurrido;

¡Porque siento el espíritu fortalecido!

Como en dulce consorcio se une en la mente

el pasado halagüeño con el presente,

me parece que escucho tiernos acentos

que a la existencia triste le dan alientos.

Verdad que aquí me animan dos ilusiones

De esas que siempre ensanchan los corazones:

Ilusión de ser joven, de ser poeta...

¿Habrá para el que es viejo mejor receta?

Siento inundado el pecho de intenso gozo;

¡Este rincón semeja del cielo un trozo!

Vuestro mandato atento e imperativo

es para la tristeza gran lenitivo;

yo lo acepté gustoso, con toda el alma...

¡Disfruto en este instante tan grata calma!

Auras consoladoras aquí dominan

y a su influjo, ideales bellos germinan;

ideales hermosos que al hombre elevan

y progreso y ventura por doquier llevan.

Aquí luce sus galas la poesía

y sienta sus reales la cortesía.

Percibo el predominio de la elocuencia

recomendando a todos virtud y ciencia.

Llena está de armonías la bella estancia;

y las flores embriagan con su fragancia.

Y es en aqueste sitio rico ornamento

la mujer, ¡la heroína del sentimiento!

¡Cuánto garbo y donaire, cuánta belleza!

¡Aquí recibe culto naturaleza!

¡Oh, juventud florida, sol refulgente;

Primavera que embriaga, alegre oriente;

mis plácemeste envío, mi enhorabuena,

¡Que siempre halles la vida, de dichas llena!

Jóvenes fundadores del Ateneo

que aquí venís buscando ciencia y recreo;

los que no habéis sufrido los desengaños,

¡el fruto más amargo que dan los años!

dejadme que termine con un consejo,

siguiendo la costumbre de todo viejo:

ahuyentad la discordia de vuestro centro:

¡atrancad bien la puerta; no vuelva dentro!

No laboréis el campo de la política,

pues sólo dardos dona su acerba crítica.

Honrad a los que dieron honor y gloria
a las hermosas páginas de nuestra historia.

No olvidéis la doctrina del Nazareno

que está el jardín del mundo de espinas lleno.

Amad siempre a la patria, la noble España,

a la que el infortunio bate con saña.

Querred mucho a esta noble vieja Laguna,

que hoy no recibe el beso de la fortuna.

Nunca olvidéis la estrofa del dulce Cano,

dejad que la repita, de ello me ufano..

A quien nos crió al nacer

nadie por anciano deja...

una patria nos dió el ser;

cuanto más pobre y más vieja

más se le debe querer.

Enero 22 de 1905.

El "muera España" de las turbas catalanas

La región que en sus pensiles

abarca tantas bellezas;

la que hazañas y proezas

cuenta en su historia por miles;

hoy vé que las turbas viles

maldicen la patria amada:

¡cuando escribió entusiasmada,

por dignificar a España,

de Castillejos la hazaña,

De Gerona, la jornada!

Mayo de 1901.

¡Murió Campoamor!

El sublime inventor de las «Doloras»

que en «Pequeños poemas» alzó el vuelo

llegando a las regiones soñadoras,

que son para el poeta hermoso cielo;

el que en endechas tiernas y sonoras

al mísero mortal brindó consuelo,

¡triunfó de la materia desvalida

volando a la región de eterna vida!

1901.

Año Nuevo

Es la ilusión arcano que sostiene
 la mísera existencia,
 es sol que vivifica, luz que brilla,
 es perfumada esencia
 Cuando abatido el ánimo parece
 que todo le es hostil
 y en huracán violento se transforma
 la brisa antes sutil;
 cuando no se percibe nada grato
 en el vasto horizonte
 que circunscribe árida campiña
 y desolado monte,
 recibe el alma la cortés visita
 de mística deidad,
 que le ofrece tornar en bienandanza
 la triste realidad.
 Si se muestra sumisa a la influencia
 de la ilusión querida,
 podrá vencer los múltiples obstáculos
 que amargan esta vida:
 más cuando esquivo la deidad le niega
 su dulce protección...
 sometido al terrible desengaño,
 sucumbe el corazón.

.....
 ¡Año nuevo! Fuente eres de ilusiones
 para la juventud,
 como de desengaños y tristuras
 para la senectud...
 ¡Nos resta aún el eternal consuelo!
 Con él se torna en dicha todo duelo.
 Con él no hay ilusión ni desengaño...
 si se logra alcanzar, ¡qué feliz año!

De actualidad

Romper cristales, incendiar conventos,
 gritar que mueran Tirios o Troyanos,
 simular procesiones con jumentos
 e insultar a indefensos ciudadanos,
 en el Siglo feliz de los inventos
 dicen que es libertad, amor de hermanos...
 Y eso, sea en Portugal, España o Francia,
 es signo de barbarie y de ignorancia.

Al casino Brisas del Teide

A mi amigo Isaac
 Cabrera y Díaz,

¡Brisas del Teide!; nombre sugestivo
 que hace brotar, cual de tranquila fuente,
 sentimiento, que el alma reverente
 allá en su arcano guarda siempre vivo.

Brisa que emana del Echeyde altivo,
 que se yergue soberbio y esplendente,
 viene impregnada de su fuego ingente
 y hace del corazón su fiel cautivo.

Brisa que es todo amor, amor sublime
 por el que el hombre llega al heroísmo;
 amor que dignifica, que redime;

amor que el mundo llama *Patriotismo*,
 ¡Nadie de su influencia aquí se exime,
 que este Centro es modelo de civismo!

Caridad

Hermosa flor que esparces tus esencias
 por los jardines místicos del alma,
 ¿de dó surge tu influjo portentoso
 que al dolor vence y la tristura encalma?

No fué de Grecia ilustre preceptora
 que dió al Arte belleza y perfección,
 como a la Ciencia soberano impulso
 de sus famosos sabios la legión.

Ni de Roma que extiende el suave yugo,
 por el mundo que logra conquistar,
 del Derecho, e introduce novedades
 en las Artes, tan dignas de admirar.

Vestigios no ha dejado el mundo antiguo
 de tu influjo ¡sublime Caridad!...
 la esclavitud, el lujo y las pasiones
 los distintivos son de aquella edad.

¿De donde emanas, di, cuando comienzas
 a emitir tu radiante y pura luz?...

.....
 «Al verterse la sangre generosa»
 «que brotó del suplicio de la Cruz.»

A Málaga

Desde Gibralfaro

¡Oh Málaga la bella! Yo te admiro desde esta cima do fijé mi planta; en tu recinto encierras beldad tanta que arrancas de mi pecho cruel suspiro. Es que mi patria, por la cual deliro, también entre vergeles se levanta. ¡Cómo brota en el alma y se agiganta su recuerdo ante el cuadro que aquí miro! Mar, tierra y cielo para darte gloria disputanse adornarte y ser tu amparo, ¡ciudad famosa de brillante historia! Eres para el viajero hermoso faro ¡Cuán tenaz guardará la fiel memoria la impresión recibida en Gibralfaro!

A Rosarito Maury

Para su album.

Tu hogar, cual jardín ameno, exhala aroma sutil; tus virtudes lo perfuman, niña donosa y gentil.

La muerte

Mientras pensé que solo era la vida vergel de hermosas flores perfumado, edén dondê el espíritu extasiado escucha el canto que al placer convida.

Vi con horror la muerte tan temida, y al recordarla, triste, anonadado, creí perder un bien, el más preciado, a su empuje funesto y homicida.

Mas hoy que de la vida la experiencia me hace ver que las flores son abrojos, y sufro del destino la inclemencia: ¡Cuán distinta aparece ante mis ojos! No causa su venida la impaciencia, ni tampoco provoca mis enojos.

Al Rey Alfonso XIII

En el día de su jura.

¡Cuán bello es el presente! Por do quiera luces, flores, raudales de armonía; y viene a completar tanta alegría la juventud, la edad más placentera. Yo, que la Patria ver feliz quisiera, oro por el Monarca en este día; y al Cielo pido en la plegaria mía que le muestre la senda verdadera: La senda de virtud y de adelanto que borre del pasado la tristura: ¡La que el pueblo infelice anhela tanto! ¡Ay de España si el Rey sólo procura adular a las masas, o su manto cobija la funesta dictadura!

Madrid, mayo 17 de 1902.

¡Alerta!

En un rincón del jardín un hueco pude observar; flores venían a ocultar su fondo profundo y ruín. Desde que abarqué el confin de aquella boca entreabierta con el alma muy despierta por el borde transitaba.... ¡Sé lo que antes ignoraba! Con tu amistad vivo alerta.

1897.

X

¿Te admiras de que dude de cuanto existe?

Me fundo en la experiencia prosaica, triste:

¡Cuento los años, los meses y los días por desengaños!

Grecia y Europa

¡Rinda a Grecia la tierra su homenaje!
 ¿Quién ante su grandeza no se asombra?
 Al heroísmo dió su campo alfombra,
 y al Arte mil guirnaldas de follaje.
 En su preclara historia no hay pasaje
 que no proyecte luz y aleje sombra:
 griega es la Ciencia, en griego se la nombra,
 ¡al mundo ofende quien a Grecia ultraje!
 En su presente angustia a Europa llama.
 ¿Será sorda a su queja y largo duelo?
 ¿Olvidará de Grecia el dulce encanto
 quién de ella recibió grandeza y fama?
 ¡Oh civilización, lumbre del cielo,
 enjuga de tu madre el triste llanto!

Sevilla, 1898.

Al pueblo yankee

Vencedor o vencido, de la Historia
 nunca esperes sentencia favorable;
 tu conducta, funesta y execrable,
 será del hombre culto en la memoria.

Tu ambición desmedida ya notoria,
 visible en el presente detestable,
 hará más estimada y honorable
 de mi noble Nación la eterna gloria.

Tu artera hipocresía ya no engaña;
 y a pesar de la fuerza abrumadora
 con que pretendes destruir a España;

ella que fué del mundo la señora,
 en el concepto de la gente extraña
 ¡será grande, vencida o vencedora!

1898.

Un candidato

¡Qué afable está D. Pío! ¡Qué patriota!
 Por el bien general ¡cuanto se afana!...
 Es que está presagiando una derrota
 en la elección a que la Ley nos llama:
 cuando la lucha pase,
 ¡Ya verás por el pueblo lo que hace!

Mayo 19, 1901.

El árbol

Es el árbol del hombre dulce amigo,
 es el árbol del hombre compañero;
 es fuente de riqueza y de abundancia,
 es de dicha y de gloria mensajero.

Con el árbol los campos se engalanan;
 por el árbol las frondas bienhechoras
 prestan al hombre en el estío albergue
 y hogar al ave bella y parladora.

Cuando impera iracundo el frío invierno
 y el sol se muestra triste y desdenoso,
 aquel calor que el astro rey nos niega
 lo dona el árbol, siempre generoso.

Con sus frutos deleita el paladar;
 es base de la industria su madera;
 y sus variadas flores grato aroma
 esparcen en la dulce primavera.

Brinda el árbol oasis al desierto
 y atrae de las nubes el rocío,
 que si se trueca en bullidora lluvia
 consuela al prado y dá vigor al río.

En los actos notables de la vida
 tiene el árbol misión siempre importante;
 guirnaldas dá el laurel por premio al héroe
 y azahar el naranjo al tierno amante.

Ofrécenos las tablas de la cuna;
 es fuente inagotable de salud,
 y cuando llega el postrimero día,
 nos proporciona el mísero ataúd.

Es el árbol del hombre fiel amigo
 es el árbol del hombre compañero
 manantial de riqueza y de abundancia,
 y de paz y de dicha mensajero.

Las huelgas

Legal recurso que el obrero ostenta
 para dar la batalla al egoísmo;
 más ¡ay! si la razón no lo sustenta,
 es gingantesco paso al anarquismo.

La amistad

Al Doctor don Miguel de Vega y Muñoz.

Sin patria y sin hogar vivo en Sevilla,
si es ¡ay! vida vivir en este anhelo
con afán por doquier busco consuelo,
como la nave protectora orilla.

No lo hallé al admirar la maravilla
que aquí forman unidos tierra y cielo,
para quien sufre, la alegría es duelo
que el dolor al placer tirano humilla.

Solo en aquesta mar tempestuosa,
en tal desierto y triste soledad,
un sentimiento alienta cariñoso
brindando calma, oasis de bondad,
el sentimiento noble y generoso
de tu sincera y plácida amistad.

1897.

A Canalejas

Buscas con ansia el aura popular
y la Historia, con lógica inflexible,
te obligará a pensar,
que en huracán terrible
el aura suave se podrá tornar.

Tu elocuencia admirable, seductora,
no contendrá su fuerza destructora.
Flor de un día será tu poderío.
¡No más allá, oh ilustre amigo mío!

Junio de 1902.

Reflexión y súplica

Campoamor en el Parnaso
tuvo en vida franca entrada,
sus versos le abrieron paso,
¡La puerta del Cielo acaso
por ellos halló cerrada!

Los que como poeta le admiramos
por su perdón al Hacedor rogamos.

La muerte de Verdaguer

Ocurrida el 10 de junio de 1902.

Verdaguer, el poeta celebrado,
el mundo de los vivos ha dejado:
la Patria está de duelo
y el Parnaso sumido en desconsuelo.

Los hombres de valer;
los que con su saber
fama te dán, hermosa Patria mía,
cual si tus penas no quisieran ver,
van a ocultarse allá en la tumba fría.

Ellos te dán, ¡oh Patria! honor y gloria,
¡honra tú, cual merecen, su memorial!

Lucha de gladiadores

La última del Coliseo Romano

Pueblo y Senado al circo han acudido
a celebrar de un triunfo la victoria;
¡con la muerte los hechos de su historia
festejaba aquel pueblo fementido!
Ocupa Honorio el sitio preferido,
y el gladiador que fiero busca gloria,
muere o escucha el hurra de victoria
que ahoga los clamores del vencido.
De noble aspecto y de semblante afable
heróico monje, penetró en la arena (*)
reprobando aquel acto detestable:
la ira popular terrible truena,
dando muerte al anciano venerable:
¡último ¡ay! de dolor que allí resuena!

1881.

(*) San Teófilo.

El lenguaje estrambótico
del modernismo
seguirá el mismo rumbo
que el gongorismo.

Aplausos mil
y, mas tarde, el olvido
lento, sutil.

A La Laguna de Tenerife

Situada junto a la encantada Vega;
breve copia del campo granadino,
consuelo brindas, si a tus puertas llega
ábatido y cansado, el peregrino.

En el largo período de existencia
que el cielo te concede, patria mía,
fué siempre para tí vida y esencia
prestar del bien la plácida armonía.

Cuando rica y feliz, tu poderío
se extendió por los pueblos de Nivaria,
en amor convertiste el señorío;
al depotismo fuiste refractaria,

Cual madre cariñosa, el propio bien
al general, ufana, postergaste;
de Tenerife único sostén;
faro que a la provincia iluminaste.

No hay sentimiento noble y levantado
que en tí no hallara fiel, dulce acogida;
de todos diste ejemplo señalado
en tu gloriosa y dilatada vida.

Sin vana ostentación, sin arrogancia,
patentes muestras diste siempre a España
de patrio amor y de filial constancia:
¡La ingratitud a tu blasón no empañal

En la tierra canaria, la primera
fuíste, por tu adelanto y perfección;
y de la Ciencia en la radiante esfera,
centro de propaganda y difusión.

Honra das a la Patria idolatrada
dotándola de inclitos varones
cuya memoria, ilustre y venerada,
tiene su culto en nuestros corazones.

Diste santos al cielo, a la Milicia
guerreros que en la lucha dieron gloria;
poetas que a las letras dan delicia
y fieles narradores a la Historia.

El cetro indicador de tu grandeza
llevaste con notoria dignidad;
y mostraste, honorable, tu entereza
cuando te visitó la adversidad.

¡Salve, matrona ilustre! Aun prosigue
tu misión de progreso y de cultura;
por la senda emprendida marcha, sigue:
¡Ya tornarán los días de ventura!

Feliz tránsito

A D.^a Juana Pinto de Sánchez.

Un féretro que adornan rosa y lirio
llevaba la severa comitiva;
el cadáver de un niño dentro iba
semejando su tez al blanco cirio.
De la materna angustia el cruel delirio
vino a mi mente triste y reflexiva,
y, como el astro rey la planta aviva,
acrecentó mi pena aquel martirio.
De pronto mi dolor audaz contuve:
¿No es la vida sufrir? ¿No es duelo? dije,
huyendo del destierro un ángel sube,
¡necio es aquél a quien tal paso aflige!
¿No vé que se aproxima ese querube
al Ser inmenso que los orbes rige?

El mes de Junio

Mes que alcanza de Mayo en los jardines
de las olientes flores la fragancia;
de los huertos abarca en los confines
los frutos que dá Agosto en abundancia;
y tiene de verano y primavera
temperatura grata y placentera.
Brinda con sus verbenas
a que el hombre se olvide de sus penas
¡con dolor te despido, hermoso mes!
¡que te salude plácido otra vez!

Julio 1.º de 1901.

Por los cerros de Úbeda

Perdió España colonias y riqueza
y el pueblo solicita impresionado
reformas planteadas con firmeza
que restauren el brillo del pasado.
¿Qué se hace por lograr tamaña empresa?
¿qué rumbo toma el pueblo aleccionado?

.....
¡Manifiesta vigor y patriotismo
persiguiendo al FERÓZ clericalismo.

1901.

A España

Ultrajada por los yankees

A tí, que eras del orbe la señora
y que en pró de los grandes ideales,
llevaste al sacrificio tus leales
a todas las regiones que el sol dora.

A tí, que por librar de gente mora
a la Europa infeliz, sufres mil males,
sosteniendo con tribus infernales,
ocho siglos de lucha destructora:

A tí, la vencedora de Lepanto,
la que ensanchó del mundo los confines
y dió a América vida y adelanto;

provocan infatuados malandrines!
¡Castiga ¡oh Patria! atrevimiento tanto!
¡Dá a conocer sus ambiciosos fines!

Abril de 1898.

A mi esposa

En sus días

No canto de tu rostro la hermosura,
no tu garbo celebra el canto mío;
mi musa va por senda más segura,
por senda de verdad sus pasos guío.

Canto a la esposa fiel toda ternura,
de la beldad que pasa, ya me río;
hoy sólo la virtud mi pecho admira
y a cantarla se apresta ya mi lira.

Suele la juventud irreflexiva
buscar solo en la amante compañera
bello exterior que el entusiasmo aviva,
en los ojos mirada placentera.

Frase insinuante, dulce y persuasiva,
albo cuello, sedosa cabellera;
sin advertir que aquesto vale poco
no siendo el alma de bondad el foco.

Tu encanto, tú belleza peregrina,
fué aliciente indudable de mi amor:
¡era ideal tu bella faz, divina!

¡puso en tí muchas galas el Señor!
Mas ¡ay! que todo aqueste bien termina

con el tiempo fugaz y destructor
¡la unión que hace de dos un pensamiento
debe tener más firme fundamento!
El recato, que es joya inapreciable,
rodea a la mujer de majestad
y la hacen para todos estimable
los rasgos de modestia y humildad.
¡Cómo endulza la vida, si es afable
al esparcir perfumes de bondad!
doquier consuelos dá, si es cariñosa,
y abundancia al hogar, si laboriosa.
Supe apreciar tu gracia encantadora
de la que, esposa mía, poco resta;
y tuve en más la prenda que avalora
tu alma todo bondad; la que aun enhiesta
sostiene la bandera seductora
de la virtud que para el bien se apresta.
Por eso aun con deleite escuchar creo
el himno melodioso de Himeneo.
Supo honrar tu virtud y tu belleza
mi nombre humilde, mi modesto hogar;
mostraste en la desdicha tu entereza;
déjame entusiasmado declarar
que en tí atesoro mi mayor riqueza.
Ver quisiera tu vida reflejar
en nuestra hija como en fiel espejo:
¡qué siempre la ilumina tu consejo!

1897.

El siglo XIX

¡Calle la ingratitud, lo injusto calle!
vengan guirnaldas de laurel y oro:
brote la inspiración canto sonoro;
juzgue la Historia y su sentencia falle.

No deja de ser bello el fértil valle
porque, junto a las flores, forme coro
el cardo vil. ¡Al par que nuestro lloro,
por el gran siglo, el entusiasmo estalle!

¡El siglo de los grandes ideales
ya deja de existir! A los humanos
lega descubrimientos inmortales.

Viva siempre del tiempo en los arcanos;
pues pesan más los bienes que los males
al desprenderse el cetro de sus manos.

Málaga, noche del 31 de Diciembre de 1900.

A Kruger

Noble figura que el recuerdo evoca
de Esparta, de Sagunto y de Numancia,
modelo de heroísmo y de constancia,
¡en vano al mundo tu dolor invoca!

Él, insensible cual la dura roca,
presencia con inícuca tolerancia,
como Polonia, de prosapia rancia,
la realidad de la desgracia toca.

Él a Grecia y a España en su aflicción
abandonó, sin recordar ¡ingrato!
que les debe adelanto y perfección.

¡Detén de tus desdichas el relato!
Europa, que no tiene corazón,
tildará tu heroísmo de insensato.

A la Doctora Mistica

Teresa de Jesús,
Santa bendita;
sé siempre la guardiana
desta casita.

Dirige nuestros pasos
¡ya somos viejos!
Inspiranos, ayúdanos,
con tus consejos.

Cuando hagamos el viaje
a la otra vida;
cuando demos al mundo
la despedida;
acude presurosa,
templa el tormento,
cambia en dulce consuelo
el sufrimiento.

Ocultos en los pliegues
de tu ropaje
¿qué temor puede darnos
tan largo viaje?

Llegaremos al término
de la jornada:
no desóigas mi súplica
¡oh Santa amada!

Santa bendita
¡sé siempre la guardiana
desta casita!

La influencia del árbol

I

Es un pueblo situado en la llanura
que extensa, por doquier forma horizonte
sin que al paisaje adorne erguido monte
ni el verdor del bosque en la espesura.
Aparte del azul bello del cielo
y el blanco que al invierno dá la nieve,
de los trigales el dorado leve
o el poco grato del oscuro suelo,
no hay colores que den luz y alegría
al conjunto, que falto de armonía
ni consuela ni atrae al peregrino.
No hay jardines, no hay árboles frutales;
predominan las lluvias torrenciales
y la brisa se trueca en torbellino.

II

Es un pueblo sonriente, encantador:
circúndanle campiñas deliciosas,
y a sus montes, mil plantas olorosas
le prestan un ambiente embriagador.
La estancia la hace allí más placentera
el árbol, con esmero cultivado,
que al par que dona fruto delicado
plácida sombra ofrece a la pradera.
Nunca falta en el valle del rocío
la influencia, que es vida y poderío
que de la nube el árbol brotar quiso...
¡Al pueblo que en el árbol ve un hermano,
él, generoso como un ser humano,
lo torna en esplendente paraíso!

¡Adiós!

A José Delgado e Iglesias.

Me marchó, mientras cruzo de los mares
la extensa superficie, y el estío
paso en la patria mía, allá en mis lares,
sé tu honrado y feliz, amigo mío.

Sevilla, 14 de Junio de 1901.

Lo de siempre

Al subir al poder:

«La verdad del sufragio es lo primero
terminó la presión!
que cada uno vote en los comicios
conforme a su opinión.»

Mas tarde, en Madrid:

¿Y el jefe? Se consagra en este instante
a los encasillados;
designa cuales son los escogidos
entre tantos llamados.

En provincias:

«El Jefe de provincia a su despacho
me llama con premura
y me dice que elija entre el destino
o su candidatura.»

Un observador:

Eso vió el pueblo ayer, lo vé al presente
y lo verá mañana.....
¡Tiene que ser, pues siempre la política
fué de la farsa hermanal

1901.

Impresión

*Visitando a Bollullos del
Condado, en Huelva.*

Buenas hembras, buen mercado,
la flor abre su capullo
en campo bien cultivado:
He aquí cuanto he notado
en la Villa de Bollullos
del Condado.

1897.

¡Sin ti!

A interrumpir mi prolongado duelo
vine, buscando en el retiro calma,
a restañar heridas de mi alma,
a darle a mi pesar dulce consuelo.

Ni la suma belleza de este suelo,
al que adornan la adelfa y gentil palma,
ni la ribera de su furia encalma
el agitado mar; ni el arroyuelo
que se desliza por el verde prado,
aumentando del cuadro la hermosura,
brindan placer al pecho atribulado.
¡Es que me falta tu cortés dulzura!
¡que se alejó la dicha de mi lado
y todo lo convierto en desventura!

Punta del Hidalgo, 1898.

Epitafio

*En la muerte de S. A. R. la in-
fanta D.^a María Luisa de Borbón*

Alta su alcurnia fué, noble el blasón
cuyo brillo cien reyes aumentaron;
al dejar de existir, ¡cuánto sonaron
los lastimeros bronces y el cañón!
A duelo tal perfecta explicación
las admiradas gentes encontraron;
¡ay! .. del mundo las glorias siempre hallaron
pagado llanto, baja adulación!
Mas ¿qué explica las lágrimas que vierte
el noble pueblo, la inmortal ciudad?
¿Es la realeza que humilló la muerte?...
Llora de un alma grande la bondad,
cuyo timbre el más alto y el más fuerte
fué el timbre de la hermosa caridad.

Sevilla.

La duda

Es la duda del alma cruel tormento,
va minando la vida;
es cual brisa sutil, cual suave viento
que sostiene la luz en movimiento,
sin dejarla extinguida.

D. José M.^a Pinto y Vega

Inconsecuencia

Era noble, arrogante su figura,
de reposado y noble continente;
aun parece flotar en el ambiente
su espíritu, impregnado de ternura.
De bellos sentimientos, su alma pura
se reflejaba en la anchurosa frente;
con el débil y el pobre fué clemente
y abogó por templar su desventura.
Rindió a «Minerva» culto fervoroso
y la cátedra honró con su elocuencia:
fué maestro profundo y cariñoso:
pero le admiro más que por su ciencia,
por ser varón sincero y generoso
que consagró a la patria su existencia!

Todo está igual

Las mismás peñas; lindero igual encierra
al mar, en sus vaivenes seculares;
es el mismo el aspecto de la sierra,
es igual el conjunto de los mares.
Aquí el árbol que fruto delicioso
prestó a mi paladar; allí la senda
recorrida en el tiempo venturoso
que hoy sólo es para mí grata leyenda.
Vienen y van zagalas como antaño,
y veo en la ribera pescadores;
mas para todos soy un ente extraño;
queda el lugar, ¡mas no los moradores!

La muerte de Balaguer

El mejor premio.

A la que es todo amor, vida y dulzura
cantó en tiernas estrofas Balaguer;
fué luego ingrato, mas la Virgen pura
templó de su agonía el padecer.
Vivió sin religión, indiferente,
pero invocó al morir a Dios clemente.
Quisolo así María
para premiar la hermosa poesía.

1836

¡Viva la libertad! ¡Los frailes mueran!
¡Abajo esa partida de truhanes!
Fueron las voces que los pueblos dieran
entre protestas mil.
¡Arracemos con bríos los conventos!
¡Mueran los ignorantes holgazanes!....
Y el pueblo vió logrados sus intentos
con su actitud viril.

1901

¡Los frailes mueran y el progreso viva!
¡Fuera los egoístas productores!
¡En su exterminio nuestro bien estriba!
Grita el pueblo gentil.
¡Abaratán la prenda en el mercado!
¡Difunden de la ciencia los fulgores!
¡Del capital el lucro se ha mermado!
¡Fuera canalla vill!!!...

Que añadan el comento
los que conserven sano el pensamiento.

A España

En un aniversario de la derrota de Nelson en Tenerife.

Logró Albión amenguar tu poderío
y arrebatarte el cetro de los mares;
hoy contempla orgullosa tus pesares
dando al olvido tu nobleza y brío.
Siente dolor inmenso el pecho mío
viendo al inglés pisotear tus lares,
y triste, te dedico mis cantares
desde la margen de este hermoso río.
Mas halla gran consuelo el buen patriota
al recordar un hecho de la Historia;
¡del gran marino Nelson la derrota!
De Gibraltar infausta es la memoria:
mas mi Tinerfe con orgullo flota
dos banderas, (*) trofeos de tu gloria.

(*) Tomadas en la lucha al inglés. Sevilla, 1897.

La Bateria integra y triunfante

Al heroico capitán Sr. Iglesias

I

¿Milagro?... No lo sé:
otra entidad de magnas facultades
podrá afirmarlo o nó:
intentaré narrar,
sin las galas de amena poesía,
los raros hechos que observé asombrado
y honda huella en mi espíritu han dejado

En anchurosa plaza
por enhiestas montañas coronada,
y bajo un cielo azul
que de Sevilla la memoria evoca,
pendiente del madero sacrosanto,
ví la Imagen querida
que de Tinerfe es prez y dulce égida.

Un pueblo numeroso y reverente
junto al trono del Cristo se agrupaba
y enfrente y bajo maternal bandera,
jóvenes militares
que por la patria amada
a defender su honor son destinados
y acuden valerosos y esforzados.

Humilde asceta de severo aspecto,
con elocuencia y sentimiento sumo,
exalta de la Patria
el amor que le debe el ciudadano,
llevando al sacrificio,
si necesario fuere, la existencia,
de la que es el honor base y esencia.

Sin las dulzuras del hogar bendito,
añadió con acento dolorido,
sin los seres solícitos y buenos
que os dieron nombre y vida,
horas amargas, tristes,
de horrible soledad y desconsuelo
pasaréis en lejano inculto suelo.

Hordas salvajes os saldrán al paso,
en cuyos pechos la traición anida,
sin dar nunca la faz
en su guarida ocultos, como fieras
que olfatean sus víctimas.
Al peligroso mar de enfermedades,
se unirán las furiosas tempestades.

En el piélago inmenso de desdichas
que tenéis que cruzar,
es necesario un buque que os conduzca,
un piloto que os guíe,
un capitán que en la batalla os lleve
al triunfo venturoso,
un protector augusto y poderoso.

Presente le tenéis:
en vuestras nobles almas
grabad gustosos esa faz divina;
en los peligros implorad su auxilio;
El os defenderá:
y os tornará, que así lo quiere el cielo,
a los vuestros que esperan con anhelo.

II

¡La predicción del Fraile se ha cumplido!
en el mismo lugar poetizado
por la madre natura,
os veo al poco tiempo formar grupo
al pié del mismo trono,
no, como ayer, en tono suplicante,
¡sino en himno de amor dulce y triunfante!

¿Milagro?... No lo sé:
otra entidad de magnas facultades
podrá afirmarlo o nó:
he intentado exponer,
sin las galas de amena poesía,
los raros hechos que observé asombrado
y honda huella en mi espíritu han dejado

Octubre 17 de 1922.

Epigrama

Hacia elogio Fernando
de un carro que tenía en venta,
cuando cayendo en la cuenta
dijo Antonio suspirando:
mi situación usted vea,
le contestaré muy pronto:
comprándolo sería un tonto:
¡no hay en casa chimeneal

La Cruz Verde

Que dá nombre a una céntrica calle
de la Capital de las Canarias.

Ante esta Cruz detente, pasajero,
la frente inclina, una oración murmura,
ya que en sus brazos con vigor fulgura
sacrificio sublime, amor sincero.

Memora que del Gólgota un madero,
fuente de abnegación y de ternura
de influencia mundial, que aun perdura,
brotó para regar el mundo entero.

En este sitio otro recuerdo evoca
que enaltece y sublima el patriotismo.
Un tinerfeño con bravura loca
dió la nota más alta de civismo:
Aquí se defendió cual firme roca
asombrando al inglés con su heroísmo.

Simil

A la sabia directora de
la Normal de Canarias.

El agua cristalina que desciende
desde las frondas de elevada cima,
cantando al Hacedor sonora rima
al caer en la Vega do se extiende,
presta vigor, vitalidad desprende
por los jardines que la flor anima;
¡cómo consuela el alma y la sublima
el cuadro que amoroso Apolo enciende!

Otras aguas cayendo de la altura
donde mora a placer la gaya Ciencia
riegan aqueste centro de cultura,
ejerciendo gratísima influencia;
uniendo a la virtud y la hermosura
las galas del saber y la elocuencia.

5 de Abril de 1914.

Dulces esperanzas
que alentabais mi alma,
¡tornad dadivosas
al pecho la calma!

Funesto ejemplo

Mientras al monje que ora
e instruye, al par que trabaja,
arroja el pueblo francés
de su suelo; fiel abraza
al que con la dinamita
destruye templos y alhajas;
al que siembra la discordia,
al que amotina las masas,
al que aconseja las huelgas,
al que maldice la patria,
al que odia la virtud,
al que impugnemente mata.
¡Y ese ejemplo pernicioso
quiere imitarse en España!
¡Impide el paso al asceta
quién al anarquista ampara!

¡Mal haya el que abrojos cuida
y la oliente flor rechaza!
Verá en desierto trocar
el huerto que albricias daba;
aniquilado verá
cuanto en este mundo ama!

Se van...

Al embarcar mi familia.

Mañana, cuando otro sol
alumbre la estancia mía,
los seres que yo más quiero,
no le darán alegría.

X

¡Cuánto abatió al desdichado,
aduló al más influyente,
jamás pasó por su mente
pensamiento delicado!
Por la venganza animado
hizo verter mucho llanto....
¡del embudo abusó tanto!...
Mas le rinde el sufrimiento
y muere en este momento....
¡Dios le acoja como a un santo!

A la memoria de Tabares Bartlet

Tú desde los albores ya lejanos
de una fecunda vida literaria,
a una envidiable altura te elevaste,
dulce amigo del alma.
Del patrio idioma que pulió Cervantes
fuiste fiel guardador;
del modernismo el hábito funesto
jamás te infeccionó.
Por ello los aplausos valiosos
de poetas excelsos
que tu numen feliz adivinaron
de tu fecundia ciertos.
Tu corazón abierto a toda clase
de sentimientos nobles,
los expresó en armónico lenguaje
de amenidad y flores.
Con rígido cincel calderoniano
la palabra esculpías;
y en fluidez y giros recordabas
al inmortal Zorrilla.
De Pereda la senda deleitosa
en la región seguiste
y a tradiciones y usos dedicaste
tus trovas más felices.
Discreto sutil, gracejo culto
en tus versos campean,
como en jardín ameno y primoroso,
las flores más diversas.
El tiempo, destructor, inexorable,
en su paso funesto,
de tu musa viril y delicada
no logró hacerse dueño.
Tus últimas estrofas que extasiado
el público aplaudía,
con el vigor de juveniles tiempos
brotaron de tu lira.
Sólo la muerte despiadada y cruel
tu voz logró apagar...
¡A Tinerfe privó de un gran poeta
su guadaña fatal!

Al beneficio sigue
la ingratitude;
quien lo sabe y lo presta,
¡qué gran virtud!

D. Juan Padrón

A la Sociedad Filarmónica *La Fe*.

Aquí está; vive aún: flotar se siente
su espíritu impregnado de alegría,
porque la institución que alentó un día,
subsiste bullidora y floreciente.
¡Silencio!... Su batuta prepotente
esparce arpegios mil, y la armonía,
ora es susurro de la selva umbría,
ora ronco sonido del torrente.
¡Escuchad!... La palabra persuasiva
revela su elevada inteligencia
y el entusiasmo en cada pecho aviva...
¡Fue ilusión nada mas!... ¡Que su influencia
siempre lozana entre vosotros viva!...
¡Celebrad de su ingenio la excelencia!

A España

Del más insigne civismo
siempre ¡oh patria! diste ejemplo;
¡no me ciega el patriotismo
si afirmo que el heroísmo
tiene aquí su mejor templo!

A ti

Por tí, ser que mi vida fortalece,
el mundo entero con placer dejara,
por tí, sólo por tí sacrificará
cuanto al hombre dá honores y engrandece.
Como a la nave el monte favorece
prestándole el abrigo que buscara,
tu noble corazón al mío ampara
en la borrasca que en el pecho crece.
Deja que alegre estampe besos mil
en tu espaciosa frente, en tu semblante;
¡torna el invierno en perfumado Abril!
Mas si traición hallara el pecho amante
do dulce afecto implora, varonil
despreciaría tu amor en un instante.

1889,

Ingratitud

Todos deben al Mártir del Calvario
amor inmenso, amparo y protección;
por todos el sublime sacrificio
en la enhiesta montaña consumó.

Con su doctrina, al rico, al opulento,
los senderos del bien hizo visibles;
y al noble, al potentado le aconseja
que en sus actos se muestre siempre humilde.

Puso a su alcance arma poderosa
para arribar a do la dicha está:
el impulso que tanto le enaltece
de la santa y bendita caridad.

Mas si al prócer le colma de favores
llamándole al banquete deleitoso,
al que sufre el desdén de la fortuna
le ofrece galardones más hermosos.

Por el pobre extremó, con gran cariño
la más incomprensible protección,
se hizo humilde pudiendo ser Monarca
y al trabajo, en su hogar dignificó.

El prefiere, entre el lujo aparatoso
y un mísero pesebre, éste por cuna,
y para propagar la buena nueva
elige pobres de ignorancia ruda.

Por vez primera el mundo con asombro
la vil esclavitud vé denigrar,
y con acento augusto y soberano
defender la bendita libertad.

Las penas elevó y el sufrimiento
a la más alta y mística virtud,
siendo dulce modelo de paciencia
en el suplicio horrendo de la cruz.

A tantas muestras de infinito afecto
¿cómo correspondió la humanidad?....
El prócer olvidando sus doctrinas,
el pobre complaciéndose en odiar:

Odia al prójimo al que debiera unirle
los dulces lazos de un intenso amor;
y con ingratitud inconcebible,
desdeña al que del polvo lo elevó.

¿Qué me importan las bellezas
con que se adorna Sevilla,
si los seres que yo amo
viven en opuesta orilla?

El pensamiento

¡Tienes del mar el horizonte inmenso!
¡Tu imperio abarca el universo mundo!
Hasta el abismo vas, si eres profundo,
y si elevado, hasta el zenit, intenso.

Cual el rayo de Apolo el velo denso
del nublado tenaz rasga iracundo,
del misterio, ese arcano sin segundo,
logras romper el valladar extenso.

Eres con Garcilaso dulce y grave;
con Calderón sublime, intencionado,
con Zorrilla romántico y suave,
con Teresa y Fray Luis, apasionado....

Cuando sigues del bien la hermosa nave,
eres de Jehová fiel enviado.

Noble y Plebeyo

Ya parte de la patria el buen guerrero
y abandona la dicha y los amores;
divisa de Tinerfe los primores,
y en Añaza prepara el blanco acero.
Con el plebeyo humilde, el altanero
noble comparte penas, sinsabores,
y busca, despreciando mil dolores,
al guanche que la fama pinta fiero.
En Agüere y Tegueste alcanza gloria;
en Acentejo muere o es vencido
y se cubre de honor en la Victoria.
Noble y plebeyo fama han merecido:
pródiga al noble se la dió la Historia:
¡Para el plebeyo sólo tuvo olvido!

1898.

Los dos inviernos

Joven aún, en mi abatido espíritu,
el invierno imprimía cruel tortura.
¡La estación que arrebató a la pradera
vigores y hermosura!

Hoy al oír el huracán violento
que su imperio en el mundo triste empalma,
me aterra más, porque al del cuerpo se une
el invierno del alma!

Senda salvadora

I

El drama siempre el mismo:
 Un ser que acepta el magno sacrificio
 y es por un pueblo cruel vilipendiado;
 una madre sublime
 que presencia el martirio
 y oye frases de amor, que en la agonía
 dirige, a sus verdugos perdonando.
 Y la horrible tragedia
 conmueve al Orbe, produciendo en unos
 dolor intenso, admiración profunda,
 odio profundo en otros,
 como allá en el Calvario.
 El grupo de la madre dolorida,
 do el sentimiento más acerbo impera,
 por los fieles está representado:
 el otro, numeroso,
 de férvido entusiasmo revestido
 digno de mejor causa,
 con palabras y acción al mundo agita,
 orden social y dicha perturbando.
 La doctrina sublime y salvadora
 que en lo alto de la Cruz fué refrendada
 con majestad augusta,
 del creyente mortal se enseñoera
 y le infunde dulcísimo consuelo,
 y es de esperanza fuente inagotable,
 por que ella sola abarca
 soluciones a todos los problemas
 que hoy son de vida o muerte
 para los pueblos tan desventurados.

II

Con la muerte del Justo
 Jerusalén cayó... el grupo ingrato
 la destrucción con sus maldades causa...

La humanidad, Jerusalén moderna,
 al borde del abismo está rayana:
 ¿Qué senda ha de seguir para salvarse?
 La que trazara recta y refulgente
 el Martir Redentor con su doctrina
 que al Gólgota conduce,
 senda de amor, de paz y de ventura.
 ¡Ay de Jerusalén si otra prefiere!

Los dos soles

Ven Febo abrazador y con tus rayos
 disipa de las nieblas la tristura;
 desde que te ocultaste
 falta en mi albergue luz, vigores faltan;
 has sensible tu influjo soberano
 y tornará la plácida alegría
 que para ser feliz anhela el alma.
 ¿Feliz dije? ¿Feliz? ¡Vana ilusión!
 Aun brillando tu disco refulgente
 y llenando el espacio
 tu luz vivificante,
 si la luz de otro Sol más portentoso,
 al que debes tu origen,
 el mundo de las almas no caldea,
 de su centro apartado
 en vano al bien persigue el débil hombre.
 ¡Llamarte debo a ti, Sol de los soles,
 escucha mi plegaria!
 Alumbra tú mis pasos por el mundo:
 ¡sólo así podré hallar dulce contento!

Aniversario

En el segundo de la
 muerte de mi Dolores,

De tu semblante dulce y apacible
 no contemplan mis ojos los detalles,
 ni repiten los montes y los valles
 de tu voz el acento bonancible.
 Cuando el dolor me agobia irresistible,
 te llamo, te suplico que le acalles;
 ¡es vano el esperar que le avasalles!
 ¡ser que amó el corazón, házte visible!
 ¿Dije amó? Pues acaso el pecho mío
 no siento ya latir por tí, Dolores?
 ¿Está cual tu sepulcro, helado, frío?...
 ¡No, que fuiste el amor de mis amores!
 aun vives en mi alma con más brio
 que en el jardín las perfumadas flores.

Noviembre 13 de 1899.

El siglo XX

Llega hasta tí mi vacilante vida
como al estío las olientes flores;
cual del poniente sol los resplandores
llegan hasta la tierra adormecida.

Llega con la esperanza ya perdida
y con el alma llena de dolores,
a esperar desengaños, sinsabores
que aceleren la última partida.

No eres mi siglo, un siglo portentoso
que tanto bien ha reportado al mundo,
el siglo entre los siglos más humano.

Mas si eres de la paz nuncio amoroso;
si extingués de la guerra el mal profundo,
te aclamaré de siglos soberano.

Málaga 1901.

Ante el Cristo

Tu sacrificio inmenso, imponderable,
aun refluye en los ámbitos del mundo;
aun nos produce horror, y horror profundo.
el pueblo deicida, inexorable.

El que viera tu rostro venerable
y escuchara tu acento sin segundo,
¿cómo pudo aleroso e iracundo
darte muerte de Cruz, Dios admirable?

No sentir hacia Tí dulce atractivo,
no conmoverse ante tu acerba pena,
contra el manso cordero alzarse altivo,
es revelar un corazón de hiena...

.....
¡Haz que siempre me muestre compasivo
de tu martirio ante la horrible escena!

Para el gran viaje

En esfera modesta y reducida
voy por doquier el bien siempre sembrando
sin obtener retribución en vida.

¡Buena cosecha voy recolectando
de ingratitud perversa y homicida!
¡Sirvame aqueste mal de pasaporte
en el gran viaje hacia la excelsa corte!

Invocación

Al Stmo. Cristo de La Laguna.

Imágen dolorida que grabada
llevo en el pecho mío,
no apartes de tu pueblo la mirada;
con él sé siempre pío.
Podrá el pueblo infelice en un instante
desdeñar tus favores,
podrá, por el error hoy imperante,
olvidar tus dolores,
mas de su centro el eje de la rueda
no se puede apartar;
y cual movida por la brisa leda
se vé la hoja girar,
así tu pueblo por tu amor vencido,
por tu afecto impulsado,
buscando vá tu rostro dolorido,
mi bien idolatrado.

Agrupado le ves ante la cruz
con alma fervorosa,
como se agrupa en torno de la luz
la humilde mariposa...

¡Eres el Rey de La Laguna mía!
¡Eres su bien, su amparo, su alegría!!

Un sueño

En el cumpleaños de mi hija.

No encuentro ya deleite en la floresta,
la dicha para mí vive escondida
la triste soledad en mí anida
como el ave rapaz en alta cresta.
Al pobre corazón su tiro asesta
el arma del dolor; siempre encendida
la hoguera del sufrir halló mi vida
¡y auxilio a tanta pena nadie presta!
Así soñaba yo, más ¡oh que asombro!
envuelto en blanca nube, en un segundo,
un angel aparece y toca mi hombro:
cese en tal día, dice, el mal profundo;
¿no ves ¡oh padre mío! que te nombro?
¡soy el ser que más quieres en el mundo!

Echegaray

En el templo de la fama

En pos de tantos hombres eminentes
que al siglo diez y nueve dieron gloria,
del templo de la Fama y la Victoria
conquistó los lugares preferentes.

Al penetrar, sumisos, reverentes,
se mostraron los seres que en la Historia
en página brillante y laudatoria
deslumbran con fulgores esplendentes.

• Paso, dicen, al genio portentoso
que logró dominar en el arcano
de la Ciencia, y dió impulso soberano,
con estilo sublime y magestuoso,
a los versos sonoros rutilantes
y a la prosa inmortal del gran Cervantes.

A mi pueblo

Hay quien debe a su pueblo los honores
la posición que acá en el mundo alcanza;
yo en lugar de deberte bienandanza,
tal vez te deba penas, sinsabores.

Mas si en mi senda no vertiste flores,
ni me ofreces la dicha en lontananza,
el morir en tu suelo es esperanza
que templa del destino los rigores.

Débote que conserve la memoria
de la niñez las dichas, una a una,
¡breves instantes de perdida gloria!

Y no es poco deberte la fortuna
de haber nacido en pueblo cuya historia
honra a la patria, ¡mi sin par Lagunal!

Sevilla, 1897.

Envuelta en densa niebla
se halla tu casa;
y no obstante ¡la veo
tan limpia y clara!
¡Es que iluminas
todo mi pensamiento,
Zagala mía!

Improvisación

Al pasar el cadáver de una
jovencita saleciana, en Sevilla.

Inocente paloma que gozosa
dejas el palomar
y rápida te elevas en tu vuelo
a más bello lugar.

Tú que las penas viste de este suelo,
tú que hoy ves mi penar,
¡por los que aquí sufrimos desconsuelo
no dejes de implorar!

29 de Marzo de 1902.

Política al uso

Asquea la política nefasta
la que no se cimenta en ideales
que, con nobleza, la opinión sustenta
para del pueblo sustraer los males.
Si el mezquino interés siempre la inspira,
¡qué miseros parecen los secuaces
que se arrastran y todo lo atropellan
y al banquete común marchan voraces!
¡Y ellos son los que triunfan y a los pueblos
a su carro triunfal ungen falaces!

Pi y Margall

Al conocer su muerte.

Pi y Margall, un gran genio, un gran patricio,
pero empujó la patria al precipicio.
Sembró ideas fatales
que hoy se traducen en visibles males.
¡Ha muerto impenitente;
no quiso ver en Dios al Ser clemente!
Sin religión vivió; sin ella ha muerto,
¡creyó que *más allá* todo es desierto!
¡Aquel genio tan claro y colosal
dió al hombre el fin del ser irracional!

Sevilla, Nbre. 13 de 1901.

Triunfos de la soberbia

I

¡Qué región tan bella,
 qué feliz morada!
 del Autor del orbe
 la grandeza canta!
 Que lindas, que bellas,
 son las alboradas;
 alientos de glorias transmiten
 que nunca se alteran, que nunca se acaban.
 Allí vive Eva,
 Adán la acompaña,
 ambos de alma pura
 de dulce mirada,
 abarcando el presente y el futuro
 su inteligencia clara;
 no temen la muerte,
 nunca vierten lágrimas:
 Viven para el Autor de lo existente,
 su grandeza cantan.

II

¡Qué cambio tan brusco,
 qué horrible mudanza!
 Los perfectos sienten
 miseria en el cuerpo y frío en el alma.
 Perdieron la dicha
 de que antes gozaban;
 el jardín no les brinda generoso
 sus plácidas tardes, sus auroras plácidas.
 A las brisas ledas
 que vigor exhalan,
 sucedieron los fétidos vientos
 que todo lo anulan, que todo lo encalman.
 ¿Qué causa produjo
 tan triste mudanza?
 ¿Porqué vaga incierta
 la pareja humana
 sujeta a la muerte
 de la que triunfaba?
 Es que aquella grandeza y perfecciones
 con que el Autor del mundo la dotara,
 a rendir holocausto la dedica
 del mal al genio que su orgullo halaga.

III

Tras de la tormenta
 viene la bonanza:
 a los aires fétidos
 que todo lo anulan, que todo lo acaban,
 suceden las brisas que llevan al pecho
 dulces esperanzas.
 La negra ingratitud forjó cadenas
 que la misericordia desbarata.
 Rayo luminoso
 brilla en lontananza
 que anuncia deleites,
 venturas sin límites que jamás se apartan,
 Y para obtenerlas,
 y para lograrlas,
 el ser portentoso
 que los mundos manda,
 impone preceptos, derroteros marca,
 preceptos divinos,
 delicias del alma,
 sendas que conducen
 a regiones altas.
 ¡Oh redención sublime y portentosa
 que al hombre dotas de ventura tanta!
 Perdió el Paraíso
 la hermosa morada
 de efluvios de gloria
 que elevan, que encantan;
 mas puede a su arbitrio
 convertir su estancia
 en atrio del cielo
 donde se perciban del bien las ventajas.
 No tiene como antes
 la percepción clara
 que todo lo sabe, que domina todo,
 que todo lo alcanza;
 pero gradualmente
 las leyes abarca
 que natura oculta,
 que natura guarda,
 y vence y subyuga
 feliz la ignorancia,
 castigo el más fuerte
 de su horrenda falta.
 Hace brotar flores
 a las tierras áridas;
 arroja al desierto
 las fieras que espantan;
 taladra las peñas

los montes taladra
 con fuerzas que antes
 yacían ignoradas;
 del no corto espacio
 que la tierra abarca,
 alcanza los límites,
 corta la distancia;
 levanta ciudades
 que admiran, que pasman,
 con obras sublimes
 que el arte agiganta,
 con vías lujosas,
 amplisimas plazas
 parques y jardines
 de variadas plantas
 que recuerdan aquél que perdió un día
 por su soberbia la pareja ingrata.
 Domina los mares;
 del viento en las alas,
 con flotas y esquifes,
 con grandes escuadras.
 Con los submarinos
 el misterio arranca
 que ocultaban siempre
 las movibles aguas.
 De los peces penetra en las regiones,
 y al ave los espacios arrebata.
 Las fuerzas eléctricas
 domina y encauza,
 y a la noche vence
 con la lumbre clara
 que a su antojo enciende
 que a su antojo apaga.
 Estudia los sistemas planetarios
 y esculpe y perpetúa la palabra.
 Si a la muerte no vence, la transforma
 en puerta de su eterna bienandanza.
 Lo domina todo...
 Su grandeza es tanta
 que rey de la tierra
 con razón le aclaman
 los seres creados
 que Natura abarca.

IV

Mas de nuevo niega
 las doctrinas sabias
 que ordenan la vida
 que pulen las almas;

otra vez le lleva
 su soberbia infausta
 a negar al autor de tanta dicha
 la sumisión al bien que le ordenara.
 Rechaza lo justo,
 la virtud rechaza
 prefiriendo del vicio los deleites
 y el misero egoísmo que degrada.
 Del amor la ley
 tan suave, tan santa,
 flor que a los jardines
 de la vida esmalta
 desdeña, y el odio cruel antepone
 al grato perfume que el amor exhala.
 Todos los inventos
 con que se engalana,
 todas las grandezas
 que lograr alcanza,
 a la obtención de sus perversos fines,
 con afán increíble las consagra.
 Las potentes fuerzas
 que bien ordenadas
 de progreso y dicha
 son firmes palancas,
 a sembrar la muerte,
 destruir comarcas
 y entablar discordias
 dedica y encauza.
 La caridad que corazones liga,
 la pospone al placer de las venganzas.

 La soberbia triunfa
 la soberbia manda;
 la paz y la dicha
 del mundo se apartan. . .
 Mas percibo vívida
 en tinieblas tantas
 una luz brillante:
 la dulce esperanza
 de que torne el mundo
 a la senda del bien que anhela el alma.

Julio de 1915.

Lugar santo do reposan
 los restos del amor mío:
 ¡todo el calor de mi alma
 lo alberga un sepulcro frío!

La Alhambra y Granada

Inspirada al oír un sermón en la
Catedral, en el aniversario
de su conquista.

Por la Alhambra dicen es
bella y famosa Granada;
y oí decir una vez
que sin Granada tal vez
la Alhambra no sería nada.

Sin la extremada belleza
que aquella vega atesora,
sin el cielo que embelleza
y cobija la grandeza
de la que fué ciudad mora,

el alcázar prodigioso
fuera corona brillante
en un cuerpo ya ruinoso
que dejó de ser hermoso,
fuera en el cielo un diamante.

Sin la Alhambra, la ciudad
que arrullan Darro y Genil,
sería sultana, beldad
privada de majestad
y humillada en su pencil.

En ambas nota atrevida
la imaginación ardiente,
que sus bellezas no olvida,
que son una misma vida,
un solo astro refulgente.

Granada, Enero 2 de 1898.

Lo de siempre

La vida de los seres que aquí hallamos
tronchó tenaz la muerte;
los que luego vinieron, los que amamos,
van siguiendo igual suerte...
¡De la jornada está cercano el fin...
termina esta existencia breve y ruín!

1897.

Ambición

Por riqueza y por honores
lucha el hombre con placer
y al lograrlas, con dolores
desdichas y sinsabores,
vé su vida fenecer.

Mayo de 1901.

Fugaz

Las hogueras de Santiago
en Punta Hidalgo.

Al mirar de esa hoguera los reflejos,
dejamos un instante de ser viejos.
Ella trae recuerdos a la mente
de tiempo más feliz y sonriente.
¡Juventud placentera,
pasas fugaz como pasó la hoguera!

1901.

Duda

Cuando a la profunda fosa
veo a un amigo llevar,
medito si aquella loza
es puerta de vida hermosa
y no le debo llorar.

1897.

Añoranza

¡Recuerdo grato de la edad primera
que surges en mi vida atribulada!...
¡Felicidad de hermosa primavera
en aterido invierno recordada!

Triptico

Leído en la solemne velada de inauguración del Templo Catedral y 4.º centenario constantiniano.

El gran cristiano Menéndez Pelayo

Fué un genio colosal que asombró al mundo con su facundia inagotable y alta; flor que los campos de la Ciencia esmalta, patricio eximio, pensador profundo.

Con su talento el escritor fecundo, a todo lo que es bien defiende, exalta: ¡cuánto la Patria ha de notar la falta de ese varón insigne, sin segundo!

¡Oh muerte inexorable y traicionera, suspende pía tu feroz guadaña!

¿No ves como el error soberbio impera?

¿No ves los males que su triunfo entraña?

¡Esa existencia que arrebatas fiera es la gloria más pura de la España!

Constantino el Grande

Augusto Emperador; faro esplendente que aun difunde su luz deslumbradora al través de los siglos; aun colora del espíritu el mar movable, ingente.

Que decline ante tí la altiva frente el progreso y la ciencia educadora, proclamando tu obra redentora como la más sublime y trascendente.

Por ella del Calvario el Sol divino irradió intensa luz al mundo entero; por ella el magno imperio bizantino tornó en amor el despotismo fiero; y la Cruz, el patíbulo afrentoso, símbolo fué del orbe el más grandioso.

El Arzobispo Bencomo

Severa se destaca la figura que limita su imagen venerada; amplia la frente, dulce la mirada, ¡cuánta ciencia y virtud su faz fulgura!

Cree verle espaciándose en la altura la mente soñadora y arroba da,

presenciando feliz esta Velada, gozando de su Agüere en la ventura.

¡Canario ilustre, generoso, amado, duerme en paz de la tumba en lo profundo!

Hoy es de tus ejemplos fiel dechado, nuestro Obispo, en virtudes tan fecundo,

¡Ambos honrais al pueblo afortunado, que ensalza vuestro nombre a faz del mundo!

Septiembre de 1913.

Amor infinito

¡Tornarse el Creador en criatura!

Abnegación tan alta y tan sublime

¿habrá quién, conociéndola, no estime?..

¡Cuán grande del Dios-Hombre es la figura!

Yo le admiro en los trances de amargura que le ocasiona el mismo a quién redime, por los que le atormentan, ora y gime... ¡tal amor es rayano en la locura!

No tuvo para el hombre en este suelo, con ser su pena acerba, con ser mucha, sino frases de amor propias del Cielo. ¡Con cuánto asombro el universo escucha palabras de perdón y de consuelo de su agonía en la horrorosa lucha!

Dicen algunos...

Derecho de asociarme y de sufragio; libertad de emisión del pensamiento quiero en las leyes; mas para los frailes, ¡palos como al jumento!

Todos iguales

Asustábase un viejo de la muerte, y un joven muy confiado le decía: «yo no temo a esa dama, pues soy fuerte», y a poco sucumbió de pulmonía.

Aniversarios

1.º de Mayo

¡Qué triste es el recuerdo de Cavite
sin vislumbrar el día del desquite!

2 de Mayo

¡Qué alivio para el alma en su desmayo
la gloria del Callao y dos de Mayo!
¡Y el pueblo de pasado tan glorioso
no sale de su estado lastimoso!
¡La nefasta política
hace su situación más y más crítica!

Torna ¡oh pueblo! a la virtud,
presta al trabajo atención,
y España entrará en la senda
de su regeneración.
Del bien vive apartada
y el mundo la vé pobre y humillada.

1901.

Pregunto

Por lo pedido en un
mitin anticlerical.

¿Sólo son españoles los que piden
el exterminio de la religión?
Los que en ella creemos, los católicos,
¿somos de otra nación?

Abril de 1901.

Nuestro hogar

Formabamos los cinco un haz estrecho
y despiadada lo rompió la muerte...
Agrupémonos más los que quedamos
para luchar con la implacable suerte.

Frente a Granada

¡Cuánto has caído, Granada,
de tu grandeza moruna!.....
Pero no has perdido nada;
ser por Dios privilegiada
no es pasajera fortuna.

Diciembre de 1899.

Juegos peligrosos

De las olas juguetonas
un mozuelo se asustaba,
y un chusco que cerca estaba
tal cobardía pregona.
Ven donde está mi persona,
le decía al pequeñuelo,
y en la broma perdió el suelo:
vino una ola mayor
y su empuje destructor
convirtió la broma en duelo...
¿Del pueblo la inexperiencia
alentáis, oh liberales?
¿Con imprudencias fatales
explotáis su inconsecuencia?
¿No véis, en vuestra inocencia,
que si crece la marea
la nave se balancea,
y víctima del vaivén
puede peligrar también
lo que amáis, lo que os recrea?

Febrero de 1909.

Anhelo

En una postal de La Laguna.

¡Oh mi patria querida!
¡Qué exhale yo bajo tu hermoso cielo
el último suspiro de mi vida!

Mayo de 1903.

A Adolfo Cabrera Pinto

Enaltecedor de la Instrucción
pública en Canarias

No te importe la cruel ingratitud
de los que tu obra magna obstruccionan,
sólo el gozo interior de enaltecerla
es premio que a tu espíritu conforta.
Sigue la senda que hasta aquí has seguido
y verás los obstáculos vencidos.
Tu obra subsistirá luz irradiando
¡la hermosa institución que amaste tanto!

1918.

Aniversario

En el de la pérdida del crucero
«Reina Regente».

¡Oh recuerdo aterrador
del más doloroso estragol
¡Fué aquel día de dolor,
del desastre precursor
de Cavite y de Santiago!

Marzo de 1900.

Al Sol

En día de invierno.

Como Dios sé que te adoran
hombres de lejanas tierras;
a los llanos y a las sierras,
consolando a los que imploran,
tus rayos clementes doran:
¿quién no explica aquel error
al admirar tu fulgor
y recordar la ignorancia
de pueblos casi en la infancia
a los que prestas vigor?

¡Murió Gabriel y Galán!

I

Leo en un diario de los que influencia
ejerce en la opinión:
—Ha muerto un gran poeta oscurecido
de magno corazón —
¿Oscurecido y grande, quién explica
tan gran contradicción?
Si era sabio castizo y armonioso
y de amena dicción,
¿cómo no celebrar el mundo culto
su vasta erudición? ..

El caso inusitado, extraordinario,
tiene su explicación:

Acaba de morir Gabriel Galán;
quién no tuvo ocasión
de adular a las masas, ni alistarse
en cierta asociación
que puede a su placer formar ufana
sabios de relumbrón,
o negar al talento verdadero
su magna protección. ..

II

Era Galán de escuela *oscurantista*
y jamás cultivó la modernista.
A pesar del empeño en olvidarle,
el aplauso del bueno ¿ha de faltarle?...
¡Sectarios, descubríos... en el Parnaso
le dan, como a un coloso, franco paso!

1904.

Unión firmísima

A D. Juan José Pérez.

La Laguna y Santa Cruz
eran dos pueblos rivales;
la Cuesta los unió, y hoy
forman un grupo admirable
al que dan aire las sierras,
al que dan brisas los mares.

El portento del Cenáculo

Doce humildes pescadores
se agrupan en el Cenáculo;
son de Jesús defensores,
sus únicos gladiadores,
de la fe el más firme báculo.
Si al ver al Cristo humillado
le niegan o le abandonan
y su amor han olvidado,
¿para qué se han congregado,
si su ingratitud pregonan?

Mas ¡prodigio sorprendente!
un estruendo extraordinario
unido a luz refulgente,
hace acudir a la gente
al apartado santuario:

y con asombro invencible
oyen voces de consuelo;
y en el pórtico, visible,
con el semblante apacible
como enviado del cielo,
se hace, lleno de elocuencia,
el cobarde, el ignorante:
ya no teme la violencia
¡llena ya de Dios la esencia
a su corazón amante!

¡Los doce pescadores miserables
asombran con sus hechos admirables!

¡El mundo transformaron
y con su sangre la verdad sellaron!

Tristezas

¿Qué cruel enfermedad
mi naturaleza abate?
¿Porqué ya con alegría
el pecho mío no late?
¿Porqué no es la inspiración
ni el más ardiente entusiasmo
lo que alienta al corazón?...
Es que del sepulcro veo
la terrible cercanía:
¡es que el tiempo destructor
alejó del mustio cuerpo
vigores y lozanía!

A mi hija

Obedeciendo a ley inexorable
por otro amor pospones mi cariño;
pero atenúa mi dolor un tanto
la idea halagadora
de que hoy son ya dos hijos
los que con sus afectos y atenciones,
cuando de la vejez sintiere el peso,
han de animar mi vida
y al pecho han de prestar dulce consuelo.

Oid los dos mi paternal deseo:
amadme cual os amo;
haced que yo jamás deciros pueda,
transido de dolor y de tristeza,
amor descendiendo, mas ¡cuán poco asciende!

Sevilla, Junio de 1902.

Paz al caído

De Maceo en el retrato
puse «traidor» «asesino»....
Murió, borré... y por su alma
pedí al Hacedor divino.

Lo único positivo

Pensamiento de San Agustín.

Copioso llanto por tí
derramé en mi desconsuelo,
guirnaldas te entretejí;
y en lo inmenso de mi duelo,
por tu alma le pedí
con grande fervor al cielo.
¿Qué dejó el tiempo inclemente?
se evaporó el triste llanto:
apenas orló tu frente
la flor y perdió su encanto;
¡Sólo la oración doliente
subió hacia el Empireo santo!

1897.

Mater Dolorosa

Grandes son, María, tus timbres, que ama
y tanto venera el pueblo cristiano:
El menesteroso madre te proclama
y madre te dice el rey soberano.

Reina de los cielos y reina del mundo
te aclaman a coro pueblos y naciones:
como reina inspiras respeto profundo;
como madre imperas en los corazones.

Como reina ejerces inmenso poder
y asombra y abisma tu gloria y alteza;
como madre elevas todo nuestro ser,
pues siendo tus hijos, nuestra es tu grandeza.

La tragedia horrenda que allá, en el Calvario,
imprimió en tu pecho huella tan profunda,
del dolor te hizo santo relicario
y en base firmísima tu grandeza funda.

El orbe, María, presencié asombrado
tu gran sacrificio, tu dolor intenso;
al pié del madero, hoy reverenciado,
firme revelaste tu heroísmo inmenso.

Digna allí te hiciste de un timbre glorioso;
allí sublimaste, Señora, al dolor,
y por él nos diste el título hermoso
de hijos, que es muestra del más alto honor.

Añoranza

¡Oh mis dulces recuerdos!

¡Recuerdos míos!

sois los únicos dueños

de mi albedrío!

¡Que triste suerte!

El ayer era vida,

nada el presente.

Vaticinio

Canalejas, me temo, amigo amado,
que vayas a sufrir la penitencia
en el mismo pecado.

De las turbas alientas las pasiones,
¡ya te darán las mismas coscorrónes!

Consejos

Indolente jardinero,
cuida y no tronches la rosa
que brota en Abril o Enero;
ella premiará tu esmero
con su esencia deliciosa.

Planta y cuida, jardinero,
la violeta delicada:
¡era la flor predilecta
de mi prenda idolatrada!

No olvides el clavel:
es el mejor adorno del verjel.

Consecuencia

Histórico.

Viene la turba gritando

¡Viva la moralidad!

¡Llor a la libertad!

¡La Nación va progresando!

Y, piedras mil descargando
sobre humilde monasterio,
provoca un conflicto serio....
pasa por la mancebía
y aplaude con alegría....
¡descifrad este misterio!

Abril de 1901.

Tejer y destejer

¿Quién te comprende, corazón mezquino?

Desear y sufrir es tu destino.

A una antigua ilusión realizada
otro nuevo deseo torna en nada.

Vemos triste el presente
y el pasado y futuro sonriente.

¡Con lógica concluye la razón
que no es esta tu patria, corazón!

8 de Diciembre

Celebrando a la Virgen sin mancilla,
alegres notas, dulces, desiguales,
entonarán a coro los mortales;
de gala vestirá la gran Sevilla.

La catedral, del orbe maravilla,
lucirá sus riquezas orientales;
¡ante la que es consuelo a nuestros males
arte, ciencia y poder, todo se humilla!

Yo que a María tengo tierno amor,
debiera tomar parte en tal concierto
y olvidar un instante mi dolor:
¡mas notaré en el alma un gran desierto!
la ausencia de mis Conchas ¡oh Señor!
convierte mi placer en desconcierto.

1896.

Siempre igual

La misma historia siempre... siempre España
luchando con denuedo y valentía,
¡De la desdicha la implacable saña
no deja de sufrir la patria mía!
Ocho siglos de lucha encarnizada
para vencer al pueblo mahometano
sostuvo ante la Europa, amenazada
de su influjo despótico, inhumano.
Con su heroísmo y su valor constante,
con su increíble y largo sufrimiento,
salvó a la Europa, y su Pendón triunfante
pudo en Granada cimbrar el viento.
Nuestro pueblo, sublime y generoso,
siguió prestando su concurso al mundo,
y, paladín de un ideal hermoso,
el ideal más grande y más fecundo;
ensanchó de la tierra los linderos
descubriendo el país americano,
llevando allí el progreso verdadero
con esfuerzo sublime, sobrehumano.

¿Cómo ha pagado Europa tanta gloria?
¿cómo el mundo premió tantos servicios?
¡Olvidando esos timbres de la Historia
y tornando en desdén los sacrificios!

No hay ni una roca de la tierra hermosa,

que España hizo surgir del mar profundo,
que hoy sostenga la enseña más gloriosa
que debe honrar el universo mundo.

Europa, indiferente, consintió
la más inícuca y desdichada guerra.
¡Ese fué el homenaje que rindió
en cambio a tanto bien hecho a la tierra!

Hoy se repite semejante escena.
De Lepanto la ilustre vencedora,
nunca egoísta, siempre justa y buena,
lucha de nuevo con la gente mora:

Y cuando su labor debe apoyar,
la ingrata Europa, obstáculos presenta,
viniendo de este modo a retardar
el triunfo del derecho que sustenta.

Mas no importa: aunque sola, abandonada,
en su destino y su derecho fuerte,
triunfar sabrá, como en edad pasada,
de la contraria y desdichada suerte.

Aun le queda, en el libro de la Historia,
una página en blanco que escribir;
aun aspira a que el Dios de la Victoria
haga su ilustre nombre revivir.

¡Déte el cielo, oh mi patria bendecida,
nuevo triunfo, que es darte nueva vida!

Marzo de 1912.

A Málaga

Por su comportamiento en el
naufragio de un buque alemán.

Málaga siempre famosa
encantadora ciudad,
a tu corona gloriosa
hoy añades generosa
la flor de la caridad.

Tus nobles hijos lucharon
con el mar embravecido
y muchas vidas salvaron...

¡El aplauso se ganaron
de un gran pueblo agradecido!

¡Vivirá de Alemania en la memoria
esta página bella de tu historia!

Diciembre de 1900.

A Cánovas del Castillo

Sátira social

I

Del anarquismo la saña
dió término a tu existencia,
¡comprendió que tu influencia
era un sol que no se empaña!

¡Genio singular de España
faltaba solo a tu gloria
que consignará la Historia,
ser por la Patria inmoladol
¡Tu nombre ilustre y amado
será de eterna memorial

II

Por la desdicha que hoy agobia a España
vienen de Portugal muestras de amor:
son afectos del alma, voz no extraña,
impulsos fraternales de dolor.

Si el suelo de esa tierra cariñosa
copia del nuestro toda la hermosura,
¿qué Hada entremetida y caprichosa
detiene esas corrientes de ternura?

Naturaleza, pertinaz costumbre,
aficiones, idioma, pensamientos;
todo dice a la mente que vislumbre
días de unión de dichas y contentos.

Accidentes no más dice la Historia
separan a los pueblos de la Iberia:
¿porqué no vienen ya días de gloria
formando una entidad potente y seria?

¿Quién no siente por Camoens en España
admiración y orgullo sin igual?
Al que escribió el Quijote y su alta hazaña,
¿acaso hay quién no admire en Portugal?

Los que a Vazco da Gama comprendieron
y le siguen con bravo corazón,
¿no parecen los mismos que salieron
en las famosas naves de Colón?

Mas recuerdo a Inglaterra....
¡Ella entre los dos pueblos pondrá guerra!

8 de Agosto de 1897.

Don Canuto Ricon y Monreal,
que es un hombre formal,
y maneja la crítica
lo mismo en la moral que en la política,
pues cree con buenísima intención,
que al pueblo da con ello gran lección;
viendo quemar a Judas el traidor (*)
y observando lo intenso del reflejo,
dióle el guasón consejo
al Alcalde mayor
de convertir en luces refulgentes
a los traidores Judas existentes,
con lo que de seguro conseguía
buena luz a la par que economía.

El buen Alcalde por salir del paso,
de D. Canuto contestó al bromazo:
—La idea, amigo mío, es luminosa...
pero reduce el Censo a poca cosa.

Antes del viaje

Voy a viajar, me dije muy gozoso;
recorreré magníficas ciudades,
dentro del marco de ese cuadro hermoso
hallar solo podré felicidades.

En el viaje

¡Qué ilusión! En el alma está el vacío!...
¡Me sigue por doquier el dolor mío!

La Experiencia

Ya comprendo la pregunta
formulada por un sabio:
¿En qué beneficié a éste,
cuando me hace tal agravio?

Abril de 1901.

(*) Costumbre andaluza,

Un hombre de ley

Histórico.

A un club por anarquistas convocado
asistió muy campante
cierto representante,
de la entidad Estado,
por Cánovas nombrado.

Allí oyó deplorar
lo mucho que en Montjuich deben pasar
los que por calles de los barrios viejos
vieron, de un gran petardo a los reflejos,
volar por las alturas
los miembros de inocentes criaturas.

El Delegado afable y satisfecho
sostuvo a cada cual en su derecho;
pero encontró al salir un jubileo
y ordenó dar a todos un meneo.
En nombre de la Ley
dispersó a las ovejas de esta grey.
¡D. Antonio en su tumba agradecido
elogiará a su ilustre protegido!

Diferencia

Tornó la cigüeña
buscando su nido,
y lo halló en la torre
igual, escondido.
¡Ay triste! yo busco
la antigua ilusión,
y sólo hallo ruinas
en el corazón!

Al partir

A mi familia y paisanos.

Ha llegado el momento de partir,
el de la despedida;
sí, me voy; pero queda con vosotros
toda entera mi vida.

Septiembre de 1901.

¡Progresamos!

Por seguir de la prensa los impulsos
el pueblo de Motril
con rapidez e incomprensible furia
y económico fin,
hizo pavézas a una hermosa fábrica.
¡Qué bello porvenir!
¡Así rico será, así adelanta
el pueblo de Motril!

Marzo de 1901.

Aniversario

En el de la muerte de
mi hija Mercedes.

Su rostro de querube, su sonrisa
aun impresas están, aquí, en el alma;
fué nave que empujó rápida brisa
dejando la tormenta por la calma.
Llorarla no debemos,
los que en el temporal aun nos vemos.
—Tú que del Cielo gozas dulce paz;
tú que contemplas de Jesús la faz,
¡no te olvides del padre infortunado,
que cruza aqueste mar siempre agitado!

1885.

Curtimientos...

Dicen que en Tenerife no hay industria:
¡Miente quién tal afirma!
que se *curte* con toda perfección
en tertulias y esquinas.

El cuero mío
es uno de los cueros
mejor curtidos,
yo lo presumo,
ya que de aqueste pueblo
no escapa uno.

Suicidio

En el de un rico de la
calle de Trajano

Quién sufra de la vida la tristura
y sólo halle desiertos en su duelo,
busque en la Religión paz y ventura
que es oasis de dicha y de consuelo.

Diciembre 20 de 1897.

Fuera del Centro

Por vos, solo por vos que sois mi Dios,
alejarme debiera del pecado.
¡Es horrible pensar que no es por vos
la pena que produce aqueste estado!
Sólo cuando en el mal siento quebranto,
me acuerdo que es ofensa y que os niego;
y procuro enmendarme; y vierto llanto.
¡Y nunca a la virtud con ansia llego!...
¡Al cesar el dolor que sobresalta
torno al abismo que de Dios me aparta!

¡Que yo os ame, Señor,
y será por vos sólo mi dolor!

Septiembre de 1900.

En Semana Santa

Cuantos venimos a mirar los pasos
que asombran de esta hermosa procesión
¡cuantos! pero que pocos, ¡oh Dios mío!
vienen con devoción.

¡Siempre nuevo será y extraordinario
el drama portentoso del Calvario!

Dudo si excita más la pena mía
el dolor de Jesús o el de María.

Viernes Santo de 1901,

La Caridad en el Ateneo

Piedad sin caridad, flor sin aroma
que abunda de la tierra hasta el confin:
piedad con caridad, si grata asoma
es la flor más preciada del jardín.

Deleite nos produce la primera
con sus bellos colores;
la segunda mitiga generosa
del mundo los dolores.

A flor tan delicada y exquisita,
con singular fortuna,
este ilustrado Centro, laborioso,
cultiva en La Laguna.

¡A todo sentimiento levantado
responde el Ateneo!
¡No, no puede morir, para el bien vive!
¡Yo en su progreso creo!

Obra de perfección y de cultura
es la de su existencia,
y por eso en su esfera abarcar debe
de todo el bien la esencia.

Ya consagra a Minerva sus amores,
su eficaz energía;
ya comparte celoso con el pueblo
tristeza y alegría.

Vedle honrando a la Patria en sus veladas
o en solemnes sesiones,
alentando por ella el entusiasmo
en nuestros corazones.

Por celebrar las glorias de Cervantes
su salón engalana,
y dedica también solemne fiesta
al lagunero Viana.

Asocia en esta noche al patriotismo
la hermosa caridad;
¡de sentimientos nobles es dechado
la ilustre Sociedad!

¡Flor de la caridad, cuyos aromas
se esparcen, de la tierra hasta el confin,
conviertes con tu esencia, cuando asomas,
el mustio campo en plácido jardín!

1905,

Zerolo

En el día de su fallecimiento.

Zerolo, el gran poeta popular
que cantó de la patria idolatrada
bellezas, tradiciones y grandezas:
el amigo del alma, inolvidable,
¡dejó ya de la tierra las miserias
y a regiones más altas alzó el vuelo
dejándonos tristeza y desconsuelo!

¿Hipócrita?

¿Hipócrita?... no tal: pecador sí.
Lo fuera sí, siguiendo, del pecado
la senda tortuosa, accidentada;
marchar fingiera por la vía amplia
que conduce a regiones deliciosas,
eterno encanto de las almas buenas.
Si mi arrepentimiento Dios acepta
y a sus preceptos mi conducta ordeno,
nadie puede decir: «ese es hipócrita»
como nunca se dijo de Magdala,
como nunca se ha dicho del de Hipona,
ni de Franco di Sena, ni de Pablo
que son del pecador vivo modelo...
¡Con cuanto afán al Hacedor hoy pido,
que en la segunda parte de su vida
les imite; ya que a la primera
los actos del vivir adapté tanto!

En una postal

Remitida por una joven, con el
retrato de una mujer hermosa.

Bella es la dama, sí, mas tu hermosura
brilla con luz potente y duradera,
pues se une a tu garbo y donosura
la virtud, que es belleza verdadera.

Charada

Prima y segunda es un mal
molesto y sin consecuencia
y prima y terciá en la Química
se usa con gran frecuencia;
segunda y cuarta en la espada
es necesario, es de esencia,
y al todo acude curiosa
distinguida concurrencia. (*)

Ante el Cristo

¡Qué hermoso es ver al pueblo congregado
junto al trono de Dios crucificado!
Caridad placentera
que brotas de la fuente verdadera;
verdadera igualdad
que emanás de ese trono de bondad;
¡teina en el mundo que a Jesús olvida
y la paz será norma de la vida!

Analogías

No sé donde lo léi:
sé que me causó impresión
y no lo puedo olvidar;
que todo el mundo murmura
y dejamos murmurar.
La Ley justa impone pena
al criminal; ¿y al coactor?...
¡También debe castigar!

Rápida

Gimiendo, mi vida,
llorando por tí
paso la existencia,
si aquesto es vivir.
Pronto compañía
te haré, dulce amor,
porque de tu ausencia
me mata el dolor.

Las dos patrias

Otra vez, mi Tinerfe idolatrada,
ví perderse tus bellos horizontes
y otra vez de mi España no olvidada
ví las playas, los valles y los montes.

La pena por la ausencia producida
con la nueva impresión quedó vencida;
que si dejé al partir mi hogar querido,
de nuevo admiro este verjel florido,
donde alegre, en edad más placentera,
horas pasé de dicha verdadera.

Epigrama

Llenos de juventud y de hermosura
realzaban el grupo él y ella,
casi les tuve envidia, y digo casi,
por que iba en pos la indispensable suegra.

Pasó tiempo, y no mucho,
y hoy del terceto el desconcierto escucho.

— A sabiendas empleo el consonante
aunque rimé el cuarteto en asonante:
hablo del matrimonio,
y en él no admite reglas el demonio. —

Ilusiones

Histórico.

Ya suena la campana del trabajo,
ya me lleva a mi afán la luz del día;
ya parto, mas no temas, tu estarás
dentro del corazón, ¡oh vida mía!...

Así dijo y partió, creyendo, afable,
dejaba de dolor transido un pecho...
mas para hallar consuelo en tal ausencia
ella con otro amor ¡compartió el lecho!

Cantares

Yo soy de las cosas ídas,
yo soy un triste recuerdo
que piensa, vé, siente y juzga
para mayor desconsuelo.

Tristes son los desengaños
que agobian la pobre vida,
pero resultan más tristes
las ilusiones perdidas.

Te ufanas de tu prosapia...
No la discuto, Balbina...
¡Ten presente lo que dijo
Cicerón a Catilina!

Sólo de dulces recuerdos
vive ya mi corazón,
¡ni una esperanza le anima,
ni le alienta una ilusión!

Ideas pobres, mezquinas
¿porqué os acercáis a mí?
ideas grandes sublimes,
sed mis amigas, venid.

Esa juventud que gira
en alas de la alegría
evoca dulces recuerdos
de más halagüeños días.

Si San Antonio en su gruta
te hubiera visto, Consuelo,
al vencer la tentación
más gloria hallara en el cielo.

Torna, querida ilusión,
imperera en el alma mía,
desde que me abandonaste
se tornó en muerte la vida.

Quién no ha podido admirar
las bellezas de Granada,
diga que no ha visto el mundo,
diga que no ha visto nada.

Diciembre de 1897.

¡Ay que en la triste vejez
es muy difícil lograr
quién goce con nuestra dicha
quién sienta nuestro pesar!

La Laguna es la Siberia
según los santacruceros,
¡y en el invierno de flores
están sus jardines llenos!

Amo con toda mi alma
y con ardor juvenil
a España, madre común,
y al pueblo donde nació.

Es ley suprema del mundo,
el imperio del amor,
cuando el material se extingue,
otro llena el corazón.

Nunca deseas la muerte
al que se muestre enemigo,
en igual trance has de verte,
morir jamás fué castigo.

Es fácil acercarse do las musas
tienen su residencia;
difícil abarcar de aquella estancia
la gran magnificencia.

Las huellas que el horrible temporal
deja en el mundo, borra el tiempo en calma.
¡No se extinguen jamás las que en el alma
dejan los sufrimientos del mortal!

La Virgen de la Esperanza
me dice que ame y espere,
porque aquél que espera y ama
alcanza muchas mercedes.

No es virtud que delincas por cariño,
mas te advierto, mujer, si al corazón
no sigues en las faltas del dios niño,
¡no esperes en el mundo redención!

Dices que cambié de ideas,
me tildas de inconsecuencia;
¡pero no podrás decir
que he vendido mi conciencia!

Piso nuevo, adoquinado,
aun no me inspiras cariño...
por el antiguo empedrado
transitó mi bien amado
y pisé yo siendo niño.

Quién pretenda abarcar los horizontes
que la luz de las ciencias ilumina,
forme en su voluntad potente mina
<para romper las peñas y los montes.>

Dejé al tiempo la venganza,
y quién mi bien tornó en mal,
vé trocada la bonanza
en desecho temporal.

El desastre de Annual fué vergonzoso,
mas Diego Flomestral lo hizo famoso;
su heroico sacrificio por España
recuerda de Numancia la alta hazaña.

En tus ojos el reflejo
creo ver de mi pasión;
¡si serán como el espejo
que a todos presta el consejo
y a ninguno el corazón!

Torna la agitación electoral
y apenado pregunta D. Simón:
de tantas Cortes como vi formadas,
¿qué ventajas obtuvo la Nación?

Del cementerio han traído
esas palmas de la fiesta:
¡el mundo es así! van juntas
alegrías y tristezas.

Presente le elogiaste
y al marcharse su honra destrozaste.
¿De tí que he de esperar?
¡Quién hace un cesto, ciento ha de acabar!

Ya se fueron, ya no vienen
los pájaros de la Ermita;
¡me faltan los confidentes
de mis placeres y cuitas!

Punta del Hidalgo.

Indicios de la vejez
trofeos son y alegrías,
porque indican que la muerte
no ha triunfado todavía.

Fijate bien, Veremundo,
son siempre los que difaman
las gentes peor del mundo.

Al cariño contesta con cariño
desde hoy en adelante,
porque es mi corazón como el de un niño,
que reclama un afecto a cada instante.

Como recuerdo grato de los vivos
conservo siempre la correspondencia...
¡y va tornando en tristes los recuerdos
de la terrible muerte la inclemencia!

Te has libertado al fin de la tortura,
que es vida de la vida en este mundo,
¡tal vez solo comience tu ventura
de la terrible fosa en lo profundo!

Buscando a mis dolores lenitivo
entré do impera el goce y el placer....
¡Tuve que huir, pues solo hallé motivo
para aumentar mi intenso padecer!

Al que vive sufriendo por el cielo
por muy feliz debe tenerlo el mundo:
¡yo no sufro por Dios! Ese consuelo
no alcanzo de mi pena en lo profundo!

La lengua, sea en la aldea o ya en la corte,
del pobre corazón es fiel resorte.
La tuya es de escorpión;
¡sé que tienes de ceno el corazón!

¡Qué lucha tan espantosa
lidian dentro de mi ser
el fuego de las pasiones
y el impulso del deber!

Se desvaneció cual humo
mi agitada juventud,
la tristeza es mi presente
mi futuro.... el ataúd

Que no acaba el existir
el joven alegre piensa,
¡aun no alcanza a discernir
que va empezando a morir
desde que a vivir comienza!

Te llevaste al sepulcro mi ventura,
mi energía, mi bien y mi esperanza;
¡por eso no percibo en mi amargura
más dicha que la muerte en lontananza!

Pensamientos

Es preciso tener en la memoria,
las experiencias sabias de la Historia.

Pide al campo labor,
si ha de brotar la planta, hermosa flor.

Domina por doquier el interés....
Ciego debes estar, si no lo ves.

Quién supo dictar ley al firmamento,
¿no había de refrenar el pensamiento?

Defiendes la igualdad
y al infeliz le tratas con crueldad.

Sin herirte me ofendes,
de caridad, Tiburcio, poco entiendes.

Que no mata el dolor, dice la gente;
¿pero es vivir el del que vive ausente?

Mientras el cuerpo muere a cada instante,
el espíritu vive más pujante.

El fatuo, el envidioso,
convierte al más humilde en orgulloso.

¡En nada te he ofendido
y cual víbora infame me has mordido!

Clavó en mí su mirada
y tornó mi poniente en alborada.

Sentí un impulso ciego:
vino la reacción y olvidé luego.

Dije, «no más amar»
¡y a punto estuve ya de claudicar!

La lucha fué violenta...
¡no me expondré jamás a otra tormental

Amores ya pasados de la edad...
¡Esa sí que es terrible enfermedad!

Para Mayo las flores;
para Enero los hielos destructores.

Al ver brillar aquí tanto pigmeo
en mi locura ser gigante creo.

¡Imposible! No entiende el pensamiento,
¡es que tiene atrofiado el sentimiento!

Un buen libro es amigo verdadero;
un mal libro, falaz o majadero.

Que al hombre infeliz hace, claro veo,
el afán insaciable del deseo.

Contemplando del mundo la bajeza
resalta más, Dios mío, tu grandeza.

Un bombo inmerecido, estrepitoso,
hace aparecer feo al más hermoso.

Mientras creí en tu amor fuiste mi égida
ahora... ¡ya he ganado la partida!

Afable me saludas.
también lo fué con su Maestro, Judas.

Muere la santa de alegría llena
y al pecador la muerte causa pena.

¡Qué afable mientras pude hacerle bien!
cuando no pude ¡qué procaz desdén!

¡Oh deseo insaciable, inextinguible,
azote eres del mundo el más terrible!

¿Oro sin juventud?....
Abundantes manjares sin salud.

Ayer la ví, arrogante, incitadora...
Hoy... ¡los deslices del ayer deplora!

Cuando el rostro de un niño afable veo,
que es del cielo un destello siempre creo.

Si quieres ver la base del cariño.
no obsequies más a ese precioso niño.

Es un sabio profundo
porque.. así dá en decirlo todo el mundo.

¿Niña y tan desenvuelta?...
no aplaudas, su desdicha dá por cierta.

Dicen que rezas mucho,
mas, de tus obras poco elogio escucho.

Conté mi sufrimiento
a quién nada le importa mi tormento.

«¡Qué pena!» — cuando es joven el que muere;
«¡cuánto ha vivido!» — si un anciano fuere.

Espero con el tiempo el desengaño,
pues el que siembra el bien recoge daño.

No te envanezcas, niña, aquella anciana
diciendo está lo que serás mañana.

¡Qué cerca está la muerte de la vida!
necio es aquél que tal verdad olvida!

Das ¡oh Laguna! miel a los extraños
y a los que en tí nacieron, ¡desengaños!

Qué triste y desigual la primavera!
No lo dirías tal vez si joven fueras.

Sí, ya lo se, muy bien puedo vengarme,
¡pero es mas noble y digno el perdonarle!

«Que atento está Eliseo ...
«Es que le pide un duro a D. Mateo».

Contemplando el mar

¡Oh mar!, al que ensalzaron poetas y pintores,
que surges a mi vista con toda tu belleza,
permite que una estrofa dedique en tus loores,
aunque abarcar no pueda mi numen tu grandeza.

Tu espacio inmensurable recuerda lo infinito,
memora lo inmutable tu rítmico vaivén:
a nadie extrañar puede si en mi cantar repito
que ocultas en tu centro un misterioso edén.

Como de Dios se dice que es Ser incomprensible,
también de ti se afirma guardas secretos mil;
agitado recuerdas su justicia terrible;
su amor, cuando te mueve el céfiro sutil.

Lo blanco de tu espuma, lo azul de tu conjunto
emblema es de pureza, señal de castidad,
lo utilizó Murillo en el hermoso asunto
que le hizo inimitable y dió celebridad.

Sirvieron tus murmullos al inmortal Bellini
de inagotable fuente de célica armonía,
y en notas desiguales por tí imitó Rossini
la ira del Eterno y el llanto de María.

De industrias eres base y emporio de abundancia.
¡Cuántos bienes al hombre reportas, bello mar!
brindas campo a Minerva; das a Neptuno estancia;
a los remotos pueblos logras aproximar.

Tú orignas la lluvia que al valle da el rocío
y montes y praderas encierras en tu seno;
te debe vida y muerte el caprichoso río,
y brota de tí Apolo magnífico y sereno.

Un dulce sentimiento del alma agradecida
me impulsa á que te admire, me dice que te cante.
¡Duerme entre tu oleaje, mi Tinerfe querida,
engarzada cual perla o cual Venus triunfante!

Besado por las auras que templas cariñoso,
eleva el Teide cano su cúspide nevada,
y te debe mi patria su clima delicioso
y universal renombre de Isla Afortunada.

¡Oh mar!, al que cantaron poeta soñadores,
que surges a mi vista con toda tu belleza,
deja que aquesta estrofa escriba en tus loores
aunque abarcar no pueda mi numen tu grandeza.

La Prensa católica

¡Oh la prensa, de los pueblos, tierna madre protectora,
que transmite los efluvios de la idea redentora,
convenciendo ferviente la rebelde voluntad,
conmoviendo corazones por el vicio pervertidos,
recordando los ejemplos que dieron los tiempos idos,
y la desdicha tornando en dulce felicidad!

¡Oh la buena prensa!, amiga de los pueblos, consejera,
directora de las gentes, del bien tierna mensajera,
luz espléndida que alumbra con los rayos del saber;
la ignorancia desterrando, la virtud fortaleciendo,
las tristezas en dulzuras, afanosa convirtiendo,
y a las dormidas conciencias despertando, dando ser.

Cuando cumples tu misión digna, noble y elevada,
cuando en tu marcha triunfante, cual aurora nacarada,
vas dejando clara estela de la existencia en el mar,
dulces canciones mi Musa te consagra agradecida,
y palanca portentosa te proclama de la vida
que al progreso verdadero gran impulso viene a dar.

Junio de 1917

La opinión

Como dama caprichosa que persigue a su galán,
es la fama pregonera, es la voluble opinión:
ya se acerca cariñosa con deleite, con afán,
ya celosa le desdeña y le niega protección.

Pocas veces razonable en la justicia se inspira;
muy pocas veces se basa en un criterio imparcial;
juzga y falla apasionada según el cristal que mira,
y al juzgado, pinta fiero o cariñoso y leal.

.....

¡Hay que acoger con prudencia la opinión predominante;
debe indagarse su origen, ya sea adversa, ya galante!

Reflexiones

En el aniversario de la muerte del Príncipe Tinguaro

A Adolfo Cabrera-Pinto.

En acto tan solemne, en día de recuerdo
tan triste como aqúeste que vais a memorar,
mi flor, siquiera humilde, mi voz siquiera flaca,
debe exhalar su aroma, aquí debe sonar.

Un dulce sentimiento de amor tierno y profundo
por el suelo encantado que ví desde el nacer,
me impulsa hacia este sitio con fuerza irresistible;
oidme bondadosos mi tesis sostener.

Merece el heroísmo del Príncipe Tinguaro,
que defendió muriendo la santa libertad,
la admiración constante de nuestros corazones;
en su loor ¡oh siglos! mil cantos entonad.

Él repitió en Tinerfe al frente de los suyos,
la escena de Numancia: «luchar hasta morir.»
Él con su sangre riega de Agüere la campiña,
porque dominio extraño no quiso consentir.

Él selló con su arrojo el lema sacrosanto
de «independencia o muerte» que el pueblo guanche amó.
Él con sus bravos súbditos luchando, en su desgracia,
hermoso ejemplo al mundo de patriotismo dió.....

Mas temple el entusiasmo de nuestro amor patriótico
la plácida armonía de lógica razón;
acallen un momento sus leyes inflexibles
el soberano impulso de nuestro corazón.

Muere Tinguaro y surge la nueva y bella patria:
¡del fondo de la pena que brote la alegría!
¡Si en la montaña enhiesta la libertad sucumbe,
renace, como el Fénix, con mayor lozanía!

De aquella raza digna de suerte más propicia,
unida con la noble del bravo vencedor,
la sangre generosa por nuestrar venas corre,
¡rindámosle tributo de consecuente amor!

Verdad que el pueblo guanche en desigual batalla
perdió su independencia, su más bello ideal,
pero el Pendón excelso que tremoló Castilla,
le prestó cariñoso su protección leal.

A la sagrada sombra de tan grandiosa enseña,
el Sol esplendoroso al Teide envió su luz

de ciencia y de progreso, emanación sublime
de la doctrina augusta del Mártir de la Cruz.

Fundidos los dos pueblos en fraternal linaje,
de España constituyen su más rico florón,
y hoy llorando las penas de la caída raza,
hacen suyas las glorias de la inmortal nación.

Quiso el Omnipotente al crear la Natura,
al dar leyes al mundo, al generar el Sol,
que todo lo que es bueno, es noble y es laudable,
del mal, de la desdicha, pase por el crisol.

La tierra da sus frutos, la flor da su perfume
rasgando sus entrañas al producir el bien;
para civilizarse el pueblo guanchinesco,
la ley inexorable debió cumplir también.

Del Príncipe Tinguaro la sangre generosa,
el sacrificio horrendo de raza tan viril,
su fruto dió: este pueblo valiente e ilustrado,
que acrecentó las glorias de España la gentil.

En la Velada del Ateneo, 1907.

Solo el Teide

Ha llegado ya el invierno con su cuadro de tristeza,
va perdiendo su alegría la madre naturaleza:
van dejando las montañas sus colores de esmeralda,
se han borrado ya las huellas de los dorados trigales;
los árboles van cambiando sus figuras estivales
y hasta el cielo sus variantes no luce ya de oro y gualda.

Son más tristes las campiñas, más obscuras las auroras,
y jardines y praderas no hacen gala de sus floras:
sólo el Teide indiferente ha ganado en hermosura.
A los fríos huracanes, que del norte se deslizan,
fué sensible; y a sus lomas, que a lo lejos se divisan,
las cubrió con regio manto de extraordinaria blancura.

Cuando el sol desde su trono sus claros rayos envía
inundando a los poblados de placentera alegría,
el manto de blanco armiño refleja brillos de plata
deslumbrando al que contempla del coloso el poderío,
su inmovible grandeza, su singular señorío,
que la mente soñadora con gran empeño dilata.

A las clases obreras

Oíd la voz amiga de un ser que reconoce
y aplaude la influencia de vuestra acción social;
que con ansia os desea felicidad y goce
y siente, si sois víctimas de inveterado mal.

No es vuestro amigo aquél que odiosidad predica:
no os ama quién difunde funesta rebelión;
sólo paz y armonía vuestro hogar fortifica,
sólo en el bien la dicha, alcanza el corazón.

Quién diga que en el oro estriba la ventura,
quién diga que en el fausto nuestra grandeza está,
no sabe que en el mundo domina la tristura
y al prócer y al plebeyo su ley funesta da.

Más cuidado le ofrece al rico su riqueza,
lo dice la experiencia, lo dijo Calderón,
que al pobre su infortunio, si con noble entereza
rechaza de su mente, funesta la ambición.

No es mal que por los medios que la razón señala,
que basa la justicia y no rechaza el bien,
pretenda el profetario, en progresiva escala,
del festín económico participar también;

mas no obtendrá con odio, envidia ni recelo,
con vicios ni deleites tan noble, recto fin;
lo alcanzará si fuere en la virtud modelo
y del trabajo honrado constante paladín.

Si acaso la fortuna falaz y veleidosa
le niega sus caricias, le trata con crueldad,
su virtud, su constancia, corona muy hermosa
le tejen para siempre allá en la eternidad.

No olvidéis, proletarios, el portentoso ejemplo
que el GRAN OBRERO ofrece pendiente de la Cruz:
es sufrimiento, es gloria ¡absorto le contemplo!
humildad, poderío..... obscuridad y luz.

¿Porqué canto?..

Yo sé que no es el genio el numen que me alienta,
yo sé que en el Parnaso no puedo penetrar;
ni tengo inspiraciones, ni el arte me sustenta
y, sin embargo, siento afanes por rimar.

Lo mismo que respondo a un ímpetu secreto
que, sin voz deliciosa, ni oído delicado,
me hace cantar a voces, pecando de indiscreto,
sin temor a la crítica de aquél que está a mi lado;

cuando siente mi pecho el dardo del martirio,
cuando causa mi asombro lo bello del paisaje,
cuando un acto sublime produce mi delirio,
o cuando horror me infunde funesto personaje;

si triunfa la virtud o en mí el amor domina,
si la patria peligra o sus glorias me encantan,
si veo que en el mundo la maldad predomina
y al pobre, al inocente, sufrimientos quebrantan;

si siento el dardo agudo del triste desengaño
o de la vil calumnia la baba me salpica;
si un acto generoso viene a evitarme daño
o la amistad sincera mi vida fortifica,

sin que evitarlo pueda, compongo poesías,
si así pueden llamarse los métricos renglones
donde estampadas quedan las impresiones mías,
que sólo apreciar pueden sencillos corazones.

Abril de 1912



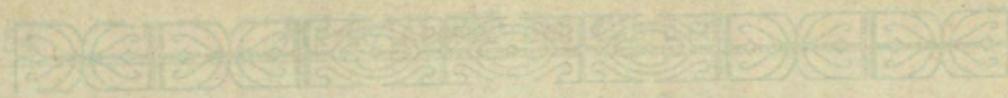


Prefacio a la Prosa

VARIOS

LOS versos, con ser bastante más numerosos de lo que juzgaba, como aparecían, aunque sin ilación, en el cuaderno a que hice referencia en ¿PRÓLOGO?... no me proporcionaron grandes dificultades: hoja por hoja fué mi viejo cuaderno a la imprenta y ya el lector, si logro alguno, los podrá juzgar. Los obstáculos me los proporciona la prosa. Imposible reproducir tanto en un libro, ni siquiera una mediana parte: mi labor—lo repito—tan pobre en calidad, es muy rica en cantidad, y en la necesidad de cumplir con el plan enunciado, me concretaré a intercalar artículos, biografías, discursos çortos y trozos de correspondencias o de artículos largos, sin enlace ni orden cronológico.





Parque cantó

Prefacio a la Prosa

Los versos, con ser bastante más numerosos de lo que juzgaba, como apreciación, aunque sin lición, en el cuaderno a que hice referencia en "Prosa"..., no me proporcionaron grandes dificultades: más por haber sido mi vicio cuaderno a la imprenta y no el lector, al otro extremo, los podrá juzgar. Los obstáculos me los proporcionó la prensa: imposible reproducir tanto en un libro, ni siquiera una mediana parte: mi labor—lo repito—tan pobre en calidad, es muy rica en cantidad y en la necesidad de cumplir con el plan enunciado, me concreté a intercalar artículos, biografías, discursos cortos y otros de correspondencia o de artículos largos, sin enlace ni orden cronológico.



VARIOS

Discurso

Leído en el Instituto de Canarias en la Velada conmemorativa del tercer centenario de la publicación del "Quijote"

Un encargo honroso de la Superioridad, el de representar al Excmo. señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en un acto literario celebrado en la culta isla de la Palma, ha privado esta noche a la patriótica Junta organizadora de estos festejos, del entusiasta presidente por ella elegido, y ha motivado el que sea yo, el último de todos, el llamado a substituirle. No surga por esto en la mente de na-

die el recuerdo de los entrometimientos de Sancho, antes evóquese el del culto a la obediencia y la constante disposición para no rehuir sinsabores y situaciones difíciles de que dió siempre gallardas muestras el hidalgo caballero D. Quijote de la Mancha, cuando del cumplimiento del deber se trataba.

Fiesta la más eminentemente española entre las profanas; fiesta gratisima, simpática y singular para todos, es la que en estos días celebra nuestra Nación, que tan pocos motivos de alegría tiene en los presentes momentos históricos.

Tratárase, como en el 92, de festejar el recuerdo glorioso de Colón, quién dotó al mundo antiguo de otro nuevo, y ensanchó con ello los dominios de España, y aparecería Italia recordándonos que Colón fué genovés, y muchos españoles nos dirían que aquella gloria produjo la ruina de la indus-

tria española, que aquellas heroicidades costaron ríos de sangre a la Madre patria, que aquel poderío envidiable fué causa de nuestra presente trágica situación.

Intentárase glorificar a la gran Isabel I, a la mujer preclara que honró al trono español cimentando la nacionalidad que aun hoy decadente, es respetada y dignificada por propios y extraños, y podría oírse la opinión de alguien que pusiera en duda la oportunidad de algún acto de trascendencia de la genial reina; o de críticos extraños que tildaran de funestas algunas determinaciones de la castellana insigne, cuyos restos descansan en la famosa capilla real de la Basílica granadina.

Ufanáramosnos con el acontecimiento de Lepanto, y su recuerdo traería aparejado el de la sangre derramada, y la idea de que parte de la gloria, la reclaman para sí Venecia por su cooperación eficaz y otros países, porque pusieron a las órdenes de D. Juan de Austria generales insignes y soldados valerosos.

Ni aun esas nubes relativamente pequeñas ante la espléndida magnificencia del sol refulgente que a aquellas personalidades o aquel trascendental acontecimiento pudiera simbolizar, se vislumbran en el cielo luminoso y apacible de esta hermosa y consoladora fiesta, que nadie nos disputa, a nadie excluye, ni evoca recuerdo alguno desagradable.

Hace bien la Nación, que en varias ocasiones ha sabido sacrificarse, noble y desinteresadamente, por defender los grandes intereses de la humanidad, en festejar la aparición del famoso libro que inmortalizó al genial Cervantes. Hace bien la España del siglo XIX (ese es aún el siglo de la presente generación que piensa) en hacer pública ostentación de alegría al cumplirse la tercera centuria desde el año en que el descubrimiento portentoso de Gutemberg, sirvió de medio de difusión a las

concepciones de aquel genio soberano, que dejó en el mundo estela tan luminosa y permanente.

La gloria que irradia el libro portentoso que, concebido en las lobreguezes de una prisión, se ha abierto paso al través de los siglos, es pura y eminentemente española, tan puramente española, como las enhiestas montañas de Guadarrama, o las encantadoras vegas de Granada y Valencia.

En efecto: *el libro más ingenioso y singular que ha producido el espíritu humano*, como dice del Quijote un cervantista eminente, es netamente español, primero: por su autor, del que ni siquiera puede decirse que debía su ilustración, sus tendencias de escuela, a pueblos extraños que visitara, o a centros literarios de otros países donde amamantara su inspiración sublime; segundo: por su argumento, verdadera fotografía moral y social de la España de todos los tiempos; fiel espejo que reverbera nuestro carácter, nuestras costumbres, nuestras virtudes, nuestros defectos y debilidades; tercero: por las bellezas de las formas literarias, de tal índole especiales y propias, que ellas constituyeron siempre el escollo en que se han estrellado los más cultos y afamados traductores de todos los países.

Por eso el pueblo español tuvo siempre en alta, en altísima estima, no sólo a la obra colosal que narra las ficticias aventuras del caballero manchego, defacedor de entuertos y las de su leal y picaresco escudero, sino, (entiéndase bien) *lo mismo en vida que despues de muerto*, al Príncipe de los Ingenios, al esclarecido manco de Lepanto, creador de aquella prodigiosa, interesante y verosímil narración.

Del estudio que se haga acerca de la vida laboriosa, agitada y nada feliz del que fué modelo de virtudes cívicas y cristianas, al mismo tiempo que poeta flúido y novelista excelso, se deduce que, entre sus contemporáneos, hubo muchos que le envidiaron, y algu-

nos que le persiguieron o negaron protección; mas ¿porqué éstos han de llevar la representación del pueblo, que acogía con aplausos las comedias con que se daba a conocer como poeta dramático, que leía con deleite la *Galatea*, y que más tarde ¡cosa verdaderamente extraordinaria en aquellos tiempos! en el corto espacio comprendido entre 1505 a 1516, en que tuvo lugar la muerte del regenerador insigne del idioma castellano, dió cariñosa acogida a CATORCE ediciones del portentoso libro, cuyas bellezas literarias y trascendencia de asunto es tal que aun hoy, a los tres siglos de distancia, tiene el privilegio de congregarse para celebrarlo llenos de regocijo y orgullo, a los hijos de la noble España?

Al pueblo, al noble pueblo, admirador de todo lo grande y justiciero hasta por leal instinto, no lo representan moralmente los Alcaldes de Argamacilla, que no fueron capaces de tener en cuenta las glorias adquiridas en Lepanto; ni los insolentes Villegas que, sin dotes para comprender la grandeza del verdadero genio, le denigran, o mejor dicho, intentan denigrarle, sin conseguir otra cosa que hacer caer sobre sí el insulto que osaron dirigir a la altura desde el cieno en que se agitaban.

Pero si entre los contemporáneos pudo encontrar Cervantes algunos españoles que no le comprendieron o envidiaran; si durante la vida de aquel insigne escritor, Padre de la literatura patria, hubo un necio que tachara de bajo el estilo del que escribió el discurso sobre las Armas y las Letras, y llegara su atrevimiento hasta continuar escribiendo el *Quijote*, diciendo que lo hacía para MEJORAR EL PRIMERO, después de la muerte física del que debe estar en el cielo para recibir el premio de sus virtudes, su genio colosal, su facundia inagotable, ha continuado difundiéndose por el mundo, siendo fuente perenne de inspiración, maestro de la humanidad pensadora y orgullo,

no ya de la española tierra, sino del mundo civilizado, que le proclama preclaro, fecundísimo, insigne y original en grado supremo.

Confírmalo así el juicio de los más conspicuos sabios, de las primeras lumbreras no sólo españolas, sino de todas las naciones, y más que nada, el número inmenso de ediciones de la nunca bastante ponderada obra, cuya aparición celebramos, número al que tal vez no haya llegado ninguna otra de su índole y condiciones, y sin tal vez, entre las españolas de todas clases, como no sea alguna de carácter religioso. A todos los idiomas cultos se ha traducido con esmero y pulcritud y en muchos ilustradas con viñetas o grabados más o menos artísticos, según los tiempos y los adelantos en esta clase de trabajos.

De un hecho tristísimo y lamentable ha venido sacándose partido para dejar sentada la supuesta indiferencia del verdadero pueblo español hacia el cultivador insigne de la rica habla castellana: del hecho dolorosísimo de haber confundido las cenizas del gran hablante con las del resto de los hijos de la villa y corte de Madrid, enterrados en el modesto templo de las Trinitarias, hoy ya famoso, por mí tantas veces visitado. Pero aparte de que ese descuido no debe imputarse al pueblo español, que unánimemente lo ha venido deplorando; aparte de que podría disculparse con la diversidad de costumbres y con las vicisitudes porque ha atravesado la Nación, ¿qué significa comparado con la consecuencia consoladora que se deduce de consignar que las mil sesenta y dos ediciones que se han hecho del *Quijote* en todos los idiomas, más de quinientas son españolas? Sin el apoyo popular, ¿podría un libro alcanzar número de ediciones tan inmenso, y mucho menos en un país que, desgraciadamente, no se distingue por el desarrollo de la instrucción, base de todo progre-

so? No ha habido, no hay en España biblioteca pública o privada, sea cual fuere su importancia, que no haya señalado en sus estantes lugar preeminente para un ejemplar del deleitoso al par que profundo y erudito libro del héroe de Lepanto, y muchas exhiben con orgullo número considerable de ediciones, como la Nacional, la del Sr. Bomson, en Barcelona, que encierra más de 500, la del Sr. Asencio, en Sevilla, que contiene 115; la de Salva más de 36, y otras que no porque alcancen número más reducido, valen menos, porque la rareza de las ediciones ya agotadas avalora el ejemplar.

Nuestra provincia, que no porque esté distante de la Madre España deja de sentir con ella el unísono en todo lo que pueda afectar al patriotismo y tienda a dignificar el verdadero mérito, dió también en otro tiempo muestras de alta estima por la obra del hidalgo manchego, y las da al presente con el número de ediciones que existen en bibliotecas públicas y privadas y con la celebración de estas fiestas.

Cuando gracias a las órdenes religiosas, hasta en pueblos de escaso vecindario como Candelaria, existían nutridas bibliotecas de cuya importancia hablan aún los espaciosos locales que a ellas se destinaron, entre los cuales podemos citar el hermoso de esta casa y el no inferior del Seminario, las ediciones del Quijote abundaban en el Archipiélago.

En los días de triste recordación, en que las fracciones que se creían propagadoras de la civilización y defensoras de la libertad, negaron a los ciudadanos religiosos el derecho de asociarse, los libros, muchos de inestimable valor, fueron arrojados por las ventanas de los conventos; vendidos al peso para envolver mercaderías, y aun destinados a usos menos decorosos. Entre esos libros figuraron ediciones del Quijote que tendrían hoy un inestimable valor. Puedo así asegurarlo. Aun

conservo unas cuantas hojas de un antiquísimo ejemplar, que pude adquirirlas en un comercio de esta ciudad, a cambio de papel propio para envases. Aun recuerdo haber leído donosos episodios de la vida del desinteresado defensor de entuertos, vencedor de castillos y gigantes, en trozos de hojas que hallaba esparcidas por sitios bien distanciados de aquellas en otro tiempo repletadas estanterías. El tipo de letra y hasta los grabados, me hacen deducir hoy, que aquellas hojas llevadas por el viento de la barbarie disfrazada de civilización, pertenecieron a ediciones de los siglos XVII o XVIII. ¡La obra portentosa que dió a los funestos libros de caballería el merecido castigo decretado por el inteligente cura, sufrió en Canarias, como en el resto de España, igual pena, si bien decretada por masas inconscientes, que hoy sufren las consecuencias de tales actos.

Olvidemos estos puntos negros de nuestras miserias políticas y sociales y recordemos hoy que el gran libro de Cervantes debe continuar siendo objeto de nuestra veneración y de nuestro orgullo, porque en sus páginas, modelo de estilo y de dicción, está como esculpida para siempre la rica habla castellana; porque ellas son viva manifestación de la alta sabiduría que en todas las materias alcanzó su autor, cuyo genio inmortal festeja la nación española, y que, a la manera que el sol, centro de nuestro sistema planetario, vivifica y contribuye al movimiento de los planetas que forman el sistema, así el Quijote tiene el privilegio de haber constituido un foco de inspiración perenne para todas las manifestaciones del arte, poniendo a contribución, para que le rindan tributo, ora la poesía, divino lenguaje de las Musas, ora la pintura, forma plástica de la belleza, ya la escultura, manifestación viva de los rasgos característicos de los seres ficticios o reales.—He dicho.

Recuerdos

La visita que hace algunos años hice a la ciudad eterna ha dejado en mí recuerdo gratisimo e imperecedero. Desde joven había oído referir hechos admirables de aquel gran pueblo y causaba mi asombro la descripción de los portentosos monumentos que tanto dicen de lo que el hombre puede cuando desenvuelve convenientemente las valiosas dotes de la inteligencia, cuando a impulsos del genio, destello de la divinidad, asciende hasta regiones serenas de las creaciones sublimes.

El deseo de conocer a Roma se fortificó luego por el estudio y lo avivó el sentimiento religioso, siempre en mi vigoroso y dominante.

En el hogar doméstico, al hablarme de Dios, me indicaban que en aquel pueblo, por mil conceptos ilustre, existía un noble anciano que le representaba en la tierra, y al enseñarme en la escuela idénticos principios, me decían el origen que la tradición da a la ciudad de los Césares y las vicisitudes porque en el tiempo pasó; historia que servirá siempre al mundo de severa lección; libro curioso que las generaciones leerán siempre con asombro, y más tarde en la Universidad Central, al escudriñar los orígenes del Derecho, al examinar una por una las instituciones que constituyen la vida jurídica, observé que, como en otro tiempo reinó Roma por la fuerza de las armas, aun continúa dominando por la más legítima fuerza de los principios, como con la religión impera universalmente en el santuario de las conciencias.

Alto era el concepto que de Roma tenía formado y mil veces dudé si la realidad podía estar en conformidad con él. Pude convencerme del escaso fundamento de la duda, cuando marchaba de asombro en asombro examinando uno por uno los grandiosos monumentos que la gran metrópoli encierra.

Nunca podré olvidar la impresión que en mí produjo la vista del Coliseo, testigo mudo de la degradación de un pueblo que olvida los eternos principios del bien; la del soberbio Panteón, consagrado en otro tiempo a todos los dioses como hoy a todos los mártires, que lo fueron por declarar la falsedad de aquellos y la de los dos históricos Foros, centros bulliciosos del mundo antiguo.

Pero si de la contemplación de los portentosos restos que de la Roma antigua existen para bien del arte y saludable enseñanza de la historia, conservo gratisimo e imperecedero recuerdo, no es inferior el que atesoro de lo mucho que el catolicismo ha acumulado desde que, por la fuerza incontrastable de las ideas, elevó desde las catacumbas al Capitolio la enseña adorable de la Cruz.

Sólo el Vaticano, monumento grandioso digno del Ser Supremo a quien está consagrado, primera maravilla del mundo, a cuya construcción y embellecimiento han contribuido lo mismo las altas aplicaciones de la ciencia que los más atrevidos conceptos y manifestaciones de la belleza realizados por el genio, produce en el ánimo del que tiene la fortuna de admirarlo, asombro indeleble, que no se borra nunca.

Después de atravesar el soberbio puente de San Angelo y fijar la atención en el mausoleo de Adriano, verdadera fortaleza de regulares proporciones y extraordinario volumen, se llega, por una calle bastante modesta, a una anchurosa planicie desde donde se descubre la elíptica plaza de las Columnas, sin rival en el mundo, y el templo, de dimensiones colosales, levantado por la obra de tantos siglos en el sitio que ocuparon los jardines y el circo de Nerón.

La magnífica fachada que aparenta regulares dimensiones, se agranda y agiganta a medida que se acerca: las tres cúpulas que la coronan dan al con-

junto una belleza y majestad que raya en lo sublime.

La del centro, que dió eterna gloria a Miguel Angel, es de tanta elevación, que si desde su interior se intentara suspender por alguién una lámpara para iluminar el templo, se haría necesario agregar 40 pies a una cuerda de las dimensiones de nuestra esbelta Giralda sevillana.

Sería ridícula pretensión describir el templo: cada capilla es un monumento, cada objeto de arte es una maravilla. Los más afamados artistas han dejado allí huella de la grandeza de su genio, y los metales preciosos y las sustancias más ricas y apreciadas, se juntan en armónico concierto, como ansiosas de contribuir de algún modo a la formación de una obra que, al par que sea digna de la grandeza del Omnipotente, hable con elocuencia de la altura que puede alcanzar la inteligencia del hombre iluminada por la fe y ennoblecida por las sublimidades del Evangelio.

Nunca podré olvidar el día que tuve el alto honor de contemplar la bondadosa faz, la magestuosa persona del sabio, prudente y diplomático, en alto grado, León XIII.

Digno del templo que atónito acababa de ver, es el palacio que alberga al sucesor de Pedro. Como aquél, encierra obras de los primeros artistas, museos donde los Papas han reunido las preciosidades del mundo antiguo para que acudan allí a inspirarse los que puedan, con las ventajas que le proporcionen las excelencias del espíritu cristiano, y los recursos poderosos de su genio, crear obras de arte dignas de ser admiradas; capillas maravillosas de celebridad universal, donde Miguel Angel y Rafael el Perugino, vaciaron raudales inagotables de inspiración y talento; y bibliotecas riquísimas que dan un solemne mentis a los que de mala fe o por supina ignorancia sostienen que el catolicismo es enemigo

del progreso, la civilización y las ciencias, como si a tan caros intereses no hubiese atendido y auxiliado siempre con empeño y eficacia.

Aunque pude asistir a la audiencia privada que, como Provisor y Vicario general de Tenerife, solicitó y obtuvo mi querido hermano, a quién acompañaba, preferí acudir a la que, en determinado día de la semana, concede Su Santidad a todo el que desea recibir su Bendición Apostólica y oír sus palabras dulces y consoladoras.

El lugar señalado para la Audiencia fué el conocido con el nombre de Logias de Rafael, y, a la verdad, ninguno más apropiado, tanto porque siendo numeroso el concurso que acude, cabe holgadamente allí, como por la magnificencia y belleza suma que en él predomina.

Las tres alas que forman las Logias, limitan al llamado patio de San Dámaso, en verdad grandioso e imponente.

Tres órdenes de pórticos sostenidos por pilastras dóricas, jónicas y compuestas, admirablemente combinadas, constituyen las fachadas de las famosas galerías; y esta obra, como el decorado del interior, fué ideada y ejecutada, en gran parte, por el insigne Rafael, razón por la que lleva su nombre y aun ha merecido el honor de que, en el ala que mira a la ciudad, si mal no recuerdo, figure el busto del artista, que comparte con Miguel Angel la mayor fama que puede alcanzar un genio en el mundo.

El vulgo cree de Rafael la totalidad de los frescos que, lleno de asombro, contemplé en las Logias; pero, salvo el que figura sobre la puerta de la entrada, en los demás, sólo fué suyo el pensamiento, habiendo dejado la ejecución a celebrados discípulos que, a juicio de peritos, supieron interpretar bien el plan del célebre maestro.

Cuando llegué, ya las tres grandes galerías de las famosas Logias estaban ocupadas, formando dos alas, por nu-

merosísima concurrencia, en la que se distinguía, lo mismo al hijo de la poderosa Albión, que al hoy engreído alemán; al que vió la luz primera bajo los abrasadores rayos del sol que ilumina a las Américas, que al que nació su cuna en países diametralmente opuestos.

Todas las lenguas se hablaban allí, y, ¡contraste singular!, a pesar de tanta variedad, dominaba la unidad en el pensamiento cristiano, lazo dulcísimo que aproxima a todos los hombres y a todos los pueblos, y en el deseo de rendir homenaje de respeto a la venerable persona que se halla revestida en la tierra del poder más alto y consideración más fundada.

Si la vista de tantas maravillas, como en aquellos días pude admirar, ha dejado en mi alma recuerdo grato y estable, no es menor el que imprimió la presencia del que, para los católicos, para los que siguen la doctrina practicada y enseñada por Jesucristo, puede atar y desatar acá en la tierra, seguro de que lo mismo quedará atado y desatado en el cielo.

La puerta que comunica a las inmensas galerías con las habitaciones de S. S., se abrió de par en par.

Dos guardias del Papa, con sus vistosos uniformes, empuñando artísticas lanzas, abrían la marcha y separaban respetuosamente al concurso. En pos de éstos, cardenales, obispos y simples sacerdotes, sin duda del servicio del Pontífice, y presidiéndolo todo, la majestuosa persona de León XIII, vestido de blanco, bendiciendo a la multitud que, instintivamente, se arrodilló, sin que mediara excitación de nadie.

Cuantos tuvieron ocasión de contemplar la faz bondadosa de Pío IX, el gran Papa que llena con su historia medio siglo, creían que aquella presencia toda llena de majestad y de dulzura, no sería fácilmente olvidada; pero hay que confesar que León XIII, aun en lo que parece más accesorio,

en las cualidades externas, que muchas veces no revelan, de un modo visible, la bondad que en el alma se atesora, fué también digno sucesor del santo Pontífice de la Inmaculada.

La estatura alta, el rostro risueño sin afectación, la frente ancha, la mirada dulce e inteligente, respirando bondad, la erguida cabeza poblada de blancas canas, un conjunto lleno de majestad y grandeza, que atrae, que infunde respeto y veneración, rara vez sentido; esa es la persona, tan querida para los católicos, como respetada y admirada aun por los que no lo son, y celebran sus ya famosas encíclicas y sus actos diplomáticos, que tan beneficiosos vienen siendo para el mundo civilizado.

Para todos los concurrentes, entre los que se contaban muchos grandes de la tierra, confundidos con el modesto obrero o el sencillo menestral, tuvo palabras de consuelo y de esperanza, a todos agradeció el afán con que procuraban visitarle, y cuando, recorridas las galerías, se colocó en el punto más visible para bendecirnos, confieso que la impresión sentida no es para descrita ni olvidada; allí había algo de sublime y sobrenatural... el corazón, lo siente... la inteligencia, no lo explica.

Bien hacen los católicos del mundo conocido en acudir a dar una muestra de amor, al par que de respeto y acatamiento, a uno de los Papas que mayor nombradía alcanzaron en la historia. Un Papa todo caridad y amor, sabio y prudente, protector decidido de las ciencias, concedor profundo de su siglo, admirador del pasado sin desconocer lo mucho bueno del presente, es necesario a la civilización, es elemento indispensable al verdadero progreso y parece el iris de paz por quién suspira el mundo moderno.

Antaño y hogaño

Era la noche del 11 de Febrero de 1873. Me acompañaba en Madrid un amigo querido, condiscípulo en la Universidad Central—que hoy es distinguido médico militar en Sta. Cruz de Tenerife—y paseábamos por la carrera de San Jerónimo y Puerta del Sol, en aquellos momentos, 9 de la noche, llena de grupos que comentaban sucesos que apenas podíamos nosotros sospechar.

Decían unos que aquel Rey valeroso y caballero, que yo había visto pasar en un día memorable por la ya nombrada Puerta del Sol, después de haber visitado en Atocha el cadáver de Prim, asesinado por su causa, abandonaba la Corte, renunciando al honor de regir a un pueblo de gloriosas tradiciones, como lo es el español.

Cruzaban carruajes conduciendo personas que desde las Cortes se dirigen a Palacio. En uno de ellos vimos al Presidente de la Cámara D. Nicolás María Rivero; en otros iban y venían Ministros y Directores generales. ¿Qué ocurría? Nadie lo sabía con certeza. El aspecto de las calles era imponente. Algunos individuos se veían cruzar con armas; muchos lucían gorros frigos y cuanto más avanzaba la noche, se oían algunos vivas a la República, que pocos contestaban y nadie reprimía. Notamos que la mayor parte de la gente que se mostraba levantisca, marchaban en dirección de la calle de Atocha y allá nos fuimos, mi amigo y yo, sin comprender que nuestra curiosidad pudiera comprometernos.

Por la calle de León llegamos a la plazuela de Antón Martín, y allí nos dieron el alto y quién vive cuatro ciudadanos que, con gorro frigio, terciaban unos fusiles, que yo no había visto sino pintados en manos de salteadores y contrabandistas. Dadas las contestaciones de: «España» y «Paisanos», pe-

netramos en la plaza y desde allí pudimos ver la calle de Atocha luciendo sus casas iluminadas y adornadas con cortinas o banderas. Era que en aquel barrio un grupo de ciudadanos había proclamado la República.

En el café de Zaragoza, que creo existe aún, penetramos. Las ventanas que miran a la plaza estaban abiertas como se acostumbra tenerlas en el verano: los concurrentes sólo eran hombres y de éstos, muchos con fusiles y gorros frigos. El pianista dejaba oír piezas populares y más de una vez, con aplausos de todos, míos inclusive, se oyó la Marsellesa.

Tranquilamente nos sentamos y pedimos café. No nos ocurría la idea de que, estando aún, como estaba, el Rey en Palacio, bien podía el Ministro de la Guerra, cumpliendo con su deber, enviar tropas que a viva fuerza se impusieran a los que se anticipaban a las Cortes en la proclamación de un nuevo estado de derecho público, y entonces nos podríamos ver entre dos fuegos costándonos cara nuestra juvenil curiosidad. Afortunadamente para nosotros, nada pasó, a pesar de que a hora muy avanzada fué cuando las Cortes, después de despedir cortésmente al Rey Amadeo, hicieron la proclamación solemne de la República.

Un momento hubo para nosotros de verdadero sobresalto: sonó el toque de una corneta. Todo el mundo calló en el animado café y los más decididos se lanzaron a las puertas y ventanas: nosotros también lo hicimos, y pudimos ver que el toque de corneta lo daban los republicanos que empuñaban armas. Vieron que de la Iglesia de Loreto, que en la plaza de Antón Martín existía, frente a S. Juan de Dios, salía Su Divina Majestad, que se llevaba a un enfermo. Inmediatamente acudieron dos republicanos terciados sus fusiles a escoltar al sacerdote: el pianista tocó la marcha real y todos se descubrieron y muchos se arrodillaron.

Aquel acto de acatamiento rendido a Su Divina Majestad en el barrio donde imperaba la gente más avanzada e intransigente del republicanismo, no nos llamó la atención entonces. El partido republicano español que abogaba por los ideales que han informado e informan aún a la comunión política, profesaba de buena fe el principio de respeto a todas las religiones y reconocía que mientras el catolicismo fuera la religión de la casi totalidad de los españoles, debía respetarse. Nadie confundía a la Religión con la política; nadie pensaba ni creía que para ser republicano era necesario odiar al catolicismo. El grupo de exagerados que capitaneaba Capdevila, la gente de *El Combate*, periódico famoso por su radicalismo, era francamente anti-católico, pero no solicitaba para el catolicismo exterminio ni cruda guerra: aspiraba a la libertad de cultos sin leyes persecutorias, sino igualitarias, para todas las religiones.

Los republicanos del día, con raras excepciones, entre las que se cuentan individuos de mi amistad en esta isla, han cambiado radicalmente en este criterio. Los antiguos decían: venid a la República que respeta todas las opiniones y quiere para todos libertad; los del día ofrecen esa libertad a todas las creencias y opiniones, aunque estas sean las de los enemigos de todos los partidos, los anarquistas: la niegan al catolicismo, la religión que da consuelo al pobre y que practica la caridad y el amor. Un católico ya no puede ser republicano. Si siéndolo, lee un periódico de la comunión republicana, siente heridas sus creencias religiosas con la cruda guerra que al catolicismo se hace en las columnas del mismo.

El afán de imitar a Francia ha perdido al partido republicano español. En Francia impera hoy el más inexplicable despotismo. A título de libertad, palabra que se escribe con profusión en todos los edificios oficiales y en todos los

documentos gubernamentales, se niega al católico derechos que en los tiempos que se llaman de tiranía monárquica, se concedían y respetaban en todos los ciudadanos. Se persigue al maestro de escuela, al militar, al empleado público que se permite el lujo de manifestarse públicamente católico, y se ponen cortapisas al derecho de asociación, si ésta se ejercita en el sentido católico. Con este procedimiento tiránico a nombre de una libertad hipócritamente ejercida, se hace imposible que un católico pueda pertenecer a un partido político que proclame una forma de gobierno que, bien dirigida, la Iglesia acepta y nadie tendría motivo para rechazar. No es este el camino para ganar prosélitos en favor de la forma republicana. No es esto lo que antaño se creía ni se practicaba, salvo en los momentos de cruel revolución, por los hombres pensadores y directores de la cosa pública.

En España sería más ilógico y contra-producto ese torcido e irracional procedimiento persecutorio. El partido republicano no puede llevar hoy a sus filas a los católicos a quienes persigue por sistema y contra los que legislaría si triunfase. Los de antaño, en su inmensa mayoría, no eran así. Los de hogaño han cambiado de criterio. Los republicanos de buena fe que no tienen motivo para renegar de su religión, se ven en el caso de alejarse de un campo que sólo tiene para ellos abrojos. Los republicanos de antaño tendían a sumar: los de hogaño manifiestan gran empeño en restar. A mi juicio se aproximaban más al triunfo de sus ideas los republicanos que, con Castelar, proclamaban para todos el derecho de asociación, con Carvajal escribiendo sonetos de hermoso misticismo, y con Figueras, presidente de la República, visitando los sagrarios, llevando del brazo a su señora, como le vi yo por mis propios ojos; que los que pretenden el triunfo de sus ideales negando a unas pobres mujeres el derecho de asociarse

para rezar; siendo porta-estandarte de la impiedad con Morayta, u ofendiendo las creencias que otros ciudadanos tienen en estima, celebrando de intento, y para denigrar a aquéllos, en el Viernes Santo, escandalosos actos de promiscuación, en los que se pronuncian discursos llenos de insultos e improperios contra los que admiran los altos ejemplos que al mundo dió el que redimió al esclavo, proclamando la verdadera igualdad desde el madero santo de la Cruz.

Sé de muchos, que como yo, sin dejar de ser fervientes católicos ni un solo momento, fueron entusiastas republicanos en su juventud. La persecución a la Iglesia de Jesucristo les obligó a alejarse del ideal que, noblemente practicado, podría hacer la felicidad de los pueblos.

1907

Discurso

Leído como Presidente del Ateneo de La Laguna, en la velada celebrada el 28 de Enero de 1917, en honor de D. Francisco González Díaz.

¡Que ocasión, Sras. y Sres., para pronunciar desde este sitio un discurso elocuente, si estuviera, (como debiera estarlo), ocupado por un Presidente de fácil palabra que a las galas de la elocuencia uniera los entusiasmos de la juventud, y la profundidad de los conceptos! Así como la belleza de un paisaje, o lo extraordinario de un acontecimiento es campo fertili-

simo para excitar al poeta verdadero a que con la armonía de su rítmico lenguaje exprese en dulcísimas estrofas y pensamientos elevados, lo mucho que el asunto impulsor proporciona a su musa creadora; así al orador que ha de cautivar a su auditorio con su palabra castiza y persuasiva y con la sublimidad de los conceptos, le favorece en alto grado, para llenar la finalidad que se propone, la valía del asunto que ha de motivar su disertación. Este caso se da para el orador que intenta expresar los fundamentos que motivan la celebración de la presente velada por el Ateneo de La Laguna.

Se trata de honrar, de dignificar a un hijo ilustre de las Canarias, que figura entre los primeros que, para honor del país, aun viven; se trata de festejarle por sus especialísimas dotes, y éstas son de tal índole, que con solo hacerlas revivir en la memoria de los aquí presentes, dan amplia materia para que la elocuencia se exteriorice y domine como en su propio campo; se trata del escritor conocido dentro y fuera de nuestra modesta Región, del por tantos títulos celebrado Francisco González Díaz, como afectuosamente le llamamos sus amigos y admiradores.

Yo no sé que admirar más en nuestro cariñoso festejado, si su inagotable fecundia, exteriorizada casi a diario en castizos y bellos artículos periodísticos; si sus condiciones de profundo pensador, evidenciadas en las obras que el público ha saboreado con deleite; o sus especialísimas dotes de orador que sabe separarse de los recursos vulgares y ya conocidos a que apelan muchos que logran una fama que no merecen, y acuden a frases de relumbrón, a frases encaminadas a la adulación popular, a estudiadas elevaciones de voces que sustituyan a los argumentos, que aprecian sólo los que meditan y raciocinan de conformidad con las prescripciones de la severa lógica.

Palpita, además, en los escritos de

nuestro amigo un sentimiento patriótico que le enaltece y dignifica. No hay asunto de interés vital para la Patria que él no haya tratado con elevación de miras, ora encumbrando personalidades y hechos históricos, ora señalando derroteros que, seguidos por los que a ellos son llamados, puedan conducir a un verdadero progreso material, y cuando llevado de sus entusiasmos sienta ideas y doctrinas que puedan ser controvertidas por alguien, como ha acontecido alguna vez en el orden moral o religioso, su estilo, siempre correcto, es de tal modo cortés, que aquéllos que no abundamos en su modo de pensar, sin declinar en el criterio sustentado, sentimos por él irresistible atractivo y no podemos menos de elogiar su vasta cultura y su extremada delicadeza.

Así se explica que en esta enconada y malhadada lucha entre islas que debieran considerarse siempre como hermanas, y que ha hecho al Archipiélago tristemente célebre en el resto de España, González Díaz, sin dejar de asociarse a todo lo que a su isla pudiera favorecer, no ha perdido ni el aprecio ni la consideración que supo captarse en Tenerife por sus dotes de verdadero literato y por su carácter afable y cortés; así se explica que el Ateneo de Laguna, atento siempre a enaltecer al verdadero mérito, a todo cuanto pueda contribuir al engrandecimiento de un hijo de la provincia, tomara el laudable acuerdo de consagrarle esta velada, recordando, además, agradecido, que en esa Tribuna ha brillado otras veces como astro de primera magnitud el que esta noche nos deleitará con su bella dición, y nos honra con su deseada visita. Yo en nombre del Ateneo le saludo y hago votos porque, siquiera de tarde en tarde, nos haga recordar que en las Canarias hay un escritor y orador digno de que las generaciones futuras le recuerden con orgullo.—He dicho.

El Coloseo

Si Roma no fuese la ciudad cuya historia siempre interesante, siempre grandiosa y especial, llena el mundo; si no encerrara dentro de su celebrado recinto tantos monumentos admirables, tantas obras portentosas, si no fuera, como lo es, la cuna ilustre del Derecho moderno y no subyugara con el recuerdo de sus oradores incomparables, de sus inspirados artistas y de sus generales valerosos, aun correría su nombre de gentes en gentes, aun atraería a los viajeros de todo el mundo, conservando sólo uno de los monumentos más sorprendentes de la antigüedad: el famoso Coloseo.

Es una de esas obras de que no puede formarse idea exacta, y tal vez ni aproximada, como no se visite, como no se recorra de extremo a extremo su vastísima extensión. No importa que reputados escritores hayan agotado, por decirlo así, todos los tesoros de la inteligencia y todas las galas de la imaginación, describiendo aquel compendio acabado de la Roma de los Césares; la magnitud y originalidad de la obra, hace imposible que por comparación pueda juzgarse con alguna certeza.

Antes de visitarla, antes de pisar aquella arena santificada con la sangre de tantos mártires, antes de cruzar aquellas galerías por las que han pasado tantas generaciones, inspiradas por encontradas ideas, ya conocía la historia del edificio, y había admirado en algún cuadro los regulares contornos de la parte casi completa, y los enormes huecos que los palacios de la vieja e ilustre ciudad han dejado en la parte arruinada; y sin embargo, ¡qué asombro produjo en mí el conjunto indescriptible, cuando por primera vez lo divisé desde las inmediaciones del palacio de los Césares, junto al arco levantado en honor de Tito!

Acababa de recorrer el Foro romano, lugar clásico de la antigua dominadora

del mundo, donde se elevaron en otro tiempo los más grandiosos edificios, donde tuvieron lugar muchos de los acontecimientos admirables que la historia consigna para eterno ejemplo y recordación; acababa de extasiarme contemplando las columnas gallardas que han logrado permanecer en pié, después de la caída de los dioses para cuyos templos fueron levantadas, los arcos modelo que honraron a héroes que también pasaron; venía de visitar las magníficas ruinas del palacio de los Césares del mundo, testigos mudos de escenas horrorosas, que hacen colegir al hombre pensador que el que cubre sus hombros con la púrpura, y corona su cabeza con el oro y los laureles, puede convertirse más que en objeto de adoración y respeto, en deshonra de la humanidad a cuya cabeza figuraba; y parecía que no era posible que nuevas impresiones pudieran amenguar las ya recibidas, ni nuevos recuerdos históricos, suspender el ánimo con mayor vehemencia.

No era así, ciertamente: las ruinas respetables que dejaba a mis espaldas, las colosales que a mi izquierda llamaban la atención y que correspondieron al templo de la paz, no ofrecían el conjunto grandioso que caracteriza a la obra con que Vespasiano quiso conservar el recuerdo de sus triunfos sobre los judíos, obra magnífica que por sí sola, es testimonio elocuente del excelente gusto artístico que predominaba en la época en que fué ejecutada, aunque por un contrasentido inexplicable diga al mismo tiempo, y no con menos elocuencia, de la perversión del sentimiento y de lo que es un pueblo, cuando los preceptos morales son desconocidos u olvidados.

Al divisar la renombrada obra, el ánimo queda abortido; sin poderlo evitar, el paso se detiene, mil recuerdos, mil pensamientos, acuden a la mente, que parece no haber en sí misma. Aun el hombre que pasa indiferente, por los extraordinarios restos del ya citado

templo de la Paz, y no se vé en las truncadas columnas del foro de Trajano, sino trozos de granitos que nada dicen a su inculta inteligencia, ni se explica el respeto que a los demás inspiran; se manifiesta sin remedio sorprendido, y mientras le es dado, vuelve su vista, para contemplarle una vez más.

Aquellas enormes arcadas superpuestas, regulares, aunque obedeciendo cada hilera a órdenes distintas, y coronadas por severo friso, cuyas ventanas pudieran juzgarse construída para vigilar en las alturas y en todas direcciones, desde el centro de la inmortal ciudad; aquel crecido número de gallardas columnas interpoladas entre las 240 arcadas que existían; aquellos enormes prismas de negra y dura piedra, que han podido vencer inmutables, lo mismo las alteraciones de la Naturaleza, que las de los hombres, a veces más vigorosas y despiadadas, hacen prorrumper al que por primera vez las contempla, en exclamaciones de admiración; y sospechar si aquellas civilizaciones que fueron, a pesar de nuestros adelantos materiales, llegaron a contar con recursos, para realizar las más atrevidas concepciones artísticas, si nó más potentes, tanto como los que constituyen el orgullo de nuestra época.

Aun puede formarse juicio de lo que debió ser aquel lugar, por la gran parte que se conserva, gracias al celo y desprendimiento de los Papas Pío VII, León XII, Gregorio XVI y el bondadoso Pío IX; aun se vé la posibilidad de que pudiera ser ocupado cómodamente por más de CIENTO CATORCE MIL espectadores; aun se explica bien que pudieran reñir, para deleite del pueblo rey, centenares de fieras que se devoran entre sí, cuando no devoraban a los defensores de la gran idea, a los mártires de nuestra sublime Religión, que aceptaban gustosos el tormento y entonaban, moribundos, cánticos de verdadera alegría.

Mirados desde la arena, los escalonados asientos parecen querer tocar las

nubes; contemplado el centro desde la altura, su dilatada elipse pudiera creerse la planicie de un valle, punto de arranque de dos montañas hoy desiguales.

Ningún espectáculo de nuestra época puede dar idea, ni aproximada, de cualquiera de aquellos que se celebraron para solemnizar la inauguración del Coloseo laborado por el pueblo judío, prisionero de guerra. Duraron cien días tan desagradables fiestas: cinco mil fieras exhalaban allí el último suspiro y muchos miles de gladiadores, de seres humanos, que se batían para deleitar a la mujer, a esa cara mitad, que es la personificación del sentimiento, imploraron de ella, sin conseguirla, la continuación de su mísera existencia.

Nuestra plaza de toros puede considerarse al lado del Coloseo, ridículo remedo; nuestro inmoral espectáculo nacional, como acto lícito e indiferente, al lado de aquellas horrosas hecatombes.

Horas enteras dediqué a visitar el edificio, siempre poblado de curiosos, siempre invadido de forasteros. Para el que como yo es creyente, para el que, como yo, es entusiasta de los entusiastas de la idea, admirador constante del que sabe sobreponerse al interés mezquino que todo lo empequeñece, y hace un culto del amor a los grandes ideales de la humanidad, el celebrado anfiteatro es no sólo digno de respeto y admiración, como obra portentosa de la antigüedad, donde ocurrieron hechos que pueden servir de enseñanza a los pueblos que cifran el progreso sólo en los adelantos materiales; sinó que lo acatamos como lugar santificado por los mártires de Cristo.

Si sólo la tradición indica al creyente que allí tuvo fin la vida de los defensores de la idea que nunca muere, la Historia recuerda que en tiempos de Honorio, cuando se celebraba con un combate de gladiadores el triunfo adquirido sobre los enemigos del Imperio,

un humilde fraile saltó a la ensangrentada arena a evitar la muerte de un ser racional, que en vano había implorado la clemencia del despiadado pueblo; la sangre del héroe de la religión bañó también la arena, a impulso de la cólera popular, pero ella evitó á la humanidad, ya influida por la verdadera doctrina, que de nuevo se efectuara el afrentoso espectáculo.

Por eso es de lamentar que los defensores de las modernas ideas, los que se proclaman soldados entusiastas del progreso y de la civilización, no hayan respetado el feliz pensamiento puesto en práctica, de convertir aquel lugar en lugar santo, y hayan arrancado la cruz que, para eterno recuerdo de los que por ella se sacrificaron, se elevaba majestuosa, infundiendo respeto y veneración, y contribuyendo con ello a la conservación del Coloseo para ejemplo de las generaciones y gloria del Arte.

Discurso

Leído en la solemne inauguración de la Escuela Superior de Comercio de Canarias, en Santa Cruz de Tenerife.

Excmo. e Illmo. Señor, Señoras y Señores:

Requerimientos del deber me impulsan a dirigiros la palabra en esta gran solemnidad. Sed conmigo indulgentes, que mucho lo he menester.

¡En esta gran solemnidad! Pero ¿qué la motiva? ¿Qué causa ha tenido el privilegio de reunir en este hermoso local, concurso tan distinguido e ilustrado?

¿Tal vez uno de esos hechos que a la

madre común, la siempre invicta España, puedan enaltecer, aumentando el brillo de su escudo y de su enseña mil veces gloriosa? ¿Acaso el recuerdo patriótico de los hechos que engrandecen a la capital de las Canarias, la vencedora del gran Nelson, la ciudad benéfica que se extiende, confirmando las leyes del progreso, sobre las históricas playas de Añaza?

¿Se conmemora algún acto que tenga relación con la existencia admirable del Ser sin segundo que, con el sacrificio voluntario de su vida, redimió al esclavo y dió al mundo libertad y progreso?

Ninguno de estos poderosos atractivos explica vuestra presencia en la casa del pueblo. Es un acontecimiento de otra índole el que aquí nos congrega, y yo afirmo que este acontecimiento, por su trascendencia indiscutible y por su significado, está a la misma altura, con ser tanta, que aquellos móviles civilizadores a los que los hombres y los pueblos, que se precian de ilustrados, rinden merecido acatamiento.

Dignificar al que es causa de todas las causas; engrandecer a los seres que han guiado a la humanidad por el camino del verdadero progreso; honrar a los héroes de la Patria y festejar el recuerdo de los hechos que a los pueblos enaltecen, es conveniente, es noble, es digno y levantado; pero inaugurar un nuevo centro de instrucción, es todo eso, por lo mismo que de un modo fundamental a aquellos fines converge todo su organismo, y es a la vez contribuir de modo eficazísimo al progreso material, aspiración legítima de todas las generaciones.

No hay, no puede haber nada que interese más a los pueblos que tienen alto concepto de su misión histórica y de su propia grandeza, como lo que al desarrollo de la instrucción haga referencia. Puede decirse que atender a la instrucción como base de toda prosperidad moral y material, es el negocio que preocupa, y debe preocupar, a los

ciudadanos todos y en primer término, a los que están llamados en la sociedad a ejercer la acción tutelar propia del Estado.

De la instrucción decía el profundo pensador, honra de nuestra patria, el gran Jovellanos, «que es la fuente de las fuentes o el origen de todas las fuentes de la prosperidad social». «Con la instrucción, añade, todo se mejora y florece y sin ella todo decae y se arruina en un Estado». La Historia confirma en todos los tiempos esta tesis del ilustre estadista. Si brilla un pueblo por su poderío; si se impone en algún momento histórico por la grandeza de sus virtudes cívicas y de su riqueza material; ese estado de prosperidad corre parejas con su excepcional cultura y ésta es indudablemente efecto de un desarrollo más o menos visible en la instrucción. Confirmanlo Grecia y Roma, confirmalo Córdoba; y en nuestros propios días Alemania, ayer dividida, obscura y pobre y hoy influyendo por su poderío en los destinos políticos del mundo, y rica, como la que más, en el concepto económico, gracias a los milagros de un desarrollo extraordinario en la instrucción pública y privada.

Ved por que sostengo que la inauguración de un nuevo centro de enseñanza es acontecimiento a la altura de aquéllos que los pueblos tienen en más grande estima. El ciudadano iluminado por las luces que emanan de la instrucción, es un miembro útil en alto grado para la sociedad de que forma parte, porque, si su sentido moral no se perverte, todos los sentimientos nobles y dignos se enseñorean en su alma como las plantas útiles en campiña perfectamente cultivada, y toda su actividad, dirigida por la inteligencia conocedora de las leyes que la ciencia va descubriendo, es palanca segura de progreso material.

Si a estas consideraciones generales, por todos aceptadas, agregamos otras de índole especial, que hacen referen-

cia a la Región o están relacionadas con la clase de enseñanza a que ha de consagrarse el nuevo centro, nos explicaremos perfectamente el entusiasmo producido en todas las clases sociales y las razones que tuvo el Excelentísimo Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, para solicitar del Claustro de Catedráticos aquí presente, que esta inauguración se hiciera con inusitada pompa, para lo que ponía a su disposición, no sólo el más grandioso departamento de su Palacio, sino cuantos recursos fuesen necesarios para el caso. ¡El pueblo de Santa Cruz está aquí dignamente representado! ¡Su Corporación municipal se ha hecho acreedora a los elogios más sinceros!

La provincia de Canarias, por su posición geográfica, al mismo tiempo que corre la misma suerte que las demás provincias en problema tan trascendental como lo es el de la instrucción pública, vé aumentadas las dificultades que le impiden seguir, en punto tan capital, por la senda del progreso, con el apartamiento de los centros de cultura por la distancia y por las nada frecuentes comunicaciones. La juventud, esperanza de la patria, encuentra aquí obstáculos casi insuperables para adquirir los conocimientos que tal vez han de proporcionarle los medios de existencia, abriendo ancho campo a sus legítimas aspiraciones.

Dotar a la provincia de un nuevo centro de enseñanza es proporcionar elementos de vida a esa juventud; es dar un paso en firme por la senda del progreso; es acto que reviste mayor importancia y trascendencia en esta región que en otras de las que constituyen la Nación española.

Siempre el comercio fué en el mundo fuente inagotable de riqueza y prosperidad; valioso medio económico de suma trascendencia. Su origen histórico se pierde en la obscuridad de los tiempos y en todas partes marchó su progreso al compás de la civilización.

Allí donde hubo un destello más o menos visible de adelanto, el comercio dió señales de vida, patentizándose relación tan íntima entre ambos extremos, que se confunde con la que es lógicamente a una causa con su efecto. La historia de Egipto desde los Tolomeos, la de la India y de la Grecia lo demuestra, sin tener que recordar en la Edad media a las ciudades libres del Norte de Europa, a Barcelona y Venecia; ni a Inglaterra y Holanda en nuestros días.

Penetrados los elementos directores de las naciones modernas de que el comercio es vida, es civilización y es riqueza, a favorecerlo encaminan sus esfuerzos; y dictando leyes protectoras, unas veces, y otras abriendo centros de enseñanza donde se difunden los conocimientos que puedan tener relación con fenómeno tan complejo y trascendental, lo han logrado a maravilla.

Nuestra España, aunque no la primera en adoptar ese civilizador procedimiento, no ha sido refractaria a semejante progreso; y creando Escuelas donde se daban estudios más o menos completos, o agregando esos estudios a los Institutos de segunda enseñanza, consiguió constituir una carrera que, al par que de medio de ilustración, sirve para ofrecer porvenir ventajoso al que a ella consagra sus afanes.

Los reflejos luminosos de esos adelantos en la instrucción mercantil apenas si llegaban a las islas Canarias, ¡a las Canarias que en todo el siglo pasado disfrutaron de un movimiento comercial que les dió renombre; movimiento que ha continuado hasta el punto de figurar hoy sus principales puertos entre los que la Estadística señala en primer término como eminentemente comerciales!

La idea de dotar al país canario de centros de instrucción mercantil se iba imponiendo por la fuerza de los hechos. El espíritu de especulación, el genio del negocio que es alma del comercio,

se hallaba aquí encerrado en los estrechos límites de la rutina, cuando no de la ignorancia. La juventud numerosa que a las transacciones mercantiles se venía consagrando, apenas lograba medios superficiales de instrucción en los múltiples problemas que constituyen ese elemento de vida social.

La prensa, los políticos, las asociaciones patrióticas y varias distinguidas personas (*) comenzaron a gestionar, y ese movimiento dió sus frutos aunque al principio no tan sazonados como la necesidad exigía.

En el Instituto general y técnico, digno sucesor de aquella famosa Universidad de San Fernando, que tanta gloria dió a las Canarias y ya desgraciadamente suprimida, se creó una sección de estudios de Comercio. Gracias a las extraordinarias gestiones de los aludidos patriotas, entre los que sería gran injusticia no citar en primer término a mi dignísimo compañero y hasta hace poco Jefe, el Director del Instituto señor Cabrera Pinto, aquellos estudios prosperaron y hoy, con general aplauso, con justificadísima alegría de la Capital de las Canarias—que por el respeto profundo que le merecen, y deben merecerle, los derechos posesorios de otros pueblos, de honrosísima historia,—no cuenta con más centro oficial de instrucción que la Escuela de Náutica, cuyos fines, por cierto, están íntimamente relacionados con los comerciales—se completan aquellos estudios elementales con los del grado superior y se establecen donde realmente deben existir, en la ciudad que sostiene estrechas y frecuentes relaciones comerciales con todos los pueblos civilizados, en el puerto de la isla central de las Canarias, al que arriban mensualmente más de 350 buques de todas clases y de ellos más

de 200 de vapor, en una ciudad rica, ilustrada y populosa, que el mismo comercio ha formado en brevísimo tiempo con admiración de todos.

Ved confirmada mi tesis: por tratarse de la inauguración de un Centro oficial que, como todos los de su clase, ha de ser plantel seguro de civilización y progreso; por ser esta Región la más aislada de cuantas forman la nacionalidad española, y por dedicarse el nuevo establecimiento de enseñanza al estudio del Comercio, fenómeno económico predominante en la Capital de las Canarias, el acontecimiento está a la altura de aquellos que el pueblo coloca entre los más fastos y de eterna recordación.

A vosotros toca ahora, jóvenes del presente, ciudadanos útiles del porvenir, aprovecharos de la gracia que a la provincia concede el Gobierno de S. M.; á vosotros toca corresponder al sacrificio que para la instalación de la Escuela ha hecho la Excm. Corporación municipal de la Capital canaria. Ya las auras consoladoras que os envía el majestuoso Teide, pueden refrescar vuestra frente durante todo el tiempo que consagréis al estudio que es indispensable emprender, si con inteligencia habéis de desempeñar vuestra misión social. Ya podéis seguir una importante carrera sin ausentaros de vuestro hogar, donde os alienta el amor santo de vuestros cariñosos padres y los agradables recuerdos de la niñez. Sed dóciles y estudiosos y así corresponderéis a los afanes de aquellos seres a quienes, después de Dios, debéis la existencia, y a los deseos de vuestros maestros con los que entablaréis desde ahora relaciones de afecto que jamás se olvidan.

No quiero concluir sin enviar mi entusiasta felicitación a los padres de familia. Ya no pasaréis por las tristes alternativas de, o separados de vuestros tiernos hijos, precisamente en la edad en que corren más peligros, lo mismo en el orden moral que en el físico, o pri-

(*) Entre otros, recuerdo a los señores doctor don Eduardo Domínguez, Diputados señores Rancés, padre e hijo, Domínguez Alfonso y Poggio, Rector señor Morís y don Ricardo Magasén.

varlos de adquirir aquellos conocimientos que han de hacerles útiles a sus semejantes, asegurándoles a la par un próspero porvenir. Tened en cuenta que la carrera de Comercio que en esta casa puede seguir completa la juventud canaria, debe considerarse desde dos puntos de vista: o como medio de cultura general para aquéllos que por su posición desahogada o por otras causas, sólo desean poseer conocimientos técnicos y un título que les libre de confundirse con los que, usando un término modernista, se califican de analfabetos; o como medio de asegurarse una posición: que el programa de la carrera lo constituyen el estudio de la rica habla de Cervantes; el de los idiomas que enaltecieron con los fulgores de su ingenio, los Bossuet; los Milton y los Goethe; la Historia con sus saludables enseñanzas; lo más fundamental de las Ciencias geográficas, exactas, físicas, químicas y naturales; la Tecnología industrial; y en las jurídicas, la Economía, el Derecho Administrativo y el Mercantil patrio e internacional: y estos conocimientos, unidos a los elementos de riqueza que a vuestros amados hijos pudieseis legarles, les convertirán en hombres felices y útiles a la Sociedad, y si vuestra posición social no os permite agregar a la carrera, capitales que les aseguren la subsistencia, habréis contribuido a su bien, toda vez que las leyes conceden al que obtenga el título de Profesor Mercantil, derechos y preeminencias que, si es honrado y laborioso, le han de librar de las contingencias del incierto porvenir.

Aun he de alargar más el epílogo de este desaliñado discurso. Aun tengo que decir, en nombre del Claustro que indignamente dirijo, que venimos, todos los que lo constituyen, llenos del mejor deseo, a cumplir la misión social que las leyes nos asignan, y que, para ello, solicitamos el concurso de las autoridades y demás elementos directores de la Provincia y de la lo-

calidad, a todos los que ofrecemos el nuestro modestísimo, y a los que saludamos respetuosamente en este inolvidable y solemne acto, así como al heroico pueblo a quien en primer término, ha favorecido S. M. el Rey D. Alfonso XIII con la constitución de esta Escuela Superior de Comercio.

Y para que en las necesarias arideces de este discurso aparezca un oasis que proporcione brisas consoladoras, sonatas y arpeggios dulcísimos, perfumes embriagadores, y fuentes de inspiración, de poesía y de belleza, voy a dirigirme a las damas que han venido, honrándonos, a dar mayor realce a esta solemnidad, para decirles, que las que pertenecen a un sexo que dió al mundo una Teresa de Jesús, una Madama Stael, una Concepción Arenal, bien pueden aspirar al título de Profesoras mercantiles, como en las Universidades a los de las Facultades mayores. No hay incompatibilidad entre estos estudios, en los que pueden brillar las iluminadas por el genio, y vuestra importantísima y transcendental misión social. Desde este sitio, al par que os animo a que hagáis uso del derecho que para matricularos os conceden las leyes, os invito para siempre a nuestras solemnidades académicas. Sin vuestra presencia, nuestros cultos á la Diosa Minerva en quien personificaron los antiguos a la Ciencia, carecerán de incienso, de armonías sublimes y de poéticas y encantadoras flores.— He dicho

Junio de 1907.

Cristo es Dios

Esta verdad que la fe impone a la razón de los que al Mártir del Calvario consagramos tierno amor, está comprobada de tal modo, por coincidencias

admirables y por acontecimientos tan portentosos, que el auxilio de la fe se hace innecesario para admitirla como inconcusa y evidente. Las lumbreras que por espacio de treinta siglos esparcieron en el campo interesante de la Historia del pueblo de Dios sus fulgores admirables, anticiparon detalles de la vida del Mesías prometido, y esos detalles se cumplieron todos con asombrosa exactitud en el ser extraordinario que nació rodeado de pobreza en Nazaret y murió entre los más acerbos dolores en el Calvario. Ni una sola profecía dejó de cumplirse, ni faltó el más insignificante particular siglos antes anunciado por los Profetas del pueblo escogido. Estas admirables coincidencias no dejan lugar a dudas. El Cristo en quien se cumplieron los detalles aducidos era Dios, era el Mesías prometido. La lógica se impone: los fulgores de la fe no hacen más que contribuir al mayor arraigamiento de la inconcusa verdad.

Como si no fuera bastante esa prodigiosa coincidencia para afirmar la divinidad de Cristo, quiso éste agregar otro argumento por sí solo decisivo; el que proporciona la exposición de los hechos portentosos que realizó durante su breve estancia en la tierra. Sólo un Dios podía someter a su voluntad a la muerte cuando para sus altos fines convenía, arrancando de sus temibles garras a los seres por ella dominados, como aconteció con Lázaro; sólo un ser sobrenatural podía convertir el agua en vino, alimentar con cinco peces y otros tantos panes a cinco mil personas, dar vista a los ciegos y repentinamente curar las más pertinaces enfermedades; sólo un Dios podía ordenar que las estrellas señalaran el derrotero que conducía al lugar de su nacimiento y que los elementos dieran muestras de sensibilidad a su modo, al exhalar el último suspiro en medio de agonías increíbles.

Sólo del Cristo se pueden asegurar

estos extremos; sólo el Redentor de la humanidad pudo, en medio de la pobreza y el desamparo más cruel, realizar hechos tan asombrosos ni dar muestras mayores ni tan numerosas de un poder sobrenatural. Cristo por este solo concepto se impone como Dios a la razón. Ni la fe ni el cumplimiento de las profecías son necesarias para que aquélla, la razón, proclame como evidente, esa verdad grandiosa.

Aun a trueque de debilitar la demostración por su superabundancia, como decía Augusto Nicolás tratando de análogas afirmaciones, quiero añadir a las pruebas anteriores otra que para mí es la más decisiva: la doctrina de Cristo y su propagación en el mundo constituye un acontecimiento tan extraordinario que sólo puede atribuirse a un Dios. Esa doctrina sublime y consoladora que da solución a todos los problemas morales que de antiguo venían preocupando a los sabios de la tierra, no tiene parecido con otra alguna; en otro orden de verdades penetradas por el hombre como un gran triunfo, las indagaciones de varios sabios fueron bases que sirvieron al triunfo final obtenido: la doctrina de Cristo no tiene antecedentes y los seres que notando el vacío que su falta producía en la humanidad, se preocuparon buscando una solución consoladora, como el mismo Plantón ¡cuánto se distanciaron en sus conclusiones y preceptos, de los que se encierran en la doctrina regeneradora de Cristo! Esa distancia se mide por la que separa a lo limitado y finito de lo inconmensurable y eterno.

La doctrina de Cristo se propagó por el mundo sin disponer el divino Maestro de los medios humanos que exige para su propagación toda idea nueva, todo sistema que modifica o transforma algo establecido por el tiempo y por las costumbres, y se hace tan necesaria que donde ella no impera, ni hay verdadera civilización, ni puede hallarse solución al problema de la existencia

del hombre desvalido sobre la misera tierra.

No hay duda: el que con su sangre selló la doctrina que brotó de sus labios, es el mismo que dictó las leyes universales de las que es complemento esa misma doctrina: Cristo es Dios.

Abril de 1917.

El cuadro más hermoso

Napoles, la ciudad más alegre de Italia, y tal vez la más hermosa y celebrada, reúne sin disputa alguna mayor número de condiciones para acreditar de una manera indubitable el grado estrecho de parentesco que a España e Italia enlaza. Su recuerdo es gratisimo.

Cuando la visité, me creí materialmente transportado a Sevilla. Por todos lados flores y jardines: por doquier músicas populares, y un verdadero derroche de sal y gracejo en los al parecer felices moradores, quienes hasta en lo físico, costumbres y trajes recuerdan a los que pueblan las encantadoras márgenes del sosegado Betis.

Aun no había llegado a la estación la locomotora que nos conducía y ya se oía el rasguear de las guitarras, el sonido de la alegre pandereta de los que tornaban llenos de contento desde los pueblos próximos a la capital, recordándonos nuestras costumbres andaluzas. Hasta en los adornos extravagantes de los puestos de agua y de otros artículos, en las voces de los vendedores callejeros, en los tiestos de los pintorescos balcones, en las lámparas y flores que adornan las imágenes y que revelan en el pueblo, unido con otras muestras no menos expresivas, indisputable sentido religioso, se percibe,

adivina y recuerda a la antigua capital de Andalucía.

Si se atiende al dialecto que habla el pueblo y aun al pintoresco traje usado siempre por la gente de mar, se destaca y perciben huellas evidentes del dominio que en este territorio ejerció el antiguo reino de Aragón. Si con los ojos de la Historia recorre el viajero la populosa ciudad, los nombres de Roger de Lauria, Gonzalo Fernández de Córdoba, Hugo de Moncada, el gran Duque de Alba, Conde de Lemus, Duque de Osuna, y últimamente el del que también para España fué gran rey, Carlos III, se enlaza con los de ilustres napolitanos que son orgullo del país.

Sus monumentos antiguos más notables, llevan aún huellas indelebles de los tiempos en que ambos pueblos, el español y el napolitano, formaron parte de un mismo cuerpo nacional. El famoso Palacio Real lo comenzó el Conde de Lemus, construyendo su soberbia escalera el de Oñate; y aun que al grandioso Museo que encierra los portentos extraídos de Pompeya y Herculano, se le denomina Borbónico, fué construído en tiempos de Felipe III, por los virreyes duques de Osuna y condes de Lemus. Carlos III, que sembró a nuestra España de monumentos dignos de su grandeza, dejó en Nápoles otros, como el teatro de San Carlos, que no desmerecen al lado de aquéllos.

Es grande el encanto de este pueblo sin rival. Al inmenso número de monumentos que encierra, a la animación y vida que le proporcionan más de medio millón de almas y un comercio activísimo, agrega el encanto de sus innumerables jardines y paseos públicos reputados entre los primeros del mundo, la belleza de sus alrededores, sembrados de pintorescos pueblos y de encantadoras quintas y palacios.

De uno de éstos conservo recuerdo grato, que durará tanto como mi vida. Debe su origen, si mal no estoy informado, al mismo Carlos III, y si no por

sus dimensiones y magnificencia, que no deja de tener alguna, por su posición excepcionalísima puede contarse entre los más bellos del mundo.

Destácase gallardo y severo sobre elevada montaña, cubierta, sin que en el dicho haya exageración alguna, de flores y follajes. Distinguese con el nombre de *Capo di Monte*, y en él nació y pasó parte de su niñez la que luego fué reina de España, D.^a María Cristina de Borbón. Enumerar una por una las bellezas que este palacio encierra, no lo permite la brevedad. Allí hay inscripciones en nuestra rica habla y productos de nuestra hoy decaída industria, en la habitación, remedo de la que existe en el palacio Real de Madrid, de preciosa porcelana de la célebre fábrica de la Moncloa, destruida por los ingleses, cuando se decían nuestros amigos o aliados. Allí cuadros donde los primeros pintores vaciaron los raudales de su portentoso genio.

Serviame de cicerone en la visita al histórico palacio, un antiguo servidor del Infante de España D. Sebastián, quien chapurreaba el castellano y decía conservar gratos recuerdos de nuestro país, y ya al terminar aquélla, con gran seriedad anunció otro cuadro «del primero de los pintores, cuadro que era el más hermoso del mundo conocido». Con rapidez abrió las puertas de un enorme balcón y una exclamación de asombro se escapó de los labios de mis compañeros, pedazos queridos de mi corazón.

Cuanto pudiera decirse acerca del inesperado panorama, sería pálido al lado de la realidad. La gran ciudad se extendía a nuestros pies con su extenso caserío, sus doscientos templos, torres, castillos y jardines dilatados, rodeando al mar en forma de herradura y poblado de embarcaciones de todos los países. Allá Ischia y Caprea, como avanzados guardianes, hermocean el cuadro: por allí Pórtici, bella ciudad rodeada de amena campiña y que figu-

ra la continuación de la misma Nápoles; aquí el Pausilipo, y coronándolo todo, como el veto que la Providencia puso a este paraíso encantador, el celebrado Vesubio con su penacho oscuro que se pierde en las nubes, y trayendo a la mente el triste recuerdo de Pompeya y Herculano, cuyos contornos también se divisan.

Chateaubriand afirma de este conjunto que admiraba desde el Vesubio, ser el Paraíso visto por una hendidura del infierno. Yo, reconcentrándome en mí mismo, pude vislumbrar la grandeza y poderío del Autor sublime, que dió margen al «cuadro más hermoso».

Carta-prólogo

*Al Sr. D. Rafael Vilela
y Montesoro.*

Mi distinguido amigo: Me pide Vd. unas líneas en las que vaya expresado mi juicio acerca de sus obra dramática *EL CRISTO DE LA LAGUNA*, estrenada con extraordinario éxito en nuestro lindo «Teatro Viana». Sabía que era Vd. modesto, pero nunca llegué a sospechar que en grado tan alto. Contentarse con la opinión mía para empresa tan importante como lo es el recomendar al público una obra literaria, es la muestra más evidente de humildad y, lo repito, de modestia. Ni soy literato, ni siquiera aspirante. Hubiera renunciado al honor que Vd. me dispensa, si no recordara que mi reconocido amor a La Laguna y entusiasmo grande por las tradiciones y costumbres del país, habrán sido tenidas en cuenta por Vd. más que mis aficiones literarias, y que, por consiguiente, se contentará con la exposición de mis impresiones sin es-

perar que éstas lleguen a constituir una crítica literaria.

Lamentaba yo desde muy niño que las costumbres populares fuesen consideradas aquí como algo que, lejos de constituir cosas digna de respeto y menos de loa, fuese por el contrario si no vituperable, poco apropiado para fomentarse y recomendarse bajo algún concepto: dolíame el menoscabo que se hacía de todo lo que constituía algo así como nuestro propio sello, nuestro modo de ser especialísimo, y procuraba, arrojando la censura de muchos, siempre que podía influir en algo público, que el elemento canario se tuviera en estima.

En mi larga peregrinación por algunas regiones de la Península, veía con sentimiento que lo que nosotros teníamos aquí en tan poco aprecio, era considerado allí como elemento principalísimo. Sin que el amor a lo propio revistiera un carácter de desamor a la Madre común, dábale en todos los actos lugar preeminente. A todas partes se llevaba la nota regional y muy especialmente a la literatura en general y al teatro en particular.

Sólo en Canarias era descartado en absoluto el elemento genuinamente popular. Ni nuestros grandes escritores han imitado a Pereda, ni los que han conseguido adquirir renombre siquiera sea en el límite modesto que señala la percepción del Teide, tuvieron a gloria el dar a conocer nuestras costumbres, ni pintar nuestro especial modo de ser.

Con gran contentamiento mío, desde hace relativamente poco tiempo, pude observar que unos cuantos escritores de indiscutible mérito, impulsados por el amor al país y por el ejemplo de los de otras provincias, comenzaban a dar cabida en sus obras al elemento regional. ¡Con que deleite leí todo lo que de esta índole llegó a mis manos! Aquello era ver realizado en parte un ideal de toda mi vida.

Pero mi alegría llegó a mayor altura

en la noche del estreno de la obra por Vd. escrita con la valiosa cooperación del conocido y correcto Emilio Saavedra.

No es esta obra dramática la única que, revistiendo el carácter regional, se ha representado en islas; pero si se tiene en cuenta que era la primera que de esta índole conocía yo, y además que están en ella reflejadas las costumbres y los tipos canarios tal vez más que en otra alguna, se explicará perfectamente la honda impresión que en mí causó la representación, y el agrado con que vi el desarrollo del interesante argumento.

Y si bajo el punto de vista de haber llevado a la escena lo genuinamente canario, merece plácemes la delicada labor de Vd., no lo merece menos por el fondo del argumento, que bien puede decirse encaja perfectamente con la idea que del Teatro tenemos todos; la idea de que no es más que la representación poética de una acción humana interesante, moral y de trascendencia para la sociedad.

No es nuevo lo fundamental del argumento de la obra. Las preocupaciones sociales llevadas hasta el límite de constituir verdadero obstáculo, nudo, como en el teatro se llama, al desenvolvimiento de la vida natural, a la práctica del bien y de la virtud, han sido muchas veces base de argumentos de obras dramáticas famosas: la influencia bienhechora de grandes ideales, de sentimientos arraigados y dignos de respeto, en más de una composición de esa índole se ha hecho sentir, dando solución satisfactoria a problemas delicados o insolubles, todo, claro está, en perfecta armonía con la realidad y con el modo de existir de los seres que se mueven en la escena, que deben ser fieles intérpretes de los que constituyen la sociedad a que pertenecemos.

Pero si en lo fundamental el argumento de EL CRISTO DE LA LAGUNA no es una novedad, la constituye, y es

bastante, la forma y desarrollo que a estos generales fundamentos se han dado. Nadie podrá descubrir en ninguno de los personajes, otros que en el Teatro nacional se muevan a impulsos de análogos sentimientos, y sobre todo, no nuevos, sino novísimos son los elementos puestos en acción con singular fortuna, si observamos que constituyendo la obra de Vd. un ensayo afortunado del Teatro regional canario, no tengo noticia de que en ninguna de las de esta índole se haya desarrollado un argumento análogo, ni aun en las bases generales, que es en lo que podría ponerse en duda su novedad.

Por eso el público penetró desde el principio en la obra y siguió con interés creciente las escenas, aplaudiendo con verdadero entusiasmo las situaciones genuinamente dramáticas y los pensamientos levantados que en ella abundan.

Madama Stael afirma que un espectáculo escénico influye en el espíritu de un pueblo casi tanto como un suceso real; y ese juicio de la ilustre escritora, conduce a la consecuencia de cuanto partido se puede sacar del teatro, en el sentido de moralizar las costumbres y hacer populares las ideas y pensamientos que pueden ser en la práctica beneficiosos para el mismo pueblo. En este sentido merece también elogios la obra con que Vd. ha contribuido a dar simiento al teatro regional canario. No hay duda que la sociedad actual va pecando de demasiado materialismo; ya lo decía el eminente Castelar con aquella elocuencia que le dió eterno renombre. Despertar el sentimiento religioso, base de tantas ideas grandiosas, estímulo de tantos actos meritorios, es una acción digna de loa; y contribuir a este fin por medio del teatro, que puede producir tanto efecto en masas alejadas por lo general, de todo centro moralizador, es altamente meritorio. Eso ha hecho

Vd. introduciendo en su drama, como solución a un conflicto, muy real por cierto, el muy racional, simpático y altamente moralizador que le proporciona el espectáculo de un pueblo creyente agrupado alrededor del Redentor de la humanidad, del propagador insigne de los principios de verdadera igualdad y de fraternidad universal.

Con no exigir el drama-lírico, género a que corresponde EL CRISTO DE LA LAGUNA, grandes condiciones literarias, indispensables en los otros géneros, por suponerse que el libreto ha de sacrificarse a la música, en la obra por Vd. escrita no se ha descuidado elemento de tanta valía. Lo mismo en la prosa que en el verso, se emplea lenguaje correcto, apropiado y a veces fácil. Hay diálogos que se imponen por predominar en ellos singular discreto que revela condiciones no comunes en el autor, condiciones tanto más apreciables, cuanto es la primera obra dramática que se escribe: por eso los lunares que en ella puedan apreciar los muy escrupulosos y pulcros, son más disculpables, y lejos de ser motivo para desmayos en el porvenir, ha de procurar Vd. escribir otras, para que lo que pueda calificarse aquí de punto negro, se convierta allá en brillante joya literaria.

Algunas veces me pregunto si la agradable impresión que su obra causó en mi ánimo, si los conceptos favorables que ahora emito, son o pueden ser producidos en parte por mi amor a las costumbres del país, por mi entusiasmo y admiración hacia la Imagen venerada que en mis horas tristes he invocado muchas veces, o por el agradecimiento que emana del honor que Vd. me dispensa solicitando mi modesta cooperación; pero aparte de que amor no quita conocimiento, como dice el ya vulgar adagio, me contesto recordando el entusiasmo del público en la noche del estreno, apesar de las dificultades que para la ejecución se ofrecieron, y más

que nada trayendo a cuento el juicio crítico emitido por periódicos de muy opuestas ideas, juicio honrosísimo para Vd. y que a mí me proporciona una defensa que me hace casi inexpugnable, dado que los críticos fatalistas, que no dejan de abundar, pretendan no dejar hueso sano a este descarnado, pobre y desautorizado trabajo mío.

Que haya muchos que abunden en mis ideas, quiere su seguro servidor y amigo.

1903.

Discurso

Leído en el Instituto de segunda enseñanza de Canarias, en el acto solemne de la apertura del Curso académico de 1880 a 1881.

Señores:

¿Y soy yo quién ha de ocupar esta cátedra en ocasión tan solemne, ante corporaciones ilustradas y público, por más de un concepto, respetable; yo, que más que en éstos, debo sentarme en los duros pero honrados bancos del discípulo, como gráficamente los llamaba un maestro mío muy querido? Cuando sobre mi ánimo ejerce especial sentimiento de respeto este lugar, templo augusto donde se rinde ferviente culto al saber y se enseña la inteligencia como en sus propios dominios, ¿he de atreverme a levantar mi voz sabiendo que no pronunciarán mis labios una oración digna de los dioses que aquí se adoran? Cuando en este mismo instante, cual si funcionara el fonógrafo que

ha dado a Edison merecida reputación, creo escuchar las palabras elocuentes de los primeros hombres que han honrado y honran este país; bajo la poderosa impresión de esa lógica contundente y la magia de ese bello decir, ¿podré expresar algo acertado? ¿lograré coordinar mis ideas?

Es necesario que hable: la estrella de última magnitud debe, siguiendo el derrotero que el Hacedor le trazara, alumbrar el mismo horizonte que iluminaron astros de mayor fuerza lumínica. El mal no es para mí. Sin reputación científica, nada tengo que perder; el mal espera vosotros que, ávidos de oír grandes cosas, habéis llegado aquí y encontráis defraudadas vuestras esperanzas. Que os pidan perdón los que hayan sido causa de ello; a mí solo me es dado implorar vuestra indulgencia.

¿Pero cuál será el asunto con que deba ocupar vuestra ilustrada atención? No sé a ciencia cierta que fué lo que me impresionó en el instante, apenas hace ocho días, en que tuve conocimiento de que se me había elegido para disertar en este acto; si la idea de que sin méritos y por primera vez debía ocupar este respetable sitio, o la dificultad de hallar asunto digno de vosotros.

Honrado con un título de la facultad de Ciencias exactas, y encargado en este Instituto de una clase de esa importantísima sección, parece natural, es lógico que, a pesar de la libertad en que la ley me deja para elegir tema, me decida por un punto que tenga alguna relación con la cátedra que me está encomendada. Ninguno de más interés, ninguno de mayor importancia, que el que versa acerca del desarrollo histórico de las ciencias en su ramo principal y de mayores aplicaciones: en el de las Matemáticas.

Pero permitidme que antes de entrar en materia, antes de comenzar a emitir los conceptos que sobre el asunto elegido me sugiera mi razón, dedique un

recuerdo a la dignísima persona que la muerte, para quien es igual el sabio que el ignorante, hizo ausentar, y para siempre, de estos escaños.

¡El fundador de este Instituto, el sabio maestro de elevadísimo ingenio e inflexible lógica, de quien casi todos aprendimos, el distinguido jurisconsulto de inolvidable recuerdo, ya no existe! Este mismo respetable local, teatro tantas veces de sus triunfos literarios, dió acogida a sus honorables restos. Todos los que presenciamos aquella imponente escena, no podremos olvidarla fácilmente.

Parece que el bienhechor de este Establecimiento bien puede así llamarse, porque apenas existe aquí, obra alguna en la que no haya dejado huella de su paso, quiso despedirse, quiso dar a los suyos la última prueba: hoy hace un año que casi cadáver asistía a esta solemnidad; el mismo indicó que lo hacía por última vez; *porque les he amado siempre, y les amaré hasta el fin*, fueron sus palabras.

Todos perdimos con la muerte del Sr. Dr. D. José Trujillo: el Claustro un individuo que le honraba; el Establecimiento un celoso Jefe, que por fortuna ha tenido digno sucesor en la, por tantos títulos, respetable persona del señor Lic. D. Sebastián Alvarez, ilustre hijo de La Laguna; los alumnos de Matemáticas un sabio y práctico maestro, a quien es difícil vean substituído dignamente, y los que fuimos sus discípulos, los que nos honrábamos con su amistad, perdimos los consejos prudentes y sabios, el cariño de una persona de valía.

El Dr. Trujillo honraba, al par que al foro y al profesorado canario, a la patria, que bien puede contarle entre sus hijos distinguidos.

Y cumplido este, que yo creo deber sagrado, comienzo el desarraigo del tema propuesto.

Ni la idea que en otros tiempos se tuvo de la esfera que abrazan las Ciencias convienen con la que hoy se le

da, ni todos los sabios que modernamente la han determinado emiten igual concepto. No es posible exponer las múltiples definiciones que de la ciencia se han dado, y en la necesidad de indicar alguna, me concretaré a la que, a mi juicio, considere más aceptable.

Es la ciencia conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas; cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que constituye un ramo particular del humano saber. Necesita la ciencia de la demostración para llegar a la verdad, su base más firme; pero a la verdad evidente, absoluta: donde ésta no existe, no existe la ciencia; si no hay certidumbre, si no es posible la demostración, le falta su principal carácter.

Todos estamos penetrados de la importancia de la ciencia; todos sabemos que si la literatura y otros conocimientos del humano saber contribuyen a ennoblecer al hombre, las ciencias con sus numerosas aplicaciones ejercen gran influencia en la vida humana: desenvuelven las facultades racionales; son elemento civilizador, aumentan el bienestar material, y, lo que parece más lejos de su misión, hasta moralizan las costumbres.

Las Matemáticas son el ramo de las ciencias que, por decirlo así, imprimen a éstas su más esencial carácter; todo en ellas es inmutable y está rigurosamente calculado; son la *mathesis* o el saber, como las llamaban los antiguos; la ciencia en que todas las verdades tienen los mismos caracteres fundamentales: las partes que comprenden guardan entre sí íntima conexión y se prestan mutuos socorros; su lenguaje es conciso y sencillo; forman una ciencia independiente, de las más completas y de mayores aplicaciones; domina en ellas una unidad sistemática, y su base más firme es una certidumbre superior y absoluta; auxilian a las demás ciencias hasta el punto de que ramas de ellas, como que les pertenecen, siendo ejemplo la Me-

cánica y otros no menos importantes; en una palabra, su influjo sobre los demás ramos del saber es tal, que estos no adquieren su grado mayor de certidumbre sino en cuanto sus leyes fundamentales se apoyan más o menos en las leyes matemáticas.

Si el concepto que a la voz Ciencia deba darse trae aún dividida la opinión de los sabios, no les ha preocupado menos la cuestión, no de escaso interés para la historia de los progresos humanos, que versa sobre cual de los conocimientos se cultivó primero. No obstante los trabajos hechos para dilucidar este punto, todos convienen en que las diversas opiniones, sostenidas con más o menos entusiasmo, carecen de sólido fundamento. La opinión de D'Alembert, por más que parezca tener su apoyo en la naturaleza del entendimiento humano, no lo tiene en el más insignificante hecho: a primera vista parece aceptable la idea de que el hombre, cuyo espíritu noble le inclina a conocer la naturaleza, a penetrar sus secretos, las leyes porque se rige, se preocupe más de la cultura del espíritu que de proporcionarse fausto y comodidades.

Pero aunque en el estado presente de cultura no repugne aceptar esta teoría, la observación y la experiencia nos enseñan otra cosa. Consideremos al hombre falto en absoluto de conocimientos: él odia por naturaleza el dolor y se siente inclinado a amar los placeres; su estado miserable debió impulsarle a combatir aquél y a proporcionarse goces; adquirir las primeras materias de la tierra, fué su ocupación primitiva; modificarlas a fin de sacar de ellas el mayor partido, debió ser su afán. La Agricultura, las artes mecánicas en sus más rudimentarios principios, debieron ser casi coetáneos a la aparición del hombre: satisfechas, sus necesidades primeras, debió dedicarse luego a las artes liberales, a la poesía, al canto, en una palabra, a todo aquello que au-

yentase o contribuyera a auyentar el sufrimiento.

Los grandes fenómenos naturales le llenarían ora de terror, ora de asombro; estos sentimientos despertarían su curiosidad, y la inteligencia le impulsaría a explicarse los cambios que presenciaba: la Ciencia, lo esplendente y casi divino, como que emana de la divinidad, comienza ya a vislumbrarse en lontananza.

Los primeros destellos de la Ciencia tuvieron por ancho campo el cielo: la Astronomía fué el ramo primeramente cultivado; las Matemáticas, siquiera en sus más elementales conceptos, nacerían con ella, le prestarían su necesario concurso.

Pero, ¿cuál fué el pueblo que cultivó primero este género de conocimientos? ¿cuál la nación a que corresponde la singular honra de ser, digámoslo así, la cuna de los conocimientos humanos? Cuestión es ésta de suma importancia que ha sido muy debatida.

Las naciones asiáticas parecen ser, en opinión de los más, las que primero interrogaron a la naturaleza e intentaron sorprender sus leyes inmutables; pero a la manera que D' Alembert en la cuestión anteriormente citada se singularizó, exponiendo de un modo distinto que los demás el orden en que aparecieron en el mundo los conocimientos; así también Bailly, en su Historia de la Astronomía antigua, obra notable por más de un concepto, admite la existencia de un pueblo con sólo el objeto de concederle el honor de ser el primero que, comprendiendo la alta misión del hombre, contestó a las interrogaciones que le inspirara la inteligencia.

El supuesto del sabio astrónomo debe tener entre nosotros muchos partidarios: el pueblo aludido es el pueblo Atlante: si las Canarias, como muchos suponen, no son sino las partes más culminantes de la gran Atlántida que nos describió un escritor de la antigüedad, el gran Platón, ¿no es halagüeño

para los que nacimos en estas peñas, a los que vigila constantemente el elevado Echeyde, la idea de que ellas fueron la cuna del humano saber?

Desgraciadamente, ni el más ligero hecho viene en apoyo de la teoría de Bailly; su hipótesis no pasa, y probablemente no pasará nunca, de tal esfera; gracias que no se le declare completamente absurda.

Entre los pueblos verdaderamente extraordinarios que ocupan no pequeña extensión de la bíblica Asia, se encuentra la China. Esa nación, como si quisiera probar que donde quiera que el hombre, rey de la naturaleza, extiende sus dominios, le bastan sus privilegiadas facultades para elevarse sobre el nivel de los demás seres, se comunicó en absoluto; y así como parecía jactarse de no necesitar para vivir próspera y feliz de los adelantos de otros pueblos, con un egoísmo sin ejemplo negó a éstos los suyos. Cuando en el transcurso de los siglos se llegó, por procedimientos que no son de este lugar, a abrir una brecha en su célebre y maravillosa muralla, los pueblos que se creían más adelantados en el camino del saber, que se envanecían suponiéndose los únicos poseedores del gran bien de la civilización y el progreso, se encontraron con otro, orgulloso de su pasado y engrdeído con el presente, que se había antepuesto en muchos descubrimientos y que conservaba cuidadosamente escritos en su historia acontecimientos que habían tenido lugar en épocas muy remotas, tal vez consideradas por aquéllos casi como prehistóricas. En esa historia consta que Fohi, primer emperador, promovió con singular empeño el estudio de la Astronomía, estudio que supone el de las Matemáticas, como ya indiqué.

Veinte y seis siglos antes de la Era cristiana, Hoangti fundaba ya tribunales, célebres en la historia de los conocimientos de aquellos pueblos, uno de los cuales tenía por objeto principal

promover los estudios matemáticos; los chinos establecieron el ciclo de sesenta años, y sus eminentes astrónomos compusieron la esfera y llevaron a cabo observaciones que aún pasman por su exactitud. Pero a pesar de todo esto, a pesar de que en los conocimientos científicos adelantaron tanto, ¿puede decirse que la ciencia moderna tuviera allí su cuna? No ciertamente; cuando las demás naciones pudieron salir del error en que se hallaban, creyéndose únicas poseedoras del saber; cuando se convencieron de que las comodidades, los inventos y cuanto constituye el progreso no era prerrogativa de su raza, las ciencias nada debían ni podían deber al pueblo chino, que causaba su admiración: la ciencia no era el sol en el momento de presentarse en el horizonte sensible, sino el astro rey que lleva recorrida gran parte de su trayectoria.

No puede decirse lo mismo de las naciones indianas: aunque el vuelo que allí habían alcanzado las ciencias no era ni con mucho tan elevado como en la China, influyó notablemente en el progreso de las demás naciones, con las que aquéllas se hallaban en comunicación. Si la severa crítica no quisiera dar su asenso al aserto, bastante admitido, de que los filósofos griegos Pitágoras y Demócrito acudieron a la India a fin de ampliar sus conocimientos, pues consideraban a este país como uno de los más adelantados de aquella época, siempre habría que admitir que el grano de arena que estos pueblos llevaron al gran edificio de los conocimientos, no fué en modo alguno insignificante. La multitud de gnomones que desde la más remota antigüedad subsisten en aquel país, indican que poseían muchos principios científicos y hacían de ellos bastantes aplicaciones: así lo prueban también los no comunes conocimientos que revelaban sus bracmanes, sacerdotes y filósofos.

Pero si casi sólo monumentos de piedra dicen de la cultura india, monumentos fehacientes, libros admirables de inmortales escritores, hablan muy alto de los adelantos que hicieron los caldeos y los persas; Apolonio Mindio, según Séneca, revela cuanto fué el adelanto de la ciencia en este país al asegurar que los caldeos llegaron a determinar y comprender el verdadero curso de los astros. Que conocimientos matemáticos supone este adelanto, no es para dicho ante personas tan ilustradas, que nada de lo que voy exponiendo ignoran. Por otra parte, los nombres de Zoroastro, Belo, Beroso y otros muchos, son suficientes para que con justicia se coloque a este pueblo entre los más adelantados de la antigüedad, así como la llamada magia de Zoroastro supone más servicios prestados a la ciencia, que todos los progresos de los egoístas chinos. La medida de la tierra, practicada por Belo, revela ya grandes conocimientos matemáticos.

Aunque el más antiguo y extraordinario de los historiadores del mundo no carecía de los conocimientos científicos que un sabio de su época pudiera poseer, pues había acudido a adquirirlos a las ciudades más ilustradas del Egipto, el pueblo a quien acaudilló aquel portentoso genio, yacía, en cuanto a ciencias, en el más lamentable atraso. Creyó el pueblo hebreo que bastaba la Ciencia revelada para proseguir en el camino del bien. ¡Error crasísimo que tan caro pagó en el transcurso del tiempo! No hay noticia alguna de que este pueblo alumbrara con luz propia ni el más insignificante de los rincones de la Ciencia.

No puede decirse otro tanto de la nación que fertiliza el caudaloso Nilo, que al mismo tiempo que su historia, nos dejó escritos en obeliscos y pirámides, sus extraordinarios progresos, particularmente en la parte de las ciencias que es objeto de este estudio. No conceptos más o menos dudosos, no

simples opiniones tenemos acerca de esos progresos; cada piedra de sus pirámides es un tratado de Matemáticas, es una obra de Mecánica y Astronomía.

Primero los griegos y romanos, y hoy los pueblos más ilustrados, muestran especial empeño en arrancar de aquel histórico país, inagotable en antigüedades, los obeliscos-monolíticos de gigantescas proporciones, que recuerdan las glorias de sus héroes y el poderío de sus magnates para colocarlos en las plaza de las más grandes ciudades, como si quisieran pagar los servicios que el Egipto prestó a la civilización en su triunfante carrera. Roma, en la época de su grandeza, mostró prurito especial en adornarse con las innumerables agujas de granitos que desde aquel país trasladaron sus soberbias naves. París se envanece con la que arrancó en su orgullo Napoleón I. Londres y New-York, han trasportado en dos de ellas, junto con los recuerdos históricos que hablan de Marco Antonio y Cleopatra, el más seguro testimonio de la ilustración que en siglos tan remotos había alcanzado el pueblo de los Faraones, cuna tal vez de las Bellas Artes.

Cuando se considera — fijándonos sólo en las pirámides — que aquellas montañas que revelan el orgullo de los que las hacían construir, están formadas por enormes sillares, entre los que algunos pesan cincuenta y cinco toneladas, tan perfectamente pulidos y sentados que, según un autor, apenas cabe por entre ellos una simple hoja de papel, el pensamiento se abisma y se tiene que concluir afirmando que, a pesar de la creencia en que estamos respecto a nuestra cultura y progreso científico, aquel pueblo ilustre, desde siglos antes de nuestra Era, tendría muy poco que envidiarnos.

Hasta aquí, si bien se observa, más que al desarrollo de las Matemáticas, he seguido casi paso a paso a la Astronomía, ramo de las ciencias por el

que mostraron especial predilección los pueblos de la antigüedad. Una necesidad me ha obligado a ello: la obscuridad que envuelve a la historia de esos mismos pueblos, envuelve también en densa niebla a la de las Matemáticas: no estaban, por decirlo así, deslindados los anchurosos campos de las ciencias; y esto, y la circunstancia de que, relativamente hablando, el progreso de las mismas no fuera en aquellos tiempos de mucha consideración, impide sin duda que directamente pudiera hacerse el repetido estudio. Aunque reconozco, por otra parte, las ventajas que de hacerlo en esa forma tendríamos, no veo sin embargo gran mal en seguir a la Astronomía en su notable vuelo. Ya he indicado las razones: el estudio de ésta supone el estudio de las Matemáticas: para determinar la magnitud, posición, movimiento, etc. de los astros, es evidentemente indispensable tener la idea de espacio, cantidad, forma, etc., que son objeto de este último ramo de las ciencias.

Pero se acerca el momento de la emancipación; ya las Matemáticas tienen, históricamente hablando, vida propia; ya podemos dejar libre aquel importantísimo ramo de los conocimientos, cuya extensión abarca los ámbitos del universo, cuyo objeto eleva la mente a la esfera de lo infinito y habla más alto que ningún otro acerca del poder inmenso, inagotable, del que a todo dió origen, del que todo lo sustenta con su ser.

Hemos llegado a la Grecia. ¿Comprendéis ahora porque se han deslindado los campos, porque no necesitamos ya de extraña ayuda? Hemos llegado a la nación extraordinaria que supo hacer patente hasta que altura puede el hombre elevar su vuelo, haciendo uso de las nobilísimas facultades que le fueron concedidas.

¡Qué fenómeno más admirable ofrece ese digno y noble pueblo a la historia del mundo! Cada nacionalidad, se dis-

tingue, se ha distinguido siempre, por su predilección a una especie de conocimientos; es ésta una ley constantemente observada. Inglaterra, por ejemplo, muestra su afición a las ciencias y sus aplicaciones, y en esto sobresale notablemente; Alemania se distingue en el cultivo de la Filosofía; Italia en el de las Bellas Artes; España es más literata que científica. Que un solo pueblo llegue a sobresalir en todos los conceptos de la civilización, parece no ser posible: sin embargo, el milagro lo hizo la encantadora Grecia. ¿Quién no ha oído celebrar sus esculturas? ¿Quién no vió siquiera un mal remedo de las estatuas donde éstos vaciaron, por decirlo así, toda su inspiración, genio y talento? ¿Quién no oyó alguna vez el nombre de sus célebres pintores? ¿y quién no conserva en su memoria siquiera un pequeño fragmento de los sublimes versos de sus inmortales poetas?

No fueron sólo las Bellas Artes las cultivadas por los griegos de un modo sobresaliente: sus sabios son admirados en todo el universo; ellos cultivaron la Filosofía, la Física, la Medicina, la Astronomía, en una palabra, cuanto el hombre puede abarcar mediante el trabajo de la inteligencia, halló en aquel pueblo favorable acogida y eminentes cultivadores. Dicho se está que las Matemáticas también progresaron allí. La Geometría—que según las versiones más admitidas, ya había tomado gran vuelo en Egipto, donde desde muy antiguo era necesaria para aplicarla al repartimiento anual de las tierras, cuyos linderos borraba el Nilo en sus periódicos y útiles desbordamientos, y que fué importada por Thales de Mileto, quien la aprendió de los sacerdotes de Menfis—tomó en Grecia asombroso vuelo.

Sólo con mencionar aquí los nombres de los sabios que se dedicaron en tan privilegiado país a cultivar las Matemáticas y citar cada uno de los des-

cubrimientos con que las enriquecieron, tendría tarea para un tiempo del que no dispongo. Fácil me sería probar, si lo intentara, que las Matemáticas deben más a los griegos que a nuestros profundos analíticos. En esta rapidísima ojeada que vengo dando sobre la historia de la ciencia que estudia la cantidad, no caben estos detalles; pero diré al menos, que los, al parecer, sencillos descubrimientos de Tales, de Pitágoras y de Platón, fueron causa de que Arquímedes, Diofante y Apolino llegaran sin gran esfuerzo a los sublimes inventos que empujaron a las ciencias casi a la altura misma donde hoy han sentado sus reales.

Para comprender el alcance de estos descubrimientos, baste recordar que Teofrasto encontró ya materia para escribir una larga historia de las Matemáticas, compuesta de un libro de Aritmética, cuatro de Geometría y seis de Astronomía, y que Eudicmo escribió otra importante obra sobre el mismo asunto; y eso que cuando tales historias se escribieron, aun no había nacido Euclides, verdadero fundador de la Geometría moderna, ni la escuela de Alejandría, ni Aristilo, ni Eratóstenes, ni Aristarco de Samos, ni tantos otros no menos ilustres, habían alumbrado al mundo con los raudales de su saber científico.

Dignos de que se recuerden en este templo de Minerva, son los nombres de otros muchos sabios de la Grecia; dignos de que se les rinda culto en este momento en que, siquiera sea por el último de los sacerdotes, se ofrece a la ciencia este pequeño homenaje; pero como esto no es posible, debo decir a esos genios admirables a quienes tanto debe la Humanidad, que si mis labios no les hacen en este instante el elogio a que son acreedores, acepten el respeto que les ofrece mi entusiasta corazón.

Hagamos de una vez un esfuerzo y abandonemos al Oriente, que hasta

ahora nos ha tenido subyugados con la magia de sus Bellas Artes, antigüedad de sus soberbios monumentos y la grandeza de los genios que en él han sobresalido; y sigamos a la ciencia en su viaje a Occidente. En beneficio de los que me dispensáis el honor de oírme, prometo hacer el viaje con la posible rapidez.

Otro pueblo de gran importancia y celebridad se nos ofrece como para descanso del viaje: nos interesa muy directamente todo lo relativo a esa nación para que no nos detengamos a admirar, siquiera sea por breves momentos, sus imponentes ruinas. Roma, la ciudad del Derecho y de las grandes conquistas, de los oradores, de los Cónsules y de los Emperadores poderosos, que logró obscurecer las glorias jurídicas y políticas de la Grecia, ¿se declarará vencida en las ciencias como se confesó derrotada en las Bellas Artes, a pesar de las novedades que introdujo en la arquitectura, y del genio portentoso de Virgilio? El decoro de aquel noble pueblo, su recto modo de pensar, su práctica política, ¿no había de adaptarse a las sublimidades de la Ciencia?

¡Fenómeno inexplicable! Los que impusieron al mundo sus leyes, sus costumbres y hasta su moral, funesta en algunas épocas, se conformaron con los conocimientos científicos que la Grecia había adquirido merced a sus ilustres sabios. Fuera de Sexto Pompeyo, de quien dice Ciceron que cultivó la Geometría; de Gallo, gran astrónomo; de Varron, que se distinguió en las Matemáticas, y de los vastos conocimientos que en ellas manifestó el inmortal Julio César, los romanos no hicieron mas que aprovecharse de los progresos alcanzados por los griegos. Así lo acreditan las obras romanas que aun se ven esparcidas por el mundo antiguo, extenso teatro de la dominación de aquel gran pueblo.

Recordando la rapidez con que, por

necesidad, vengo haciendo esta excursión histórica, no parecerá extraño que desde el Imperio Romano me traslade a la época, funesta para el progreso, en que parecía que el hombre había olvidado las nobles cualidades intelectuales que le adornan, y haciendo caso omiso de ellas dedicaba toda su actividad a la guerra, a la destrucción, a la conquista.

Cuanto revelaba al hombre inteligente se eclipsó en ese largo y penoso sueño de la humanidad, a pesar de los esfuerzos de Carlo-Magno, de algunos Papas y de los sabios que, como estrellas en oscura noche, lucían en medio de aquellas tinieblas. Llegó a tanto el atraso de los pueblos, que bien podía contarse como un sabio el que lograra adquirir ligeras nociones de Matemáticas. Alcuino, de reputación envidiable, apenas poseía ciertos principios generales que hoy cualquiera alcanza.

Hecha esta manifestación, ¿será necesario expresar que durante ese funesto período, lejos de marchar la Ciencia de triunfo en triunfo, encontró los más insuperables obstáculos en su camino?

¡Acontecimiento inesperado! Cuando los pueblos de Europa obedecían al influjo funesto de los invasores del Norte, otro, reputado como bárbaro, que habitaba una ignorada península del Asia, acogió con entusiasmo la cultura que aquéllos rechazaban.

Todas las obras científicas que hasta allí se habían escrito fueron traducidas al idioma de los árabes, que es el pueblo a que hago referencia: ellos establecieron brillantes academias donde desarrollaron su ingenio gran número de sabios, y cuando aquella nación salió del estrecho círculo en que por tantos años había vivido; como para atenuar la pena que la pérdida de la independencia debía producir en los pueblos que conquistaba, era tolerante, les daba ejemplos de laboriosidad

y procuraba difundir las ciencias estableciendo bibliotecas, famosas universidades, que como la de Córdoba, llegaron a adquirir merecido renombre. Sus trabajos en la Aritmética y en el Algebra fueron de tal importancia, que se afirma metodizaron la primera, e inventaron la segunda.

Bien puede decirse que los árabes recibieron la civilización greco-latina para más tarde devolver a Europa aquel sagrado depósito, engrandecido y cultivado.

Nunca olvidará la Ciencia, sin ser ingrata, los nombres respetables de Enoch, que pasa por el inventor de la Aritmética, de Alkindi, notable matemático, de Moamad-Ben-Muza, inventor de la resolución de las ecuaciones de segundo grado, y de Albatenio y Geber a quien tantos progresos debe la Trigonometría.

Continuar la historia de las Matemáticas desde el Renacimiento hasta nuestros días, es seguir en pos de su carro triunfador: exponer los trabajos de un Viete, un Copérnico, un Ticón y tantos otros que en el siglo XVI prepararon los grandes triunfos del siglo XVII; hablar en éste de Descartes, de Kepler, de Galileo, de Newton, de quien Voltaire no dudó decir «¡Oh ángeles!, ¿al llegar este genio a las puertas del cielo, no le tuvistéis envidia?»; ocuparme de las Academias de París y Londres, de Neper, de Torricelli, de Leibnitz y de tantos otros, sería tarea interminable, lo mismo que recordar los trabajos que en el siglo XVIII llevaron a cabo Maclaurin, Simson, La Grange, D'Alembert, Fontaine, Euler y otros cultivadores de la ciencia.

¿Terminaría si citara aquí a los genios científicos del presente siglo que con sus interesantísimos trabajos han elevado a tan inmensa altura las Matemáticas sublimes y aplicadas? Seguramente que no. Ya que atentos me habéis oído, ni lo intentaré siquiera, que sería pagar con ingratitud un inmerecido

do favor. Concluiré, pues, halagando nuestro orgullo de españoles. Recordaré que también España cuenta como los demás pueblos, sino en gran número, nombres ilustres en las ciencias matemáticas: el obispo Ainton, Juan de Rojas, Jorge Juan, Antonio Ulloa, Gabriel de Ciscar, Rey y Heredia y otros merecen el respeto y la consideración de los amantes del saber.

Ya lo véis, mis queridos... no os llamaré discípulos, que por desgracia aun me queda mucho que aprender; debo decirlos compañeros: la ciencia lo mismo que el hombre, que todas las cosas del mundo, aparece como en embrión, apenas perceptible: como el hombre, sigue desarrollándose de día en día, obedeciendo a la grandiosa ley del progreso; ¿morirá como aquél?... Siendo un destello de la divina esencia, participa de la inmortalidad: estamos en cierto modo obligados a cultivarla, si hemos de continuar la obra de todos los siglos y de todas las naciones, siquiera sea para proporcionar al espíritu el goce inapreciable de admirar tanta grandeza. Mas, para conseguir este objeto necesitamos del trabajo, la constancia y la aplicación: poned de vuestra parte estos tres términos y tal vez no os esté reservado sólo el papel de admirarla y comprenderla. — He dicho.

El IV Centenario de la Conquista

En el Realejo-alto

La Junta organizadora de los festejos para solemnizar el IV centenario de la Conquista de Tenerife y la Palma, el histórico pueblo de Realejo-alto y la generosa y vieja ciudad de La Laguna,

que parece indicada por la Providencia para ser fiel guardadora de las glorias y tradiciones de la Patria canaria, pueden estar satisfechos del patriótico y magnífico espectáculo que, bajo bellísima cúpula celeste, en el, tal vez, más hermoso de los escenarios del mundo y vivificándolo todo un ambiente puro, templado y embriagador, lleno de perfumes y poesía, ofreció la realización feliz de la delicada y patriótica idea que informa el primer número del programa de los festejos acordados.

En el mismo lugar en que tuvo efecto la escena conmovedora de la rendición de los valerosos y nobles Menceyes de Tenerife en 1496; tal vez a la misma hora en que de los cristianos pechos de aquel puñado de valientes se escapaba un cántico de alabanza al Dios creador de la existencia, al Señor de los Ejércitos, se congregaban ayer representantes de los pueblos y de las instituciones que al hecho trascendental de la Conquista deben su origen, su desarrollo y poderío, y se congregaban para repetir aquel himno de gracias, y para dar una muestra de acatamiento y de respeto a la memoria de los héroes que fueron honra de la patria y asombro de todas las generaciones isleñas.

La patriótica Real Sociedad de Amigos del País de Tenerife, en La Laguna, como iniciadora de la idea del centenario, el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad que fundó en 1497 el bravo general Lugo, y cuantos organismos han contribuido a la celebración del acontecimiento, han visto premiados sus esfuerzos y han podido convencerse, apreciando la conducta del pueblo antiquísimo de Realejo-alto, que los hijos de Tenerife, en las tradiciones y en las costumbres, se asemejan también en su amor a la patria canaria y en su justificado afán de enaltecerla y gloriarse con sus grandezas.

Desde La Laguna partieron el día de Santiago, doblemente memorable para

los hijos de la isla más importante del Archipiélago, que la fama llamó Afortunado, respetables comisiones. El Excmo. Ayuntamiento, el Ilmo. Cabildo Catedral, el Instituto provincial, el Tribunal eclesiástico, Escuela Normal Superior, Seminario Conciliar, Real Sociedad Económica, Junta organizadora de los festejos, Registro de la Propiedad, Juzgado municipal y otros centros que en la ciudad viven, estaban representados por alguno de sus individuos en los pintorescos campos de Taoro y pudieron verse reunidos en un solo pensamiento y bajo el mismo techo, con los no menos valiosos que enviaban desde pueblos hermanos las Corporaciones que las personifican, defienden y dirigen.

Cuando los comisionados de La Laguna atravesaban llenos de admiración y de entusiasmo por los alegres y feraces campos del famoso Valle, que han cantado tantos poetas y han celebrado tantos sabios, pudieron convencerse de que, así como en los accidentados suelos germinan lozanas y frondosas las plantas que el hombre tiene en mayor estima, en el corazón de los hijos de Taoro se desarrollan, lozanos, los sentimientos nobles del patriotismo y del agradecimiento: manifestaban el primero, acudiendo presurosos a asociarse en el Realejo a los actos anunciados; y daban patentes muestras del segundo, saludando con respeto a los que, desde La Laguna, acudían para honrar la memoria de los que al Valle dieron la vida de la civilización y del progreso, que es la verdadera vida de la humanidad.

El Realejo-alto, donde si mal no recuerdo se mecía la cuna del historiador fecundo de nuestra conquista, el gran Viera y Clavijo, engalanó sus calles con mástiles y gallardetes, y los accidentados alrededores de la histórica iglesia lucían multitud de arcos, algunos de mucho gusto, y formaban improvisados paseos alternando el follaje abundante del aromático laurel, con el

elevado mástil que sostenía a las vistosas banderas que simbolizan la patria España. Al pié de bien conservada cruz, que tiene impresa desde antiguo la fecha de 1596, fecha que nos dice que la generación del primer centenario cumplió a su vez y a su modo con el deber que hoy nosotros venimos cumpliendo; lucía una cortina de terciopelo cubriendo la lápida que la Junta organizadora envió desde La Laguna para que, bajo la inteligente dirección de nuestro paisano don Juan Gil, fuese colocada en aquel sitio; y frente a ella, una elevada tribuna, vistosamente decorada, estaba indicando el sitio principal de la última ceremonia.

El Alcalde del Ayuntamiento del antiguo pueblo, persona finísima que supo dejar muy alto el nombre de sus representados, recibió en la entrada a las comisiones que venían, y a la hora conveniente, formando ordenada comitiva, acudieron todos a la Parroquia, elevada precisamente en el mismo sitio donde se entonó el «Tedeum» que ahora venían todos a repetir. El templo lucía sus mejores galas, y bajo dosel se veía una antiquísima imagen de Santiago; todos se colocaron en el sitio preparado de antemano, presididos por el Alcalde, ocupando la derecha el de La Laguna, como más antiguo e iniciador de las fiestas, siguiendo el representante del Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz, a éste el del Puerto de la Cruz, Icod, Rambla y otros, y por la izquierda, el de la hermosísima Villa de la Orotava, Realejo bajo, profesores del Instituto, concejales de La Laguna y la Orotava e individuos que representaban la Junta organizadora y la Prensa de la misma Laguna; el Ilmo. Sr. Deán de nuestra Catedral, Director de nuestra Real Sociedad Económica y representantes de los demás centros que antes mentamos, ocupaban el ala derecha.

El M. I. Sr. Provisor y Vicario general entonó el «Tedeum», y la misa fué cantada con mucha afinación y maes-

tria por individuos del Puerto de la Cruz, tan inteligentes como el señor don Benjamín Miranda, nuestro antiguo amigo, acompañando al piano el director de la banda militar de la Villa de la Orotava, cuya banda dejó oír en los intermedios de costumbre sus agradables melodías.

El sermón del ya distinguido orador señor don Tomás Hernández Espinosa, Beneficiado de la Catedral, fué notable, oportuno e inspirado. A grandes rasgos y después de un hermoso exordio, hizo la historia de nuestra conquista y supo pintar con gran sentimiento la nobleza y bravura del vencido, sin tener para el vencedor palabras que denigrar pudieran su memoria, que al fin aquel puñado de valientes venían animados de pensamientos sublimes, y no escatimaron el sacrificio para implantar en esta tierra los principios salvadores de la civilización y el progreso. Nuestra enhorabuena al joven sacerdote y a la Junta que supo elegirle con tanto acierto.

A la función solemne siguió la devota procesión, y terminada ésta, ocuparon todos la tribuna preparada en la plaza: un numerosísimo público se agrupó alrededor; el Alcalde del pueblo invitó cortésmente al Presidente de nuestra Excm. Corporación para que tuviera el honor de descorrer el velo que cubría la lápida conmemorativa, mientras la banda dejaba oír su acordes armoniosos.

El alcalde de La Laguna leyó un discurso histórico alusivo al acontecimiento que se celebraba, y hablaron el de la Orotava, y el Sr. D. Juan Ascanio. El Director de la R. Económica de Tenerife recordó, con fácil palabra y notoria elocuencia, que la Sociedad que presidía, a la que tanto bien debe el país, incluso el mismo Valle de la Orotava, fué desde 1892 la que propuso la celebración del Centenario, evitando que la generación presente dejase de cumplir un deber tan en armonía con

las costumbres de nuestra época. Todos estuvieron a gran altura. Hizose luego aplaudir del numeroso público, por su entusiasmo y patriotismo, el Sr. Dr. D. Silverio Alonso del Castillo, que habló en representación de la Junta; y en nombre del pueblo dió las gracias a los comisionados el Vble. Párroco del Realejo-alto. Eran las tres de la tarde.

* * *

En la casa parroquial, el Municipio del Realejo-alto tenía preparada bajo la dirección y servicio del *Hotel Taoro*, espléndida comida: en dos mesas adornadas con abundantes y preciosas flores, como si se quisiese recordar que estábamos en el famoso Valle donde todas las de la tierra se dieron cita, se sentaron los comisionados y en medio de la alegría, y oyendo los acordes de la banda de la Orotava, que se había situado delante del edificio, comenzaron los brindis, que fueron todos patrióticos, oportunos, e inspirados. Iniciólos el Alcalde de la población, dando expresivas gracias a los pueblos allí representados, y especialmente a La Laguna que, recordando su significación e historia, sin egoísmos que todo lo empuqueñecen, ni olvidos que apagan los sentimientos de afecto entre los pueblos, había propuesto la celebración de un acontecimiento que a toda la Isla interesa soberanamente y que al Realejo recordaba un timbre histórico de gran valía; y en igual sentido se expresó el Alcalde de la Orotava, la población tan estrechamente ligada a La Laguna por la comunidad de intereses y por los vínculos del amor que son consecuencia de la lealtad, siempre sostenida en el transcurso de los tiempos. Brindaron en medio de atronadores aplausos el Doctoral Sr. Alonso del Castillo; el Sr. D. Fernando Torres; el Deán de la Catedral, Ascanio (D. Juan y D. Ramón), Chávez, Sánchez Rivero, Párroco del Realejo-alto, Alonso del Castillo

(D. Mateo), Registrador de la Propiedad de La Laguna, Sr. Balcells, y otros cuyos nombres no acuden a la memoria, con gran sentimiento del que narra. Antonio Zerolo, el amigo querido, el más popular de nuestros poetas, tantas veces aplaudido y premiado, lo dejó para el fin. Estuvo a tanta altura, obtuvo y mereció tantos aplausos con sus fáciles, sentidos y oportunos versos, que solamente recordándolo da a este ya largo artículo, o lo que fuere, nota bastante que atenúe con tan feliz término la triste impresión de sus muchos defectos.

Julio 26 de 1896.

El Anarquismo

El horrible atentado que contra la respetable persona de un general ilustre, en el que hoy están fijadas las miradas de la Nación, se llevó a cabo por un desdichado iluso, en la Gran-Vía de Barcelona, puso no hace muchos meses en conmoción a la sociedad entera. El que como consecuencia de hecho tan punible tuvo lugar en el Liceo, de la misma histórica ciudad, ha consternado al mundo, y se presta a que la inteligencia deduzca consecuencias desastrosas para la vida de la civilización y el progreso; a que prevea donde irán a parar los intereses fomentados a costa de tantos sacrificios para la pobre Humanidad, si con tiempo no se atiende a aniquilar los gérmenes de escuela tan bárbara, que toca los límites del salvajismo, estado a que ha de conducir al orbe si su triunfo fuera posible por tiempo más o menos dilatado.

Consideramos deber de conciencia, al que han de dar cumplimiento cuantos dispongan de algún medio para la lucha, el de acudir cada uno, como a las armas el que ve a la Patria en peli-

gro, al sitio de honor a que por sus especiales circunstancias esté llamado. La guerra de destrucción y muerte con que el anarquismo amenaza a la sociedad, por la solidaridad que de ésta es consecuencia, afecta a todos. Seres sociables por naturaleza, y no, como intentan defender escuelas desacreditadas, por ficción de la Ley, la vida de la sociedad es nuestra propia vida, y es sabido que el hombre puede modificar lo que es accesorio, pero nunca aquello que existe independientemente de la voluntad, aquello que obedece a leyes inmutables, aquello que es de esencia, hasta el punto de, como sucede con la sociabilidad, constituir una nota característica y distintiva.

Juzgamos deber sagrado en el legislador, dictar leyes a la defensa de la civilización encaminadas; en el catedrático, la propaganda de las doctrinas que son fundamento de todo lo que interesa a la verdadera civilización; en el escritor, que ponga en movimiento en ese mismo sentido la poderosa palanca que Gutenberg puso en sus manos, y en el orador, que haga resaltar, con los raudales de su elocuencia, los males de las funestas ideas de la escuela aterradora que amenaza destruirlo todo, y las ventajas con que a los caros intereses de la sociedad brinda la marcha sosegada y progresiva de las buenas y racionales doctrinas que son su apoyo e indispensable sosten.

El abandono, la indiferencia en el cumplimiento de este deber sagrado, no puede, no debe consentirse por más tiempo. El enemigo envalentonado con la impunidad de su cobarde y traicionero delito, lejos de desistir de sus miserables propósitos de destrucción y de muerte, sigue impávido su camino y glorifica como mártir al asesino miserable de inocentes criaturas, al incendiario vil que, impulsado por el despecho y la envidia, nada respeta en su satánico odio a la sociedad.

Y dispuestos para la lucha sin tregua ni cuartel, debe buscarse al enemigo en sus más ocultas madrigueras. Fijarse solo en el fanático desdichado al que la miseria de su vida le impulsa a aceptar como dogma las ideas halagüeñas con que se le dice puede salir de su miserable estado, y olvidar al que esas mismas ideas propaga con arteros medios; no tener presente al que por razón de la posición que en la sociedad ocupa, está llamado en primer término a combatir al enemigo común, dictando disposiciones a ello encaminadas o cooperando con su concurso al fin propuesto, es, si no criminal, por lo menos faltar a deberes sagrados y hacerse cómplice de un modo indirecto de los hechos punibles que todos recriminamos y anatematizamos desde lo más profundo de nuestro corazón.

Tal vez la mano criminal que coloca una máquina infernal en medio de un concurso que disfruta inocentemente de los placeres de la vida social, no alcance, no debe alcanzar, el grado de responsabilidad moral y legal que aquel otro que desde la cátedra predica a jóvenes imberbes, que ávidos de poseer la verdad acuden presurosos a oír las doctrinas del maestro, las bases móviles, según su criterio, en que descansen el principio de autoridad; o explica a su modo la constitución de la familia sentando como doctrina que su base natural es el amor libre, y como consecuencia, echando por tierra la indisolubilidad del matrimonio, proclamado como única causa que impele a los sexos a buscarse, el torpe apetito de la reproducción, borrando toda idea del amor dulce y desinteresado, circunscribiendo, en una palabra, las relaciones del hombre y la mujer a las necesidades de la materia y a las exigencias del instinto de conservar la especie.

No es menos responsable aquel otro que desde las columnas del periódico procura arrebatar al pobre lo único

consolador que pueda encontrar en el mundo, la esperanza de otra vida mejor donde halle compensación a sus desdichas y premio a su conducta digna y honrada. El sentimiento religioso que caracteriza y dignifica al hombre, es combatido por perversidad o por seguir una corriente que se ha hecho de moda, por esos entes que presentando al hombre como un ser que se basta a sí mismo, independiente de toda causa superior, sin más guía ni ley que su razón y sus apetitos, le incitan a que sólo a perfeccionar los intereses materiales está llamado, a gozar y vivir sin cuidarse de subordinar la vida del espíritu, que ninguna ley positiva puede regir, a la ley del Creador única que a todas las esferas alcanza.

Sentado el precedente de que la autoridad fué impuesta por el hombre y para su mal; que los lazos de la familia pueden relajarse y romperse, lo mismo que los que ligan al hombre con otro que habla su propio idioma, tiene una historia común, así como común es el suelo que pisa y el origen y procedencia, en una palabra, que no debe existir el lazo dulce de la nacionalidad; negada la santidad del sentimiento religioso, y por ende que no hay leyes divinas a las que debemos acatar sometiendo a ellas nuestros actos y pensamientos; limitada la vida a la efímera y pasajera que en la tierra alcanzamos; es lógico, es consecuencia ineludible que el que sufre, el que viene al mundo sin su consentimiento y no halla en él sino privaciones, desdichas y pobreza, se rebele contra una sociedad artificial; proclame la necesidad de concluir por todos los medios, sean o no reprobables, con una sociedad oprimida por una autoridad sin fundamento racional; abandone cuando lo crea conveniente a los seres que de un material placer, que ya pasó, se engendraron. Dios no puede pedirle cuenta de sus actos porque, o no existe, y si existe,

como es un ente al que ningún lazo nos une, nada puede mandar ni exigir. La justicia humana, como no tiene fundamento racional alguno que le sirva de base, al castigar los actos violentos a que acuden esos seres envilecidos para hacer predominar el sistema a que aspiran, comete un verdadero crimen quitándoles la vida, puesto que obran cumpliendo con el deber de trabajar para vivir gozando, para poseer lo que los demás poseen sin tener mejor derecho.

Generalmente los hombres dispuestos a poner en práctica los medios violentos con que tratan de formar un mundo que responda mejor a sus pensamientos de ambición y exterminio, son pobres artesanos cuya inteligencia no está cultivada: al amparo de la ley se hace por otros malvados la propaganda de ideales que alhagan su ambición y le prometen salir de su miserable estado, y lo extraordinario, lo verdaderamente milagroso sería que no siguieran doctrinas tan consoladoras, que tuvieran el buen sentido de rechazarlas como contrarias a la razón que dice no puede el hombre reformar a su antojo aquello que existe por la ley eterna de la Naturaleza, y por consiguiente está sobre su voluntad limitada.

Sentados estos precedentes preguntamos ahora, ¿cuáles son los seres contra quienes deben dirigir sus dardos acerados los que de defensores de la sociedad se precien?, ¿acaso sólo a aquellos desdichados que ciegos por la ignorancia, el despecho y la pobreza, son como el instrumento que hiere, el fuego que destruye, o el cauce que todo lo anega, o también contra la inteligencia que traidora dirige, contra la intención perversa que con conocimiento de causa y efecto sólo a satisfacer sus malvados instintos conduce sus pasos?

Grande, muy grande es el crimen del desdichado Pallás y de los secua-

ces que, a pretexto de vengar su muerte, a tristes inocentes criaturas robaron la vida en el Liceo de la industriosa Barcelona; pero grande, infinitamente mayor es el de aquellos otros no menos despreciables que, con su propaganda antisocial y anticristiana, han ido arrancando al pobre el respeto que a la sociedad y sus leyes todos debemos, empujándolo al crimen, intentando conducir a la Humanidad a la barbarie en que un día vivió sumida; al estado de salvajismo que aun es ley de la vida en casi la totalidad del continente negro.

1893.

Invierno y Primavera

Se acerca Mayo con sus colores,
con sus aromas y con sus flores....
La primavera reinando está,
Pero la dicha del alma m'a,
la paz de alegre, lejano día,
aunque las llamo, no vuelven ya.

Montoto.

Pasó el invierno: los campos siempre verdes de la Vega de Agüere comenzaron a cubrirse de florecillas silvestres; «los guiños y sonrisas de los montes y las breñas», que decía el gran Zorrilla, y los almendros primero y otros árboles respondiendo hasta ahora al sueño de la naturaleza, comienzan a dar señales de vida adornando las extremidades de sus desnudas ramas, primero con yemas reveladoras de la fecundidad, y luego con flores portadoras de alegría.

Pero ¡ay! la que el alma experimenta al contemplar el espectáculo hermoso de la naturaleza que revive, no es la alegría que en otros tiempos inundaba nuestro ser.

En otra ocasión y en verso lo dijimos: la naturaleza se rinde ante las crudezas del invierno, y manifiesta su

tristeza y esparce por doquiera hálitos de muerte; pero ella revive, y tan grande como el sentimiento doloroso que por todas partes imprime, es la alegría y las muestras de vivificadora juventud que luego hace visible en todas sus manifestaciones. ¡Para ella torna la armoniosa primavera; para el alma ya dormida por el aterido invierno de los desengaños y el tiempo, sólo existe la desconsoladora estación de las eternas noches y de los desolados campos!

¡Cuán distintos son los sentimientos que el sublime despertar de la naturaleza produce en el alma, según que vive la vida de la juventud o está abismada en la muerte de los desengaños!

Contemplando las manifestaciones primorosas de la estación florida por el prisma tan grato como pajajero de los juveniles años, puede decirse que una primavera es admirada por otra no menos deleitosa. Cuando percibimos a nuestro alrededor las palpitaciones de la vigorosa estación de las flores y los pájaros, de la temperatura que tonifica y de las armonías que deleitan, sintiendo dentro de nosotros las nostalgias de la existencia que se aproximan a pasos agigantados a las regiones de la eterna justicia, puede decirse que se juntan en inarmónico conjunto el invierno desolado y triste y la bulliciosa y vivificante primavera.

Sentados bajo los copudos álamos del en otro tiempo deleitoso *Tanque Grande*, nos parecía que los cantos «saborosos y no aprendidos» de los miles de pajarillos que se acercaban ora a las limpidas y bullidoras aguas, ora a las elevadas ramas que el viento movía con cariño, nos hablaban de alegrías futuras, de regeneradoras esperanzas. Descansando ahora a la grata sombra de los desiguales y olorosos eucaliptus de la encantadora carretera de Tejina, aquellos cantos siempre iguales para el ya cansado órgano auditivo, imprimen en nuestro ser un sentimiento de languidez y de tristeza, porque para el corazón

herido por las realidades de una vida menos larga por el tiempo que por el desengaño, son aquellas notas algo así como las de una alegre y bien pulsada arpa oída desde el triste rincón donde lloramos la muerte de un ser querido.

Las cadenciosas coplas cantadas por las lindas campesinas que cruzaban la vega en todas direcciones, nos llenaban ayer de regocijo y despertaban en nosotros sentimientos amorosos que nos hacían esperar un mundo de delicias; hoy aquellos cantos suspenden un instante nuestro ser para luego traer al espíritu abatimiento y tristeza, por que,

«Para el alma que sufre
herida por la desgracia,
las ajenas alegrías
son dardos que la traspasan.

Las flores, los armónicos cantos de las aves y las tibias y suaves brisas, son las notas que caracterizan a la primavera de la insensible naturaleza.

Las dormidas ilusiones, la ausencia de las alegrías, y las extinguidas esperanzas, constituyen las notas dominantes del aterido invierno que domina de una manera estable el mundo del racional espíritu.

Así y todo ¡bien venida seas, hermosa y vivificadora primavera! Al menos tú no agregas al desconsolador invierno del espíritu, las nieblas y las tristezas de la estación que es incompatible con esas flores que recrean a la juventud y con esos cantos que le hablan de amores y esperanzas.

Recuerdos de Venecia

El palacio Pitti, de Florencia, ciudad célebre lo mismo en las antiguas que en las presentes edades, es una obra digna

de visitarse: la magnificencia de sus habitaciones, los recuerdos históricos y la grandiosidad de las primorosas obras de Arte que en él han encerrado los príncipes de la casa de Saboya, son bastante motivo para mirarle como una verdadera maravilla: en el bello arte de la Pintura bastaría la obra inmortal de Rafael de Urbino, la célebre *Madonna de la Silla*, para atraer a los admiradores del divino pintor.

Un día que admiraba yo los magníficos cuadros allí colocados, mi compañero de viaje llamó la atención sobre un precioso paisaje que representaba uno de ellos: con fundamento se asegura de las Bellas Artes, dijo, que son la representación genuina de lo ideal; este paisaje de Venecia no puede corresponder a la realidad; tanta belleza no es posible que exista; serán ciertos muchos de los detalles, pero ese colorido, la transparencia de ese cielo y de esas aguas, no expresan la realidad. Estos argumentos me convencieron y creí a mi vez que el pintor fué poeta exagerado. Un efecto me produjo la vista del cuadro: el de avivar el deseo abrigado por mí desde la niñez, de conocer a la ciudad de los Dux.

Después de visitar a la vieja Boloña y de detenerme poco tiempo en la ciudad de Padua, penetré en la laguna que besa con cariño las plantas de la altiva reina del Adriático. ¡Qué impresión! A mi espalda dejaba las risueñas campiñas de la feraz Italia, y delante sólo se presentaban a mis ojos las tranquilas aguas que retrataban el azul purísimo del cielo: creíme transportado al interior de los procelosos mares y esperaba surgiera de ellos la ciudad encantada que en mis dorados ensueños había visto más de una vez: imaginéme protagonista de acontecimientos fabulosos y que era llevado contra mi voluntad a sitios donde me esperaban impresiones extraordinarias e inverosímiles.

El movimiento del tren junto con el

de las aguas, contribuía a que se imaginara al puente, una larga cuerda que se balanceaba caprichosamente: una legua tiene aquella vía que es moderna, y al terminarla encuéntrase la estación del ferrocarril: ya la luz del sol se había extinguido, ofreciendo encantadores paisajes; los reflejos de las luces que a la ciudad alumbraban, hacían creer que aquellas moles agrupadas, eran numerosas embarcaciones de un puerto importante. *Al omnibus*, gritaron, y por un momento creíme que, contra lo dicho por Alarcón, por la parte de tierra que allí existe podían transitar carruajes: me alegré, porque odio los viajes sobre aguas aunque sean muy breves. No era fundada mi alegría: el omnibus era una gran góndola y en ella nos acomodamos. El rumor de la estación se va perdiendo: algún farol ilumina de cuando en cuando las fachadas imponentes de los edificios que forman el gran canal: la góndola tuerce una y otra vez por entre hileras de casas y sólo se oye el manso rumor de las aguas interrumpido por la voz del gondolero anunciando su paso: es imposible expresar lo que, en instantes tan solemnes, siente el alma.

De pronto la escena cambia; una plazuela sin igual, profusamente iluminada e invadida de gente, rompe obscuridad y silencio: más de una vez creí soñar, y ahora que lo recuerdo me parece ilusión de los sentidos; aquello era inesperado y admirable, no se asemejaba a nada de lo que en poblaciones como Niza y Génova, Pisa y Roma, Nápoles y Florencia, acababa de contemplar: aquellos edificios responden a un orden por mí nunca visto; la anchurosa plaza que a la *piazzetta* sigue no tiene rival en Occidente; San Marcos, la oriental iglesia; el palacio de los Dux, no sé si más célebre por los acontecimientos que en él han tenido lugar, que por su originalísimo estilo; la esbelta y aislada torre, los elevados mástiles, las antiguas colum-

nas coronadas por los símbolos de la poderosa república, ¡cuán magnífico cuadro forman!, ¡qué conjunto tan armónico e indescriptible!.....

Amanece el día, es hora de conocer a la orgullosa ciudad, que dispuso en otra época del cetro del imperio oriental; abandoné el hotel donde pasé la noche y que por estar rodeado de agua por todos lados, se me asemejó a una cómoda embarcación. Nunca podré borrar del alma las impresiones de aquel día. Las experimenté alegres al atravesar las calles y las plazas donde de todo es algazara, movimiento, vida y armonías que pueblan el aire como las góndolas la laguna: de admiración, cual las producen obras de arte, como el bizantino templo en el que cada detalle es un milagro; tétricos al descender a las horribles prisiones donde, víctimas de la tiranía, espiraron seres a quienes la juventud y la fortuna sonreían constantemente; las experimenté en fin de dolor al divisar desde el histórico ventanillo del *punte de los suspiros*, el magnífico paisaje que contribuía a aumentar la pena de los que iban a morir, a hacer más amable la vida a quienes debían perderla irremisiblemente.

¿He de expresar en espacio tan corto, todo lo que en aquel día y los siguientes ví? No es posible: ni una palabra diré de aquellos originales palacios, teatro de tan extraordinarias aventuras; ni una sílaba de aquéllos puentes inmortalizados por la tradición y la leyenda; de aquellos templos duplicados por las aguas cristalinas; de aquellos jardines de caprichosas flores, poblados por seres a quienes la fama pregonaba como los más hermosos de nuestra raza clásica, ni siquiera de las antiguas e históricas palomas que anidan en San Marcos y viven en la mayor armonía con los paseantes de la soberbia plaza; pero ya que tanto se ha de encerrar en tan poco, permítaseme que termine comparando el cuadro de

Florenzia con el original del mismo en Venecia.

Allí, según mi querido compañero de viaje, la Pintura no expresaba, no podía expresar la realidad, el pintor fué poeta, idealista consumado: aquí se truecan los papeles. El sol toca a su ocaso en el instante mismo en que nos acercamos a la *piazzeta*: el panorama del lienzo de Florenzia estaba tomado de aquel sitio, y a la misma hora: aquí, como allí, se reflejaban como en espejo límpido, las cúpulas de San Jerónimo y la Salute, aquí, como allí, el sol señalaba sobre el agua luminoso camino; cruzan en ambos paisajes numerosas góndolas; pero aquí la laguna es de plata, y el sendero que marca Febo de oro finísimo; el colorido es inimitable, la animación y movimiento falta en el cuadro; el pintor era menos que realista puesto que no logró copiar a la naturaleza. Todo lo puede imitar la pintura, pero en Venecia quiso Dios poner su veto al Arte: allí se manifiesta una vez más el poder Omnipotente.

1886.

Fragmentos

*del discurso leído en la
solemne apertura del
curso de 1907 a 1908
en la Escuela Superior
de Comercio de Cana-
rias.*

Excmo. e Ilmo. Sr.:
Señoras y señores:

Esta solemnidad, siempre atractiva, que seguramente solo produce en el ánimo sentimientos gratisimos, lo confieso; en el mío deja una huella de tris-

teza que apenas puedo dominar. Parece que fué ayer cuando celebrabamos la apertura del curso que terminó; ¡ha transcurrido un año sin embargo!

Para el que comienza a recorrer la trayectoria señalada por el tiempo de duración de la vida, el transcurso de un año le parece dilatado: para los que llevamos recorrida la mayor parte, y quien sabe si casi toda la longitud de esa siempre corta trayectoria, ¡cuán breve se nos figura! Aquéllos creen acercarse a una felicidad que jamás llega: se forjan inmenso el obstáculo que se opone a la llegada: nosotros no percibimos ese obstáculo por lo mismo que las realidades de la vida alejan toda ilusión de felicidad. Aquéllos, sugestionados por los encantos ficticios que la juventud descubre por doquier, apenas recuerdan las negruras de la definitiva partida; nosotros, aleccionados por la experiencias, vemos por instantes acercarse aquel fin, temido aun por los que, despreciando todo lo terreste, lo consideran como el comienzo de positiva, interminable y verdadera felicidad.

Hay otro motivo que justifica más mi sentimiento de profunda tristeza: las dificultades con que lucho para llenar cumplidamente la misión que en este instante me asigna la Ley. Como ya sabéis, sólo de una materia determinada puedo ocuparme en esta Memoria, y esa materia, árida y de esfera limitada en todos los establecimientos de enseñanza, lo es más en esta Escuela Superior fundada hace poco más de un año, por lo que los datos que han de formar como la trama del argumento o la base de los razonamientos que se aduzcan, son escasos por el número y muy alejados de lo extraordinario y anormal. Muchos de vosotros los que me dispensáis la honra de oírme, os habréis deleitado con frecuencia en los Ateneos o en otros centros de ilustración y cultura, oyendo desarrollar materias libremente elegidas para impresionar mejor

el ánimo del oyente, empleando para ello un lenguaje armonioso que ni Calderón ni Cervantes celebrarían, por no considerarlo de finalidad análoga al que usaron como depuradores de la lengua de Castilla, pero que tiene el privilegio de cautivar a ciertos seres que han de constituir la sociedad de mañana, que en tanto y en tantas cosas vamos viendo se distingue de la de ayer. Yo no puedo apartarme del asunto prescrito por el legislador: no me es posible hablaros el lenguaje que se abre paso a despecho de los preceptistas del siglo de oro de nuestra literatura; y como por añadidura no soy literato, ni aun puedo contentar a los que, aquí, presentes, rinden ferviente culto a las galanuras de estilo, difícil sencillez y admirable claridad de los clásicos pasados y presentes, ilustres cultivadores de la siempre rica, sublime y armoniosa habla castellana. Ved por que a todos pido, sin fingida modestia, indulgencia generosa.

Y entro ya en materia, siguiendo el derrotero señalado por el art. 76 del R. D. de 22 de Agosto de 1903, que en primer término indica las

Variaciones en el personal.—Hubiera querido que éstas fueran más de las ocurridas en el curso que terminó ayer. La marcha de la enseñanza, cuando las cátedras están desempeñadas por Catedráticos propietarios es, a todas luces, más ordenada, regular y eficazísima. El numerario, o llega a serlo después de unas oposiciones para las que tuvo que hacer detenidos estudios acerca de las materias que abarca la asignatura que ha ganado en buena lid, o llega a la misma situación de propiedad acreditando servicios tras de largos años de mal retribuida práctica y de estudios que, para llenar su cometido con fruto y honra, son indispensables. En ambos casos está en mejores condiciones para el resultado de la enseñanza que aquellos que accidentalmente explican una clase. Continúan en

nuestro centro vacantes la mayoría de las Cátedras y esto es de sentir tanto más cuanto estamos penetrados de que los Profesores encargados de ellas, cuya competencia a todos nos consta, están dispuestos a acudir a la lucha intelectual, ya anunciada, que para cubrir las en propiedad es de Ley entablar en la Capital de la Nación. Ved explicado el por que hubiera querido más variaciones en el personal; porque deseaba comenzar diciendo que los bondadosos compañeros que hoy desempeñan cátedras vacantes se habían posesionado en propiedad de las mismas, (como hago votos porque así suceda), pudiendo dedicar toda su inteligencia y su probada actividad, con gran beneficio para sus alumnos y gran contentamiento de todos, a la clase que para siempre les sea encomendada.

Sólo hemos logrado con el carácter de propietario un nuevo compañero, como diremos cuando el necesario orden cronológico nos los permita; más también perdimos otro, y esta pérdida aminoró la ventaja que aquél nos proporcionara.

Por la relación que tiene con los gastos que habrían de ocasionarse, creo debo ocuparme en esta sección de la creación del Museo comercial y de la instalación de las cátedras nocturnas que la ley prescribe. Desde la fundación de esta Escuela solicité, de los señores Alcaldes, local para establecer el Museo Comercial que, dados los ofrecimientos que se me han hecho por varios comerciantes e industriales y el deseo del Claustro, ha de ser utilísimo y honrará a la Capital de la Provincia. La Corporación municipal, tengo entendido, acordó que se haga una información por el señor Arquitecto municipal acerca de una reforma que vendría a proporcionar, en el piso que con toda independencia ocupa la Escuela, un local más capaz por ahora, para dedicarlo al deseado Museo. Desgraciadamente, y

con gran perjuicio para Santa Cruz, tardará bastante tal vez, la realización del pensamiento. El Museo Comercial es beneficioso para el alumno, como medio de ilustración en lo concerniente a los productos que son materia de las transacciones económicas, conveniente para el industrial, porque con la instalación de sus artículos en lugar que frecuente el público, puede este apreciar las ventajas de valor y mérito de esos artículos, cuya procedencia consta en la misma instalación y de grande utilidad para el cosumidor, porque de una ojeada puede elegir lo mejor y lo más conveniente de lo que se expone en aquella especie de certamen permanente. Por eso debemos tener todos empeño en la pronta constitución de esa dependencia sabiamente exigida por el legislador.

Dispuesto estaba a establecer en este curso las cátedras nocturnas en el Establecimiento, y me es grato hacer constar que cumpliendo con su deber, mis dignos compañeros a ello se prestaban con sumo gusto, pero hallé por ahora el obstáculo de siempre; el obstáculo de los recursos que para el caso son indispensables. El local ocupado por la Escuela, tiene largas galerías y para ellas y para las cátedras que se utilicen, es necesario un buen alumbrado. Tanto el de gas como el eléctrico resultan costosos, según mis informes y más aún los gastos que para la instalación han de necesariamente hacerse. Tan pronto lo permita la situación económica, realizaremos este pensamiento con tanto amor acariciado.

Existe en esta Capital una Institución que la honra y enaltece: la Institución de 2.^a enseñanza, agregada al Instituto de La Laguna, fundada y sostenida con el mayor desinterés por personas patrióticas a quienes debe el pueblo de Santa Cruz eterno recuerdo. De esa institución debo ocuparme obedeciendo a un impulso de gratitud. Posee ese Establecimiento un buen Gabinete de

Física, Química e Historia Natural; y esta Escuela de Comercio, que carece aún de ese indispensable elemento, ha sido favorecida por la patriótica Institución con el generoso ofrecimiento del uso de los aparatos que, a costa de sacrificios, ha acumulado en su Gabinete aquel respetable profesorado. Gracias a esto, nuestros alumnos de la Cátedra de Física, Química e Historia Natural aplicada al Comercio, podrán conocer los aparatos más indispensables de esas importantísimas materias, hasta que los vayamos adquiriendo, según lo permitan, que si lo permitirán, los recursos propios.

Y ya que incidentalmente de esas ramas de la Ciencia me ocupo, permítaseme que desde este sitio y en este solemne momento abogue porque nuestros legisladores, en las reformas que en la enseñanza se anuncian, den en la Carrera de Comercio, cada día de mayor importancia, más amplia esfera a los conocimientos de las Ciencias físicas y naturales de tantas aplicaciones en la vida moderna y en las que tales descubrimientos se han hecho, que pueden dar nombre a una época. La indicada asignatura que hoy se estudia en este Centro, abarcando materias tan vastas, no es suficiente para un alumno que luego ha de ostentar un título que constituye en otros países un grado de facultad mayor y en el nuestro aspira a constituirlo. Aquella asignatura, a mi modesto juicio, debe ser substituída por tres cursos de lección alterna que bien pudieran titularse *Elementos de Física aplicados al Comercio*, *Elementos de Historia Natural aplicados al Comercio* y *Elementos de Química*. De este modo el profesor encargado de la cátedra existente, no lucharía con la dificultad, rayana en lo imposible, de abarcar inmensas e interesantísimas materias en reducido espacio de tiempo, y el Catedrático de *Reconocimientos de productos comerciales* y *Prácticas de Laboratorio*, con la no menor imposibilidad de

llenar su cometido sin la indispensable base de los conocimientos que Cuvier, Linneo, Lavoisier, y Edison han elevado a tanta altura. Ojalá que esta aspiración mía, que seguramente coincide con la respetabilísima de todo el profesorado de Comercio, pudiera ser atendida; ganarían mucho con ello los futuros Profesores o Licenciados mercantiles.

Colocado en el terreno de abogar por los intereses de la clase; creyendo, como creo, que estas solemnidades académicas, al mismo tiempo que tienen por objeto rendir un merecido homenaje a las ciencias—homenajes que los antiguos en sus extravíos religiosos elevaron a la categoría de culto—deben ser medios eficacísimo, al par que para dar a conocer el estado de la enseñanza, para solicitar protección de todos los que por su posición en la sociedad, puedan dispensarla en favor de uno de los elementos que más influyen en el progreso moral y material de esa misma sociedad, como lo es la instrucción pública; quiero dedicar el epílogo de esta desaliñada Memoria a solicitar para nuestro Centro docente protección, apoyo material y moral, en primer término del Gobierno de S. M. que con una medida general puede contribuir más que entidad alguna al aumento de la matrícula, aumento que significa la mayor difusión de los conocimientos mercantiles, y, por ende, el ensanchamiento de la esfera de acción del bien que esta Escuela puede proporcionar al Archipiélago.

Me refiero al cumplimiento de varias disposiciones legales que van encaminadas a dar más porvenir a la Carrera de Comercio, y al planteamiento de otras que tienden al mismo fin. Así la juventud se dedicaría con preferencia a unos estudios que, al par que le convierte en elemento culto, le ofrecen amplio campo a sus legítimas aspiraciones en el orden económico. Me refiero también a la consignación indicada ya en

otro lugar de esta Memoria, de cantidades para material científico, único modo de llegar pronto a la instalación de Gabinetes de Física e Historia Natural. El estar dotado un establecimiento de enseñanza de los elementos que le son beneficiosos, es medio también de positiva atracción, puede ser causa de aumento de matrícula. La provisión en propiedad pronta y duradera de las Cátedras, es otro medio de contribuir al progreso del Establecimiento, ya lo dije también en otro lugar. Por eso hago votos porque las convocadas a oposición o concurso, se provean cuanto antes y deploro que la Cátedra de Árabe vulgar con que sabiamente el legislador dotó a esta Escuela, establecida en un país fronterizo al continente africano, ancho campo a las naturales aspiraciones de nuestra España, no se haya provisto en la especie de certamen u oposición a que últimamente convocó el patriótico y celoso Excmo. Sr. Ministro del Ramo.

En segundo término quiero solicitar la continuación de la protección que desde un principio nos viene dispensando la Excelentísima Corporación municipal de la Ciudad, tres veces invicta y siempre benéfica, de la culta Capital de las Canarias, y la de la Prensa de toda la Isla, que siempre nos ha favorecido con su desinteresado apoyo. Esa protección es tanto más necesaria cuanto, afortunadamente, hay una reacción favorable en pro de los Establecimientos de enseñanza instalados en las dos ciudades que con la nuestra comparten la supremacía intelectual de la provincia. El Instituto general y técnico, gracias a la actividad verdaderamente excepcional y celo nada común de su digno e ilustre Director don Adolfo Cabrera Pinto, a quien ayer tan justamente celebraba nuestro dignísimo Presidente, será pronto uno de los primeros de su clase en España; el Seminario Conciliar de Tenerife amplía su local y mejora sus dependencias: la Es-

cuela Normal Superior de Maestras, ayer tuvimos ocasión de verla, se transforma y pronto será digno plantel de ilustración para la mujer canaria; y de la Escuela Superior de Industrias se hacen lenguas cuantos la visitaron. Ya que tenemos la fortuna de que, gracias a la Excmo. Corporación a quien me dirijo, contamos con lujoso mobiliario, hermoso local con todo lo que, y con las nuevas adquisiciones de material mencionadas, nuestra Escuela es también de las primeras de su clase, empeñémonos todos en engrandecerla y dignificarla. La emulación no es la envidia. El ejemplo de los establecimientos similares sea estímulo para continuar por el camino emprendido. Así Santa Cruz de Tenerife podrá honrarse con un establecimiento de carácter provincial, que la sirva de gala y ornamento.

Necesitamos también otra protección que considero valiosísima y de inusitada transcendencia. La de los padres de los alumnos. Lo he dicho varias veces y desgraciadamente no he sido oído. Sin que los padres de los alumnos dispensen a los profesores su apoyo moral, la enseñanza oficial no puede dar los resultados que todos deseamos. Son rarísimos los padres que se acercan a nosotros durante el curso a preguntarnos si sus hijos asisten, si cumplen con sus lecciones y con sus deberes escolares. Creo que a pesar de la perversión, en general hablando, de la juventud del día, esta es mejor de lo que de ella puede esperarse, dado el descuido, el poco interés que la casi totalidad de los padres despliegan en lo que hace referencia a la vida escolar de sus hijos.

Me asombro de como asisten a clase, cuando sus padres nada saben acerca de su comportamiento. Me asombro de como estudian los que lo hacen, cuando sus padres nada preguntan a quienes tienen la misión de dirigirlos por la senda del saber. ¡Cuán distinto sería el resultado de nuestra perseve-

rante labor si, siquiera una vez al mes, se acercaran a nosotros los padres de familia a enterarse de la conducta de sus hijos! Estos ante el temor de las correcciones paternas unidas a las que la Ley pone al alcance de los profesores, procurarían la puntual asistencia a clase, redoblarían sus esfuerzos intelectuales y serían modelo en el cumplimiento de sus deberes sociales dentro del Establecimiento, donde perfeccionan su educación y perciben cada día con más claridad los soberanos fulgores de la Ciencia.

Y, por último, necesitamos, mis queridos discípulos, de vuestra voluntad obrando impulsada libremente por la razón, dirigida por el bien, y atraída por el afecto. El temor de la corrección disciplinaria necesariamente impuesta por el que para vosotros constituye una autoridad académica; o el producido por el castigo y la severidad regeneradora de la autoridad paterna, no es, no debe ser sólo el impulsor de vuestros actos en esta casa; debe serlo en primer lugar, el alto concepto que de la importancia de las ciencias debéis adquirir desde ahora: el convencimiento de lo que interesa penetrar los secretos de la naturaleza para ser mañana ciudadanos útiles a la sociedad y para deleitarse en la percepción de esos secretos que para el ignorante constituyen verdaderos enigmas; debe serlo la idea de que el hombre, el ente superior a todo lo creado, si ha de hacer patente esa superioridad, ha de poner en armonía todos los actos de su pasajera existencia con el bien, que es la conformidad del ser con su naturaleza y con las leyes dictadas por el que es causa de todas las causas. No basta ser sabio, si a tanto pudiera llegarse; es necesario ser bueno. No importa que nadie me vea practicar un acto que no está ajustado a lo que conceptúo que es bueno, me basta que me vea yo en el espejo fiel de mi conciencia. Estudiad mucho, porque os interesa el estudio y os pro-

porcionará deleites intelectuales de inmensa valía; pero sed obedientes a vuestro mayores, amables con vuestros compañeros, ejemplares, moralmente hablando, en vuestra conducta estudiantil. Tened en cuenta que la civilización y el progreso no lo constituyen sólo los adelantos materiales, los descubrimientos cada día más asombrosos de las leyes de la naturaleza y las trascendentales aplicaciones de esas admirables leyes a la vida práctica; la constituye todo eso, unido a la observación estricta de las leyes morales que proclaman el imperio del bien; y como una de las leyes que la moral social señala en primer término es la de que debemos corresponder con el afecto a los que afecto nos dispensan y se interesan por nuestro porvenir, corresponded a vuestros padres y a vuestros profesores en el cariño que por vosotros manifiestan. No oigáis a los estudiantes que no estudian y odian al catedrático que, por deber de conciencia y por favorecer al mismo desdichado alumno, le impone correctivos o le niega una inútil aprobación que, a la par pondría en ridículo al protector y al protegido.

Y termino, que ya es hora, suplicando a la dignísima primera autoridad que nos honra con su presidencia, que deje oír, como en otras ocasiones, en este acto solemne, su autorizada y elocuente palabra; que todos oímos con gran complacencia y agradecimiento; y dando las gracias más expresivas, en nombre del Claustro, a todas las autoridades y corporaciones, así como a la selecta concurrencia que pone de manifiesto su cultura al realzar con su presencia esta solemnidad académica.—He dicho.

Correspondencia de Sevilla

Sr. Director de EL REFORMISTA:

Mi querido amigo: Cuando sinceramente lamentaba que la antigua e ilustrada Ciudad de los Adelantados, estuviere sin más representación en la prensa que la oficial que le proporciona *El Boletín Eclesiástico*, muy respetable, muy digna, pero al fin perteneciente a determinada clase e intereses, recibo EL REFORMISTA, tan bien dirigido por tí, respirando patriotismo, defendiendo los intereses de nuestra querida Ciudad, y proponiéndose apartarse en este asunto de toda mira política con la que, dado el actual organismo social, poco o nada ganan los intereses locales, a los que preferentemente debe atender el periodismo de provincia, sin que esta afirmación mía signifique que deba por ello olvidar los de la comunión que le apoya, ni a las ideas a cuya defensa debe tal vez su existencia.

La lectura del periódico y la de tu cariñosa comunicación, despertó en mi variados sentimientos: gratos son los recuerdos de esa patria nunca olvidada, no menos agradables son los que a mi memoria vienen de mejores días, en los que tú y yo acudíamos juntos a las aulas de nuestro Instituto provincial, glorioso resto de la antigua Universidad de San Fernando, o recorriamos las animadas calles del grandioso Madrid, segunda patria intelectual en la que completamos nuestros estudios: y a estos sentimientos gratísimos se unen los del agradecimiento por el inmerecido favor de honrarme con el cargo de Corresponsal en Sevilla, cargo que acepto gustoso, aunque no tenga la pretensión de desempeñarlo cumplidamente quien desconoce, y de ello se alegra, la política de esa y esta localidad, y por ende no puede siquiera dar a sus correspondencias ese sabor tan del gusto de la generalidad de los lectores.

Un muy querido amigo nuestro, desemeña hoy la Alcaldía de la vieja ciudad: su reconocido buen deseo y nada común actividad, la pone de buena fe y con la mejor voluntad al servicio del progreso y de los desatendidos intereses de la patria de los Porlieres y Bencomos: justo, muy justo es, que el periódico que diriges le apoye con entusiasmo, le aliente con su exhortación y le ayude con su influencia; por ello te doy mi parabién y digo, lleno de esperanza, que sigas impávido por ese camino, que las personas de recto criterio, aquéllas que aman de veras a la hoy decaída ciudad, no podrán menos de aplaudirte o cuando menos de admitir que es noble tu proceder.

Cuadra perfectamente con ese fin, el llamamiento que con frecuencia hace EL REFORMISTA a los hombres de todos los partidos, para que cooperen al propósito del Alcalde, y los elogios que por sus determinaciones le prodigas, y quisiera que a todos se una completo olvido a las faltas que otros que han de empeñado el cargo hayan cometido, faltas que ya no se pueden corregir y cuyo recuerdo sólo puede herir susceptibilidades y ofender reputaciones, faltas que, o las especiales circunstancias, o las muchas atenciones, pudieron motivar, pero que no pueden ni deben menoscabar en lo más mínimo a las personas que al fin y al cabo son vecinos que han llevado la representación del pueblo y cuyo apoyo en beneficio del público, pueda ser más o menos beneficioso. No dudo que con esa política de atracción y de olvido, puedan llevarse a cabo otras de que tanto ha menester un pueblo de envidiable clima, de hermosa posición y que ha jugado en la historia de Canarias el principal papel, por más que escritores de determinadas localidades, quieran reservar esta honra para otras hoy más prósperas y favorecidas por la fortuna.

El telégrafo habrá comunicado la triste pérdida, que no ya La Laguna, que se

honra siendo su patria, ni solo las Canarias que hacen suyas las glorias de los pueblos que esmaltan sus campiñas, sino la madre España, ha experimentado en estos días. Ya se comprenderá que me refiero al insigne caudillo que inmortalizó su nombre en Africa y en el Callao, dando días de gloria a su nación, y haciendo respetable su nombre siempre glorioso; al marino ilustre que recibió en sus brazos al insigne Mendez Núñez herido en la defensa del honor patrio; al siempre valeroso general Antequera, cuyo nombre pronuncian con respeto y admiración los que de buenos españoles se precian.

Yo sé que La Laguna no olvida los nombres de los hijos ilustres que la honran, sé que si no en mármoles o en expresivas inscripciones, guarda en el pecho de cada uno de sus hijos el recuerdo grato de los que han logrado elevarse por su propio mérito; no olvido que los Vianas, Núñez de la Peña, Tabares, Navas, Bencomos y Porlieres no han logrado ni aun siquiera dar sus ilustres nombres a las calles donde tuvieron su morada, pero tampoco olvido que apenas hay un hijo de la antigua ciudad que no los pronuncie con orgullo y deje de vanagloriarse por haber nacido en el pueblo que más notabilidades ha dado a la provincia. La costumbre de honrar de un modo especial a los que de ello son dignos, para manifestarse el pueblo agradecido o presentarle como modelo a las presentes y venideras generaciones, toma de nuevo carta de naturaleza en la sociedad actual, y por ello Madrid, Barcelona y Sevilla, se llenan de estatuas dedicadas a los que lograron elevarse sobre el nivel de los demás y no hay un solo hombre ilustre que no tenga dedicada una calle, una lápida o mausoleo, y al que no se consagra algún acto en el que se le honre y distinga. Esto hace preciso que La Laguna, pueblo ilustrado que siempre marchó a la cabeza de la civilización

canaria, imite ese ejemplo y se haga digno de su pasado glorioso, engrandeciéndolo a los suyos y mostrándose a la altura de su misión.

Al actual Ayuntamiento, ya que lleva la representación de la ciudad, corresponde, en primer término, la gestión y es una garantía para esperar así, el que esté presidido por el señor Carballo, que viene al municipio animado de patriotismo y lleno de poderosas iniciativas. A las sociedades literarias como el Ateneo, o que como la Sociedad de Amigos del País, tantos servicios ha prestado a el mismo, y a los demás centros de importancia que en la localidad viven y se desenvuelven, corresponde secundar la noble iniciativa de la primera corporación. Sesiones extraordinarias y solemnes, honras fúnebres tan merecidas por el que en la última hora dió tantas muestras de verdadero catolicismo, acuerdo que dé el nombre de calle de Antequera a aquella en que se halló enclavada la casa solariega de los nobles Bautistas, y una modesta lápida que recuerde el lugar de su nacimiento, son los obsequios que ahí se deben consagrar a la memoria del marino, gloria de la patria, que tan relevantes pruebas de su nada común talento dió en el desempeño de los más elevados cargos con que le honró la nación. El ilustre escritor e historiador distinguido, hermano del general, que aun vive para bien de las patrias letras, recibirá en ello grato consuelo y podrá enorgullecerse de haber nacido para honrarlo en un pueblo agradecido que sabe enaltecerse al proclamar las glorias de sus hijos. El Ayuntamiento que en La Laguna tomare el acuerdo de, a imitación de otros en determinadas localidades, adornar el salón de sesiones, ya que no con los retratos, con los nombres de los que a el pueblo honran y elevan, merecerá bien de cuantas personas sienten en su pecho el fuego santo del amor patrio.

Hágalo el presente Municipio, a más de las mejoras materiales que seguramente le deberá el pueblo, y añadirá esas mejoras morales que seguramente le realzan y engrandecen más.

Desde que el cable puso en comunicación a esa alejada provincia con el resto del mundo civilizado, la misión del corresponsal es más difícil, porque cuando las cartas llegan al periódico ya la noticia de los acontecimientos del día, única materia con que para llenar cuartillas se cuenta, son no solo conocidas por el mismo periódico, sino comentadas y discutidas en cuanto cabe. Por ello es que a otros recursos se acuda para salir del compromiso contraído y por eso yo me ocuparé en la presente epístola de expresar mis impresiones al llegar a esta ciudad ilustre por más de un concepto y de celebridad merecida.

Ya yo conocía a la capital de Andalucía, ya había admirado sus grandiosos monumentos de fama universal, ya me había extasiado recorriendo sus fértiles campiñas, deliciosos jardines y bulliciosas plazas; pero es tanta la belleza de este pueblo privilegiado, son tan excepcionales sus monumentos y grandezas, que sin poderlo evitar, en los primeros días se encuentra el ánimo embargado, y del espíritu se apodera la admiración y la alegría. En efecto, el especialísimo aspecto de sus originales calles, cuyo laberinto dice a voces que los árabes tuvieron aquí predilecta morada; la distribución armoniosa de sus casas, con sus adornados patios en los que abundan el mármol y las flores; la suntuosidad de sus grandiosos templos entre los que descuella la famosa Catedral con su gallardo Miguelete, el atractivo de las costumbres populares, la solemnidad sin ejemplo de sus festividades religiosas y la belleza de su afamada feria, son motivo más que sobrado para que el forastero encuentre aquí atractivos, olvide la tristeza y prolongue lo más posi-

ble la estancia en Sevilla. No extraña que siempre haya en la ciudad extranjeros que desde los países más remotos se acercan a conocer lo que ya la fama pregonera llevó en sus agitadas alas. En este año la colonia extranjera en las pasadas fiestas religiosas y profanas, fué más numerosa, si cabe, que en los anteriores, y eso que el deplorable estado de su magnífica Basílica debía ahuyentar a muchos que no ignoraban que ni el soberbio Monumento podía recrear su vista, ni el afamado *Miserere* de Slava debía de llevar al oído el encanto que produce con sus variadas melodías.

Los sevillanos, previsores, anunciaron con tiempo las solemnidades, ofreciendo compensar las faltas aludidas con un lujo mayor que el desplegado en años anteriores, y con un *Entierro* tan suntuoso que en todo este siglo sólo una vez se hizo algo parecido. El público que conocía que los sevillanos cumplen con creces lo ofrecido, no dudó, y el concurso fué numeroso y escogido. A pesar de que hace seis años ví yo las fiestas, causáronme en éste asombro y entusiasmo, pues si en aquel año pude admirar tres o cuatro mantos, verdaderas maravillas del arte y del buen gusto, en éste eran todos los que lucieron en las procesiones dignos de Sevilla y del entusiasmo de sus hijos.

En la feria noté mayor animación que otros años, pero deploré que las hijas del país tan amantes de los usos y costumbres de este pueblo, vayan dejando los clásicos vestidos, sustituyéndolos por las modas de París, casi siempre contrarias a los propósitos de las mujeres jóvenes, que no son otros que aparecer siempre bellas y graciosas en alto grado. De todo el vistoso traje andaluz, solo vi quedaba como resto la airosa mantilla blanca, que con las flores naturales que tanto abundan en estas riberas, dan atractivos que enloquecen y garbo que enamora.

Pero no es hora de ocuparme con detenimiento de las pasadas fiestas, ni debo dar mayor extensión a mi carta y la concluiré diciéndote, que la cuestión obrera de tanta trascendencia en otras localidades, aquí quedó reducida a una ordenada manifestación de algunos miles de hombres, y a discutir éstos, con más o menos entusiasmo, los problemas que son de tanto interés para los obreros en particular y para la sociedad en general, la que no puede mirar con indiferencia el sufrimiento de una clase tan numerosa y digna, si bien lamenta que la crisis económica por que atraviesa la industria, no haga posible atender como fuera su deseo a las razonadas exposiciones obreras. Hasta otra, se despide tu verdadero amigo.

Mayo 20 de 1890.

La apertura del curso en la nueva escuela de maestras

Tiene razón el Sr. Aguilera: La Laguna continúa su tradición: continúa siendo, y yo esto lo considero providencial, el centro de la cultura canaria. Ella, que en otros tiempos poseyó sus universidades pontificias de Santo Domingo y San Agustín, como luego la Real de S. Fernando; continúa siendo, aunque en escala más modesta, la que encierra los centros de cultura de la provincia, excepción hecha del de Artes y Oficios recientemente inaugurado en la populosa ciudad de Las Palmas. Su Instituto general y técnico abarca hoy, a más del Bachillerato, las carreras de Comercio, Magisterio y Agricultura, viniendo a constituir una pequeña Universidad, a la que es lástima no se agreguen algunos de los estudios supe-

riores tan necesarios en provincia tan apartada, para la que debieran hacerse en la legislación algunas excepciones, por cierto poco costosas, en lo relativo a estos grados de la enseñanza pública.

Un nuevo centro de enseñanza se ha inaugurado el día 1.º. Señálese tal acontecimiento entre los más memorables de la historia canaria. La Laguna y Santa Cruz, que constituyen de hecho un solo pueblo, como un día, tal vez no lejano, lo constituirán de derecho, están en primer término de enhorabuena. El resto de la provincia celebra también el júbilo de la futura gran ciudad de Tenerife.

La mujer canaria pintada a grandes rasgos y de una manera magistral por el que ya llamamos gran orador Sr. Aguilera, carecía de un centro de cultura siquiera sea elemental, donde le fuera posible colocarse a la altura de su misión en la sociedad, y desde el 1.º del actual cuenta con uno modesto si, pero que puede ser base de ulteriores progresos.

A los señores García Alix y Conde de Romanones en primer término, y al señor Cabrera Pinto, debe el país esta mejora; aquellos legislando, este haciendo posible el cumplimiento de la Ley. ¡Llor a todos y un aplauso al Excmo. Ayuntamiento de La Laguna, que proporcionó local adecuado, respondiendo en esta ocasión a su misión tutelar y civilizadora!

El publicarse LA REGIÓN CANARIA cuando ya los diarios de la Capital han reseñado el solemnisimo acto de la apertura, hace innecesario que entremos en detalles. Sólo a grandes rasgos trataremos el asunto.

Comenzaremos por hablar del local. Es este una casa cómoda y en perfecto estado de conservación, situada en calle tan céntrica y hermosa como lo es la de la Carrera. La fachada revela su antigüedad y recuerda los edificios de la vieja Avila o de la histórica Segovia, que dicen a las nuevas genera-

ciones algo de las que fueron, que evocan el recuerdo de tiempos de grandeza para las ciudades castellanas.

El amplio salón de artesonado techo se hallaba decorado con severidad y lujo. Rica alfombra cubría el pavimento, y rojos damascos las paredes del fondo, donde se formó el estrado, constituido por elegante dosel de terciopelo rojo, bajo el que descollaba el retrato del Jefe del Estado; y de terciopelo eran también las cubiertas del escaño presidencial y de los bancos que ocuparon los invitados.

A pesar del poco tiempo de que se ha podido disponer para el arreglo del local y menaje de enseñanza, la actividad incansable del Sr. Director del Instituto, influyó para que apareciera completo el material de la principal clase, llamando la atención las mesas de las alumnas, hechas conforme a los más perfectos modelos.

A la una del día los alrededores del antiguo edificio, cuya fachada lucía un sencillo adorno de colgaduras y banderas, se hallaban invadidos por la multitud, y el local era insuficiente para contener a los invitados, cuyo número aumentó el bello sexo, que tenía valiosa representación. No hemos de citar, pues ya lo ha hecho la prensa de la vecina ciudad, las autoridades y corporaciones allí reunidas: basta decir que fueron pocas las que faltaron, si bien la calidad de las mismas hacía inexplicable esa falta, ya que se trataba de un acto de tanta significación y trascendencia.

El discurso leído por la secretaria accidental, Srta. Marrero, mereció los aplausos del inteligente auditorio. Sencillo, razonado, conciso y leído con naturalidad y buena entonación, revela en su autora condiciones especiales para el profesorado y hacen concebir la esperanza de que el nuevo centro, contando con personal como la señorita aludida, la distinguida Directora señora de Salcedo y la joven señorita Gon-

zález, será un gran elemento de cultura donde la mujer canaria se perfecciona para dirigir luego en la escuela pública a la juventud femenina.

El acontecimiento del día fué sin duda el discurso de Aguilera, catedrático del Instituto. Cuanto se diga de la inspirada, sentida y originalísima oración del ilustrado Maestro, resultaría pálido; baste decir que los aplausos fueron muchos y merecidos, ya que todos afirmaban que Agilera se ha colocado de un salto en nuestro país a la cabeza de los oradores que de la Península hemos oído aquí. Reciba nuestra cordialísima enhorabuena y deseamos se presenten ocasiones para aplaudir de nuevo al distinguido amigo.

La antigua, leal y verdadera amistad que nos une al dignísimo Director del Instituto y Diputado provincial por la Palma Sr. Cabrera Pinto, no ha de ser obstáculo para que le elogiemos como él lo merece. Los elogios cuando son interesados empequeñecen lo mismo al que los dá que a aquél a quien van dirigidos: nadie que nos conozca podrá decir que interés mezquino mueve nuestra pluma ni ahora ni nunca, porque nada esperamos ni necesitamos de nadie y en este concepto valen mucho nuestros aplausos y debe ser tenida en cuenta nuestra censura.

Adolfo Cabrera Pinto se ha hecho una vez más acreedor al eterno agradecimiento de La Laguna. Las frases que le dirigieron los oradores fueron merecidísimas; los elogios que le tributa el pueblo, están justificados. A él debe La Laguna este centro de enseñanza. Los que estamos enterados de la tramitación del asunto lo sabemos a ciencia cierta. Por servicios más modestos que los que a la provincia de Canarias tiene prestados Cabrera Pinto se han dado en otras provincias distinciones honoríficas que más que a los agraciados, honraron a los pueblos que las otorgaban. Si aquí no se imita ese ejemplo no es seguramente porque en

el pecho de los ciudadanos deje de germinar el sentimiento de la gratitud.

Con un breve y hermoso discurso del inteligente Director, y la declaración oficial de la apertura de curso en el nuevo centro, hecha por el alcalde accidental del Excmo. Ayuntamiento nuestro distinguido amigo el Sr. D. José Pimienta Navarrete, que presidía, terminó el acto, cuyo recuerdo será imperecedero para los hijos de La Laguna.

Desde Sevilla

Fragmentos de una carta.

Sr. Director de EL VALLE DE OROTAVA.

Querido amigo: Hónrame tu amistad con el encargo de comunicar, para que vea la luz en el periódico que redactas, cuanto ocurra en la ciudad más bella de España, en la celeberrima e histórica Sevilla, y yo debo corresponder, como me sea dado, a tu gratisimo mandato.

No es la estación presente la más apropósito para con facilidad cumplir mi cometido. La política en provincias, siquiera sean tan importantes como ésta, no dá juego como en la Corte, ni tu periódico tiene la misión de ocuparse de ella; el invierno, este año cruel y persistente como nunca, roba al cielo andaluz sus encantos y a la tierra sus celebradas bellezas; y las tradicionales fiestas no han atraído aún la multitud abigarrada que de todo el mundo acude a presenciárlas.

Ni la inteligencia encuentra los elementos que estos términos le debían proporcionar, ni la imaginación, esa loquilla de la casa, que decía el involvi-

dable Camús, los recursos creadores que aquellos pudieran facilitarle.

¿De qué ocuparme, pues? Tengo presente el amor que a Sevilla profesas y te he oído hablar con entusiasmo de los mil recuerdos que de la ciudad ilustre conservas, como es natural, puesto que en ella pasaste parte de esa época que todos apreciamos tanto, como la más feliz de la vida, como extraña a los pesares que luego nos acompañan y agobian y que son corolario de la existencia, sean cualesquiera los estados y circunstancias de nuestra posición social, y sé por experiencia cuanto interés encierra para nosotros todo lo que se refiere a esas segundas patrias respecto a las cuales el alma guarda afectos gratisimos como si quisiéramos pagarles el bien, que ilustrando nuestras inteligencias en sus centros docentes, nos proporcionan, y a los cuales debemos cuanto en la sociedad somos; y por que sé todo eso te hablaré de mis actuales impresiones en la patria de Murillo, en la corte predilecta de Pedro el Cruel y de Alfonso el Sabio.

Sevilla no ofrece, al que de nuevo la visita, motivo de admiración por sus cambios, adelantòs ni reformas. Orgullosa de su pasado, contenta con su presente, parece desdeñar todo lo que otros pueblos aceptan con interés y vanagloria. No copia de nadie, envanecida con su característica y propia originalidad. La casa que se derrumbaba es substituida con otra que sólo se diferencia de la antigua, en lo que la juventud de la vejez. Aquellos patios primorosos, llenos de flores y plantas tropicales, aparecen con columnas de límpido mármol, franjas de vistosos mosaicos y brillante pavimento, pero no se procura copiar los tristes y oscuros de las grades capitales, ni se prefiere tener gran número de habitaciones, a percibir desde los citados patios, un trozo del azul del cielo de esta privilegiada Andalucía.

En cambio, sus múltiples plazoletas, se

transforman en pintorescos parterres; su arbolado aumenta, dándose preferencia al oloroso naranjo que viene a embalsamar el ambiente, de suyo tibio y agradable en la deseada primavera. No encontraremos aquí nuevos boulevares, como en Barcelona y Valencia; pero se advierte en el dilatado recinto de la culta ciudad del Guadalquivir, un aseo que causa agradable impresión, un bullicio y alegría que en vano se intenta comparar con el que es propio del comercio, del negocio y del trabajo, porque a éste se añade aquí, el que emana de ese carácter alegre, comunicativo y simpático que todo el mundo reconoce en la gente andaluza.

Pero si es loable que este pueblo no pierda en las transformaciones su carácter típico, su sello semi-árabe, semi-cristiano que propios y estraños celebran y admiran, es lástima que en punto a progreso económico, permanezca estacionario, y ni la industria, elemento indiscutible de adelanto y riqueza, ni el comercio, base de vida y de seguro bienestar, alcancen el desarrollo rápido y vigoroso, que los grandes elementos que encierra esta región suponen, y se vea que hoy Valencia, y mañana tal vez Málaga y Bilbao, dejen en pos de sí en tan útil senda, a la que en otro tiempo fué el emporio del comercio americano, y la primera ciudad, sin disputa, de la madre España.

Aunque pasen diez, veinte o más años que deje de visitarse a la ciudad de la Giralda, al tornar nos deslumbrará con sus bellezas siempre nuevas y admirables, con la suntuosidad de sus monumentos, con la especialidad de sus costumbres por todos celebradas; pero no por la grandiosidad de sus ensanches, como Madrid, Barcelona y Valencia; ni por la multitud de torreones que anuncien al viajero el establecimiento de nuevas industrias que serian base firme de riquezas e indicio de adelantamiento material y de progreso económico.

No decae, repito, Sevilla; pero es lástima que otros pueblos se le antepongan en importancia y riqueza; que venga a ocupar lugar secundario, y esto sucederá seguramente respecto a las grandes ciudades de nuestra Península.

Para mí se debe, en primer término, ese mal, a este carácter andaluz que con justicia se tacha de indolente, de cuyo mal tenemos por desgracia buena dosis los canarios, porque no se explica que siendo tan grandes las riquezas naturales que este suelo atesora y muchos los capitales que esta región encierra, no se haga aquí con éstos lo que en Barcelona y Valencia, donde el que los posee trabaja para aumentarlos y al hacerlos productivos, no solo consigue aumentar los recursos necesarios para mejorar sus condiciones de existencia, sino, además, abrir derroteros a la riqueza pública, y contribuir al bien de la sociedad, proporcionando trabajo a la clase obrera y abaratando los productos de las diversas industrias.

En todo se percibe aquí el sello de la indiferencia y del descuido. Cuenta Sevilla con uno de esos soberbios monumentos que admira el mundo: la gótica catedral. Con ella se han envanecido siempre los hijos de este pueblo, y a fe que está justificada tal vanidad, puesto que tan grandioso edificio es uno de tantos atractivos que existen para que vengan aquí los forasteros; y parece natural que todo lo que afecta a tan notable monumento, tenga interés extraordinario para los hijos de la antigua *Hispalis*.

Hace algún tiempo que ocurrió el derrumbamiento de la bóveda del crucero, se comovió de pena el mundo artístico, y hasta la gente más pobre e ignorante de Sevilla daba muestras de profundo sentimiento; pero los días han transcurrido, y ¿quién se ocupa de semejante desdicha para remediarla? Se trabaja, es verdad; pero, ¡cuán poco se adelanta! Para mayor desdicha, se dice en periódicos de la

localidad, sin que esto produzca escándalo, que el actual director de las obras, siguiendo plan distinto al anterior Sr. Casanova, con su conducta será causa de la total ruina del edificio referido. No sucederá así seguramente; pero el poco movimiento que en las obras se nota y la indiferencia del público ante afirmaciones tan graves, ¿no dicen a las claras que el carácter andaluz, impresionable y voluble, se entusiasma por el pronto, para caer luego en el más lamentable olvido?.....

Nos han visitado en estos días los ministros de Ultramar y Fomento; ambos fueron a Huelva, a recorrer los lugares que inmortalizó Colón. Esta visita tuvo por objeto el estudio de las reformas que en el convento de la Rávida y en el abandonado puerto de Palos deben hacerse para los festejos que el centenario del descubrimiento del Nuevo mundo, exige al *viejo*, que aprovechó los beneficios de tan gran descubrimiento. Nuestra provincia debiera engalanarse en esos días; ella contribuyó como la que más a la obra de su civilización y progreso, y en ella buscó también Colón recursos y seguro derrotero para llevar a cabo su grandioso pensamiento. Ya que por aquí nadie lo recuerda, bueno sería que la prensa, las sociedades científicas y cuantos elementos de valía encierra nuestro olvidado país, se encarguen de recordarlo al mundo, tomando parte activa y digna en el justo homenaje que España y América, han de rendir al genio portentoso del sabio *Genovés*.

Pero hay que convenir en que gran parte del público se retrae para concurrir a las magníficas funciones de las iglesias, y tienen razón para hacerlo; pues además de que la cuaresma llama al templo al buen católico, son un ali-ciente a la vez las excelentes orquestas que se oyen en dichas funciones, y los oradores sagrados que dejan oír en las mismas su elocuente voz. El sabio

arzobispo, Bermúdez Cañas, Arbolí, y Manterola, asombran con su ciencia, cautivan con la belleza de su dicción, y mueven con sus místicas reflexiones. El P. Sánchez desarrolló, ante su concurso ilustrado, de lo más escogido y sabio de Sevilla, el interesante tema: *La educación*; y el Sr. Manterola, el elocuente contrincante de Castelar, trata actualmente de la cuestión social con profundidad y sabiduría admirables.

Concluiré diciéndote que la colonia canaria en Sevilla, es en el presente curso muy reducida, debido, sin duda, a las circunstancias epidémicas del pasado verano, pues no puede explicarse de otro modo, ya que también es escasa la de Madrid y Barcelona, según me escriben amigos de dichas poblaciones.

Entre los paisanos debo mencionar al joven artista, hijo de La Laguna. Manuel Pícar, que ha conseguido llamar la atención de los inteligentes, con su talento artístico y grandes facultades para la pintura y trabajos de relieve en barro.

Otro país que no fuera el nuestro, ya contaría entre sus hijos distinguidos al aventajado paisano, que sin grandes estudios, con sólo su genio y amor al Arte, ha ejecutado obras que han merecido los elogios del famoso escultor Susillo, honra de este suelo, cuyo estudio frecuenta nuestro referido paisano. Este, sin abandonar los deberes que le impone el cargo militar que ejerce, ha aprovechado el tiempo que podía dedicar al recreo, acudiendo en Bilbao a los centros de enseñanza de Bellas Artes, así como en las demás poblaciones en que ha residido.

Es, pues, seguro, que de seguir el señor Pícar el camino emprendido, llegará a ocupar lugar preeminente entre los verdaderos artistas y entre los hijos distinguidos de Canarias.

Hasta otro correo, se despide tu afectísimo amigo.

Un ejemplo que debe imitarse

Precisamente en el año en que la bellísima Málaga dió al mundo un espectáculo hermoso, conquistándose con él un título el más honorífico para un pueblo culto; el espectáculo de abnegación y caridad llevado a un grado heroico, de salvar de las garras de la muerte a muchos infelices naufragos del vapor alemán *Gneisenan*, me hallaba yo en la población en las vacaciones de Navidad, disfrutando de una temperatura relativamente grata.

Habían transcurrido pocos días desde aquél en que tuvo lugar tan triste suceso, y me paseaba por la preciosa vía formada por jardines y magníficas quintas de recreo, conocida con el nombre de la *Caleta*, cuando llamó mi atención un numeroso grupo de personas que en la próxima orilla del entonces tranquilo Mediterráneo, contemplaba un objeto. Allí encaminamos nuestros pasos—me acompañaba un amigo querido—y pudimos contemplar un espectáculo tristísimo. El mar devolvía a la tierra los cadáveres de dos naufragos; precisamente uno de ellos verdadero héroe, que pudo salvarse y prefirió morir por conservar la vida de varios compañeros, aquél que arrojó su espada de honor para premiar al humilde hijo de Málaga que con peligro de su vida arrebató a la muerte tantas víctimas.

Afectado a la vista de tan triste suceso, retrocedimos hacia la ciudad, y a poca distancia otro espectáculo de índole distinta, aunque en el fondo hablaba también al alma de un mismo sentimiento, el de la caridad, suspendió nuestro paso.

En el amplio jardín de una casa que tenía aspecto de una fábrica, y lo había sido en efecto, se celebraba una fiesta consoladora a la que acudía numeroso concurso. El recuerdo de esa fiesta lo

ha evocado hoy la lectura de un artículo que en lugar preferente publica en el número del miércoles el ya popular e interesante diario que con el título de *El Independiente* se publica en la vecina capital.

De los árboles del lindo jardín pendían juguetes, trajecitos y gorras para niños. Dos grandes mesas paralelas, contenían en el centro artículos de consumo; un vistoso estrado constituía la presidencia y en ella estaban el señor Obispo de la Diócesis y las autoridades: en las mesas, señoras y señoritas de lo más selecto de la ciudad y al frente, una multitud alegre y retonzona de niños y niñas cuyos trajes revelaban su pobreza.

Entre acordes de la música y después de discursos sencillos y conmovedores, se repartieron por las señoras alimentos a los niños, que iban acompañados de sus padres y luego, entre alegre algaraza, se sortearon los principales objetos que pendían de los árboles, repartiéndose los más sencillos entre los no favorecidos por la suerte.

Hay que recordar la miseria que constantemente acompaña al niño pobre, y los desconsuelos que en ellos produce la vista de los juguetes de que disponen los ricos, para comprender lo consolador de este espectáculo. Hay que contemplar la alegría que en ellos produce el verse festejados, acariciados y socorridos por las personas distinguidas, de quienes viven siempre alejados y que en ellos sólo producen sentimiento de respeto y acatamiento.

Tiene razón el ilustrado periódico antes citado; ese espectáculo deben darlo los pueblos aun a costa de grandes sacrificios. Ese espectáculo eleva y dignifica a las personas que a él coadyuvan y a los pueblos donde se verifican.

La capital de la provincia, que cuenta entre sus timbres con el de Muy Benéfica, y dispone, como pueblo comercial, de grandes recursos, pondrá

en práctica, no hay que dudarle, acto tan consolador. Los demás pueblos deben imitarla cada uno en proporción de los elementos de que dispone.

La ciudad de La Laguna—que en cuanto a sentimientos de caridad no ha decaído de su antigua grandeza, como lo prueba el estado consolador de sus, en otros tiempos riquísimos establecimientos de beneficencia, los actos de generosidad que abundaron en los días tristísimos del cólera, actos que alcanzaron hasta favorecer a otros pueblos, como el Rosario, Candelaria y S. Andrés; y los que constantemente llevan a cabo asociaciones piadosas y familias caritativas,—debe imitar también espectáculo tan consolador, y tengo la seguridad de que, con los medios de que aquí se dispone, es fácil conseguirlo.

La Asociación de Señoras, que tantas muestras de sentimientos humanitarios está dando constantemente; las primeras autoridades de la ciudad, Seminario Conciliar, y otras corporaciones, son las llamadas a organizar esta hermosa Fiesta de la Caridad. Pocos recursos exige la organización, y entre todos y con los productos de una suscripción pública abierta por la prensa de la ciudad, si fuera necesario; disponiéndose de los claustros del Seminario o del Instituto, si el tiempo impide se haga al aire libre, o de la preciosa plazuela del Instituto, si para entonces, 1.º de Enero, está terminada, lo que es fácil suceda; el espectáculo que dió Málaga, cuyo recuerdo ha evocado el aludido diario de Santa Cruz, puede ser imitado en la vieja ciudad que se honra con ser la patria de ese asombroso tipo de caridad que en el Brasil dejó recuerdos imperecederos y que se llama el gran Anchieta.

Sin esperanza

El espectáculo que ofrecen todos los partidos políticos militantes hoy en España, es altamente desconsolador. Desde nuestro campo neutral extendemos la mirada y no vemos en todo el horizonte un punto luminoso, no abarca la inteligencia un átomo de esperanza.

Todo el siglo pasado fué para la madre patria una continuada decadencia: fué todo lo referente a la política, tan relacionada por desgracia con los intereses materiales y morales, un continuado fracaso. Tuvimos en ese triste período de nuestras desdichas, hombres de talento al frente de la cosa pública, expertos generales dirigiendo el ejército, literatos insignes y notables ciudadanos que contribuyeron a sostener el prestigio que de mejores tiempos conservábamos; pero con todo eso, con la constitución de grupos políticos que luchaban con entusiasmo por sus ideales, y que ofrecían al ánimo abatido el lenitivo hermoso de la esperanza; nuestro territorio mermó de una manera espantosa, nuestro prestigio militar sufrió gran detrimento y nuestro crédito decayó hasta el punto de perder nuestra moneda su valor en otros tiempos tan elevado.

Si esto ha ocurrido en tiempos como el transcurrido durante el pasado siglo, contando con aquellos hombres de prestigio, con posesiones como las que perdimos en 1898 y con partidos buenos o malos, pero en los que había un jefe indiscutible, un credo, una bandera por el grupo acatada y con entusiasmo defendida; ¿qué podemos esperar del presente en el que solo contamos con oradores más o menos correctos y elocuentes, generales, unos con justicia y otros sin ella, discutidos o de relativo prestigio, partidos sin credo ni jefes, constituidos por personalidades que mudan de grupo como de prendas de vestir? Quedaba en el otro tiempo la esperanza basada en algo grande;

juzgábase por las agrupaciones políticas aún no desprestigiadas por el ejercicio del poder podrían restaurar los desperfectos ocasionados por la ambición, la ignorancia o la desgracia; frente a las huestes demoledoras de cuanto significaba orden, justicia y arraigo, se alzaban prestigiosas las acaudilladas por hombres que la historia no podría olvidar sin cometer notoria injusticia; y aun existían personas que ante el peligro que amenazara a la patria, ante el desprestigio de Instituciones elevadas, por todos defendidas, olvidaban sus rencillas, posponían sus miras particulares y constituían un valladar, una defensa inexpugnable en la que veían los ciudadanos amparados sus derechos y enaltecidas las entidades que constituían sus más hermosos ideales. ¡Nada de esto existe al presente! Si una personalidad se eleva impulsada por su propia valía, por su amor a la patria o por la fuerza de las circunstancias, un enjambre de nulidades, unas veces, o de ambiciosos los más, se interponen en su camino y dificultan la acción reformadora, amenguan el poderío que en beneficio de todo lo más respetable pudiera surtir efecto, y hacen imposible todo adelanto y preparan el triunfo de la anarquía y tal vez sin quererlo precipitan a la Patria por la vía del descrédito y el anulamiento.

Todos los grupos políticos desprestigiados por su inexperiencia o por el fatalismo que parece imperar hoy más que nunca, inspiran recelos y con sus escándalos en las Cámaras, y con sus luchas en la prensa, de elementos de vida y de esperanza, se convierten en defensores inconscientes de los grupos demoledores que cada día aparecen más unidos y envalentonados. Aquellas parcialidades que por su alejamiento del poder parecía que pudieran ser como una ráfaga luminosa de esperanza regeneradora; por sus luchas interiores, por las exageraciones de sus principios ya en el sentido de lo

que ha dado en llamarse avance en el camino del progreso, ya en el de un apegamiento llevado hasta lo inverosímil, a la tradición, al pasado; nada dicen al ánimo abatido en el sentido de esa misma esperanza, por el contrario, su problemático triunfo llega a temerse como un mal mayor.

Ni aparece el Mesías, ni siquiera se vislumbra. Sólo en Dios confiamos los que aun creemos en los destinos providenciales de la Madre España.

1903.

De conformidad

Hace pocos días, nuestro querido compañero *El Teide*, de la Orotava, tuvo a bien aludirnos, en un artículo, inspirado, sin duda por el mejor deseo, solicitando de nosotros la adhesión a la protesta que el colega formulaba, juzgando que Tenerife había sido derrotado y despojado de sus más preciadas galas.

Como recordarán nuestros lectores, a semejante excitación contestamos nosotros, como no podía ser menos, protestando con más energía, si cabe, que el mismo colega, pero dejando sentado, que no juzgábamos derrotado a Tenerife ni despojado de sus mejores y más preciadas galas, porque dos señores diputados provinciales, en uso de su derecho, en asuntos en que no se ventila nada que menoscabe lo que Tenerife posee por tradición y posesión no interrumpida, uniesen sus votos a ésta o la otra personalidad o grupo político en cuestiones accidentales, en cuestiones que políticamente pueda ser más o menos aceptable, según el criterio de los partidos.

Con nuestras francas manifestaciones hemos conseguido que el colega consig-

nase, en un párrafo lleno de patriotismo, ideas y pensamientos que, por haberlos emitido nosotros con sinceridad y buen deseo, sufrimos las rechiflas, los denuestos y las inconveniencias de ciertos patrioteros, de esos que encaminan sus actos según la propia conveniencia y las circunstancias más favorables a sus interesados fines.

El Teide, como nosotros, lamenta la contienda entre pueblos hermanos, y aboga por que cese cuanto antes esa fratricida lucha, y se halla dispuesto a combatir ese pugilato con el cual solo se ha conseguido perjudicar los intereses generales de la provincia y avergonzarnos ante el mundo civilizado.» Estamos completamente de acuerdo, según esto, los inspiradores del colega orotavense y los que al DIARIO DE LA LAGUNA damos vida con nuestra modesta cooperación.

¿De qué depende, pues, que siendo esto así aparezca el artículo a que contestamos como de contienda, de lucha, de discrepancia, y por ello ciertos periódicos que no debieran cooperar al fomento de las discordias entre los hijos de Tenerife, hayan echado las campanas a vuelo, y hasta se hayan permitido abrir cátedra de patriotismo intentando enseñar, cuando en ese terreno tal vez pueda deducirse por lo hechos pasados que debieran esperar lecciones provechosas de aquéllos a quienes pretenden darlas?

Pues depende de un error lamentable. De confundir la derrota de Tenerife, que ni ha existido ni existirá jamás, ya que todos estamos dispuestos a su defensa hasta derramar nuestra sangre si fuera necesario, con la derrota, que nosotros no sabemos si existe, de un partido político o de un grupo de partidos políticos.

No, caro colega, la patria sacratísima a la que debemos el primer suspiro y a la que consagraremos el último, no está simbolizada por este grupo que vocifera por implantar sus principios, cre-

yéndose el único que por la patria siente amor, ni por aquel otro que aconseja seguir determinados derroteros, disputándose idéntico privilegio. La patria es algo que palpita y flota por encima de todo eso, y tal vez encuentre mejor representación y más numerosa, en los que huyen de todo exclusivismo, se apartan de ideales que luchan y se agitan muchas veces a trueque de la felicidad y engrandecimiento de aquella entidad sublime que a todos nos cobija cariñosamente.

Ha sido derrotado, dice *El Teide*, el partido defensor de Tenerife, y el colega que discute de buena fe y con lógica y buen sentido, tiene que convenir con nosotros en que no hay partido ni grupo de ninguna índole que no se proclame a sí mismo defensor de su pueblo; luego no es lógico deducir que el triunfo o la derrota de una comunión, ni aún de un grupo de ellos, constituye el triunfo o la derrota de un pueblo.

Nosotros, que no somos políticos, vemos ahora a varios individuos en la Diputación provincial agrupados en determinadas cuestiones, separados en otras, como ha sucedido siempre, y las mismas censuras que hoy se hacen a determinadas personas se han hecho también contra los mismos que al presente hacen de ellas armas de partido; vemos esas discordias entre elementos que, aún para cosas secundarias, convendría estuviesen unidos; lo lamentaremos tal vez, pero no podemos llegar hasta el apasionamiento de, por nuestro propio criterio, declarar sobrino legítimo, de la tía Javiera, que simboliza al patriotismo, a determinado grupo, y proclamar falsos a los que por lo menos con igual derecho, se dicen descendientes por línea recta de la célebre y sarandeada vendedora de San Isidro.

Afirman unos que es más conveniente, para la defensa de los intereses de nuestra Isla, seguir un derrotero que a ratos parece de guerra y exterminio ridículos contra los canarios, y a ratos

pierden aquel violentísimo carácter: creen los otros, que sirven mejor aquellos intereses, inspirando sus actos en una cordura y templanza que no está reñida con la defensa de los derechos discutidos. Pues allá ellos, decimos nosotros: la patria no tiene que ver con esas rencillas pequeñas, con esos criterios opuestos.

Nos parecería muy razonable que *El Teide*, periódico no político, penetrado de que las luchas entre pueblos hermanos son vergonzosas, estériles y perjudiciales, partiendo de que esas luchas desgraciadamente existen, aconsejara a los diputados por Tenerife que se unieran en todas las cuestiones, no sólo porque esa unión, aún para las cosas secundarias, podría ser beneficiosa; sino por el alto prestigio que todas las uniones de fuerza dan a una causa; pero de aquí a que llame traidor y eleve protestas contra personas que proclaman muy alto y públicamente su amor a Tenerife, sólo porque no sigan aquellas inspiraciones suyas, aquel deseo que conforme a su criterio es patriótico, va una gran distancia, y permítanos el colega que le digamos que no revela su propósito de abogar por la unión, ideal que todos acariciamos, ni es propio de un colega que se publica en una localidad, donde los apasionamientos no pueden ni deben imperar.

Despedida

Señores Redactores de DIARIO DE LA LAGUNA.

Mis queridos compañeros: Alejado de nuestro tan modesto como querido Diario, desde hace más de seis días, me sorprendió el número de hoy con el suelto que, honrándome y favoreciéndome demasiado, me dedican ustedes.

Este rasgo de amistad y cariño, junto con la leal, sincera y afectuosa unión que durante el tiempo que hemos colaborado juntos siempre ha reinado entre todos, son un motivo más para que, con toda el alma, sienta separarme y para que no olvide jamás a los que conmigo han compartido las molestias, sinsabores y desvelos, que nuestro pueblo agradece, tanto más, cuanto han sido siempre informadas por un verdadero y patriótico desinterés.

Donde quiera que me halle me acompañará el recuerdo de mi querida Laguna y el vuestro, y procuraré cooperar en lo que a mi alcance esté, al sostenimiento del periódico defensor de la patria ilustre de los Vianas y Porlieres.

Repito mi agradecimiento, así como el que guardaré siempre a mis queridísimos alumnos y a las muchas personas que en estos días me han dado pruebas de consideración.

A todos envío afectuosa despedida.

Marzo 12 de 1895.

Discurso

Leído en la sesión pública celebrada por la Sociedad Instructiva de La Laguna la noche del 27 de Septiembre de 1880.

Si al siglo XIX no se le calificara con la denominación de alguno de los grandes inventos que durante el transcurso del mismo se han hecho, yo me atrevería a reclamar para él un título que justamente le corresponde: le llamaría el siglo de las asociaciones.

Y no es que intente asegurar con esto que el pensamiento grandioso de la asociación haya nacido precisamente en este siglo, inmortalizado por la elec-

tricidad y el vapor; bien puede asegurarse que la idea de reunirse varios individuos para conseguir un fin que aisladamente no podrían lograr, es tan antigua como el hombre: mas el desarrollo en el siglo XIX es tan extraordinario, las asombrosas obras, los notables inventos a ello debido, han sido de tal naturaleza, que sin temor alguno puede afirmarse que, si no fué el principal motor del genio, ha sido un elemento indispensable sin el cual éste nada hubiera formado. Poco importaría que en el privilegiado cerebro de Lesseps bulla grandioso, como la obra misma, el pensamiento que le inmortalizara, de la apertura del istmo que ha hecho de Europa y Oceanía un solo pueblo, si asociaciones científicas no hubieran hecho suyo el pensamiento, y ellas, y otras cuyo fin es más práctico, no prestaran al genio el apoyo indispensable: tal vez aquel soberbio pensamiento siglos antes fuera concebido por otro genio que no consiguió, para su realización, el necesario apoyo.

No hay—casi puede decirse en absoluto—descubrimiento portentoso en este siglo, quizá el más notable de cuantos midió el sol, cuya aparición y desaparición es la gran unidad de medida del implacable tiempo, que no haya sido realizado mediante el concurso de valiosas asociaciones.

El espíritu de sociabilidad es cierto que responde en su desarrollo al desarrollo mismo de los grandes principios que el hombre ha conquistado, al progreso en todas las esferas: aquel sentimiento nobilísimo que consiste en la unión de cierto número de personas, que se obligan libremente a proseguir por medio de prestaciones combinadas, un fin común fundado en la naturaleza humana, tiende más a desarrollarse cuanto mejor comprende el hombre su misión y cuanto más ampliamente puede disponer de su libertad; pero séase lo que se quiera, a la manera que no puede negarse al hombre de ciencia la glo-

ria de un descubrimiento grandioso con que ha enriquecido los conocimientos humanos, sólo porque para llegar a él le haya sido necesario valerse de otros que no fueron parto de su inteligencia, así no puede negarse al siglo XIX el título que desde luego he querido reclamar para él, sólo porque en el mismo, mejor que en los anteriores, se hayan reunido aquel conjunto de condiciones que eran indispensables para el completo desarrollo de la sociabilidad.

Sea cual fuere la esfera en que se mueve una asociación,—y ya sabemos que la inmensa variedad de sus aplicaciones hablan mucho en favor de su importancia, pues apenas hay fin de la vida que no tienda a realizar—siempre el pensamiento es grandioso, siempre es un sumando considerable de la gran suma civilización, adelanto, progreso. Así lo han comprendido las naciones, y no sólo procuran aumentar y fomentar el número de las que han nacido en su seno, sino que buscan el concurso de las demás potencias cuando sus esfuerzos aislados no son suficientes para conseguir un fin que les interesa.

España, si bien no podemos colocarla al nivel de otros pueblos que comprenden mejor que ella cuanto vale ese gran espíritu de sociabilidad, les sigue, siquiera a larga distancia, y vive, por decirlo así, en su época. Y dentro de España, este país que corona el Teide y arrulla con su manso ruido el agitado Atlante, quiere también aspirar el ambiente dulcísimo de la civilización y del progreso, y ya que no le es dado realizarlo en su mayor amplitud, ya que el olvido y abandono en que vive no hacen posible que disfrute de los grandes adelantos que en otros pueblos constituyen un bien natural, conténtese siquiera con cultivar el espíritu bienhechor de la asociación, sinó para fines de resultados inmediatos y de gran trascendencia, para otros mediatos de no poca importancia.

La Laguna, la patria de Núñez de la Peña, de Guillén, de Viana y de tantos hombres ilustres, la que siempre ha estado a la cabeza de la ilustración canaria por sus establecimientos de enseñanza, sus bibliotecas, sus archivos; que ha planteado primero que sus compañeras del Archipiélago cuanto constituye un adelanto, no podía contradecirse en ramo tan importante, y como en lo demás, ella es la primera que llama la atención con sus patrióticas e instructivas asociaciones. La sociedad denominada de Amigos del País de Tenerife, por tantos títulos ilustre; las científicas y literarias que en distintas ocasiones han existido contribuyendo poderosamente a la difusión de los conocimientos, hablan muy alto en pró de este aserto. Los hombres más ilustres por su virtud y talento, únicos títulos de verdadera nobleza, se honraban y honran actualmente perteneciendo a aquella distinguida Corporación: discutíanse allí los puntos más áridos, estudiábanse los medios más seguros de prosperidad para el país, y bien pronto experimentó éste los efectos de tan útil trabajo. La Laguna, la provincia entera, puede bendecir el influjo bienhechor de aquella sociedad, una de las primeras de su género que se fundaron en España.

No es menos importante el papel que en el progreso del país vienen desempeñando las sociedades científicas y literarias: el bienestar material y moral es sabido depende muy directamente del progreso intelectual: educad e instruid a los pueblos, y pronto notaréis como efecto de ese trabajo un adelanto en todas las esferas que constituyen armónicamente unidas la vida de esos mismos pueblos: a la difusión de los conocimientos, al progreso intelectual en todos los ramos del saber, debe Francia principalmente su envidiable prosperidad: después de los terribles desastres que parecía debían hundirla para siempre en los abismos, sólo el ángel tute-

lar de la civilización, que es el progreso de la inteligencia, al que, no dudo decirlo, se ha llegado en aquel país, más que en otros, por las asociaciones, por el increíble desarrollo de tan grandioso pensamiento; sólo ese hermoso símbolo de paz y de ventura, podía producir tamaño cambio, tan notable transformación; verdadero milagro que contemplan las naciones con asombro.

No tenemos esperanza de llegar tan pronto a esa invidiable situación; pero a la manera que el pequeño bajel ejecuta en alta mar las mismas maniobras que otro de enormes dimensiones con el fin de llegar al puerto, aunque no espera arribar en el mismo instante y menos antes que él; nosotros, que observamos remontándonos a las causas que las producen, la prosperidad de esa gran nación, intentamos llevar a cabo pequeñas maniobras por si logramos saltar a tierra, si no por el hermoso y cómodo puerto de la prosperidad, al menos por el promontorio seguro que a aquél se avecina.

Hemos fundado y sostenido asociaciones científicas, que si no hubieran producido más ventajas que el darnos a conocer jóvenes de inteligencia despejada y fácil palabra, sino hubiera producido otros efectos que el haber despertado en ellos el amor al estudio, sin el cual el hombre no puede llegar a ser ni aun una pobre medianía; si no hubiese llenado otro objeto, ya merecería nuestro respeto y fueran acreedoras a nuestro aplauso. Aun no se ha borrado de nosotros el recuerdo del Ateneo Científico y Literario, al cual tuvimos la honra de pertenecer muchos de los que nos hallamos reunidos en este por más de un concepto respetable recinto: a pesar de la corta existencia de aquel centro, logró llamar la atención de la provincia entera por sus solemnes sesiones públicas,—de las cuales podemos formar segura idea por los folletos que aun circulan,—por sus fecundas discusiones y notables conferencias.

Al recordar que tan pronto desapareció aquel plantel importantísimo de progreso, no puedo menos de sentir que en este país no se dé la debida protección a cuanto contribuya de un modo más o menos directo a la grandeza y prosperidad del mismo: esto no dice que aun cuando algo hemos avanzado en el camino de la civilización, nos queda, por desgracia, que recorrer no pequeñas jornadas. Mientras los pueblos no comprendan que la fuente de su prosperidad se encuentra, más que nada, en el progreso intelectual y moral, obrarán, no como el adulto que, dueño de sus facultades, ejecuta verdaderos actos libres, humanos, sino como el infante que rompe, sin saberlo que hace, aquello que le puede producir bien o proporcionarle deleite.

Siguiendo las mismas huellas que el anterior y por si logra mejor fortuna, se fundó esta sociedad instructiva: quizá yo por el hecho de pertenecer a ella y por el temor de que mi grande afecto a este género de asociaciones me ciegue, no pueda ni deba decir nada del concepto intelectual que me merece; pero, si esto no me es dado, puedo al menos llamar la atención acerca del entusiasmo y patriotismo de que están animados los individuos que la forman, entusiasmo y patriotismo que no dudo irá en aumento, pues redundará en beneficio de la misma sociedad y del país donde ella prospera.

Ambas cosas, resplandecen en este imponente acto: sólo el entusiasmo de los asociados pudo en corto tiempo preparar tan notable fiesta: sabido es que para llevarla a cabo era indispensable disponer de algún tiempo a fin de que los individuos que habían de tomar parte activa en la sesión se prepararan convenientemente: de mí puedo decir que sin cualidades de orador, y sin tiempo material para preparar un discurso, acepté este encargo obligado por el cariño, que estimo en tanto, del digno presidente. No debe estar éste muy

satisfecho del modo de cumplir con el compromiso contraído: en lo que voy diciendo apenas se guardan las formas del discurso; si yo tuviera alguna cualidad que os hubiese hecho concebir la idea de oír de mis labios una brillante oración, os pediría mil perdones por haber defraudado vuestras esperanzas; no siendo así, confío sólo en vuestra benevolencia.

Decía que el más alto patriotismo inspira a los individuos que componen esta sociedad, y este aserto, que pudiera probarse hasta con la existencia misma de la Instructiva, quiero hacerlo ver sólo con el ostentoso acto presente.

El amor purísimo de la patria, uno de los más nobles sentimientos que adornan el corazón humano, se manifiesta como el de la familia, no menos puro y santo, bien por los sacrificios que por el objeto querido se llevan a cabo, o por la participación que en sus penas o en sus goces toma el ser que lo siente. No es mi propósito recordar cuantos sacrificios supone el sostenimiento de una sociedad, a cuyos individuos no inspira otro móvil que el bien de la patria, en país de no muy abundantes recursos, combatida tal vez directamente por los unos, que sin comprender su elevadísima misión, la ridiculizan o hacen atmósfera en su contra, ya por la indiferencia de los que están llamados a darle mayor vida, o por el alejamiento de los que debieran prestarle su concurso; nada de esto diré, pues es muy sabido y engrandece a los que sobreponiéndose a todo, siguen adelante, recordando, sin duda, que vivir es vencer: fijaréme tan sólo en el motivo que eligió la sociedad para congregarnos aquí: la elección no pudo ser ni más oportuna ni más patriótica.

Para una sociedad que tiene por principal objeto la difusión de los conocimientos como medio más seguro para la consecución del progreso, ideal sublime de la Humanidad, no podría pasar inadvertido el instante solemne en

que el pueblo, dentro de cuyo círculo se mueve, da el primer paso en el camino espinoso pero importantísimo de ese ideal, constantemente acariciado. ¡Oportuno proceder! ¡Bello pensamiento! Yo doy mi humilde parabién a la sociedad. Si el fin de la misma es llevar su grano de arena al gran edificio de la civilización, todo cuanto a este objeto tienda, debe ser celebrado por aquélla.

El instante solemne en que un pueblo sale de la barbarie, campo obscuro en el que todo es muerte y podredumbre, y penetra, siquiera para marchar lentamente, en el esplendoroso sendero que recorren las naciones civilizadas, es el momento más grandioso de la vida de aquel mismo pueblo; nunca admira tanto el sol como en el instante en que, rompiendo el denso velo de la noche oscura, aparece lleno de vida y belleza en los balcones de Oriente, cuyas celosías abrió la nacarada aurora.

Es un día de júbilo para Tenerife aquél en que recuerda la hora suprema en la cual rompió, y para siempre, el último eslabón que le mantenía sujeta en lóbrega prisión a la ignorancia y la barbarie; es un día inolvidable y grandioso aquél en que la paz, la dulce y bienhechora paz, viene a extender sus dominios allí donde por largo tiempo había extendido los suyos la guerra, la destructora guerra, negación de la vida, medio horroroso que, por desgracia, no han condenado aún como debieran los pueblos más civilizados e ilustres.

¡Qué cambio tan opuesto experimenta un pueblo al pasar del uno al otro estado! Los campos que la devastación y la muerte habían hecho estériles e improductivos, vuelven, por decirlo así, a la vida, y cubren de nuevo su superficie de verdes plantas que matizan las más variadas flores; el bosque recobra el solemne silencio trocado por el ruido infernal de las batallas, y las aves vuelven a poblarlos tranquilas, haciendo habitación suya todo el dilatado espacio que aquéllos ocupan; el hombre, de

receloso y desconfiado, se torna en alegre y feliz, y ya no vé en sus semejantes un peligro constante para la vida.

Quando he presenciado los festejos con que un pueblo celebra la llegada de la diosa a quien los romanos levantaron uno de sus más suntuosos templos, cuyas enormes ruinas son aún la admiración del que visita la gran ciudad del Tíber, la inmortal Roma, no he podido menos de decir: «Es legítima esta locura, pequeña esa alegría en relación al bien que se adquiere recobrando la paz, la nunca bien celebrada paz»

Tenerife y la antigua y noble ciudad que por tanto tiempo fué capital suya, recuerdan con júbilo aquel memorable día; esta sociedad, que ama las glorias de su patria, quiere asociarse a ese gozo; su patriotismo así lo exige: aquí nos reúne con tan plausible objeto.

No falta quien recordando algunos hechos de la conquista de Tenerife y la Palma, que manchan—así lo reconozco—, la historia de aquellos acontecimientos, crea no son dignos de celebrarse ni los días del triunfo de las armas españolas ni a los guerreros que en ellos intervinieron.

Es vergonzoso el acto de atacar al bravo, al héroe Tanausú en el momento en que, fiado en la palabra de honor del jefe de las tropas españolas, se acercaba al campamento para conferenciar respecto de la paz que se le proponía: es más vergonzosa aún la venta en algunas ciudades de la Península de los guanches aliados del rey de Güimar, acto inverosímil que el ilustre Viera, honra de las Canarias, pone en duda; lo es también el acto cruel de pagar la hidalguía de los guanches con los prisioneros de la cueva de Acentejo, dando muerte inicua al príncipe Tinguaro y profanando su mutilado cadáver, es censurable, altamente censurable, la conducta de los conquistadores descuidando indagar todo lo relativo al ori-

gen, historia, costumbres de un pueblo que debía llamarles la atención por la bondad de su moral, por su nobleza, valor y amor a la independencia, que llevaban hasta el heroísmo. Soy el primero en censurar todos estos hechos; es más, los deploro con toda mi alma; creo una desgracia para mi patria la desaparición de aquella noble raza de gigantes; creo un mal para la ciencia que no se hubiera indagado el misterioso origen de aquel pueblo de valientes; pero, señores: ¿cuál es la obra humana que no lleve impresa el sello de la imperfección? Téngase presente, para atenuar su proceder, que la conquista de este país fué un acontecimiento de suma trascendencia para España, que logró ensanchar más y más sus ya dilatados dominios; y que en esta misma conquista no faltaron actos de abnegación, sacrificios heroicos, acontecimientos dignos de loa por parte de los guerreros españoles.

Ya lo habréis oído muchas veces: si se atiende a la época en que tuvo lugar la conquista, no admira nada de cuanto lamentamos; si se recuerda que no todos esos hechos están probados, con la evidencia necesaria; si se tienen en cuenta las circunstancias en que más de una vez se vieron los jefes, ora faltos de recursos, ya abandonados por muchos de los suyos, sin fuerza moral para impedir que se llevaran a cabo sucesos que ellos mismos eran los primeros en deplorar; si se tienen en cuenta todos estos accidentes, repito, se concluye opinando lo que esta patriótica sociedad y lo que la ciudad querida donde ella existe, que el hecho de la conquista es un acontecimiento grato para el país y sus héroes dignos de eterno agradecimiento.

Ninguno de ellos más digno que el heroico fundador de La Laguna, el ilustre caudillo D. Alonso Fernández de Lugo. Entendido general, ya había manifestado su lealtad y valor: tranquilo disfrutaba en Gran-Canaria de las

comodidades que sus pingües rentas le proporcionaban, y allí vivía dichoso al lado de su familia, de la que por tanto tiempo le habían alejado los azares de la guerra: el magnífico espectáculo que diariamente le ofrecía la isla de Tenerife, coronada por su famoso pico y adornada de elevadas y pintorescas montañas, le atraía irresistiblemente: halagábale la idea de que su patria, poderosa ya por los esfuerzos inverosímiles de los Reyes Católicos, pudiera engarzar en su carro triunfante y civilizador aquella perla que él guardaba, codicioso de su belleza.

Escasos eran los recursos de que podría disponer para acometer empresa tan grandiosa y difícil; pero nada le detiene: el amor a la Patria era inmenso en aquel pecho, y el valor la cualidad más sobresaliente de aquel corazón.

El que debía descansar después de tan penosa vida, vuelve generoso al sacrificio, sacrificio de tanto más mérito cuanto no se le ocultaba toda su trascendencia; vuela a la Península, acude al sitio de Granada a pedir recursos a la Reina más grande que ha tenido la humanidad; decide con su ejemplo otros corazones, como el suyo, inclinados a la guerra, y comienza no con muy sobrados elementos la conquista de aquel país desconocido y de cuyos habitantes la fama pregonaba un valor nada común. Si estos actos no fueran bastantes para olvidar los abusos que se cometieron durante la campaña, ¿no lo serían tampoco los hechos que le acreditaron de valoroso general en Acentejo, en el instante supremo en que detiene a los suyos en su vergonzosa carrera y lucha cuerpo a cuerpo con mucho mayor número de enemigos, consiguiendo, sinó el triunfo, una retirada honrosa, que salvó la vida de numerosos guerreros? ¿No sería digno de respeto el hombre que con un puñado de valientes se defiende en Añaza de numerosas huestes en-

greídas por el triunfo alcanzado en Acentejo? ¿Nada merece el sacrificio del que, pudiendo nadar en la abundancia, tiene por único sustento el que le proporcionan las raíces de los escasos árboles que vegetaban en aquellas áridas costas? Los actos de crueldad que se le atribuyen están, en cierto modo, desvirtuados por la historia, que, por el contrario, refieren otros generosos y dignos: él agasaja al enemigo y abraza y llora con los reyes guanches en el solemne acto (que esta ciudad celebra en el día de San Cristóbal) de la rendición de los mismos a España, acto que si no fué bastante para terminar la cruel guerra que se venía sosteniendo, fué, por decirlo así, el que le dió el golpe mortal.

Y, sobre todo, señores, dado que la historia no le favorezca, que los hechos que antes he recordado le desvirtúen, le rebajen a los ojos de los que siempre quisieran ver la perfección en los actos humanos, ¿podíamos, aquí, en este sitio, sin ser ingratos, sin ser inconsecuentes, sin faltar al sagrado deber del patriotismo, amenguar su gloria, negar que él es digno de todo nuestro respeto, de nuestro agradecimiento y de nuestra consideración? No, ciertamente: somos laguneros, somos hijos de la ciudad que él fundó y según la tradición trazó con sus propias manos, de la ciudad que dotó con honrosos privilegios, casas de caridad, buenos templos, que adoptó por su nueva patria y en la que quiso que reposaran para siempre sus restos mortales. Ni podemos hacer caso omiso de sus sacrificios, ni olvidar su valor ni mucho menos que amó entrañablemente a este pueblo y lo distinguió entre todos los demás.

El sentimiento de consideración y respeto hacia los fundadores de un pueblo por parte de los hijos del mismo, es tan antiguo como el hombre; ese sentimiento, como todos los que están encarnados en la naturaleza hu-

mana, fué hasta exagerado en la antigüedad: Rómulo y Remo fueron adorados como dioses y este ejemplo del pueblo que supo legar a la posteridad la sabiduría de sus leyes, no es seguramente el único que yo pudiera citar, sino temiese hacerme difuso; por fortuna el hombre no diviniza ya a ninguna criatura, pero sabe distinguir a los que se elevan sobre el nivel en que los demás nos movemos: no adoramos, no adoraremos nunca al ilustre Conquistador de Tenerife; pero sí pronunciaremos con respeto y agradecimiento su nombre venerado: no olvidaremos nunca que al sacrificio y valor de ese héroe debemos que el sol esplendente de la civilización y del progreso luzca sobre este bello cuanto desgraciado país; y si distinguimos las diferencias entre la libertad y la tiranía y si seguimos, siquiera de lejos, a otros pueblos de instituciones envidiables, y si comprendemos nuestros derechos al par que no desconocemos nuestros deberes, tengamos siempre presente que lo debemos al valor de este hombre y de sus compañeros de penalidades y heroísmos. Hace bien La Laguna en celebrar el 29 de Septiembre, la solución venturosa de la conquista, epopeya sangrienta y memorable; hace bien este centro en asociarse al júbilo de la patria: los pueblos que honran a los que le han engrandecido y se han sacrificado por ellos, son pueblos dignos, son pueblos ilustrados; pueden ocupar con orgullo un puesto en el concurso de los pueblos libres.—He dicho.

Petición fundada

En Las Palmas de Gran Canaria ha logrado la clase trabajadora una ventaja que atenúa en gran parte su triste situación. Nos referimos a la concesión, por parte de los dueños de establecimientos comerciales e industriales, del descanso dominical a sus dependientes. El mismo ejemplo trata de seguirse en la Capital de la Provincia.

El Obispo de la Diócesis vecina, que indudablemente toma parte activa en todo lo que a sus diocesanos interesa, intervino en el asunto, y su intervención valiosa, unida a la de otras autoridades, dió el resultado apetecido en la primera de las citadas poblaciones.

Ejemplo tan laudable debe ser seguido en todas partes, porque en todas partes militan las mismas razones de equidad y de justicia a favor de la honrada y digna clase artesana.

Es el trabajo medio y no fin de la existencia del hombre: lo mismo que al trabajo, éste ha de consagrar parte del tiempo que dura su vida, a la satisfacción de otras necesidades que emanan de su naturaleza. El afecto a la familia, el sentimiento religioso, el impulso a cultivar la inteligencia sea en el grado que fuere, y el que a proporcionarse goces lícitos le empuja, exige la inversión de un tiempo que en manera alguna puede ni debe considerarse perdido.

Bien está que al trabajo dedique la mayor parte de su tiempo. Es imposición de la naturaleza humana y es inútil ir contra disposición suya tan universal e imperiosa; pero no se quiera, porque evidentemente sea ese el pensamiento del Autor de todo lo creado, que las demás esferas donde se mueve la existencia humana se desatiendan ni descuiden, porque el resultado a más de ser funesto para la vida del ser y en conjunto para la Humanidad, sería una contradicción a la ley divina.

Nada hay más simpático a los ojos de toda persona de sentimientos cultivados, que las gestiones hechas con el fin de favorecer a la clase más numerosa de la sociedad que durante siglos ha vivido en el mayor abandono; a las clases que del trabajo material viven. Por eso los que tenemos en estima los principios de caridad que el Evangelio ha propagado por el mundo, nos sentimos impulsados a prestar nuestro concurso a todo lo que al mejoramiento de situación tan triste tienda de un modo más o menos directo; por eso cuando observamos que empresarios egoístas niegan al trabajador la parte proporcional a la ganancia que en el producto le corresponde conforme a equidad, nuestros sentimientos se sublevan y sin aplaudir la guerra predicada por falsos amigos del pobre, del Trabajo contra el Capital, vemos justificadas las huelgas, que constituyen una iniquidad y un gran perjuicio para la misma clase obrera que las sostiene, cuando no son motivadas por el egoísmo del capitalista, cuando de éste se quieren exigir sacrificios imposibles, sacrificios que traerían aparejada la muerte de la misma Industria.

Unos cuantos jóvenes dependientes del comercio en esta Ciudad, por sí y a nombre de sus compañeros, alentados por el ejemplo de los de igual clase en Las Palmas y Sta. Cruz, han elevado reverentes súplicas al señor Alcalde presidente del Excmo. Ayuntamiento de La Laguna, solicitando interponga su autoridad y prestigio, a fin de conseguir que los señores comerciantes e industriales concedan también el descanso dominical a sus subordinados.

Cuando en otras poblaciones ese beneficio se ha otorgado ¿qué hay para que aquí, militando las mismas razones, no se otorgue también? Esos honrados hijos del trabajo tienen derecho, por ley de humanidad, a dedicar siquiera sea parte de un día de la semana, o de aquéllos que las demás clases sociales consagran a solaz, a los recreos lícitos

que las costumbres admiten: tienen derecho a disfrutar en ese tiempo de los afectos propios de la vida de familia, tienen derecho a consagrarse al perfeccionamiento, siquiera en modesto grado, de su inteligencia y de su espíritu.

El perjuicio que por esta racional concesión se ocasione a los industriales es nulo desde el momento que, por acuerdo unánime, se cierran los establecimientos, imponiendo una multa al contraventor de esta voluntaria disposición. El público, penetrado de lo establecido, procurará surtirse en los restantes días de la semana, y así veremos que lo que ya viene en práctica hasta en países protestantes, se aclimatará entre nosotros, que nos preciamos de católicos.

Esta disposición, por otra parte, tiene entre nosotros excepcional trascendencia, porque vendría a favorecer a esa clase social que por fortuna es aquí más considerada que en otros pueblos, y cuya situación económica, con no ser la que toda alma bien nacida apetece para el artesano, es mucho más ventajosa que en las demás regiones, especialmente para la clase de trabajadores agrícolas.

Ni hay entre nosotros esos grandes industriales cuya fortuna crece a costa del trabajador, ni se niega a éste la participación proporcionada en el producto; ni escasea el trabajo, ni son exageradamente exiguos los jornales. El sistema de *medianería* desconocido en otras partes y aquí tan generalizado, convierte en socio al trabajador campesino, y, a veces, de hecho, en verdadero propietario; y la modesta posición que en Canarias ocupan las clases que figuran como privilegiadas, hace menos sensibles la desproporción en el orden económico que tanto desespera, aunque injustamente, a la clase proletaria de otros países.

Esto explica el porqué, especialmente en La Laguna, el obrero ni se considera víctima explotada, ni odia a sus

convecinos los que pasan por capitalistas, poco envidiables por cierto dado el estado de cosas hoy existentes, ni vé una gran necesidad el constituir asociaciones de defensa que en otros países, pero no aquí, podrán tener razón de ser. Concediéndoles a los hijos del trabajo lo que hoy piden, y haciéndolo extensivo al mayor número, las propagandas hechas, ellos sabrán con que fin, por unos cuantos mal aconsejados, se perderán en el vacío.

Esto no quiere decir que las asociaciones que tengan por fin el mútuo socorro, y el mejoramiento económico por la formación de capitales o por las reclamaciones racionales hechas ante quien tenga autoridad para atenderlas, no deben subsistir; al contrario, cuantas en este sentido se constituyan merecerán el aplauso de los que por el proletario sientan verdadera simpatía, pero si sostenemos que ni aquí hacen falta asociaciones de resistencia contra ataques que nadie intenta, ni puede intentar, ni se explica la propaganda de ideas que en otros países tendrán pretextos, nunca justificación.

El señor Alcalde, antiguo periodista, hombre de ideas avanzadas, y más que todo eso, de excelentes sentimientos, no desatenderá la súplica que le dirigen los modestos hijos del trabajo, solicitando un bien que, adoptado por todos, a nadie perjudica. Los señores industriales darán, si acceden a las indicaciones de nuestra primera autoridad local, muestras evidentes de sentimientos nobles y desinteresados.

1902.

La Fuente del Cuervo

Fragmento del folletín de un periódico alicantino. Comienza en la página 43 y termina en la 57, únicas que se conservan.

En nada favorecía a las muchas gracias que la adornaban, el extraño ropaje que la cubría.

A usanza del país, consistía en unas basquiñas de gamuzas bien curtidas, sobre de las que caía una especie de camisa sin pliegues, atada a la cintura; el pié calzado de unas sandalias de piel de cabra y el cabello rubio y abundante cogido hacia atrás con juncos de ciertos colores. Nada más hermoso que el conjunto de aquellas divinas formas: a una frente ancha y tersa unía unos ojos negros de dulce mirar y de extraordinario atractivo, una boca pequeña y agradada, un cuerpo esbelto y una estatura que no por ser superior a la que ordinariamente alcanzan en Europa las de su sexo, dejaba de ser un nuevo aliciente de belleza.

Nuestros curiosos guerreros tuvieron tiempo bastante para fijarse en todos los detalles que constituían aquella perfección, desde luego se sintieron inclinados a interrogarla y hacerle proposiciones encaminadas a que les siguiese, ofreciéndola todo el respeto y consideración a que la juzgaban acreedora; pero el que parecía superior en jerarquía, que no era otro que el bravo capitán Alberto del Castillo, cuyo valor vimos acreditado en la batalla de la cuesta de Gracia, expuso los inconvenientes que eso podría traer, indicando que la estancia de aquella mujer en aquel sitio pudiera ser indicio de la proximidad de gente enemiga, a más de que la experiencia le había acreditado en la con-

quista de las otras islas y aún en sus correrías por Tenerife, que las hijas del país antes preferían la muerte a la separación de los suyos. Sin embargo, discurrió un medio que puso en práctica con fortuna.

Descubrió su cabeza y procuró poner en desorden su cabellera y ya en esta disposición, por entre el espeso ramaje fué deslizándose hasta colocarse cerca de la distraída joven, y recatando el cuerpo, la dirigió, en el idioma del país, palabras de paz y de saludo que como práctico sabía no eran desagradables a los oídos de una guancha. Esta, en el primer instante, manifestó sobresalto; pero subyugada a la vez por la belleza del atrevido galán y por la dulzura de la expresión, creyendo que se trataba de algún guerrero de los vecinos reinos de Anaga o Tacoronte, contestó afable al saludo y sostuvo con agrado e interés la conversación.

Dijo llamarse Tirma, hija de Acaimo, hidalgo guanche que habitaba en el valle que forma la opuesta falda de la montaña, y que hoy se conoce con el nombre de *Colín*. Indicó como su padre combatía con ardimiento contra los enemigos de su patria, a los que aborrecía doblemente por haber perdido, en la lucha con ellos sostenida, hijos suyos que eran el encanto de su vejez, la alegría de los Valles y la esperanza de la familia, y al interrogar al guerrero acerca de su procedencia quedó tranquila cuando el mancebo afirmó pertenecer al reino de Taoro, y ser soldado de confianza del más grande de los menceyes, del intrépido, noble y valeroso Bencomo.

El resultado de aquel encuentro fué la súplica por parte del español solicitando que aquella entrevista casual se repitiera el próximo día a igual hora. A ello accedió con ciertos reparos, hijos más del recato que del deseo la crédula doncella; y en las miradas del uno, en las palabras entrecortadas del otro, el menos suspicaz hubiera adivinado el

comienzo de una pasión en ambos mal reprimida y peor disimulada.

Las entrevistas posteriores se multiplicaron, y no fueron causa para que se interrumpieran, ni la franca manifestación por parte del galán de que lejos de ser súbdito del más famoso de los reyes de Tenerife, correspondía al ejército cristiano, ni el temor por parte de la joven del enojo paterno en el caso probable de que los hasta cierto punto antipatrióticos amores fuesen descubiertos por el autor de sus días, al que veneraba entrañablemente.

Nada más modesto que la morada que en el Valle de Colín albergaba a la hermosa guancha y a su reducida familia. Constituía una extensa cueva con algunas dependencias limitadas por paredes de piedra seca, por cierto combinadas de tal modo que no resistirían mejor a la acción del tiempo las que en los países civilizados levantan los mejores artistas; y en armonía con la pobre morada estaba el ajuar indispensable a las necesidades de la vida. La habitación más interior era destinada para dormitorio de Tirma y se conocía su objeto por la aglomeración de pajas y helechos mal cubiertos por sábanas y pieles perfectamente curtidas, que daban al conjunto una apariencia de cama.

La hidalguía del jefe de la familia la acreditaban en su persona la luenga barba que sólo podían llevar los de su clase, y en la casa, la existencia de ciertos objetos que no poseían las gentes pobres: entre ellos sillas de piedras lisas, cubiertas de pieles; numerosos utensilios de barro cocido con relativo primor, abundante existencia de alimentos que utilizaban con preciosas conchas marinas y afilados pedernales.

La venerable figura del anciano, en cuyo rostro se descubrían las huellas del sufrimiento que embargaba su ánimo, daba al poco alegre aposento cierto aspecto de tristeza mitigada por la esbelta figura de su hija, quien com-

partía su pensamiento entre los pesares que amargaban la vida de su hasta hacia poco feliz familia, y el dulce recuerdo del apasionado mancebo que había conquistado su corazón.

Entregábase Acaimo a la contemplación del cuadro que ofrecía su patria, en otro tiempo tranquila y hoy expuesta a perder su independencia, por todos amada, y meditaba los medios que por su parte podría poner en práctica para contribuir a exterminar a los enemigos de su pueblo, vengando a la par la muerte de dos seres queridos de su alma, báculo de su vejez y esperanza de su atribulada familia: discurría su hija un medio para justificar su marcha a la fuente donde por primera vez oyó la voz gratísima de su amado, pues ya se acercaba la hora convenida de antemano para la entrevista amorosa.

Con ser tanto el ingenio que para facilitar este género de empresas desenvuelve de ordinario la mujer que ama, no debió esta vez estar a la altura de otras, cuando una sospecha insistente, mil veces rechazada por el alto concepto que de su hija tenía, decidió al anciano a marchar por derroteros extrañados con el objeto de observar la dirección que aquélla debió seguir.

¡Cual no sería su asombro, a que altura no ascendería su indignación y rabia, al divisar en una pequeña planicie, casi en la cima de la montaña, a su hija, el único amparo de su vida, la única ilusión de su mísera existencia, en los brazos del mismo que le había herido en el alma dando muerte, siquiera fuese en buena lid, a los seres por quienes vertía tantas lágrimas! Alberto del Castillo fué reconocido por el noble guanche; él había sido el caudillo que en día funesto le privó, para siempre, de ventura, al privar de la existencia a los hijos queridos de su alma.

El afán de hallar cuanto antes a su amada impelió al galán imprudentemente hacia aquel sitio, dejando a sus espaldas la fuente cristalina que tantas

veces había retratado el busto encantador de su amada y cuyo manso ruido formó más de una vez armonioso concierto con los arrullos amorosos que le colmaban de pasajera felicidad.

El primer impulso del desdichado anciano fué arrojarle sobre la amante pareja y tomar, en él, una horrible venganza, y castigar en ella su perfidia, agravada por circunstancias múltiples; pero le detuvo la idea de que la juventud y superioridad de las armas del joven le privasen de sus intentos, que no eran otros que gozarse en la agonía de aquél que adelantó la de los seres que le fueron tan caros. Con una calma impropia de su situación y de su absoluta falta de cultura, meditó los medios que le conducirían mejor al fin propuesto, y marchando con sigilo se dirigió a la fuente previendo que por aquel sitio debía retroceder el que consideraba como autor de su desdicha, y en aquel momento, como el ladrón de su honra.

Después de mil tiernísimos coloquios, y sin imaginar siquiera la inmensa desdicha que le esperaba, se despidieron los dos amantes, quedando ella sumida en la pena de la separación, en el mismo sitio de la entrevista, y avanzando él, no sin volver de tiempo en tiempo la mirada hacia atrás, por si algún árbol, más compasivo que los otros, interrumpía su ramaje, dejándole ver la estética figura de la que era consuelo de su agitada vida.

Detúvose un momento a contemplar la fuente, testigo tanta veces de su dicha, y entonces, sin que pudiera evitarlo, sintió que una mano le sujetaba y que con la rapidez del rayo le arrancaba la daga del cinto, hundiéndosela fatalmente en el corazón.

Un rugido de cólera y sorpresa resonó potente por todo el bosque, y un jay! desgarrador llegó a los oídos de la pensativa Tirma, que adivinó al instante una desgracia y corrió fuera de sí en dirección de la fuente.

Cuando llegó, aun pudo recoger las últimas palabras de su amante, consagradas al Dios de misericordia a quien como cristiano adoraba, a los seres queridos a quienes debía la existencia y a la desolada indígena, que en más de una ocasión había endulzado sus penas con amorosas caricias.

Próximo al lugar donde yacía el infortunado mancebo, se descubría la ensangrentada daga arrojada por el inexorable anciano en el momento en que aterrado de su propia obra corrió por el bosque sin dirección fija; y la vista de la fatal arma incitó a la inconsolable amante a volverla contra sí, lo que puso en práctica clavándola en su corazón, logrando, conforme a sus deseos, caer desplomada sobre el ya yerto cadáver del que fué en vida dueño absoluto de su albedrío.

La tardanza de su hija, para quien sin duda también había meditado el anciano el correspondiente castigo, le obligó a buscarla en la maldita fuente. Al divisar el horrible cuadro que ante su vista se presentó, cayó desplomado, sin sentido, y cuando sus ojos volvieron a abrirse a la luz del día, la razón no quiso ya más despertar. Vagando solitario por aquellos sitios, buscaba a los seres queridos de su corazón, y desafiaba a voces, sin ser de nadie oído, a los enemigos de su patria, hasta que extenuado por el hambre y las penalidades, cayó muerto no lejos del mismo sitio donde aun yacían insepultos los restos de los que en el mundo fueron tan tiernos amantes.

* * *

En los días en que tuvo lugar la horrible tragedia que acabamos de describir, se había hecho indispensable enviar al rey aliado de Güimar, desde el campamento cristiano, un mensaje; misión que fué encomendada a los dos bravos militares que acompañaron al infeliz Alberto en la tarde del encuentro de Tirma. Desde el momento en que la

tardanza del valiente capitán hizo sospechar a sus camaradas que le había acaecido alguna desgracia, se dispuso por el general Lugo que se reconocieran los campos de Agüere en averiguación de lo ocurrido, sin que aquellos dos amigos íntimos, que conocían detalladamente la historia de los amores que se narran en esta conseja, pudiesen dar luz acerca del particular.

Inútil fué el reconocimiento que con el mayor interés se llevó a cabo en los bosques, que aun en la parte llana que forma hoy la preciosa vega de San Cristóbal de La Laguna, existían en aquel entonces; inútil el que se hizo en el cristalino elemento, y en la cordillera de montes que separan la región de Agüere de los campos de Tegueste; y ya desalentados comenzaron a examinar con el mismo detenimiento la que sirve de línea divisoria con el Valle de Colín—montaña que en los últimos encuentros con el enemigo había sido regada con la sangre de los combatientes, sirviendo de teatro a rasgos de heroísmo dignos de que la fama pregonera los llevara de gente en gente, alturas donde había exhalado el último suspiro el valiente príncipe Tinguaro—cuando las frecuentes y venidas de un asqueroso cuervo a determinado punto que la espesura del bosque impedía ver, hizo concebir la horrible sospecha de si las rapiñas transportadas por el ave, pudieran ser los restos del infortunado mancebo.

La impresión causada en el ánimo de los guerreros al divisar el cuadro de desolación que ofrecía la funesta fuente, fué de extraordinario asombro y horror. El grupo de los descompuestos cadáveres aun asidos, pregonaban a voces los lazos amorozo que en vida unieron a las almas de los infortunados amantes; el rígido cuerpo del anciano colocado en una pequeña eminencia, como si muerto intentara aun gozarse en la contemplación de los efectos de su venganza, daba explicación exacta de lo ocurrido; y lo que con elocuencia prego-

naba la vista, pudieron confirmarlo más tarde cuando uno de los servidores del hidalgo de Colín hizo la historia de la infortunada familia en otro tiempo envidiada entre los de su raza.

Cuantas veces los conquistadores quisieron rendir un tributo de veneración y respeto al inolvidable guerrero, visitando el lugar teatro de tantos infortunios; el funesto cuervo señaló con su vuelo el camino de la fuente, y como si quisiese ser perpétuo testigo de aquellas desdichas, aun cree el vulgo que atribuye a estas aves muchos siglos de vida, que la negra ave que cada día y casi a una misma hora visita la hoy mermada fuente, es el mismo cuervo que, según la conseja, clavó despiadado su duro pico en los despojos de aquellos mártires del amor, y en los del infortunado autor de tanta desventura.

Los hijos de la ciudad ilustre que hoy levanta orgullosa sus torres al pie de la montaña, al visitar el templo —S. Roque— que ocupa el sitio donde la muerte del príncipe Tinguaro determinó una señalada victoria para la causa cristiana, llegan a la fuente que el insistente cuervo hizo famosa, y aun se figuran descubrir las huellas del infortunio con tan vivos colores transmitida de una a otra generación.

Alicante, diciembre 18 de 1887.

Desde París

Señor Director de EL LIBERAL.

Mi distinguido amigo: Sólo por cumplir mi oferta escribo la presente: puesto que, o debo consagrar a cada uno de los monumentos que encierra la gran ciudad y a su magnífico certamen internacional muchas correspondencias, lo que no me es posible, o concretándome a una sola o a pocas, como tengo que hacerlo, sólo me será dado ex-

presar a grandes rasgos mis impresiones, repitiendo lo que mil veces han dicho otros sin añadir nada que ofrezca novedad.

Desde Gerona, la ciudad española del heroísmo y del sacrificio, me dirigí a Tolosa, de Francia, pueblo bellísimo que volveré a visitar a mi regreso, y al que consagré una de mis cartas, que bien lo merecen sus hermosos edificios, y grandioso aspecto; y desde Tolosa y con una rapidez a que no nos tienen acostumbrados los ferrocarriles españoles, y atravesando poblaciones de alegre aspecto y campiñas deliciosas y bien cultivadas, pisé por segunda vez la tierra de este pueblo de París, verdadera capital del mundo civilizado, y teatro en todos los tiempos de acontecimientos prodigiosos y de suma trascendencia para la Humanidad.

Desde una distancia considerable, ya pude divisar la Torre Eiffel, digna atalaya de la ciudad ilustre, y al cruzar las calles y boulevards notaba un movimiento extraordinario que revela la existencia aquí de miles de extranjeros y de muchos forasteros a quienes atrae la magnificencia de los espectáculos que ofrece París en estos días. La afluencia de gentes es tal, que conseguir una plaza en uno de los muchos vapores que circulan por el Sena, o en uno de los miles de ómnibus o tranvías que en todas direcciones marchan constantemente, es un problema de difícil solución; penetrar a cualquier hora en un museo, subir a una altura, como al Arco de la Estrella, torres de N.^aS.^a o columna de Vendôme, un verdadero triunfo.

Grande fué la concurrencia a la Exposición del 78, que también visité, pero es forzoso convenir que no hay punto de comparación, bajo muchísimos aspectos, a la que para celebrar ese acontecimiento extraordinario que trastornó la sociedad entera, la Revolución del pasado siglo, celebra actualmente este pueblo singular.

Mi primera visita fué a la Exposición: el espectáculo que se ofreció a mi vista no puede describirse; para formarse idea de él es preciso verlo, me coloqué para admirar el conjunto en lo alto del Trocadero, y me preguntaba si era realidad o sueño lo que mis ojos veían. El inmenso techo de ese milagro de la ciencia e industria moderna que se llama el Palacio de Máquinas; la esbelta cúpula y hermosa fachada del de la industria, y los cientos de pabellones de los más distintos gustos; las fuentes grandiosas, los miles de estatuas, la multitud de flores y sobre todo esto, la afiligranada torre del mecánico profundo que ha sabido immortalizar su nombre, a todo lo que hay que agregar una multitud extraordinaria que difícilmente circula por puentes, paseos e improvisadas calles; forman un panorama que ni lo hay ni lo ha habido, esto es indudable, tan grandioso en el mundo. Los periódicos de estos días cuentan que los individuos que formaban el séquito de unos príncipes africanos que actualmente están en París, al llegar al Trocadero, dieron exageradas muestras de su asombro; puedo asegurar que sin ser de países donde aun no ha llegado la esplendente luz de la civilización y el progreso, con análogas muestras saludan otros al soberbio panorama que ni siquiera intento describir.

La torre de Eiffel desde este punto no parece tan alta como realmente es. La regularidad de su forma contribuye a ello indudablemente, pero con ella como con el Vaticano, me pasó que a medida que me iba acercando, se agigantaba y engrandecía: el círculo que ocupan los cuatro basamentos necesita para recorrerlo no poco tiempo, y ayer precisamente cuando ascendí a la altura no pude ocultar mi asombro al recorrer las extensas galerías del primer piso, los cómodos restaurants y cafés, que con otras dependencias se hallan

allí. Mi asombro subió de punto cuando en el segundo piso hallé con poca diferencia la misma comodidad, y a los 300 metros de altura, en el último piso, todavía hay espacios donde se venden artículos de consumo, y objetos alusivos a la torre misma, aun hay galerías que recorrer y espacio cómodo y capaz. Nada quiero decir del espectáculo que atónito presenciaba. París como en un mapa se divisaba desde allí, y la inmensa multitud que por todas partes circulaba, hacía el efecto de las hormigas activas y laboriosas que marchan de uno a otro punto de su extenso hormiguero.

Desde allí divisaba, y me fijo en este detalle por ser cosa española, tres plazas de toros, incluyendo la del Bosque de Bolonia, y en una de ellas se toreaba distinguiéndose perfectamente los movimientos del toro y de la gente y otros detalles de la corrida, si bien parecía un juego mecánico, sólo que no se veía la mano que debiera comunicar el movimiento: en otro pabellón aparecían buques en movimiento agitados por el mar: en la plaza de la Concordia aparecía la multitud de gentes que presenciaba el paso de los alcaldes de los departamentos invitados a comer en el antiguo Palacio de la Industria, sito en los Campos Elíseos. Desde allí se divisan los más altos edificios de París como si semejante altura no existiera; el sepulcro de Napoleón, el Panteón, el Louvre, N.^a S.^a de París, San Sulpicio, la Magdalena, el Gran Teatro; todo lo que por su grandeza tiene en el mundo gran renombre, aparecía como pequeñas figuras que cualquier niño pudiera colocar caprichosamente. ¡Oh! las impresiones del día de ayer no se borrarán jamás de mi recuerdo, como no se han borrado las que experimenté cuando presenciaba la salida del sol desde una altura de 3.000 metros, desde el pico de Teide. En Tenerife, ni las que me produjo Roma vista desde la cúpula de San Pedro.

El Palacio de Máquinas iluminado por cientos de luces eléctricas visto desde una de las galerías altas, galerías que tienen un ancho capaz para el largo de cualquier salón de un gran palacio, produce otra de las impresiones grandiosas; y el conjunto del Campo de Marte y Trocadero, cuando la torre, las cúpulas y los jardines se iluminan, y cuando las fuentes mágicas funcionan, es de aquéllas que no tienen rival, ni aun imaginándose las noches descritas en el famoso libro que de Mil y Una se ocupa.

El Palacio de la Industria deslumbra por la magnificencia de las instalaciones, especialmente en la sección francesa; la sección de Bellas Artes ofrece a mi juicio más novedad que en 1878, especialmente la sección española, que encierra magníficos cuadros que han alcanzado los mayores premios; los pabellones que por el extenso espacio se elevan orgullosos, del más exquisito gusto. El de España es bellísimo y de paso diré, que aunque nuestro país pudiera estar mejor representado, lo está mejor que en la del 78, y con menos gastos, gracias al patriotismo del conocido industrial D. Matías López. La calle del Cairo es una maravilla. No puede pedirse ni más naturalidad, ni mejor gusto. Los edificios, hasta la huella del tiempo la ofrecen con perfección suma. La teja es vieja y las puertas y balcones ennegrecidos y llenos de hendiduras. Los egipcios en los balcones y terrados u ocupando las bien surtidas tiendas y cafés; y la gente joven de aquella raza, transportando viajeros a lo largo de la calle, en bien adornados burros, a los que activan con sus cantos monótonos y hasta cierto punto, cariñosas exhortaciones. Aquello es alejarse de París y de Europa y cambiar de civilización y de costumbres.

Si intentase ocuparme siquiera nombrándolas, de todas las diversas materias que abarca este certamen, el más

grandioso del mundo y al que seguramente no podrá otro superar, me haría interminable. Baste decir, que no hay concepto de conocimientos que no abarque; así como antigüedades de todos los países; estado actual de los más refractarios a la civilización, con sus propias viviendas, costumbres, industrias, etc.; y claro es, que cuando todo esto abarca—exceptuando a Alemania—ningún pueblo civilizado deja de tener representación, ni ramo alguno de la ciencia y la industria dejará de ostentar manifestación digna.

Muchos días llevo dedicados al gran certamen y algunos he de consagrarles aún, mas no por ello he dejado de visitar de nuevo los museos famosos del Louvre, Versalles, Luxemburgo, el sepulcro de Napoleón, el de Santa Genoveva, el Panteón, la soberbia catedral de París y cuanto de notable encierra la ciudad más famosa del mundo. Tomando tranvías, ocupando la parte alta, en todas las direcciones he podido ver los inmensos boulevards, plazas, jardines de esta metrópoli ilustre, y notar los adelantos y reformas que en pocos años se han llevado a cabo: es el recurso para formarse idea exacta de la villa, que aconsejo a los que como yo no tienen carruajes a su disposición y han de dedicar pocos días a verlo todo.

En estos días han tenido lugar algunos acontecimientos. La visita del Shah de Persia motivó fiestas y convites; la de los príncipes tunecinos, agasajos y festejos; iluminaciones y fuegos artificiales en la plaza del Hôtel de Ville, con músicas y el pueblo bailando y gritando de un modo tal que parecía una locura general, en la celebración de una fecha de la revolución; y para que el cuadro sea variado, la ejecución en la plaza de la Roquette de dos asesinatos, acto que llevó allí al decir de *Le Petit Journal*, miles de almas, ávidas de presenciar el triste espectáculo.

No sé si podré escribir otra desde esta ciudad de los grandes heroísmos

y de los grandes crímenes y locuras. El tiempo de lluvia me impide ver todo lo que me propongo, y como la marcha será pronto, duda que pueda disponer de otro rato, s. s. s.

Agosto 18 de 1889.

La Jura de la Bandera

No diré que el patriotismo sea sentimiento desconocido u olvidado en absoluto en nuestros días, pero sí afirmo que abundan hoy más que nunca las personas que lo desconocen o lo califican de romanticismo inútil y hasta lleguen a calificar de persona desequilibrada a la que por la Patria hace sacrificios, o goza con sus grandezas y deplora sus desdichas.

El afán de goces y el adelanto de las ciencias y sus aplicaciones va empujando a la humanidad a un materialismo práctico y a un positivismo desconsolador. Los sentimientos nobles y desinteresados, precisamente aquellos que por serlo en grado más alto están en perfecta armonía con el espíritu y producen goce inefable y son inspiradores de actos grandiosos, se ahogan con el afán de lucro y del interés mezquino y empequeñecedor.

Eso explica perfectamente, el por qué son tan raros los actos de patriotismo; esto explica el porqué al deseo de sacrificarse por la patria, haya sucedido el de explotarla y vivir a su costa. Esto explica que al sentimiento inspirador de los actos heroicos que encierran las páginas gloriosas de la historia de todos los pueblos, haya substituído un indiferentismo casi general, o un entusiasmo dudoso, sostenido tal vez por esfuerzos oficiales y ficticios. A los guerreros que se ofrecían generosamente en holocausto por la Patria, han seguido los soldados asalariados u obligados que desertan a la primera ocasión. Al sacrificio des-

interesado, el mezquino interés en todo lo que a la patria afecte o pueda afectar.

Y como la patria existe con todos los atributos y necesidades que en otros tiempos; y como de su grandeza o de sus penas tienen que hacerse solidarios hasta en el orden económico los individuos que la constituyen, es necesario hoy como ayer defenderla, trabajar por su engrandecimiento y sostener su prestigio histórico, como los paganos sostenían en sus templos el fuego santo destinado a los sacrificios del culto consagrado a sus dioses.

De aquí que todo acto encaminado a levantar el espíritu adormecido del patriotismo en las masas populares, sea loable y merezca el apoyo de cuantos elementos puedan influir en la conciencia pública; de aquí el que sea un deber moral y efectivo a la vez, de las clases directoras, el despertar por cuantos medios estén a su alcance, el sentimiento de amor y respeto profundo a la entidad por excelencia que a todos nos cobija y ampara, a la Madre Patria, constituida por el suelo bendito que nos sostuvo desde el nacer y que guarda cariñosa las cenizas respetables de nuestros mayores.

Comprendiéndolo así, los pueblos más adelantados procuran estimular en las masas el desenvolvimiento de todo impulso que en el corazón de los elementos populares pueda contribuir a despertar aquel amor para que revista aquella forma amplia, elevada y noble de otros tiempos.

Tanto como aumentar los medios de ataque y de defensa; tanto como desenvolver los venenos de riqueza material, vale el afirmar en el corazón de los ciudadanos un amor vehemente, desinteresado y sublime por la entidad grandiosa que simboliza la patria. En manos de los indiferentes nada valen los elementos de defensa: cuando no se siente, la inteligencia poco discute y la voluntad se enerva: por el

contrario, el entusiasmo empuja al heroísmo: las grandes obras son fruto de sentimientos levantados, sostenidos con la energía que arranca precisamente del arraigo de aquéllos.

Los alemanes y los italianos en su afán de despertar el adormecido amor a la patria por ellos sostenida a costa de tantos sacrificios, han trabajado mucho por generalizar el respeto al medio que la simboliza, como indicando cuanta es la grandeza de la cosa significada cuando a su símbolo se debe respeto tanto. La bandera, enseña de la entidad nacional, siempre ha sido acatada por los pueblos que ella ampara bajo sus magestuosos pliegues; pero con el indiferentismo predominante, propio de la época, aquel respeto, aquel entusiasmo que a la sola vista de la adorada enseña se despertaba, parece como anulado.

Es necesario que el trozo de tela que movido por el viento parece llevar a la memoria estimulada por la impresión visual, los recuerdos gloriosos, los martirios sufridos, así como los peligros presentes; sea por todos amado y reconocido para que se despierte el sentimiento nobilísimo del sacrificio por la patria, como el entusiasmo por sus grandezas. Para conseguirlo es indispensable que desde niño en la escuela vea el ciudadano aquella enseña gloriosa; que en todos los sitios y en todos los actos donde algo grande se verifique, se enseñoree y presida la bandera que a la Patria representa. Por eso es digna de aplauso la disposición relativa a que en los centros oficiales, hasta del último villorrio, en la escuela como en el ayuntamiento, en el juzgado municipal como en la pequeña cárcel, se coloque la enseña querida, siquiera sea en los días de solemnidad.

En las dos naciones antes citadas, el juramento que se exige a los militares al formar parte de los ejércitos activos encargados de la defensa del sue-

lo y de los intereses patrios, juramento que se venía prestando en el interior de los cuarteles sin mayor pompa, se presta hoy en sitio público, a presencia de las autoridades de mayor prestigio y con extraordinaria solemnidad.

Ejemplo tan hermoso debía ser imitado en España, ya que nuestro presente papel casi se limita a las imitaciones, aun de lo que no debiéramos imitar; y este año, en presencia del Rey, ante un público numerosísimo tuvo lugar la solemne ceremonia, produciendo en el ánimo de los que la presenciaron, agradable impresión.

En la provincia de Canarias también ha tenido eco el ejemplo de Madrid y muestra de ello fué el espectáculo que la vecina capital ofreció el miércoles último en una de sus principales plazas.

Cuanto de culto e importante encierra Sta. Cruz, acrecentado con no escaso concurso de La Laguna, acudió a las nueve de la mañana a la hermosa plaza de la Constitución: allí estaban los cuerpos militares, las autoridades eclesiásticas, al frente de las que figuraba el Sr. Obispo, que expresamente bajó de La Laguna, así como el Sr. Director del Instituto general y técnico; las civiles presididas por el Sr. Gobernador, y una numerosísima representación de la juventud estudiosa que desde La Laguna acudió también a dar mayor esplendor al acto.

En los presentes tiempos se ha dudado, por primera vez, del amor que a España deben los habitantes de Canarias, cuya sangre, cuyo idioma, cuyas costumbres son eminentemente españolas, sin dejar lugar a duda. Los que semejante idea han abrigado debieron asistir al acto del día 15 del corriente. Allí se hubieran convencido de que los hijos de Canarias no son menos españoles que los peninsulares y tal vez mucho más que los que procedan de ciertas ingratas regiones de la misma Iberia.

He dicho mil veces, cuando de la posibilidad de perder las Canarias la nacionalidad española se habla, que jamás dejaré de ser español y que pediré a los míos por mortaja la sagrada bandera que dominó al mundo en otros tiempos y ante la cual, sean cuales fueran las vicisitudes de la veleidosa fortuna, han de descubrirse con respeto todas las generaciones. Ese pensamiento que creía sólo mío, germinó en aquel solemne momento, en la mente de muchos de los hijos del país allí presentes. Me consta.

Abril de 1903.

Un libro notable

Lo es indudablemente el llegado hace poco tiempo a nuestras manos, con el título de «Elementos de Química general y descriptiva», escrito por el sabio catedrático de la Universidad de Barcelona, Dr. D. Eugenio Mascareñas y Hernández.

Aparte de que obras de carácter científico, verdaderamente originales son muy raras en España, el libro a que nos referimos es también importante en sumo grado, y constituye un progreso en nuestra patria, porque reúne las dos condiciones que no suelen hermanarse comúnmente: la belleza en la forma y la perfección en el fondo; y cuenta que al hablar de la primera, comprendemos no sólo la forma literaria, sino que también la que atañe a la parte material de la que suelen ser perfectos observadores los escritores ingleses, quienes al decir del que fué nuestro eruditísimo maestro D. Adolfo Camús, saben siempre hermanar con las demás, esta preciada cualidad.

No nos proponemos hacer una crítica de la obra del señor Mascareñas, nuestro querido amigo y antiguo con-

discípulo. Ni el espacio de que disponemos lo permite, ni, con toda franqueza lo confesamos, nuestros conocimientos en materia tan difícil y de suyo variable. Y decimos variable porque en la antigua *Alquimia*, a pesar de constituir hoy una rama especialísima y muy cultivada de las ciencias físicas, ni se ha dicho en sus bases fundamentales toda la verdad, ni cesan en sus aplicaciones los descubrimientos y nuevas experiencias.

Nuestro propósito es sólo llamar la atención de las personas versadas que no conozcan obra tan interesante, y facilitar, con nuestras breves noticias, la adquisición de un libro de estudio y de consulta a la vez, a los alumnos de los establecimientos de enseñanza de esta apartada provincia, donde creemos que la Química del ilustre catedrático de Barcelona, sea poco conocida.

Constituye la obra que recomendamos, un tomo perfectamente impreso, con grabados magníficos, cuyos clichés fueron adquiridos entre los mejores de la culta Alemania, facilitando mucho el estudio la claridad y perfección de esos grabados.

Las antiguas y nuevas teorías que hoy imperan en la Química, son expuestas con una claridad que hace más recomendable esa obra, en un país donde no todas las de su índole suelen abundar en esta precisa condición; y a hacer más patente esa claridad contribuye un método expositivo original casi siempre y un lenguaje conciso, elegante y muchas veces bello, sin dejar de ser claro y sencillo.

Sin grandes pretensiones, pues se trata de una obra elemental, ha escrito el Sr. Mascareñas un libro completo que cualquiera creería un complemento, no sólo porque en los distintos capítulos casi nada hay de la materia que quede por decir, sino porque todo lo que modernamente, y es mucho, constituye una novedad, y que para conocerlo hay que apelar a obras

fundamentales extranjeras o a revistas que lo contienen diseminado, está recopilado en el libro del escritor fecundo y notable, honra de la cátedra española.

Fecundo, sí, porque el señor Mascareñas tiene ya publicados muchos libros, folletos y artículos sobre materias científicas, y en este ramo de los conocimientos, no suelen abundar en España los escritores verdaderamente fecundos, como abundan entre los que se dedican a dar a la luz obras literarias o filosóficas.

Cuando escribíamos al antiguo condiscípulo y amigo, dándole el parabién por haber dotado a España de obra tan perfecta, útil y rara, como la que nos ocupa, le decíamos que no nos sorprendía su triunfo; y nos fundábamos en la idea arraigada que tenemos de sus vastos conocimientos y de su amor al estudio, acreditado en las aulas, donde era distinguido por sus profesores que le premiaban con las primeras notas, y por sus compañeros que admirábamos aquella constancia en el trabajo, aquella claridad de ingenio y aquella curiosidad científica que le impulsaba a proporcionarse cuanto se había escrito en español y en francés de las materias que eran objeto del curso en la Universidad central; así como nos fundábamos también en su laboriosidad incansable cuando, ya catedrático, podíamos observar que hasta en el período de vacaciones, se consagraba al laboratorio, y se dedicaba al estudio del alemán para ponerse en comunicación, como lo está actualmente, con todos los grandes químicos del extranjero. Eugenio Mascareñas es de esos sabios que aman la ciencia, y a ella consagran por completo todas sus actitudes y vigiliias y por eso, los que le conocemos, esperamos que, si como deseamos, se prolonga su vida, ha de honrar y ser útil a la Patria con más obras, que, como la presente, contribuyan a que figure entre los hombres notables que han de dejar

Imperecedera huella en el camino de las ciencias físicas y naturales, por desgracia tan poco transitado en España.

Impresiones de viaje

Deseaba hacer excursiones en la provincia de Córdoba, cuya capital varias veces había producido mi admiración con sus especiales monumentos y costumbres características; quería visitar las ciudades principales como lo había hecho en muchas provincias de la Península, y ese deseo mío lo pude realizar en el verano último.

Compensados ví mis sacrificios, que siempre hay algunos cuando se viaja, y más sí, como sucede en esos pueblos, las comunicaciones con la capital no son directas ni cómodas. Para ir desde Córdoba a Cabra, Lucena o Baena, por ejemplo, hay que tomar una línea que casi marcha en otro sentido, y hay que esperar en Puente Genil o en otra estación horas y horas que en las caniculares resultan pesadísimas.

Digo que ví compensadas mis molestias, porque las impresiones recibidas fueron muchas y de recuerdo imperecedero. En pocas líneas voy a decir algo que a los que conozcan aquel país le servirá de recuerdo, y a los que no lo hayan visitado, de pasatiempo. De las capitales, todos escriben y por ende nada nuevo puede decirse; de las ciudades secundarias, algunas a veces más bellas e importantes que las misma capitales, casi nunca se ocupa la Prensa.

No fué Baena la población que primero visité en aquella gratísima excursión, y, sin embargo, por ella voy a dar comienzo a mi modestísimo trabajo. Siéntome a ello impulsado porque fué la que mejor pude estudiar; ya porque residí allí más tiempo, ya porque tuve la suerte de hallar cariñosas amis-

tades que nunca olvidaré, y personas ilustradas que me acompañaban a todas partes, reseñando con erudición y deleite y trayendo a cuento tradiciones y consejas que yo oía con suma complacencia.

Desde Montilla, bella ciudad de la que hablaré en otro artículo, y siguiendo una carretera extendida por un campo accidentado y de esmerado cultivo, me dirigí con gratísima compañía a la patria del celeberrimo literato Amador de los Ríos, a la rica villa que, más por fuerza que por agrado, rindió pleito homenaje a los Fernández de Córdoba, y a los poderosos duques de Baena. Dos poblaciones pintorescas de término extenso y rico quedaban a los lados del camino. Ambas presentaban un conjunto agradable; ambas ofrecían su caserío escalonado y dominado por las ruinas de un castillo, que dice a las generaciones presentes como se vivía en las pasadas. *Espejo*, villa de más de 8.000 almas, es la primera, y *Castro del Río* la segunda; está situada a la margen del *Guadajoz*, cuyas orillas deliciosas se perciben, ya tocando a la carretera misma, ya alejándose formando una serpiente de verdura matizada por aislados caseríos.

El carruaje se detiene; me avisan que debemos bajar, porque en una finca llamada Iscar, que apartada de la carretera se distingue, nos esperan. Allí fuimos. Un ser querido se adelantó desde un grupo de amabilísimas personas que a la puerta del cortijo me aguardaban. No olvidaré jamás aquel instante. Después de recorrer la finca y visitar una hermosa fábrica de harinas donde trabajaban numerosos obreros, se puso en marcha la nueva comitiva, ocupando yo el carruaje propio de la familia que debía de hospedarme durante mi estancia en Baena.

El paisaje continuaba siendo encantador: montañas de desigual magnitud formaban a un lado y a otro una pintoresca sierra; casas de campo en me-

dio de un bosque de olivos: aquí los trigos con sus doradas espigas sembrando en su sutil movimiento las mansas olas del mar; allí el maíz y la vid dando al conjunto verde matiz que le realza y complementa; de pronto surgen a lo lejos y al parecer tocando el límpido cielo, las torres de un amplísimo castillo y de un templo de grandes proporciones, y cubriendo la superficie del cono truncado que sirve de base a ambos edificios, un desigual caserío, apiñado, que no pudiendo ascender más, se extiende también por la planicie desde donde se levanta la montaña.

Es Baena: su aspecto, su excepcional situación va pregonando su historia. En la época en que, más que el derecho, predomina la fuerza, las gentes buscaban el apoyo, la defensa de un fuerte, y levantaban sus viviendas en los sitios más altos. En la que puede considerarse como base menor del cono truncado, comenzó la población: allí tuvo su principal desarrollo, allí debió levantarse al mismo tiempo la fortaleza que sirviera a la vez de atalaya y defensa. Hoy esa fortaleza sería completamente inútil, porque la inmediata cordillera que lleva el nombre de la villa, domina completamente a ésta y un solo cañón de los modernos bastaría para inutilizar la en otro tiempo inexpugnable fortaleza.

La historia antigua de Baena, en efecto, se reconcentra en el castillo ruinoso que la corona. Si es verdad que, como acreditan los estudios hechos, ni griegos ni romanos intervinieron en la fundación de la villa (*), está plenamente probado que en la época en que, por espacio de 518 años dominaron los árabes, la fortaleza era tenida en gran estima y por ellos fué ensanchada y el pueblo engrandecido y defendido con tesón y bravura, no sólo contra los ataques de los cristianos, que tuvieron gran empeño en poseerlo,

sino aún los mismos príncipes moros en sus continuadas querellas.

La antigua población y su coronamiento, estaban rodeados de fuertísima muralla, de la que aun hoy se perciben algunos trozos y más de cincuenta torreones bastante bien conservados, que dan al conjunto aspecto propio de los pueblos de la Edad Media.

El interior de la población, con estar constituido por un caserío de buen gusto y abundar las casas de familias distinguidas, cuya posición desahogada se revela en la comodidad y hasta suntuosidad de aquéllas, no corresponde a la belleza del conjunto. Sus calles son todas, excepción hecha de las pocas que se extienden en la llanura, pendientes en grado sumo. Nuestra hermosa Villa de la Orotava, que es nombrada por ese concepto, puede ser considerada como población llana al lado de Baena, y si a esta condición desagradable, se une la de un descuido grande en la parte que corresponde a los municipios, (empedrados, adoquinados, aceras, etc.), no es de extrañar que el visitante llegue a desear el reposo y no sienta estímulo por visitar los sitios más bellos, los monumentos más notables.

El centro de la Villa es el *Coso*, o plaza de la Constitución, donde yo vivía. Desde mi balcón abarcaba una extensa alameda de forma rectangular, donde, jueves y domingos, se dejaba oír, ante una concurrencia numerosa, regular banda de música. Alrededor de esta plaza, estaban los casinos, por cierto, muy buenos. Una de las bases menores del rectángulo la ocupaba la casa municipal, de muy decente aspecto, y un edificio de regulares formas servía, en uno de los lados mayores, de albergue a varios centros oficiales. El castillo famoso corona con sus torreones artísticos aquel animado panorama.

El castillo, fundado por los árabes, ampliado y hermoñado por los cristianos y más cuando pasó a la propiedad

(*) Hoy ciudad.

de los condes de Baena, quienes apesar de la resistencia del pueblo, ejercieron largos años señorío, es hoy una ruina. No merecía como defensa inexpugnable que fuera respetado, pero como obra de arte, por sus admirables torreones, despejados patios y artesanos salones y más que nada, por sus recuerdos históricos entre los que figuran en primer término el haber servido de albergue al prisionero Rey Chico de Granada, merecía el respeto de todas las generaciones, las que pudieran dedicarlo a servicios útiles conforme a la época. Sus dueños, de todos modos, lo han perdido. ¡Cuánto hubiera ganado Baena y honrándose los Duques destinándolo a establecimiento de caridad o de enseñanza!

¡Hermoso panorama se disfruta desde aquellas medio derruidas torres! De una sola mirada abarca el observador la población, relativamente populosa, extendida sobre la superficie del cono, cuya cúspide desde aquel punto parece ser el torreón mismo. Del castillo parte una galería larguísima que le une con un monasterio próximo y que me recordó la que atónito recorrí en Florencia cuando, sin salir a la calle, me trasladé desde el palacio de los *Oficios* al tan distante *Pitti*, Museo portentoso en el cual se admiran algunas de las más famosas obras del divino Rafael. Aquella galería, la del castillo de Baena, fué construída por uno de los Condes para que diariamente y por privilegio papal, pudieran acompañarle a la mesa dos de sus hijas, monjas profesas en el aludido monasterio, cuya iglesia, por cierto, es preciosísima, y en cuyo coro bajo duermen el sueño eterno, según reza una lápida que leí junto a la reja del coro.

Próximo al Convento, y siempre en la que hemos llamado base menor del cono truncado, está la principal Iglesia, tan antigua que ya hablan de ella algunos documentos del siglo XIII, emplazada en el mismo lugar que la Mezqui-

ta que sirvió a los moros más de 500 años.

Puede calificarse de hermosa por sus espaciosas naves, sus arcos ojivales, sus verjas platerescas, retablos y alhajas entre las que sobresalen las *andas de Corpus*, de plata y de más de 2 metros, obra que ya quisieran poseer famosas Catedrales.

En esta iglesia tienen su enterramiento varios descendientes del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba. A un lado y otro del templo dice la tradición que existieron dos emparedadas, que se hicieron famosas por su singular y exagerada penitencia. Lo que se creía dudoso, se ha confirmado plenamente por dos documentos auténticos.

Las proporciones que va tomando este escrito me advierten que debo concluir, y lo siento en verdad, porque aun resta mucho que decir de pueblo que me fué tan simpático. De otros templos, dignos de visitarse, como el de San Bartolomé y Guadalupe, de su famosa y casi monumental fuente llamada de Baena, que envía los residuos de sus abundantes y numerosos caños al pintoresco río que casi rodea a la Villa, al afluente del *Guadajoz* llamado *Mar bella*; de sus jardines particulares, dos de los cuales recuerdo en este momento por su belleza, que están situados a orillas del repetido *Mar bella*, en uno de los que tuvo lugar en aquellos días un acto político de resonancia local, presidido por el actual Gobernador civil de Madrid Sr. Sánchez Guerra, diputado por Baena, y en el otro, una singular fiesta aristocrática que no olvidarán fácilmente los que a ella asistieron; de todo esto nada quiero ni puedo decir; y sólo recordaré para concluir glorificando a un pueblo por tantos timbres ilustre, que en él se mecieron las cunas de muchos hombres distinguidos, que son honra de la patria, entre los que recuerdo en este momento a Juan Alfonso, autor de la obra el *Cancionero de Baena*, que dedicó al rey D. Juan II,

y al hermano de aquél, Francisco, poeta de no escaso mérito: a Juan el Latino, escultor famoso, hijo de una infeliz esclava: al poeta Villalobos; al Obispo Henares, que a su ciencia unió la virtud en grado heroico; a los celebrados Monroy, pintor, y Serrano, escultor, y al que conocí personalmente, porque asistí algunos días a oír sus admirables y eruditas explicaciones en la Universidad central, el nunca bastante celebrado D. José Amador de los Ríos. Baena ha colocado en la modesta casa del notable y tan ilustre patricio, una lápida, que honra al literato y al pueblo que le glorifica.

Las Hermanitas de los Pobres

Para que su obra sea grande, para que tengan más motivos de admirarlas y sublimarlas los pocos que saben apreciar el mérito, la virtud y el sacrificio, permite Dios que en todas partes pasen por inadvertidas, casi ignoradas.

Así sucede en nuestra Ciudad y en el resto de la isla a pesar de que a toda ella alcanza su acción benéfica y altamente meritoria. ¿Quién las nombra? ¿Quién se acuerda de que en el humilde local en cuyas paredes se leía desde muy antiguo el conmovedor dístico que decía:

Padre y Madre me dejan...

¡Dios me ampare de los males que me aquejan!

refiriéndose a los desdichados a quienes abandona el amor más grande y verdadero que hay en el mundo, existe una Institución tan grandiosa por su fin como modesta por los medios de que dispone, que se consagra a recoger y amparar a los desdichados a quienes, a más de la miseria, agobia el peso de los años?

Hay que fijarse en aquellas sublimes mujeres, en aquellos ángeles consagrados a soportar VOLUNTARIAMENTE las asquerosidades de la ancianidad, las impertinencias de los años, y las dificultades que de la escasez de recursos emana, para apreciar en su valor, abnegación y resignación tanta.

¡De rodillas, diremos a sus detractores, si es que los ángeles pueden tenerlos; de rodillas ante esas heroínas de la caridad; de rodillas, seres inícuos, incapaces, no ya del sacrificio desinteresado por otros seres, pero ni aun de estimar el mérito de las que, por los demás, dan juventud, libertad, salud y vida! ¡De rodillas!

No sabemos si Francia, en esos atentados contra la libertad que está llevando a cabo *legalmente*, ha puesto su mano homicida sobre institución tan grandiosa; pero, si así fuese, es necesario afirmar que aquella nación que blasona de civilizada, está a las puertas de la barbarie, como lo estaba el asqueroso Imperio romano a pesar de sus inmensos adelantos materiales.

Muchas son las Instituciones que el catolicismo sostiene dedicadas a ejercer la virtud más grande de todas: la virtud sacrosanta de la caridad; pero ninguna supera a la que encomiamos hoy, y que hemos tenido la honra inapreciable de ver establecida en esta vieja Ciudad, donde el sentimiento de la caridad está por fortuna tan arraigado.

En todas partes es grande el sacrificio que esas mujeres sublimes se imponen; en nuestra población es mayor. Se trata de una población pequeña, sin más riqueza que la agrícola, por desdicha muerta por falta de protección oficial y por falta de capital; y esta pobreza general es el principal obstáculo con que tiene que luchar el sentimiento hermoso de la caridad, a la que rinde culto esmeradísimo el pueblo lagunero; tiene que atender al Hospital, en otro tiempo rico, hoy reducido a

una modestísima pensión que, como carga de justicia, abona la administración provincial; tiene que atender a dos Sociedades de Caridad: las de San Vicente de Paul; tiene que acudir con sus limosnas a la demanda de una multitud de pobres que de fuera y de dentro de la población imploran diariamente la caridad, y no es posible ir más allá. La escasez de recursos en la bendita casa de S. Sebastián tiene necesariamente que ser la nota característica, la situación dominante.

A pesar de ello hay que recorrer aquella modesta casa para abarcar el mérito de las Hermanitas de los ancianos: las mismas Madres lavan las ropas, cuya suciedad corre parejas con las miserias de la vejez; ellas cosen, cocinan, atienden a los enfermos que en este crudo invierno han sido muchos, y sostienen el orden y la observancia de las reglas de la casa. Algunas de esas Hermanitas parecen viejas siendo jóvenes, por el exceso de trabajo y la abundancia de miserias; su mayor alegría es contar con recursos para que estén contentos sus pobrecitos ancianos ¡Benditas sean!

No olvide el pueblo de La Laguna, no olviden todos los pueblos de Tenerife, que en aquel reducido rincón de la Ciudad que a todos dió vida y con los que se mostró siempre generosa, hallan un refugio los ancianos de ambos sexos que se ven desamparados en los instantes más tristes de la vida, en los momentos próximos a la partida, al gran viaje del cual no se vuelve más.

Así como se pensionan a personas o instituciones que pueden influir favorablemente sobre los destinos de los pueblos, como ninguna es de mayor beneficio, ni abarca fines más altos que la de las Hermanitas de los pobres, los Municipios de todos los pueblos de Tenerife, y la misma Diputación provincial, debieran pensionar a este Establecimiento benéfico.

Esas personas ricas que carecen de descendientes, debieran imitar los rasgos de caridad tan frecuentes en otros tiempos,—y son testigos de ello los hospitales pingüemente dotados y la multitud de establecimientos benéficos y actos piadosos de los que aun hay vestigios por doquier—y acordarse de institución tan hermosa, legándole, como ya lo van haciendo algunos, parte de sus bienes, los que después de todo, según el precepto evangélico, pertenecen a los necesitados, a los desheredados de la fortuna.

Acuda con frecuencia el pueblo de La Laguna a aquella bendita casa; lleve, el que pueda, su limosna grande o pequeña; y el que de recursos carezca, lleve siquiera el consuelo a los desvalidos ancianos, para los que en el mundo no tiene sino desengaños, tristezas y desamparo.

¡Cuánto adelantarían con ello, aquel consolador Asilo!

Desde Sevilla

No es LA REGIÓN CANARIA un periódico de criterio cerrado en materias políticas, y, por consiguiente, no veo dificultad alguna en que, prescindiendo de envenenados ataques o de apasionadas defensas, se dé cabida en él a la información de los acontecimientos de nuestra agitada vida política, juzgándolos, claro es, con criterio imparcial y con estricta sujeción a principios racionales admitidos, de buena o de mala voluntad, por troyanos. Por esta consideración, y por la aún más digna de tenerse en cuenta, de no hacerse solidario el periódico de las ideas emitidas por sus colaboradores, me decido a consignar en la presente carta algunas reflexiones acer-

ca de los acontecimientos que han preocupado la opinión pública en estos tristísimos momentos.

Hemos llevado muchos días de agitación insoportable. Cuando necesitamos hacer patente a la faz del mundo que la conducta política y económica de España no sería en el siglo XX lo que fué en el XIX; cuando debiéramos consagrar nuestra actividad al desarrollo de nuestra cultura y de nuestra riqueza por el ejercicio ordenado de nuestro derecho positivo y por la aplicación de una moral e inteligente administración, como si nada nos enseñaran tristes experiencias, tornamos a la vida de agitación, revueltas y motines; retrocedemos al camino del descrédito en todos los órdenes; volvemos, en una palabra, a esa relajación de todo respeto y de todo vínculo social que produjo nuestra ruina y el estancamiento de la vida de progreso.

Las principales capitales de la desdichada España han ofrecido durante muchos días el aspecto de los pueblos que vegetan más allá del estrecho vecino. ¿Qué motivó este estado de cosas? ¿Qué justifica esta desdicha? Vamos a examinarlo, procurando no inclinarnos en nuestro criterio ante ninguna opinión que no sea la que a nuestro juicio tenga por fundamento la razón y el derecho.

Es indudable que las luchas entabladas con tanto ardimiento son en el fondo pura y exclusivamente políticas, y que, siéndolo, se empeñan los combatientes, los que por conseguir su objeto todo lo atropellan, en hacerla religiosa. Los unos, para sumar prosélitos, se hacen los paladines de ideales que, por declaración de los pontífices, si bien deben informar a los principios que rigen los Estados, son diferentes en su desenvolvimiento y aplicación; los otros escandalizan para conseguir inteligencias entre elementos dispersos que aspiran a la consolidación de sistemas imperantes o al triunfo, siquiera

sea momentáneo, de los que, por la fuerza misma de las circunstancias, viven alejados del poder.

La religión tiene su esfera bien caracterizada, bien delineada. A su jefe corresponde declarar el dogma y establecer la disciplina: cuenta la Iglesia con medios de propaganda, con sus tribunales y con sus códigos: de ningún otro poder depende ni ha menester el apoyo de partidos contingentes y a veces egoístas. Ella es la única autoridad para definir el pecado, y su cátedra y su prensa, la prensa puramente religiosa, son medios suficientes para combatirlo y para difundir el bien.

No es posible que ninguna agrupación carlista ni integrista vaya contra estos principios: todo lo más que puede objetarse es la idea de que a la Iglesia, a pesar de ello, convenga siempre que existan elementos que representen fuerza en la vida social, que le presten apoyo; y esto (mientras el prestarlo no produzca perturbaciones, por la misma Iglesia lamentadas, ni males de cualquier índole que fueren) nadie puede dejar de admitirlo.

No es posible que el grupo liberal desconozca ese mismo principio. En su credo figura como principio fundamental el reconocimiento de la vida de las asociaciones que en la moral y el derecho apoyan su razón y medios de existencia. Por eso la Iglesia vive en todos los pueblos en relación mas o menos íntima con los Estados, según las circunstancias, mas siempre con libertad para cumplir los fines a que consagra sus afanes; cuando se le niega esa libertad, la vida del Estado es anormal, la tranquilidad deja de imperar en el país. Lo mismo ocurriría con otra religión que contase numerosos prosélitos en una nación determinada.

Admitido esto, aunque partiendo de distinto punto de vista, preguntamos nosotros: ¿Ha declarado la Iglesia que cierta clase de liberalismo es pecado?

Pues a sus oradores en el púlpito, como lo hacen con el robo, la calumnia o la lujuria, corresponde combatirlo; a sus confesores corresponde perdonarlo o no, según las facultades de que por la misma Iglesia estén revestidos.

Si los partidos que no tienen inconveniente en admitir como principio fundamental de su bandera el respeto y sumisión incondicional a la Iglesia, prestaran a la propagación de ese concepto su apoyo con el mismo desinterés que prestarlo pueden a otro cualesquiera, por ejemplo, al que vá encaminado a condenar el incesto, el adulterio, el asesinato, el robo; y ese apoyo no trajera aparejada la lucha, el desorden, la ruina, a nadie se le ocurriría, no diremos ya combatir, ni mirar siquiera con malos ojos semejante fructífera protección. Pero es el caso que mientras los demás pecados son, si no olvidados, por lo menos poco o nada combatidos por los sectarios políticos a que hacemos referencia, el ya famoso pecado de liberalismo es traído y llevado en las columnas de periódicos, en las reuniones públicas y en todos los sitios donde puede hacer ruido, donde puede ser causa de lucha o de intranquilidad para ciertas agrupaciones. Se sabe que en España al partido imperante y a los que aspiran a la dominación dentro del sistema monárquico o republicano, se les designa con el nombre genérico de «partidos liberales», y conviene enunciar el principio, sin distingos, sin explicaciones, para restar prosélitos, para crear antagonismos, para producir motines, tal vez teniendo en cuenta aquel vulgarísimo adagio de «a río revuelto ganancia de pescadores». Ellos saben que la Iglesia no rechaza la libertad, ni los principios que en ella tienen su fundamento, y que aun cuando condene la civilización moderna, no debe entenderse al pie de la letra—como observaba el Catedrático de la Central, señor Lafuente, cuyo recuerdo es inol-

vidable para el que estas líneas escribe,—el concepto que trata de esta materia; puesto que lo que se condena es la civilización que se aparta de la causa de las cosas, de la moral y de la eterna justicia; y a pesar de saber esto, repiten la expresión general, porque saben que, dada la ignorancia de los más, puede ser origen de escándalo y base segura de trastornos. Lo mismo ocurre con la palabra libertad.

Conferencia

*dada el 18 de Enero
de 1880 en el Municipio
de La Laguna*

Señores: Hice cuanto estuvo de mi parte por no ocupar este sitio: sea esta franca manifestación mía, motivo bastante para merecer vuestra benevolencia. Y no era dificultad del asunto que aquí debe tratarse lo que me hacía rechazar el honor de dirigiros la palabra; a pesar de mi reconocida insuficiencia: el pensamiento del Gobierno es que a la honrada clase labradora, que tanta importancia, y muy legítima por cierto, tiene en la sociedad; a esa clase respetable que constantemente trabaja por sacar de la tierra todo el partido posible en beneficio propio y de sus asociados, ya que no le es posible hacer suyo ciertos gérmenes de conocimientos de grande utilidad que se enseñan en las cátedras, se le explique en días festivos y en horas compatibles, con la sencillez que las circunstancias requieran, algunos de los que, aplicados, puedan proporcionar mayor bien al país, se le haga ver lo ridículo de ciertas preocupaciones, combatiendo aquello que la razón y la experiencia dicen debe ser desechado, e instándole para que acepte cuanto en otros países constituye un verdadero adelanto.

La materia tan debatida lo mismo en los centros oficiales de instrucción que en el campo importantísimo de la prensa, es bastante sencilla, y el estudio muy de mi gusto; no puede, pues, ser la dificultad del asunto el motivo de mis excusas, y como ya estoy casi obligado a expresar cual sea, debo decir, que por una parte la competencia, de todos reconocida, de los que me han precedido en el uso de la palabra en los domingos anteriores: el auditorio escogido que aquí se reúne, que por cierto no es el que se propuso reunir el Gobierno al establecer estas conferencias, y el no haber hablado nunca en público, pues no puede considerarse en cierto modo como pública la explicación dada en cátedra ante un reducido número de alumnos; todas estas circunstancias, muy atendibles por cierto, fueron las que motivaron las excusas a que hago referencia.

Vuestra benevolencia, espero no ha de faltarme y yo fiado en ella, voy a tratar en este día de un asunto importantísimo para nuestras Islas, asunto del que nos debiéramos ocupar con frecuencia, pues como tendré ocasión de hacer ver afecta muy directamente nuestros intereses y los de nuestra patria.

La importancia del arbolado, la necesidad y conveniencia de repoblar los montes que han podido conservarse hasta hoy, va a ocuparnos en este instante, concretándome en las reflexiones que haga a exponer aquello que, a mi juicio, sea más interesante de lo mucho que sobre tan vital asunto pudiera decirse. Cuando en la presente estación parece haber vuelto La Laguna a su antiguo clima; cuando hemos visto como en otros tiempos a los cauces de los barrancos sin poder contener las aguas producto de las lluvias, y a la vega inundada, recordando aquellos años en que, según cuentan las consejas, los religiosos de San Diego se comunicaban con la ciudad por medio de lanchas, cuando todo esto acontece, parecerá

extraño que venga yo a ocuparme de la necesidad de aumentar el arbolado, haciéndola notar principalmente en la escasez de lluvias.

Mas, a poco que se reflexione, a poco que se medite, se observará que si bien en el presente año no hemos tenido que lamentar hasta ahora esas secas que en los anteriores contristaron nuestro ánimo y llevaron la desesperación al pecho de nuestros agricultores, no existe un razonado y aceptable fundamento para juzgar que, en lo sucesivo, no vuelva tan triste situación, sino que por el contrario, si la razón comienza a formar cálculos sobre de este asunto, todo lo que ella diga, va en contra de lo que nuestro deseo apetece. Diganlo si no los continuados *sures* que en este mismo año han reinado casi constantemente, cuando en otros tiempos sólo 24 horas, o a lo más tres días se dejaban sentir; *sures* que, por circunstancias muy extraordinarias, han venido acompañados de lluvias que han ocasionado inmensos males. No han sido las del presente año esas lluvias serenas y sosegadas que en otros tiempos hacían figurar a nuestros campos entre los más fértiles, llevando la satisfacción y la alegría al seno de los habitantes del país que veían cubiertas sus necesidades con abundantes cosechas: ha acontecido entre nosotros lo que en la civilizada Europa, aquí como allí se ha presentado el invierno con extraordinaria crudeza, sin que por ello pueda presumirse que en los años sucesivos los campos se vean favorecidos por la indispensable lluvia.

Las mismas causas que han motivado las secas de los años anteriores, subsisten aún, y subsistiendo, debemos ocuparnos de ellas, por si es posible el remedio, por si de nuestra mano está el evitarlas o por lo menos contenerlas.

Que los árboles son el principal elemento para que el fenómeno meteorológico conocido con el nombre de llu-

via se produzca, es un verdadero principio, es una verdad que, por lo generalmente admitida, podríamos dar como evidente: está probado por la experiencia de todos los tiempos y de todos los países, que allí donde el árbol no eleva orgulloso su ramaje adornando con su verdor la oscura superficie de la tierra, y mitigando con su interposición entre ésta y Apolo los efectos ardorosos del mismo, el cielo se presenta con una limpidez que si no desagrada a la vista, es terrible para la vida, tanto vegetal como animal.

Son los árboles el alma, por decirlo así, de la vegetación, amigos fieles y provechosos del hombre, conductores entre las nubes, cuyos líquidos son indispensables para el crecimiento y producción de los vegetales, y la tierra morada siquiera sea por poco tiempo, del rey de la creación.

La comarca que comprende mayor número de ellos se distingue de las demás por su belleza, y la belleza de la misma parece reflejarse en el ánimo de sus habitantes. Cuan cierta sea esta tesis habrá tenido ocasión de observarlo todo el que ha viajado: nada más triste que el aspecto que presentan los pueblos de la Mancha, llanuras inmensas del interior de nuestra España, donde el árbol es un verdadero fenómeno y las estaciones extremas: yo ví pueblos cuyas dimensiones hablaban muy alto de su importancia, donde no era interrumpido por el verde del árbol el color oscuro de las tierras laborables, y no sé si será aprensión mía, me pareció que el aspecto de sus habitantes, sus vestidos, todo, reflejaba tristeza y pobreza sin igual. En cambio, ¡cuánta alegría respiraban los campos de la sin rival Andalucía y de la hermosísima Valencia! El mismo fenómeno tuve ocasión de notar al atravesar la Italia, tierra clásica de la belleza, y la Francia, modelo de los pueblos civilizados.

Es sabido que las nubes, esos cuerpos flotantes que parecen rodear la

tierra con cariñoso celo, son producto de las evaporaciones constantes que se verifican bajo la acción del calor solar. Ellas se complacen en detener su movimiento sobre los grandes bosques: allí donde el arbolado abunda, rasgan las paredes de sus enormes masas y proporcionan pródigas los tesoros de sus limpidas aguas. Por el contrario, allí donde el espeso follaje de los montes es desconocido, ellas si acaso cruzan el horizonte, lo hacen rápidamente, y a no ser por una causa extraordinaria, no deciden en forma de lluvias, si bien lo hacen causando daños o inundándolo todo, lo que rara vez acontece donde hay arbolado. En la Guayana, país el más poblado de bosques que se conoce, las lluvias son tan frecuentes que sus habitantes se ven precisados a vivir sobre los mismos árboles, durante el largo invierno. No sucede así en la Libia, el Egipto y la Arabia, donde no hay árboles, siendo los nublados y las lluvias punto menos que desconocidos.

Mas ¿para qué hemos de acudir a lejanas tierras en busca de ejemplos que corroboren esta verdad, cuando dentro de nuestro propio país tenemos las pruebas más convincentes que pudieran presentarse? Las islas de Lanzarote y Fuerteventura, en otros tiempos pobladas de bosques, en especial la última, hoy que carecen de ellos, apenas producen lo necesario para el sustento de sus míseros habitantes, y en esta de Tenerife donde los bosques de pinos eran abundantísimos, según consta en documentos oficiales, lo dice la tradición, y lo atestiguan gruesos maderos que aun se conservan y que no hacen inverosímil el dicho del historiador Viera, honra de este suelo, acerca de la ermita de San Benito, edificada con un solo pino que había crecido en aquel mismo sitio. Comarcas hoy relativamente pobres, eran ayer abundantísimas, gracias a esos mismos bosques: díganlo sinó Güimar y Fasnía, cuyas cercanías coronaban fron-

dos montes que, atrayendo las nubes, conservaban en el suelo la humedad que las plantas necesitan.

Pero no son sólo las aguas que llevan en su seno las nubes, las que obedecen a la beneficiosa atracción de los árboles: las fuentes brotan abundantes del centro de las montañas que abrigan con sus hermosos copos esos vegetales, y si no puede afirmarse en absoluto que ellos sean la causa de que broten abundantes y cristalinas, bien puede asegurarse que constituyen eficazmente a su enriquecimiento, desarrollo y conservación. ¿Qué nos dice la circunstancia de carecer Fuerteventura y Lanzarote de bosques y ser tan escasas las fuentes, que las aguas para el abasto público tienen que proporcionarse recogiendo en cisternas o pozos, las que son producidas por las torrenciales lluvias? Si queremos un ejemplo que nos facilitó la misma naturaleza para explicarnos el servicio que cada árbol presta en el concepto que nos ocupa, recordemos el famoso Arbol del Hierro, cuyas hojas absorbían casi visiblemente el agua de la atmósfera, siendo raro que no estuviese rodeado de una nube. Este árbol originaba a su pie copiosas y cristalinas fuentes que dejaron de brotar, cuando cesó la vida de tan extraordinario ejemplar de la naturaleza.

Admitido, como no puede menos de admitirse, que las lluvias obedecen a la atracción de los árboles, como a la vara de Moisés, según los libros bíblicos, obedeció la peña brotando agua que devolvió la vida a las huestes judías, ¿será de difícil explicación la pertinaz sequía que de algunos años a esta parte viene dejándose sentir, y que ha convertido nuestro suelo, de suyo tan feraz, en uno de los más pobres, y ha hecho aquí poco menos que imposible la vida de sus hijos, quienes se ven en la dura necesidad de emigrar a otras tierras buscando el alimento que su país les niega?

Sin atender a que el árbol es, como ya dije, el más provechoso amigo del hombre, a que él le proporciona con sus maderas la habitación y utensilios necesarios para abrigarse y defenderse de la inclemencia de los elementos, le alimenta con sus frutos, lo mismo que a los animales de que tiene que valerse, le da con sus hojas, antes bello adorno, abonos para sus tierras; desvía la dirección del rayo, marcando un derrotero por su propia substancia librándole quizá de desastroso fin, purifica la atmósfera cuando absorbe los elementos en ella existentes que son nocivos, así como la enriquece con los que son favorables; sin atender a todos estos inapreciables servicios que el árbol presta al hombre, éste le troncha, le hace desaparecer como a un ser perjudicial, llevado de un mal entendido egoísmo, u obedeciendo a preocupaciones ridículas y censurables.

¿Qué se han hecho de los preciosos bosques que rodeaban a La Laguna? ¿Dónde están los deliciosos paseos de la Cruz de Piedra, Alamos de Montero, Plaza de San Francisco, San Diego y tantos otros lugares que, al par que eran sitios de solaz, contribuían a la obra beneficiosa de que nos venimos ocupando?

Todos desaparecieron; nadie se ocupa de plantar un árbol y lejos de conservar siquiera los pocos que existen, se echan por tierra, con el pretexto de que su sombra es perjudicial a los sembrados; y sin advertir que, si el árbol es frutal, siempre produce más que lo que puede dañar al sembrado que cubre, contribuyendo además a que no falte la indispensable humedad de la tierra, sin advertir también que los efectos desfavorables de la sombra pueden contrarrestarse dando al mismo árbol formas adecuadas, como las que tuve ocasión de admirar en la hermosa huerta de la sin rival Florencia, donde el árbol, sin dejar de dar fruto, apenas da sombra, y eso que lleva entrelaza-

dos caprichosamente en sus ramas frondosas vides; así es que en el mismo terreno, sólo por la buena colocación, se producen vinos, cereales u otras sementeras y ricos frutos, que tienen gran nombradía. No es menos ridícula la especie de que las raíces empobrecen la tierra, pues es sabido que los árboles profundizan sus raíces y allí es donde buscan su alimento sin robar casi nada a la capa laborable donde crecen las plantas someras.

De todos es sabido que las lagunas o vega de La Laguna permaneció hasta no hace mucho tiempo en estado de terrenos baldíos, y que ésta, por muchos conceptos, ilustre Corporación municipal, dispuso se distribuyeran entre los vecinos con ciertas condiciones, entre las que figuraba la obligación, que por desgracia no se ha cumplido, de plantar árboles en las cercas de dichos terrenos; esta disposición, a más de contribuir al mayor embellecimiento de las cercanías de la Ciudad, tenía indudablemente el objeto de proporcionar todas las ventajas que son propias del arbolado, que en aquellos tiempos, que quizás creemos nosotros atrasados, se comprendía mejor que hoy la necesidad de armonizar lo útil con lo bello, y se sacaba de los seres de la Naturaleza todo el partido posible.

Si nos fijamos en otras localidades de Tenerife, tendremos también que preguntar por bosques algunos hasta de leguas, de los cuales ni aun vestigios quedan, cuando tan reducidísimo es el espacio ocupado por los que existen, de cuyo estado no quiero ocuparme, porque no es mi intento hacer inculpaciones a nadie desde este sitio.

Los árboles, no me cansaré de repetirlos, absorben la humedad de la atmósfera a la manera de esponjas y después de nutrirse con ella, la comunican a la tierra haciéndola llegar a las capas profundas donde vegetan las raíces. Plantas hay en que el poder absorbente es muy visible, sin el Arbol del Hierro ya

citado; de éstas son abundantísimas en Irlanda, Escocia y en las provincias españolas de Santander, Galicia, Asturias y otras, y este poder absorbente, desarrollado en extensiones considerables de terreno, viene a regular en cierto modo los movimientos de las aguas que caen de las nubes, pues lo hacen gradualmente, evitando quizá muchas de esas grandes lluvias torrenciales que llevan la devastación y la ruina donde debieran dar vida y prosperidad: obran los árboles, repito, como esponja y amenugan además con sus troncos el ímpetu de las aguas, interrumpiendo su paso y evitando, con el enlace misterioso de sus raíces, que las tierras sean arrastradas al mar, servicio importante para una provincia como la nuestra, que tiene casi todos sus terrenos en rápidas pendientes.

No puedo resistir al deseo de exponer aquí el resultado de ingeniosísimas experiencias verificadas por el célebre sabio Kaller, resultados que comprueban el acerto, que ya está en el ánimo de todos, de ser el árbol un verdadero absorbente de la humedad de la atmósfera, la que destila luego gota a gota, ya por su propio tronco, ya por las raíces que atraviesan todas las capas del terreno. Según aquel eminente físico, el manzano en que verificaba su experiencia, absorbió durante 12 horas de un día cálido, diez y seis libras de agua; un árbol de 20 años atrajo por la succión de sus ramas y corteza, de cuarenta a cincuenta libras de agua cada día: nada hay tan elocuente para la razón como los números: sáquese la consecuencia de cuantas aguas no podría robar a las nubes un bosque frondoso compuesto de millares de árboles, a más de las innumerables fuentes a quienes protegiera con su sombra, y ¡cuánto bien recibiría de ellos nuestra abatida agricultura!

Pero no sólo bajo este aspecto se puede hacer notar la importancia del arbolado, y, por ende, la necesidad de au-

mentarlo y fomentarlo: él ejerce, además, como ya he indicado, su influencia bienhechora sobre la temperatura, pues contribuye a que la tierra conserve sólo el calor que el sol le comunica y mantiene la continua acción entre los principios fermentativos que encierra aquella. El arbolado contribuye también a menguar los efectos desastrosos de los vientos: los bosques hasta cambian su dirección en determinadas circunstancias: son muchas las experiencias que afirman esta verdad.

No hace mucho tiempo leí en un periódico una sucinta descripción de un hermoso pueblo, situado próximo a la frontera de España a los Pirineos y perteneciente a una Nación donde las preocupaciones contra los árboles han desaparecido. Era aquel terreno en otro tiempo, no muy lejano, en extremo ventoso, estéril y completamente desierto: ni un árbol adornaba la llanura, ni coronaba las cimas de la montañas que la rodean: un hombre de esos que, de cuando en cuando, aparecen en la humanidad para ennoblecerla, se propuso convertir tan inútil extensión en ameno vergel, y su voluntad de hierro, sobreponiéndose a las sonrisas burlescas de los ignorantes que creen saberlo todo cuando todo lo desconocen, convirtió en terreno feraz lo que antes era improductivo, en clima bastante templado el que antes era extremado en las dos estaciones opuestas, y coronando de espeso follaje las montañas vecinas, casi hizo desaparecer los continuados vientos que antes hacían insostenible la estancia en aquellas cercanías. A tanto puede llegar el hombre cuando, estudiando las propiedades que distinguen a los seres de la naturaleza, hacen de ellos las aplicaciones convenientes.

Bien podemos asegurarlo sin temor de ser contradichos: un país totalmente desprovisto de árboles, por más que su posición sea favorable para disfrutar de un benigno clima, no puede tenerlo; to-

dos los pueblos que gozan en el mundo de gran fama en ese concepto, elevan, entre el frondoso ramaje de sus jardines y campiñas, las cúpulas elegantes de sus severos templos y los minaretes de sus casas y palacios. *Cannes*, residencia habitual de reyes y magnates de toda Europa, gracias a su templadísimo clima, apenas deja ver sus edificios al caminante que cruza sus inmediaciones; *Niza*, que no tiene menos fama, y bien merecida por cierto, es un hermosísimo jardín, como lo es la Isla de la Madera, nuestra vecina en estos mares: y la no menos hermosa Villa de la Orotava, orgullo de Tenerife, debe también las excelencias de su clima a los muchos árboles que la adornan, los que, por desgracia, van disminuyendo en número.

Concretándonos a nuestro país, se ha observado que los vientos *sures*, tan raros en otros tiempos, constituyen hoy un fenómeno casi normal. Hace algunos años que un hombre ilustre—por los timbres que hacen realmente ilustre, los del saber—honra de esta Ciudad, en el seno de una Corporación de gratisimos recuerdos, la Sociedad de Amigos del País más antigua de la provincia, y a la que tanto debe éste, explicaba esta desfavorable circunstancia valiéndose de irrefutables argumentos, por la desaparición de extensos montes en la Isla, y añadía que los efectos ardorosos de los *sures*, cada vez más molestos, son debidos a la misma causa, puesto que, al atravesar las ráfagas de aquel molesto huésped que nos envía el Sahara, por las extensiones considerables que antes cubrían los árboles, estos absorbían gran parte de su ácido carbónico, contribuyendo también a mitigar dicho efecto las columnas de vapores acuosos que de los bosques se desprendían, así como también contribuían a que la sal marina de que desde los mares que atraviesan, vienen impregnados esos vientos, sea favorable abono, cuando sin esa humedad, seca y destruye las

plantas, siendo en ellas quizá origen de muchas enfermedades.

Y ¿qué diré de la utilidad inmensa que de los árboles pueda sacarse? ¿qué no podría decir acerca de lo terrible que es para un pueblo la falta de combustible? Entre nosotros hasta hoy este se ha sostenido a un precio regular, no ha escaseado ¿pero quién duda que de no reponer los árboles que continuamente desaparecen, de continuar con tanta frecuencia los incendios de nuestros montes, llegará día en que se carezca de tan indispensable elemento y tengamos que mendigar de otros países leñas para el consumo diario, como hoy les pedimos objetos de arte y muchos productos? Y que esto sucederá, de no tomarse serias medidas, de no advertir nuestros labradores que el árbol es su mejor amigo y el bosque, en cierto modo, digno de su respeto, como para algunos gentiles fué lugar sagrado, es incuestionable; quizá no lo veremos nosotros, pero sí los que pronto nos han de sustituir: el adagio vulgar y egoísta de que «después de nosotros que venga el diluvio», no debe tener prosélitos entre los que amamos nuestras familias, nuestro país y deseamos su engrandecimiento.

Pero veo que mi sencilla disertación va siendo demasiado larga y temo cansar vuestras benévolas atenciones: renuncio a extenderme más en las muchísimas consideraciones que pudiera hacer. Para concluir, añadiré: que los montes cada vez más mermados necesitan muchas atenciones, lo mismo de los particulares que de los que están consagrados a su vigilancia y custodia; y esta atención no debe limitarse sólo a la conservación de los existentes sino a la formación de otros donde ya los hubo. Las montañas hoy improproductivas deben ser replantadas de nuevo por sus propietarios, quienes pronto recibirán el fruto de su trabajo y el rédito de los capitales invertidos, no sólo por que este arbolado, co-

mo con repetición hemos dicho, produce la humedad indispensable para sus sembrados y sana y purifica el aire, sino por que le proporciona abundantes maderas, combustibles y abonos vegetales de superior calidad. Las cercas de los terrenos, por lo menos deben señalarse con árboles, que al par que contribuyan a la obra común y embellezcan las cercanías, produzcan ricas frutas: nuestras plazas, nuestras llanuras, deben ser pobladas de árboles que saneen el aire y proporcionen comodidad a los habitantes.

Lejos de mirar en los árboles seres inútiles y perjudiciales, veamos en ellos elementos utilísimos y necesarios, agudemos nuestro ingenio para sacar de ellos el mayor partido, teniendo presente que, según la posición que se le dé, la forma que se le permita afectar, la clase etc. producirá mejores resultados: el que atiende a todas estas condiciones, comprende el mérito del árbol, y no lo destruirá como hacen muchos ignorantes, que no comprenden su propio interés, seres a quienes se les podía desear un fin semejante al que nos cuenta Ovidio que tuvo el impio Erectón, el cual habiendo dado un hachazo a una antigua encina venerada en aquel sitio, donde habitaba una Hamadryada, vió derramarse de la herida una porción de sangre y oyó gritar a la ninfa: «Yo soy la querida de seres, tú me quitas la vida, pero me consuelo con prevenirte que bien pronto seré vengada». Y así sucedió, en efecto, pues vió segadas para él todas las fuentes y la sed le produjo una horrorosa muerte.—HE DICHO.

Excursiones veraniegas

Son un paréntesis de la vida. Así lo han comprendido siempre las personas ilustradas: mejor dicho, las *pu-dientes*. Desde época inmemorial los potentados ocupaban en el verano casas alejadas de los centros en que de ordinario vivían, rodeadas de jardines, próximas a las riberas de los ríos o de los mares, o de abundantes y murmuradoras fuentes; casas que ofrecían comodidades en armonía con el capital disponible, pero siempre ventiladas, alegres e higiénicas y hasta caprichosas. Los griegos y los romanos se podrían citar como modelos en esta costumbre veraniega.

En los tiempos actuales las facilidades en las comunicaciones han ido popularizando el sistema, y en los pueblos inmediatos primero, o en los distantes más ventajosamente situados luego, llegó el tiempo en que hasta las clases modestas, haciendo a veces un sacrificio que antes era imposible, buscan en las alturas de la sierra, o en las riberas del mar, oxígeno puro y sistema de vida distinto del ordinario.

Los trenes lujosos para los unos, o los llamados *botijos* para los más, se ponen en movimiento partiendo de las poblaciones de más aglomeración de habitantes, llevando por el trayecto la alegría los sanos, y la esperanza halagadora los enfermos.

Por regla general en la Península los habitantes de los grandes centros industriales, de las capitales de más nombradía, tienen que cruzar de extremo a extremo el *cuero de la vaca tendido*, que semeja a la península ibérica, o, por lo menos, leguas y leguas, sufriendo, aunque con gusto, los sinsabores de un poco cómodo viaje. Desde Sevilla a S. Sebastián o Santander, desde Madrid a estos pueblos o a la Coruña o Gijón, cuando no a las costas meridionales de Francia—nunca más bellas que las de las poblacio-

nes españolas que a las orillas del Cantábrico semejan bandadas de gaviotas meciéndose caprichosas sobre la superficie del azulado Océano—corren veloces los trenes atestados de viajeros que huyen de temperaturas asfixiantes, y de los ardores de un sol abrasador que liquida y enerva.

Buscan los unos, lugares apartados donde abunden las campiñas sonrientes y costumbres que recuerden las descritas en las novelas pastoriles que a última hora tanta influencia ejercieron en el ánimo del desengañado caballero andante D. Quijote de la Mancha; y se dirigen los más a las ciudades que, al par que ofrecen brisas frescas y consoladoras, brindan comodidades y distracciones, de la que no pueden prescindir en absoluto los que habitan en centros bulliciosos, donde es extraordinario el movimiento, y se ofrecen a diario espectáculos recreativos con los que, sin poderlo evitar, están de antiguo connaturalizados. Por eso unos buscan las aldeas, privadas de vida social en el sentido de las costumbres refinadas, o se aíslan en agrestes tierras y los otros marchan a ciudades pequeñas relativamente, pero que ofrecen en la vida ordinaria un término medio, que soportan con agrado y hasta con encanto los habitantes de los grandes centros de vida y de animación.

Todo es relativo. No hay en Canarias centro de población que llegue siquiera a 60.000 almas; pero existen ciudades que, como la Capital y Las Palmas, tienen bastante movimiento y ofrecen distracciones y esparcimientos que agradan y se imponen a los que, de ordinario, allí viven.

Como en la Península, es una conveniencia y para muchos hasta una necesidad, cuando la estación veraniega se deja sentir con insistencia e intensidad propia de los pueblos tropicales, buscar aires más templados y puros; dejar por algún tiempo las ha-

bitaciones caldeadas y las calles y plazas donde el aire apenas circula, y donde el mismo concurso es aliciente para que los efectos de la canícula sean más sensibles.

Aquí, como allá, en la estación veraniega, las personas mejor acomodadas buscan pueblos donde el ambiente sea más puro, las brisas balsámicas y frecuentes y las aguas frescas y refrigerantes. Aquí, como allá, gustan unos de la soledad y el aislamiento, y otros del término medio más aceptable. Allánanse los unos a vivir en aldeas de caserío esparcido donde, en traje casi primitivo, puedan recorrerse caminos accidentados y senderos llenos de poesía pastoril. Cansanse otros del aislamiento, que dan las noches tristes, la carencia de comodidades, y para el caso, siempre posible, de pérdida de la salud, la absoluta falta de recursos que hasta puede ser causa de males graves. Quisieran los últimos un lugar sano, donde estos medios no escaseen ni aquellos inconvenientes causen malestar.

Para ambos distintos modos de pensar y querer, presentan ejemplares las dos islas principales del Archipiélago canario. Casas esparcidas entre frondas de higueras, plátanos y perales, como en Tacoronte y Tafira, y poblaciones hermosas y frescas como La Laguna y Telde, como la Orotava y Teror.

Pero hay que convenir que ningún pueblo está en condiciones tan favorables para proporcionarse sus habitantes apacible verano, como Santa Cruz de Tenerife. De clima excepcional en la estación de invierno, tanto que puede decirse en absoluto que esa estación es allí desconocida, es en el estío demasiado caluroso. Le basta a sus moradores trasladarse a unos cuantos kilómetros de distancia, en cómodo aunque desgraciadamente no barato tranvía, para morar en una bella ciudad donde el verano es casi desconocido; ciudad que ofrece a los forasteros que la visitan cómodas viviendas, brisas consola-

doras, amenas y variadas campiñas, dilatados paseos, calles amplias y bien adoquinadas, jardines públicos, llenos de olorosas flores, y frescas y cristalinas aguas; y todo sin apenas alejarse de su cotidiana ordinaria vivienda, y si se quiere, sin desatender sus ocupaciones.

En La Laguna encuentra el habitante de la Capital, hermosos templos con esmerado culto y lujosas procesiones, si es a la Religión católica afecto; cafés y casinos que le ofrecen todas las comodidades y éstos hasta el lujo que desear pueden los de las poblaciones más cultas; verbenas deliciosas, concurrísimas, en noches embriagadoras, y fiestas públicas de merecida fama en el Archipiélago; y si el visitante gusta de la lectura y del trato de gentes, bibliotecas de miles de volúmenes, como las del Instituto, Seminario y Económica, y gentes versadas en todos los ramos de los conocimientos, que saben tratar a los forasteros con discreción y cortesía, y a los de la Capital, como hermanos con quienes se está en continuado trato, ya que a las dos ciudades las une el tranvía, el teléfono y el telégrafo.

En resumen: los habitantes de Santa Cruz, puede decirse que con sólo trasladarse de un barrio a otro de una inmensa ciudad, se proporcionan, en esos meses de vida campestre, recorriendo una vega encantadora, nuevo vigor para reanimar las fuerzas abatidas por un clima enervante y por las múltiples atenciones en el resto del año, y todo sin los aburrimientos y las molestias del aislamiento absoluto, antes bien armonizando las ventajas de la vida en una ciudad culta, con los deleites de las campiñas cultivadas con esmero y sembradas de jardines y vistosos caseríos, y a las que bañan constantemente las brisas perfumadas, que envían el encantador bosque de las Mercedes, y la pintoresca sierra del nunca bastante ponderado S. Diego del Monte.

Bienvenidos sean nuestros amables vecinos.

Desde Sevilla

SR. DIRECTOR DEL BOLETÍN DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE TENERIFE.

Siempre ha producido en mi ánimo grato placer la aparición de un periódico en la Ciudad querida donde vi la luz primera; pero confieso que de esta vez la satisfacción sube de punto. EL BOLETIN ve la luz pública representando a una Sociedad ilustre, cuya historia honrosísima es garantía de patriotismo, y esperanza de seguros éxitos en pro de la Ciudad antigua, cuna de la ilustración canaria, y de la Provincia siempre fiel a la madre España. Se publica en los días trístísimos en que, perdidos los restos de la antigua grandeza de la Nación que en todas las épocas supo sacrificarse por los ideales de la humanidad y de la civilización, es popular el pensamiento de que todos los organismos que dentro de la Nación viven, cooperen a restañar, en cuanto cabe, las heridas de la Patria, siquiera sea estudiando las causas de nuestra decadencia y de nuestra desdicha y proponiendo remedios, marcando derroteros nuevos, procedimientos distintos que la razón vislumbre o que la práctica haya enseñado como buenos y eficaces en otras naciones más felices y adelantadas.

El ejemplo de Zaragoza y Barbastro debe ser imitado por todas las Sociedades que tengan representación valiosa y sienta amor por la patria. Estudiando los males que se dejan sentir en las pequeñas localidades y proponiendo sus remedios, ya dependan éstos de los poderes centrales, ya de las corporaciones y autoridades que inmediatamente llevan la dirección del pueblo, ya de los mismos particulares que o por ignorancia o por incuria dejan perder elementos de riqueza y prosperidad, esperándolo todo del elemento oficial o de la política, que tantas rui-

nas ha producido en todas partes; se puede cooperar al fin perseguido; se pueden aportar elementos para conseguir la regeneración apetecida; se puede contribuir a que luzcan para España, sinó los días de grandeza diplomática que la hicieron la señora del mundo, días de riqueza y prosperidad que la hagan respetable en el concepto de las demás naciones.

No soy de los que creen fácil y ha-cedera la obra de excluir del organismo social la influencia, casi decidida, de la política, principal causa de nuestras desdichas: ese elemento ha tomado en todas las esferas tal preponderancia, ha extendido tanto sus raíces por todas partes, que bien puede calificarse de obra de romanos su anulación y desaparición; pero juzgo eficaz y de alta conveniencia que las masas neutras, que hasta ahora han vivido alejadas de todo movimiento social contentándose con el papel de víctimas y lamentándose en el retiro y la obscuridad, se muevan y agiten; eleven su voz valiéndose del medio eficaz de la prensa periódica, y de cuantos pongan a su alcance las leyes vigentes, para auxiliar, con el estudio de los medios que deben ponerse en práctica, a los que por razón de las circunstancias han de continuar dirigiendo la cosa pública; y hacer pesar su influencia de tal modo, que necesariamente empujen a esos poderes por las vías que conducen a la prosperidad y progreso, norma principal a que deben aspirar los pueblos civilizados.

La Real Sociedad Económica de Tenerife vive y ha vivido siempre alejada de la política, y no ha sido nunca indiferente a las desdichas de la patria; representa un organismo sano, compuesto de personas ilustradas y patrióticas que no han medrado ni medran a la sombra de los partidos políticos, por lo menos en su mayoría, y, por consiguiente, son ajenas a las responsabilidades que pesan sobre todas las fracciones

políticas, desde las carlista y republicanas que, con sus repetidas insurrecciones, han distraído durante este siglo fuerzas que hubieran sido fructíferas para el país, hasta las que más afortunadas han disfrutado repetidas veces de las dulzuras del poder: y, por lo mismo ella, la Sociedad Económica, tiene más autoridad y cumple un gran deber patriótico, estudiando los males que al pobre pueblo afligen, llamando la atención sobre ello, de los poderes públicos, ilustrando las masas, y siendo, dentro de la localidad, como el centinela avanzado que advierte los peligros y propone los remedios para conjurarlos.

Para realizar este propósito, para llenar mejor misión tan delicada, ningún medio más eficaz que el de la prensa, que recoge la idea y la infiltra en las masas y hacen sentir su influencia en los centros directivos. Por eso, al fundar el BOLETIN, ha respondido mejor que nunca a los fines que Sociedad tan benemérita persigue, y merece esa resolución, que yo sé cuantos sacrificios significa, que los ciudadanos les presensten su cooperación y que el Municipio y los organismos oficiales que en la Provincia viven, viendo en el periódico un elemento auxiliador y desinteresado, le apoyen, atiendan y contribuyan a darle prestigio y vida.

Mi enhorabuena a la ciudad querida, y a la Sociedad que me ha honrado en Sevilla con su representación y mi saludo a la Redacción, a la que aconsejo fuerza de voluntad para sobreponerse a las molestias, ingratitudes y hasta persecuciones y calumnias que suelen acompañar a la empresa; más difícil de lo que muchos creen, de sostener un periódico en una localidad pequeña.

Y ya que llevo emborronadas estas cuantas cuartillas, sin perjuicio de en otro correo ocuparme de algo que atañe a los fines económicos a que la Sociedad se consagra preferentemente, voy a decir dos palabras del acontecimiento de esta quincena en la popular

Sevilla, de la llegada de los restos del descubridor del Nuevo Mundo, que ha visto aumentadas, desde el sitio que en la eternidad ocupa, con la mayor de las ingratitudes las muchas que durante su vida aumentaron sus sufrimientos; con la ingratitud rayana en la infamia cometida por ese Nuevo Mundo que le debe su ser, de arrojar de sus playas sus cenizas honorables; pues a eso equivale el hecho que la egoísta Europa ha presenciado impasible, de haber sido arrojado de América el pabellón español, al que se acogió el insigne navegante, para el que descubrió nuevas tierras y a cuya sombra quiso morir y dormir el sueño eterno; ni España, esto lo sabía América, podía abandonar aquellos restos, ni Colón hubiera aceptado jamás que otra bandera cobijara sus cenizas: arrojar a la una es negar un palmo de tierra a los otros. ¡Ha obrado la justicia humana; falta que se manifieste la divina!

En el aviso *Giralda*, donado a la Nación por un potentado patriota, llegaron el día 19, a las 10 y media de la mañana, los restos del inmortal Colón. El aspecto que ofrecía la ribera del celebrado Guadalquivir, tan favorecido en todos tiempos por el descubrimiento del gran marino, era verdaderamente hermoso: la multitud se agolpaba al rededor de las corporaciones y autoridades que, en gran número, esperaban para honrar al que tanto bien hizo en la tierra. Y los cañones con sus estampidos, las músicas con sus dolorosas melodías y las campanas de todos los templos con sus tristes acordes, llenaban el aire de sonidos y al espíritu de cristiano recogimiento.

Pronto se puso la comitiva en marcha en dirección del templo catedral, cuyas obras de reparación tocan ya a su término por fortuna para las glorias artísticas de la Nación. Los restos mortales del antiguo morador de la Rábida, iban colocados sobre un armón y cubiertos con la bandera de España, y

al lado del Duque de Veragua, ilustre descendiente del descubridor insigne, marchaba el representante de S. M., el Arzobispo de Sevilla, y las primeras autoridades de la provincia y el ejército. Al pasar el féretro, la muchedumbre impresionada se descubre respetuosamente, y en la catedral, adornada con lujo extraordinario, se celebran oficios solemnes, oyéndose, magistralmente ejecutados, trozos de música del gran Slava.

En el panteón de arzobispos fueron depositados los venerables restos, que quizá en día no lejano sean colocados sobre los altares, pero que mientras tanto han de ocupar la urna que forma el remate del magnífico monumento que para la catedral de la ingrata Habana trazó el celebrado artista Sr. Mérida.

Sevilla ha aceptado el precioso depósito que la Nación le ha hecho, con marcadas muestras de honor y aprecio insigne; ninguna población a ello más acreedora y no he de exponer aquí la razones de este acerto, pues están en la memoria de las personas inteligentes e ilustradas.

No continúo: las dimensiones del BOLETIN no permiten que abuse más de la bondad de los que me honran leyendo estos renglones, escritos a la carrera y sin pretensiones de ninguna especie.

Enero de 1899.

Sin egoismos locales

Fragmentos

Un diputado canario, el señor Pérez del Toro, catedrático eruditísimo de la Escuela Superior de Comercio de Madrid, ha abogado en el Congreso por intereses provinciales de no escasa monta, captándose el agradecimiento de la Provincia, tan poco acostumbrada a que

suene su nombre en el Palacio de la Representación nacional.

Pudiera vislumbrarse en algunas de las proposiciones del entusiasta diputado, el afán de favorecer los intereses del grupo oriental del Archipiélago, al que pertenece por razón de nacimiento el orador parlamentario; pero nosotros, que disculpamos hasta cierto punto, ese legítimo afán, nos queremos sobreponer a esa natural tendencia y mirar de más alto al decidírnos a escribir las presentes líneas.

En el articulado de la proposición de ley presentado en el Congreso por el citado señor Pérez del Toro, figuran muchas reformas utilísimas, bastantes necesarias y, lo repetimos, todas inspiradas por un patriotismo indiscutible digno de imitación.

Pero hay algunas cuya oportunidad, podría ponerse en duda, ya que antes de solicitar su planteamiento, debe atenderse a otras necesidades más esenciales, ante las que indudablemente, aparecerán aquéllas como muy secundarias, o, por lo menos, como prematuras.

Nos referimos al artículo que prescribe la creación de un Instituto general y técnico en Las Palmas, con la misma categoría que el provincial que sustituyó a la antigua Universidad de S. Fernando.

La circunstancia de radicar el Instituto, desde su creación, en La Laguna, podría hacer presumir al que estas líneas leyere, que el egoísmo local las inspira: pudiera contribuir a que se coligiese que el afán de que el Instituto establecido en La Laguna no perdiese en importancia, impulsaba nuestra pluma, al solicitar que semejante proposición no sea atendida.

Para desvanecer ese error comenzaremos por decir con noble franqueza, que no sólo no nos parecería mal que el Estado costeara otro centro de segunda enseñanza en la isla de Gran Canaria, sino que, de ser posible, vería-

mos con complacencia que se estableciera otro en cada una de las islas de mayor importancia y población.

No quererlo así, sería tanto como no abogar porque la instrucción, base de todo progreso moral y material, alcanzase en Canarias un estado envidiable de prosperidad, ideal de toda persona culta.

Pero como sabemos que la creación de todo centro de enseñanza por parte del Estado, encuentra en el Ministerio de Hacienda escollo insuperable: como no desconocemos que el principal obstáculo con que se lucha en la Nación, para el desarrollo de la enseñanza pública, en todos sus grados y clases, es la falta de recursos oficiales; por eso, ante la esperanza, por desgracia muy remota, de que los hombres de buena voluntad y prestigio, como lo es indudablemente el señor Pérez del Toro, pudieran conseguir del Estado algún sacrificio pecuniario para consagrarlo al sostenimiento de centros instructivos, abogamos porque el que se obtenga llene el mayor vacío posible, satisfaga una aspiración por todos sostenida y preste servicio más general y de mayor transcendencia.

Hay en la provincia de Canarias medios más o menos aceptables para recibir la primera enseñanza. Se está en el caso de, con más o meno dispendio, poder alcanzar la secundaria o la elemental de algunas carreras, amén de la eclesiástica proporcionada por dos seminarios conciliares. En cambio, la enseñanza superior, coronamiento de legítimas aspiraciones de la juventud estudiosa, medio el más seguro y honroso para resolver el gran problema del porvenir de esa misma juventud, ¿qué centros la proporcionan en una provincia situada a más de 300 leguas de los distritos universitarios?

Es asombroso que nuestros políticos, nuestra prensa, nuestros elementos directivos, penetrados, como lo están, de

que sin instrucción no hay verdadero progreso, sin recursos instructivos y educativos, las inteligencias se atrofian, las potencias intelectivas se enervan y anulan, no consagren con más insistencia sus afanes a conseguir esos medios poderosos de la instrucción pública para un país tan necesitado de protección oficial. Es inexplicable que pasen años y años y nadie se acuerde de reclamar, como una de nuestras más urgentes necesidades, el establecimiento en Canarias de un centro universitario, donde la juventud halle expansión natural a sus afanes intelectuales, donde se formen sabios que sean garantía de progreso para lo venidero, donde puedan revestirse de un grado académico, distinción la más alta y digna de respeto, aquéllos cuyo talento y amor al saber le guían por el camino del estudio y la investigación científica.

Ninguna de las cuales aspiraciones del país, nos atrevemos a decirlo, alcanza mayor grado de importancia que la del restablecimiento de la antigua y gloriosa Universidad de S. Fernando. Sin ella los pobres que, a costa de sacrificios han adquirido conocimientos generales que le hagan vislumbrar el amplio y hermoso campo del saber, y para los que la naturaleza les haya dotado de facultades excepcionales, tal vez mayores que a aquéllos que pueden sufragar los gastos en Madrid o Sevilla, quedan relegados a la obscuridad, y quizás privada la sociedad en lo futuro de elementos cultos, que la guíen por el camino del verdadero progreso.

Sin ella, aun aquéllos que por caprichos de la veleidosa fortuna, cuentan con recursos para acudir a los centros universitarios más concurridos, lo hacen luchando con dificultades que muchas veces son invencibles. Sin ella, el padre se ve privado de la compañía del hijo y éste de la dirección de aquél, tal vez cuando le es más necesaria, exponiéndose a las contingencias de enfermedades morales y físicas, que suelen,

las más de las veces, producir efectos transcendentales para el individuo y para las familias.

Es necesario, hoy más que nunca, establecer en Canarias los estudios superiores, que constituyen las principales facultades universitarias. La población ha aumentado, y el desenvolvimiento de la riqueza pública está en vías de progreso, y esos elementos valiosos imponen más y más la conveniencia de dotar a la juventud de mayores medios de ilustración y de cultura. Las Canarias son, hoy más que nunca, una avanzada de la civilización europea en el continente negro, tan solicitado hoy por los países que llevan la dirección diplomática del mundo. España misma, con mucha justicia, aspira a civilizar el trozo de terreno a que ha quedado reducida su asombrosa riqueza colonial. Las Canarias deben ser el conducto natural por donde aquella civilización redentora se propague e imponga.

La Universidad de S. Fernando debe ser el centro de atracción para los futuros habitantes de esos hoy inhospitales países; de este foco luminoso pueden partir hoy los hombres ilustrados que, al par que llevan allí los principios de la ciencia, base firmísima de adelanto, trasporten con ellos el amor a la patria España y cooperen a la obra de los Misioneros que hablan al salvaje del gran libro, el Evangelio, donde está señalado el camino que guía al fin supremo del hombre, que es Dios.

Si se ha de conseguir del Estado la instalación de un nuevo centro docente, puesto que de la enseñanza superior estamos en absoluto privados, pidamos que sea ésta la concesión que se obtenga primero. Con poco más de los gastos que pueda ocasionar el sostenimiento de un Instituto de segunda enseñanza, se llevaría a cabo el restablecimiento de la, en mal hora extinguida, Universidad de S. Fernando.

Cuando esta necesidad suprema esté

atendida para bien de todas las islas, consagrémosnos a pedir la instalación de otros establecimientos que tampoco existen, como los de una Escuela Superior de la importantísima carrera de Comercio, tan necesaria en país eminentemente comercial, y vengan luego más Institutos de segunda enseñanza.

1905

Cartas veraniegas

I

A imitación de lo que hacen los grandes diarios, quiero hacerme la ilusión de que la Redacción de LA LAGUNA me ha enviado a este *ex-real sitio*, con el único objeto de que consigne mis impresiones a los lectores del modesto semanario.

Ni las ilusiones de D. Quijote, que todos creen las de mayor calibre, ni las del célebre Dr. Faustino, superan en esfuerzo a las mías. Comparar el modestísimo periódico, que sólo es grande en el desinterés de sus también modestos redactores, con los diarios de gran circulación: suponer que los lectores, pocos o muchos, del combatido semanario, han de dedicar a mis escritos su atención, es más que imaginar gigantes a los célebres molinos de la Mancha, y que suponer ejércitos a las mesnadas que levantaban el polvo en las llanuras desoladas que rodean a los pequeños pueblos que inmortalizaron, a falta de hechos históricos, los que fueron parto asombroso del ingenio extraordinario del manco de Lepanto.

Pero aquí concluyen las ilusiones engañosas. Es cierto lo del *sitio real*, y ciertísimo que aquí puede haber impresiones que comunicar con más o menos galanura.

El príncipe guanche Zebensui, que más que por la sangre de reyes que por sus venas circulaba, mereció por sus hechos que la historia le aplicara calificativo de valiente defensor de su patria e hidalgo, dió a estos lugares, por mi elegidos para pasar parte de la presente estación de verano, el carácter de corte. Aun subsiste el modesto y primitivo alcázar que le dió albergue, aun se ven esparcidas por las elevadas montañas que circuyen este trozo de tierra que se interna en el mar, los huecos que cobijaron a los vasallos de tan extraño como simpático personaje de nuestra pobre pero honrosa historia canaria.

Y si los acontecimientos que al presente se desarrollan en este retiro no son los más a propósito para dejar en el ánimo impresiones dignas de figurar en una carta veraniega, la hermosura del paisaje, la reconcentración del espíritu, alejado aquí de todo lo que desagrada; motivo son más que suficiente para que la inteligencia, auxiliada por la imaginación, vuele por los espacios y dé un tesoro de impresiones capaces, por la calidad y la cantidad, de dejar satisfecho al escritor más exigente.

En nuestras ciudades apenas podemos más que sentir el martirio moral que en el ánimo produce la contemplación de las miserias sociales, que allí forman la vida de ordinario; aquí todo es placidez y tranquilidad. Allí donde la virtud, la independencia de carácter y el verdadero patriotismo son puestos en ridículo y contradichos por los hombres viciosos, por el adulador de conveniencia o por el que vive explotando la política o amparado por el feroz caciquismo; allí donde se paga el beneficio con la ingratitud, el verdadero y leal afecto con la injustificada duda o con el desdén; donde se corresponde a la lealtad con la traición; donde se llama a la amabilidad adulación, talento a la pedantería y al atre-

vimiento; donde es respetado el soberbio y simpático el cínico; donde apela a la calumnia aquél que sin necesidad de ser calumniado, debe ser execrado por la sociedad; donde el elogio desinteresado, hecho por el hombre independiente, es calificado de adulación por el vividor servil o asalariado; donde la honesta señorita que carece de pergaminos, suele ser desairada, y festejada la que se cree más o menos linajuda de historia escandalosa; donde, en fin, los que viven del escándalo logran constituir la opinión pública y son los que de hecho dan o quitan las patentes de hombre honrado a los demás ciudadanos, ante los que debieran inclinarse con respeto; en esos pueblos más o menos populosos a donde por desgracia estas cosas pasan, ¿quién puede entregarse a la contemplación de la Naturaleza y elevarse con tranquilidad de espíritu hacia el Autor que la hizo tan hermosa?

¡Qué descansada vida

La del que huye del mundanal ruido!

No digo nada original en estas consideraciones; esos males, que deploro, deben ser propios de todos los pueblos y de todas las épocas cuando apenas existe o ha existido un hombre pensador que no haya dejado en sus obras alguna huella del sufrimiento que esas desdichas sociales le hayan ocasionado, y que no haya apelado, buscando lenitivo a esos internos pesares, a la hermosa y mil veces bendita soledad del campo.

¡Qué bellos paisajes abarca aquí la mirada a cada instante! Un sol espléndido ilumina un paisaje que en vano han querido imitar los mejores pintores escenógrafos de los teatros más afamados del mundo. Mirando hacia el mar, se extiende en suave declive una porción de tierra llena de verdura interrumpida a trechos por el color dorado de los trigos; el verde llega al mismo borde del azul del océano o de

la blanca espuma que éste forma en su vana lucha con las negrúscas rocas. Ni una casa se divisa en esta extensión. Creyérase que se trata de un país solitario; pero haciendo girar el cuerpo sobre los falones, la ilusión desaparece y el panorama es imponente y bello a la par. Montes enormes elevan hasta las nubes sus desiguales contornos, y hasta ellas llevan, como la llanura hasta el mar, el color verde para unirlo al azul del cielo, que ahora, para nuestra vista, es cielo y es azul, contra lo que afirma una frase que ya ha alcanzado celebridad.

Al que desde el mar penetrara en este apartado trozo de tierra, le parecería que la parte llana está absolutamente incomunicada con el resto de la Isla. Las enhiestas y caprichosas montañas forman un fuerte difícil, sino imposible, de atravesar: no parece creíble, y así es en efecto, que por tan escarpados riscos haya camino practicable: ni una trocha, ni un desfiladero que marque la comunicación necesaria con otras regiones. Nadie adivina que la entrada a los estados del príncipe Aguahuco, el hijo bastardo de *Tinerfe el Grande*, el padre del *Achimencey Zebensui*, se verifica por un pésimo y peligroso camino que, siguiendo la silueta del mar, se ha practicado en las peladas montañas, que mueren en el mismo océano mirando al poniente. Los súbditos de D. Alfonso XIII, siguen casi el mismo camino que siguieron los que lo fueron del descendiente del gran Tinerfe, señor de toda la Isla, a pesar de que el gobierno responsable del católico Monarca hace dos años que tiene incluido en el plan de carreteras el trozo insignificante que debe unir al naciente lugar de *Bajamar* con la tierra que intento describir.

Como si quisieran quitar a las excepcionales montañas algo del aspecto agreste que las caracterizan, las casas de los habitantes de la Punta del Hidalgo se van elevando graciosamente

escalonadas, semejando numerosa bandada de caprichosas palomas, que juguetean en la altura. En un promontorio de la izquierda está situada la ermita de S. Mateo; ninguna más sencilla, pero ninguna más bella. El que la mira desde el mar, recibe dulce impresión, y ve en ella algo que le habla de Dios por lo elevada: el que la mira desde el *Omisian Suacada*, o *Los dos Hermanos*, la cree un bello refugio que los hombres han levantado para buscar consuelo a las tempestades de la vida.

Desde un lado de la ermita, y por un marco de árboles y flores, descubro en este instante la inmensa superficie del mar. Ese espectáculo, siempre nuevo y siempre hermoso, tiene desde este sitio singular encanto. La movible superficie que se pierde en el horizonte, al mismo tiempo que encanta a los sentidos, da a la inteligencia idea de la grandeza del Creador. Contemplando el sol viene a mi mente el inmenso poder de El que de la nada lo hizo brotar; abarcando con la mirada la movible superficie del mar, parece que a la idea de la eterna vida de El que estodo bondad, se agrega la de ser infinito por esencia.

Trasunto del infinito, eres mar inmenso, y con el espíritu humano tienes grandes analogías. Tú, como él, te extiendes abarcando el mundo terráqueo, deteniéndote, sin embargo de tu grandeza, ante un grano de arena, como la inteligencia, alta manifestación del espíritu, ante la esencia de la materia. En tu seno ruge el aquilón en tormenta estruendosa, como en el corazón, centro donde parece que se reconcentra el espíritu, se desenvuelven las tempestades morales más borrascosas aun que aquéllas. En tus insondables cavernas duermen el sueño eterno seres que sonrieron a la vida, como en el corazón se guardan fenecidas ilusiones que nos alentaron vigorosas. El ronco hervor de tu seno recuerda las quejas que envía al agita-

do viento el alma atribulada, y el suave movimiento que apenas hace sensible tu majestuosa superficie, la placidez del que llega hasta Dios por la tranquilidad de la conciencia.

¡Oh, Dios mío!

«¡Cuán grande son tus obras y cuán llenas de tu sabiduría!

¡Quién medirá la mar, sus anchos senos y cuántos peces cría!

Punta Hidalgo, julio de 1904.

II

Si es hermoso el panorama que a la luz del día me ofrece el proceloso mar, a cuya grandeza parece quiso oponerse aquí la tierra, levantando su masa en inmensas moles, como si temiera que intentara dominarla, es sublime el que esas caprichosas montañas ofrecen cuando el astro de la noche aparece brillante y majestuoso por las hendiduras que dejan entre sí las enlazadas peñas, ahuyentando tinieblas y dando la parte iluminada un tinte que contrasta con la obscuridad de las que no miran al astro inspirador de poetas y trovadores.

En ninguno de los sitios en que me he hallado a la salida de la Luna, me ha parecido más imponente el espectáculo. El que podría llamarse crepúsculo del astro de la noche, es sublime. Detrás de las elevadísimas y caprichosas montañas se percibe un espacio iluminado con luz misteriosa; y esta ténue claridad, que perfila allá en la altura el dibujo perfecto de las desiguales siluetas de aquéllas, hace que la obscuridad de la parte que mira al lugar que ocupo, aparezca más pronunciada e imponente, prestando en el espectáculo a que la imaginación crea descubrir alguno de aquellos sitios descritos por el Dante en su sublime poema. Los lejanos y

desiguales ruidos que las olas del vecino mar envían, en su choque con las peñas, contribuyen más y más a la ilusión. Todo habla de la grandeza de Dios y de la pequeñez del ser irracional que, en su orgullo, se llama rey de la Naturaleza. Aquí parece que una voz secreta dice al hombre que tiene fe: «adora y calla».

«¡Nunca es más grande el hombre que de rodillas!»

¡Estas sublimidades pasan inadvertidas en los grandes centros de población!

* * *

En otros tiempos, a las bellezas naturales del campo, que inspiraban al alma sentimientos dulces y plácidos, se debieron unir las costumbres tiernas y sencillas de los habitantes que del cultivo de esos mismos campos vivían sobrios y felices. El reflejo de esa existencia quedó en la literatura. Los libros en que se encomian los Nemorosos, Licios y Anfrisos, las Cloris, Dorilas y Galateas, y el ascendiente que la poesía *bucólica* (no sé por qué esa palabra, según el Diccionario, significa *comida* y viene del latín *bucca*), alcanzó desde la Edad Media hasta casi nuestros días, debió basarse en algo verdadero, en algo que existió, y que el modo de ser de las presentes generaciones ahuyentó para siempre de un modo radical.

Los habitantes de estos amenos contornos no darían hoy a los poetas bucólicos inspiraciones, ni por el platonismo de sus amores, ni por la belleza y sencillez de sus costumbres. Esos amores tienen un carácter más real que ideal: terminan casi siempre por el himeneo, pero abundan más las Magdalenas que logran someter al galán a la legal y religiosa coyunda, que las Susanas que alcanzan igual triunfo. En este concepto, los poetas bucólicos, repito,

sufrirían aquí la más terrible de las decepciones.

Más elementos de inspiración podrían encontrar los poetas épicos: ellos cantan el valor, el heroísmo, y uno y otro sentimiento no son completamente extraños a estos naturales.

Dígalo si nó la última guerra que sostuvimos, más que contra un puñado de hijos ingratos de la madre España, contra la perfidia y el egoísmo de un pueblo poderoso que solo atenciones debía a la hidalga nación glorificadora del gran Colón, descubridor de América. En esa lucha, desigual por muchos conceptos, los hijos de la Punta del Hidalgo Pobre contribuyeron con su sangre y con su arrojo a que, si bien perdiendo España sus colonias por el abandono de las potencias—las que bien caro han de pagar su egoísmo—, el honor de la nación y el heroísmo de sus hijos quedará siempre en la historia a la altura de los gloriosos vencidos de Sagunto y Zaragoza.

Nunca podré olvidar el momento en que presencié aquí la triste despedida de uno de esos héroes anónimos que marchaba lleno de juventud, de vida y de ilusiones, al ingrato suelo de la isla mimada por espacio de cuatro siglos por la patria grande. Llena de aflicción le decía la que al humilde soldado había dado el ser: «Vé en nombre de Dios, hijo mío. Grande es mi dolor, pero me consuela la idea de que mi sacrificio es para defender a nuestra tierra de los enemigos que quieren ofenderla y ultrajarla; si aquí vinieran, como dicen—añadió—, hasta nosotras las mujeres lucharemos contra esos malos hombres.»

Como aquel soldado, muchos fueron desde este lugar; pocos volvieron, y entre estos pocos, algunos inútiles. A nadie se oye proferir una queja; es que todos comprenden que la patria exigía aquel sacrificio y por ella ahogan el dolor y los sufrimientos.

¡Con qué sencillez y naturalidad he

oído en estos días narrar a un hijo de la Punta, alcalde pedáneo en la actualidad, los peligros que corrió en aquella guerra, desastrosa para nuestra España!

«Yo vivía en un campo, me decía, cuando comenzó la guerra. Un día apareció una partida insurrecta; uno de los individuos que en ella figuraban me pidió el caballo que yo poseía; dije que no lo tenía ya, y para librarlo, entregándolo a la primera proporción a las tropas fieles, de las que quería ser voluntario para luchar por mi amada España, inventé una historia. Alguien debió luego decir mis propósitos a los de la partida, cuando viniendo éstos de nuevo a mi estancia, no sólo me obligaron a entregar el caballo, sino que me llevaron prisionero. Me ataron las manos, pero no se les ocurrió quitarme un cuchillo que llevaba oculto.

Sea por vengarse del engaño, sea por desasirse de un estorbo, ya que yo me resistía a formar en sus filas, resolvieron quitarme la vida, para lo cual el que figuraba como jefe dió orden a un negro que tenía gran prestigio de valeroso, como luego pude comprender, para que *me llevara a paseo*, fueron sus palabras; y así lo verificó, acompañándole tres hombres más, todos a caballo, y en el mío me condujeron. Ya en un sitio apartado, el negro colocó pendiente de un árbol una cuerda, y entonces comprendí lo horrible de mi situación: invoqué a Dios y me despedí de mis pobres padres, que quedaron en esta isla llorando por mí. Los acompañantes del negro se quedaron un poco distanciados del lugar de mi suplicio y el negro acercó mi caballo a la cuerda. En aquel instante le supliqué que, ya que iba a morir, desatara las ligaduras que oprimían mis manos, y mi súplica fué atendida. Yo no puedo precisar como fué, pero en un instante eché mano al cuchillo y lo clavé en el pecho del negro que, no esperando el golpe, cayó a un lado y yo salí azotan-

do el caballo que, como si me comprendiera, marchó a galope tendido.

Los tres insurrectos me persiguieron disparando sus carabinas, sin lograr alcanzarme, hasta que llegué a un sembrado de los que allí forman verdadero bosque. En un instante me arrojé del caballo sin ser visto y me oculté, pasando mis perseguidores en pos del caballo, cuyo derrotero conocían por el movimiento de las plantas.

De aquel sembrado pasé a otro y a otro, hasta que logré, después de mil trabajos y zozobras, llegar al campo amigo. Entonces ingresé como voluntario y peleé hasta el final de la guerra.

Otros rasgos, otros peligros y otros hechos que acreditan a un valiente y a patriotas, contó el modesto hijo de la Punta del Hidalgo. Otros muchos hechos análogos pudiera escuchar de labios de algunos héroes anónimos que corrieron iguales peligros, pero, ¿a qué consignarlos? Pudiera creerse que con estos recuerdos intentaba sostener vivo el odio contra el pueblo cubano, al que ya no debemos mirar con prevención. Nos unen a él lazos que son aún más estrechos que los de la nacionalidad: los vínculos de la comunidad de origen y del idioma. Hoy sólo deseamos todos la prosperidad de la Perla de las Antillas, dentro de un régimen de paz que excluya toda influencia extraña y unida a España, como una hija menor a la madre que le dió el ser, y hace votos por su progreso y adelanto.

* * *

La muerte de un amigo querido, Cándido Rodríguez, que acabo de leer en un periódico, me ha producido honda pena. Ya no son los seres que a nuestra arribada a la vida hallamos en el mundo los que caen bajo la fatal gadaña de la implacable muerte, que de éstos, pocos quedan; son los amigos de la juventud, aquéllos cuyos nombres traen a nuestra mente los recuerdos gratos de la edad primera, de la

edad de las ilusiones y de la relativa felicidad que en la tierra podemos disfrutar. De aquella inmensa colonia canaria en Madrid, que vió desfilar al regente Serrano, al simpático don Amadeo, a los presidentes de aquellas repúblicas de triste recordación, y a don Alfonso, que aun pudo ver la huella del famoso letrado en las paredes del Ministerio de Hacienda: «Cayó para siempre la raza... etc., etc.»; de aquella juventud entusiasta, repito, en la que había un núcleo valioso que hoy ocupa los primeros puestos en la sociedad canaria, han desaparecido para siempre muchos: lo que parece advertirnos que también para los que quedamos la partida está próxima. Paco Febles, Juan Yanes, Mariano Pérez Carmona, Alvarez Sanahan, Ghirlanda, Abelardo González, Vicente Peña, mi fraternal amigo, Isidoro García, Luján, Santiago Molina, Paco Mendoza, Leandro Fajardo, Manuel Llarena y tantos otros, sólo viven en el recuerdo de sus familias y en el de los que somos consecuentes con la verdadera amistad. También los que fueron nuestros maestros en las aulas de la Universidad Central, han desaparecido del mundo de los vivos, salvo contadísimas excepciones. ¡Cuánta tristeza me produjo la visita que en los días de la proclamación de don Alfonso XIII hice a la histórica casa de la calle de San Bernardo, sita en la populosa capital de España! El edificio se conserva casi invariable; los seres que en otro tiempo le dieron honor y vida han sido substituídos en breve tiempo por otros, para los que somos completamente extraños. Los alumnos que hoy llenan las aulas son los hijos de los que ayer las frecuentaban, ávidos de saber y creyendo con error que la vida no había de concluir tan pronto.

¡Inexorable ley humana!

Punta Hidalgo, agosto de 1904.

III

En la orilla del mar y por la parte del poniente de este lugar de la *Punta del Hidalgo Pobre*, existe un fenómeno geológico digno de llamar la atención. Lo he visitado varias veces y aconsejo a todo el que a este pago de La Laguna venga, que llegue hasta allí, que recibirá en ello gran complacencia.

En un espacio formado por negruzcos peñascos, aparece a trechos interrumpida la superficie, y el observador se sorprende al divisar por las hendiduras que semejan los *boquetes* de los pozos, un trozo bellissimo de mar de fondo poco profundo, en parte arenoso, donde crecen plantas marinas y viven multitud de peces pequeños, así como moluscos variadísimos y vistosos.

La sorpresa viene acompañada de cierto temor al notar que está el observador sobre de una roca plana de extensión considerable, acudiendo a la mente la idea de que aquella costa poco profunda, puede hundirse. Esa posibilidad está contradicha por los años y tal vez por los siglos.

Contemplando este piso plano y el túnel natural que está en la base de una de las rocas denominadas *Dos Hermanos*, ve el inteligente confirmado el aforismo que consigna que la Naturaleza es la gran maestra de la humanidad, puesto que presenta al hombre los modelos que debe imitar constantemente.

El túnel que el ingeniero construye puede decirse que lo aprendió de la misma Naturaleza, que presenta varios modelos en distintos países del mundo. Este piso plano me recordó el que el ilustre Eduardo, hijo de La Laguna, dejó en una de las sacristías de la hermosa catedral de Las Palmas, como muestra de atrevimiento y solidez exquisita, así como también la bóveda del gran Herrera en el Escorial. La famosa gruta de Mallorca presenta a los ojos del ingeniero constructor de galerías laterales góticas, el modelo más acabado de co-

lumnas atrevidas y de bóvedas rematadas en punta. La limpidez y transparencia de las aguas que cierran *Las Furnias*—este es el nombre del curioso sitio que ahora visito—me recuerda los *acuarium* que admiré en *El Trocadero* de París, cuando visité las grandiosas exposiciones universales de 1878, 1889 y 1900. ¡La sabiduría del hombre consiste en el conocimiento, más o menos perfecto, de las obras de Dios y en la aplicación racional de las admirables leyes que dictó desde el origen de los siglos!

Pero otro espectáculo sublime me detiene en estos lugares algunos momentos. El Teide se divisa rodeado de vistosas nubes, como esas divinidades con que los Rafaeles, Murillos y Tizianos lograron dar a los creyentes idea aproximada de lo sobrenatural. He visto el Teide desde los pueblos que parece le tienen como soberbio remate de sus paradisiacos contornos. El espectáculo que su contemplación ofrece es más que singular, pero al fin le veo formando parte de la tierra y cuando en 1877 hollé con mi planta su elevadísima cima, comprendí que era materia y, como tal, sometida a las mismas leyes que los demás seres creados. Desde aquí no es así como lo percibe el espíritu atónito y sorprendido: desde aquí parece estar sobre lo creado, y me explico que los primitivos habitantes de Tenerife le adoraran como a un Dios y le ofrecieran como holocausto los más tempranos frutos. El sol poniente, que en este instante solemne me señala los contornos desiguales de la simpática isla de la Palma, me pareció con su amortiguada luz una lámpara colocada por manos piadosas para hacer honor al coloso que descansaba sobre caprichosas nubes y tenía por digno dosel la bóveda celeste.

¡Ved como era cierto que este modesto y apartado rincón de la vieja *Nivaria* podía proporcionar asuntos digno para llenar muchas cuartillas!

* * *

Y vuelta a los habitantes de la ex corte del Archimencey Zenbenzui. De antiguo se da la fama a las mujeres, especialmente las ancianas, de que viven en continuado trato con brujas, duendes y espíritus retozones y malignos; y hasta se afirma, para espanto de chiquillos y de crédulos campesinos, que las relacionadas se transforman en aéreos espectros y ridículos monstruos con facultades de penetrar en los más cerrados y ocultos lugares y de influir con sus *sortilegios* y *maleficios*, sobre la economía de las personas que le son más o menos afectas. Los *chicos* de mi tiempo mirábamos a las que, desde este lugar, acudían a la ciudad a vender el sabroso pescado que estos mares regalan con notoria abundancia, como brujas aborrecibles, que nos inspiraban miedo y hasta espanto. Ya mozos, nos pudimos convencer de que lo único temible eran las miradas penetrantes de las jóvenes *punteras* que, con su desenvoltura, eran capaces de resuciar a un muerto.

Lo que sí puede afirmarse de estos naturales es que, efecto de su especial modo de vivir, casi aislados, sin Dios ni Roque, como decirse suele, saltando por las peñas del *Omisián* o *La Hoya*, o pasando días enteros aislados en las escabrosas riberas de un mar con frecuencia agitado, está muy arraigada la creencia en los espíritus que revolotean para purgar malas acciones, vengarse de ofensas inferidas, o señalar lugares donde dejamos enterrados tesoros transportados desde América, que deben entrar en circulación, si han los espíritus de aspirar a eterno y favorable descanso.

En ninguna parte he oído contar con mayor profunda convicción, más consejos y patrañas acerca de brujas, duendes, espíritus más o menos guasones y almas en pena, ellas sabrán porqué. Hay un sitio, por cierto muy próximo a

Las Furnias de que hablé antes, que se conoce con el nombre de *El Bailadero*, por suponerse que es el elegido por las brujas, más o menos auténticas, para verificar sus endiabladas reuniones que, por lo visto, terminan en estrambóticos bailoteos en los que no debe predominar la moral, ya que esas libres bailarinas no están sometidas a leyes que sean conocidas para los bailadores vulgares, los cuales aquí suelen también sustraerse de su observancia con demasiada frecuencia.

Tan arraigadas están estas creencias que parecen ridículas, como es natural, que voy a ocuparme casi en serio, de jando a cada cual que forme su juicio, de un acontecimiento que tiene preocupada a toda clase de personas de las que viven en los sitios desde donde se divisan los contornos del renombrado *Bailadero*.

Desde hace muchos años,—tal vez desde que para las brujas ha dejado de ser sitio de moda el antes favorecido con sus endemoniados bailes—que al comenzar la noche y hasta ya próximo el día, se observa una vivísima luz que remeda un *hacho* de los que para buscar la *carnada* usan los pescadores. Aquella luz que se agranda y achica, que se mueve o permanece fija, dicen que representa una alma en pena que enterró en un trozo de playa, formado por enormes cantos rodados, un caudal considerable. Una vecina del lugar soñó, efectivamente, que allí estaba ese capital y añadió que debía ser extraído por medio de trabajos verificados durante la noche. A consecuencia de ello, los *callados* enormes, han sido removidos y en un trozo considerable vi yo mismo profundos hoyos, que revelan esfuerzos y desvelos llevados a cabo con análogos resultados que el que hace algunos años obtuvieron otros habitantes del pago, penetrando en busca de un imaginario tesoro en la profunda y dilatadísima cueva llamada de San Mateo, la que, por cierto, debieran es-

tudiar los hombres de ciencia, puesto que, según noticias, es un fenómeno geológico no menos curioso que *Las Furnias*, tantas veces nombradas.

Hace algunas noches vi la misteriosa luz y lo que puedo asegurar es que las explicaciones que yo me quise dar de que fuera producida por el fenómeno físico conocido con el nombre de *fuego fátuo*, no es admisible, por oponerse a ello la forma e intensidad de la misma luz.

Como las autoridades no han tomado cartas en el asunto, ni tienen para qué, nada hay de particular en que la guasa, u otros fines nada piadosos ni morales, sean la causa de fenómeno tan sensacional.

Tampoco tiene nada de particular que me ocupe de estos extraños y ridículos asuntos en mis modestas y verdaderamente insustanciales cartas veraniegas, cuando en estos días, hasta con referencia a París, llamado el cerebro y la capital del mundo civilizado, la prensa dedica no escaso espacio a asuntos de la misma índole.

Y después de todo, debo terminar esta ya larga carta, diciendo con el poeta; *«Y si acaso ¡oh lector! fueren comento, Como me lo contaron te lo cuento.»*

Punta Hidalgo, Agosto de 1904.

IV

A imitación de lo que hace algunos años venía haciendo en la Península, he hecho una excursión a varios pueblos de esta isla, los únicos que están ligados por carretera, por cierto bastante pésima en la actualidad.

Muchas cuartillas pudiera emborronar consignando mis impresiones; pero, ¿para qué, cuando precisamente por ser el único viaje que, con relativa como-

didad, puede hacerse en Tenerife, esos pueblos son muy conocidos, y la belleza extremada de algunos, como la Orotava, ha sido mil veces descripta por verdaderos escritores nacionales y extranjeros?

Consignaré, no obstante, la satisfacción que me produjo el visible adelanto que en todos esos pintorescos pueblos he observado.

Tacoronte con su tranvía eléctrico, su magnífico hotel y el pintoresco caserío que tiende a constituir una calle, allí donde la excesiva diseminación del antiguo la hace tan necesaria; la Victoria que debe su título de Villa al popular y activísimo sacerdote Pérez Díaz, con su renovado templo y casi elegante plaza; el Puerto de la Cruz, ayer casi muerto y hoy convertido en una animada población de bien empedradas calles, preciosos jardines públicos, coronada por un bosque que sirve de bella base a un palacio que ya quisieran para sí muchos monarcas; la Orotava, digna capital de una región que el Teide contempla con orgullo, tan favorecida con la resolución ministerial, que le asigna un regimiento en la nueva organización militar, y que añade a los encantos de su accidentada campiña, jardines y alamedas, templos suntuosos y cada vez más vistoso caserío. La Rambla, deliciosa residencia veraniega, que ha logrado que su bien construída carretera cuente con puentes los más esbeltos y atrevidos de la isla y con trozos tan encantadores, que cualquiera los creería formando parte de esos soberbios parques, que son el encanto de las capitales italianas o rodean las residencias veraniegas de los monarcas europeos. Garachico, la Pompeya de Tenerife, que vió sepultadas sus calles de mármol y sus viviendas propias de una gran ciudad por la lava del volcán, como Pompeya por la del Vesubio, y renace hoy de sus propias ruinas, como el fénix de la fábula, y procura embellecer sus plazas y renovar su caserío tres veces des-

truído por terribles cataclismos locales; todos estos pueblos situados ora en el centro de una campiña siempre verde, ya en el declive de elevadísimas montañas, que parece desafían el cielo y tienen en el movable mar su accidentada base; ya semejando con su caserío bandada de palomas que interrumpe la blanca espuma, que separa el verde de los campos del azul purísimo de ese mismo mar, ofrecen, además, progreso venturoso en su riqueza agrícola y contribuyen a que el archipiélago canario llame la atención de los economistas, que se enteran por las estadísticas comerciales del enorme desnivel que la balanza acusa aquí entre las exportaciones y las importaciones anuales.

En el progreso agrícola de esta región norte de Tenerife, toma parte interesante la importantísima Villa de Icod. Su accidentado y bellísimo campo, sembrado de quintas y hermoseados con trozos de bosques que recuerdan los inmensos donde hallaron abundante combustible, consoladora y benéfica sombra generaciones ya pasadas, se puebla de millones de plátanos que embellecen al par que dan utilidad, con su verde obscuro y sus celebrados frutos; pero de todas las poblaciones que visité, en ninguna hallé menos adelanto. Hacía veinte y siete años que no la veía, y ni ví ahora reformas que debía esperar de pueblo tan populoso y rico, ni pude explicarme este fenómeno en una época como la presente. Las exageradas luchas políticas son una rémora al progreso de los pueblos; pero aquí, según se me ha dicho, son de tal indole, que hasta casi hacen imposible la vida social. ¡Oh, quién tuviera autoridad bastante para hacer desaparecer ese estado de cosas en pueblo que me es tan simpático!

Muchas veces he dicho que La Laguna, a pesar de haber perdido su nunca olvidada Universidad de S. Fernando, continúa ejerciendo, tal vez en toda la provincia, su influencia bienhechora,

no sólo por residir en ella centros instructivos de transcendencia, por sus cuatro bibliotecas y sociedades patrióticas, sino por lo que tal vez será consecuencia de todo esto: por el número respetable de hijos suyos que existen en casi todos los pueblos de la isla y aun de los restantes del archipiélago, desempeñando cargos de inteligencia o industrias más o menos importantes. Esta rápida excursión mía contribuye a confirmar mi acerto. Casi no he dejado de hablar de la vieja ciudad, porque en todas partes hallé laguneros que recuerdan a su patria querida y celebran su progreso, debido a su propia valía y el indiscutible patriotismo de sus hijos, a pesar de las miserias políticas que también ejercen entre ellos su maléfica influencia.

En varios de estos pueblos, figuran párrocos ilustrados, como los del Puerto de la Cruz, Sr. Mascareño, y de la Concepción de la Villa de la Orotava, señor Martínez, que han sabido dejar muy alto su prestigio: el primero en Santa Cruz de la Palma, cuyo Excmo. Ayuntamiento le nombró hijo adoptivo de la ciudad «por su virtud, caridad e ilustración», y el segundo, desempeñando con gran inteligencia la Secretaría de Cámara del actual Prelado de Tenerife. Artistas como don Juan Reyes y Armas, premiado dos veces en Madrid, y una de ellas por un tribunal formado por las tres grandes eminencias en el arte musical, que se llaman Breton, Chapí y Jiménez; profesores de instrucción primaria como el Sr. González, premiado también en público certámen, y un gran número de personas ilustradas que ocupan, en estos míseros pueblos, posición desahogada o han desempeñado o desempeñan por su laboriosidad y honradez cargos importantes, como el Sr. Arocha en Garachico, o el Sr. Carballo, en el Puerto de la Cruz.

Hasta aquí todo lo que he dicho es agradable: siento terminar mi carta consignando algo que produzca efecto con-

trario, pero el deber del cronista es decirlo todo por si logra llamar la atención de quien pueda evitar males a la sociedad.

Semejante a las damas cuya extrema belleza, si no va acompañada de una gran virtud, puede ser causa constante de su deplorable caída, así la región que acabo de visitar, precisamente por lo singular de su clima y lo hermoso de su contorno, atrae a un sinnúmero de viajeros de Inglaterra y América que vienen buscando lenitivo a su dolencia y medios eficaces para recobrar la perdida salud, convirtiendo los sitios en que habitan en focos de infección peligrosísimos. La tuberculosis, enfermedad hasta hace poco sino desconocida, poco frecuente en el país, va adquiriendo un notable desarrollo: los campos se ven ya invadidos y las ciudades cuentan los enfermos por cientos. Débese esto a que falta la virtud que en la dama hermosa es defensiva eficaz, la moralidad. El lucro, origen de muchos males, cuando no se apoya en la buena fe y en la honradez, hace que se hayan convertido las fondas y hoteles de la Villa y el Puerto, principalmente, en centros peligrosísimos para la salud, en planteles para cultivar microbios, como los clasificaba con gracejo un amigo mío, médico acreditado. Fundado en la buena fe que informa o debe informar todos los actos sociales, llega un viajero a un pueblo y acude a los hoteles en busca de hospedaje. Allí, sin reparar en las consecuencias, se le admite proporcionándole tal vez el mobiliario que antes usó un tísico. ¡Cómo si asesinar fuera sólo clavar un cuchillo, como en la calle de la Rosada o en los alrededores del cementerio del Puerto de la Cruz! El peligro que corre hoy el que visita estos pueblos y acude a fondas y hoteles, es inmenso: yo de haberme enterado de ello hubiera renunciado a mi viaje: por casualidad no dormí en la misma cama en que acababa de dormir un tísico,

o en la habitación inmediata en la que expiró otro, alemán por cierto.

Las autoridades deben tomar en este asunto medidas de rigor. En esos pueblos deben establecerse sanatorios convenientemente vigilados y deben darse garantías al viajero para que esté seguro de que en los sitios que en todas partes existen para acogerse con salud, no se admitan enfermos contagiosos.

Continuando así, hay que compadecer no sólo a los viajeros que al marchar a sus casas llevan a sus familias el germen de terribles males, sino a los desdichados dependientes a quienes la necesidad y la ignorancia mantienen en sitios tan peligrosos.

Punta de Hidalgo, septiembre de 1904.

Desde Sevilla

Fragmentos de una carta.

Como creo haber indicado en una de mis anteriores correspondencias, el eminente tribuno don Emilio Castelar tenía ofrecido visitar a la ciudad que pasa como legítima capital de Andalucía; y ya, con gran contentamiento de los admiradores del gran patriota, ese viaje se ha realizado. Como más que viaje político fué artístico, sólo aceptó Castelar un banquete de aquel carácter, celebrado en el gran teatro de San Fernando, que se decoró con mucho gusto, ocupando la presidencia de la mesa principal, y teniendo a su derecha al ex-ministro señor Ríos y a su izquierda, al diputado señor Borbolla y al periodista señor Benítez de Lugo, pariente de varias familias que en Tenerife llevan ese apellido. Los comensales, que pasaban de trescientos, ocupaban otras

mesas, y un escogido y numeroso público llenaba las localidades del clásico teatro. Después de los brindis de los tres citados señores, se levantó el más grande de los oradores del mundo, pronunciando uno de sus más admirables discursos, que fué aplaudido con el mayor entusiasmo. Había muchos años que no oía al que constituye una verdadera gloria nacional; puede decirse que si el tiempo ha desmejorado algo su voz, no ha conseguido amenguar en lo más mínimo los grandes bríos de aquella inagotable imaginación, ni alterar las demás cualidades que adornan para la tribuna esa figura colosal de la oratoria moderna. Todo el discurso fué notable, pero pudieran citarse como modelo de buen decir y de elocuencia en grado sumo, los párrafos en que encomió los grandes bienes que al mundo ha proporcionado el cristianismo, recordando la figura sublime de J. C., que quiso llamarse Maestro y sólo por escarnio, Rey: el periodo en que ensalzó a la mujer, idealizada en María, y aquéllos que dedicó a Sevilla, recordando el papel que en la civilización del mundo ha venido desempeñando desde tiempos relativamente remotos. Tal fué el entusiasmo que en los oyentes produjo la peregrina oración del incomparable tribuno, que ví aplaudir a individuos de las más opuestas ideas, y aun en más de una ocasión arrancó lágrimas e hizo prorrumpir en aclamaciones de verdadera admiración.

Esperábase por algunos declaraciones anunciadas con notoria insistencia por la prensa de estos días; pero en honor de la verdad, de la evolución hacia la monarquía de la importante agrupación que tan probo hombre público acaudilla, no sólo no hizo mención, sino que ni remotamente, puede decirse, que a ella se refiriera en ninguno de los magníficos periodos del no corto discurso. Sólo una observación hicimos cuantos acudimos a la inolvidable reunión: ni una sola vez nombró

Castelar la República; ni una sola vez manifestó entusiasmo por la forma de gobierno que tan pocos gratos recuerdos nos dejó en el 73, aún a los que la deseábamos con no disimulado entusiasmo.

* * *

El Arzobispo de esta archidiócesis continúa con actividad su propaganda en pró del pensamiento, que será un hecho, de la celebración del tercer Congreso católico; a más de la aprobación necesaria del Sumo Pontífice, ha conseguido que hayan aceptado su invitación más de treinta obispos y arzobispos, y muchos hombres notables por su saber y elocuencia. La junta organizadora, instalada en el palacio arzobispal, se ocupa de cuanto es conveniente a la realización del pensamiento del prelado, y ya se están extendiendo los títulos que afectarán la forma de un documento del siglo XV, en papel vitela, títulos que se entregarán a cuantas personas se han inscrito e inscriban para formar parte de la asamblea que ha de inaugurarse el 26 del próximo abril.

* * *

No va tan adelantado el pensamiento de la coronación pontificia de la antiquísima efigie de N.^a S.^a de los Reyes. Parece que se han dividido las opiniones respecto de la época en que debe celebrarse; hay quien opine que debe diferirse la ceremonia para cuando terminen las obras de la Catedral, que se dice marchan bien ahora; hay quien recuerda que en el centro de una gran plaza teniendo por cúpula la hermosísima de este cielo siempre azul, y por lucerna el esplendente sol de Andalucía, resultaría el acto más solemne y más digno de la bendita Regeneradora de la mujer y del esclavo.

* * *

Las fiestas de la Concepción y Pascuas han revestido su acostumbrada

suntuosidad en la Catedral sevillana. El 7 por la noche aparecieron iluminados, por cierto espontáneamente, los balcones y adornados con vistosas cortinas, y el 8, una multitud considerable de gente acudió a la Catedral, a ver desfilar la *procesión de las Capas*, en la que las llevan azules y muy lujosas los acompañantes; acuden las cruces de todas las parroquias, y ostentan las dignidades, al par que el Arzobispo, las severas mitras, privilegio que sólo se ha concedido en España a esta Catedral. La patética ceremonia del baile ante el Sacramento, de los niños llamados *seises*, reunió en los días de la octava a mucha gente, entre la que se veían no pocos extranjeros. Los niños visten a la antigua española, de azul y blanco; cantan como ángeles, y el baile resulta grave y conmovedor. Cuéntase que habiendo llegado a noticia del Papa que en la Catedral de Sevilla se bailaba cubierto ante el Sacramento, lo prohibió severamente; pero el Cabildo, rico entonces, envió a Roma, en unión de la orquesta que dirige el maestro de Capilla, que es casi siempre una notabilidad música, a los *seises* para que repitieran ante S. S. el canto y el baile, y el resultado fué la autorización pontificia para que continúe practicándose la famosa ceremonia. Una de las personas que acudieron todas las tardes en este año a la catedral, fué la Infanta Luisa, viuda de Montpensier, segunda hija de Fernando VII, que ya reside en el Palacio de S. Telmo, restablecida de la enfermedad que recientemente puso en peligro su vida. D.^a Isabel II es esperada a principio del próximo Enero, y ocupará el Alcázar, teatro de tantos hechos que figuran en la historia patria.

* * *

En estos días visitó a Sevilla el príncipe alemán Esteban, primo del actual Emperador: por cierto que durante los dos días que aquí permaneció, no cesó de llover ni apareció un momento el

esplendente cielo que la fama pregona con justicia. El Príncipe, juzgando por lo que veía, puede poner en duda lo que dice la fama y concluir afirmando que el país español, como el alemán, ofrece las tristezas del invierno con idéntica intensidad: hay que convenir que en la presente estación se nota, más que otros años, persistentes lluvias y tristes nublados, pero aún no se han notado los grandes fríos del pasado e inolvidable invierno.

* * *

El día de Sta. Bárbara pudo haber, en el templo de S. Pablo, muchas desgracias. Celebraban con gran pompa a su Patrona los artilleros y en el acto del sermón hubo una explosión de gas hidrógeno, que llenó de pavor a la muchedumbre. Yo estaba en el coro y desde allí presencié una escena que no olvidaré fácilmente. Las mujeres gritaban y todos querían ganar las puertas, que se abrieron con estrépito: al fin se restableció la calma, después de haber ocurrido desmayos y tal cual herida.

Diciembre 1891.

El Teide

Las Islas Canarias, con formar una de las 49 provincias de la nación española, con hallarse, aunque en otra parte del mundo, a las puertas de la encantadora Cádiz, con la que sostiene bastantes relaciones de comercio, son punto menos que desconocidas de infinidad de españoles, y eso que, por varios conceptos, son notables, y por muchísimos ambicionadas de otros pueblos, con algunos de los que han tenido que luchar con gloria y fortuna, defendiendo la bandera nacional.

El plausible afán colonizador que en

estos últimos tiempos se ha desarrollado en las naciones civilizadas, respecto al gran continente africano, ha venido a contribuir a que una vez más se fije la atención en las famosas Afortunadas, reconociéndose su importancia presente y futura, y haciéndose estudios, bajo puntos de vista diversos, que vienen a corroborar más y más la gran valía de aquel trozo de tierra española, donde no late un solo pecho que no sienta el amor intenso hacia la Patria que ha inmortalizado el valor inimitable y el sobresaliente genio de muchos de sus hijos.

Entre las maravillas naturales que aquella interesante agrupación de islas encierra, figura y con razón, en primera fila, el gigantesco pico con cuyo nombre se encabezan estas líneas: montaña prodigiosa, cuya contemplación despierta en el geólogo, en el hombre de ciencia, vehemente afán de profundos estudios; en la imaginación del poeta, un mundo de creaciones, y en el ánimo del creyente, multitud de sentimientos sublimes hacia a El que, con su poder inmenso, a todo dió origen, como señaló inevitable término.

En efecto, nada más curioso para el que trata de averiguar la causa de los fenómenos que admira, que la investigación del origen de tan singular monte, digna corona, majestuoso remate de la pintoresca isla de Tenerife, como tal vez lo fuera de la gran Atlántida que describe Platón, según los que, siguiendo al inmortal filósofo, admiten para el archipiélago canario tan noble origen.

Descansando sobre la anchurosa base que forma Tenerife, y por encima de escalonadas y caprichosas montañas, algunas de las que casi lo rodean como si quisieran figurar inexpugnable muralla, se levanta la cónica figura del gigante *Echeyde*, que se corona de nubes y hace que el mar ruja impotente, como intranquilo esclavo, a su firmísima y secular planta.

No es extraño que los hijos del no-

ble pueblo guanche, —cuyos tranquilos habitantes, hasta los Reyes Católicos, de aquel precioso país, no fueron tan atendidos y respetados, como por sus bellas cualidades merecieran, por nuestros padres los valientes conquistadores de la Isla— consideraran al portentoso Teide como un ser sobrenatural, rindiéndole adoración y culto.

Su gran elevación, que alcanza a más de 13.000 pies sobre el nivel del mar y le hace figurar entre los grandes montes del mundo; su plateado cono, que refleja con misterio indescriptible la amortiguada y poética luz del astro de la noche como se cubre de caprichosas y variadas tintes, cuando los rayos del refulgente Apolo llegan tímidos a su superficie: el verde obscuro con que se engalanan muchos de los montes que lo circuyen, como si de intento se propusiesen embellecer el conjunto; las formas distintas de otros tan altos que en países donde no asoma un rival del Teide, podrían ser considerados como tal; todo da al conjunto un grado muy alto de belleza y sublimidad, y apenas el ánimo atónito puede dominar un sentimiento de especialísimo respeto.

Yo no me explico como, dado el desarrollo que en nuestros tiempos ha experimentado el gusto por los viajes, siendo tan corto el trayecto que a la Península separa de aquel original y bellissimo archipiélago, y tan fáciles y frecuentes los medios de comunicación, los hombres de ciencia, las personas de gusto, y aun las que desean disfrutar de un clima delicioso y sin rival, dirigen sus excursiones hacia otros países extranjeros, que no proporcionan ni con mucho los caudales inagotables de estudio y de condiciones estéticas que en gran escala ofrecen las antiguas Afortunadas, sin imitar a los naturales de otros extraños países que, como los ingleses, vienen de antiguo estudiando y visitando detenida y frecuentemente aquella tierra, por la que muestran, y con justicia, marcada predilección.

Alemanes, rusos y franceses recorren, y no de tarde en tarde, aquellas deliciosas vegas, encantadores valles y cuantos sitios naturales son dignos de contemplación y estudio, escribiendo llenos de entusiasmo sus impresiones hasta en voluminosos libros, que circulan luego con profusión en sus respectivos países: españoles, no siendo alguno a quien la conveniencia o la necesidad de un destino, empuja hacia aquellas hospitalarias playas, ni se ocupan de visitarlas, ni siquiera saben que en aquel trozo de la madre patria, está el primer clima del mundo, y, por ende, no sacan de este conocimiento el partido que es su consecuencia.

Una ascensión al Teide compensa grandemente al viajero de todas las molestias que un viaje más o menos incómodo pueda ocasionarle. Las impresiones recibidas nunca se olvidan y los conocimientos con que se enriquece la inteligencia, son de gran estima y valía. El que estas líneas escribe, cumplió haciéndola, una de las aspiraciones acariciada con tesón desde la niñez. ¡Cuántas veces contemplando desde la deliciosa vega de la antigua capital de Tenerife, la ilustre ciudad de los Adelantados, mi querida y nunca olvidada Laguna, el soberbio panorama que el Teide ofrece coronando los bosques de la pintoresca Esperanza, una lágrima rodó por la mejilla al considerar alejado indefinidamente el ambicionado propósito! ¡Y con qué regocijo, una vez llevado a cabo, admiraba, desde el mismo punto, al secular coloso, recreándose la imaginación con el recuerdo de las bellezas que admiré en los sitios que la distancia presentaba empequeñecidos! Aquellos recuerdos durarán tanto como mi vida.

Cuando un año después de mi visita al Teide recorrí las ciudades más bellas de Italia y algunas de las obras con que la naturaleza ha dotado a aquel privilegiado suelo, como el Vesubio que aterra y embellece a la región napolita-

na, más de una vez vino a mi mente el recuerdo del rey de Atlante y siempre deduje la supremacía y grandiosidad del cuadro que desde su cima se ofrece sobre los admirables que la tierra de las bellas artes presenta por doquier. Desde la cúpula del Vaticano, verdadera y asombrosa montaña levantada sobre las nubes por el gran Miguel Angel para coronar a la ciudad más ilustre y de más recuerdos imperecederos que la tierra sustenta, recordé al Teide, y su majestad incomparable ahogó a la que, sin disputa, domina en la obra del inmortal artista. Hay entre ambas obras la distancia infinita que separa a sus sublimes autores; grande es el extraordinario genio del artista italiano, pero ¡cuánto dista de la inmensidad de Aquél que se lo inspiró!

Una extensión de más de cuarenta leguas, se abarca desde la encumbrada cima del portentoso *Echeyde*, y tan dilatado espacio lo interrumpen los contornos caprichosos de las restantes doce islas que, cual si quisieran dar muestras de acatamiento al gigante, se agrupan y aproximan. Tenerife, con no ser de corta extensión, aparece cual pequeño pedestal, y sus valles, como el de la Orotava, de universal fama, remedan a l-fombras graciosísimas, cuyos armónicos dibujos los forman matizados jardines, donde crecen todas las plantas del mundo conocido.

Cuando desde la llamada *Estancia de los ingleses*, sitio elevadísimo que sirve de descanso al fatigado viajero, nos dirigimos al *Mal país*, extensión volcánica y de penoso ascenso, y comenzamos a escalar el *Pan de azúcar*, cono perfecto, digno remate de la gran mole, aun el astro rey no aparecía sobre el horizonte sensible. De pronto y tras de un corto crepúsculo, aparece refulgente, imponente, gradioso. Imposible describir tanta grandeza y hermosura. Créese uno transportado a otro mundo, y cuanto le rodea a figurarlo así contribuye grandemente. El olor a sustan-

cias minerales, que en abundancia se desprende de las grietas, el silencio sepulcral, el enrarecimiento del aire que produce inquietud hasta allí nunca sentida, los informes grupos que en todas direcciones adornan la dilatada superficie del mar y, sobre todo, el aspecto soberbio del inmenso globo de fuego, que lentamente se eleva, recordando la mitológica aparición de la hermosa Venus; todo anonada y asombra así como tiende a elevar y sublimar el alma del observador. En aquel momento solemne, el más ateo se vé, no hay que dudarle, obligado a confesar que existe un ser superior autor de tanta maravilla, y, sin querer, su labio trémulo pronuncia una oración, reconociendo que ningún templo es más digno de su grandeza sin limite.

Al frío intenso del aire, — dos grado bajo cero, y era el 24 de Agosto, — que contrastaba con la elevadísima temperatura de las rocas y grietas, de las que retirábamos los termómetros con presteza por temor a la fractura producida por rápida dilatación, sucedió un calor insoportable: sobra la luz allí, mientras que en las islas la noche extiende aún su tupido manto; el crepúsculo va alejando lentamente a las tinieblas dominadoras de aquellos trozos de terrenos perdidos en el dilatado océano; los detalles de las islas van apareciendo; los pueblos semejan con sus alegres caseríos dispersos o agrupados, bandadas de palomas que, obedeciendo a una sociabilidad instintiva, descansan dulcemente en verdes praderas, después de rápidos y agitados vuelgs. La Laguna de Aguere se extiende entre montañas, que desde la altura aparecen pequeñas pero caprichosas y de variadas formas.

A un lado se distingue, formando casi un círculo, la Gran Canaria digna rival de Tenerife y, por tantos títulos, importante; aquí, La Palma, coronada de bosques que circuyen a la célebre Caldera, inmenso hueco, digno de estudio, llamado por algunos el molde del Tei-

de; allí la Gomera mitad oscura por la sombra que proyecta el mismo Pico de Tenerife, sombra cónica, como el cuerpo que la produce, que se extiende por el mar, sube al cielo, y en aquel instante tiene su vértice coronado por la amortiguada luna, que semeja la hostia consagrada elevándose en la inmensidad del espacio: la otra mitad de la isla, llena de vida, llena de luz, con sus alegres pueblecitos, nutrido arbolado y pequeñas pero bien cultivadas llanuras; más allá la pequeñísima pero renombrada isla del Hierro, la del célebre Meridiano extremo occidental en otro tiempo, del mundo conocido; y al lado opuesto, las islas de Lanzarote y Fuerteventura, las más próximas al continente africano, en aquel instante casi cubiertas por blanquísimas nubes, que ora ofrecen en su conjunto el aspecto de inmensas ciudades con su cúpulas soberbias y elevadas torres, ora presentan montañas de hermosos copos de algodón o nieve, o delicados encajes que figuran, con los cambios de luz, inimitables bordados, que distraen la atención embelleciéndolo todo.

No es posible resistir por mucho tiempo ni el calor que excede de 50.º, ni el extremado enrarecimiento del aire, y es necesario salir de aquel arrobamiento; mas el descenso que se hace con rapidez, aunque con molestia, también ofrece cosas dignas de contemplación y estudio: a más del ruido subterráneo que sin dificultad se percibe, las continuadas ráfagas de humo que brotan de las llamadas *narices del Teide*, todo lo que revela que no es volcán que fué, sino aun candente el que visitamos, que por desdicha, de tarde en tarde, da muestras inequívocas de vitalidad. La *Cueva de Hielo*, donde las aguas aparecen congeladas, apesar del intenso calor interior de la gran mole, verdadero milagro de la naturaleza; la inmensa cantidad de lava arrojada en diversos periodos y cuyas distintas capas revelan otras tantas horribles erup-

ciones: la carencia absoluta de toda vida vegetal y animal; el efecto extraordinario que en aquellas soledades producen las menores alteraciones atmosféricas y luego el aspecto arenoso y pintoresco a la par de la caldera, planicie blanquísima donde únicamente vegeta formando pequeños oasis, la *retama blanca*, planta especial de aquel país; y tantas otras cosas, constituyen un caudal inagotable para el científico que tiene el buen gusto de dirigir hacia este punto sus viajes de provechosa investigación.

Pero estos apuntes van tomando proporciones que no fué mi ánimo darle y tengo que concluir, no sin expresar que sólo un bosquejo de lo que pudiera decirse está hecho, aunque reconozco que es imposible expresar cumplidamente la verdad de tanta sublimidad y belleza, pues lo grandioso no puede encerrarse en pequeños y limitados moldes.

De un periódico de Alicante, Septiembre de 1886.

Opinión sobre el Regionalismo canario

Sres. Redactores de EL PROGRESO.

Muy Sres. míos: La obligada tardanza en contestar a la para mí honrosa invitación de ustedes, ha facilitado mi trabajo. Todo lo que podía decir se ha dicho y con una erudición verdaderamente admirable, primero, en el notable discurso del escritor lagunero Leoncio Rodríguez, y luego en los escritos de los más selectos intelectuales de este Archipiélago.

Seré breve.

Comenzaré haciendo una afirmación. Existe el regionalismo canario. Todo cuanto es indispensable para la cons-

titución de esa escuela, que tiende a desenvolver el amor a la patria chica sin detrimento del que debemos a la grande, se da con creces en Canarias.

Especial topografía del territorio; historia también especialísima; tradiciones, costumbres, usos, fueros y leyes, cuya desaparición a impulso de un exagerado centralismo, ha ocasionado males que justifican la conveniencia de su restablecimiento, siquiera sea con las modificaciones que la experiencia aconseja; y hasta modismos, términos y frases en el lenguaje que, si no llegan a constituir base suficiente para un dialecto, pueden proporcionarla para el desenvolvimiento de una literatura regional, ya felizmente iniciada.

Por la conservación de estos elementos valiosos, por la obtención de leyes restauradoras de nuestras antiguas libertades regionales, tan convenientes para el desenvolvimiento de nuestra riqueza económica y de nuestra vida social *sui generis*, debemos abogar. Todos estamos moralmente obligados a cooperar al restablecimiento de lo que puede influir sobre nuestro singular modo de ser, y nos impulsa por las vías del verdadero progreso resultante de la vida armónica de la Región con la del Estado nacional.

Dirá alguno: para velar por esos caros intereses regionales son suficientes las corporaciones y sociedades de carácter popular, tales como la Diputación provincial, los Municipios, Económicas, Cámaras agrícolas y de comercio, etcétera, etc.

No, ciertamente. La Diputación y los Municipios tienen una vida reglamentada bien distinta de la que en otro tiempo tuvo el Magnífico Ayuntamiento de La Laguna, por ejemplo. Hoy viven dentro del círculo que les trazan leyes dictadas por poderes centrales, que por altas y patrióticas que sean sus miras, no es posible puedan descender a esos detalles íntimos de la vida regional. Aquellas entidades jurídicas, la

Diputación y los Municipios, ya tienen, por otra parte, demasiados conceptos de la administración a que consagrar sus energías; y en cuanto a las Económicas y Cámaras agrícolas y de Comercio, recuérdese que sólo existen en un número limitadísimo de poblaciones.

Es indispensable la cooperación de todos. ¿Qué medios poner en práctica para conseguirla?

Evidentemente no hay otro que la constitución de centros consagrados a la defensa y propagación de los intereses de los pueblos, en todos los que constituyen la Región; y como esto no puede conseguirse sino por medio de una organización en la que impere la unidad, se hace necesaria la formación, obedeciendo a un plan, a un sistema y a un fin, de una colectividad que extienda su esfera de acción en toda la provincia y siendo completamente ajena a la política, moralice la administración, abogue por la restauración de nuestros fueros, influya sobre la conservación de todo lo que constituya nuestra personalidad canaria, lo que eleve y dignifique nuestra alma regional, sin detrimento, lo repetimos, una y mil veces, de la española, que amamos tanto como aquélla.

Para conseguir, lo antes posible, la constitución de ese grupo eminentemente patriótico, debe reunirse en la capital un núcleo de personas que, penetradas de estas verdades, estén dispuestas a prestar a la patria chica su valioso concurso. Ese grupo es el llamado a redactar las bases sobre la que ha de cimentarse la futura entidad regional, dirigiéndose luego con esas mismas bases, a las personas que, en todos los pueblos, se juzgue, por su ilustración y amor al país, que estén dispuestas a secundar el pensamiento y las gestiones de la que bien puede llamarse Junta central. Las juntas locales que se formen, deben luego designar personas que las representen en los Congresos que, periódicamente, se han de consti-

tuir en la Capital, congresos que han de ser como el eco ilustrado de la Región y la avanzada de la misma para la defensa de sus intereses ante los poderes centrales, o donde convenga a esos carísimos intereses.

La Redacción de EL PROGRESO, que tan gallardas muestras ha dado de respeto y tolerancia con las variadas ideas emitidas en los trabajos ya publicados, permitirá que, a lo ya expuesto, añada algunas consideraciones que juzgo pertinentes y que complementan mi pensamiento acerca de los puntos que se debaten.

Quién, como yo, reconoce la necesidad de organizar un grupo regionalista, porque juzga que las corporaciones provinciales y municipales no pueden, ya que viven casi en absoluto sometidas a leyes de una generalidad exagerada, obrar siempre en armonía con los intereses de la Región, se declara evidentemente partidario de un autonomismo compatible con la vida, potente y reposada, del Estado nacional.

Fuí partidario del autonomismo desde que mi inteligencia pudo abarcar algo de los complicados problemas de la ciencia política administrativa, y hubo un tiempo en que creí, como aun algunos creen, que la autonomía sólo era propia de la forma republicana, y, creyendo que mi patria estaba dispuesta para el planteamiento de esta forma de gobierno, la amé con todos los entusiasmos propios de la juventud y de la buena fe en que siempre he procurado inspirar todos mis actos. Después vino el desengaño, producto de la experiencia.

La autonomía es compatible con toda forma de gobierno, como lo prueba la existencia de varios Estados. La Nación española que, desde sus orígenes, fué siempre monárquica, aun no está dispuesta, a mi juicio, para regirse por aquella forma de gobierno, la republicana, que es la más conforme con los principios fundamentales y lógicos del

Derecho político, cuando se entiende como debe entenderse.

Cabe, dentro del sistema político imperante, abogar por el establecimiento de un autonomismo compatible con los intereses nacionales. Con la autonomía es como se conseguirá mejor el engrandecimiento de la patria chica, sin detrimento del de la grande. El regionalismo reclama el autonomismo como su más valioso auxiliar.

De ustedes afectísimo s. s. q. s. m. b.

Punta Hidalgo, Agosto de 1906.

Desde San Sebastián

Señor Director de EL LIBERAL

Mi distinguido amigo: Supongo en su poder la que, desde París, le remití, con el fin de manifestarle la imposibilidad de escribirle ocupándome de lo mucho y grandioso que en la capital de Francia se admira en el presente año.

Siendo breve mi estancia en la gran metrópoli, dedicando el tiempo a la visita de la inmensa Exposición, a la de los Museos y alrededores de la ciudad, no disponía de hora alguna para escribir, y aún cuando así fuera, en limitadísimo número de cartas, ¿cómo ocuparme de asunto tan vasto?

El tiempo continuaba lluvioso y a ciertas horas se sentía hasta frío; y esto, unido a la imposibilidad de hallar coche o tranvía para trasladarse de un punto a otro, me aburrí de lo lindo e hizo que me decidiera a buscar en otro sitio mejor clima y mayor comodidad. Así es que, después de visitar otra vez a Versalles con sus magníficos jardines, Saint-Denis con su soberbia catedral, panteón elegido por los reyes de Francia, de cuyos enterramientos fueron

arrojados sus embalsamados restos por los revolucionarios que, como hordas de salvajes, llegaron de París en el pasado siglo; después de admirar varios museos como el de Cluny, situado junto a los restos de las Termas, y de dar el último adiós, desde las galerías del Trocadero, a la Exposición más asombrosa que han visto los siglos, salí de París, dirigiéndome a Tolosa de Francia, risueña ciudad que figura con justicia entre las primeras de la vecina república.

En los tres días que he permanecido en la bella Tolosa, he podido admirar lo mucho notable que encierra, figurando en primera fila su pintoresca campiña, su excelente canal, dilatados jardines públicos, buena catedral, que encierra dos partes bien desiguales por cierto, la una corresponde al siglo xiii y la mayor y más bella, al xiv.

Pero aún más notable que este templo lo es la basílica de San Saturnino; bajo todos conceptos puede considerarse como uno de los primeros templos de la cristiandad. Su aspecto exterior e interior es grandioso y bello a la par, y para formarse idea del considerable número de reliquias que encierra, baste decir que sólo de España depositó allí Carlo Magno seis cuerpos de santos. Aconsejo a todo el que se detenga en Tolosa, que al mismo tiempo que visite su museo, bastante recomendable, su famosa plaza del Capitolio y otros sitios dignos de admirarse, dedique a la Basílica tiempo no escaso, pues hay allí mucho que contemplar.

Con pena dejé a la antigua Tolosa y me trasladé a Lourdes, tan famosa desde hace pocos años para los que de católicos nos preciamos. La índole del periódico que usted tan dignamente dirige, extraña a toda cuestión de carácter religioso, me impide ser, bien a pesar mío, hablando de Lourdes, todo lo extenso que el caso requiere; pero ello no impedirá que le manifieste que las impresiones experimentadas en los

sagrados lugares, testigos de tantas maravillas, no se borrará jamás de mi alma.

Parece increíble que a la vista de tantos millares de personas como constantemente pueblan aquel bellissimo valle, ocurran hechos tan prodigiosos, y el mundo para el que no pasan inadvertidos los más insignificantes detalles de la vida de una cómica, más o menos notable, o de un político más o menos funestro o atrevido, no estudie aquellos prodigios, ni haga mención de ellos, o cuanto más los ridiculice, ya que no puede negarlos.

El templo dividido en tres partes, las encantadoras alamedas que desde él parten y en las que se destacan estatuas de la Madre de Dios y San Miguel, y, sobre todo, la Gruta famosa, donde aun corre la fuente que la Virgen inmaculada señaló a la humilde Bernardette, todo forma un conjunto indescriptible de belleza e inspira sentimientos religiosos, que no se olvidan fácilmente. Yo no podré borrar de mi memoria aquella procesión solemne, seguida de millares de personas que hablaban varias lenguas, acompañada de tantos desgraciados enfermos y pasando al borde de las camillas, desde las que se dirigían al Dios de las Misericordias súplicas, que hacían verter el llanto hasta los más indiferentes. Proclamo muy alto, que muchos de aquellos desgraciados hallaron instantáneamente alivio a su dolor, y que algunos abandonando ellecho, siguieron en medio de la alegría general la procesión piadosa, dando a voces gracias por la merced recibida. El que de estas maravillas dude, acuda a Lourdes, y después hable. No quiero decir más, aunque muchas ideas y recuerdos vienen a mi mente.

La estancia en la histórica Bayona, a cuya ciudad me trasladé desde Lourdes, duró sólo dos días; pero fué lo suficiente para admirar su especial posición y cuanto de notable se encierra

en su fortificado recinto. La anchurosa vía sobre la que existen buenos puentes, los extensos jardines, preciosas quintas y paseos que por la campiña se dilatan, dan al conjunto un bello aspecto, y su catedral, regulares plazas, buen teatro y bien surtidos comercios, hacen comprender que esta ciudad, española por sus costumbres y por lo mucho que aquí suena la lengua armoniosa de Cervantes, es de bastante importancia, y si en otro tiempo figuró entre las primeras de la raya de Francia, hoy aumenta en importancia y riqueza.

En cómodo tranvía fuí desde Bayona a Biarritz y si es verdad que el trayecto es un encanto, por el número de hoteles y quintas de recreo que a un lado y otro del camino se encuentran, no fué escaso mi asombro al ver la preferencia que familias españolas dan a unas costas nada cómodas y a una campiña que no es más bella que la de muchos sitios de España; preferencia que nada justifica y es, con harta justicia, censurada por todos los que conocen ambos países.

Es verdad que los hoteles en Biarritz levantados, son grandiosos, y que en algunos sitios se ofrecen lindos panoramas, pero ni el aspecto de la población alcanza al que ofrece San Sebastián; ni allí hay una *concha* tan cómoda y bella como la de este pueblo, ni el clima le aventaja y quizás ni le iguale. ¿Qué explica esta preferencia? Nada racional: la moda establecida por nuestra compatriota la Emperatriz Eugenia, cuyo aislado y hoy triste palacio se divisa al entrar en el pueblo, moda que por gentes francesas seguida nada tiene de extraño, pero por la gente española, que tiene dinero y debe gastarlo en su patria, de donde lo saca, patria que les ofrece en la costa cantábrica belleza y comodidad que supera a la que en tierra extraña se le brinda, eso sí que ni se explica, ni es patriótico y disculpable. Un gran

golpe da a esa manía perjudicial, la resolución de la Regente de construirse aquí, en San Sebastián, un palacio que sirva de albergue en verano a la Real familia, pues son muchísimas las personas que imitan su ejemplo y poco a poco se pueblan los magníficos alrededores de la ciudad, de quintas, que aumentan más y más la belleza del conjunto.

La impresión que me ha causado San Sebastián ha sido agradabilísima. Es un trozo de lo más bello de Madrid o Barcelona, cuidadosamente atendido. No hay ninguna ciudad en España que atienda tanto al ornato, la higiene y el orden público. Ninguna hay de su importancia, ni dentro ni fuera de España, que mayores atractivos ni comodidad ofrezca al que la visite.

Los jardines y paseos públicos abundan, y la iluminación es profusa.

El magnífico casino, algunos cafés y el precioso paseo llamado el Boulevard, alumbrado con luz eléctrica; la Zuriola, la Concha, y el lindo parque que está delante del grandioso palacio de la Diputación, digno de una capital de primer orden, hacen aquí cómoda y deleitosa la estancia veraniega.

Al presente hay una colonia de forasteros bastante abundante, pues pasa de 10.000 almas, según leo en los periódicos de la localidad, y según puede colegirse del movimiento que constantemente se nota en las calles y paseos. S. M. la Reina Regente hace una vida retirada; sólo se la vé a la hora del baño, y alguna otra tarde paseando por los alrededores. El Rey ayer se bañó con su augusta madre, y es visible el efecto que el buen clima de esta tierra surte en su respetada persona. El Sr. Sagasta, sin abandonar las atenciones que son propias de su elevado cargo, procura hacer una vida retirada, que se aviene mal con los constantes cabildeos y movimientos en que le suponen algunos periódicos de la corte.

El Sr. Alonso Martínez marchó a París, y los demás hombres públicos aquí residentes, aunque otra cosa se diga, se ocupan más en proporcionar a su cuerpo salud y recreo, de que tan necesitados están, que de la organización de grupos y de política activa. Esto es lo que se trasluce aquí de la vida que hacen esos personajes, tan traídos y llevados muchas veces contra su voluntad.

Y como ya la carta se hace larga, me despido hasta otra, que no sé desde donde la escribiré.

Suyo afectísimo.

Agosto de 1889.

¡Paz a los muertos!

El principio de la existencia del alma se impone a la inteligencia del hombre como una verdad inconcusa y necesaria: entre las infinitas poderosas razones que en pro pueden darse, no es indiferente la consideración de ser imposible que el mundo, obra prodigiosa que revela la omnipotencia del Autor supremo, exista sólo para que el hombre le contemple por un instante fugaz, sin más objeto, sin más fin ulterior. Hay algo más allá, nos grita nuestra conciencia impulsada por la razón: y los seres queridos que ya no viven, a quienes debemos el existir efímero que se nos ha concedido, dicen a la razón, por medio del sentimiento, que hay otra vida donde nuevamente nos comunicaremos, y que no se han roto aún los dulces lazos que aquí nos unían.

¡Sublime y consolador concepto! Destruir el triunfo de la terrible muerte que se creyera omnipotente y absoluto! Ella parecía haber aniquilado y destruido todo, a la manera que aniquiló en la materia la fuerza vital y deshizo, uno

por uno, los distintos ligamentos que mantenían unidos entre sí a los elementos que constituyen la máquina más asombrosa que inteligencia alguna pudo inventar; y, sin embargo, su poderío no alcanza a destruir al hombre mismo, puesto que la parte más noble de éste continúa subsistiendo y las cualidades que le adornaban existen agrandadas, más ennoblecidas y perfeccionadas; no se extingue el amor de la madre que ya no existe hacia el pequeñuelo abandonado en el mundo, como no concluye en el hijo el recuerdo, el cariño y la veneración que por la que le dió el ser sintió, desde que vió la luz; y aquel amor purísimo que engendró al hijo, continúa a pesar de la descarnada muerte, entre los seres que lo sintieron.

Las frías cenizas de los que fueron, representan, en cierto modo, el lazo que une al que sobrevive con el que ya cumplió su misión en el mundo: es el algo que queda como recuerdo de una existencia mortal, y el aviso de partida a los que un poco más se detienen en el camino.

Son dos las razones que para respetar esos tristes despojos tiene el hombre: el amor a los seres que ya no vé, pero que ha de encontrar nuevamente más tarde o más temprano, y el respeto que infunde todo objeto que recuerda un mal inevitable, si es que la muerte, dulce recurso para el que sufre sin esperanza, puede ser considerada como un mal. No hay nada en el mundo que infunda más consideración y respeto. A la vista de un careado hueso, parte de un ser que fué, todos experimentan un sentimiento especial, que no puede confundirse con otro alguno: aun aquellos que tienen la desgracia de no ver en él cierta santidad que le dá la consideración de haber pertenecido a un ser superior, al más digno de todos los seres, que llevó en su sien la luz purísima de la inteligencia, vivificada por los sentimientos más

nobles, y anidó dentro de sí al espíritu que nunca muere, detienen con respeto su paso y, sin poderlo evitar, exhalan de su pecho hondo y mal reprimido suspiro.

En todos los tiempos, en todos los países, se ha traducido en hechos sentimientos tan espontáneos; por eso es que los lugares donde se encerraban los restos humanos eran mirados como sagrados y dignos de veneración. El que dejaba de existir, el que ya disfrutaba de otra vida mejor, se había, en cierto modo, santificado, y los restos que a él pertenecieron se santificaban también: la idea del no ser, el terrible pensamiento de la muerte acudía a la mente, ante aquellos despojos, y por instinto se huía o permanecían con cierto temor mezclado con respeto, en los lugares donde parecía albergarse algo que desagradaba o podía recordar sufrimientos.

Y como abrigaban la consoladora creencia de que volverían a ver a los que amaron, pues su desaparición era momentánea; como al espíritu que a ellos animó se le sentía, por decirlo así, vaporoso y sutil, posarse sobre las frentes de los que sobrevivían, éstos les invocaban en sus aflicciones y reclamaban su influjo cerca de los Dioses inmortales: algunos de esos pueblos creían santificados y rendían culto proporcionado a su mérito en la tierra, a los que la muerte arrebatava; sus virtudes servían de modelo, su valor era ensalzado y por todas partes se elevaban monumentos que les recordaban a las generaciones. El Egipto pobló de sepulcros su feraz campiña, hasta el punto que apenas se extendía la vista que no tropezara con una obra artística de notable solidez, que parecía desafiar los siglos recordando a los vivos las virtudes que adornaron a sus antepasados. Los romanos, como si quisieran recordar al viajero el mayor de los viajes que debía llevar a cabo, levantaban en los caminos enormes se-

pulcros que, al señalar la vía al caminante, le indicaba la norma de conducta que debía seguir, al recordarles la del que mereció aquel honor; y la poética y filosófica Grecia, interrumpía con sepulcros la amenidad de los jardines, como para recordar al hombre en sus alegrías que no constituyen en ellas solas la vida, ni es ésta duradera o eterna.

Los pueblos que a éstos sustituyeron, no respetaron menos a los muertos, y las honras que a ellos tributaban, fueron más solemnes, porque las modificaciones en las creencias traían siempre aparejada la perfección de ese sentimiento: como en aquellos pueblos, fué lugar de veneración el que encerraba los últimos despojos, y las Bellas Artes se prestaron obedientes a este fin nobilísimo. Los monumentos y las estatuas se elevan dentro del mismo templo en que se adora a Dios, y más tarde se señalan sitios venerandos que son último refugio de la humana miseria; sitios en todas partes sagrados, donde el acto más insignificante que no sea respetuoso, constituye una profanación.

El pensamiento de dedicar un día en cada año al recuerdo de los que ya no viven, se presta a magníficas y sublimes consideraciones: las escenas que en esos tristes sitios tienen lugar en tal día, formarían sólo descriptas, dolorosos poemas, que llevarían a nuestros pechos el dolor. Allí vamos todos porque todos tenemos lágrimas que verter por una persona que nos amó en el mundo; y si acaso nos hallamos lejos del sitio donde duermen para siempre los que más inmediatos a nosotros gozaron vida, un desconocido temor nos domina también al atravesar indiferentes los umbrales del cementerio a que acudimos: el lugar de la muerte inspira en todas partes el mismo pesar.

Si visitamos el humilde cementerio de La Laguna, con sus sencillas tapias,

su pequeña capilla, y sus sendas donde crecen al acaso las flores que plantó el recuerdo, y arde una luz al lado de pobre guirnalda tejida quizás mientras se vertían dolorosas lágrimas; el sentimiento que durante la estancia en aquel sitio se apodera del alma, será análogo al que experimenté al recorrer las magníficas galerías del de Génova, museo riquísimo que se han empeñado en formar la Pintura y la Escultura como para ahuyentar, sin conseguirlo, la tristeza que siempre domina en los lugares de la muerte. En el de Pisa, donde a ambas bellas artes se juntan con el mismo propósito, los más extraordinarios recuerdos históricos, tampoco el pavor de la muerte ha dejado de dominar, a pesar de haber transcurrido mucho tiempo sin que el dintel de aquellas pesadas puertas sea atravesado por nuevos huéspedes.

Aunque en estos lugares de dolor jamás se experimentan gratas impresiones, es necesario en este día acudir a ellos; nos llaman allí afecciones queridas, nos atrae la destructora muerte irresistiblemente; necesitamos bañar el alma de tristura, no experimentada en otros sitios, y aun parece que pisamos con temor, porque creemos que con nuestra planta cometemos un sacrilegio, porque imaginamos que bajo de ellas oímos quejidos de dolor y agonía; vamos allí a visitar a los que ya no vemos, en cierto modo a comunicarnos con ellos. Algo de egoísmo guía también nuestros pasos: vamos a visitar hoy para que mañana se nos visite, a trabajar por familiarizarnos con la muerte, cosa imposible, para que así sean menos dolorosos nuestros últimos momentos, y a orar por los que existieron, para que, a su vez, oren mañana otros sobre nuestras olvidadas fosas.

Esa oración la elevamos muy ferviente por los nuestros, por aquellos a quienes nos ligan lazos de amor o amistad; pero es espontánea, brota

también del corazón, la que de nuestro pecho sale rogando por los que supieron hacer bien por la gran familia que se extiende sobre la inmensa superficie de la tierra: por la Humanidad.
¡PAZ A LOS MUERTOS!

Noviembre 2 de 1904.

El temporal de 7 de Noviembre de 1826.

En el día 7 del corriente las campanas de la S. I. Catedral anunciaron al pueblo el aniversario de un acontecimiento terrible y de imperecedera memoria. Muchas son las personas que aun recuerdan con horror el 7 de Noviembre de 1826, y las que no alcanzan semejante fecha, oyen referir con sobresalto los desgraciados sucesos que en este tranquilísimo suelo tuvieron lugar en aquel día. Aquella fecha y la no menos terrible, en que casi se redujo a ceniza un pueblo importante (1), recordando las desgarradoras escenas de Pompeya y Herculano, serán siempre de eterna recordación para los hijos de Tenerife, que pasan su vida, en este suelo de delicioso clima, donde los elementos casi nunca se desencadenan, donde si Eolo da señales de vida, es sólo para amortiguar los efectos de la ardorosa mirada de Apolo, y donde si las aguas deslizan bulliciosas, es para con su manso ruido interrumpir el silencio, que también rompen los canarios y jilgueros con la armonía de sus cantos.

Amaneció la aurora del repetido día, presentando una luz dudosa que hacia presagiar continuada lluvia: el viento

comenzó a silbar de tal modo que muchas personas de las que transitaban por las calles de la ciudad y por los caminos que la ponen en comunicación con los otros pueblos, con dificultad podían sujetar las ropas u objetos que transportaban, y los mares chocaban contra las peñas con una violencia nada común. Algunos buques surtos en la bahía de Santa Cruz, seconsideraban perdidos, puesto que a más de las inmensas montañas de agua que ora los elevaban hasta las nubes, ora los sumergían en el abismo, el puerto no les proporcionaba el menor abrigo contra el impetuoso huracán. Uno de ellos, el «Potomak», fué despedazado contra las duras peñas sin que los que, llenos de dolor presenciaban tal desgracia, pudiesen prestarle socorro alguno. Durante el día no cesó un instante la abundantísima lluvia ni el viento se aminoró en lo más mínimo. Todos los demás buques también perecieron y con ellos las respectivas tripulaciones.

En las costas del Valle de Guerra, chocó un buque que conducía diez y nueve personas; de ellas sólo tres pudieron salvarse casi milagrosamente: puede ser que a este buque perteneciesen algunos de los restos que aun se ven por aquellos desiertos sitios. En el Puerto de la Orotava, la «Bella Gabriela» desapareció para siempre con 15 tripulantes.

Un fenómeno extraordinario ocurrió: las aguas que caían en tanta cantidad y con tanto ímpetu, tenían la propiedad de ser salinas, siendo casi imposible emplearlas en los usos domésticos, razón por lo que, a pesar de ser tanta, se dió el caso de faltar, puesto que las destinadas para estos usos fueron convertidas en salobres por las que caían.

Es imposible describir la terrible angustia en que estaban sumergidos los pueblos todos de la Isla. Las casas se derrumbaban o eran arrastradas por la corriente de las aguas: las calles y caminos no podían contener éstas: los

(1) Puerto de Garachico.

puentes eran despedazados, y los que resistían daban paso a las mismas hasta por su parte superior; sólo de mampostería desaparecieron 9 puentes: más de quinientas casas fueron convertidas en escombros o quedaron de ellas sólo el sitio: en Santa Cruz desapareció un castillo, dos en el Puerto de la Cruz, uno en Bajamar y otro en Candelaria, y en este último pueblo, que sin duda fué el que relativamente sufrió más, desapareció para siempre un hermoso templo, de los más ricos de la Provincia, donde se veneraba la imagen de María más antigua y visitada de las Islas,

En nuestra vieja ciudad y sus cercanías los desastres fueron muchos, donde había llanura, quedaron barrancos profundos: la magnífica esfera de bronce dorado sobre la que descansaba una águila del mismo metal, con que remataba una de las torres de la Catedral, cayó con estruendo, rompiendo el techo y quedando materialmente enterrada: algunos molinos de viento y de agua desaparecieron, llevándose los desgraciados que en ellos se hallaban; y pereció un número muy crecido de personas. Por todas partes desolación y dolor, nadie podía socorrer a su vecino, porque como él necesitaba socorro; el tránsito por las calles era imposible, y cada casa era un mar de lágrimas, como lo era de agua. A pesar de la elevación sobre el nivel del mar de la misma ciudad (500 metros), el agua subió a más de cinco pies en algunas partes: los animales perecieron casi todos, porque no era posible vivir en las habitaciones bajas.

En las inmediaciones del gigantesco Teide, y en el mismo pico se vieron signos notables de electricidad hasta el punto que iluminaba: todo el espacio, recordando las auroras boreales tan raras en nuestra zona.

Algunas montañas de las que formaban la base del Teide, casi desaparecieron, por efecto de la impetuosidad de las aguas que llegaron a cubrir su

caldera despeñándose con horroroso estrépito, y se dió el extraordinario caso de cambiar de lugar algunas casas y ermitas (en la Rambla y la Guancha), sin que el edificio se destruyese.

Entre los muchísimos acontecimientos que tuvieron lugar en tan involuible día, no es de los menos curiosos el haber recobrado el juicio tres locos en distintos pueblos: ¡misterios profundos del Ser Supremo, cuya explicación busca en vano la ciencia! Cuando parecía que el trastorno de la Naturaleza había de contribuir más el trastorno de la inteligencia de aquellos infelices, sucede precisamenten lo contrario.

El número de víctimas de esta horrosa catástrofe, llegó en la isla a mil personas, según informes de aquella época, que tenemos a la vista, y las pérdidas tanto públicas como de interés privado fueron indudablemente inapreciables.

Tan grande como el terror y la zozobra durante el temporal, fué la ruina y la desolación que sucedió por muchos años a aquélla: multitud de vecinos de todos estos pueblos vieron desaparecer propiedades que constituían toda su fortuna: como no todos podían verificar las obras de reparación en las arruinadas casas, cuyas solidez habían puesto en tela de juicio las grandes masas de agua que motivaron tanta desolación, muchas gentes se vieron en la necesidad de vivir por bastante tiempo en despoblado.

Como recuerdo de aquel horroroso acontecimiento que trajo a la memoria de muchos la descripción del último día del mundo que se lee en los libros bíblicos, se dispuso que en 7 de Noviembre de cada año se cante un solemne *Tedeum*, en acción de gracias por no haber desaparecido del mapa la Isla, cuya majestuosa atalaya se distingue desde una muy larga distancia: esta festividad se celebró en otra época más cercana al infausto día con gran ostentación, y aunque ya hoy está reduci-

da a que el Cabildo Catedral cante los versículos de aquel himno de gracia, todas las personas que aun no han olvidado los detalles tristísimos que nosotros hemos descrito a grandes rasgos, repiten, al recuerdo que despierta el repique de la Catedral, las gracias que en la lengua hermosa del Lacio entona el coro.

Noviembre de 1904.

Carta de Alcoy

Señor Director de EL LIBERAL.

Mi distinguido amigo y correligionario. Ofreci a V. escribir desde Valencia, y no me ha sido posible cumplir mi propósito. En poco tiempo he recorrido bastantes localidades y en todas ellas he permanecido pocos días, y éstos he tenido que consagrarlos a otras ocupaciones ineludibles. No dispongo aquí de mucho tiempo, y, a pesar de ello, comienzo a emborronar cuartillas comunicando mis impresiones durante este agradabilísimo viaje.

Quien conozca las poblaciones que cito, quien haya admirado las bellísimas campañas que recuerdo, pase por alto esta desaliñada carta, puesto que todo lo que diga es inferior a la cosa elogiada, a más de que ninguna novedad podré ofrecer a los que se dignen fijarse en estas líneas.

En los días que visité a la siempre hermosa Valencia, presentaba ésta animación y vida verdaderamente extraordinarias. Apenas si hay en España otra ciudad que gane a la del Cid en amor a las tradiciones y costumbres, que son como los caracteres distintivos de los pueblos que tienen historia y glorioso pasado.

Así se explica que en sus festejos religiosos, en sus ferias y regocijos se destaquen, y aun se les dé extraordinaria importancia, ciertas costumbres que despojadas de su carácter secular, o de su significación simbólica, podrían parecer ridículas y hasta impropias de una capital tan importante, popular e ilustrada como la reina del Turia. Pero para el que no la despoja de tan respetables cualidades, para el que no olvida pasadas grandezas, épocas gloriosas y reverencia la tradición y el recuerdo, y una a todo esto el significado del acto, con relación al que se conmemora, lejos de creer debe modificarse o suprimirse, extraña la menor innovación y siente un vacío, si por un acaso no figura en el lugar que le corresponde. Tal vez a los aludidos actos se deba el numeroso concurso de forasteros que en estos días recorrian las alegres calles de la histórica ciudad.

En ninguna de las festividades, se ofrecen al curioso mayor número de originalidades y rarezas que en las que, con motivo del Corpus, tienen lugar en Valencia: sus procesiones o minervas reúnen estandartes, escudos, símbolos, banderas, personajes bíblicos, gigantes, enanos, carros triunfales, al par que efigies de gran valor, riqueza de ornamentos, y cuanto puede dar al cuadro variedad, animación, grandiosidad y severa majestad. La cabalgata originalísima; las «Rocas», carros simbólicos tirados por lujosísimos troncos ricamente enjaezados; David, Judit, Josué, y tantos y tantos personajes aparentados, sinó con aquel lujo que se despliega en Sevilla en procesiones análogas, con bastante propiedad; el aspecto de las calles, invadidas por un concurso numeroso y alegre, el movimiento de las tropas en las primeras horas, da a la población vida y aspecto excepcional que sorprende al forastero, así como le admira la solemnidad y grandeza de la verdadera procesion, que presiden las autoridades su-

periores de la provincia. En el presente año el arzobispo-cardenal no concurrió a la procesión, sin duda impresionado por la inesperada muerte del Provisor y Vicario general del Arzobispado, que aconteció el mismo día. Bien puede decirse que Valencia, mejor que otra población, ha conseguido interpretar el pensamiento del Papa Urbano IV, quien, como es sabido, estableció la solemnidad del Corpus en 1262, si mal no recuerdo, proponiéndose, según manifestó al Angélico Doctor y a San Buenaventura, fundar la solemnidad más grande, admirable y suntuosa del catolicismo.

Así como los templos, los teatros, paseos, cafés, especialmente el magnífico llamado de España, se veían invadidos por numerosa concurrencia, todo lo que hace agradabilísima la vida en estos días, a pesar del calor que se deja sentir con vigor inusitado.

Aunque poco tiempo permanecí en Carcagente y Játiva, poblaciones que no conocía, si bien había admirado muchas veces su bellísima huerta y delicioso aspecto exterior, pude apreciar la importancia innegable de ambos pueblos y visitar algunos de sus mejores edificios.

Me admiró Carcagente, populosa villa que merece figurar como ciudad, por su riqueza, espaciosas calles, excelente caseño, buenos casinos, bellos jardines y templos; y admiré en Játiva su grandiosa ex-colegiata, cuya esbelta cúpula, arruinada hace poco tiempo, se reconstruye en la actualidad, gracias al desprendimiento de algunos particulares, y cuyo pavimento y tabernáculo, son dignos de llamar la atención; y entre otros edificios, el hospital, en excelente estado de conservación, y otros templos perfectamente decorados. Las plazas, en algunas de las que me figuré percibir preparativos para la celebración de algunos festejos, concurridas y espaciosas, fijándome especialmente en un precioso parterre si-

tuado fuera de las antiguas puertas, desde cuyo lugar se distingue un magnífico panorama que abarca la preciosa huerta, con su esparcido caseño, variado cultivo y multitud de gigantescos árboles. No sé si será en el centro de este delicioso jardín donde se elevará la estatua del inmortal Juan de Rivera, debido honor que la ilustre y antigua ciudad tributa a uno de sus hijos esclarecidos. El centenario del gran pintor se celebrará con la solemnidad debida, dentro de poco, y a ese fin se ponen en juego todos los elementos de valía existentes allí.

Entre esta ciudad y Alcoy, hay muchas y frecuentes comunicaciones; pero ¡cuánto se lamenta acudir a la antigua diligencia, después de aprovechar, hasta donde es posible, la vía férrea! Por eso preferí pasar las dos o tres horas de horrorosa espera en la Encina y dirigirme a Villena, ciudad que me es grato visitar, porque despierta en mí, por el parecido, los recuerdos de la patria, a la que rinde el alma natural culto. Tuve tiempo para visitar su templo, su bonito teatro y algunas de las deliciosas huertas, saliendo por la vía estrecha hasta Bañeras, atravesando un país bellissimo, y lamentando que, a pesar de la importancia de Alcoy y de la reconocida necesidad de la expresada vía, permanezca ésta en tan deplorable atraso. Lástima da ver el magnífico servicio de coches a la intemperie, deteriorados, sin uso, así como muchos edificios de las estaciones no inauguradas, a medio construir y mucho material que quedará inservible. Increíble parece que el patriotismo alcoyano, manifestado tantas veces en bien de la localidad, no sea en este asunto tan eficaz como fuera de desear, dada su importancia.

La llegada a Alcoy, es para mí siempre acontecimiento gratisimo, porque a más de lo simpática que me es tan populosa como industrial ciudad, cuento en ella con amigos queridos, antiguos

condicipulos, que me recuerdan época más feliz de la vida, y no pocos correccionarios, juiciosos e instruídos, cuya amena conversación y buena compañía, contribuye más y más a que se sienta pena, cuando de la partida se trata.

Ocuparme de lo mucho bueno que esta hermosa ciudad encierra, de sus amenos paseos, espaciosas calles, grandiosos edificios, excelentes fábricas, que honran no solo a la localidad sino aun a España, es tarea inútil, tratándose de un pueblo de esta ya para mí querida provincia, que todos conocen y admiran.

Al presente sufre Alcoy, sin duda debido a alguna causa de carácter tal vez universal, una crisis económica verdaderamente lamentable, y aun esta tristísima situación ha sido motivo para que el espíritu de inagotable caridad que adorna a estos naturales, de la que dieron evidente muestra cuando la última invasión cólerica, se exteriorice una vez más. Como prueba irrefutable de la existencia de aquel honroso espíritu, puede visitar el forastero dos obras grandiosas dignas de una capital de primer orden; el soberbio hospital y la grandiosa casa de Beneficencia. Hay, además, multitud de asociaciones caritativas, donde se llevan a la práctica sentimientos nobilísimos a los que, en primer término, debe rendir culto un pecho verdaderamente católico.

Pero dejándome llevar de mi entusiasmo no he notado que esta carta toma proporciones nada adecuadas a las dimensiones de su ilustrado y bien escrito periódico; debo dar término a ella no sin dedicar un recuerdo a los amigos que tan buenos ratos me han proporcionado, en particular en los elegantes salones y bellísimos jardines de el Circulo Industrial, sociedad de recreo, tal vez, y sin tal vez, de las más bellas de España, donde he oído tocar, por cierto magistralmente, un hermoso piano últimamente traído de la mejor

fábrica de Alemania, y en cuyo bello teatro oí el año anterior un concierto del que conservo grato recuerdo.

Ayer fué aquí día animado; a las funciones de iglesia de la mañana se unieron a la tarde espectáculos en la plaza de toros, local que no he visitado y por ello no siento pena alguna; luego una solemne procesión que presencié desde los balcones de la elegante fonda de Rigal, establecimiento que he encontrado verdaderamente transformado, y por la noche, en el teatro Principal, por cierto muy bonito, aunque pequeño, el titulado *Conde Abel* sorprendió a la concurrencia con juegos de prestidigitación neumónicos etc., etc., los que ejecutó con precisión verdaderamente admirable.

En la vecina población de Cocentaina, donde también encontré amigos a quienes no olvido, y en esta ciudad han tenido lugar, con lisonjero éxito, los exámenes en los respectivos colegios. ¡Lástima que en Alcoy, contándose con tantos recursos, cuestiones personales siempre lamentables, no hagan posible la existencia de un colegio de segunda enseñanza, a la altura de su importancia!

Hasta la vista se despide su afectísimo amigo, q. b. s. m.

Junio de 1887.

Libros y folletos

Ya que puedo contar, gracias al cariño, que me honra, de amigos y correccionarios, con un hueco en las columnas de este ilustrado periódico, propóngome siempre que algún libro llegue por primer vez a mis manos y sea de reconocida utilidad, ocuparme de él, que, si no otra cosa, al menos podré

conseguir llamar la atención sobre el mismo: que aquí donde se lee menos de lo que fuera conveniente, y donde las utilidades que sus trabajos reportan a los autores no llegan jamás a la prodigalidad, ni mucho menos, nunca está de más todo medio de propaganda.

De esta vez me ocuparé de algunos, que si no son desconocidos de la mayor parte de los que puedan leer estas líneas, merecen que la prensa de Alicante los encomie y recomiende, ya que de plumas alicantinas brotaron, ya que a hijos distinguidos de esta importante provincia se deben.

Curso elemental de Física se intitula la obra que, escrita por el activo y peritísimo catedrático de la misma asignatura en este Instituto, sirve de texto a los alumnos. El nombre de su autor, conocido entre los que a las ciencias físico-químicas se consagran en España, y que corresponde a un antiguo catedrático de la Universidad Central, es suficiente garantía, si ya no lo fueran las condiciones de la obra, que supone un caudal de conocimientos nada comunes y una constancia a toda prueba, no sólo para vencer dificultades que al fondo de la misma hagan referencia, sino aun materiales, en este país, donde son raras las imprentas que tienen ocasión de mostrar sus adelantos en el arte, dando a luz libros de carácter puramente científico.

No son pocas las obras que, escritas en nuestra rica habla, versan sobre el asunto elegido por el Dr. Soler y Sánchez, y algunas de ellas de no escaso mérito; pero hay que convenir en que en la mayor parte, si no en todas, se notan por los que a esos estudios consagramos algunas vigiliias, lunares de más o menos importancia, que hacían desear la aparición de otra donde no resaltaran en tan gran número, ya que es difícil la perfección.

La mayor parte de los autores de obras elementales de Física, luchando sin duda con la necesidad de compen-

diar materia vastísima en reducido espacio, y con el deseo de dar a conocer con más detenimiento aquel ramo de la asignatura a que, según su manera de pensar, debiera darse preferencia; exageraron, a mi modo de ver, con perjuicio de la enseñanza, aquel legítimo deseo, y con menoscabo de puntos interesantes que o no mencionan, o de mencionarlos lo hacen con una brevedad que ofende a la claridad, tan necesaria en toda obra didáctica, se extienden en otros, traspasando quizá los límites propios de elementos, y contrariando con ello el propósito del profesor, que desea a todas luces llevar a la práctica el pensamiento de la ley. Así vemos que mientras muchas obras de la índole de la que nos ocupa dan inusitada extensión a las nociones de Mecánica, que deben figurar indispensablemente en la asignatura, pasan a la ligera por puntos de la teoría del calor, cada día de mayor importancia, y apenas si hacen indicaciones sobre otros trascendentalismos de la electricidad, de ese ramo no menos interesante que, con justicia, ha dado nombre a nuestro siglo.

Con sumo cuidado, que acredita al experimentado maestro, ha sabido mi respetable amigo el Dr. Soler y Sánchez salvar este escollo. Sin dar cabida en su obra a conocimientos superiores, impropios para los sujetos a quienes va consagrada, toca cuantos puntos encierra tan vasta asignatura, procurando llamar la atención sobre lo que considera de interés, ya por las aplicaciones que pueda tener el asunto, ya porque sea inateria sobre que han de basarse ulteriores estudios. No rehuye el cálculo matemático cuando lo considera indispensable para formar conceptos acabados; pero procura que aquél no traspase los límites de lo elemental, porque no olvida que la ciencia de enseñar exige imperiosamente que se tengan en cuenta las circunstancias que en los alumnos concurren; que no se olvide que siempre se ha de ir de lo cono-

cido a lo que sus vírgenes inteligencias aun no han podido penetrar. No excluye de la obra cuantos cuadros o noticias, deducidas por la experiencia, puedan contribuir a la adquisición del más acabado concepto de la verdad, dando con ello a la misma el carácter de libro de consulta, y haciéndola digna de figurar en la biblioteca de toda persona ilustrada. La claridad muchas veces sacrificada en obras de esta índole, con detrimento de la lógica y perjuicio del alumno, ha sido tenida en cuenta por el autor de la que me ocupa, hasta tal punto, que en más de una ocasión se pospone a ella la pureza del lenguaje, lunar que los que ya llevamos bastante práctica en la enseñanza, no censuramos, sobre todo en las obras de texto de carácter puramente científico.

Si a todo esto se agrega que en la exposición de la materia se ha seguido paso a paso la moderna teoría que ha venido a dar a la ciencia la unidad que le era tan necesaria, explicando cuidadosamente todos y cada uno de los fenómenos que en las antiguas teorías o no tenían explicación o se razonaban tal vez desatendiendo alguna de las exigencias de la lógica; si se tiene en cuenta, además, que se dan a conocer uno por uno cuantos aparatos han causado recientemente el asombro del mundo, y que harán inmortales los nombres que, como el de Edison, ya son pronunciados con respeto y admiración, se vendrá a concluir que la obra del distinguido hijo de esta provincia no sólo es notable por sus condiciones tan aceptables para la enseñanza, sino que lo es, y muy mucho, como obra que resume cuantos adelantos y progresos se han llevado a cabo hasta el día, en ramo de las ciencias tal vez el más importante por sus inmensas y asombrosas aplicaciones.

* * *

Pero si honra a esta provincia la obra científica sobre la que siquiera sea

rápidamente y con irremediable desaliento, he manifestado mi parecer, no le honra menos otra que, si bien publicada con bastante anterioridad, se ha dado a conocer en estos días gracias al notable informe emitido por una de las corporaciones más respetables de España: por la Real Academia de San Fernando. Refiérome al *Muestrario caligráfico* de mi querido amigo el reputado profesor de este Instituto, D. José Antonio Chápuli.

No conocía este libro antes de que su autor me honrara dedicándome un ejemplar, y no sé cual fué para mí mayor admiración, si la que me produjo el examen del mismo, o el reflexionar que un trabajo de tal índole, que honraría a cualquier país donde se diera a luz, sea punto menos que desconocido en el resto de España, tan necesitada de libros de este género.

Con aquel modesto título ha publicado el Sr. Chápuli una obra que llena cumplidamente su objeto, al mismo tiempo que un vacío hartamente sentido por cuantos a la importante asignatura hemos tenido que consagrarnos. Podrán siempre ocupar un lugar preferente entre las obras de Caligrafía las acreditadísimas de Torio e Iturzaeta, porque ellas simbolizan un progreso indiscutible, aparte de las originalidades con que enriquecieron ambos el preciado arte; pero hay que confesar que, al menos, en las ediciones que han llegado a mis manos, ni exponen con amplitud necesaria la materia, ni dan a conocer, como lo hace Chápuli, cuanto con el asunto pueda tener relación, aparte de que, como declara la docta Corporación antes mentada, el modesto autor del *Muestrario*, es también original por cuanto se manifiesta como reformador afortunado de las formas de aquellos dos acreditados maestros.

En las numerosas láminas que adornan la obra, revela el Sr. Chápuli su buen gusto y excelentes dotes de calígrafo consumado, y cuantas personas

se interesan por los adelantos y progresos de nuestra abatida Nación, no podrán menos que regocijarse, porque aunque tarde, al fin el gobierno haya, de conformidad con la docta Academia, atendido al mérito, y concedido su protección, siquiera sea en grado inferior al que fuera de desear, como justo premio a la constancia, al trabajo y al verdadero talento.

El número de cuartillas que insensiblemente llevo escritas, me advierte que no es posible seguir, cual era mi propósito, citando otras obras de autores ya ventajosamente conocidos en la república de las letras. La lectura del ejemplar con que he sido por ellos honrado, deferencia que tengo en alta estima, prueba de amistad y cariño que no olvidaré jamás, me ha proporcionado grato solaz y servíome de medio seguro de instrucción. La obra *Estudios sobre la topografía médica de Alicante*, del distinguido facultativo D. Evaristo Manero, y algunos folletos de no menos importancia científica del mismo autor; las *Observaciones sobre pronunciación latina*, del literato y reputado catedrático D. Vicente Calatayud, así como otras también suyas, de carácter puramente didáctico, que han tenido gran aceptación, y ciertamente merecida, en los centros de enseñanza, me la han proporcionado a mí y se recomiendan por sí mismas; del mismo modo que las puramente literarias, que ya de antiguo tiene publicadas poeta de tantos vuelos e inspiración, como lo es el autor del poema *Juan*, la composición premiada *España en el siglo XX*, y la oda *Al siglo XIX*, el respetable catedrático D. Blas de Loma y Corradi. En estas obras, así como en *Cien composiciones en verso*, del ilustre literato D. Alejandro Harmsen, resultan como cualidades principales, la facilidad en la versificación, lo bello y apropiado de las figuras y la delicadeza del sentimiento.

Alicante, 1887.

Desde Sevilla

Sr. Director del SIGLO XX.

Por una verdad inconcusa comenzaré mi carta. El periódico se escribe para todos; el que sabe, sólo busca en él los acontecimientos del día, y el que es muy joven o sólo posee una menos que mediana instrucción, lo busca todo. Digo esto para justificar que me detengo en las presentes líneas dando algunos detalles de un monumento tan conocido como lo es la catedral de Sevilla, y de un acontecimiento, que tanto preocupó al mundo artístico y religioso, como el desrumbamiento acaecido el año de 1888.

Es, sin duda, la catedral sevillana uno de los templos más notables de la cristiandad y bajo algún aspecto el primero de España. Cuando lo ví por primera vez, ya conocía la famosa iglesia de Toledo y otras catedrales de merecida nombradía, y, sin embargo, la impresión en mi ánimo producida fué superior a la ocasionada por éstas. La ví más tarde, después de haber visitado el Vaticano y muchas catedrales de Italia, Francia, Portugal y casi todas las de España, y no decayó a mi vista la soberbia iglesia, que guarda reliquias de los Isídeos y Leandros, de los Fernandos y Alfonsos de Castilla.

Ocupa la iglesia un inmenso rectángulo, (cuyas bases menores miran respectivamente al Este y Oeste), dividido en cinco anchas naves señaladas por treinta y seis elevadísimas columnas, cada una de las cuales semeja una palmera cuyas venas se unen, de cuatro en cuatro columnas, en un sólo punto que cierra la bóveda ojival, propia del estilo gótico a que obedece el templo. La nave del centro, de mayor anchura, tiene también mayor elevación, y en el crucero de ella con otra nave que forma el brazo corto de una gran cruz, cuya cabeza es la capilla mayor aislada, se eleva el cimborrio, (en el primitivo

proyecto y construcción muy elevado y recargado de estatuas y que se vino abajo en 1511, hoy reducido a una bóveda que sólo se diferencia de las sesenta y nueve restantes, en su mayor altura y en la riqueza de detalles y adornos, que admiran por su belleza y que recuerdan a las que son ornamento de la catedral de Milán, iglesia que, entre las muchas que yo he visto, se parece más en su interior a la sevillana.

Arco de menor elevación, pero de exquisito gusto, da entrada en los muros laterales a más de treinta capillas, todas ellas dignas de ser admiradas, ya por su arquitectura, esculturas, sepulcros y relieves, ya por sus pinturas, celebradas en todo el mundo, como los cuadros de Murillo el S. Antonio (robado en 1874 y recuperado en América en febrero de 1875), de Zurbarán, Valdés, Villegas y tantos otros. Entre estas capillas, sobresale la Real, que sólo tiene una rival en la del Condestable de Burgos, venciéndola en conjunto si no en detalles. Puede decirse que es un templo distinto de la catedral. Su perímetro sale del rectángulo de las cinco naves; su estilo greco-romano: tiene su coro, órgano, sacristía y sala capitular y cuenta con un cabildo, cuyo presidente es dignidad del de la catedral. En riquísima urna de plata, se ve el cuerpo de San Fernando, y en regias y severas tumbas a uno y otro lado de la grandiosa capilla, duermen el sueño eterno Alfonso X el Sabio y su esposa D.^a Violante. El panteón, que está debajo del altar de la antiquísima efigie de Nuestra Señora de los Reyes, guarda las cenizas de D. Pedro el Cruel, D.^a María Padilla y varios infantes y personajes históricos.

Todo es admirable en este famoso templo catedral. El altar mayor es un portento del arte, los órganos, el coro, los cristales de colores, las rejas de hierro de las capillas y altar mayor, los ornamentos, el pavimento de riquísimos mármoles, están a la altura del conjunto del edificio, cuyo perímetro resulta

agrandado extraordinariamente con los de las sacristías, algunas de ellas verdaderos templos de grandioso aspecto; la sala capitular, pintada por Murillo: la parroquia del Sagrario, a la que se entra por una de las diez grandiosas puertas de esta magnífica catedral; la biblioteca llamada Colombina por haber sido fundada por el hijo de Colón con los libros de su padre y suyos, (en cuyas paredes se vé un cuadro que representa a un hijo ilustre de La Laguna de Tenerife, el Sr. Bencomo, D. Cristóbal, que fué bienhechor de la obra de D. Fernando Colón), y el palacio de los naranjos, lo mejor conservado de la mezquita antigua.

¡Lástima grande que no pueda hablar detalladamente de cada una de estas cosas! Ni siquiera de la celeberrima Giralda, que ví reproducida en París en el extraordinario concurso universal que acaba de cerrarse, debo de ocuparme; ni del grandioso conjunto exterior de la catedral, cuyas cresterías de encajes de piedra y pináculos de variadas formas, recuerdan el *Duomo* de Milán; y cuyas puertas en su exterior dan idea de la magnificencia del templo. Dos de estas puertas están actualmente en construcción, y la principal cada día se enriquece más con estatuas de los primeros artistas, gracias a donativos y legados de seglares generosos.

Con sentimiento general, con dolor inmenso del pueblo de Sevilla, esta obra, que se empezó a construir en 1403 y terminó en 1506, dió señales de ruina observadas en 1882 y se desplomó en su parte central en 1888 sin que, afortunadamente, hubiera que lamentar desgracias personales. El pilar S. O. del crucero se desrumbó a consecuencia de estar en su base mal relleno y gravitar sobre él enorme peso, ya que la cúpula central se apoya en las cuatro columnas que separan la capilla mayor del espacioso coro.

Uno de los magníficos órganos fué destruido y sufrieron muchísimo el

del lado del Evangelio y la admirable sillería del coro, resultando ileso el inimitable altar mayor, que ha estado muchos años cuidadosamente cubierto y resguardado. Fué necesario apuntalar toda la iglesia, pues en otra columna se notaban síntomas análogos a los de la caída. La madera para ello indispensable costó mucho dinero y arrebató al conjunto del templo su magestad y grandeza, y el culto se trasladó al Sagrario, donde se preparó un coro provisional, que apenas deja paso a la muchedumbre. La tradicional majestad del culto decayó, como es natural, y uno de los atractivos de la famosa Semana Santa sevillana dejó de figurar en el programa que anuncia estas solemnidades: el momento, único en el mundo, y el canto en las noche del Miércoles y Jueves Santo, del *Miserere* del inmortal Slava.

Ni las corrientes de los modernos tiempos, ni la situación de nuestra desdichada Nación, ni el carácter propio de la gente andaluza, tan pronto dado a los entusiasmos, como al olvido, hacían presumir que en pocos años, relativamente, podría desaparecer ese lamentable estado del templo. Por mí sé decir que más de una vez, al recordar que había de llegar el día deseado, *repetía* los versos leídos por el gran don Juan Eugenio Hartzenbusch en el acto de colocar Isabel II la primera piedra del edificio, hoy terminado, de la Biblioteca Nacional,

La flaca voz enfermiza
Que este día solemniza,
Muda en el otro será;
Mas donde esté mi ceniza,
Saltos de gozo dará.

Más afortunado yo que el anciano poeta, he visto llegar el día deseado. Ya la catedral sevillana ha surgido de su lamentable estado. Han desaparecido los maderos que la empequeñecían y desfiguraban. Los órganos elevan al techo sus pináculos y las capillas, abiertas al culto, vuelven a ser el encanto de

los amantes del arte y el consuelo de las almas que acuden en su desdichas a implorar, ante devotísimas imágenes como la de N.^a S.^a de la Antigua, remedio o fuerzas para sobrellevarlas.

El coro cuidadosamente restaurado, pronto será ocupado por la respetable corporación, cuyos vistosos trajes tanto contribuyen a dar al culto especial carácter de grandeza, y nuevamente se puede admirar los afiligranados trabajos del altar mayor, y los multicolores de las vidrieras, que fueron destrozadas u ocultas tras de la tupida malla que formaban los entrelazados y gruesos maderos.

El Monumento se elevará grandioso e incomparable en la próxima Semana mayor, y con más comodidad que en el año anterior, oirá el público el canto, siempre sublime, que entonó David en los días de su regeneración y arrepentimiento. El templo parece hoy más hermoso, por lo mismo que han sido restauradas sus ennegrecidas piedras, y tal vez por el deseo de verlo restaurado, cuando le creíamos perdido para siempre.

Adelantan las obras de las dos puertas laterales y San Cristóbal y Patio de los Naranjos, que nunca se llegaron a terminar; y en los últimos detalles del coro y uno de los órganos—el otro está felizmente terminado—altares y pavimento, se trabaja con verdadero entusiasmo, desplegándose una actividad a la que en Sevilla estamos poco acostumbrados.

Que inmediatamente se dé comienzo a la colocación—a mi juicio en el crucero central, como lo está el del gran Cisneros, en la histórica Colegiata de Alcalá de Henares—del sepulcro del hombre más admirable, después de J. C., del santo, heróico y humildísimo Colón; es lo que deseamos con la eterna grandeza de España y con las glorias de esta Sevilla, tan digna, la una y la otra, de mejor presente.

Diciembre 2 de 1900.

La electricidad

No es extraño que en el siglo que algunos llaman de la electricidad preocupe la explicación de fenómeno físico tan sorprendente y se dé gran importancia a su estudio. Ella, que tantos siglos se había impuesto al hombre sin que éste adivinara siquiera su existencia, ella que en el rayo y en el trueno se le presentó por mucho tiempo sólo como un castigo de la Divinidad, ante el cual los más valientes temblaban y los más incrédulos veían la pena de su incredulidad, se halla al fin subyugada por el hombre, sirviéndole de fiel mensajera de sus pensamientos y dándole vida, cuando sólo la destrucción o la muerte era la señal aterradora de su existencia, ¡qué triunfo tan sorprendente para el hombre! ¡qué paso tan gigantesco para la ciencia!

Tampoco es extraño que se marche lentamente en la explicación de su causa, puesto que no nos es dado abrazar de un solo golpe y recorrer en un instante el dilatado círculo de los conocimientos; en todos ellos se sigue una marcha lenta, que lo es tanto, cuanto más cercanos están de nosotros los objetos que estudiamos, como si el Omnipotente, permitiéndolo así, quisiese hacer notar cuan limitada es la inteligencia del ser humano.

Las ciencias, y en particular las físicas, no nacen jamás en estado de perfección, como salió Minerva de la cabeza de Júpiter armada de punta en blanco: comienzan generalmente por el estudio de hechos aislados, y de este estudio o resultan relaciones desconocidas que permiten sospechar tengan una causa común, o nacen diferencias características que permiten descubrir un campo mucho más vasto.

En ningún ramo de esta ciencia se puede ver comprobado este acerto como en el estudio de la electricidad: ella con el magnetismo comprende una infinidad de fenómenos que se han ido

estudiando aisladamente, de cuyo estudio han resultado esas relaciones, antes ignoradas, que han dado a conocer una sola causa, que han convertido el concepto electricidad en una gran síntesis que abarca un dilatado y científico campo. El trabajo aislado del físico antiguo, a quien parecía satisfacer la explicación misteriosa que la tradición conservara, o que carecía de ciertos conocimientos indispensables para avanzar en aquel estudio, fué apropiado por el físico moderno, que hallándose en otras circunstancias, no se conforma ya con sólo la explicación de los hechos, sino que se remonta a las causas, explicando éstas con más o menos fortuna, pero contribuyendo siempre con su explicación al progreso de las ciencias, que es el ideal del hombre ilustrado.

Dos únicas manifestaciones de la electricidad conocían los antiguos; el rayo con sus efectos aterradores y magníficos y el sencillo hecho de ser atraídos por un pedazo de ámbar, frotado con una tela de lana, ciertos cuerpos ligeros. Si hubiese existido un hombre que, adelantándose a su época, afirmase que fenómeno tan grandioso y terrible como el primero fuese producido por una causa idéntica a la del segundo, se le hubiera considerado como loco. ¡Es tan grande y admirable el esfuerzo del genio, que cuando se manifiesta no se le comprende ni se le cree!

Aseguran algunos autores que mister Wall estableció esa relación, proclamó esa unidad de causa, y fundan su acerto, en que el eminente físico citado notó que los efectos producidos por el ámbar estaban en razón directa de la magnitud del mismo: pero es lo cierto que ni Wall, ni Gray, ni Winkler, a quienes también atribuyen otros esta gloria, hicieron otra cosa que asegurar la existencia de ciertas analogías entre ambos efectos, sin exponer un razonamiento, sin sentar ninguna teoría.

El célebre Abate Nollet fué el prime-

ro en proclamar tan íntima e importante relación. En el tomo 4.º de sus «Lecciones de física experimental», escritas en 1784, expuso este atrevido pensamiento, con tal abundancia de datos, con tan razonados argumentos, que lo que antes no era más que una ligera sospecha, quedó admitido como una verdad inconcusa. Ni las importantes deducciones de Gilvert en el siglo XVI, ni la notable clasificación de Gray en 1726, ni aun la grandiosa explicación de las dos electricidades por Dufay en 1733, tuvieron el valor, prestaron el servicio que el admirable pensamiento del ilustre Abate, por que si Dufay sentó la base de la teoría que ha dominado hasta hoy, Nollet, no sólo ensanchó el campo de los estudios eléctricos, sino que dió la explicación de un inmenso número de fenómenos meteorológicos, dando a este estudio un carácter científico de que carecía.

Los trabajos verificados por estos físicos, así como los de Volta, Oersted, Ampère, Ohm, Faraday, Bequerel y tantos otros, cuyos nombres pronunciará siempre con muestra de profundo respeto el hombre de ciencia, han ido llevando, por decirlo así, en triunfo al templo de la grandeza en que hoy se encuentran, a los estudios eléctricos. Bien quisiéramos exponer aquí los descubrimientos que han inmortalizado estos nombres, como comprobación de lo que desde un principio expusimos; pero ni es posible hacerlo dentro de los límites de un artículo destinado a ocupar las columnas de un periódico, ni es nuestro propósito otro que exponer, con la mayor sencillez, la notabilísima teoría que sobre la electricidad ha presentado el insigne Padre Secchi, el célebre Director del observatorio romano, el autor admirable de *El Sol, La unidad de las fuerzas físicas* y tantas obras que harán imperecedero su nombre, y sirven hoy para dar un solemne mentís a los hombres que olvidan o no leen la Historia y aparentan ignorar los hechos que al

presente atestiguan que la Iglesia, lejos de ser refractaria a todo progreso científico, crea instituciones destinadas a cultivar los conocimientos, combate la ignorancia y protege y premia los talentos.

Pero las dimensiones que, sin querer, hemos dado a los razonamientos hechos, nos obliga a dejar para otro número lo que creíamos decir en el presente.

1878.

Desde Sevilla

Sr. Director de LA CRUZ DE TENERIFE.

Ocupaciones por una parte, y desgracias de esas que dejan en el alma herida incurable, por otra, han sido la causa de mi silencio: rómpolo hoy para LA CRUZ, antes que para otro periódico de Sevilla o Canarias, a impulso de un acontecimiento para esta región andaluza de trascendencia y altamente consolador.

¿Parecerá extraño que antes de comenzar mi reseña, que espero sea extensa, dedique un párrafo de mi epístola a un asunto personalísimo? Nadie podrá tacharme en esta provincia ni fuera de ella de que, con lo mucho que bien o mal he escrito, haya jamás invertido cuartillas en lo que individualmente me interese; permítaseme hoy este desahogo de mi alma.

La desgracia me ha herido en lo más profundo de mi cariño; perdí para siempre a la compañera de mi existencia, y poco me importará ya perder ésta, si otros seres no me dijeran con su amor: «Vive por nosotros». En medio del infortunio, he podido convencerme del aprecio de mis paisanos y ha naci-

do en mí robusto, vigoroso, el agradecimiento. No me es posible hacerlo así constar a cuantas personas han tomado parte en mi duelo, por ellas ser muchas y yo uno solo y falta el tiempo, en estas primeras líneas que más ven la luz después de la desdicha que me agobia, deseo hacer patente mi profundo agradecimiento, primero a la prensa de Canarias y gran parte de la de Sevilla; segundo, a los amigos que no me han olvidado, y muy especialmente a casi todo el pueblo de mi querida patria La Laguna, a la que, sin necesidad de este nuevo lazo, me une un amor tan entrañable que sólo terminará con mi existencia.

* * *

La anchurosa planicie en que se halla situada la gran Sevilla y que serpentea, hermoseándola, el celebrado Guadalquivir, está limitada por el poniente por una sierra verde, coronada aquí y allá por pintoresco caserío, por aislado santuario o por caprichosas quintas que pregonan el buen gusto de sus moradores. Como un grupo de palomas que seestean entre dilatado bosque, se distinguen las pintorescas casas de un pueblecito que me recuerda a la bella Elva, ciudad portuguesa que domina una sierra vecina a nuestra histórica Badajoz, ofreciendo singular panorama. Es el pueblo donde exhaló su último suspiro el admirable conquistador del gran imperio de Méjico, el valeroso y nunca bastante celebrado Hernán Cortés, víctima, como Colón y el gran Capitán, del olvido y la ingratitud de sus contemporáneos.

Esa modesta villa es la antigua *Vcía* de los romanos, conocida desde la época de la Reconquista con el nombre de *Castillejos*, por los castillos que existían en su término, y cuya pasada importancia pregonan la multitud de objetos arqueológicos romanos y árabes hallados en los feraces huertos.

Castilleja de la Cuesta se le llama hoy,

y para llegar a ella, desde la hermosa capital de Andalucía, hay que seguir una carretera que parte de la anchurosa calle de Castilla, centro del populoso barrio de Triana, carretera que, con una bien estudiada vuelta, salva con suave declive una considerable pendiente, a no ser que se cruce una *trocha* que, si es un tanto fatigosa, acorta considerablemente la distancia.

Al extremo de esta sinuosa trocha y en una extensión corta y relativamente llana, entre frondosos árboles, se destaca una sencilla ermita, dedicada a N.^a S.^a de Guía, imagen antiquísima, que la tradición asegura fué hallada milagrosamente en una cueva por el Duque de Arcos, en 1525. Esta imagen, y la de un Nazareno que en un altar lateral recibe desde antiguo fervoroso culto, es la patrona de la Villa a cuya costa se hizo en 1891 una restauración del entonces casi arruinado templo.

No hace mucho tiempo *El Porvenir*, periódico acreditado y el más antiguo de Sevilla, sorprendió a todos con una noticia verdaderamente excepcional. Un católico, un hijo de Castilleja, devoto sin duda de la ensangrentada efigie del Mártir del Gólgota, había suplicado a los pies del Nazareno la conservación de la vida, en peligro, de un ser querido: la súplica no fué oída, la madre del devoto dejó de existir por que, en los altos designios del que a todo da el ser, así convenía; y aquel hombre extraviado, perturbada su razón por los efectos de la bebida, a la que se entregó sin duda para sobreponerse a su pena, se determinó a vengar el supuesto desaire. Guarda la ermita una pobre mujer, que ya en otras ocasiones había permitido al original devoto la entrada para orar ante la venerada imagen del Salvador del mundo, y en ésta, no advirtiendo el estado de embriaguez de su convecino, le facilitó la entrada, entregándose la buena mujer, sin miedo alguno, a sus diarias ocupaciones. ¡Cuál no sería su asom-

bro y horror al penetrar en la iglesia y hallar destrozada la cabeza de la efigie, caída la corona de espinas y hundidos aquellos ojos que representan los del Dios de la sublime abnegación que hizo suyos por amor los pecados del mundo! El desdichado beodo había descargado sobre la imágen un enorme garrote, y tranquilamente permanecía sentado en un banco próximo, como si se gozara en su venganza, sin inspirarle compasión la actitud humilde, ni la sangre señalada en el cuerpo sacratísimo, que parecía no era representativa de la derramada por los bárbaros judíos, sino la que ocasionaran los golpes del que, de haber estado en su razón, sería mil veces más criminal que aquéllos, pues le conocía y hasta le amaba.

Este extraño crimen produjo en España penosa impresión. Es verdad que donde no está la inteligencia no está la voluntad, y donde no está ésta no está el delito, pero ante las personas piadosas de poca cultura esas consideraciones, no surten efecto, ni son tenidas en cuenta por aquéllos que odian a Cristo y de nuevo le crucificarán si de nuevo tomara humana naturaleza; y de aquí la necesidad de verificar un acto de público desagravio, que fuera aún más expresivo a los ojos del mundo que el arrepentimiento del culpable, si hubo culpa; para tranquilizar a los unos, y para manifestar a los otros que Jesús es nuestro Dios amadísimo, por el que estamos dispuestos, si fuera necesario, a dar nuestra propia vida.

El Excmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis, que vela por el culto y siente con el corazón de su pueblo, anunció una peregrinación a la pintoresca villa y la ciudad sevillana, y doce pueblos comarcanos en el día de ayer, domingo 30 de Enero, obedeciendo a la voz del Prelado, acudieron al lugar de la cita dando un espectáculo consolador y de imperecedero recuerdo.

Miles de almas llenaron los caminos que de la antigua Castilleja conducen a los pueblos vecinos: muchos de estos pueblos guiados por los estandartes de las Cofradías y Cruces de las parroquias, venían en correcta formación entonando himnos de misericordia y presididos por sus párrocos. Miles de peregrinos antes de la partida comulgaron devotamente, complaciendo así al Ilustre Prelado, que lo había indicado en la corta pero expresiva pastoral que se leyó de su orden en todos los templos.

A la falda de la montaña que da asiento a Castilleja, hay un grupo de casas donde la gente alegre de Sevilla viene casi a diario a celebrar sus jolgorios, pues abunda el vino barato: temíase que la afluencia de concurrentes fuera ayer motivo para que allí se aglomerasen los adoradores del asqueroso Baco y se dieran espectáculos poco edificantes y la navaja saliera a relucir, como con lamentable frecuencia allí acontece: se llegó a decir que las Ventas, que así se llaman, se cerrarían por mandato de la autoridad; no fué así: contra lo que se esperaba, el orden y la corrección fueron completos: hasta los que, de un modo escandaloso, rinden culto al dios a quien el paganismo elevó templos, o se abstuvieron de sus libaciones quedándose en sus casas, o se agregaron al concurso, poniendo un paréntesis a la ordinaria vida.

Los carruajes formaban, desde las ocho de la mañana, interminable fila en la larga y anchurosa carretera, y a un lado y a otro de la misma, marchaban a pie gentes de todas las clases sociales que, al llegar a la trocha, formaban un vistoso y movable cordón.

En los alrededores de la ermita se detenían todos. Allí estaba el clero con cruces altas, de las dos parroquias del pueblo, esperando la llegada del Prelado. Un movimiento de la concurrencia anunció la llegada de éste, y la puerta de la iglesia se abrió, apareciendo dominando la multitud una be-

lísima imagen de María, que arrancó vivas de entusiasmo. Entonando cánticos se puso la procesión en marcha, sin músicas ni aparatos que revelaran alegría, y así continuó el largo trecho que separa la ermita de la sencilla pero pintoresca plaza de la iglesia. En elevado tabladillo se alzaba modesto altar, y en él fué colocada la Madre de Dios, y en derredor suyo el clero, las autoridades de la provincia y el pueblo, comenzando la misa cantada a voces solas como de rogativa. El cuadro era pintoresco y conmovedor. Un sol espléndido que se destacaba en un cielo de azul purísimo; la multitud, con sus variados trajes, que ocupaba la plaza, los adornados balcones y hasta los tejados inmediatos; el vistoso altar que lucía en las blancas paredes del modesto templo, cuya torre se levanta erguida dominándolo todo, el religioso silencio, tan desusado en una concurrencia andaluza, todo constituía un cuadro hermoso, imponente y consolador.

Desde una improvisada cátedra colocada al centro de la plaza, dirigió la palabra al apiñado concurso el elocuentísimo orador, que honró por muchos años al clero de la Diócesis de Gran Canaria, Sr. Roca y Ponza, hoy Magistral de Sevilla. Su discurso no fué profundo, como lo son siempre los de predicador tan celebrado, pero sí sentido y altamente conmovedor. Arrancó lágrimas al concurso cuando pedía para el desdichado profanador de la Sagrada Efigie, compasión y perdón, ya que, contrito, había acudido a los pies del Ministro del altar, implorando clemencia, que le ha sido concedida. A la voz del sacerdote se unió la del pueblo en más de una ocasión pidiendo misericordia, y este clamor del alma continuó durante la procesión larguísima que, para trasladar la imagen de María a su ermita, se organizó terminada la misa.

Toda la carretera, las lomas inme-

diatas y hasta los árboles, estaban llenos de gentes que, sin cesar, llegaban ávidos de asociarse a la pública manifestación. Ante la ermita el deán señor Bermúdez Caña, conmovido y entusiasmado, pronunció un breve discurso encomiando y felicitando al pueblo católico por su cordura y firmeza en la fe y dando por terminada la inolvidable ceremonia. El Arzobispo y demás autoridades se retiraron, y el pueblo penetró en la Ermita a contemplar la imagen de Jesús profanada, causando en todos su presencia profundísima pena, pues podría imaginarse que, a impulsos de los sacrílegos golpes recibidos, aparecía abatida y humillada.

Dícese que el desdichado profanador solicitó asistir al acto en pública penitencia y que el Arzobispo no creyó prudente consentirlo, tal vez para evitar que algún peregrino poco ilustrado llevara su indignación hasta el extremo de vengar en la persona del que sólo compasión merece hoy, el insulto hecho al pueblo católico en la efigie de su Dios y Salvador. Asistió, sin embargo, un hermano del que dió ocasión a esta ceremonia.

La patética peregrinación llevada a cabo en otros tiempos en que la fe imperaba, como el principal sentimiento que honra a los pueblos, hubiera resultado consoladora y digna de loa, pero hoy que los que creemos manifestándolo públicamente y con orgullo, somos los menos; hoy que se dice que sólo en pueblos pequeños y de relativa ilustración se tienen en estima las creencias y se consideran las manifestaciones del culto como cosa propia de las mujeres o de los ignorantes; sube de punto la alta significación de esa protesta hermosa y conmovedora. Verificábase en Sevilla, ciudad ilustre por su historia, monumentos, civilización y grandeza; acudían todas las clases sociales; las más ilustradas, las más distinguidas en consideración social, unidas a las más humildes que, no por

serlo, dejan de asociarse a las manifestaciones del espíritu, cuando éstas van encaminadas a glorificar al que es causa de las causas, y estas consideraciones pregonan muy alto la trascendencia del acontecimiento y hacen notar que la Religión del Crucificado se abre paso en las modernas sociedades, siendo su sostén y su única esperanza en las dudas del obscuro porvenir.

Suyo aftmo. s. s. s.

Enero de 1898.

Desde Barcelona

Salida de Valencia.-De Valencia a Castellón. La feria de Castellón. La Exposición local.-De Castellón a Barcelona. La escuadra inglesa. Escenas poco edificantes.-El duque de Edimburgo.-A delantos de Barcelona.-La Estatua de Prim.-Trabajos para la de Colón.-La Exposición Universal de 1888.

La hermosa Valencia reúne en su recinto tales atractivos, que, por lo menos a mí me acontece, siempre siento una pena al dejarla, y se retarda la partida cuanto es posible. En estos días, a pesar de la zozobra en que se vivía con motivo del último motín, a pesar de estar convertida en una especie de campamento, puesto que por doquier se tropezaba con los soldados en traje de campaña, arma al brazo, tomando el rancho aquí, haciendo guardia más allá; como la vida ordinaria no era incompatible con estos aparatos militares, la

alegría propia de este precioso pueblo, la afluencia de gentes a sus bellísimos jardines y paseos públicos, y, sobre todo, el aspecto bullidor y animado de su sin segundo Cabañal, este año bastante favorecido de gente aficionada a los deliciosos baños del Mediterráneo, ofrece un conjunto agradable para el forastero, y hasta el recuerdo de los días que allí se pasan, es grato en alto grado.

Pero era preciso partir, y así lo hice, dirigiéndome a Castellón de la Plana, que en estos días celebra su popular feria.

Si hermoso es el paisaje que constantemente divisa el viajero desde Játiva a Valencia, no le va en zaga el que la vista admira desde Valencia a Castellón.

Una vegetación exuberante y variada en alto grado; preciosos pueblecillos, algunos de los que lucen grandiosos edificios, como Puic, o traen a la mente hechos heroicos de imperecedero recuerdo, o acontecimientos que han ejercido poderosa influencia en nuestra historia política, como Sagunto, cuyo accidentado término contrasta con las llanuras que la preceden y siguen, y cuyas venerables murallas llenan el ánimo del que las contempla, de admiración y respeto.

Las huertas de la rica Buriana, con sus bosques de naranjos, bonitas quintas y pintorescas torres; el aspecto no menos bello de Villarreal, cuyo bien cultivado término riega el Mijares; así como el de la capital de provincia a la que me dirigía, constituyen un panorama por demás encantador, que contribuye a que el viaje sea distraído, no sabiendo uno donde fijar la vista con preferencia.

En medio de su preciosa huerta, eleva Castellón sus torres y sus cúpulas. El aspecto exterior de la ciudad es modesto, y, si he de ser franco, hasta la estación del ferrocarril revela a un pueblo poco importante, pero desde que se comienza a cruzar su elegante paseo de Ribalta, desde que se penetra en sus anchurosas calles y se distinguen sus más

que regulares edificios, bien surtidos comercios, espaciosos templos y buenos cafés, la opinión cambia y se reconoce que, si no en una capital de primer orden, se encuentra el viajero en una villa cómoda y adelantada, digna de que se la visite y estudie.

Mi estancia en ella fué corta, pero la suficiente para visitar sus mejores calles y plazas, por cierto espaciosas: en estos días toda su vida se reconcentra principalmente en el paseo citado, cuyo nombre recuerda a un pintor ilustre, honra de la villa y al que ésta proyecta levantar merecida estatua. Las calles que al paseo de Ribalta conducen, se hallaban engalanadas con banderolas, cortinas y farolillos, y lo mismo las dilatadas calles del lindo paseo. Los puestos de la feria, numerosos, y por la noche, la iluminación a la veneciana producía un efecto mágico.

Pero ni esto, ni las corridas en la más que regular plaza de toros y que tanto concurso atrajeron de los pueblos comarcanos y aun de la misma Valencia, era lo principal de los festejos: constituíalo para mí la Exposición local que en el Instituto de segunda enseñanza se celebra; no porque en realidad presentara cosas que, dignas de asombro, fueran para los que hemos visitado otras de gran importancia, como la Universal de París de 1878, sino por lo que significa ese género de espectáculo en pueblo donde todo estímulo para el trabajo es poco, y todo medio de progreso y adelanto es digno de loa.

El local es capaz y adecuado: el espacioso patio, convertido hoy en precioso jardín, donde se exponen numerosas flores y plantas; dos elegantes pabellones, multitud de cortinas y banderas, profusa iluminación aumentada con focos de luz eléctrica y todo cubierto por un gran toldo, forman un conjunto sorprendente. En las galerías, algunas máquinas agrícolas, abonos químicos y minerales adecuados para cada cultivo, pinturas, bordados y

otros muchos productos de una modesta industria, que es lo que en pueblos de escasa vida industrial puede ofrecerse, revelando buen deseo, acrisolado patriotismo y, sobre todo, lo que puede una voluntad cuando se propone vencer las dificultades que se opongan a un buen propósito.

El paisaje desde Castellón a Barcelona es verdaderamente digno de que el viajero le dedique su atención. Llanuras de variadísimo cultivo aquí, montes que vienen a morir al mar, pueblos en la altura o en la orilla del mar que llega y se retira, según la configuración del terreno; ciudades que, como Tortosa y Tarragona, unen a sus monumentos antiguos, edificios modernos dignos de la misma Barcelona, y, al final del viaje, la gran llanura del Llobregat, sembrada de jardines, torres, fábricas, todo lo que revela la proximidad a una de las primeras ciudades del Mediterráneo, la segunda de España, de la que, además, es orgullo y rico florón de su grandiosa diadema.

Siempre me acerco a Barcelona lleno de alegría, pues soy admirador entusiasta de la ciudad industriosa por excelencia; pero de esta vez esa complacencia era mayor, porque en lo antigua Barcino me esperaban pedazos del corazón a quienes llevo siempre en el alma. De esta vez unía para mí la conda ciudad, a sus ordinarios atractivos, a los goces que a la inteligencia proporciona el adelanto y el progreso de que con justicia hace gala un gran pueblo, el goce interno y sin rival que emana del cariño noble y dignamente sentido.

En los días primeros de mi llegada contribuía a aumentar la animación de las calles más céntricas, el personal de la escuadra inglesa surta en la bahía: increíble parece que en una ciudad culta se permitan los espectáculos ofensivos a la moral y a las sanas costumbres que proporcionan ciertos desdichados seres, que desdicen de las condi-

siones características, que son principalmente el pudor y el recato de esa mitad del género humano, que para bien del hombre y adorno del mundo, pusiera el creador sobre la tierra. Mujer había que, en pleno día, cruzaba la Rambla llevando en cada brazo un rollizo y rubicundo hijo de la antigua Albión, y esto unido al concurso cada vez más crecido que seguía a la improvisada trinidad, llamaba la atención y producía escándalo que todos lamentaban. Sin duda debieron tomarse medidas para que semejantes escenas no continuaran, puesto que, en los demás días que continuó la escuadra en estas aguas, sólo, dicen, se produjeron en ciertas calles, cuyos nombres tienen celebridad en la historia de las obscenidades y escándalos.

La Escuadra colocada fuera del puerto, excepto el aviso «Surprprice», atrajo durante su permanencia aquí numeroso concurso, y entre los buques que la forman, se destaca el «Coloso» que, según me han dicho, monta en sus torres cañones de 30,5 centímetros, sistema Arsmtrong. El duque de Edimburgo, almirante de la escuadra, fué muy obsequiado en esta capital y aseguran que manifestó agradarle Barcelona, por su benigno clima, preciosos paseos e indiscutibles adelantos.

Por poco tiempo que se deje de visitar esta ciudad, se encuentra algo nuevo que admirar; entre otras me encuentro ahora con los adornos de buen gusto de la plaza Real, la terminación de la estatua de Prim en el Parque y los adelantos en la monumental a Colón, en el muelle de la Paz.

La estatua de Prim es de gran mérito por el parecido, la naturalidad en la posición, así como la del soberbio caballo que monta, y por lo acabado de la ejecución: los bajos relieves figuran dos hechos notables de la vida del malogrado general; el acto heroico de los Castillejos y la diplomática retirada de Méjico.

Los trabajos para la colocación de la estatua del descubridor del Nuevo Mundo, son verdaderamente admirables. La armadura para la colocación de las piezas se eleva a una altura colosal, divisándose desde ella toda la ciudad: dicha armadura la constituyen cuatro torres de hierro, formando a distancia un calado de muy buen gusto y regularidad, y haciendo detener el paso a cuantos pasan por el concurrido paseo y muelle de la Paz. Reune constantemente un grupo de curiosos el colosal basamento, fundido en una sola pieza en uno de los establecimientos de la localidad, basamento que ha de elevarse luego a una altura de cerca de sesenta metros. Ya era tiempo que España honrara de un modo digno al genio portentoso que supo darle un Mundo en premio de su protección y ayuda, no siempre manifestada del mismo modo.

Pero si de estos y otros adelantos de la ciudad condal puedo hacerme lenguas, no así de los que se llevan a cabo en los terrenos donde ha de tener lugar la esperada Exposición Universal. En los tres meses últimos, casi nada se ha hecho, y si he de decir verdad, en la parte que desde fuera he visto, en las tardes que he paseado por el Parque, no se trabaja. Esto, y el apenas oír hablar del certamen, que si se realiza, ha de honrar a España y, en primer término, a Barcelona, me hace sospechar que algo grave ocurre, que tal vez pueda malograr pensamiento tan loable y conveniente. ¡Ojalá que mis sospechas no se vean confirmadas!

Julio de 1887.

Fragmento del discurso

*leído como Secretario,
en la Escuela de Comercio de Alicante.*

Señores:

El cumplimiento de un deber me trae a este sitio; y digo el cumplimiento de un deber, por que deber es para mí todo lo que del acuerdo de mis compañeros emane.

¡Lástima que cuando entre los maestros del Centro que hoy se inaugura, se cuenta con capacidades de envidiable reputación en las lides oratorias, haya sido yo el llamado a contribuir de este modo al acto que aquí nos congrega!

El que con fundado derecho espere oír grandes cosas y vea como se defraudan sus legítimas esperanzas, guarde para mejor ocasión su curiosidad, y desenvuelva en ésta sus nobilísimos sentimientos de indulgencia. Porque indudablemente la necesito si se advierten las dificultades que debo vencer para acumular un conjunto de pensamientos enlazados, que no sé si deben constituir un verdadero discurso o una sencilla memoria.

Las ceremonias académicas análogas a la presente, vienen desde hace algún tiempo celebrándose con la lectura de una memoria, en la que se hace notar los frutos de la enseñanza en el curso que fina, los cambios ocurridos en el personal durante el mismo tiempo y las adquisiciones y modificación que en el material se hayan operado. En el caso presente, tratándose de un centro de instrucción que nace en medio de las más halagüeñas esperanzas, sólo éstas pueden dar margen a un discurso, y un discurso, más que del Secretario, debe esperarse, como todos esperamos por fortuna con seguro fundamento, de la persona digna e ilustrada a quien el Gobierno de S. M.

confió tan acertadamente la organización y dirección de la Escuela.

Con mucho acierto acordó el claustro de profesores de la nueva Escuela dar al acto de la apertura, prescrito en el Real Decreto de 6 de Octubre último, la mayor solemnidad y aun si cabe ha llegado a excederse al pensamiento del legislador; ya que la importancia y trascendencia del acontecimiento así lo exige.

No es sólo hoy un día de júbilo para esta antigua ciudad, a la que arrullan las sosegadas olas del Mediterráneo; es un día de fiesta nacional, es un día que marca un paso gigante de la España en otro tiempo señora de los mares y centro del comercio del mundo, en el camino del progreso y la prosperidad.

Porque, no hay que dudarlo, señores, nuestro pueblo en alto grado agrícola por la bondad de sus dones naturales y superioridad de sus productos, es al mismo tiempo eminentemente comercial, por su historia, ventajosa posición, y por el carácter emprendedor de sus naturales, tan injustamente puesto en duda por algunos.

Ya desde los tiempos más remotos, nuestro privilegiado suelo fué visitado con empeño y aun poblado con entusiasmo por las naciones que han dejado fama en el mundo a través de épocas oscuras, ya por su carácter emprendedor, ya por su genio mercantil en alto grado; y los fenicios fundando a Málaga y Sevilla y haciendo de Cádiz su principal emporio; y los griegos llenando de colonias lo mismo a Valencia que a Cataluña, en cuyas regiones sobresalían Ampurias, Sagunto y nuestra vecina Denia, así como a otros sitios de la Península, en los cuales aun se descubren huellas de aquella dominación; y los cartagineses que en espíritu mercantil superaron a los demás pueblos y llegaron a adquirir indiscutible poderío; y los romanos que, no por haber desenvuelto más las afi-

ciones guerreras que las mercantiles, dejaron de comprender la importancia de la Península ibérica bajo el punto de vista de sus producciones, sacando de ellas el mayor partido para atender a las exigencias de la moda y satisfacer las costumbres sibaríticas, que fueron más tarde causa de la total caída de aquel gran Estado; todos contribuyeron a que el pueblo que con tan heterogéneos elementos se formaba, se amantase en el espíritu comercial; todos contribuyeron a constituir ese carácter emprendedor, que nos llevó más tarde a descubrir un mundo y a dominar en tantos países donde ha flotado majestuosa nuestra gloriosa bandera, la que podrá al presente agitarse impulsada por los aires de nuestras desdichas, pero nunca por los nada tranquilos que se forman en las obscuras cavernas donde imperan la ineptitud y la indiferencia.

Es verdad que durante la Edad media—esa inmensa laguna, en la que parecía que había de perderse para siempre todo germen de progreso, todo principio de civilización, si tan preciados dones no tuvieran como el Ser por excelencia de donde emanan, cualidades que aseguran en cuanto cabe, su indispensable existencia y desenvolvimiento—el comercio, como todo lo que simbolizaba adelanto, bienestar y elemento de vida, apenas si dió en España, como en otros países, exiguas señales de existencia; pero nuestro pueblo sacó, como el que más, indiscutible partido de acontecimientos como las Cruzadas, en las que tanta parte tomó; y cuando algún Estado de los que en la Reconquista alcanzaba vida y poderío, conseguía por algún tiempo paz y preponderancia, el carácter mercantil se hacía visible, y junto con las naves de Florencia, Pisa y otros países comerciales, cruzaban el Mediterráneo con envidiable frecuencia las naves de los catalanes y aragoneses, y nuestra reconquistada Sevilla tornó a imponer

al mundo conocido su prestigio comercial.

Y cuando nuestra unidad nacional se levantó potente llevando al mundo el inmenso peso de su prestigio y valor, impusimos nuestros productos a los dilatados países, con que paulatinamente fuimos enriqueciendo el regio manto de la Matrona que simboliza nuestra nacionalidad, supimos transportar a nuestro suelo los productos más raros de lejanas tierras, y junto con el oro y la plata de la joven América, llegaban a nosotros productos de la vieja Italia, de las naciones que, como Francia, Flandes y Portugal, no pudieron amenegar nuestro pujante valor y quedaron en parte, o en su totalidad, uncidas a nuestro carro de triunfo.

Es verdad que en tan glorioso periodo, más que de nuestras inclinaciones comerciales, dimos muestras inequívocas de nuestro carácter guerrero y valeroso a toda prueba; pero bien pudiera hacer notar si no temiera extenderme demasiado, que a pesar del predominio de escuelas económicas en alto grado funestas y a las cuales debemos gran parte de nuestras desdichas, a pesar de las muchas guerras que la envidia de otros pueblos nos suscitó, de las trabas con que, o por los errores políticos, o por el imperio de la piratería, tuvo que luchar el comercio español, éste dió muestras inequívocas de su pujanza y valía, manifestándose en esa época, como en las que luego simbolizaron decadencia y desdicha, sufridas siempre, con honra y dignidad, nuestro espíritu altamente mercantil, nuestro carácter aventurero y emprendedor, carácter del que tanto partido puede sacarse al presente, si hemos de colocarnos en el mundo comercial en el honroso sitio a que, por más de un concepto, tenemos derecho.

Y en efecto, señores: situada nuestra España entre los dos mares que la civilización y el progreso han elegido como principal teatro de sus grandiosos

triumfos; favorecida por dilatadas costas y cómodos puertos, rodeada de naciones ricas y poderosas, es como el lazo de unión entre el antiguo mundo que tanto la debe, y el nuevo, al que alentó con su sangre y dotó con su riquísimo idioma y su genio caballeresco y emprendedor.

Por eso todo lo que tienda a desenvolver ese espíritu comercial, que la historia confirma y nuestra ventajosa posición justifica, es digno de loa y nos empuja y conduce por el camino del progreso y la prosperidad; por eso el Gobierno que a tan caros intereses atiende preferentemente, merece bien de la patria; por eso el legislador deshaciendo obstáculos con sabias disposiciones o traduciendo en leyes del país las que en otros la experiencia ha acreditado que simbolizan un adelanto, un paso dado por el comercio en el camino de la prosperidad, cumple dignamente su misión, y en esta tierra donde no siempre el interés general suele sobreponerse al mezquino individualismo, merece aplauso sincero, y la patria agradecida se lo concede de buen grado.

Es indudable, señores, que entre los diversos senderos que para conseguir aquel noble fin puede seguir el hombre de gobierno, ninguno es más eficaz y racional que el que tienda a difundir, propagar y metodizar los conocimientos que con el fenómeno comercio hacen relación.

Cuando en todos los países se ha seguido con óptimos frutos esta marcha; cuando atravesamos una época de investigación científica en alto grado satisfactoria, cuando a todas partes se lleva el espíritu de innovación y reforma, era inconcebible, no tenía racional explicación que, en lo que atañe a la enseñanza del comercio, permaneciéramos estacionarios, y lo que constituye principal ramo de riqueza pública, y lo que forma no sólo nuestras esperanzas para el porvenir, sino nuestra halagüeña

realidad, fuese mirado por los que deben vigilar por los intereses nacionales, con censurable apatía e indiferencia.

El Decreto que acabamos de leer y que ha dado margen a esta solemnidad, responde a un propósito noble y levantado. El comercio es un manifestación de la actividad individual y social, profundamente racional y científica; una fuerza productiva, una fuente de prosperidad nacional, una especialidad de intereses colectivos, no exclusivos ni antagónicos, sino armónicos con los demás intereses sociales; y siendo un fenómeno tan complejo y transcendental, y sosteniendo relaciones tan variadas, donde la inteligencia ha de jugar principalísimo papel, su estudio complicado, su organismo complejo requiere atención preferente, y procedimientos, también exclusivos, su aprendizaje y propagación.

Ved por que decía al principio que era este un día de verdadera fiesta nacional. Las Escuelas de Comercio responden a una necesidad del progreso económico en nuestra patria, por cuanto obedecen a ese sentido civilizador y progresivo en alto grado, contribuyendo directamente a la difusión de los estudios comerciales, a la formación de hombres que, con inteligencia y conocimiento de causa, puedan consagrarse luego a una profesión, en cuyas alabanzas, respondiendo a ridículas preocupaciones sociales no estarían conformes algunos pueblos de la antigüedad, pero de cuya necesidad y transcendentales servicios se hicieron lenguas los hombres de todos los países y de todas las épocas.

Y entre los pueblos de España que hoy celebran el acontecimiento con análogas muestras de alegría, ninguno está llamado a tomar mayor parte en el regocijo como el nuestro, que algunos creen la antigua *Ilice*, tal vez en tiempos remotos pueblo mercantil por excelencia, como hoy debe toda su preponderancia a ese mismo importantísimo carácter.

Patria del hombre ilustre que, en medio de las múltiples atenciones de una complicada administración en el ramo que le está encomendado, tuvo un recuerdo para ese elemento de riqueza nacional y llevó a él su espíritu reformador e inteligente creando las Escuelas de Comercio, no vió desatendidos los derechos que, como pueblo eminentemente comercial, posee.

La pintoresca Alicante, agradecida, eleva en el corazón de cada uno de sus hijos un monumento de eterno recuerdo al esclarecido varón a quien cuenta ya entre los hijos que la honran: al Excmo. Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo, del que no sé si decir que es más grande por su modestia, preciada virtud tan difícil de poseer, que por el talento y discreción, que propios y extraños reconocen y admiran en todos sus actos.

Y no procedería con justicia si al nombre respetable del Sr. Navarro Rodrigo, no uniese el del dignísimo señor Director general Dr. D. Julián Calleja, quien con su nada común inteligencia y reconocido amor a la instrucción en todos sus grados, ha secundado en su obra reformadora al distinguido hijo de Alicante, mereciendo por ello, y por su celo en favor de los intereses del profesorado público, plácemes y agradecimientos.

Cumplido este deber de gratitud, debo ya descender a los detalles que se refieren a la organización de este Centro; único punto que debió ser por mí tratado, si no me hubiera dejado llevar de entusiasmos patrióticos ni de mis naturales sentimientos de hombre agradecido; y, sobre todo, sino hubiera contado, como con antecedente seguro, con la benevolencia de los que me escuchan, con la indulgencia que sabe dispensar siempre este noble pueblo, digno por más de un concepto. . . .

Alicante de 1888.

Desde Sevilla

Sr. Director de LA CRUZ DE TENERIFE:

No creí que tan pronto tuviese motivo para inaugurar mis correspondencias a la católica revista que tan oportunamente ve la luz en la bulliciosa y linda capital de mis inolvidables islas. Resuelto a no escribir sino sobre asuntos que con la cuestión religiosa tuvieran relación, esperaba las grandes festividades de ese orden que a Sevilla dan nombradía universal; mas la muerte de una dama por mil conceptos ilustre, anticipa el tiempo de mi propósito.

¿Y qué tiene que ver, dirá alguno, la muerte, inesperada por ahora, de la augusta señora a que se hace referencia, con las materias que interesar puedan a la esfera de aquella índole? Aparte de las ceremonias fúnebres que Sevilla ha celebrado en su honor y por su sufragio, es evidente que S. A. R. la serenísima Infanta de Castilla D.^a María Luisa Fernanda de Borbón, por su conducta ejemplarísima y especialmente en estos últimos años, fué modelo acabado de la mujer cristiana y practicó actos que han sido y serán de transcendencia para la Iglesia sevillana. ¡Ojalá tenga, entre las de su clase muchas imitadoras!

La salud de la egregia hija de Fernando VII, venía debilitada desde hace mucho tiempo, y era sabido que, después de a Dios, al reputado Doctor Sr. La Rosa, debía su vida, la que al borde de la tumba estuvo tres veces en pocos años. Cuéntase que el haberse cambiado de ropas, después de un paseo que dió, llevada del brazo de su hijo don Antonio, que ahora está sólo en Andalucía, originó el horrible mal que, en pocos días, cortó una existencia tan preciosa para los desvalidos de esta región.

La gravedad de la Infanta puso en alarma a toda Sevilla, que miraba en ella un modelo de caridad y una entu-

siasta sevillana. A palacio acudían todas las clases sociales: las listas se cubrían de firmas instantáneamente. De Villamanrique vino la Condesa de París y sus hijas; de Lisboa la reina de Portugal, y de otras localidades personajes que de antiguo sabían estimar las singulares prendas de la sufridísima viuda de Montpensier.

En la noche del 1.º, los cañonazos de la artillería en el prado de San Sebastián, dijeron, (por cierto prematuramente, pues aun la Señora vivió algunas horas más), al pueblo de Sevilla la gran pérdida que acababa de experimentar. Al día siguiente, desfiló todo Sevilla por delante del cadáver de S. A. colocado en la capilla de Palacio, en el suelo, entre cuatro blandones, vestido del hábito humilde de las Hermanitas de la Cruz, calzados los pies con unas pobres alpargatas, cuyo valor no llegaría a 4 reales. Contrastaban la modestia del fúnebre aparato, con la grandeza del linaje y la riqueza de la que tanto ruido metió en el mundo, hija de cien reyes y madre de soberanos de distintas naciones.

La misma señora dispuso que todo se hiciese pobre y humilde, y así se cumplió en lo que no tenía carácter oficial. Esta disposición suya estaba conforme con su modo de vivir: su traje, aun en los días de mayor solemnidad, era modesto, y se cuentan muchos episodios de los últimos años de su vida, que encantan por lo humildes y contrastan con su esplendor para con los pobres y necesitados.

La traslación del cadáver a la estación de Córdoba para ser conducido al Escorial, fué imponente. Las tropas cubrían la carrera; y el clero, y las autoridades a las que presidían los representantes de los Reyes de España y Portugal, marchaban en pos del sencillo carro fúnebre entre una multitud de pueblo verdaderamente afectado. Todas las tropas de la guarnición desfilaron por ante el féretro, y comisiones

numerosas acompañaron hasta el límite de la provincia, y algunas, como la del Ayuntamiento que asistía en pleno bajo mazas, continuó hasta el mismo Escorial.

En la catedral se verificaron ya las honras fúnebres que, en sufragio del alma de tan bondadosa dama, han costeado el clero y el pueblo de Sevilla. En una de las naves del trascoro se improvisó una inmensa capilla adornada con un lujo que sólo en esta gran Basílica se puede ostentar. Riquisimas cortinas de terciopelo y oro formaban desde los elevados capiteles de las esbeltas columnas las improvisadas paredes, y un altar magnífico y un airoso catafalco rematado por la corona ducal, lucían plata y oro, luces e insignias. Pontificó el obispo de Pamplona, y pronunció la oración fúnebre el bondadoso Arzobispo Sr. Espinola. Cuanto hay en Sevilla de significación e importancia, estaba allí presente. Aquello fué una verdadera manifestación de duelo y de respeto.

El Arzobispo estuvo en su oración elocuente, oportuno y sentido. Recordó que la Infanta nació para el dolor, trayendo a cuenta para probarlo las muchas desgracias de familia que supo sobrellevar con ejemplar resignación. Se extendió recordando su espíritu de caridad que consta a todo Sevilla y a las muchas instituciones de caridad que aquí existen, a las que protegía con largueza, especialmente a las Hermanitas de la Cruz, fundación de un eminente hijo de nuestra provincia canaria el Dr. D. José Torres Padilla, de grata y honrosa memoria; se fijó luego en su piedad manifestada en su ejemplar vida, en el apoyo que prestaba al culto, ya contribuyendo con su cooperación eficaz, ya realzando con su presencia los actos más solemnes. El palacio de San Telmo podrá decirse que era la casa más popular de Sevilla: aquellas puertas estaban abiertas para todas las clases sociales; todo el mundo era allí ad-

mitido en los días y horas señaladas para recibir, y no había desdicha pública ni calamidad privada que no fuese socorrida con amor y sin ruidos. Su última disposición testamentaria fué el resumen de los actos que manifestan su amor a la caridad. No satisfecha con haber donado el magnífico Parque que hoy lleva el nombre de la bondadosa Infanta, adquisición que tanto ha realzado y embellecido a la capital andaluza, deja su hermoso palacio y jardines para un establecimiento público, para Seminario conciliar, legado verdaderamente popular, puesto que a tal centro acuden a instruirse más los hijos del pueblo, que los favorecidos por las riquezas.

El duelo de Sevilla ha sido expresivo y verdadero: la ciudad se ha sabido manifestar agradecida y cariñosa. Muchas han sido las manifestaciones de sentimiento oficial; pero al lado del dolor que el pueblo ha revelado con sus lágrimas, sus elogios y su correcta asistencia a todos los actos, aquel duelo resulta pequeño, con no haber podido ser mayor.

Descanse en paz la virtuosa Infanta que, como decía el Sr. Arzobispo con verdadera elocuencia, pasó por el mundo sembrando el bien.

Febrero de 1897.

La muerte de un amigo

Siempre causa en el alma impresión dolorosa; y es natural que así acontezca, porque el afecto que se pierde, es como el complemento del cariño de la familia que llena tan legítimamente el alma.

Para el que tiene la suerte de contar

con un número crecido de seres a quienes le ligan lazos sacratísimos de la sangre, el verdadero amigo es un ser querido, tanto más, cuantas son las cualidades que le distinguen de las de aquéllos.

Si la uniformidad en las circunstancias que concurren en los miembros de la familia, produjeran o fueran capaz de producir monotonía en el afecto, esa monotonía la rompe el trato afable, la atracción irresistible sustentada por la simpatía que nos merece el amigo de la niñez, el compañero de estudio o el ser que, por sus bondades, ha sabido captarse nuestro afecto. Si no contamos con el concurso de esos seres que llevan nuestro nombre, gozan con nuestras dichas y lloran nuestros infortunios, o si la distancia nos separa de los mismos; el cariño del verdadero amigo llena aquella inmensa laguna, y en ese compañero encontramos el afecto del hermano, el consuelo a nuestras desdichas, el consejero a nuestras dudas y vacilaciones.

Pero no es igual en todas las épocas de la vida la impresión que en nosotros produce semejante pérdida. Aun recuerdo el pesar profundísimo que experimenté al perder por primera vez a un amigo; su mirada de agonía aun está estampada en mi alma, su recuerdo me acompaña siempre a pesar del tiempo transcurrido, y tal vez el 30 de enero, cuando yo recuerdo a Luciano de Vera y Díaz, joven de indiscutible talento y de reconocida bondad, mi oración sea la única que suene en su favor, pues ya hace tiempo que su virtuosa madre, para quien desde su muerte ya no hubo consuelo en el mundo, está en el de los que fueron. Pero la pérdida del compañero de estudios, del amigo de la juventud, me pareció un hecho singular, extraordinario. Morir a los diez y ocho años, cuando todo sonríe en nuestro derredor, cuando se posee una naturaleza llena de vigor y de energía, es doloroso; a los que contamos con

iguales dones, nos parece excepcional, como el terremoto en país escabroso donde la costra de la tierra alcanza su mayor espesor. Hay pena hondísima en el alma, se vierten sin poderlo evitar copiosas lágrimas, si a ese justo pesar se agrega la soledad que produce pérdida análoga, cuando ya es más difícil sea sustituida aquella amistad verdadera, y se une el sentimiento, también natural, de la proximidad de nuestra propia partida.

Apenas hace dos años que pude, con la dolorosa sorpresa que es consiguiente, convencerme de que entre las madejas rubias que forman mi barba, se destacaba con inusitada blancura mi primera cana, y en ese pequeño intervalo de tiempo, al par que los hilos plateados, han ido aumentando las separaciones eternas de amigos cariñosos, que me honraban con su aprecio leal y sincero. Ayer fueron Angel Allende y Salazar, y Francisco Pinto, jóvenes de brillante porvenir, cuyos talentos extraordinarios motivaron que fuese sentida su muerte, la del uno, en toda España, la del otro, en la hermosa provincia en que me fué dado nacer. Más tarde, recibo la visita cariñosa, que desde lejana tierra, me hace amigo inolvidable a quien no había visto desde hacía diez años, para luego saber con profundísima pena, que Ramón Aroca, el festivo estudiante en otro tiempo, el compañero de la época que con mayor complacencia se recuerda en la vida, me había hecho su última vista, había sido arrebatada su existencia, produciendo esta desdicha, en el pueblo — donde con gran aplauso ejercía la medicina, y donde se había captado con sus bondades el cariño de los que le trataban — general sentimiento.

Y cuando aun no se había cerrado la profunda herida que en el alma produjo la marcha a mejores regiones de un ángel que, al vislumbrar el suelo y notarle sembrado de espinas, remontó de nuevo su vuelo, dejando a los que le

habíamos dado el ser, sumidos en el mayor de los desconuelos, en una misma carta se me da cuenta de la muerte de otros amigos queridos, que en más de una vez compartieron conmigo esos momentos fugaces de dicha, si es que así pueden calificarse los que, de tarde en tarde, vienen a contribuir, más o menos eficazmente, a que se olviden las desdichas, que son colario ineludible de la vida.

Juan Maffiotte, el escritor correcto, que no era ya una esperanza, sino una realidad entre los de su clase, el alumno estudiosísimo que en más de una ocasión había admirado y hasta imitado en Madrid, modesto como toda persona de valía, y que supo captase el cariño de cuantos de su especial carácter pudimos disfrutar, dejó de existir, después de penosa enfermedad, siendo acompañado entre lágrimas a la última morada por un numeroso concurso.

Pero si esta desdicha causó en mí desaliento jamás sentido, a aumentarlo vino la que hoy lloro con el mayor desconuelo. Más que un amigo, un hermano era para mí el que, si no brilló en el mundo en lugar distinguido, fué indudablemente porque mil veces las ocasiones hacen las reputaciones: cuantas veces una medianía, colocada en determinadas circunstancias, viene a meter en el mundo mayor ruido que talentos de primer orden, a quienes aquéllas no permiten campo amplio donde desenvolverse. No olvidaré jamás a un modesto cuanto sabio profesor mío, cuyo talento, no dudo afirmarlo, era muy superior al de muchos hombres que hoy sueñan con aplauso en toda la Nación, y su memoria sólo vive en la de los que tuvimos la honra de ser sus discípulos y admirar su facundia.

Gregorio García Cairo, el amigo querido a quien también cuento en el número de mis discípulos aventajados, y cuyo recuerdo vivirá tanto en mí como mi propia existencia, no sólo mereció

El 25 de Diciembre

cariño por su carácter jovial y bondadoso hasta la bondad misma, sino que, todavía niño, llamaba la atención por su gravedad y aplomo, impropia de los que aun habían recorrido poco del trayecto que corresponde a esta desdichada vida.

En sus estudios, se distinguió siempre, alcanzando las primeras notas, y los ratos de ocio, que los demás dedicaban al recreo, él a ejecutar obras propias de diversas artes. Con herramientas bien toscas, se propuso un día proporcionarse calzado, y consiguió su objeto, aun teniendo que hacer con un simple cuchillo la indispensable horma. Algunos amigos conservan guitarras y otros objetos de carpintería hechos por él, que era a la vez hábil pescador; y a mí me sirven de recuerdo suyo muchos libros encuadernados con bastante perfección. El valle donde vió la luz primera, ha perdido, con la muerte del aventajado joven, una legítima esperanza, y yo al compañero inseparable, cuya mano amiga creí llamada a cerrar mis ojos en el día de mi eterna despedida.

Los constantes favorecedores de EL LIBERAL de Alicante tuvieron ocasión de leer varias correspondencias del malogrado García Cairo.

¡Miserable condición humana! En la primera parte de la vida, cuando todo sonríe a nuestro rededor, cuando la muerte parece que respeta a todo lo que más cerca de nosotros se mueve y agita, cuando llevamos en nosotros gérmenes de vida y de progreso, rara vez viene la desdicha a interrumpir esa armonía misteriosa, que se aprecia tanto más cuanto de ella nos alejamos; y precisamente cuando más se hace sentir la necesidad del apoyo de otros seres que nos fortifiquen y ayuden, los vemos caer a nuestro lado, como el árbol carcomido a los que juntos crecían, defendiéndole contra los impulsos del huracán.

Hace XIX siglos que esta fecha viene siendo celebrada con muestras evidentes de alegría por el mundo civilizado, y es seguro que los siglos venideros han de prestarle igual homenaje de regocijo y de respeto: esta fecha la considera y considerará siempre la Humanidad como la más memorable para la civilización y el progreso, como que trae a la mente el recuerdo del punto más culminante de la historia.

Y el mundo, obrando así da una muestra patente de buen sentido, corresponde con lógica a las conclusiones que, de premisas evidentes, se deducen, y no se hace digno de la nota de ingrato e inconsecuente con que, obrando de otro modo, podría calificársele.

¿Qué acontecimiento de mayor transcendencia que el que esa fecha trae a la memoria? Por el nacimiento humilísimo del Niño de Belén, la Divinidad se hizo humanidad, y ésta se diviniza elevándonos a todos sobre lo terreno. Apareció en Belén la estrella polar, que era indispensable al mundo para orientarse. Ese Niño vino a llenar un gran vacío, vacío que sentía Cicerón, cuando decía: «De lo que absolutamente carecemos, es de un modelo de la verdadera y perfecta justicia.» Ese Niño vino a efectuar la regeneración moral de la humanidad.

Esa regeneración, necesaria en absoluto, no pudieron realizarla los filósofos: sus teorías no podían conmover al mundo, por que éstas no fueron nunca propagadas con el ejemplo, como las del hijo de los artesanos de Nazaret. Los hombres han preferido siempre el ejemplo a las palabras, aunque éstas vengán revestidas de las más bellas formas.

La obra del Niño que nace en un pesebre rodeado de miserias humanas al par que de grandeza divina, alcanza a todas las clases, a todas las naciones civilizadas, a todas las esferas, porque

el orden moral en que operó su principal revolución, es la base de los demás órdenes; cuando aquél no va nivelado, todo se mueve fuera de su centro; no hay, no puede haber, verdadero progreso, si las leyes que rigen a la voluntad iluminada por la inteligencia, se niegan o tergiversan.

Decíamos que esta fecha debe señalarse como la más feliz para la civilización y el progreso, y la prueba de ese aserto queda hecha con sólo recordar el cambio que en el mundo produjo la doctrina que el hijo del carpintero José predicó, hasta con el ejemplo de su cuna humilde: y si argumento tan repetido no fuera por sí suficiente para convencer al más obcecado, bastaría una observación que corresponda al presente. Allí donde el 25 de diciembre no se celebra como el día más fausto para el hombre, la luz de la civilización, los fulgores del progreso, aun del material, no se perciben: el hombre vive o en la mayor degradación moral, que excluye todo adelanto, o en el estado de salvajismo que le separa del círculo a que como ser racional está llamado.

Antes del acontecimiento que el 25 de Diciembre trae a la memoria, el mundo marchaba a su total perdición y ruina, aun los progresos meramente materiales, servían al hombre, más que como medio de elevarle y dignificarle, como arma homicida que labraba su propia degradación.

Roma, el pueblo que en adelantos llevaba la dirección del mundo que podíamos llamar civilizado en aquella época, así como logró empuñar el cetro del poder político, nos da la norma de lo que era la humanidad antes de la aparición del Hijo de María. Asombra con sus escándalos inverosímiles y avergüenza con sus costumbres degradadas. Sus héroes o sus genios, faltos de la luz divina que el humilde Jesús difundió en nombre de su Padre por la tierra, cayeron en la infamia, que a nadie rebajaba en aquella sociedad

corrompida. El primer Bruto degolló a sus propios hijos, y el segundo, asesinó a su padre. Mario manifestó complacencia derramando la sangre de los nobles, y Sila la del pueblo. Plaucio, al casar a su hija con el primogénito del Emperador, hizo mutilar cien romanos libres. Cicerón repudió a Terencia para casarse con su pupila. Nerón se casó públicamente con el liberto Pitágoras, y Heliogábalo, con Hierocles. ¿A qué continuar?

Esta era la sociedad antes de Cristo: El sólo pudo transformarla.

La ausencia de la doctrina del que entre pastores nació el 25 de Diciembre, es la ausencia, hoy mismo, de todo mejoramiento. El Africa que no celebra tan fausta fecha, gime en la barbarie más abyecta; y la parte del Asia, que aun se obstina en rechazar al que libertó al hombre y enseñó la verdadera democracia en el mundo, no puede dar un paso en el camino del progreso.

Se habla de la civilización china, y libros recientemente escritos acreditan que la barbarie más degradante domina allí, en donde algunos ramos de la industria o de determinados conocimientos han logrado adquirir excepcional perfección. Aun el padre puede matar o vender al hijo defectuoso, aun la mujer, considerada como cosa, cual en la antigua sociedad romana, debe morir por el esposo que la despreciaba, so pena de vivir en la deshonra. De los demás países donde impera Mahoma, pueden aducirse muchos argumentos. Sólo donde las doctrinas del Galileo han penetrado, en todo o en parte, la civilización y el progreso viven como en su propio centro.

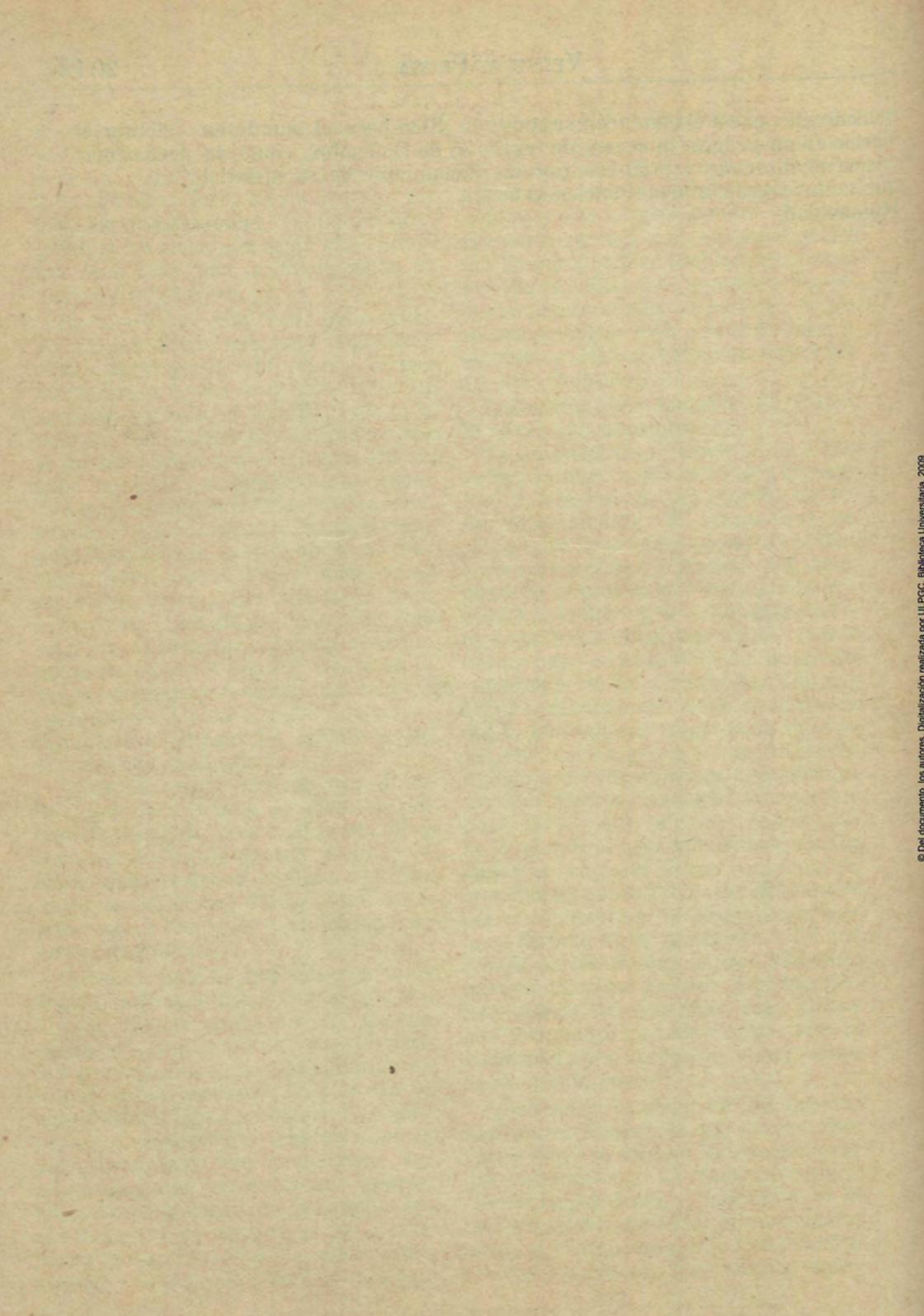
¿Qué más? Cuando en las mismas sociedades iluminadas por la luz que desde Belén irradia, se forman escuelas que intentan negar al Niño, cuyo nacimiento engrandeció al miserable y al esclavo, esas escuelas, ¿directamente, como el anarquismo, o indirectamente como el socialismo, comunismo, mate-

rialismo etc., que a él conducen; se convierten en un peligro inmenso de esta misma civilización y progreso, por la que tantos sacrificio viene haciendo la Humanidad.

¡Bien hace el mundo en celebrar el 25 de Diciembre, como la fecha más memorable de su historia!

Diciembre de 1893.







PRO LAGUNA

La Laguna de Tenerife

Fragmento de un artículo sobre San Cristóbal de La Laguna, publicado en la revista «El Financiero» de Madrid.

Ciudad situada a cerca de 600 metros de altura en la vega más importante y extensa del Archipiélago canario, a una distancia tan relativamente corta de Santa Cruz, que bien puede decirse, dados los rapidísimos medios de comunicación hoy en boga, que forman ambas ciudades un mismo pueblo; de clima el uno, primaveral en el verano, y el otro, en invierno.

La población es de más de 20.000 almas, y se nota un progreso relativo, que hace concebir la esperanza de que conserve la importancia asignada en su brillante historia.

El nombre de la ciudad es debido, sin duda, a la bellísima laguna que ocupaba el centro de la vega, coronada por elevadas montañas, algunas for-

mando espesos bosques, de los cuales son dignos de mención los llamados de las Mercedes, verdadero parque natural que da realce a la población; y se le designa también de San Cristóbal porque fué conquistada definitivamente la isla en el día del glorioso mártir.

Don Alonso Fernández de Lugo, conquistador de esta Isla y de la de la Palma, admirado de la grandiosidad y singular belleza de la vega de Agüere y de su clima saludable y templado, trazó el plano de la futura ciudad, designándola, desde su origen, para capital de los territorios con que enriquecía la corona de España.

Las calles de la entonces villa son anchas y bien delineadas, y sus plazas, numerosas y extensas; hoy la casi totalidad de aquéllas están adoquinadas y éstas convertidas en deliciosos jardines llenos de flores, aun en el rigor del invierno, lo que es prueba de lo templado de su clima. El mismo Adelantado, que fijó en ella su residencia, la dotó de edificios oficiales de importancia y dispuso que se le diera sepultura en uno de sus espaciosos templos.

La reina doña Juana la honró con el

título de ciudad en real cédula de 23 de marzo de 1510, concediéndole el uso del escudo de armas que acompañaba a la misma real cédula, que se conserva en el archivo municipal: escudo que lo fué de todo Tenerife hasta el año de 1833, fecha en que dejó de ser capital de la isla, como antes lo fué del Archipiélago.

Es La Laguna capital de la diócesis de Tenerife, que comprende esta isla, la Palma, la Gomera y el Hierro.

Residieron en la antigua ciudad por espacio de más de tres siglos, los Capitanes generales, puesto que al trasladar el General Valhermoso las oficinas militares al vecino puerto, éste formaba parte del término municipal de la entonces capital lagunera.

El Tribunal de Indias y el Consulado, centros que tenían en la antigua administración extraordinarias atribuciones, residieron también en esta ciudad, así como, por poco tiempo, la Audiencia Territorial.

A más de la capital diocesana, conserva la docente del Archipiélago, pues radica en ella la Universidad de San Fernando, con estudios preparatorios de la Facultad de Filosofía y Letras, Ciencias y Medicina; los completos de la de Derecho, de tantas aplicaciones para el porvenir de la juventud; el más antiguo de los Institutos generales y técnicos de Canarias; la Delegación Regia de Enseñanza, la Escuela Nacional de Maestras, donde pueden estudiar los individuos de ambos sexos, y el Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino.

Entre sus edificios notables, debe citarse, en primer término, el bellissimo y espacioso templo Catedral, situado en el centro de la ciudad y rodeado de jardines. Son notables en este templo las ricas y abundantes alhajas de plata y oro, que le dan en los días clásicos extraordinaria suntuosidad; el púlpito de mármol de Carrara, que es una verdadera obra de arte; el coro, construido de maderas de valía, nada comunes; los

cuadros de mucho mérito que adornan sus ochos capillas y sus espaciosas naves; el pavimento de mármol; los ornamentos que lucen en las principales solemnidades del año, y la famosa Custodia de plata, de extraordinaria elevación.

Duerme el sueño eterno en este templo el ilustre Conquistador de la isla y fundador de La Laguna, don Alonso Fernández de Lugo, y no lejos de su severo mausoleo, descansan los restos del católico monarca Fernando VII, don Cristóbal Bencomo, así como también los de los bienhechores de La Laguna el obispo Rey Redondo, el primer Deán don Pedro Bencomo, los del célebre Vizconde de Buen Paso y de otros no menos notables que honraron, por su talento o su virtud, al Archipiélago.

En las Salas Capitulares se ven retratos de prelados ilustres y en salón adecuado una bien montada biblioteca.

El amplio y cómodo edificio municipal, edificado, aunque en otra forma, desde los primeros años del siglo XVI, es digno de la ciudad y de la histórica institución que presidió el ilustre Conquistador. El magnífico Cabildo, de extraordinarias atribuciones en todos los órdenes de la antigua administración, constituido por personalidades patrióticas que atendían a la prosperidad de la población y de su vasto término, llena con su historia brillante la historia de las Canarias. Aun existe la ermita de San Miguel, donde celebraban sus patrióticas sesiones. En el edificio municipal está el Archivo más importante de la Isla y de Canarias, custodiándose en el amplio y moderno Salón de sesiones el tradicional Pendón, que bordó con sus propias manos la sin par Reina Isabel I y donó al Conquistador Fernández de Lugo.

En el mismo edificio, a más del Juzgado de primera instancia, municipal y cárcel del Partido, está instalada la Real Sociedad Económica de Amigos del

País, fundada en la misma época que la de Madrid, en tiempo de Carlos III, y es notable la biblioteca, de más de 6.000 volúmenes, procedentes de la tan importante del gran patricio, Marqués de Villanueva del Prado.

La Universidad de San Fernando está instalada en el edificio, bastante amplio, que fué Colegio de los PP. de la Compañía de Jesús, y aunque por las vicisitudes que ha pasado la Facultad desde su fundación, no abunda aún el material científico, dadas las relaciones que existen entre esta Corporación y el Instituto General y Técnico, la magnífica biblioteca de éste y los gabinetes de Física e Historia Nacional, así como el Laboratorio, etc., llena el vacío que pudiera notarse.

El local del Instituto General y Técnico es el antiguo de los PP. Agustinos, que fué Universidad, donde se conferían grados, el de doctor inclusive. Sus dos claustros espaciosos, convertidos uno en bellissimo jardín y el otro destinado a recreo de los alumnos del bien montado Colegio de internos, dan al conjunto un aspecto de severidad agradable, así como los jardines de la plaza y la esbelta torre, que recuerda algunas de las que adornan el panorama de la sin par Sevilla.

La biblioteca, de más de 36.000 volúmenes, enriquecida con muchos incunables y obras de indiscutible mérito; el lujoso salón de actos, convertido en verdadero Museo, con pinturas de eminentes artistas, como Chicharro y otros, esculturas y mobiliario excelente; los gabinetes de Física, de Historia Natural y Laboratorio de Química, bien provisto de material científico antiguo y moderno, así como las clases de Agricultura, Geografía y Gimnasia, y la bien montada Estación meteorológica, convierten este Establecimiento en uno de los primeros de España, como lo han reconocido los personajes que lo han visitado, desde nuestro Rey Alfonso XIII, SS. AA las Infantas doña Isabel y do-

ña María Teresa, el Infante don Fernando, hasta eminencias ilustres en las ciencias, en las artes y en la política. Todos han estampado sus favorables impresiones en el álbum de visitas y han tenido palabras de aplauso para el actual director, D. Adolfo Cabrera Pinto, *al que se debe, en primer término, el presente e indiscutible progreso.*

De la Universidad gloriosa de San Fernando, salieron hombres que fueron honra del país, como López Botas, Trujillo, Pinto, Clavijo y otros, y alumnos del Instituto han sido cuantos, por algún concepto, son considerados al presente en la provincia.

El edificio donde está instalado el Seminario Conciliar de San Cristóbal y de Santo Tomás, fué Colegio y Convento de la Orden de Predicadores; es amplio y restaurado, y responde hoy con creces a su objeto intelectual. Su capilla, su hermoso claustro, cómodas clases y bien nutrida biblioteca de más de 4.000 volúmenes, son dignas de visitarse. En su espacioso huerto se halla el famoso y antiquísimo «Drago», tan admirado por los turistas y reproducido en postales y fotografías.

La Escuela Normal de Maestras está instalada en un edificio céntrico, y cada día aumenta el material científico adecuado, siendo numerosa la matrícula de alumnas y alumnos.

El Palacio episcopal, que antes lo fué de los Condes del Valle de Salazar, es uno de los edificios mejores de La Laguna; situado en calle principal, todo de cantería y de aspecto imponente, es digno de ser visitado. En él está instalado el Provisorato, Archivo eclesiástico y la Secretaría de Cámara.

La Laguna, a más de la Catedral, posee templos que la enaltecen, ya por su esbeltez y riqueza de enseres, ya por su antigüedad y respetables tradiciones, como la parroquia Matriz de la Concepción, con su magnífico púlpito, que puede figurar entre los primeros de España; su admirable coro, digno de una

Catedral; esculturas de Estévez y Luján Pérez, pinturas de notables autores, objetos antiguos, como la pila donde, según la tradición, recibieron el bautismo los Reyes guanches.

La parroquia del Sagrario Catedral, con un magnífico altar Mayor de plata y tan rica en alhajas de este metal, está instalada en la que fué iglesia de los Dominicos, y la de San Bartolomé, en el importante caserío de Tejina, cuyo término pintoresco forma, con Bajamar y la Punta del Hidalgo, un territorio rico en producciones, digno de ser visitado con detenimiento.

En amplitud, esbeltez y belleza figura, después de la Catedral, el templo de San Agustín, que dirige la Comunidad de PP. Paules. Posee buenas esculturas y pinturas, y en él, entre otras notabilidades, está enterrado el historiador Núñez de la Peña.

Desde el punto de vista de la devoción y del más amplio sentimiento religioso, el hoy pequeño templo de San Miguel de las Victorias, residencia de la Comunidad de Franciscanos, es, en La Laguna, y tal vez en la isla, con el de Candelaria, el más frecuentado y tenido en alta estima.

En el mismo sitio en que se verificó la batalla que dió el triunfo a las armas españolas, en la que pereció el príncipe Tinguaro, se levantó la capilla de San Cristóbal. La de San Juan se construyó sobre el mismo terreno en que fueron enterradas las numerosas víctimas de la terrible peste que asoló a la ciudad en época de triste memoria; la amplia de San Benito, según Viera y Clavijo, construida de un sólo pino que crecía en el mismo sitio en que está edificada; la de Gracia, que domina el populoso barrio de La Cuesta, que parece el lazo de unión entre las dos ciudades hermanas, es antiquísima, y se construyó en el sitio en que acamparon los españoles al avanzar hacia La Laguna de Agüere; la de San Roque, también histórica, edificada sobre la montaña que

domina la ciudad; la de San Diego, antiguo covento de Franciscanos, al pie de un frondoso bosque, hoy muy reducido, pero siempre bello.

Digna de mencionarse son las iglesias de los Conventos de Santa Clara, con un excelente artesonado, y de Santa Catalina de Sena, con pavimento de mármol y esculturas de mérito: el Calvario, quizá el más pintoresco de la isla; la ermita de San Lázaro, que está inmediata; la del Rosario, en el valle de Guerra, lugar de clima primaveral, que produce, casi sin riego, hortalizas, cereales y vinos famosos en toda la isla; la de San Mateo, en la Punta del Hidalgo; las de las Mercedes y el Carmen, en el bosque hermosísimo que dijimos corona la vega de Agüere; las de San Miguel y San Bartolomé, en los Genetos, pagos ligados a la ciudad por caminos llanos, poblados de lindas casas de campo, y las del Rosario y San Isidro, en sitios más apartados, pero no menos pintorescos.

La ciudad, que en otros tiempos contaba con cuatro establecimientos de beneficencia, ricamente dotados por el sentimiento de caridad de sus vecinos, se vió, al perder la capitalidad, reducida a un solo establecimiento de esta índole, que se conserva aún; el Hospital de Dolores, el más rico de su época, y al que dejó en la miseria la ley de Desamortización. Afortunadamente, no pudo la ley extinguir aquellos sentimientos nobilísimos, y los hijos de La Laguna han mejorado el edificio, que es amplio, con un templo muy recomendable, y los claustros, jardines y salones cómodos, y cuenta con cuantos elementos son indispensables para atender a su hermosa misión. Las Hermanas de la Caridad están a su cuidado.

Aquel sentimiento benéfico sostiene la Casa de las Hermanitas de Ancianos Desamparados. Parte del edificio lo ocupa la espaciosa iglesia de San Sebastián y las dependencias, que se van

ampliando conforme a los recursos que se proporcionan a las beneméritas Hermanas.

Pronto tendrán reformado su local propio las Siervas de María, otra institución establecida en la ciudad desde hace bastantes años, y cuyos caritativos servicios las hacen estimables.

Hay una Comisión de Partido de la Cruz Roja, instalada en local céntrico y dotada del material necesario para llenar sus humanitarios y desinteresados fines.

Ya que la enseñanza gratuita para niños y niñas pobres se da, como la retribuida, en dos establecimientos que honran a la ciudad, debemos mencionarlos. Nos referimos a las Escuelas Nava, dirigidas por los Hermanos de la Doctrina Cristiana, y al Colegio de las Dominicas. Ambos cuentan con locales lujosos y cómodos, y tienen muchos alumnos. No podemos decir otro tanto de las Escuelas públicas, que son en número considerable en el vasto término municipal.

La negligencia de los padres y el no estar dotadas, las más de ellas, de locales y de material pedagógico adecuado, podrá explicar quizá esta lamentable particularidad.

Hay edificio cómodo, rodeado de jardines, para la Capitanía general; amplios cuarteles para la Artillería de montaña y para Guardia civil. Existe una sección de policía, bastante numerosa, a cargo de dos comisarios y agentes a sus órdenes. Cuenta la ciudad con Administración de Correos perfectamente dirigida, así como la de Telégrafos y Teléfonos, y oficinas y Dirección del alumbrado eléctrico que se extiende por toda la ciudad, siendo por focos el de las principales calles, plazas y jardines públicos.

Los sitios de recreo son numerosos; dentro de la ciudad, los jardines públicos—se cuentan 10,—llaman la atención por la abundancia y belleza de

flores, que acreditan la dulzura del clima en todas las estaciones, ya que ellas crecen lozanas, aun en el invierno.

En la alameda del Adelantado hay una elegante fuente de mármol, y en la de la Junta Suprema de Canarias un busto del poeta regional Tabares Bartlet. El paseo de la Universidad es un magnífico Parque, que tiene cerca de un kilómetro, y la vega, transitada en todas direcciones por autos y carruajes, recuerda los más famosos sitios de veraneo de la Península.

Existen dos teatros: el más antiguo, de Viana, hoy pocas veces utilizado, y el magnífico de Leal, que puede figurar en cualquier capital de las de España. La hermosura de su vestibulo y sala de actos; su elevación, que da al conjunto extremada elegancia; la amplitud de sus galerías y buen gusto de sus adornos y profusa iluminación, se impone y cautiva. Lleva el nombre de su propietario, quien, al construirlo, atendía más que a sus intereses, al deseo de dotar a su ciudad natal de un buen edificio.

La ciudad es, seguramente, la que ha dado en el Archipiélago más hijos ilustres en todos los ramos del saber. Historiadores, como Núñez de la Peña y Ossuna y van-den-Heede; poetas, como Viana y Anchieta; sabios, como Saviñón y Torres Barrio, celebrado por Feijóo; santos, como Anchieta y Luis Aguirre; políticos, como Porlier; economistas, como Alvarez de los Reyes; marinos, como D. Domingo de Nava, Antequera, Correa y Guillén; prelados, como los hermanos Bencomo, el obispo de Oxaca. Abreu y Valdés; generales, como Mur; arquitectos, como el gran Eduardo; héroes, como Castro y Campos; músicos, como Dominguez, y escultores y pintores, como Rodríguez de la Oliva.

La Laguna es merecedora de que se le haya designado la Atenas de Canarias, no sólo por los establecimientos científicos que en ella han residido y residen,

sino porque ha sido la primera que ha dado impulso a todo lo que significa progreso y adelanto; en ella se estableció la primera imprenta, los primeros periódicos, los primeros relojes públicos, la primera vía completa de agua a presión, las primeras bibliotecas y archivos, y, para serlo en todo, y no es de celebrar, la primera plaza de toros.

Enero de 1923.

Discurso

leído en la inauguración solemne de la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife.

Excelentísimos señores: «Raigada virtud que dura siempre, en la conciencia de los homes justos...» Así comienza el Rey Sabio en sus famosas Partidas la definición de la voz *Justicia*: Raigado sentimiento, hermosa virtud, que dura, que existe siempre en las almas de las personas dignas, diría yo si intentara definir, que no lo haré, el sentimiento nobilísimo del agradecimiento.

Institución de fines tan altos, de historia tan honrosa, corporación constituida por personas de cualidades nada comunes, como lo es la que aquí nos congrega, no podía sustraerse a la influencia de ese sentimiento halagador, y he aquí que, no ya por el deseo natural y legítimo de popularizar el centro que hoy inaugura y dar a conocer la importancia que tiene para el pueblo este asilo de cultura y progreso, sino por el de ofrecer ocasión solemne para manifestar su agradecimiento hacia las ilus-

tres personas que, con su valioso donativo, han dado margen a la constitución de esta Biblioteca, se explica el acuerdo de celebrar un acto, que yo hubiera calificado de hermoso, si esa misma respetable Corporación no hubiera tenido la poco plausible idea de encomendar a mi insuficiencia parte tan importante, como la que informa todo el objeto del acto mismo.

Hice cuanto me fué posible porque desapareciera de cuadro tan grandioso este obscuro lunar; no tengo, pues, que pedir os perdón. Que os lo pidan los verdaderos causantes. Sin embargo, diré: ya que ellos son agradecidos, sed vosotros conmigo indulgentes. Esa virtud no es inferior a aquélla.

De dos modos podía la Real Sociedad de Amigos del País dar pábulo a su noble sentimiento, satisfacer ese impulso, tan en armonía con su modo de pensar y sentir: primero, encomiando públicamente el favor, el beneficio recibido; segundo, honrando de un modo solemne, haciendo resaltar sus méritos, a la persona de quien recibía la merced, causa del agradecimiento. Ambos medios ha querido poner en práctica la patriótica sociedad, y aun quisiera llegar más allá en su nobilísimo deseo, si los recursos de que dispone lo permitieran.

En la galana Memoria leída por el Secretario señor Marqués de Celada, se sigue a satisfacción el primer camino. Ya lo habéis oído: el donativo cuantioso del ilustre marqués de Villanueva del Prado y de Acialcázar es de tanta importancia que, bien puede asegurarse, no tiene precedente en La Laguna, ni tal vez lo tenga en el resto del Archipiélago. A su valor, por el número de obras donadas—5.000—se une el mérito de las mismas y el que le dá, para todo canario, el haber pasado esos libros inestimables, por las manos de personajes que honraron y aun honran—porque el genio nunca muere—a la que ahora se llama patria chica, ¡cómo

si hubiera algo más grande para el corazón, que el trozo de tierra donde duermen el sueño eterno los nuestros y donde sentimos primero las variadas impresiones que constituyen la vida!..

Con extender la vista por las estanterías que cubren las paredes de este espacioso local, queda hecho el elogio, sentada la importancia del donativo prescripto por el egregio marqués y con tanto celo ejecutado por el desprendimiento de la que fué su digna esposa.

De seguir el segundo derrotero, soy yo el encargado; y, a la verdad, de no ser por el conocimiento de mi propia insuficiencia, nada más grato que ese encargo, porque nada más conforme con mi carácter y con mis sentimientos que engrandecer al mérito, máxime cuando éste ha brillado enalteciendo a mi patria, y cuando el elogio, si no descuella por las bellezas literarias, está inspirado, como a todos consta, por el más completo desinterés.

Prestadme atención.

Los títulos de gloria emanados del verdadero talento; los timbres de nobleza basados en la práctica de las virtudes cívicas; las consideraciones y el respeto que por doquiera esparce el mérito indiscutible como las esencias perfuman el aire que impregnan, cualidades son que no mueren con los individuos, con los seres privilegiados que a ellas se han hecho acreedores. En la memoria de los pueblos se conservan aquellas preeminencias, y de ese recuerdo nace un sentimiento de admiración, al par que de respeto, que se comunica, se hace extensivo hacia todo lo que con el ser superior que celebramos y distinguimos, tiene alguna relación.

Admiramos el genio y como si creyéramos que los efluvios que del mismo emanan se encarnan en el sucesor, llevamos hasta éste nuestro afecto y queremos hacerle partícipe de nuestra admiración y extraordinario respeto. Ape-

nas descubrimos en el hijo el reflejo de algunas de las virtudes que el padre supo elevar a inconmensurable altura, y ya atribuimos a esta grandeza las excelencias y la procedencia de esos reflejos bienhechores. Cuando al descendiente queremos honrar, no hallamos mejor modo de hacerlo que recordando los talentos y virtudes que en el ascendiente brillaron con gloria inmarcesible. Sólo en un caso no engrandecen al hijo las excelencias del padre: en el caso de indignidad manifiesta. Los títulos, las dignidades y las virtudes del ascendiente, más que alcanzar favorablemente al sucesor indigno, le empuéñen y denigran, por lo mismo que éste tuvo ejemplos que imitar y prestigios que conservar incólumes. Ya lo dijo Cicerón: «Tu nobleza concluye en tí.»

D. Fernando de Nava Grimón y del Hoyo, noveno marqués de Villanueva del Prado y de Acialcázar, generoso donante de la Biblioteca que hoy inauguramos, fué, por sus cualidades personales, por su caballerosidad, por los cargos que desempeñó y por su amor a la ciudad de La Laguna, su país natal, digno descendiente de los hombres que en la familia de Nava se distinguieron, hasta el punto de que el pueblo los recuerde con profundo respeto, y coloque sus nombres al lado de los que figuran como hijos predilectos y verdaderamente ilustres de la que es patria de tantas notabilidades. Si queremos honrar al inolvidable donante, recordemos los méritos de sus progenitores. A los que le conocimos nos consta que el encumbramiento de sus mayores constituía la delicia más grande de su corazón amante y admirador del verdadero mérito. Interpretemos fielmente su pensamiento: el honor tributado a los suyos es su propio honor: sus cenizas darán en este instante saltos de gozo, admitiendo la frase del gran Hartzschbusch; porque un acto suyo de desprendimiento y de patriotismo, ha da-

do margen a que en este recinto se recuerden con amor las cualidades sobresalientes que en sus antepasados resplandecieron.

Pero ya en este camino, estudiado el asunto, lucho con un gran inconveniente. ¿Cómo he de encerrar tanto en tan poco espacio?

Porque, señores, se trata de una familia verdaderamente ilustre, que, a los títulos nobiliarios y enlaces con las primeras casas de España y muchas del extranjero, une lo que vale muchísimo más, lo único que no puede adquirirse ni por el dinero ni por el favor: un considerable número de individuos que pertenecieron a la más grande de las aristocracias, a la jerarquía de los sabios, a la clase verdaderamente nobilísima de los virtuosos o de los patriotas, de los que llevan su amor por el pueblo donde nacieron hasta el sacrificio. Y si de cada uno de esos individuos he de decir algo, ¿cuándo vá a terminar mi discurso? Sería pagar con una ingratitud el bien dispensado con vuestra atención.

Se hace indispensable adoptar un término de armonía, y este término no es otro que el de elegir, entre los hombres ilustres que en la casa de Nava han hecho su nombre digno de encomio, algunos que reconcentren en sí todas las grandezas de los demás; y, aun al hablar de éstos, concretarnos a recordar, para que nos sirva de modelo y se ensanche con sus méritos el alma, proporcionándonos consuelos en estos días de decadencia para la vieja Laguna, los hechos más culminantes de sus vidas, las cualidades más estimadas que les dieron derecho a figurar entre los primeros y les hicieron acreedores al aplauso de la posteridad.

Por eso pasaremos en silencio los relevantes méritos del primer marqués de Villanueva del Prado, verdadera gloria lagunense; así como los del segundo marqués, don Alonso, que se

distinguió notablemente en la defensa del puerto vecino contra Gennings, en 1706. Nada diremos del tercer marqués, cuyos méritos y conocimientos poco comunes le elevaron a la presidencia del Supremo Consejo de las Ordenes militares en Madrid; haremos lo mismo con las excelentes dotes que adornaron a dos esclarecidos generales de la familia de Nava, así como también con otro no menos esclarecido, Virrey de Méjico, y con el que desempeñó, con aplauso unánime, la Capitanía general en Quito, y con tantos otros que, en las carreras eclesiástica, diplomática o política, dejaron una aureola suficiente para engrandecer, no ya sólo a la familia a que pertenecían, sino también al pueblo donde vieron la luz primera; y sólo diré de paso que el general D. Domingo de Nava, nacido en esta ciudad el año 40 del siglo XVIII, fué una de las glorias más puras de la marina española, calificándole biógrafos de la Armada como dechado de firmeza, de honradez y de lealtad acrisolada, y pudiendo afirmarse que figuró en primera línea en casi todos los hechos gloriosos de su época: en las expediciones contra Argel; en la toma de la isla de Santa Catalina; en las expediciones a las costas del Brasil; al puerto Egmond de las Malvinas, y en la guerra con la República francesa, distinguiéndose tanto en la defensa de Tolón, que mereció el ascenso a jefe de escuadra y el aplauso público de sus superiores.

Pero ya que la brevedad nos obliga a pasar en silencio tantos méritos y excepcionales cualidades, defengámonos ante dos figuras respetables cuyo espíritu parece que flota cariñoso por los ámbitos de este espacioso local.

De las sobresalientes cualidades que adornaron a los Nava, cuyo rápido recuerdo he evocado en los párrafos anteriores, muchas se habrán olvidado, bastantes se desconocerán en absoluto. De las altas prendas de sabiduría y de

virtudes cívicas que en grado superlativo poseyeron los marqueses quinto y sexto de Villanueva del Prado, D. Tomás y D. Alonso, nadie se ha olvidado en La Laguna. ¡Cuántas veces de niño oí en grupos populares deslizar la idea de levantar estatuas, en la histórica plaza del Adelantado o ante el edificio que fué Universidad literaria, a los dos insignes varones que tanto bien hicieron a la patria idolatrada! Vosotros, los que os consideráis encumbrados en la sociedad, no llaméis ingrato ni ignorante al noble pueblo de La Laguna. El sabe siempre mostrar-se agradecido, como sabe distinguir el verdadero mérito. Imitad a estos dos grandes patricios, y tendréis, como lo tienen ellos, un altar en el pecho de cada uno de los buenos hijos de la vieja Agüere.

Las dos personalidades de los egregios marqueses don Tomás y don Alonso son tan análogas, tienen entre sí tanto parecido, que bien puede decirse que la una fué la continuación de la otra, no sólo en lo que a la ley natural hace referencia, sino también en el orden de la inteligencia y en el social y político. Y estas semejanzas me permiten abreviar el recuerdo de sus méritos.

Claro ingenio, conocimientos profundos, don especial para persuadir ilustrando, eran las principales dotes del quinto de los marqueses de Villanueva del Prado, y esas mismas cualidades resplandecieron en primer término en el sexto, de imperecedera memoria.

La vida, no muy larga por desgracia, del quinto marques, D. Tomás, se puede decir que fué toda ella consagrada al estudio y a difundir esos conocimientos entre sus contemporáneos. Al dominio de la lengua latina, unió el de la francesa, italiana e inglesa, aprendida esta última en edad provecta. El estudio de esos idiomas le proporcionó el conocimiento de la literatura de los países respectivos, de los cuales hizo venir a esta ciudad los mejores li-

bro de los clásicos, dando con ellos base a la Biblioteca, que se hizo luego famosa, de la ilustre casa de Nava: biblioteca que puso a disposición tanto de sus amigos — los hombres más distinguidos por su saber que formaron su célebre tertulia — como de las personas del pueblo que deseaban ilustrarse, contándose entre ellas muchos sacerdotes que desconocían las obras de los grandes oradores sagrados que fueron honra de Francia y del mundo, con lo que se consiguió, además, que la oratoria sagrada en Tenerife experimentase un cambio notabilísimo, saliendo de la rutina que la tenía como encadenada.

Frutos del profundo estudio del quinto marqués, fueron las muchísimas Memorias que escribió sobre cuestiones económicas, memorias que consolidaron su reputación de sabio: con ella se adelantó a su época, puesto que las palpitantes cuestiones de subsistencia, situación de las clases obreras, etc., que el siglo XIX hizo suyas, ya las trató él con singular maestría y conocimiento de causa.

Imposible dejar de dedicar siquiera un párrafo a la famosa tertulia que frecuentaba la Biblioteca o se reunía en el célebre jardín, que dió nombre, con el del sabio Saviñón, a una de las anchurosas calles de esta ciudad. En esta tertulia se congregaban los hombres de mayor ilustración de la época, y de ella salieron grandes cosas. Las letras canarias pueden considerar aquel centro (por cierto ¡no podía ser menos! odiado y criticado por la ignorancia) como el más hermoso y fecundo de sus asilos. De allí salió el poema *Los Vasconautas* y *El Papel sobre los zapatos de terciopelo*, y, lo que ha valido más a la provincia, el pensamiento de la *Historia de Las Canarias*, llevada a cabo por el inmortal Viera, el miembro más asiduo de aquella tertulia, a quien apoyó tanto el Marqués, que bien puede decirse que sin ese apoyo las Cana-



rias no contarían con ese libro verdaderamente extraordinario.

Como su padre, el sexto marqués, don Alonso, cuyo retrato honra este salón, como honra la sala capitular del Cabildo de la Catedral de Tenerife y debiera honrar la sala de sesiones del Excmo. Ayuntamiento y el salón de actos del Instituto general y técnico, poseía varios idiomas y se caracterizó por su amor a la lectura, siendo continuador de la obra de su padre en cuanto a enriquecer la biblioteca, por aquél fundada, con los mejores libros de entonces. Como D. Tomás, D. Alonso se rodeó de las notabilidades de su época e influyó en el adelanto de su país, en cuanto se refiere a ciencias, literatura y aún artes, porque fué protector de estas últimas.

Asombra, a los que conocen la historia honrosa de este hombre extraordinario, su laboriosidad incansable. Increíble parece que quien consagró a la administración de los cuantiosos intereses de su casa la debida atención, quien viajó tanto, desempeñó cargos tan delicados y misiones de transcendencia tanta, tuviera también tiempo para consagrarse a las letras, ora cultivando las musas con más o menos fortuna, ora traduciendo obras, como los *Mártires* de Chateaubriand, tan de oportunidad a la sazón, y llenando, en fin, ocho voluminosos tomos con sus obras, discursos y trabajos literarios, lo que es suficiente para hacer una reputación de esas que no mueren nunca.

Difícil, sino imposible, es ocuparme en los grandes servicios que estos hombres eminentes prestaron a la ciudad que amaron con delirio, no menos que a la provincia en general y hasta a la madre España.

Desde la edad de 24 años, D. Tomás, como síndico personero, dice un escritor distinguido (1), fué enemigo

constante de todo abuso en la Magnífica Corporación municipal de La Laguna: apóstol de toda reforma sensata, se acreditó como regidor perpétuo, de gran patricio, defendiendo las preeminencias del Ayuntamiento, del que tenía un altísimo concepto, y solicitando para su patria adelantos que hicieron de ella la primera ciudad del Archipiélago. Leed los conceptos que Viera le consagra en su magnífica obra *Historia de las Canarias*, y veréis que no es el patriotismo el que me inspira estas frases de alta consideración.

Dejadme que antes de citar a don Alonso, en el parangón que vengo haciendo, recuerde otro servicio prestado a su patria por el egregio D. Tomás: un servicio ahora de mayor oportunidad. Esta Sociedad Económica, ensalzada por el Sr. Secretario, debió precisamente su fundación, que tuvo lugar casi al mismo tiempo que la de Madrid, al marqués cuyos hechos encomio. De tal manera la amó, de tal modo sintió por ella inmenso afecto, que dice uno de sus biógrafos (1) que momentos antes de morir, le consagró su pensamiento y se ocupó de su situación y adelanto. ¡Quién diría que un siglo después de su muerte había la noble y real Sociedad de sentir los efectos de los actos de la vida del que fué su Director perpétuo, inaugurando esta Biblioteca!

Con ser mucho el patriotismo del quinto marqués, a quien el vulgo distinguió con el honroso epíteto de *Marqués de los Estudiosos*, no supera al que por La Laguna manifestara el virtuoso, el caritativo D. Alonso, digno hijo de aquél. Representándola en Cortes, y presidiendo la Junta suprema de la provincia en 1808, abogó por su grandeza y defendió la supremacía de Tenerife, y, sépalo Santa Cruz, lo que hoy constituye el fundamento de su importancia,

(1) Fernández de Bethencourt.

(1) D. Marcos de Urtusaústegui.

a ese noble hijo de La Laguna se debe en primer término.

Con recordar que fundó, con el apoyo del gran Porlier, otro hijo ilustre de La Laguna, el Jardín de aclimatación del bellísimo valle de la Orotava, en cuyo jardín invirtió más de treinta mil pesos de su peculio particular; con saber que a él, en unión de los nobilísimos y nunca olvidados Bencomos, hijos también de La Laguna, se debe la Catedral que dió a Tenerife supremacía en el orden religioso; y traer a la memoria que la Universidad de San Fernando, por cuyo restablecimiento todos suspiramos, fué debida a su influencia y sostenida con su gran prestigio, y añadir que también la Real Sociedad Económica recibió de este Director ilustre, beneficios, protección y renombre, está hecho el elogio del eximio personaje cuya muerte lloraron los pobres, lamentaron los verdaderos patriotas y fué una desgracia inmensa para la ciudad, que le recuerda como a una de su más puras glorias, y para las Milicias de Canarias, en las que, como su padre don Tomás, desempeñó el cargo de coronel y jefe, distinguiéndose, como éste, por su pericia y valor y haciéndose amar de sus subordinados, que veían en él un verdadero protector, defensor de las prerrogativas concedidas por los Reyes a la antigua Institución.

Excmo. Ayuntamiento de La Laguna, que tanta grandeza y patriotismo tienes que imitar de la magnífica corporación de que procedes; Cabildo Ilustrísimo de la Catedral de Tenerife; Claustro del Instituto, digno sucesor de la Universidad ilustre; Real Sociedad Económica que aquí nos congregas; los restos del gran patriota D. Alonso de Nava y Grimón, al que tanto debéis y debe la patria idolatrada, están insepultos. Poneos de acuerdo para reparar esa incuria, y honraos a vosotros mismos, honrando al verdadero mérito.

Carta abierta

A Domingo Cabrera Cruz.

Permite, caro amigo, que para manifestar mi inmensa satisfacción por el incremento, cada día más visible, del Ateneo, y por el merecidísimo honor que éste te ha concedido designándote para dirigirlo, elija la forma epistolar tan sobria y poco severa en reglas, como modesta en requerimientos literarios. Esa forma, por otra parte, me es hoy doblemente simpática, por que me proporciona medio fácil de corresponder al compromiso adquirido a última hora, de intervenir en fiesta tan atractiva, como la que hoy celebra la culta sociedad, sin que sea tan visible mi pobreza de ingenio y mi obscuridad en el mundo de la literatura, al lado del que seguramente han de hacer ostensibles reputaciones, legítimamente adquiridas en la esfera de la oratoria y de la poesía.

La mayor parte de los aquí reunidos, ven sólo en el Ateneo de La Laguna una institución nueva, nacida ayer al calor que le prestan los arrebatos de la juventud, acariciados por el patriotismo y alentados por un noble afán: el de proporcionar a la inteligencia, el único alimento que le puede dar vigor y vida: los conocimientos científicos; y al sentimiento, el grato solaz que producen las flores encantadoras del jardín delicioso en que moran las Bellas Artes. Algunos, pocos desgraciadamente, de los que llevamos recorrida, tal vez, la casi totalidad de la trayectoria de la mísera existencia, vemos eso mismo con gran contentamiento, pero vemos más, vemos en este prestigioso centro de cultura una institución nacida al calor de análogos elementos hace muchísimos años, institución, modesta en su origen, pero grande por los efectos de su labor patriótica y civilizadora.

Quando visitamos esta casa los que contribuimos en días más felices (por

que eran los de la juventud que todo lo embellece y vivifica, ya que la fortalece la soñadora ilusión y la alentadora esperanza) a la fundación y arraigo de aquel primer plantel de cultura, tal vez el más antiguo de la isla, pero de seguro de los más antiguos de Canarias, creemos que vosotros, jóvenes ateneístas de hoy, sois los continuadores de nuestra obra, que el espíritu que alienta vuestro corazón abierto a todo pensamiento noble, desinteresado y patriótico, es el mismo que nos fortaleció, nos guió en nuestra fructífera labor literaria y civilizadora de otros tiempos. La unidad de lugar, de propósitos y de medios puestos en acción, son motivos más que justificados para afirmar que ésta es aquella asociación inolvidable; como lo fueron las que en tiempos, que puedo considerar intermedios, se manifestaron pujantes y dejaron en pos de sí estela brillante en alto grado.

Como vosotros, elegimos por teatro de nuestra labor este suelo embellecido por la naturaleza, enaltecido por la tradición y por la historia, donde vieron la luz primera historiadores ilustres, generales valerosos, políticos eminentes, virtuosos preladados, celebrados poetas y marinos que dieron a la patria honor y gloria: como vosotros, nos proponíamos despertar en el pueblo el amor a sus grandezas pasadas, el afán de imitar los altos ejemplos de los hijos de la Ciudad, por tanto tiempo centro de la cultura isleña; como vosotros, celebramos actos literarios y certámenes atrayentes con los que aportábamos a la obra de la difusión de la cultura patria nuestro grano de arena, si pequeño en dimensiones por ser nuestro, grande en el deseo, noble en el fin; como vosotros luchábamos con dificultades, percibíamos los efectos de la ingratitud, de la indiferencia, y hasta ¿por qué no decirlo? del desamparo de los que, por su posición y representación social, eran llamados a alentarnos y favorecernos en nuestros loables pro-

pósitos. Nuestra constancia, nuestra fe en el porvenir, nos empujaban hacia adelante como os ha alentado a vosotros, que harto bien enterado estoy de vuestras luchas con los que se han opuesto a vuestra obra, ora llevándoos por senderos que debéis negaros siempre a recorrer, ora formando en el seno de la sociedad discordias y pequeñeces, con las que también nosotros tuvimos que entablar reñidas batallas.

Y si de las analogías en el desarrollo de las asociaciones, a que me refiero, puede inferirse que las unas son continuación de las otras, puesto que las diferencias son accidentales y los intermedios de mutísimo y falta de vida no han sido sino fases que se dan en todo lo que se exterioriza y determina; en los efectos que han producido, resalta más la unidad que proclamo.

En el primero de esos Centros de cultura, cuya fecha de creación callo (por no ser tal vez grato a todos evidenciar más y más las inclemencias del inexorable tiempo) se celebraron actos inolvidables en los que se hacía la apología de hechos históricos honrosos para la patria y se difundían los conocimientos de toda índole que son base inequívoca de progreso y adelanto, ejemplo que han seguido las asociaciones que me esfuerzo en confundir con las que ví nacer, con gran contentamiento de mi alma. En la primitiva sociedad instructiva hicieron sus primeros ensayos en la oratoria los Domínguez Alfonso, los Hernández y González, los Cabrera y Topham, los Ascanio y Nieves, que tanto brillaron y aun brillan en el foro o en la política. Fernández Bethencourt, que no ha mucho nos honró con su visita y cantó, (en el lenguaje castizo que le ha abierto las puertas de las Academias más valiosas de la madre España) un himno a la vieja Laguna, haciéndose por ello acreedor a nuestro agradecimiento, como antes a nuestro cariño, y siempre a nuestra admiración; en aquel Ateneo

lució varias veces las galas de su facundia y las galanuras de su peculiar estilo. Manuel de Ossuna, verdadera gloria lagunera; Patricio Estévez, periodista cultísimo; Pepe Tabares Bartlett, poeta de indiscutibles méritos y tantos otros que, por no extenderme demasiado, siento no recordar. Aquí en sesiones y veladas del culto Centro lagunero, se dieron a conocer y dejaron su nombre, hoy de todos celebrado, a gran altura.

Los Centros que han continuado la vida del primitivo a que vengo refiriéndome, han dado también motivos para que se hayan podido apreciar méritos tan sobresalientes como los de los Zerolo, siempre dispuestos a contribuir con sus excepcionales dotes a la difusión de la cultura en la vieja Ciudad, especialmente Antonio, el más popular de nuestros poetas, el que considero lagunero de corazón, puesto que a La Laguna, como Tabares, ha consagrado sus más sonoros y sentidos cantos; trabajos como los de Patricio Perera, periodista y poeta nada común; labor excepcional como la de Adolfo Cabrera Pinto, que hizo sus ensayos de periodista en los primeros periódicos, modestos (como míos) que se publicaron en La Laguna, llegando a alcanzar más tarde en Madrid merecido renombre con el popular pseudónimo de *Fraimón* y adquiriendo, por fin, gran relieve al frente del Instituto y Universidad Canaria: de Delgado Barreto, orador y periodista de extraordinario renombre en toda España; de Leoncio Rodríguez, escritor de verdadero mérito; de Verdugo, tal vez poeta de más altos vuelos que muchos de los que en Madrid han adquirido fama y consideración; de Manrique y Guillermo Perera, también poetas distinguidos. Dejo para los últimos el recuerdo de Pepe Hernández Amador, Benito Pérez y Carlos Cruz, a quien tu conoces muy de cerca, querido Domingo, por que éstos, desde la Presidencia de esos Centros, unas veces, y desde

estas tribunas otras, han podido lucir sus galas de sentimental y armonioso poeta el primero, de orador elocuente e inspirado el segundo, y de escritor correcto y también de reposada oratoria el tercero. No es posible citar otros, ni es necesario; que con el recuerdo de los nombrados y de los que últimamente han pasado por esta sala deleitando e ilustrando a la vez con sus dotes y cultura nada común, queda acreditado que el actual Ateneo lagunero es digno continuador de los que antes existieron; y, por tanto, los que nos honramos con haber contribuido a la fundación en La Laguna del que primero dejó sentir su influencia de cultura y de progreso, experimentamos inmensa satisfacción en los adelantos, prestigios y evidente vitalidad que al presente son nota característica del que me honra hoy invitándome a tomar parte en sus certámenes y cultísimas festividades, y termino ocupándome, como ofrecí al principio, de la alegría que me produjo la noticia de tu nombramiento de Presidente del Ateneo.

Recuerdo que, entre los jóvenes que solicitaron mi cooperación para fundar el que otros, no yo, consideran nuevo Ateneo de La Laguna, fuiste tú el más entusiasta y tal vez el que mayores sacrificios hizo para que se llevara a cabo la culta obra, (dicho sea sin rebajar el mérito de tus dignos compañeros de entonces); tengo presente también tus intervenciones en el desenvolvimiento y progreso de la misma; lo mucho que has cooperado con tus valiosas dotes intelectuales al mejor lucimiento de los distintos actos públicos que han dado celebridad en la isla al Ateneo lagunense; por eso tu elección de Presidente la considero como muestra de agradecimiento de la sociedad, porque las entidades jurídicas como los seres individuales, deben cultivar, si son nobles, el sentimiento de la gratitud. Además, con tu última producción dramática, tal vez, y sin tal vez, la mejor de ese

género que se ha escrito en Tenerife, has honrado al pueblo que te vió nacer y a la sociedad que contribuiste a fundar; pues constituyes no ya una esperanza para el porvenir, sino una honrosa realidad; y justo es que ya que se carece en nuestro país de medios para premiar el verdadero mérito, se le honre siquiera, concediéndole los cargos que, por exigir para su desempeño condiciones de cultura e ilustración nada común, miramos con respeto y consideramos de excepcional validez.

Te quiere tu afectísimo, y admirador.

Febrero de 1914.

Fernández Bethencourt

No descubrimos ningún secreto consignando que el eximio escritor y distinguido publicista que anoche enalteció la solemnísimas y memorable Velada de la Catedral con los raudales de su elocuencia nada común, es una gloria canaria y un prestigio que honra a España y cuya fama traspasa la frontera.

Las obras correctísimas y llenas de erudición con que ha enriquecido la literatura patria el distinguido Académico de la Historia, son por sí solas bastantes para que su nombre viva constituyendo un recuerdo honroso; y su amor a este país que le vió nacer, es título bastante para que todos hayamos visto con verdadera satisfacción su intervención en la fiesta cultísima y de sabor verdaderamente clásico, que constituye uno de los números más selectos del Programa de festejos que ayer comenzó a tener exacto cumplimiento.

Para los que ya llevamos recorrido la mayor parte de la trayectoria de la vida, la presencia del Sr. Fernández Bethencourt en La Laguna, evoca re-

cuerdos *gratisimos* de edad que de todos es encanto.

Fernández Bethencourt sin haber nacido en La Laguna, es un lagunero de cuerpo entero. Lagunero porque en este pueblo dió sus primeros pasos en la vida literaria, donde tanto se ha espaciado luego; aquí sus primeros discursos, aquí sus primeros escritos, aquí sus primeros actos de vida pública; lagunero por su amor a la vieja ciudad donde vivió muchos años con su amantísima familia. Ninguno como él celebró más, siempre que tuvo ocasión para ello, las tradiciones, las glorias, los hijos ilustres y las bellezas naturales de la ciudad de los Adelantados.

No le olvidamos los que a La Laguna admiramos y queremos de veras, y por eso anoche nos entusiasmábamos y enorgullecíamos oyéndole y aplaudiéndole; y por eso concluimos diciendo que el autor celebrado de tantas obras de fama mundial, que por su propio mérito se ha colocado en lugar tan preeminente, como el que ocupa en España el Sr. Fernández de Bethencourt, es una legítima e indiscutible gloria lagunera.

Bibliografía

Los que lamentan el escaso movimiento literario de nuestra provincia, deben sentir en estos días una relativa satisfacción. Aquí donde ha venido siendo tan rara la publicación de un libro y hasta de un folleto, han visto la luz en poco tiempo bastantes obras valiosas, reveladoras del ingenio canario. Aquel talento soberano de que dieron gallardas muestras los Iriartes, Cairascos y Vianas: aquella facundia inagotable propia de los Viera y Clavijo, Anchetas y Porlieres, canarios ilustres de

imperecedero renombre, no se ha nublado en absoluto en esta tierra clásica de los valles encantadores y de las vegas deleitosas.

Así lo revela el número, relativamente considerable, de escritores que actualmente viven luciendo su facundia, ya en la prensa de Madrid y del Archipiélago, ya en libros y folletos que merecen el elogio de los inteligentes.

No es el objeto de las presentes líneas ni siquiera recordar los nombres de los que en Madrid figuran entre los escritores canarios, tales como Galdós, Angel Guerra, Ruiz, Deigado Barreto, Luis Maffiotte y otros; ni los que en Las Palmas, Santa Cruz y La Laguna escriben o colaboran en diarios importantes que pueden figurar al lado de los mejores de otras provincias: proponémosnos sólo hacer notar rápidamente el movimiento literario que en Canarias se observa en estos últimos años, citando las obras publicadas que recuerde nuestra poca segura memoria, y apelando sólo al nombre del escritor cuando se haya borrado de la misma el título de las obras; y proponémosnos así mismo dar cuenta de las nuevas que nos han sido remitidas por sus autores, atención que agradecemos, felicitándonos de que se nos presente ocasión tan propicia para hacer resaltar el progreso que en el orden de la inteligencia se observa en este país.

No nos remontamos a la época en que Dugour escribía su *Crónica de Canarias*, Carballo su *Economía política*, Alvarez su *Gramática latina*; ni a la posterior en que figuraron Fernández de Bethencourt con su *Nobiliario de Canarias*, y D. Agustín Millares con su *Historia de las mismas islas*: referímonos a estos últimos años en que aparece la obra de Tomás Zerolo titulada *Climatoterapia de las islas Canarias*; de Ossuna sobre *El Regionalismo*; de Tabares Bartlett, Zerolo y Patricio Perera hablando el lenguaje de las Musas; de Maffiotte (Miguel) titulada *Firmo y*

Cierro; de Pérez Zamora; de Manuel Pícar *Cosmorama de amor y Ageneré*; de los Millares (hijos), cimentando la novela regional, de Pereyra (Miguel) intitulada *Tipos de mi tierra*; de Ruiz y Benitez de Lugo, *La enciclopedia del año*; de Isacc Viera, *Fuerteventura*; de Wuangüemert y Poggio, sobre asuntos regionales, etc., etc.

A los muchos libros y muchos autores que dejamos de citar, porque la brevedad se impone, podriase agregar una infinidad de folletos, algunos en prosa, muchos en verso y por autores premiados en públicos certámenes, todos revelando ingenio o, por lo menos, una ilustración nada común y una laboriosidad que nos atrevemos a llamar patriótica, porque aparte de que puede serlo por el asunto de que trata el folleto, revela un deseo de coadyuvar al prestigio de la patria bajo aspecto tan interesante y trascendental, como lo es el literario o científico.

* * *

Tres obras estimables han llegado a nuestras manos en estos días y por el orden que las hemos recibido las señalaremos aquí.

Es la primera un libro utilísimo que de ser bien acogido por los señores profesores de instrucción primaria, pronto se notaría un progreso en la enseñanza de la lectura en las escuelas. Me refiero al libro, como modestamente lo llama su autor, que expone con claridad, sencillez y método recomendable el procedimiento pedagógico para enseñar a leer por la escritura. Se intitula *Rayas* y es su autor el laborioso Maestro D. Angel R. Alvarez.

Escrito el prólogo que le precede, con lenguaje correcto y observando estrictamente las reglas que la lógica impone para las obras didácticas, puede decirse que es una página perfecta de Pedagogía; y la parte que debe ser considerada como cuerpo de la obra es verdaderamente práctica y original. Re-

cordamos a los maestros la aplicación del método aconsejado, seguros de que pronto se notarán los efectos beneficiosos para la niñez, esperanza de la Patria.

* * *

Cuentos canarios se intitula la obra que perfectamente editada en la imprenta de nuestro periódico, nos remite, con atenta dedicatoria, el conocido escritor que firma con el seudónimo *Luis Roger*.

De un tirón, como vulgarmente se dice, hemos saboreado aquellos chispeantes cuentos, escritos en un lenguaje correcto y en este estilo modernista de buen género, que tan del gusto es de la gente del día.

La lectura de tan ameno trabajo nos hizo meditar un instante. ¡Cuán injusto es el concepto emitido por alguien extraño al país, de que La Laguna es un pueblo poco menos que inculto! En este pueblo se formó el gran crítico Paco Pinto; el pensador Manuel de Ossuna; el escritor *Fraymón* conocido en toda España; y se formaron también los poetas premiados Zerolo, Tabares, los dos Pereras y Manrique. Aquí nacieron y se formaron Delgado Barreto, Manuel Pícar y Pepe Moure, escritores favorablemente juzgados por la opinión imparcial, y tantos otros que ya en el foro, ya en la oratoria, ya en las ciencias han revelado, y revelan, porque afortunadamente aun viven, ingenio nada común y cultura excepcional.

Luis Roger, escritor conocido y celebrado, puede decir con el poeta, que no ha visto más río que el de su patria. En La Laguna, en este pueblo que ahora se ha querido tildar de refractario a todo progreso, se ha formado. Pueblo que ha sido el primero en todo género de adelantos y que aunque la desgracia le haya herido, conserva tantos elementos de cultura, y número tan importante de inteligencias cultivadas, es digno de que se le respete y admire o,

por lo menos, de que se le guarden toda clase de consideraciones.

* * *

Un antiguo amigo de arraigada reputación literaria, D. Luis Maffiotte, apellido que en el país se ha distinguido mucho en las lides de la inteligencia, nos remite el primer tomo de su obra *Los periódicos de Canarias*.

El servicio que a las Canarias ha prestado el prestigioso escritor, es de importancia suma. En el resultado de su lectura podríamos habernos fundado para dejar probada a satisfacción nuestra tesis de que la cultura del país canario, en estos últimos tiempos, es de gran transcendencia. En esta obra ha dicho más en favor de nuestra valía en el campo de la inteligencia, que cuanto pudiera traerse a cuenta por críticos y observadores. El trabajo del Sr. Maffiotte es altamente meritorio. La obra debe tener gran acogida en el país, como seguramente la tendrá en la Península entre los eruditos.

Nuestro parabién a todos.

La fiesta del Cristo

Tienen derecho todos los laguneros a emitir opiniones acerca de los festejos que se consagran a la más devota de las imágenes, que en islas se veneran. Es esa fiesta un acontecimiento que a la ciudad honra y conviene. Lo primero porque revela su acrisolado sentimiento religioso al par que su generosidad, ya que tan costosa manifestación es sufragada por el pueblo; y conveniente, porque ella, la fiesta, atrae gran concurrencia de forasteros y con ello gana el comercio y las demás in-

dustrias. Nada más popular, nada que más interese a todos. Es necesario sostenerla, cada ciudadano debe proponer medios ventajosos para que la fama que las fiestas tienen conquistadas, se conserve.

Por eso me atrevo a reclamar un hueco en las columnas del semanario, al que profeso más afecto que él a mi humilde persona. Soy uno de tantos, y sin querer imponer mi opinión, antes bien presentando la de los demás que en «LA LAGUNA» escriben, por si tengo la fortuna de acertar, como otras veces lo he conseguido en cuestiones que al público interesan, voy a emborronar unas cuantas cuartillas haciendo una proposición, que creo utilísima, tal vez decisiva para la conservación y fomento de las fiestas del Cristo. Alla vá:

«La fiesta del Cristo de La Laguna debe verificarse SIEMPRE el primer domingo del mes de Septiembre de cada año.»

Me parece que oigo a muchos de los que estas líneas lean: ¡Qué locura!, eso es contra rúbrica y contra de la constante tradición!

Sean lo que tal digan, que la solemnidad religiosa que desde época remota viene verificándose el 14 de Septiembre, día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Exaltación de la Sta. Cruz, siempre ha de verificarse. No siendo así, yo, que soy tan entusiasta como el que más de todo lo que es tradicional, no propondría la variación indicada. Esa solemnidad está sancionada por la costumbre, establecida por la Iglesia y hasta confirmada por los Estatutos por que se rige la Real Esclavitud, que con tanto celo y devoción viene honrando a la sagrada Imagen. La parte eclesiástica no varía: se conserva la función solemne de la mañana del día 14 y hasta la procesión devota de la tarde, si bien reducida a la plaza inmediata, como se hace ahora en el día octavo. Nada tiene que modificar la Iglesia. No siendo así, no partiendo de esa base,

ni remotamente me atrevería a proponer lo que ya dejo iniciado.

Me refiero sólo a la parte que la solemnidad tiene de profana, si esta frase puede aplicarse en este caso; y como esa alteración habrá de hacerse celebrando otra función solemne en el domingo correspondiente, se deduce que, lejos de amenguarse el culto, se consiguiera aumentarlo con gran ventaja para la devoción a la venerada Imagen.

Pero dirá alguno: Eso es aumentar los gastos sin ventajas visibles. A lo de los gastos diremos que el culto de la Imagen cuenta cada día con más recursos. Los viernes del Señor producen un ingreso que alcanza con creces a cubrir ese gasto, aparte de que puede suprimirse la procesión de la octava, o comenzar ésta en día tal que venga a celebrarse la octava en el día 14; y en cuanto a las ventajas visibles son de tal índole, que admira, pasma, que hayan personas que no las perciban, y percibiéndolas se opongan a la realización de esa importante novedad.

En efecto: celebrando la fiesta en el primer día del mes de Septiembre, se consigue: 1.º, probabilidades de mejor tiempo, puesto que es sabido que el mes de Agosto es en La Laguna el más seguro en cuanto a la lluvia, menos ventoso y agradable y como la festividad no puede caer más allá del 7 de Septiembre, la ventaja por ese extremo es casi segura.

Y viene luego la segunda conveniencia. Es sabido que casi en los días próximos al 14, se verifica en el vecino pueblo de Tacoronte otra fiesta popularísima, a la cual concurren casi las mismas gentes que a la nuestra. Dos fiestas tan inmediatas, que se da el caso de verificarse en el mismo día, víspera o antevíspera, se quitan de una a la otra importancia y devoción. Alejándolas, ambas ganan. Es más, la gran solemnidad que se verifica el día ocho en nuestra Sta. Iglesia Catedral, por la Patrona N.ª S.ª de los Remedios, tendría

mayor lucimiento, puesto que la presenciarian algunos años parte de los concurrentes a la del Cristo, que se quedan en la ciudad algunos días. El pueblo de Tacoronte, que tanta parte toma en nuestras solemnidades, máxime ahora que está ligado a la ciudad por el tranvía, concurriría en masa, como los habitantes de La Laguna a la festividad del famoso Cristo, que lleva el título del pueblo vecino.

Y viene ahora otra consideración que es digna de tenerse en cuenta, hasta bajo el punto de vista del acrecentamiento de la devoción al Cristo de La Laguna. La ley del descanso dominical, tan fielmente observada en la vecina capital, hace posible el que el pueblo trabajador de Sta. Cruz acuda, poco menos que en masa, a La Laguna, si la fiesta se celebra en domingo. La experiencia lo comprueba. Cada año que cae en domingo el día 14, puede decirse que se duplica la concurrencia a la fiesta. Si siempre fuera en domingo, el éxito de los festejos estaría asegurado. Cae un día de labor y las oficinas y los comercios y las casas consignatarias y el muelle tiene necesariamente que retener a una multitud que acudiría a la fiesta, ya atraída por la grandeza de la misma, ya por la devoción al Cristo de la Conquista, la que evidentemente es cada día mayor en la vecina Capital.

Medítenlo bien cuantas personas puedan influir en que el pensamiento que indico se ponga en práctica: callen aquéllos que, por desgracia abundan, que siempre son una rémora a todo pensamiento que sea beneficioso: no obstaculicen los opositoristas por sistema, criaturas que generalmente son indiferentes a todo bien y sólo por un prurito de oposición desenvuelven entusiasmos y actividades, que niegan a todo lo útil. Ni el culto se modifica, puesto que se ha de observar lo preceptuado por la autoridad eclesiástica desde época inmemorial, ni se ofrece in-

conveniente alguno a nada establecido, a nada ventajoso. La probabilidad de mejor tiempo, la distancia al en que tiene lugar la fiesta de Tacoronte y la inmensa concurrencia que de la capital acudiría, son ventajas que nadie, que tenga buen sentido, puede negar. Al bien general pospongan unos cuantos opositoristas por sistema sus miras particulares, su afán de oposición y su deseo de imponer a los demás su estrecho criterio.

La idea está emitida. ¿Es aceptada? El beneficio será la consecuencia. ¿No se admite? He cumplido como buen lagunero. Me basta esto. Tal vez algún día esta idea sea patrocinada por alguien que pueda ponerla en práctica, como ha sucedido con otras. Los años que cuento ya me impedirán presentarlo; pero diré lo de Hartzenbusch, otras veces por mi recordado:

La flaca voz enfermiza,
Que este día solemniza,
Muda en el otro será,
Mas donde esté mi ceniza,
Saltos de gozo dará.

Don Pedro Bencomo

Buscando datos para escribir estas líneas, nos encontramos un discurso pronunciado en nuestra Sociedad de Amigos del País por el Sr. Dr. D. Cristóbal López, que tanta parte tomó en los trabajos de aquella en otro tiempo importante Sociedad; mirámoslo al acaso, y en un precioso párrafo en que se encarecía el amor que a la patria debemos, leímos con gusto esta exclamación: «¡Desgraciado del que no siente amor por su patria!»

¡Cuán necesario es hoy repetir esa misma frase! Aquéllos que en otro

tiempo supieron sacrificarse por el pueblo que les vió nacer, que trabajaron sin cesar para elevarlo a mayor categoría, han desaparecido ya; aquella época en que unos cuantos hijos de La Laguna hacían respetable su nombre, se cerró, no sabemos si para siempre; aquellas patrióticas sociedades que contaban en su seno hijos de este país, a quienes animaban los más elevados propósitos a favor de este pueblo, apenas dan señales de vida; el patriotismo, con cuyo noble sentimiento se envaneían nuestros padres, casi puede asegurarse que murió: la indiferencia más completa ha substituído a la actividad, como las medianías a los grandes talentos; nadie está ya dispuesto a sacrificar lo más mínimo por el buen nombre de su pueblo. ¡Verdades desconoladoras!

Al oír el día tres del corriente el lúgubre tañido de las campanas de nuestra Catedral, las que con sus lenguas de bronce invitaban a los hijos de esta ciudad a rogar por el alma de un hombre ilustre; al fijarnos en los tristes aparatos con que en aquel día se adornó el templo y ver en nuestro alrededor la soledad más completa, nos pareció el espectáculo doblemente triste, pues creíamos asistir a los funerales del último de nuestros patricios, que al dejar de existir llevó consigo el amor patrio, encerrando en su tumba ese sentimiento nobilísimo al que debe La Laguna toda su pasada grandeza, de la que conserva aún varios destellos, recuerdos de lo que fué.

El nombre del patricio por quien se elevan al cielo esas oraciones, no se borra fácilmente de la memoria, como no puede olvidarse el recuerdo del último acontecimiento que nos fué favorable. No se olvida a un hombre que con un talento nada común supo honrar a su pueblo, al sacerdocio con su caridad y digno comportamiento, por desgracia no siempre imitados, a la cátedra sagrada con los raudales de su

elocuencia; que vivió pobre para enriquecer a su pueblo con buenos edificios, y que sólo tuvo un pensamiento al que todo lo sacrificó: el engrandecimiento de su país. Su memoria—lo repetimos—no es fácil que desaparezca, y aquí, aunque no se le ha levantado, como Cádiz a Silos Moreno, una estatua que nos recuerde sus virtudes, su nombre es pronunciado con amor y respeto.

D. Pedro Bencomo, hermano del Arzobispo de Heraclea, D. Cristóbal, y del Obispo de Astorga, D. Santiago, cuyas obras honran nuestra magnífica biblioteca, nacido en una humilde casa de la calle del Agua e hijo de un pobre artesano, es el hombre por quien el Cabildo de Tenerife, que tanto le debe, celebra anualmente honras fúnebres y extiende sobre el sepulcro, que guarda sus respetables cenizas, negros crespones en señal de duelo.

No es necesario expresar cuan merecidos son estos obsequios. Nadie puede dudar de los méritos que adornaban al humilde Deán, que supo renunciar a una mitra y vivió modestamente, cuando podía ser el primero en boato y comodidad; que no tuvo más mira que el engrandecimiento de su pueblo y que, como dice una reseña publicada en Sevilla en 1828, fué «un padre siempre pronto a socorrer la miseria de sus semejantes y aliviar las penas del desvalido; cuyos ojos estaban constantemente risueños para reconciliar la dulce paz, cuyas manos siempre abiertas para socorrer la viudez, alimentar al hambriento, vestir al desnudo, no solo en contorno de la feliz ciudad de su residencia, sino en distintos pueblos de la isla y fuera de ella; que trabajó por dotar a La Laguna de una distinguida Universidad, que contribuyó, más que nadie, a que fuera capital del Obispado y que fué, en fin, como dice el repetido impreso, *padre de la Patria, ejemplar sacerdote y fiel amigo.*» Todas estas nada comunes

circunstancias contribuyeron a que el pueblo entero expresara gran sentimiento por su muerte, y se asociase a la expresión de dolor del Claustro de la Universidad de San Fernando y del Cabildo Catedral; a que las musas cantaran sus alabanzas y los oradores y escritores hicieran su merecido elogio.

En las honras fúnebres que se le tributan, quisiéramos ver mayor solemnidad. Los pueblos tienen dos poderosas razones para honrar la memoria de sus más distinguidos hijos: el agradecimiento y la conveniencia de ofrecer a la generación presente modelos que imitar. El pueblo debe pues tomar mayor parte en aquellos honores, y el Municipio, que es su representante, debe asistir en corporación, ya que no puede, a causa del estado nada satisfactorio de la hacienda municipal, elevar una estatua al plebeyo que reunió en sí los únicos dos títulos que constituyen la verdadera nobleza: el talento y la virtud.

Mientras La Laguna exista, existirá también la memoria de uno de sus primeros patricios; será pronunciado con respeto el nombre del primer Deán de Tenerife y Rector de su antigua Universidad, del señor Dr. D. Pedro José Bencomo.

El nuevo Alcalde

Sin más aspiraciones que el bien de la localidad, nos hemos hace años trazado una línea de conducta: ser ministeriales, valga la frase, de todos los Alcaldes que hagan buena administración, que miren con verdadero interés el progreso de nuestra ciudad. Ante nosotros han desfilado alcaldes de todos los partidos y para todos hemos tenido elogios, cuando sus resoluciones

han marchado en conformidad con las aspiraciones populares, y con lenguaje medurado y digno, hemos censurado a los mismos que fueron objeto de nuestros parabienes cuando de la senda que conduce al bien común, se han apartado. Con esta conducta consecuyente y patriótica hemos conseguido el desagrado a ratos y los elogios las menos veces, de los que motivaban nuestras censuras o nuestros plácemes, y, los que de la política viven sin importarles un bledo las ideas ni el bienestar social; y los que a sus egoísmos postponen el interés general; los que no son capaces de sacrificios por el pueblo y explotan de una manera descarada las influencias que, al servicio de los mismos pueblos, deben consagrarse, critican nuestra actitud y se atreven, hasta en nuestra misma presencia, a motejarnos de aduladores, a nosotros que nada pedimos, que de nadie solicitamos nada y que aunque fuera el mayor enemigo personal quien hiciera algo en favor de esta ciudad que tanto amamos, para estimularle y presentarle como modelo entre los que tienen cariño a su país, tenemos a gala escribir en su elogio frases laudatorias inspiradas en el mayor desinterés: a nosotros que, aunque modestos, pudiéramos figurar en alguno de los grupos que turnan en el poder y vivimos alejados de todos, sin agradar a ninguno, ni preocuparnos de sus agradecimientos ni de sus acres censuras. «¡Perdónalos Señor, que no saben lo que se hacen!», repetiremos en los ratos que consagramos a la contemplación de estas miserias humanas.

Si otras veces nos hemos declarado ministeriales de los Alcaldes que por nuestra ciudad han hecho o han podido o querido hacer algo, en la ocasión presente tenemos muchos más motivos para serlo del que el miércoles se posesionó del sillón, que ocuparon con tanta gloria en días más venturosos, padres verdaderos de la patria, Ade-

lantados y corregidores perpétuos, que a La Laguna dieron nombre en la historia canaria y por ella, por la ciudad ilustre, llegaron hasta el sacrificio defendiendo sus derechos.

Nuestro querido amigo, el reputado jurisconsulto D. Juan Ascanio y Nieves, lleva la representación popular y preside al Excmo. Ayuntamiento de La Laguna. Nosotros que no somos políticos, hemos dicho ya que el partido que hoy da al Sr. Ascanio la más alta representación popular de la ciudad, merece nuestras simpatías, toda vez que ha dado muestras de no ser hostil a los intereses del catolicismo, antes bien los ha defendido recientemente, mereciendo las censuras de los que se jactan de anticlericales, como ahora han dado en llamarse los enemigos de J. C.; y esta circunstancia es un título más para que nosotros celebremos que haya recaído el cargo de Alcalde en la personalidad del Sr. Ascanio.

Si a esto agregamos lo que todos sabemos; esto es, que el Sr. Ascanio ha dado muchas veces muestras patentes de amor a esta ciudad querida, figurando siempre entre las personas que por sus intereses vela, respondiendo a los llamamientos que se le hayan hecho para cooperar al bien general, y sosteniendo con prestigio a instituciones que a la ciudad honran y dignifican, nuestra satisfacción por verle hoy ocupando un cargo donde tanto bien puede hacer, es mayor y tiene más fundamento.

Podrá objetar a lo expuesto alguien que no participe de nuestro modo de pensar, que para tributar elogios debemos esperar a los actos del nuevo Alcalde, mas nosotros diremos que, humanamente hablando, tenemos motivos para juzgar de esa manera de los acontecimientos futuros.

Aparte de la inteligencia, discreción y patriotismo del nuevo Alcalde, conoce toda La Laguna sus condiciones de honradez y de hombre organizador.

Ahí está el Casino, al que dió vida y supo elevar a una altura de que no hay precedente en los de su clase en la vieja ciudad. Montado a la perfección, con una organización y administración admirables, cuenta hoy con vida propia, disponiendo de un edificio que asegura su existencia y le elevará más y más. Es verdad que a ello han contribuído también otras personas, cuyos nombres no olvidamos los que deseamos el engrandecimiento de La Laguna, pero nadie desconoce que sin el carácter organizador del presidente de aquella casa, ésta no hubiera alcanzado el grado de adelanto que hoy celebramos todos.

Y si la obra del Casino acredita de excelente administrador y reformador infatigable a la personalidad del señor Ascanio y Nieves, la que en la R. Sociedad Económica de Amigos del País ha llevado ha cabo, habla muy alto de las cualidades que encarnamos. Gracias a él, aquella benemérita sociedad cuenta hoy con un local propio en condiciones excelentes, pudiendo honrarse la ciudad con institución tan distinguida y patriótica.

Esas cualidades puestas de relieve en esos y otros centros; los estudios que de las necesidades públicas tiene hechos; el conocimiento del organismo municipal y las manifestaciones que, en más de una ocasión, tiene hechas el Sr Ascanio de las reformas que a la ciudad convienen; todo hace presumir, con los caracteres de una seguridad indiscutible, que el nuevo Alcalde ha de continuar la obra iniciada por algunos que le han precedido en el mando,—entre los que sería ingratitude insigne no nombrar a los señores D. José Carballo y D. Lucas Vega—y, a pesar de los escasos recursos de que dispone, dada la situación actual de los intereses del Municipio, dotará al pueblo de los dos elementos más indispensables: agua y luz; organizará de nuevo la antigua Junta de adoquinado y

hermoseará la población, colocándola a la altura a que tiene derecho por su historia y condiciones naturales.

Personalmente nada esperamos del Sr. Alcalde. Nuestro elogio está basado en el mayor desinterés. Los que nos conocen lo saben. Aparentarán no saberlo, los que no pueden explicarse qué haya quien obre en el mundo sin que le impulsen móviles egoístas y mezquinos.

Nuestra enhorabuena al pueblo y al nuevo Alcalde.

Sin pasión

Es el indiscriptible Valle de la Orotava, para la gente de La Laguna, algo así como un trozo admirable del término de su antigua Ciudad: la feracidad de sus campos, con la de la Vega de Agüere se asemeja, la abundancia de sus flores recuerda, en mayor grado, la de las campiñas y jardines de la antigua capital de la Isla, y las costumbres de los habitantes y el aspecto de las poblaciones y el origen de las principales familias, que de la villa famosa son honor y ornamento, a La Laguna recuerdan y en La Laguna tuvieron su cuna, su casa solariega.

Por eso las dos poblaciones han sido, son y serán, hermanas en el verdadero sentido de la palabra, dándose el caso de que, en todas las épocas, sus intereses son armónicos, sus habitantes fraternizan y unos y otros, cuando de una población pasan a la vecina, se consideran en su propia casa, gozan con sus glorias, celebran sus adelantos respectivos y marchan unidos, si de la consecución de algo beneficioso se trata.

Para el que estas líneas escribe, la Villa de la Orotava no sólo es un pue-

blo hermosísimo, que no se cansa de admirar y celebrar, sino que es la patria de amigos verdaderos, cuya amistad ni la distancia ni el tiempo ha menguado nunca, a la par que un pueblo al que vive agradecido por distinciones no solicitadas que, por no serlo, sabe aquilatar y estimar más y más.

La expresión de estos sentimientos, hecha de una manera espontánea y con la mayor complacencia, va encaminada a dejar sentada la pena con que hoy tengo que dejar consignado un hecho, que por circunstancias que no me explico, he visto contradicho de un modo indirecto primero, por algún colega de la también ciudad hermana, la bulliciosa capital de las Canarias, y luego por un periódico de Madrid, escrito por canarios, y consentida la contradicción, sin advertirlo sin duda, por un colega de La Laguna, el transcribir, sin rectificar, un suelto o párrafo escrito por el simpático colega madrileño-canario.

Reliérome a la afirmación de que los primeros *Juegos Florales* que se han celebrado en Canarias, son los que, con gran contentamiento de todas las personas ilustradas y patrióticas y con el mío, aun sin ser lo primero, se celebraron en la preciosa Villa que es orgullo de Tenerife; cuya afirmación, como es natural y lógico, encierra la que en la ciudad ilustre, cuna de la civilización canaria, donde me fué dado nacer, no se celebraron *Juegos Florales*, y que, por consiguiente, aquella Flor natural ganada en buena lid por el ya ilustre poeta Antonio Zerolo, mi queridísimo amigo y compañero de profesión, no fué tal Flor natural, y, por tanto, tan caro y modesto amigo al presentarse en Madrid para cooperar a la proyectada coronación del gran Campoamor, no acudió allí con perfectísimo derecho y se revistió de atribuciones y de una aureola que no le correspondía.

Si esta afirmación, no trajera para La Laguna más que la pérdida del honor de haber sido la primera que en el

archipiélago introdujo tan culta fiesta, ni mi modesta pluma se hubiera movido, ni ningún lagunero hubiera exhalado la más ligera amistosa queja, que muy digna es la risueña capital del más hermoso valle del mundo de aspirar a tamaño honor, a más de que las glorias de la villa son a la par glorias de La Laguna, que la ama tanto; pero es el caso que la tesis encierra necesariamente la negación de la existencia de un acto que a La Laguna honró y honra de modo extraordinario y que mereció el aplauso y aun el entusiasmo de todos los que tuvimos la dicha de presenciárselo, y esto ni es conveniente, ni es equitativo, ni está conforme con la verdad histórica. Alegar como razón, para hacer afirmación semejante, que faltó en los Juegos Florales de La Laguna, tan celebrados por la misma prensa de la Capital, y aun por la de toda España, un detalle, prescrito como necesario por cierto en época posterior a la celebración del certamen lagunero, cual es el de la convocatoria en la *Gaceta* y la asistencia de una corte de damas que rodearan a la elegida como reina de la flores; es aún menos que negar el título de hermosa a una bella dama, por que carece de un lunar que realce su belleza o de un adorno que la veleidosa moda hubiera impuesto caprichosamente.

Precisamente en la dirección y ejecución de todos los actos—que en La Laguna fueron motivo para que Zerolo alcanzara mayor prestigio, así como otras personalidades de no escasa valía, entre los cuales recuerdo ahora el más que distinguido vate Guillermo Perera, que allí hizo su primera y ruidosa campaña—se observaron todos, absolutamente todos los trámites que la costumbre, única ley hasta entonces conocida en esa clase de contiendas, tenía establecida. Personas peritísimas, entre las que recuerdo al inolvidable Antonio Balcells, que había asistido a varias en Barcelona y aun creo que en

Valencia, fueron las encargadas de dirigir el acto, que tan gratos recuerdos dejó en toda la isla. No faltó el carácter oficial, como lo indica la asistencia del Excmo. Ayuntamiento de La Laguna, que bajo mazas concurrió a dar mayor honor a la distinguida dama que Zerolo, en uso de su derecho, eligió oportunamente; ni escasearon los discursos notables; ni los trabajos que a disputarse los honores del triunfo se presentaron correspondiendo a la galante invitación del peritísimo tribunal designado por quien para ello tenía indiscutible autoridad.

Al consignarlo así, siendo consecuente con una afirmación hecha por mí en una correspondencia que desde Sevilla dirigí a un periódico local, quiero concluir enviando mi más cordial enhorabuena, aunque por ser mía poco valga, a cuantas personas del valle que fué corte del gran Bencomo, cooperaron al mayor esplendor de un acto tan hermoso como el de la Orotava, que debe allí repetirse, así como imitarse en otras localidades; y rindiendo al mismo tiempo un tributo de admiración y cariño a un pueblo simpático, que al mío está ligado por tantos y tan estrechos vínculos.

Don Manuel Ossuna y Saviñón

Porque creo y he creído siempre que los pueblos no sólo son considerados por la importancia que a su riqueza, numerosa población y prosperidad presente deben, sino que también por el papel glorioso que en la historia, hayan representado, por los servicios que hayan prestado a la patria común y, sobre todo, por el número de hijos ilustres con que hayan honra-

do a esa misma patria, he tenido especial empeño, siempre que me ha sido posible, en recordar los que a esta ciudad tan digna y a la que no siempre, ni por todos, se le hace justicia, dieron lustre y merecido renombre.

Ya que la redacción de «El Adelanto» me honra ofreciéndome las columnas de su periódico para que figuren en ellas mis modestísimas producciones, yo me propongo consagrarlas a la ciudad querida donde nací y en la que quiero con deseo vehemente, que descansen mis restos el día que me corresponda el ineludible turno que la inexorable muerte ha establecido; y el mejor medio que para mi propósito veo, es el de recordar al pueblo de La Laguna los modelos que tiene que imitar, así como el proporcionarle recuerdos gloriosos que sean como lenitivo a su presente decadencia.

El nombre del ilustre patricio que figura a la cabeza de estas líneas es uno de los más apropiados para mi objeto; porque a su talento privilegiado, bondadoso carácter, y servicios a la patria, unió un amor entrañable a La Laguna; amor que bien puede ofrecerse como modelo, hoy que la indiferencia de algunos es causa lamentable del inexplicable decaimiento en la importancia de nuestra ciudad.

Brilló el Sr. D. Mannel Ossuna y Saviñón, por la variedad de sus conocimientos, talento claro y despejado, más que por todo esto, por una actividad, amor al trabajo y a las ciencias, verdaderamente extraordinario: condiciones que dieron como resultado que en una vida breve, pues solo 37 años duró tan preciosa existencia, se manifestase hombre superior y digno de que la posteridad le recuerde con honor y respeto.

Nació en esta ciudad en 1809, y los apellidos Saviñón y Anchieta que llevó en vida, recuerdan hombres que también se distinguieron por su saber y virtud, hasta el punto de merecer que

La Laguna les cuente entre sus hijos ilustres, y de los cuales, si mi estancia en esta Isla y el estado de la salud me lo permiten, he de ocuparme en artículos sucesivos.

«En el seno de una familia entusiasta por las glorias de su país» según expresión de mi amigo el Sr. Millares, historiador distinguido que aun vive para honor de las patrias letras, se educó y creció el patricio cuya vida compendio; y en la Universidad que fué gloria de las Canarias, que en La Laguna existió, y de la que tantos hombres de valía salieron para honra del humano saber, hizo sus estudios con singular aprovechamiento.

Bajo distintos puntos de vista debe y puede ser considerado el Sr. Ossuna Saviñón: como cultivador asiduo de las ciencias naturales: como político y patriota ilustre, como literato y como historiador de esta tierra, que los antiguos llamaron Afortunada.

Discípulo del sabio Doctor Saviñón, gloria de la Universidad de San Fernando, y de su patria La Laguna, cultivó con esmero la Botánica, y prueba son de sus vastos conocimientos en la materia, entre otros trabajos, el «Catálogo de las plantas más curiosas que nacen en la isla de Tenerife», interesante y erudito folleto que remitió al Museo de Historia natural de París y mereció ser insertado en «Les Annales des sciences naturelles» (tomo XIV página 100); y el plano, clasificación e informe que sobre el Jardín de aclimatación de la Orotava, establecimiento que se debe a otro lagunero ilustre, al nunca olvidado Marqués de Villanueva del Prado, hizo por encargo de la patriótica R. Sociedad de Amigos del País de esta ciudad de La Laguna. Estos trabajos remitidos por la sociedad aludida al Rey, dieron como resultado, no solo que se accediese a lo solicitado en beneficio del mismo Jardín, sino que por R. O. de 5 de Marzo de 1835 se nombrase a nuestro biografiado Director

del establecimiento, cuyo cargo desempeñó con gran celo e inteligencia, como lo prueban las reformas introducidas en su tiempo y las adquisiciones de plantas raras que aún son ornamento de aquel ameno jardín.

A estos trabajos, pueden agregarse la «Memoria sobre la propagación de varias plantas útiles a fin de mejorar la agricultura de estas islas», que presentó siendo Secretario general de la Sociedad Económica, a la misma Sociedad en 1834 y el que dejó inédito acerca de la «Utilidad del establecimiento de viveros en Tenerife»; todo lo que a más de acreditar su pericia en el ramo de las ciencias que me ocupa, dice mucho de su patriótico deseo en favor de la prosperidad de las Canarias.

No fueron menos atendidas por tan activo hombre de ciencias, las demás ramas que a la Historia natural corresponden: en su «Viaje al Pico de la Isla de Tenerife», tan celebrado por la prensa nacional y extranjera, entre otras por una afamada «Revista» en la que colaboraron Chateaubriand y otras notabilidades de la época; revela conocimientos de Mineralogía, Geología y Zoología, que eran poco comunes en el país (1). Además remitió a la Academia de Ciencias Naturales, de Madrid, una bien escrita memoria sobre Geología (1841).

Nuevos estudios en las ciencias naturales, especialmente de Entomología con aplicación a Tenerife, donde hizo ricas colecciones de coleópteros, le

permitieron escribir su famosa «Synopsis insectorum Teneriffæ», del que se conservan algunos fragmentos que bastan para asegurar (como por los dibujos de insectos que dejó), que no a los naturalistas extranjeros M. M. Brullé y Wollaston, sino a un canario, hijo de La Laguna, corresponde el honor de haber sido el primero en describir los insectos de Tenerife, según se expresa el sabio entomologista francés Mr. Alliaud en su correspondencia con mi ilustrado y querido amigo D. Ana-tael Cabrera, a quien en muchas cartas habla de la importancia que tendría para la Historia Natural de las Canarias el hallazgo de un ejemplar completo del «Synopsis» (1). Así mismo le permitieron estos estudios escribir nuevos trabajos que envió a diversas Academias y establecer correspondencia epistolar con distintos sabios extranjeros, debiendo a esto su nombramiento de individuo correspondiente de las Reales Academias de Ciencias Naturales de Madrid, de Barcelona y de la Sociedad Geográfica de París.

El campo amplísimo de las ciencias geográficas, también mereció a Ossuna Saviñón atención preferente, y su obra «Resumen de la Geografía física y política y de la Historia natural y civil de las Islas Canarias», utilizando todos los materiales anteriores y condensándolos en pocas y correctas páginas, como afirma el historiador Sr. Millares, es excelente prueba de mi acerto.

Aunque generalmente quienes a los

(1) Del juicio que en el *Orbe pintoresco* (tom. III pag. 42 y texto de Chateaubriand, Guizot y Letronne) se hace respecto al folleto sobre *Viaje al Pico*, tomo lo siguiente:

«Sentimos no poder decir el nombre que indican las iniciales del autor que publicó en 1837 su *Viaje al Pico*, por cuanto el referido trabajo está lleno de observaciones varias y de imágenes hermosas; observaciones que corroboran todo cuanto ha dicho Humboldt e imágenes que tienen un gusto poco común».

(1) «Je suis très hereux que vous ayez demandé a Don M. Ossuna y van-den-Heede le fameux *Synopsis insectorum Teneriffæ* de son pere, Ce travail est resta inconnu des entomologistes Européens et fera revenir à un canarien l'honneur d'avoir le premier décrit les insectes de Ténérife, et non à Brullé et Wollaston.

«Il me tarde de voir ce travail.» (Carta de 20 de Enero de 1892.)

«N'oubliez pas *Ossuna Saviñón*. Cet' ouvrage a une importance réelle au point de vue de la faune des Canaries.» (Carta postal de 22 de Febrero de 1892.)

estudios puramente científicos se consagran, suelen no mostrar predilección por los literarios, que parecen si no opuestos, alejados de aquéllos. Ossuna Saviñón cultivó también la literatura. En su conversación, lo mismo que en sus escritos, reveló su vastísima ilustración y sus especiales dotes para este ramo del saber humano. Se distinguió como colaborador asiduo de varias revistas, como «El Propagador de conocimientos útiles», así como había dirigido en Madrid, la «Revista de Ciencias naturales» en 1842. Entre una infinidad de trabajos literarios, debemos citar algunos, por desgracia inéditos, como el drama histórico en cuatro actos, «D.^a Beatriz de Bobadilla», y otro en tres actos titulado «Orpeya y Lope».

A los estudios históricos consagró sus afanes, especialmente a la de su provincia querida; y en sus viajes a la corte y el extranjero recogió datos curiosos en la Biblioteca nacional, en la del Escorial y en la nacional de París, que le sirvieron para su obra «Historia y Geografía de las Islas Canarias». Con este caudal de datos pudo escribir también su obra «Los Guanches o la destrucción de las monarquías de Tenerife», inédita, y otros trabajos históricos de no escaso mérito.

A sus condiciones de hombre de ciencias, hemos agregado las de político y patriota distinguido. Sus méritos le hicieron acreedor a la jefatura de uno de los partidos militantes; y sus convecinos y correligionarios le presentaron candidato a la Diputación a Cortes, a las que acudió a defender la legalidad de las elecciones, en elocuente discurso, pronunciado en la sesión de 1.^o de julio de 1842.

En aquel memorable discurso dió muestras inequívocas de su gran patriotismo, abogando por el establecimiento del puerto franco en Santa Cruz y por que se fijara la capital de las Canarias en esta antigua y noble

ciudad de La Laguna, que tan brillante papel había siempre desempeñado en la historia de las Islas.

Como escritor político, le acreditan la «Impugnación del partido del progreso legal de Canarias»... Y sus cartas «Argelinas», fechadas en Santa Cruz, Cádiz, Roma y Sevilla, y otros trabajos inéditos de verdadera valía.

En diversas ocasiones dió muestras patentes de su amor a la vieja ciudad donde se meció su cuna, no siendo la menos memorable aquélla en que abogó en Madrid por la conservación y engrandecimiento de la hoy extinguida Universidad de San Fernando. Por encargo honroso de su claustro, gestionó con eficacia, valiéndose de su prestigio, relaciones e influencia adquiridos a fuerza de consecuencia, talento y laboriosidad.

La Laguna perdió con su muerte, acaecida en 1846, uno de sus hijos más ilustres, y en el que tenía fundadas muy legítimas esperanzas.

Y al llegar a este punto, no puedo menos de preguntarme: ¿cómo hombre de tanto mérito no ha sonado más en los oídos de los buenos hijos de la ciudad de los Adelantados? Lo explica perfectamente lo poco que se ha leído y se lee en este país clásico de la apatía y la indiferencia, en general hablando; se explica, además, porque en todos los tiempos los hombres de valía tienen émulos que se esfuerzan en amenguar al verdadero mérito, como sucedió al hombre ilustre que es objeto de estas líneas. Pero no es este pueblo ingrato y al fin hace justicia a los que valen realmente, y mientras que el nombre de los detractores de Ossuna ya nadie lo pronuncia, se apresta a escribir con letras de oro en la lápida en que van a figurar los de sus hijos ilustres, el del digno ciudadano y excelente hombre de ciencias, D. Manuel Ossuna y Saviñón.

El Pendón de la Conquista

Un acontecimiento extraordinario que alcanza en el país las proporciones de esos que forman época, no sólo por que vienen a influir en el modo de ser y pensar del pueblo en que acontecen, sino por el caudal de conocimientos y el genio portentoso que supone en el hombre a quien semejante hecho se debe en primer término, va a ocupar la atención de los benévololectores de EL ADELANTADO.

El Pendón llamado de la Conquista que con tanto honor y consideración tanta se custodia en el magnífico salón de nuestra Excm. Corporación municipal, NO ES AUTÉNTICO; sábese de un modo positivo que las manos augustas que supieron llevar, honrándolo, el centro de la nación más admirable por su heroísmo que el sol alumbró sobre la tierra; de aquella mujer que contribuyó en primer término a ensanchar los límites de nuestro planeta con un mundo, no se posaron, como se venía creyendo, sobre un lienzo guardado como una reliquia y ante el cual se han inclinado con respeto y amor las generaciones de cuatro siglos. Al fin la isla de Tenerife vió la luz: ya no podrá comunicar su error a las personas ilustres que, ávidas de admirar algo que traiga a la mente el recuerdo de la agregada Isabel la Católica, se acerquen al antiguo palacio de los Adelantados de Canarias. ¡Loado sea Dios!

Y este bien inmenso que esta tierra recibe, se debe a un genio superior, a una alma generosa que, con lágrimas en los ojos, puesto que ve muerta por el desengaño una de esas ilusiones que son gratisimas a todo buen patriota, y a todo amante de la antigüedad, se decide a dar a conocer al pueblo un crasísimo error, y evita así que las generaciones futuras no alcancen la infelicidad de que han participado las que desde el siglo de los católicos reyes,

hasta el 10 de Octubre, de 1893, han poblado este suelo, que deja ya de ser infortunado.

Genio y abnegación debe suponerse en el comunicante ROGADO de nuestro colega «El Liberal», periódico que no se publica en Inglaterra, ni siquiera en Las Palmas, sino en nuestra vecina ciudad, la capital de la provincia, porque entre los muchísimos sabios que a esta isla han visitado en cuatro siglos, y se han acercado a ver por sus propios ojos la reliquia insigne que el Cabildo de Tenerife ha venido custodiando de un modo más o menos directo; entre la multitud de extranjeros, curiosos y eruditos que semejante recuerdo histórico han examinado con respeto, ninguno cayó en la cuenta del error hoy puesto en evidencia, ninguno poseía conocimientos tan profundos ni pudo hacer gala de la penetración, agudeza e ingenio que deben suponerse en el autor de la carta que *El Liberal de Tenerife* publica en lugar preferente y con merecido encomio.

Y si algunos de los sabios, eruditos o curiosos más o menos instruidos, cayó en la cuenta, siempre hay que convenir en la superioridad del escritor aludido, porque no supieron como éste sobreponerse al profundo dolor que el desengaño cruel produjo en su patriótico e ilustrado ánimo, no tuvieron valor para sacrificar, en alas de su amor a la verdad, los impulsos de su alma y destruir error tan transcendental y arraigado.

Gracias al Sr. Estremera, que así se firma el autor del ruidoso escrito, hoy sabemos que el escudo central del Pendón que historiadores y cabildos, pueblos y monarcas han llamado Real de la Conquista de Tenerife durante cuatro siglos, sin excepción de ninguna especie, ni pudo ser bordado por doña Isabel I, ni siquiera figurar en la conquista, porque el Toisón de oro que lo guarnece, y varios de los cuarteles que en él figuran, no se usaban aún en la

época de los augustos monarcas que hicieron la unidad de España.

Por idéntico conducto ha llegado hasta nosotros la noticia, en verdad desagradable, de que un segundo escudo, también de España, y cuya existencia en aquel sitio, la parte alta del pendón, no ha tratado de explicarnos el Sr. Estremera; aunque mucho más antiguo que el del centro, tampoco puede afirmarse, ni mucho menos, sea de la Conquista.

¿Qué importa que, no ya sólo la tradición, sino hechos continuados de respeto y profundo acatamiento, y de que son testimonio las actas que en el archivo municipal se custodian, afirmen lo contrario que el nuevo crítico? ¿Qué importa que un historiador como Viera consigne en su magnífica obra, que cada año, el 27 de Julio, se lleva a la iglesia el Pendón de la Conquista que SIRVIÓ en toda ella? ¿Qué importa que entre las personas ilustradas de la extinguida Universidad, y extrañas a ella se conserve como segunda tradición la de que manos imperitas introdujeron en el venerado Pendón reformas lamentables, como lamentables fueron las practicadas en la Alhambra y en la mezquita de Córdoba?

¿Qué importa que personas peritismas, como la señorita D.^a Antonia Gutiérrez, premiada en público certamen con medalla de honor por sus magníficos bordados en oro; haya reconocido que hay en el escudo mutilado, cuya colocación en la parte alta sólo explica el respeto y el acatamiento, tres cuarteles bordados de remota antigüedad, cuarteles que figuran en todos los escudos de los dos grandes monarcas que aun admiran al mundo?

El comunicante de *El Liberal* dice que nada puede afirmarse NI MUCHO MENOS, y contra los vastísimos conocimientos, que sin duda tenía grandes deseos de revelarnos, en las misteriosas nebulosidades de la Heráldica, todos debemos callar, siquiera ante el gran

sacrificio que hace al ocuparse de nuestras interioridades.

* * *

Pero ¡increíble parece! El Sr. Estremera, como Colón y Cervantes, como Camoens y Galileo, tienen que someterse a la ingratitud de sus contemporáneos. Después de publicada su carta, el pueblo de Tenerife hace caso omiso de sus razonamientos; las personas eruditas critican, en vez de elogiar, el acto desinteresado y casi espontáneo del escritor.

Fúndase el pueblo para persistir en su obstinado error, en que es imposible que cuatro siglos de público y continuado acatamiento, no sean suficientes para acreditar como verdad inconcusa acerto tan halagüeño como honroso.

Criticán los peritos, y con razón, la inoportunidad del acto, por que sin resultado alguno transcendente, aun suponiendo la verdad de las afirmaciones tan magistralmente escritas, se viene a arrancar a un pueblo una honrosa tradición, una gloria positiva que contribuye muy mucho a robustecer el principio de autoridad, en estos tiempos en que, por un mal entendido progreso en determinadas ideas, todo lo que para las sociedades civilizadas es fundamental se ha puesto en tela de juicio.

Y añádense consideraciones a las que peritos e imperitos no han negado su asenso, cuyas consideraciones dejan convencidos a los que en cuenta las tienen y en ellas fijan su atención.

Debió, dicen los implacables amantes de las glorias de Tenerife, el generoso crítico que pagó nuestra hospitalidad poniendo manos, como vulgarmente se dice, en obra para nosotros tan cara, enterarse, antes de dar al público el partó curioso de su nada común ingenio, de las versiones que las personas entendidas hicieran acerca del Pendón de la Conquista. Ellas le hubieran dicho que el Pendón, como obra sobre la que la acción del tiempo

tenía que dejarse sentir, máxime cuando no ha permanecido bajo cristales, como todo lo que en la capilla R. de Granada se conserva con esmero, o sin ellos, pero fijos, como el glorioso de las Navas que en la Huelgas de Burgos hemos admirado, sino que, para los actos solemnes de las coronaciones de los Reyes, y para los anuales aniversarios de la Conquista, el lienzo venerado ha pasado por muchas manos, no siempre celosas en conservar lo antiguo: tenía necesariamente que deteriorarse y perderse mucho de lo que en él fijáran las manos augustas que, para alentar el valor y el patriotismo del general ilustre que debía tremolarlo con honra, bordaron en los escasos ratos de ocio.

Ese deterioro producido por el tiempo, impuso sin duda una reforma y más tarde otra y otra, como lo atestiguan los vestigios que allí pueden verse, pero aunque el buen gusto no respaldanza como condición necesaria y conveniente en aquellas modificaciones que la necesidad exigía, puede asegurarse de un modo absoluto, que siempre partieron de la conservación de algo que primitivamente constituyó la gloriosa insignia. De otro modo las protestas del público, las de las personas que siempre hubo en La Laguna, de verdadera ilustración y patriotismo, no hubieran faltado, y en los documentos que en archivos públicos y particulares existen, algo hubiera quedado consignado, ya que asuntos de menos importancia no pasaron inadvertidos.

Al contrario, lo mismo en el archivo municipal, que en muchos de familias que tanto en La Laguna como en la Orotava brillaron siempre por su ilustración y amor al país, hay multitud de documentos que acerca de honores concedidos al PENDÓN DE LA CONQUISTA, como siempre se le llamó, o reclamando privilegios que, sobre su conservación y custodia, alegaban determinadas familias, hablan de él con singular respeto y con mucho detenimiento.

Hay, en efecto, la evidencia de que el escudo central, que no es bordado, y que tiene efectivamente el toisón de oro, se fijó con posterioridad a la época de la Conquista; y es también evidente que en la misma época debió fijarse en la parte alta y en disposición tal que cuando está el Pendón erguido ocupa el sitio preferente y más visible, un segundo escudo, incompleto. Dos solas explicaciones podría tener la colocación de este segundo escudo: o se fijó allí para aumentar la gloria del pendón o para contribuir al decorado o belleza del mismo. Si lo primero, ¿qué mayor gloria y veneración le daría la repetición de unos cuarteles que ya figuran en el escudo central? El valor legendario de los castellanos, la constancia admirable de los leoneses y los atrevimientos y pericias de los aragoneses y sicilianos, se leen ya en el artístico escudo central: no cabe suponer gloria nueva que explique la existencia allí de tan pocos proporcionados cuarteles: debe atribuirse a otra gloria no expresada en el símbolo de España, a otra apreciación de importancia que de circunstancias excepcionales dependa.

Tampoco el deseo de dar al Pendón condiciones estéticas, desde el punto de vista de la belleza del conjunto. De haberse perseguido este ideal, se hubiera orlado el lienzo de escudos que no faltan en la gloriosa España. Ya desde 1510, D.^a Juana la Loca había concedido uso de escudo a La Laguna y con él a todo Tenerife, expresando que podía usarlo en su pendón, y ese escudo era a propósito para ocupar, con el de la provincia u otros, la orla que al de la Nación debiera adornar: y ya elegidos esos adornos, bajo el punto de vista artístico, hubieran correspondido en sus dimensiones, colocación y ejecución al buen gusto que en el central se percibe, a pesar de su natural deterioro.

¿Sucede así? Todo lo contrario. Como ya indicamos, restos viejisimos, de poco brillante aspecto, LO ÚNICO BOR-

DADO de todo lo que en la insignia figura, constituyen los tres cuarteles, nada artísticos, y a los que se agregó por manos imperitas un cuarto cuartel, no bordado, impropio para llenar el hueco que dejó otro completamente deteriorado o perdido, es todo lo que para adorno se les ocurrió poner en sitio tan visible a los que sólo el fin estético perseguían. ¿Es esto admisible en buena lógica?

Puesto que no impulsó a los reformadores de la reliquia insigne, ni el pensamiento de simbolizar nuevas glorias que las que el escudo central indicaba, ni tampoco podía guiarles el embellecimiento del conjunto al colocar en la parte alta aquellos desproporcionados restos, en los que el insigne, dolorido y perpicaz escritor de *El Liberal de Tenerife*, descubre trozos de vestidos de alguna linajuda señora, afirmación que la gente desagradecida califica de altamente ridícula y poco meditada; no cabe dudar ni un momento, que sólo el deseo y la necesidad de conservar, por un alto significado, aquellos honorables residuos, podía explicar la referida reforma. ¿Qué significado podría ser éste? Cuando el nombre que desde hace cuatro siglos se da al Pendón que nunca se ha llamado de la Ciudad y sí de la Conquista; la falta de protestas que en caso de haberse cambiado era imposible no se hiciesen, y la tradición constante lo advierte, ¿quién podrá dudar que allí, en aquel preeminente sitio, está reconcentrado todo el mérito del histórico pendón? El modesto y viejísimo bordado recuerda una de las glorias más puras de España, un símbolo el más característico de la España de todos los siglos, puesto que en la egregia e incomparable Reina católica estaban personificadas todas las virtudes, todas las ideas que pueden encarnarse con gloria en el modo de ser de un gran pueblo.

Si el escritor que ha dado margen a esta polémica hubiera atendido antes a

estas y a otras muchas consideraciones que personas más autorizadas que nosotros le hubieran hecho, como lo harán a su tiempo, no se hubiera determinado a dar a la publicidad pensamientos e ideas que nadie se atrevió nunca a estampar, siquiera por el respeto que siempre inspiran las tradiciones de un pueblo digno, y los estudios de hombres de notoria ilustración y probado patriotismo.

A pesar de todo, conste: que el pueblo de Tenerife continuará rindiendo a la reliquia más venerada que con entusiasmo y mucha honra custodia el Excelentísimo Ayuntamiento de la Muy Noble y Leal Ciudad de La Laguna, fundada por el Conquistador insigne de la Isla, el acatamiento más profundo de su amor y de su respeto

D. José Rodríguez de la Oliva

Ya en un acto solemne tuve ocasión de afirmar, sin temor de equivocarme, que apenas existe ramo de los conocimientos humanos en que esta antigua ciudad que para capital de la isla fué fundada, no tuviese un hijo ilustre que con notario talento no lo hubiese cultivado, sobresaliendo notablemente. En aquel discurso, que un periódico me hizo el honor de publicar, recordaba a Viana como poeta e historiador, y en este último concepto a Nuñez de la Peña: como arquitecto a Eduardo, que sobresalió en la obra de la Catedral de Las Palmas; como santo poeta y sabio, al venerable Anchieta; como gran marino, a Guillén; como estadista y político, a Porlier; como economista, a Alvarez de los Reyes; científicos como Torre

Barrio; militares valientes como Campos y Castro; músico como Domínguez; prelados ilustres como Abreu y Valdés, y tantos y tantos otros que a la patria honraron con sus singulares dotes, y cuyos nombres no olvidamos los que nos preciamos de conocedores de las glorias más legítimas de nuestra querida Laguna.

De uno que en la escultura y la pintura sobresalió notablemente, tanto que bien puede llamarse Miguel Angel de Canarias, no hablé en aquel modesto trabajo, y no porque ignorase su mérito indiscutible, sino por que sólo la idea de su existencia, por revelaciones de algunos ilustrados ancianos, con los que yo muy joven me complacía en conversar, era lo que a mí había llegado cuando contemplaba alguna de sus obras, que aun son el orgullo de nuestros templos.

Amigo mío apreciadísimo me facilita hoy datos de que carecía, para poder realizar un deseo desde hace tiempo acariciado: el de escribir algo que dé a conocer el mérito de ese lagunero insigne, con el que bien podemos envernecernos; pero al hacerlo, debo manifestar que, si algún mérito tuviese mi trabajo, al modesto amigo, a quien le sobra talento y condiciones para dar con más fortuna que yo cima a obra que tiene más de patriótica que de difícil, corresponde de lleno.

El 15 de Diciembre de 1695 nació en el seno de una familia piadosa, el notable artista y entusiasta patriota D. José Rodríguez de la Oliva; y deudos suyos que por su cualidad de virtuosos sacerdotes y notables oradores, eran reputados como hombres distinguidos entre sus conciudadanos, se encargaron de su educación, con tan excelente fruto que consiguieron formar un hombre que sobresalió entre los de su tiempo, no sólo como artista eximio y de verdadera inspiración, sino como hombre probo y de reconocido amor al pueblo que le vió nacer.

Sus estudios primeros los hizo en el extinguido convento de San Francisco, que compartía por entonces con el dominico la fama de su ilustración y pericia en la enseñanza, y sus profesores ya pudieron notar la claridad de ingenio que en el joven se percibía, así como las especiales dotes que para las Bellas Artes revelaba. Hicieronlo presente a un varón ilustre, tanto por su cuna como por sus especiales aficiones a la poesía, la música y el dibujo, como lo era el Sr. D. Lope Fernández de la Guerra y Ayala, quien tomó desde aquel día bajo su protección al novel artista, que luego debía llamar la atención y merecer el aplauso de los inteligentes.

Del mismo D. Lope de la Guerra recibió las primeras impresiones de pintura, y pronto se pudo notar que apesar del poco común talento que todos reconocían en el generoso maestro, su discípulo le aventajaba y sobreponía en genio artístico.

Las primeras pinturas en que reveló sus especiales dotes, fueron los retratos de personajes e imágenes que ya alcanzaban gran culto y devoción; entre ellos puede citarse, por el ruido que hizo no solo en el pueblo que aun que carezca de profundos conocimientos en el arte, sabe sentir, y esta cualidad le da autoridad bastante para que todos soliciten sus espontáneos aplausos, sino entre los que sienten y piensan, y por ello son las primeras autoridades en orden al buen gusto; la soberbia pintura que representaba a Nuestra Señora de Candelaria, patrona de las Canarias, cuadro que adquirió el Ministro de la R. Hacienda D. Pedro Alvarez, quien lo presentó a la Academia de las tres Nobles Artes de Madrid, la que lo clasificó de «in copiable» por la prolividad en los encajes, bordados, dijes, piedras y menudencias».

La fama de este cuadro hizo entrar a su autor en el número de los artistas

de primer orden; así es que apenas hubo comandante general, obispo o persona de alta posición en las islas que no se apresurasen a solicitar del ya notable pintor, un retrato fiel de sus honorables personas. Los documentos antiguos que del artista lagunero hablan con encomio, consignan entre otros detalles, la fama que adquirió el retrato del Comandante general de estas islas, D. Juan de Urbina, retrato que presenta al general poco antes de exhalar el último suspiro, con una verdad y exactitud tan profundas, que ningún detalle fisiológico falta, ni tan poco olvida los objetos que adornan la estancia, para que el efecto producido sea completo (1).

Sería interminable citar los retratos notables por el parecido, según los hombres y las mujeres hermosas, y poco afortunado en la semejanza, según las damas a quienes no podía dar en ellos la belleza que el creador les negara: y solo citaremos por su mérito, los que conserva en su colección de retratos antiguos, un distinguido amigo que ha salvado, gracias a su buen gusto, de la destrucción y de la ruina, muchos objetos curiosos por más de un concepto; refiérome a los retratos de los Excmos. señores marqués de Valhermoso y D. Andrés Benito y Pignateli, comandantes generales de estas islas, cuyos lienzos figuraron en la Exposición de Antigüedades que, para honra de esta ciudad, se celebró en las salas capitulares de nuestra Catedral en 1892.

El histórico templo de la Concepción de La Laguna conservaba no escaso número de lienzos de este artista insigne; desgraciadamente esos cuadros casi han desaparecido, como han des-

aparecido, más por incuria del tiempo que por otras causas, muchos objetos que eran gala del templo que sostuvo siempre ruidosas competencias con la no menos insigne iglesia de los Remedios, hoy Catedral reverenciada.

Pero si como pintor merece se le cuente entre los primeros de estas islas, (1) como escultor puede llamársele el Martínez Montañez de las Canarias. Como el ilustre sevillano, llenó los templos de su patria de notables imágenes, y de él puede decirse como del que es gloria de la reina del caudaloso Bétis, que era artista genuinamente de la patria, que todas sus inspiraciones en ella las creó, pues no ya a Italia, que es escuela obligada de todos los artistas, ni aun a la Península acudió a perfeccionar sus estudios.

Aun admira el pueblo católico de La Laguna la verdad en el sentimiento, expresada en la imagen de Dolores del convento agustino, obra suya que recuerda las que, con riquísimo manto, recorren las calles asombrando a los miles de extranjeros que a Sevilla acuden en Semana Santa; la bellísima que no ha muchos días salió en procesión desde la iglesia de San Francisco, y que representa el misterio de la purísima Concepción, la de la Merced de la Catedral, la del Rosario del Valle de Guerra, de San Joaquín y Santa Ana

(1) En una bien narrada descripción de los festejos que con motivo de la proclamación del Rey Carlos III tuvieron lugar en esta ciudad de La Laguna, hablándose del retrato de aquel monarca que sirvió para la suntuosa ceremonia, que es obra del artista lagunero Rodríguez Oliva, dice el articulista «que el delicado pincel de tan ilustre pintor, celebrado ahora, será aún más reomendable por sus producciones en la memoria de nuestra posteridad».

Por fortuna aquel magnífico retrato se salvó en 1868 en el día en que desaparecieron muchos de los que decoraban el salón de nuestra Excm. Corporación municipal, y allí puede admirarse junto al de Fernando VII, bienhechor de La Laguna, y al del Arzobispo Bencomo, su hijo ilustre y protector preclaro.

(1) Murió el general Urbina en 1751, y sus restos mortales descansan en el prebisterio de nuestra Santa Iglesia Catedral, cerca del sepulcro del Arzobispo Bencomo y de otros hijos ilustres de esta ciudad.

en la Concepción de la vecina ciudad de Santa Cruz, la del Rosario, que se colocó en Güimar después del incendio del convento en 1775, el Cristo de la Cena y el de la Columna en la Catedral, así como el del Huerto, en la iglesia de las monjas Claras.

Y llegó a adquirir tamaños vuelos la fama del artista, honra de su patria, cuyos méritos se recuerdan en estas líneas, que de todas las islas y sobre todos los asuntos que a Bellas Artes hicieran referencia, se solicitaba o su dirección o su autorizada opinión. Así, es digno de anotarse que la soberbia Custodia llamada del «Doctor angélico», del Sagrario Catedral, que el público admiró en la exposición del Cabildo ya citada, fué dirigida por él, así como muchos trabajos de gran mérito del difícil arte de la orfebrería.

De tan insigne artista decía el marqués de San Andrés —en informe que a la Audiencia pedía el Consejo de Castilla, en tiempo de Carlos III, sobre el estado de las Bellas Artes en Canarias, y que la Audiencia solicitó a su vez de la Económica de La Laguna, población que a la sazón representaba por su cultura el primer papel en las siete islas,—que Oliva era figura descollante de nuestros artistas, y sus obras las que resumían mejor el estado de las Bellas Artes en Canarias.

Y a sus cualidades de artista, agregó las de buen militar y excelente patriota. Felice V le distinguió como capitán de Artillería en 1747, en el regimiento de Forasteros, y muy alto dejó su nombre entre los de su clase, como lo prueban las honrosas distinciones que obtuvo y la consideración que a todos mereció siempre en la milicia.

Por su patriotismo, le designó la isla de Tenerife para desempeñar el cargo de Diputado de abastos, al introducirse esa innovación en la admirable constitución política de nuestra patria, mereciendo, además, que en aquel tiempo en que se meditaba mucho la designa-

ción de personas para determinados cargos, se le confiriere el cuidado del Hospital de San Sebastian, uno de los cuatro que en esta antigua capital existían, y que eran nuestra patente de su importancia y, acendrado espíritu de caridad que a sus nobles habitantes animaba. En todos estos cargos dejó grato recuerdo el hombre honrado que nos ocupa.

Su muerte, acaecida el 25 de noviembre de 1777, fué ocasionada por la caída de un caballo al partir para retratar al general Marqués de Taboloso; pero antes de ocurrir la sentida pérdida del insigne artista lagunero, aun pintó su último retrato: el del Obispo de estas islas Fr. Juan B. Cervera.

Eugenio Domínguez y Guillén

La pintura y escultura, según vimos en el artículo anterior, tuvieron en el ilustre biografiado Rodríguez de la Oliva cultivador inteligente activo y entusiasta, y la música, que siempre tuvo en La Laguna quien le rindiera inteligente culto, halló en el artista eximio con cuyo nombre encabezamos estas líneas, un genio de primer orden que contribuyó, aunque por breve tiempo, pues breve fué su vida, a su fomento, escribiendo composiciones admirables que fueron el encanto de los que tuvieron ocasión de oírse las ejecutar con la maestría que le era propia.

Como Rodríguez de la Oliva, nació Eugenio Domínguez en la noble ciudad de La Laguna, y como él, constituye una gloria de este archipiélago, que no olvida su nombre y que no se consolará nunca de su prematura muerte, muerte que arrebató a España un ge-

nio colosal, que quizá estaba llamado a llenar el vacío que nuestra patria nota en una de las bellas artes que más dulces consuelos prodiga al corazón del hombre y que más contribuye a elevar su inteligencia.

En Septiembre de 1822 nació y fué bautizado en la parroquia de la Concepción el artista que tan gratos recuerdos dejó entre los suyos, y desde los primeros años reveló un especialísimo gusto por la música, hasta el punto de que su padre, respetabilísimo sujeto que supo siempre captarse el afecto de sus conciudadanos, por su honradez y nada común ilustración, se vió obligado a no dedicarle a los estudios a que le quería consagrar, y proporcionarle profesor de música que satisficiera sus naturales inclinaciones.

En esta ciudad se distinguían como maestros peritísimos en la enseñanza de la flauta, el Sr. Darmanin, (D. José); en armonía y composición, Guigou (don Carlos), y en el violín, D. Manuel Núñez, y a ellos acudió Eugenio para recibir las lecciones primeras, logrando en poco tiempo tales adelantos, que sus mismos maestros reconocían la superioridad de su ingenio y aconsejaban a su familia que, aunque a trueque de los mayores sacrificios, le enviasen a los centros de la península española o de Italia, donde el arte musical tenía los mejores templos y los más esclarecidos sacerdotes. Igual consejo le dió el Eslava de Tenerife, el compositor de la música religiosa que aun se toca más en las iglesias de esta isla y que llegó a ser la admiración y el embeleso de La Laguna, don Domingo Crisanto Delgado, que fué el primer maestro que adivinó el talento de Eugenio Domínguez, enseñándole los rudimentos de la música en el piano.

Era un niño aún, cuando se le confió con aplauso de todos, el órgano de la Concepción de esta ciudad, y un joven imberbe, cuando fundó y dirigió la banda de la milicia nacional de esta

misma población, banda que llegó a adquirir gran renombre en la isla y en la que figuraban algunos que bien hubieran podido pasar como consumados maestros.

Para esta banda comenzó a poner en práctica las grandes disposiciones que para la composición le distinguían, y en los sitios públicos se agolpaba la gente a oír y a aplaudir las producciones del niño, que, en breve plazo se convirtió en maestro de sus maestros.

La música religiosa también fué cultivada por el artista lagunero: aun se oye con agrado la misa a dos voces que se ejecutó en la iglesia de religiosas dominicas, y el sentimental *Stabat mater* que cantan aquéllas, y en el que tanto se distinguió siempre la hermana del compositor Crisanto, religiosa inteligente y de agradable voz, que hace no muchos años dejó de existir, después de haber desempeñado varios el cargo de Priora.

Cuando Eugenio logró vencer las dificultades que a realizar su sueño dorado se oponían, cuando consiguió los medios no muy abundantes, para dirigirse a la corte de España a continuar sus estudios, ya la fama de su talento se había extendido por las islas, y ya en La Laguna se le reputaba como maestro indiscutible y extraordinario. Aun existe el documento honroso y lleno de afectos que los individuos que formaban la banda, que con tanto acierto dirigía, le enviaron para despedirle; a su pie figuran firmas como las de Darmanin, Pinto, Olivera (D. Cirilo) y otros que luego dieron a la patria honor: el último aun la honra con sus composiciones, cualidades de maestro y persona de gusto en la música, principalmente de carácter religioso.

El 20 de junio de 1843 ingresó en el Conservatorio de Música de Madrid, y desde los primeros días ya comenzó a llamar la atención de sus maestros, que fueron, en la asignatura de Composición, el famoso Carnicer, en la de pia-

no, Alveniz y en la de canto, Saldonido.

Su laboriosidad y sobresaliente mérito le conquistaron entre sus compañeros—con ser muchos y bastantes de singular mérito, como que luego han figurado en primera fila—el puesto de honor, considerándosele por maestros y condicípulos, como el primero, y como un talento de primer orden. Su fama cundió por toda la capital hasta el punto de ser solicitados, su concurso para conciertos especiales, y su amistad como honrosa, aun en el concepto de personajes de valía entre otros del Príncipe de Carini, que luego le protegió con sus influencias en Nápoles.

En la misma clase consigue un éxito colosal, improvisando una fantasía en el piano sobre un tema original: el profesor Alveniz le interrumpe con aclamaciones y sus compañeros le hacen una verdadera ovación de entusiasmo, abrazándole y sacándole en triunfo de de la modesta clase.

Su entusiasmo por la música raya a tanta altura como su modestia: encanta la lectura de una carta suya en la que cuenta que, careciendo de dinero para asistir a un concierto dado por la gloria de la música cuyas producciones aun admira el mundo, por el inmortal Listz, estaba decidido a vender su capa, lo que no hizo por haberle uno de sus maestros proporcionado una entrada gratuita. Confiesa que al oír al gran maestro comprendió su mérito y tuvo momentos de desaliento para continuar sus estudios de piano, pues se consideraba de escasa valía ante tanto genio y soltura. ¡Quién sabe si su nombre hubiera volado con el tiempo en alas de la fama pregonera, como voló el del gran Listz, ante cuyo talento su modestia le hizo aparecer pequeño!

Citar uno por uno los conciertos en que tomó parte, ya dirigidos por maestros eminentes, ya dirigiendo a otros

cuyos nombres aun suenan en los oídos de los versados en el arte, sería tarea interminable. Sólo diremos que Eugenio tocó al lado del gran Monasterio, que el gran Mercadante le elogió públicamente y en documentos que aun se conservan, que Eslava en un concierto, se dignó prestarle el servicio de volver las hojas mientras el artista lagunero tocaba lleno de inspiración y entusiasmo, y dijo de él «es un talento músico y será una notabilidad»; que Rossini le elogió y Robbio, el gran violinista, tocó varias veces a su lado y formó coro con los demás maestros en reconocer y alabar el mérito de Domínguez. Las notables piezas que a excitación del maestro Aranalde compuso, le dieron aun mayor fama, hasta el punto de hacérsele proposiciones ventajosas de muchas provincias españolas para que se pusiera al frente, ya de clases importantes, y de orquestas o bandas de música que en aquel tiempo figuraban en primer término. Por tratarse de nuestras islas, citaremos sólo las que desde Las Palmas de Gran Canaria se le hicieron con insistencia, resistiéndose a aceptar, porque prefirió realizar una aspiración de antiguo acariciada: la de acudir a recibir nuevas inspiraciones en el país clásico de la música, en la siempre encantadora Italia.

Tan pronto como la situación económica permitió al malogrado Eugenio disponer de recursos suficientes, se puso en marcha para la patria de las Bellas Artes, a la que amaba sin conocerla. El Príncipe de Carini, su admirador entusiasta, le proporcionó para Nápoles valiosas recomendaciones, y el 9 de diciembre de 1845 llegó a la ciudad famosa que tiene por lucerna el admirable Vesubio, por corona los soberbios edificios de S. Elmo y Capodimonti y por alfombra, el mar que baña las playas del golfo más pintoresco de Europa.

Desde los primeros días de su per-

manencia en la histórica Nápoles, ingresó en el Conservatorio, donde figuraban maestros de reputación europea, como Mercadante, y alumnos de verdadero genio y brillante porvenir, y transcurrió poco tiempo para conquistarse por sus especiales dotes, el nunca bastante llorado lagunero, no sólo el cariño y afecto que su bondadoso carácter y modestia notoria imponía a todos los que le trataban, sino el primer lugar, por su esclarecido talento, genio y amor al estudio, entre los 500 alumnos que componían la dotación del clásico establecimiento.

Allí compuso varias piezas que llegaron a hacerse populares en aquella tierra, donde la música parece patrimonio de todos; allí consiguió que su nombre sonase como una esperanza del arte, mereciendo aplausos y públicos elogios de todos sus peritísimos maestros.

Pero aquel corazón que sabía sentir, aquella imaginación que sabía crear, aquella inteligencia que sabía interpretar las más hermosas creaciones, debía paralizarse por la muerte antes de que llegase al apogeo de su gloria. Una rápida y terrible enfermedad hizo perder al genio su vigor e hizo comprender a los que en Eugenio habían fundado grandes esperanzas basadas en positivas realidades, que la luz de la clara inteligencia se apagaría pronto, y el mundo musical perdería en él un elemento de vida y verdadero progreso. Sus maestros y condicípulos vieron con pena como se marchitaba aquella flor cuyos pétalos ya visibles, no habían llegado a separarse, y pasaron por el dolor de verle partir para España, la patria amadísima, por la que, desde el primer momento de su enfermedad, suspiraba.

El clima sin rival de su patria, La Laguna, el cariño y cuidados de sus buenos padres y hermanos, daban al atribulado joven esperanzas de vida y a La Laguna dirigió sus pasos; pero la terrible

dolencia no le dió tiempo para llegar más, aquí de Puerto Real en la provincia de Cádiz, donde murió, sin los consuelos de la familia, sin ver cerca de sí a los amigos que con su afecto y admiración le distinguían, hasta el punto de que para su partida de defunción no hubo quien pudiera dar el nombre de sus padres ni el lugar de su nacimiento.

Sus últimas palabras fueron para la música y para su familia, que aun llora su muerte con verdadera pena. Al llegar la infausta noticia a la ciudad de La Laguna, donde los admiradores del artista se contaban por el número de habitantes, el sentimiento fué general, la prensa de la provincia conmemoró su muerte y todos declaraban que la pérdida de Domínguez era una desgracia para la patria y una desdicha inmensa para el arte.

No se conocen en este país ni con mucho, la totalidad de las obras que en Nápoles escribió y que le dieron fama de verdadero artista; sus aplaudidas romanzas que se hicieron famosas, entre otras, la que dedicó agradecido, a la princesa Carini, ejecutada en el teatro de San Carlos por el aplaudido tenor Severine, así como la que expresamente compuso para que fuera cantada por el tenor Cortesi, se perdieron para nosotros y no tenemos noticia de que se guarden los trabajos que, para escribir su primera ópera, se llegaron a ensayar con gran éxito, ante escogido e inteligente concurso, en conciertos que para oírle improvisaban sus admiradores y amigos.

No hemos de concluir estos apuntes sin consignar un hecho. La familia del malogrado Eugenio parece contar con un patrimonio que tanto saben apreciar los que por el arte divino de la música sienten afecto, con el patrimonio del amor a tanpreciado ramo de las Bellas Artes. Su hermano D. Isidoro, recomendable compositor, figuró siempre en La Laguna por sus conoci-

mientos nada comunes y ha contribuído y contribuye, pues felizmente aun vive, a la propagación del divino arte en La Laguna y en Canarias, donde ha sabido ocupar por su buen gusto y laboriosidad un puesto distinguido. Antonio Domínguez, sobrino de nuestro biografiado, ha manifestado análogas cualidades que su digno padre D. Isidoro, dirigiendo bandas y orquestas en la ciudad de los Adelantados y enseñando con éxito el arte de Rossini y Monasterio.

Apuntes

para la historia del cólera en La Laguna.

Humanamente hablando, parece conjurado el gravísimo peligro que a La Laguna ha amenazado durante el periodo de tiempo que media entre el 30 de octubre y el momento en que escribimos estas líneas; y considerándolo así, parécenos oportuno consignar algunos hechos a fin de hacer constar que, si la capital de la provincia tiene derecho al aplauso y a la consideración por su valeroso y ejemplarísimo proceder, durante las gravísimas circunstancias porque ha venido atravesando, La Laguna ha seguido su noble ejemplo y merece también análogos plácemes y no menores elogios, aunque teniendo en cuenta la diversa proporción que el desarrollo del mal alcanzó en las dos ciudades hermanas.

Y como ningún apasionamiento se nos impone al rasguear de nuestra pluma, comenzaremos por dejar sentado, que al llamar la atención sobre los actos que sirvan para probar nuestro acerto, no queremos justificar aquellos otros que solamente merezcan censura, que de

todo hubo en la viña del Señor: de ellos ya habrá tiempo de ocuparse y la historia exigirá la responsabilidad moral a los que, o por impericia, o por haber cerrado los oídos a las leales observaciones que se les hicieran, fueron los que con su conducta imprevisora los motivaron o no los evitaron, como les exigía el deber.

Hecha esta advertencia, no parecerá extraño que pasemos por alto todo lo que haga referencia a las escasísimas o malas medidas que para preservarnos de la enfermedad se tomaron antes de la fecha del 30 de octubre, así como que reservemos nuestro juicio en lo relativo al hecho asombroso de permitirse que, cuando toda la jurisdicción de La Laguna estaba libre del azote, se trajesen al cementerio, que casi está dentro de la ciudad, cadáveres de cólericos, muertos a legua y media o más de distancia, atravesando la carretera más concurrida y poblada de toda la provincia.

Consolador es el espectáculo que viene dando Santa Cruz acudiendo con sus valiosos recursos a su pago, el valle de San Andrés, y más tarde a pueblos que tienen independiente jurisdicción, pero nadie negará que La Laguna imitó su conducta, tal vez extremando sus sentimientos humanitarios.

El 30 de octubre, fecha antes citada, se presentó la enfermedad que entonces no se podía llamar legalmente sino cólico espamódico, o cosa así, en algunas de las habitaciones del «Barranco Grande», término municipal del pueblo del Rosario, y allí se constituyó al primer aviso una comisión presidida por el señor Alcalde de La Laguna, a la que acompañaba un médico y un practicante. En el acto se fumigaron las habitaciones y se facilitaron medios y recursos, así como más tarde cajas para los muertos que, como ya dijimos, se tuvo la imprevisión de enterrar en el insuficiente cementerio con que

cuenta la ciudad. No tenemos noticias de que el Ilustre Ayuntamiento del Rosario prestase el más insignificante apoyo, a pesar de ser el llamado a ello.

Los primeros recursos con que se favoreció al pueblo de Candelaria—que tanto bien ha recibido luego de Santa Cruz—de La Laguna partieron, no siendo extraña a ellos, en parte, la Excelentísima Corporación municipal. No se mostró sordo a su deber el Ayuntamiento del pueblo que guarda el santuario de más devoción de la provincia.

Y si fuésemos a especificar uno por uno los actos de verdadera caridad practicados por La Laguna en sus pagos o barrios de Taco, la Cuesta, Santa María Gracia, las Mercedes, Tejina y Guamasa, donde se presentaron algunos casos, nos haríamos interminables. Basta decir que, a la menor noticia de invasión, allí acudían los médicos y practicantes con todo lo necesario para evitar la propagación del mal y con todo lo que la ciencia aconseja para aliviar al enfermo; a los médicos acompañaban o individuos del Ayuntamiento o particulares que, como el señor Carballo en las Mercedes, se prestaban oportunamente con sus servicios.

Llegó el día de verdadera angustia para La Laguna, el día tristísimo en que el casco de la ciudad se vió invadido. El Ayuntamiento había declarado que carecía de recursos, puesto que hacía poco tiempo tuvo que pagar una crecida cantidad a la Diputación y al Estado; casi nada se había previsto; no había cargadores; se discutía el sitio donde debía instalarse el hospital, y todo esto unido a la perspectiva que la enfermedad presentaba, disfundándose por todos los barrios de la población, produjo una especie de pánico, y en el semblante de todos se veía retratado el sobresalto y la angustia.

Sin embargo, nadie pensó en abandonar la ciudad, y hasta hubo familias

que hallándose fuera de ella, acudieron a participar del peligro. Los recursos que se creyó podrían faltar, se fueron presentando; la autoridad eclesiástica nombró un sacerdote para que facilitara alimentos a las familias de los atacados; el Cabildo eclesiástico ofreció dinero para el caso de absoluta necesidad, que felizmente no ha llegado, la autoridad superior civil cooperó con su valioso concurso a mitigar muchos males, la suscripción popular dió lo suficiente para establecer en San Juan un hospital que cuenta con lo indispensable para su benéfico fin; en Gracia se abre un lazareto, que también encierra cuanto es necesario para el objeto a que se destina, y se forma una brigada de desinfección, al frente de la que figura el incansable señor Padilla, a quien La Laguna está agradecida en alto grado.

El ejemplo dado por algunos señores del Municipio y varios particulares cuyos nombres ya dió a conocer con orgullo «El Adelantado», el prestarse a conducir al cementerio los cadáveres de los coléricos, quitó a los pobres el temor que el primer día los dominaba, y no sólo ya no fué un inconveniente esta dificultad, sino que se dió el caso de que habiendo muerto un colérico en San Juan, a altas horas de la noche, tres pobres mujeres que allí estaban auxiliando a los enfermos, no permitieron se llamase a los hombres encargados del transporte de cadáveres, y ellas mismas llevaron al cementerio al que acababa de expirar.

Aquí, donde los primeros días creímos que faltarían personas para atender al servicio de tantas necesidades, vimos a los tenientes de alcalde al frente de cada uno de los cantones en que muy oportunamente se dividió la ciudad, a los dependientes todos del Municipio prestando constantes servicios con el mayor celo y la mayor caridad, a muchos particulares ofreciéndose, ora con sus recursos pecuniarios, ya para formar parte de las comisiones que pa-

ra cada calle se nombraron, ya para acompañar a los mismos médicos y fumigadores que acudían a todas partes donde su presencia fuese conveniente.

Una sola vez se acudió a la caridad pública, y eso cuando aún se dudaba del azote y apenas se creía en el peligro; no hubo una persona de quien se solicitara una limosna que a darla se negase. Muchas familias decían públicamente que estaban dispuestas, si la miseria llegaba, a proporcionar cuanto les fuese posible, y se hablaba ya de reunir grandes cantidades de trigo para repartir a diario a los verdaderamente necesitados.

Lejos de oponerse La Laguna a que los pueblos se acordonasen contra ella, llegó a aconsejarlo hasta a sus propios barrios, con solo la condición de que los productos que diariamente vienen de ellos al mercado, se trajesen, con las precauciones debidas, a un sitio señalado de antemano, como se hizo con la Esperanza, y algunos días con Tegueste y Tejina; y para librarse esta ciudad del contagio dominante en Santa Cruz, sólo acordó establecer una casilla de fumigación, al frente de la que siempre figuró un médico, impidiéndose el paso de carruajes, pero disponiendo que los viajeros que lo desearan tomasen otros, que allí siempre estaban dispuestos.

El número de cuartillas que llevamos escritas, nos dicen que debemos poner término a estas líneas; pero no es lógico que lo hagamos sin dejar de nuevo consignado que La Laguna ha dado en circunstancias tan críticas, como las que ha venido atravesando, un espectáculo consolador. Su noble proceder fué premiado por el Altísimo, cuya providencia es preciso reconocer, librándola de un mal que es azote de la humanidad. ¡Qué la historia haga justicia a un pueblo que, de este modo, sabe hacerse digno de sus gloriosas tradiciones!

Diciembre de 1893.

¡Eureka! ¡Eureka!

Ya no hay Pirineos, se dijo en circunstancias históricas que no es necesario recordar; y aquella frase que en la diplomacia europea se hizo célebre, ha venido a ser un hecho. No son uno mismo los gobiernos de España y Francia; pero las costumbres del uno y otro país se han compenetrado, gracias a las fáciles y continuadas comunicaciones, y las mismas ideas, aún en el orden político, a pesar de las diferencias de régimen, informan los actos de los ciudadanos; el que viaja, apenas conoce (aun contando con la diversidad de idiomas y mayor o menor progreso en las industrias) cuando de un territorio pasó al que en otros tiempos tanto se le diferenciaba. Es una verdad lo que la frase enuncia: ¡Ya no hay Pirineos!

Los hijos de Tenerife podemos decir, parodiando: ya no existe la cuesta o pendiente que con sus 506 metros de desnivel era obstáculo a la unión estrechísima de dos pueblos hermanos; ya no existe la noble y vieja ciudad de La Laguna, ni la bulliciosa villa que por efecto de halagadora magia, la magia del progreso, se convirtió en el siglo XIX en populosa ciudad, capital de las Canarias. Desde el día venturoso en que la electricidad hace posible el tránsito rapidísimo de uno a otro confin de ese pedazo de la isla, que empieza en Añaza y termina en Agüere, solo existe un pueblo que lo abarca todo: el territorio y las costumbres; la tradición severa y el presente risueño; el mar con sus riquezas naturales y la tierra con sus encantos; el Comercio vivificador y la Agricultura fuente de bienestar y adelanto; auras primaverales en invierno y brisas consoladoras en el verano; y, en otro orden de ideas, encierra la dirección en la administración de los intereses públicos y la de los que hacen referencia a la Religión, a la Milicia y a la Ciencia. ¡Eureka! ¡Eureka!

En efecto, a la constitución de la nueva entidad que ha de hacer patente en lo futuro su indiscutible grandeza, aportan ambos pueblos valioso peculio. Ofrece Santa Cruz un puerto concurridísimo, que pronto será modelo en condiciones de seguridad, y La Laguna, una vega deliciosa y unos campos, los Rodeos y los Baldíos, que bien pueden llamarse el granero de la isla; un comercio, de antiguo cimentado, que explica el extraordinario crecimiento de la población ribereña y un movimiento agrícola que el progreso puede elevar a gran altura en la serrana; Santa Cruz encierra una población numerosa, trabajadora, que en más de una ocasión ha dado patentes muestras de su beneficencia y de su amor a la patria grande; La Laguna abarca una población, inferior en número, pero no en timbres de laboriosidad y honradez y que se enorgullece con el glorioso pasado de la antigua Capital, que en sus archivos guarda tantos documentos, que pregonan hasta donde llevó el sacrificio por los grandes ideales de la humanidad.

La historia del nuevo pueblo la formarán los actos meritorios de la noble asamblea, el histórico Cabildo que en La Laguna tuvo su asiento, junto con los heroicos que motivaron la concesión de las tres cabezas que adornan el escudo de la preciosa Añaza; los actos de la Sociedad de Amigos del País de Tenerife en ambas ciudades, y los del cenro docente que tanta gloria dió a las Canarias, la Universidad de San Fernando, juntos con los de los Ateneos y demás centros de progreso que en uno y otro pueblo viven y se desarrollan. Orgullo de la nueva patria serán en lo sucesivo Domínguez y Power, en la Música; Eduardo, en Arquitectura; Sans, en la Pintura; Guillén, Nava (don Domingo) y Antequera, en la Marina; Porlier, en la política; O'Donnell y Campos, en la milicia; Bencomo, en la Iglesia; Viana, en la Poesía; Saviñón, en

la ciencia; y en el cultivo de la Historia, Núñez de la Peña.

Cuenta la que ya puede considerarse como nueva población, con una prensa numerosa e ilustrada para defender sus intereses, los de la región, propagar los adelantos y servir de medio al desarrollo de las letras. Patricio Estévanez y Adolfo Cabrera Pinto, entre los viejos; Benito Pérez Armas, *Crosita* y Delgado Barreto, entre los jóvenes, y tantos y tantos que cada día van añadiendo un quilate más a los muchos que, como buenos periodistas, tienen conquistados, continuarán prestando a la patria chica su valioso concurso; así como en la literatura Tabares y Zerolo, Perera y Ossuna, los Maffiottes, los Cabrerías y otros muchos, que en las dos ciudades residen actualmente para bien de las letras canarias.

La que ya puede considerarse como verdadera calle, que une los que quiero llamar barrios de la gran ciudad, no tardará en presentar completas sus dos dilatadas líneas de casas; y el gran barrio central, que debe llamarse de la *Electricidad*, ya que a las maravillosas aplicaciones de este flúido deberá su principal fundamento de grandeza, pasará por su casi inverosímil desarrollo, del que será base segura el esmerado cultivo que alcanzará la campiña que se dilata desde los Genetos y Gracia hasta la Cruz del Señor, gracias a los capitales que se consagrarán a la conducción de aguas de riego, tan necesarias y provechosas. Este barrio de clima especialísimo en todas las estaciones, será el principal el día de la unión definitiva; allí radicarán todos los centros de la administración pública; allí se elevará el suntuoso palacio del pueblo, al que coronará el escudo que contenga junto a la Cruz con las tres cabezas, que hoy simboliza a la Capital de las Canarias, el gigantesco Echeyde dominado por el Arcángel, que recuerda la grandeza histórica de la ciudad de los Adelantados.

La supremacía de esta gran ciudad, será indiscutible en la provincia; el engrandecimiento de otros pueblos de la misma, lejos de ser mirado por la siempre legítima Capital del Archipiélago, con recelo y prevención, será fomentado por ella, respondiendo a sentimientos fraternales que contribuirán a desarrollar más y más la propia grandeza.

Para que sueño tan hermoso obtenga completa realización, se hace indispensable desde hoy ahogar para siempre todo espíritu de rencilla y malquerencia entre pueblos hermanos del Archipiélago, encauzando, en apoyo de la propia prosperidad, las fuerzas mal dirigidas (1); estrechando más y más los lazos que deben unir al labrador e industrial con el comerciante, llamado a encauzar la producción, única fuente de progreso, facilitando la circulación y el consumo; apoyar a la prensa que al desarrollo de estas fuentes de riqueza, consagre sus preferentes atenciones, y de la que es modelo «El Porvenir Agrícola de Canarias», periódico fundado por el patriota señor Madan, y substituyendo a la política, hasta hoy única inspiradora de la administración pública, por la equidad, la justicia y el verdadero patriotismo.

El tranvía es el paso de más transcendencia para la unión y engrandecimiento deseados; por eso repetimos llenos de júbilo: ¡Eureka! ¡Eureka!

Sevilla y marzo de 1901.

(1) Mucho se ha adelantado en este sentido. El que estas líneas escribe, que tanto sufrió cuando desde las columnas del «Diario de La Laguna» proponía cesaran las luchas que nos perjudicaban y ridiculizaban ante los demás pueblos, entre ciudades tan hermanas como Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, ve hoy con regocijo que aquellos mismos periódicos que le ofendían, se complacen en adoptar un procedimiento que entonces condenaban, llamando «canariado» al que lo ponía en práctica.

Desde Sevilla

Sr. Director de EL PORVENIR AGRÍCOLA DE CANARIAS:

Aunque cuando estas líneas lleguen a sus manos, Sr. Director, ya tal vez haya visto la luz en las columnas de EL PORVENIR, el articulito que, bajo el rubro de ¡Eureka! ¡Eureka!, envié expresando mi entusiasmo por la inauguración del Tranvía, que ha de unir a las dos ciudades de Tenerife, quiero comenzar la presente carta, felicitando a mis paisanos por el acontecimiento y haciendo votos por que sean rápidos y seguros los progresos que mi imaginación, alentada por el amor a la patria, forja para lo futuro.

Mas, ya que tan ancho campo di en el repetido artículo a esa misma imaginación, dejándome llevar por ella hasta el punto de dar el carácter de realidad a lo que, en el fondo, no es aún sino un sueño delicioso, quiero presentar a la consideración de los que leyeren, algunos puntos negros que el asombroso progreso de la aplicación de la electricidad a la locomoción ofrece, cuando, para transmitir el fluido misterioso (1), se emplea el procedimiento de los cables aéreos.

Refiérome a dos peligros de no escasa monta, de los cuales ya los que la prensa de la Península leen, tendrán conocimiento. Es el primero la posibilidad de que, en días de tempestad en los que el trueno y el rayo se imponen con la magnificencia de su incontrastable poderío, los mismos hilos conductores sean vehículo preferido por el desenvuelto fluido de la atmósfera y de como resultado, (en Sevilla ha acontecido ya, aunque pocas veces) paralizar el movimiento de los coches, ocasionan-

(1) Recuérdese que lo que acerca de la naturaleza del fluido eléctrico dice la ciencia, no es más que una teoría, más o menos ingeniosa y aún científica, pero hipótesis al fin.

do sustos y quien sabe si males mayores. Es el segundo—ya experimentado en Madrid y hace pocos días en esta ciudad de Sevilla—el que los hilos del teléfono, y tal vez del telégrafo, desprendidos por la impetuosidad del viento, o por otras causas, caigan sobre el cable del Tranvía, aún sin pasar en aquel momento por el sitio de la ruptura coche alguno, produciendo la caída enormes descargas capaces de arrebatar la vida a los más poderosos seres.

El primer peligro, salvo muy raras y muy extraordinarias circunstancias, en Tenerife es menos temible que en la Península. Es indudable que la caída de los rayos y centellas en Canarias es, por fortuna, muy poco frecuente, bien sea por la elevación de sus numerosas montañas, entre las que parece providencial pararrayo el majestuoso Teide; bien por hallarse por todas partes un mar inmenso, al que van a perderse, como a depósito común, las grandes corrientes eléctricas. En mi ya larga vida, dado la brevedad que ordinariamente alcanza ésta, ni una sola vez ha caído dentro de La Laguna un rayo, ni centella, y eso que no hay ni un solo pararrayos y que cuenta la Ciudad con varias torres no poco elevadas y con edificios tan altos, como San Agustín, las capillas mayores de la Catedral y de la Concepción, mirador de las Monjas Claras y otros. Puede afirmarse lo mismo de la Capital de las Canarias. En el campo, en algunas aldeas es donde alguna vez, de muchos a muchos años, ha ocurrido ese fenómeno meteorológico, que en Sevilla es frecuentísimo con efectos más o menos desastrosos aún dentro de la capital; por eso aquí tanto amedrenta el rayo, que ahí miran casi con indiferencia hasta la mayor parte de las mujeres. Con que uno de esos días extraordinarios, (en que la tempestad es inmensa y visible la proximidad de la nubes cargadas de electricidad, conocida esa proximidad por

la intensidad de la luz y por ser casi coetánea con el trueno), se suspenda el servicio por breve tiempo, está salvado el peligro. No hay, pues, que decir sobre esta eventualidad, que también puede darse en telégrafos y teléfonos.

Aunque el segundo peligro es en las capitales importantes más inminente que en las pequeñas, no por eso deja de existir, y es necesario estudiar el asunto, para evitarlo en absoluto, y pareceme que en Tenerife a muy poca costa se pudiera conseguir. No puedo formarme idea de las veces que los hilos del teléfono cruzan dentro de Santa Cruz sobre los conductores de la electricidad del Tranvía; pero si puedo afirmar que nunca, por muchas que sean, llegarán a las que ese cruzamiento tiene lugar en Madrid y aun en Sevilla. De La Laguna no hay que hablar, pues me figuro que tal vez no lleguen a tres los repetidos cruzamientos, y como los hilos conductores por la carretera son paralelos casi siempre a pesar del trayecto ser largo, en proporción, el peligro es reducido. Si así no fuera, la particularidad de ser los vientos, especialmente en primavera, más continuos y más fuertes en Tenerife que en las poblaciones de la Península antes citadas, haría más frecuentes y seguros los percances en nuestra isla.

En la actualidad está en estudio en Madrid el problema de evitar esa contingencia de los tranvías eléctricos, y deben nuestras corporaciones populares estar alerta para cuando se resuelva el asunto exigir a la Empresa la adopción de las medidas que en Madrid se propongan. Tal vez con colocar en el punto del cruce tejadillos aisladores que, en caso de caída de los hilos, corten el contacto, esté conjurado el peligro. En ese caso, a cortos cruzamientos, poco gasto.

No quiero ocuparme del peligro que, por la correspondencia que he recibido de islas, veo preocupa más a la gente

de Tenerife: el peligro, a mi juicio, casi imaginario, de las curvas más o menos pronunciadas. Levamos dentro de Sevilla dos años de práctica de Tranvía eléctrico de corriente aérea y no tengo noticia que, por ese concepto el de las curvas, haya ocurrido desgracia alguna, y eso que las curvas aquí son muchísimas, como que se trata de una de las ciudades más *laberínticas* que existen, y de las que conservan mejor su trazado árabe, es decir, sus calles estrechas y tortuosas. Con que el conductor lleve un poco más de cuidado en cada una de las curvas, que con el trayecto restante, está conjurado todo peligro, salvo el caso de fuerza mayor. El peligro, muy raro, de fundirse un cable, ya se ha dado en Madrid; a lo que allí se resuelva para conjurarlo, deben atenderse en Tenerife.

* * *

Mi gozo en un pozo: ha llegado el tío Paco con la rebaja. Escrito y remitido el artículo *¡Eureka!* a que me referí al principio, y lo que antecede, llega a mis manos la tarifa que la Compañía belga, a la que tanto agradecimiento deben los hijos de Tenerife, ha circulado señalando los precios que han de regir en el por mí casi glorificado tranvía. ¡Adiós mi ciudad única, mi sueño querido! ¿Qué importa que sea más fácil hallar medio de trasladarse de una a otra ciudad, si el coste de traslación solo hace posible se haga cuando sea de absoluta necesidad? Son pocos los que diariamente pueden añadir a sus gastos cinco pesetas para hacer dos viajes del uno al otro barrio de mi imaginaria ciudad: ni aun uno diario lo puedan llevar a cabo gran número de personas. Admira a todos los que se enteran de los desdichados precios que una sociedad establecida por nación tan práctica y adelantada como Bélgica, no comprenda la conveniencia de hacer entrar en las costumbres, aun a costa de obtener menores rendimientos,

una nueva industria; ni recuerde aquel conocido aforismo económico de «vale más muchos pocos, que pocos muchos». Para las clases pobres, o mejor dicho trabajadoras, debiera ser, en primer término, esa mejora, y eso sólo se alcanza estableciendo una tercera clase que costara diez céntimos desde el muelle al pie de la Cuesta, otros diez sobre la Cuesta, y quince, desde ésta a la plaza de la Antigua en La Laguna, total treinta y cinco céntimos. Es segurísimo que casi siempre los coches irían repletos y que se trasladarían de uno a otro pueblo como por simple recreo, como de un barrio a otro de una sola ciudad, gran número de personas. Con esto, y con destinar vagones para el transporte barato de productos y mercancías de un punto a otro, el éxito de la Empresa es seguro y el progreso en el país rapidísimo y transcendental.

* * *

Una pregunta para concluir: ¿El Municipio de La Laguna no podría ponerse de acuerdo con la Compañía belga, al frente de la que figura persona tan popular y querida de los laguneros como el bondadoso Dr. Allart, para substituir el alumbrado público actual por el eléctrico?

¿Se va pensando en conseguir lo necesario para que, en las fiestas del próximo Septiembre, luzcan las dos bonitas plazas del Adelantado y San Francisco, la iluminación caprichosa que pueda obtenerse con la electricidad? ¡Qué hermosas estarían nuestras calles de Herradores y Carrera iluminadas con unos cuantos arcos volcánicos!

El patriotismo de todos puede mucho, y es necesario que ese noble sentimiento se manifieste en la presente ocasión.

Marzo de 1901

Los toros en La Laguna

De verdadero acontecimiento pueden calificarse las novedades que la histórica ciudad de los Adelantados ofrece en el presente año a los forasteros, en sus ya célebres fiestas de Septiembre; y bien merecen éstas que, por anticipado, les dediquemos algunas líneas.

Entre esas novedades, figura en primer término, con justicia, el espectáculo taurino, único, de los que, revisitiendo un carácter eminentemente nacional, es absolutamente desconocido en esta provincia española como la que más, y entusiasta por todo lo que distingue a esa nación, *sui generis*, que, con carácter vivo, emprendedor y entusiasta, supo imponer a una gran parte del mundo sus costumbres y dominarlo con su valor mil veces acreditado.

Creíamos, cuando por primera vez se indicó la idea que hoy está en vías de realización, que, siquiera en los primeros años, las corridas que se verificaran, adolecerían de grandes defectos; suponíamos que cuando más, veríamos aquí una corrida de novillos, tan frecuentes en las poblaciones pequeñas de la Península, porque no se nos ocultaban, como hijos del país, las grandes dificultades con que necesariamente debía lucharse, la falta de costumbre en emprender negocios que exigen desembolsos de cuantía, la poca actividad que suele desplegarse en las construcciones, el desconocimiento absoluto de todo lo concerniente al género de espectáculo que nos ocupa; y confesamos, no nuestro error, sino nuestro asombro, ante la realidad de los hechos.

En espacio de tiempo reducidísimo, y luchándose, muchas veces con obstáculos que parecían insuperables, se ha levantado, en sitio céntrico y adecuado, una elegante, sólida y muy capaz plaza, que bien puede figurar al lado de muchas que en poblaciones de gran

valía, han sido teatro de la serenidad y pericia consumadas de los *Lagartijos* y *Frascueros*.

Partiendo del principio de la gran utilidad que a las poblaciones reporta el ofrecer a los forasteros aliciente poderoso, atractivo bastante para acudir en gran número, convirtiéndose, siquiera por pocos días, a ciudades que carecen de vida mercantil en centros de movimiento y animación, la ciudad de La Laguna, que ya de antiguo viene poseyendo el secreto de llamar la atención con sus originales y suntuosas fiestas, y que parece la llamada a ser siempre la que primero establece en la Provincia lo que constituye verdadera novedad, debe estar, y lo está de veras, agradecida al distinguido patricio D. Gaspar Darmanin, por su afán en el engrandecimiento de su pueblo, aun a costa de grandes sacrificios, exponiendo capitales que en este país son de verdadera cuantía.

Iniciada la idea de aumentar los atractivos de las fiestas de Septiembre con el espectáculo nacional aquí desconocido, con resolución digna de ser imitada, ofrece el señor Darmanin los capitales necesarios, y resuelve construir la plaza en una hermosa huerta de su propiedad, situada en el extremo de la calle de San Juan, calle que divide la ciudad en dos partes casi iguales, y sitio que, al mismo tiempo, puede considerarse como extremo y aislado, cual es conveniente para locales de esta índole.

El señor Cabrera Topham, persona que, a pesar de ser extraño a la carrera de Ingenieros, ha revelado en más de una ocasión que es un aficionado de buen gusto e inteligencia, trazó un proyecto de plaza y comenzó a dirigir los trabajos necesarios el primero de Junio, acumulándose los materiales indispensable, para cuyo transporte se ofrecieron, con el mayor desprendimiento, los vecinos de la ciudad y sus alrededores, que poseen carros y carre-

tas, y ya el día 18 comenzaron a elevarse los primeros maderos que debían servir de columnas o sostén.

Comenzó a indicar por algunos la conveniencia de que fuera persona facultativa la que, al frente de las obras, figurase, y con el objeto de evitar responsabilidades, y más que esto, de acallar las cavilosas de muchos, el Sr. Darmanin determinó encargarla al Ingeniero señor Suárez Galván, persona perita y de reconocido talento, que la ha llevado a cabo, conforme al plano que en limitado tiempo trazó, y con una solidez que no deja nada que desear.

Con el cambio de proyecto y de dirección, quedó inútil lo ya obrado y bastante material; pero las obras comenzaron de nuevo el 26 de junio con mayor entusiasmo y actividad que antes, comprendiéndose que debía así ser, ya que el nuevo proyecto era más vasto y que el tiempo parecía insuficiente.

Se acudió sin éxito a los pueblos de la isla en demanda de carpinteros, y a los que visiten el espacioso edificio, les parecerá mentira que, en un lapso de tiempo tan breve, se haya terminado el colosal trabajo, con solo 41 carpinteros de la ciudad, incluyendo los oficiales. A esos honrados hijos del trabajo cabe una gran parte de la gloria, y nos complacemos en así dejarlo consignado. Análogo parabién merecen los 92 peones, incluyendo los jovencitos, que todos han manifestado en su trabajo el mayor entusiasmo, convirtiéndose cada uno en un verdadero defensor de los intereses del empresario, el cual, agradecido, obsequió a todos el domingo último con una buena comida, en la que reinó la mayor armonía y entusiasmo.

El edificio, como todos los de su clase, tiene la forma de un polígono de sesenta lados, abarcando un diámetro de 84 metros y correspondiendo al redondeo del 54; su distribución interior es en un todo igual a la de Sevilla, Cádiz

y otras ciudades de la Península, haciéndose notar la comodidad de las distintas localidades, la buena distribución de las numerosas escaleras, lo espacioso de los palcos, y la solidez y elegancia del conjunto. La elevación de la plaza es de 7'50 metros, y, desde la parte alta, se divisa en todas direcciones, un panorama verdaderamente delicioso.

Para el ingreso en la plaza, se han abierto puertas que dan a dos calles, siendo posible que, en breve tiempo, quede desalijada con gran orden y comodidad, aun en el caso de que se llenen las 8.500 localidades que encierra; y a los inteligentes hemos oído celebrar la buena distribución de los corrales, callejones, chiqueros, etc., ya terminados.

No podemos menos de repetirlo; los que tenemos presentes las mil contradicciones con que hay que luchar en este país, para llevar a cabo alguna obra, aun de las más sencillas, y admiramos la hoy felizmente terminada en poco más de dos meses, encontramos gran semejanza, admitidas las condiciones diversas entre pueblos y obras, entre este, para nosotros acontecimiento, con el que lo fué para el mundo de la construcción del gran Hotel de Barcelona en 52 días, acontecimiento que dejó acreditada una vez más la actividad y patriotismo de los buenos catalanes.

Merece plácemes sin cuento, el activo e inteligentísimo Sr. Suárez Galván; merece gratitud por parte del pueblo de La Laguna el Sr. Darmanin, por su desprendimiento y actividad increíble; y la merecen también otros señores como Cabrera, Domínguez Pérez, y tantos otros cuyos nombres sentimos en estos momentos no recordar, por su desinteresada cooperación en la obra y su desvelo en pro de los intereses de la localidad, que hoy parece despertar del ya duradero y profundo letargo que tantos perjuicios ha ocasionado.

nado a sus intereses y necesaria prosperidad.

Al público corresponde ahora ayudar con su cooperación a los propósitos del Sr. Darmanin, quien se halla animado, en caso de que así sea, y nos consta de una manera indubitable, a continuar reformando cada vez más este local, y a que el circo gallera, llamado a convertirse en plazo no lejano en cómodo teatro, haga posible que en los veranos tengamos en La Laguna una buena compañía de verso o zarzuela, desapareciendo con ello esa tradición incomprensible en el pueblo cuna de la civilización de Canarias, en virtud de la que vemos atravesar rápidamente y de paso para localidades que cuenta con menos recursos, a los artistas que, desde remotas tierras, acuden a darnos a conocer las obras dramáticas de los más esclarecidos ingenios

Septiembre 3 de 1891.

A los devotos

*del Santísimo Cristo de
La Laguna*

Que la efigie de nuestro Cristo es objeto de veneración y cariño por parte de los hijos de La Laguna y de muchas gentes de las islas, lo acredita el concurso que a las fiestas de Septiembre acude, con evidentes muestras de devoción; y el hecho de que no hay casa donde no figure en lugar preferente una imagen suya, ni quien no la invoque en los días del sufrimiento, que para todos llegan.

El entusiasmo por el Cristo recuerda el que en Sevilla se tiene por el Gran

Poder; en Zaragoza, por la Pilarica y en Valencia, por los Desamparados, y, sin embargo, los que hemos visitado aquellos pueblos, echamos de menos aquí algo que ahora se trata de subsanar. En las tres celebradas ciudades, las manifestaciones de afecto hacia sus Imágenes queridas, no cesan en todo el año, y aquí parecen limitadas solo al mes en que vienen acompañados los cultos de festejos, más o menos lucidos. Creyérase por los maliciosos que estos últimos atractivos son la base del entusiasmo religioso, o que sólo en los días de dolor es cuando merece nuestro afecto la antigua Imagen del convento de San Miguel de las Victorias.

Allá en su solitaria Capilla, cubierto con histórico y tupido velo, está todo el año el Cristo, y apenas alguno que otro devoto le visita tal cual día del mes. Los que de El recibieron beneficios, concurren a la extensa plaza cuando las *recámaras* de D. J. Negrony atruenan el espacio anunciando la proximidad de las fiestas, o cuando los gallardetes y arcos, más o menos esbeltos, dicen que no está lejana la ceremonia aparatosa y magnífica de la ENTRADA. No sucede así en Sevilla con el Gran Poder, ni en las poblaciones citadas, con sus devotas Imágenes: a más de que quien las invoca, acude al templo para pedir la gracia, como se hace en el mundo cuando acudimos a la casa de aquéllos de quienes solicitamos alguna merced; hay señalado un día de la semana en el que todos acuden, a la hora que sus ordinarias ocupaciones lo permiten, a visitar al padre cariñoso, que a todos espera con los brazos abiertos. A una hora fija hay un acto religioso, que aquí pudiera ser el llamado *Nombre*, y los sacerdotes dicen misas en ese día, a las que asisten los que pueden disponer mejor del tiempo.

Porque se aclimate entre nosotros esta laudable costumbre trabajamos algu-

nos devotos; y por ahora se han señalado los viernes para que, los amantes del Cristo de La Laguna, visiten a su Imagen predilecta y puedan pedirle merced en sus tribulaciones. Desde el viernes anterior y a las primeras horas de la mañana, se descubrió la Santa Efigie, iluminándose el altar, y así permaneció hasta las oraciones. Proyéctase, si la devoción se aclimata, imitar en un todo lo que el pueblo de Sevilla pone en práctica con la Imagen que es obra del insigne Montañés.

Ya lo saben los hijos de La Laguna: todos los viernes, desde por la mañana hasta las primeras horas de la noche, está descubierta y esperando su visita el Santo Cristo que lleva el título de la ciudad: acudan allí los agradecidos, los que sufren, los que, en una palabra, aman a la más antigua y famosa de nuestras Imágenes. Cada uno imponiéndose esa costumbre, y a la hora que le sea posible, contribuirá con su presencia a dar mayor nombradía a la devota Efigie y, tal vez, a que sean mejor atendidas por El que todo lo puede, las súplicas de los desgraciados.

1902.

El Baldaquino

Recuerdos

El acuerdo de la Comisión de Festejos de levantar, para el acto llamado de la Entrada del Cristo, un templete que imite en cuanto sea posible, dado los recursos de que se pueda disponer, el célebre *Baldaquino* que Bernini levantó sobre el sepulcro de San Pedro en el Vaticano, ha evocado en mi mente el recuerdo de la visita que hice al primero y más admirable templo de la cristiandad.

No intento describir aquella maravilla del arte, porque *El Noticiero Canario* no puede dedicar mucho espacio a materias de esta índole; pero voy a recordar mis impresiones fijándome casi exclusivamente en el mismo *Baldaquino*, que, si el pensamiento de la Comisión se realiza, puede, lo que aquí diga, tener interés para los que no conozcan ni por los viajes, ni por los escritos, obra tan magnífica. Los que no estén en este caso, pasen adelante y busquen en otra sección lo que en esta no pueden encontrar: novedad y bellezas literarias.

Absorto ante tanta grandeza, asombrado ante tantas preciosidades y riqueza tanta, la primera vez que penetré en aquel templo, que bien puede ser calificado de LA PRIMERA MARAVILLA DEL MUNDO, apenas podía fijarme en un objeto determinado, en una parte de aquel conjunto pasmoso.

Cuando pude dominar mi asombro, busqué lo que, en todos los templos, busca el católico, lo que necesariamente ha de buscar el artista: el lugar preeminente, el sitio principal, el altar privilegiado para orar, el punto culminante, síntesis de las bellezas y grandiosidades del conjunto.

Aun sin ser artista el visitante, presente que aquel lugar sagrado ha de guardar armonía con el resto de la obra que causa su pasmo; su estilo, sus proporciones, su riqueza, no pueden alejarse de esas reglas que, no ya sólo el arte sino hasta el buen sentido impone.

A estas consideraciones hay que agregar otras en este templo singular. La Piedra fundamental sobre que gira todo el organismo de la iglesia, aquí radica: la cabeza visible sobre la que convergen las miradas del mundo entero, ha de presentarse aquí imprimiendo su autoridad moral. A estas grandezas únicas, especiales, inmensas, ha de responder también el lugar privilegiado.

Aquella cúpula elevada a las nubes

por el genio de Miguel Angel, reclama el altar preferente, proporciones gigantescas; aquella profusión de mármoles y jaspes, de mosaicos y relieves, requiere algo que remede el oro del templo de Salomón y que se imponga por la belleza de los detalles; aquellos derroches del genio en las bellas artes, requieren algo que, sin dejar de ser bello, no condene a la obscuridad y olvido lo que el genio creó a costa de sacrificios.

A todas estas condiciones responde el llamado altar papal. Sobre el sepulcro de San Pedro se elevan cuatro esbeltas y gigantescas columnas, que se retuercen con gracia y se adornan con primorosos detalles. Las columnas sostienen un doselete artístico, sencillo, aéreo, rematado por la cruz dominando al mundo. Cuatro ángeles colosales descansan sobre los ángulos, y uno al centro sostiene sobre sus manos la tiara, símbolo de la triple dignidad de Pontífice romano. He aquí todo, y, sin embargo, ¡cuánta grandeza en el conjunto! ¡Cuánta belleza en los detalles!

El templo es greco-romano en la majestad del más desarrollado Renacimiento; y el estilo del conjunto de este hermosísimo altar, de aproximarse alguno, con el greco-romano del Renacimiento guarda perfecta armonía. En vez de ser obstáculo a que la vista pierda ni el más insignificante detalle de las bellezas esparcidas a granel por el templo, parece que contribuye a realzar más y más esa misma belleza. De todas partes se distingue este gigantesco baldaquino, que supera en altura a todos los palacios de Roma, con ser tan altos.

Aquel milagro de la regularidad y armonía entre las proporciones de las partes, constituyendo un todo que no está en relación con aquéllas, es el fenómeno que se admira en el Vaticano, tanto interior como exteriormente. Allí el admirable y sorprendente con-

junto, a pesar de lo colosal de las partes, impresiona menos por la magnitud, que el Duomo de Florencia, v. g.

Este fenómeno se repite también en el Baldaquino. Sólo al pie de sus colosales columnas se adivina la altura del todo. Bernini venció en esta obra todas las dificultades con que luchó denodadamente.

Riquísimo bronce es la materia de que está constituido este célebre monumento, y ese bronce extraído del maravilloso artesonado del Panteón de Agripa, valió a un papa de los *Barberini* aquella sátira célebre de Pasquino: «Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini».

No quiero continuar.

La idea de imitar aquí en lo posible, este monumento famoso, es una idea feliz. No lo reclaman las bellezas y preciosidades que han de rodearle, pero con ser tanta la grandeza de la cúpula que es asombro del mundo en el Vaticano, es superior la que ofrece el cielo tachonado de esas lámparas prodigiosas que brillan más que el diamante: de ser tan respetable e imponente la autoridad del representante de Dios en la tierra, que en el templo de Roma se exterioriza con toda su fuerza espiritual, es más sublime el recuerdo del Calvario que evoca la imagen sacratísima del Cristo, dominando a la asombrada multitud en el instante de la Entrada. También aquí se necesita algo elevado, artístico y aéreo que esté en armonía, siquiera sea remota, con la cúpula celeste y con la idea de la Redención del hombre por el sacrificio de Cristo.

San Roque, el de la ladera

La pintoresca ermita que, semejando a un centinela, se eleva sobre el histórico monte, que casi levanta su erguida cima desde el centro de la vieja capital de Tenerife, fue visitada el día del Santo, que le da nombre, por numeroso concurso de fieles de la ciudad y sus alrededores.

Las fiestas tradicionales de La Laguna van desapareciendo, y yo lo lamento, como lo lamentó en el precioso libro que tanto ruido hizo, publicado por el genial lagunero Manuel Picar, libro que leí con verdadero deleite, por más que no me fuera grata la lectura de los capítulos dedicados a la crítica personal, ni mucho menos el que se refiere a nuestra fiesta del Cristo de La Laguna.

El aislamiento de la ermita de S. Roque, edificada en el mismo sitio en que, en memorable batalla, fué vencido el valeroso y noble príncipe Tinguaro, obligaba a nuestros padres a trasladar la imagen del Santo, en la tarde de su día, desde la repetida ermita, al trascoro de la catedral, donde tenía su altar todo el año. La bajada no podía ser más ruidosa. Todo el vecindario acudía al callejón que lleva el nombre del mismo Santo, y a las calles del Agua y Piteras, hoy de Nava y Bencomo. Era de ver la improvisada procesión, a la que no asistía el clero, rodeada de luces y conduciendo el Santo en andas, siguiendo las sinuosidades del camino que parte de la mencionada ermita, en medio de vítores y cohetes, llevando la alegría por todos los ámbitos de la ciudad y su extensa campiña.

Cuando la comitiva llegaba a las calles, el ruido era ensordecedor; los vecinos adornaban sus ventanas, y a la manera que en las calles de los Alamos, hoy Tabares de Cala, se queman multitud de fuegos de artificio al atravesarla la venerable Imagen de nuestro queridísimo Cristo de La Laguna,

así se hacía en la calle de Bencomo, al ser transportado a la Catedral por la puerta de las Salas Capitulares, la imagen del Santo que, en el lenguaje casi familiar de la gente alegre, llegaba a llamarse *Roquillo*. Por una parte, la indiferencia de las autoridades y, por otra la exagerada intervención de un tipo demasiado popular, hizo que en las manifestaciones de alegría se llegara al abuso y que, presenciado, éste por el Obispo Sr. Infante, prohibiera para los años sucesivos la improvisada manifestación.

No era posible en verdad, la continuación de aquel estado de cosas; pero el abuso ¿requería la supresión de la antigua costumbre? No ciertamente. El abuso pedía la supresión de las causas que le motivaban y ésto se hubiera conseguido dando el carácter de procesión a la que, desde su origen, debió serlo; asistiendo una banda de música y aumentando los atractivos con iluminaciones, repiques y cuanto contribuyera a que los pocos que alborotaban dejaran de hacerlo en lo sucesivo. El acto hubiera sido, y todavía es posible lo sea, uno de los más bellos con que La Laguna hace agradable a los forasteros la estación veraniega.

Desde las primeras horas de la mañana del 16, el camino del *risco* parecía una cinta movable que ligaba la población con la ermita, y a la función y procesión asistió muchísima gente de los campos, lo mismo que por la tarde, dejando oír sus acordes una banda de música.

¡Con cuanto regocijo ví ayer, uno por uno, los sitios de la pintoresca montaña que, en la edad en que todo sonríe, visitaba lleno de alegría! Allí está la *Cueva del Diablo*, donde procuraba poner la cruz de paja que me había de librar por largo tiempo de las tentaciones; más allá la *Fuente del Cuervo*, de la que tantas concejas oí a los viejos, cuya cristalina agua llevaba en otros tiempos a tantas familias en alegres

merendones, costumbre que ya parece ha desaparecido por completo; allí al lugar de la lucha, donde Víctor lució una tarde su *mejor traje*; y sobre aquella roca se colocaba el que quería disfrutar mejor de uno de los panoramas más hermosos de la isla, formado por las llanuras de los Rodeos y Baldíos, los bosques de la Esperanza que constituyen digna base del enhiesto pico de Teide, que envía los reflejos del Sol a la enorme distancia de 40 leguas; más allá las laderas de Güimar, el mar de un azul y purísimo, circundando a la isla vecina de Gran Canaria, cuya irregular silueta rompe la monotonía del espacio; allí la parte saliente de Santa Cruz, y la del hoy verdadero barrio de La Laguna, la Cuesta, que ya algunos llaman *barrio de la Electricidad*; y a los mismos pies del observador, la vieja Laguna, con sus regulares plazas, sus amplísimas calles, sus templos y sus jardines. ¡Cuánta belleza y cuántos recuerdos!

Con las ya bastantes considerables limosnas que los fieles dejan en la Ermita, su actual mayordomo ha hecho en la misma buenas reformas. El interior ya nada reclama. Dedíquese ahora, con el mismo plausible celo, a embellecer el exterior de un templo que se divisa desde gran distancia. Cuatro pequeños torreones y un frontispicio que oculte el techo, dirigido todo por persona perita; un antepecho que, al par que limite la plaza, sirva de asiento a los concurrentes, darán al templo mayor importancia, así como le proporcionarán belleza unos árboles de los que, en sitio tan ventoso, puedan producirse, y el arreglo, delineándolo también con árboles, del vistoso camino que conduce a aquel ameno lugar.

Haciéndolo así, la gente moza no se contentaría sólo con repetir la populárisima copla, que dice:

«San Roque, el de la ladera,
«Ya tiene campana nueva...»

El Palacio de los Nava-Grimón

El Palacio que albergó a varios hombres ilustres por su saber y patriotismo, el Palacio que por su aspecto y severa belleza figura entre los primeros de la provincia y es gala de la capital docente del Archipiélago, está en venta. La Universidad de San Fernando, a cuya fundación primitiva tanto contribuyó un Nava y Grimón de grato recuerdo, se halla instalada en un local que no está a la altura de tan hermosa institución.

En todas las regiones donde radican Centros Universitarios, los edificios a ellos destinados son, por su arquitectura y capacidad, de los que figuran en primer término. La provincia de Canarias puede en la presente ocasión albergar digna y suntuosamente a la Sección Universitaria, que tanto la honra y que tantos beneficios le reporta. Ningún edificio, ni aun construyéndolo de nueva planta, podría igualarse en severidad, en amplitud y en situación, al palacio de la bella plaza del Adelantado.

Instalar en él la Universidad, es contribuir a su engrandecimiento y a su consolidación

Tres instituciones respetables y patrióticas se han dirigido al Excmo. Cabildo Insular en demanda de que adquiriera la casa solariega de los Nava para Universidad de San Fernando, y, en verdad, que no puede ser más oportuna y más lógica la demanda. El Cabildo Insular, por su alta misión de amparar y proteger a todo lo que para la isla sea beneficioso; por su patriotismo revelado en varios actos; por su ilustración y por los medios económicos de que dispone, es el llamado, en primer término, a contribuir a la difusión de la instrucción pública, base de todo progreso.

De esperar es que la insular institu-

ción responda al llamamiento, que es verdaderamente popular y que la oportunidad presente, tal vez decisiva, sea aprovechada para la adquisición por todos deseada, hasta por los mismos propietarios de la finca, quienes, como buenos patriotas, están dispuestos a dar para ello las mayores facilidades.

¡Qué gran responsabilidad moral sería para el Cabildo, en primer término, y para los que en la realización de la compra pueden influir de algún modo, que ésta no se verificara por negligencia, descuido o falta de patriotismo! Los pueblos no olvidan a sus bienhechores, pero tampoco a los que no velan por sus intereses, cuando a ellos están llamados. (1)

Julio de 1923.

Un lagunero ilustre

Con la pérdida de la capital, con la desaparición de algunos organismos de importancia, sufrió La Laguna rudo golpe, que trajo como consecuencia un período trágico en el que parecía que la nota patriótica estaba como adormecida, y todo progreso material, y aun intelectual, aparecía menoscabado hasta lo increíble.

El pueblo presenciaba impávido el crecimiento de otro vecino, sin ni siquiera intentar seguir su ejemplo de virilidad y adelanto, y nadie recordaba ya los días de gloria de la que hasta hacía poco era la soberana del archipiélago; de la que siempre había señalado la primera el camino de la civilización y el progreso.

Ni siquiera se recordaban los nombres de aquellos hijos de la vieja ciudad que, por su virtud, genio, heroísmo y amor a las glorias de la patria, honraban a ésta y le habían dado días de gloria. Apenas si se pronunciaba por algunos, muy pocos, los nombres, rodeados de prestigio, de los bienhechores de la ciudad señores Bencomo y Nava y Grimón, porque sus servicios eminentes todavía surtían su efecto favorable. Ni nuestro *Viana*, poeta cantor de la epopeya de la Conquista de Canarias; ni *Núñez de la Peña*, su historiador laborioso hasta lo inverosímil; ni el gran diplomático *Porlier*, cuyo nombre llenó con su sabiduría todos los ámbitos de la Nación, ni tantos otros que son gloria de este suelo, eran conocidos de la generalidad ni recordados con orgullo a la generación presente, como modelo digno de imitación.

Pero los tiempos cambiaron. Con la aparición de sociedades científicas, hoy por desgracia sino muertas, adormecidas, coincidió la de los periódicos, aquí donde vieron la luz los primeros que hubo en la provincia; periódicos que casi no han faltado desde 1877 en que se publicó el primero, *El Eco de La Laguna*, y de nuevo se habló de la patria, y hubo motivo de publicar sus glorias, y la generación que vivía pudo comprender que este pueblo, al parecer en decadencia, tenía antecedentes que no debían ni podían olvidarse; y se consiguió, con una labor incesante que está dando sus naturales frutos, que los nombres casi olvidados de los hombres ilustres que dieron lustre a la patria, corran de boca en boca, y que en cada corazón se les elija un monumento, que la ciudad empobrecida no podía levantarles.

Hoy son ya populares aquellos nombres, se han repetido en discursos y biografías los hechos singulares que los engrandecieron, y nuestra vista puede leer algunos que designan las calles,

(1) En Febrero de 1924, aun el Cabildo de la Isla de Tenerife no ha gestionado, que sepamos, la adquisición del magnífico palacio de los Nava y Grimón.

modesto medio de honrarlos, que todos los pueblos cultos ponen en practica.

Pero no ha sucedido así, fenómeno extraño, con el del insigne venerable *Fr. Luis de Aguirre* que, bautizado en la parroquia de la Concepción, consiguió la palma del martirio, figurando, por ende, entre los héroes del cristianismo, que la Iglesia distingue y glorifica.

Nuestro insigne historiador Viera consagra un capitulo a recordar a este ilustre hijo de La Laguna, y allí consigna que el P. Herrera, en su *Alfabeto Agustiniiano*, cita al venerable Aguirre como a una verdadera gloria de la cristiandad, y recuerda que el Prior de la orden escribió en 1776 a esta isla participando que se trataba de publicar la vida de aquel héroe, y de solicitar su beatificación.

El 28 de Mayo de 1532 nació el insigne varón, en una casa de la calle de San Agustín, y lo acredita así el hecho de que en la habitación donde tuvo lugar el nacimiento, establecieron los frailes una especie de oratorio, que visitaban con frecuencia.

Las familias más distinguidas de la isla, al decir del mismo Viera, están enlazadas con la que dió vida al venerable, entre otras las de Acialcázar, Casahermosa, Salazar, Fuente de las Palmas, Casa-Boza, Pacheco Solís, etc.

Después de una vida llena de virtudes, que resplandecían más con las irradiaciones de la ciencia y con una constante laboriosidad, tuvo la gloria el santo lagunero de morir por la fe del Mártir del Gólgota en Guecija del Reino de Granada, quemado vivo, con otros valerosos compañeros, a los que animaba con su constancia y ejemplo, por los moriscos, enemigos del cristianismo, y, por consiguiente, de la civilización y verdadero progreso, en la noche de Navidad del año de 1568 a los 36 de su edad.

Su memoria vive aún entre los que

visten el hábito de la orden del célebre obispo de Hipona, el gran filósofo y profundo escritor San Agustín, y, como antes decíamos, el hecho de haber convertido la cámara donde el venerable Fray Luis vió la luz primera, en el oratorio que se conservó hasta la expulsión de los frailes propietarios del local que luego fué Universidad de San Fernando y hoy es Instituto provincial, reveló bien a las claras el respeto que infundieron siempre las virtudes del modesto lagunero y la alta estima en que se tenía su valeroso sacrificio.

La Laguna debe escribir ese nombre glorioso al lado del de los hijos que la honran, y el día en que, haciendo justicia a la santidad, coloque una lápida en la morada del que fué asombro del Brasil, venerable Padre Anchieta, debe cumplir con el mismo deber en la del mártir de Granada y soldado valeroso de la civilización.

Al clero de Tenerife corresponde colocar sobre la pila bautismal que fué de la antigua parroquia de los Remedios, el retrato del nunca bastante ponderado apóstol del Brasil, antes citado; a ese mismo clero, que no puede menos de tener presente que honrando a los santos de su país, se honra así mismo, toca también colocar otro sobre la que aun se conserva en la Concepción, que represente al *V. Luis de Aguirre*, gloria del cristianismo y honor de las Canarias.

Fragmento

de una correspondencia de Sevilla.

Sr. Director de EL REFORMISTA:

Mi querido amigo: Cuando sinceramente lamentaba que la antigua e ilustrada Ciudad de los Adelantados, estuviese sin más representación en la prensa que la oficial que le proporciona *El Boletín Eclesiástico*, muy respetable, muy digna, pero al fin perteneciente a determinada clase e intereses, recibo EL REFORMISTA, tan bien dirigido por tí, respirando patriotismo, defendiendo los intereses de nuestra querida Ciudad, y proponiéndose apartarse en este asunto de toda mira política con la que, dado el actual organismo social, poco o nada ganan los intereses locales, a los que preferentemente debe atender el periodismo de provincia, sin que esta afirmación mía signifique que deba por ello olvidar los de la comunión que le apoya, ni a las ideas a cuya defensa debe, tal vez, su existencia.

La lectura del periódico y la de tu cariñosa comunicación, despertó en mí variados sentimientos; gratos son los recuerdos de esa patria nunca olvidada, no menos agradables son los que a mi memoria vienen de mejores días, en los que tú y yo acudíamos juntos a las aulas de nuestro Instituto provincial, glorioso resto de la antigua Universidad de San Fernando, o recorriamos las animadas calles del grandioso Madrid, segunda patria intelectual en la que completamos nuestros estudios, y a estos sentimientos gratisimos, se unen los del agradecimiento por el inmerecido favor de *honrarme* con el cargo de Corresponsal en Sevilla, cargo que acepto gustoso, aunque no tenga la pretensión de desempeñarlo cumplidamente quien desconoce, y de ello se alegra, la política de esa y esta localidad, y, por ende, no puede siquiera dar a sus correspondencias ese sabor político, tan

del gusto de la generalidad de los lectores.

Un muy querido amigo nuestro, desempeña hoy la Alcaldía de la vieja ciudad; su reconocido buen deseo y nada común actividad, la pone de buena fe, y con la mejor voluntad, al servicio del progreso y de los desatendidos intereses de la patria de los Porlieres y Bencomos; justo, muy justo es, que el periódico que diriges le apoye con entusiasmo, le aliente con su exhortación y le ayude con su influencia; por ello te doy mi parabien y digo, lleno de esperanza, que sigas impávido por ese camino, que las personas de recto criterio, aquéllas que aman de veras a la hoy decaída ciudad, no podrán menos de aplaudirte o, cuando menos, de admitir que es noble tu proceder.

Cuadra perfectamente con ese fin, el llamamiento, que con frecuencia hace EL REFORMISTA a los hombres de todos los partidos, para que cooperen al propósito del alcalde, y los elogios que por sus determinaciones le prodigas, y quisiera que a todos se una completo olvido a las faltas que otros, que han desempeñado el cargo las hayan cometido que ya no se pueden corregir, y cuyo recuerdo sólo puede herir susceptibilidades y ofender reputaciones, faltas que, o las especiales circunstancias, o las muchas atenciones, pudieron motivar, pero que no pueden ni deben menoscabar en lo más mínimo a las personas que, al fin y al cabo, son vecinos que han llevado la representación del pueblo y cuyo apoyo en beneficio del público, pueda ser más o menos beneficioso. No dudo que con esa política de atracción y de olvido, puedan llevarse a cabo obras de que tanto ha menester un pueblo de envidiable clima, de hermosa posición y que ha jugado en la historia de Canarias el principal papel, por más que escritores de determinadas localidades, quieran recabar esta honra para otras, hoy más prósperas y favorecidas por la fortuna.

El telégrafo habrá comunicado la triste pérdida, que no ya La Laguna, que se honra siendo su patria, ni sólo las Canarias, que hacen suyas las glorias de los pueblos que esmaltan sus campiñas, sino la madre España, ha experimentado en estos días. Ya se comprenderá que me refiero al insigne caudillo que inmortalizó su nombre en Africa y en el Callao, dando días de gloria a su Nación, y haciendo respetable su nombre siempre glorioso, al marino ilustre que recibió en sus brazos al insigne Méndez Núñez, herido por la defensa del honor patrio, al siempre valeroso general Antequera, cuyo nombre pronuncian con respeto y admiración los que de buenos españoles se precian.

Yo sé que La Laguna no olvida nunca los nombres de los hijos ilustres que la honran, sé que si no en mármoles o en expresivas inscripciones, guarda en el pecho de cada uno de sus hijos el recuerdo grato de los que han logrado elevarse por su propio mérito; no olvido que los Viana, Núñez de la Peña, Tabares de Cala, Nava, Bencomo y Porlieres no han logrado ni aun siquiera dar sus ilustres nombres a las calles donde tuvieron su morada, pero tan poco olvido que apenas hay un hijo de la antigua ciudad que no los pronuncie con orgullo y deje de vanagloriarse por haber nacido en el pueblo que más notabilidades ha dado a la provincia. La costumbre de honrar de un modo especial a los que de ello son dignos, para manifestarse el pueblo agradecido o presentarles como modelo a las presentes y venideras generaciones, toma de nuevo carta de naturaleza en la sociedad actual, y por ello Madrid, Barcelona y Sevilla, se llenan de estatuas dedicadas a los que lograron elevarse sobre el nivel de los demás, y no hay un solo hombre ilustre que no tenga dedicada una calle, una lápida o un mausoleo, y al que no se consagre algún acto en el que se le honre y distinga. Esto hace preciso que La Laguna, pue-

blo ilustrado que siempre marchó a la cabeza de la civilización canaria, imite ese ejemplo y se haga digno de su pasado glorioso, engrandeciendo a los suyos y mostrándose a la altura de su misión.

El actual Ayuntamiento, ya que lleva la representación de la ciudad, corresponde, en primer término la gestión, y es una garantía para esperarle así, el que esté presidido por el Sr. Carballo, que viene al municipio animado de patriotismo y lleno de poderosas iniciativas. A las sociedades literarias, como el Ateneo, o que como la Sociedad de Amigos del País, que tantos servicios ha prestado, y a los demás centros de importancia que en la localidad viven y se desenvuelven, corresponde secundar la noble iniciativa de la primera corporación. Sesiones extraordinarias y solemnes, honras fúnebres tan merecidas por el que, en la última hora, dió tantas muestras de verdadero catolicismo, acuerdos de que se dé el nombre de calle de Antequera a aquella en que se halla enclavada la casa solariega de los nobles Bautistas, y una modesta lápida que recuerde el lugar de su nacimiento, son los obsequios que allí se deben consagrar a la memoria del marino, gloria de la patria, que tan relevantes pruebas de su nada común talento dió en el desempeño de los más elevados cargos con que le honró la Nación. El ilustre escritor e historiador distinguido, hermano del general, que aun vive para bien de las patrias letras, recibirá en ello gran consuelo y podrá enorgullecerse de haber nacido, para honrarlo, en un pueblo agradecido, que sabe enaltecerse al proclamar las glorias de sus hijos. El Ayuntamiento que en La Laguna tomara el acuerdo de, a imitación de otros en determinadas localidades, adornar el salón de sesiones, ya que no con los retratos, con los nombres de los que al pueblo honran y elevan, merecería bien de cuantas personas sienten en su pe-

cho el fuego santo del amor patrio; hágalo el presente, a más de las mejoras materiales que seguramente les deberá aquél, y añadirá agradecida esas mejoras morales que seguramente le realzan y engrandecen más.

Mayo de 1890.

¿Coincidencia?...

No sé si otros —o yo mismo,— han hecho notar en periódicos de la localidad, una coincidencia que considero digna de llamar la atención de todo buen hijo de La Laguna; si ya se ha dicho algo no está fuera de lugar repetirlo una vez más, y tiene mayor disculpa la repetición cuando se hace en un periódico consagrado a fomentar la devoción a la Imagen Sagrada del Cristo de La Laguna.

Refiérome a la particularidad de coincidir la prosperidad o decadencia de la vieja Agüere, con el mayor o menor esplendor del culto a la Imagen que desde la Conquista se venera en el antiguo convento de S. Miguel de las Victorias.

En efecto; desde que el Conquistador de Tenerife fundó la Ciudad que destinaba para Capital de la codiciada tierra que logró dominar con su valor y pericia indiscutibles, y fué favorecido con la imagen dolorida ante la cual quiso dormir el sueño eterno, procuró colocarla en templo digno y capaz, y a medida que la naciente población iba ganando en extensión y comodidad, tuvo especial empeño en que el templo donde la Sagrada Imagen recibía culto, se mejorase y hasta se hermoasease, en cuanto lo permitían los medios de que en aquella época se disponía. El templo de S. Miguel de las Victorias, cuya primera piedra fué co-

locada por el mismo conquistador, puede decirse que era su obra predilecta, y a ella cooperaron también otras personas notables, viniendo a ser andando el tiempo tan suntuoso, y el culto y la riqueza de alhajas al Cristo consagradas, de tal índole, que el historiador Viera y Clavijo dice que la magnífica capilla del Cristo de La Laguna era «el asombro de cuantos la visitaban en las grandes festividades del año.»

Este progreso corría parejas con el de la capital de Tenerife; sus alineadas calles se llenaban de edificios suntuosos, tanto públicos como particulares; se establecían instituciones y corporaciones prestigiosas y de un patriotismo acrisolado; aumentaba de una manera visible su población, el comercio, y la agricultura, así como las industrias propias de la época; crecían de un modo rápido y asombroso la influencia política y económica de la Ciudad, llegando su fama no solo a los más remotos pueblos del Archipiélago, sino aún de España y del extranjero.

Esa misma notoriedad, a mi juicio providencialmente, iba adquiriendo la Imagen que todo buen lagunero tiene en tan alta estima. Ya su culto se limitaba a las grandiosidades que en lo meramente religioso acostumbra la Iglesia Católica: la famosa Esclavitud que en 1659 se erigió, el magnífico Ayuntamiento cuya jurisdicción y atribuciones le constituyeron en una asamblea respetable y patriótica y muchos particulares no solo de La Laguna, sino aún de otras poblaciones del Archipiélago, contribuyeron a que a las solemnidades de la iglesia se unieran los festejos con que los pueblos celebran los grandes acontecimientos; y el comercio que instintivamente aprovecha todas las ocasiones favorables para la aproximación, indispensable en el orden económico, del productor al consumidor, vino a contribuir a la fama del Cristo estableciendo una feria que por muchos años fué lazo de unión

entre la Ciudad y los demás pueblos de las islas. Para los que creemos, no es forzado deducir la consecuencia de que la devoción cada día mayor, de los habitantes de La Laguna, era premiada por el que todo lo puede con el bien material y moral que dió a la Ciudad imperecedero renombre.

Este acerto vienen a confirmarlo los acontecimientos de que muchos de los que aun viven fueron testigos. La ciudad de poderío indiscutible, cuya riqueza e ilustración le dieron por tanto tiempo la primacía en las Canarias, por circunstancias que aqui no puedo exponer, cayó en un profundo abatimiento, perdió muchas de sus instituciones valiosas, y mientras otros pueblos crecían, ella vió mermar el número de sus habitantes y desaparecer muchas fuentes de riqueza. ¡Cosa rara! Este decaimiento lamentable coincidió con el decaimiento no solo de los festejos del culto, sino hasta con el de la devoción, tantos siglos sostenida, del pueblo a la dolorida Imágen del Cristo; llegó el caso de apenas concurrir fieles al santuario antes frecuentadísimo, y cuando se verificaba la procesión en otro tiempo suntuosísima, dominaba la indiferencia y hasta la pobreza.

Un sacerdote de grandes virtudes, cuya fama aun no se ha extinguido en todo Tenerife, un fraile exclaustro, comenzó a recordar al pueblo la antigua devoción y la protección que de tan veneranda Imágen podrían alcanzar en los seguros días de la aflicción, cuantos padecen en este valle de miserias; y a la vista de todos la devoción al Cristo se ha propagado con más intensidad si cabe que en lo antiguo. Desde esos mismos años comenzó el renacer de La Laguna hasta el punto de ser hoy una población de las más bellas de la provincia. Su aspecto ha cambiado con gran contentamiento de los que vimos su abatimiento y atraso. Sus calles, sus edificios públicos y par-

ticulares, así como sus plazas y contornos se han hermoñado; hanse creado instituciones de caridad, y residen en ella cuerpos militares de importancia; sus templos se renuevan y todo parece anunciar mejores tiempos. La devoción del Cristo corre pareja con el progreso de la ciudad de que El es fiel y poderoso protector. ¡Hace bien el pueblo de La Laguna en preferir a todas las imágenes la antiquísima que es como su símbolo y su guía! ¡Hace bien la juventud en manifestar su entusiasmo por la venerada Imágen, cooperando de un modo eficaz a difundir la devoción y el encumbramiento de las ya célebres fiestas del CRISTO DE LA LAGUNA.

Embellecimiento de la Ciudad

No vayan a creer nuestros lectores que en tiempos tan calamitosos para la riqueza municipal, venimos, siquiera sea guiados por un buen deseo, a solicitar reformas irrealizables, a pedir imposibles. Bien comprendemos que el embellecimiento de un pueblo abraza como puntos principales levantar edificios, embaldosar plazas y calles, y erigir estatuas y monumentos; mas proponerlo entre nosotros sería inútil, y el ridículo la consecuencia de tales proposiciones, que no vasta vayan éstas inspiradas por mejor deseo y guiadas por los más nobles fines, sino van acompañadas de condiciones de posibilidad.

Si es verdad que entre los medios de contribuir a hermoñar una población, se cuenta como principales las obras indicadas, también lo es que, una de las más convenientes, consiste en

adornar sus plazas con preciosos jardines y dotarla de deliciosos paseos.

Ningún pueblo con condiciones más favorables para esto que La Laguna; si lo dudáramos y quisiéramos convencernos, no tendríamos más que visitar algunos jardines particulares, que llaman la atención por la variedad de flores y la rica vegetación de sus plantas. Apenas hay casas donde no existan, sin exigir grandes cuidados, plantas que en otros países son rarísimas o no crecen sino bajo cristales y con excesivas atenciones. Aun no hace seis meses que a la carretera más bella de la isla, la de esta ciudad a Tejina, se le plantaron a uno y otro lado eucaliptus y flores, y ya esas plantas, sin riego, y sin cuidado de ninguna clase, están hermoheando aquel lugar que dentro de poco no tendrá rival en la provincia.

Si esto es cierto, y por otra parte, si abundan en la ciudad, tal vez más que en otras de su clase, plazas y plazuelas por las que precisamente atraviesan las cañerías del agua para el abasto público, es verdaderamente lamentable que no se conviertan todas ellas en deliciosos sitios de recreo que al par que adornarán la población, proporcionarán solaz a sus habitantes y a las muchas familias que aquí pasan la estación canicular.

Sencillos enverjados de madera o postes de la misma sustancia atravesados por dos o tres alambres, como los hemos visto en varias poblaciones de España y aun del extranjero, bastarían para aislar los cuartelillos que se formaran, y de este modo, la hoy desierta plaza de Santo Domingo, la plazuela del Instituto, la plaza de la Antigua, las de la Concepción, Catedral y Adelantado, serían otros tantos jardines que deleitarían hermoheándolo todo.

De intento no hemos mencionado la gran plaza de San Francisco, Fuente de Cañizales, plazuela del Calvario y paseos inmediatos al Tanque Grande,

porque por sus especiales circunstancias merecen párrafo aparte.

La primera de dichas plazas, más que a flores debe destinarse a arbolado, distribuyéndola en cuatro cuarteles de árboles que formen bosque: dejando en el centro una glorieta para en su día colocar una fuente o adornarla con flores, queda convertido aquel sitio en lugar de delicias.

Imitando, en el mismo Tanque Grande, tres sencillos portales con trozos de muro rematados por macetas, y plantando de eucaliptus el trayecto hasta el *canapé*, así como de plantas trepadoras o *enredaderas* que cubran las paredes, se convierte aquel abandonado lugar en el paseo más concurrido.

Poco requiere la antigua y en otro tiempo deliciosa Fuente de Cañizales: con un ligero arreglo en sus sencillos muros y puerta, plantar flores y encomendar a un vecino su cuidado, dándole el derecho de disfrutar todo el año del agua como antes se hacía, se evita la desaparición de un jardín en otro tiempo tan de moda.

El Calvario, como el Juego de los Bolos, plazuela de San Juan y de San Sebastián, donde no es posible hacer llegar agua, solo piden flores como las de la carretera de Tejina, que tampoco la tiene.

Mas, ¿quién debe encargarse del cuidado de esas flores y plantas? Un empleado que para ello debe pagar como en otra época el Municipio; la plaza de San Francisco y paseos del Tanque Grande, pueden tener, sin gravar al Ayuntamiento, su encargado especial; una familia a quien se dé el derecho de habitar la casita en construcción del lavadero, y facultades para cobrar de cada lavandera una pequeña cuota diaria, puede cuidar del arbolado que casi descubre desde su vivienda.

No se presente como grave dificultad la escasez de agua, pues como ya dijimos no la tiene la carretera de Tejina, ni tampoco el Cementerio, aparte

de que durante lo más riguroso del verano, a las altas horas de la noche y una o dos veces a la semana se pueden regar las plantas más delicadas sin gran perjuicio del público.

El actual Municipio, según tenemos entendido, tiene pedida gran cantidad de semillas de árboles, los que se destinan a adornar todas las cercas de los caminos vecinales; nuestra imparcialidad nos obliga a decir que por ello y por los plantíos de la carretera de Teiina merece que se le tributen elogios.

El futuro Alcalde, tan amante de las plantas y a cuya ilustración no se escapa el gran papel que a las mismas les toca representar en un pueblo, no podrá menos de tener en cuenta las anteriores observaciones que nuestro amor a La Laguna nos surgieren.

De «El Propagandista». 1881.

Discurso

*leído en Julio de 1890
en el acto de descubrir
la lápida dedicada al
vice-almirante de la Ar-
mada, Excmo. Sr. don
Juan Bautista Antequera.*

Señores: Ya era tiempo que el magnífico Ayuntamiento de La Laguna, título con que le señalaron escritores e historiadores de nota, haciendo justicia a su significación y poderío de otros tiempos, diese una prueba más de que es digno de la grandeza y de los gloriosos recuerdos que a la noble y leal ciudad que representa distinguen y honran; ya era tiempo de que despertando ésta de ese letargo en que se hallaba sumida por las tristes circunstancias porque ha venido atravesando

—que los pueblos como los individuos tienen sus épocas de grandeza y sus días de decaimiento y de desdicha— comience a levantarse de nuevo y vuelva a representar en la provincia, sino el primer papel, como en no lejanos días, uno de los primeros, como corresponde a su valía, a su historia gloriosa, y a la riqueza natural con que el autor de la vida la dotara y engrandeciera; ya era ocasión de que la vieja capital se rejuveneciera y animara, atendiendo no sólo a la prosperidad material, por tanto tiempo olvidada y mirada con lamentable abandono, sino a la prosperidad intelectual y moral, procurando seguir las huellas de otros pueblos adelantados y prósperos, y desarrollando entre sus naturales los nobilísimos sentimientos de patriotismo, fomentando la emulación y el entusiasmo por todo lo que pueda significar grandeza o constituir motivo justificado de orgullo patrio, orgullo nobilísimo por lo mismo que puede ser germen de nuevo bien y estímulo recomendable y legítimo por más de un concepto.

Porque señores, si la incuria, el abatimiento tratándose del interés público y el olvido de pasadas glorias, es siempre lamentable y de funestas consecuencias, cuando se trata de un pueblo ilustre que debe estar orgulloso de su pasado, que llena con sus glorias las páginas de la crónica de la región a que pertenece y se honra con ser la patria de profundos pensadores, eminentes políticos, valerosos generales, santos gloriosos y prelados distinguidos, ese abatimiento, esa injustificada incuria traspasa los límites de lo soportable, y pesa sobre todos como losa de plomo, llegando, siquiera sea en el terreno de la despiadada crítica a exigirse responsabilidad moral, allí donde tal vez haya influido bastante la fuerza de circunstancias insuperables o rayanas en lo invencible.

Se trata, señores de la muy noble y muy leal ciudad de San Cristóbal de

La Laguna de Tenerife, grande en otro tiempo por su riqueza, grande por su población, magnificencia de sus edificios y ventajoso de su posición, pero más grande aun por el heroísmo de sus habitantes, manifestado en hechos gloriosos de los que, con ella haber sido la que llevaba la principal parte, derramando generosamente la sangre de esos mismos hijos y proporcionando todos sus recursos entonces valiosos en primer grado, tal vez no le haya quedado más gloria que la de algún generoso recuerdo, pero muy secundario, concedido por otros pueblos que también se envanecen, y con justicia, apropiándose del triunfo y honrándose con la victoria.

Se trata de un pueblo que venía marchando siglos enteros a la cabeza de la civilización canaria, acudiendo siempre con su noble y desinteresado concurso a cuantos llamamientos le eran hechos en críticas circunstancias por las demás islas y pueblos hermanos, atendiendo cuidadosamente al fomento de aquéllos con gran desinterés y noble intención, siendo el emporio del saber y de la ilustración canaria, introduciendo el primero cuanto simbolizaba un progreso, un adelanto y sosteniendo centros que de la prosperidad general se ocupaban preferentemente.

Y tratándose de un pueblo de estas condiciones, y siendo el actual Municipio el legítimo representante suyo, defensor de sus intereses y guardador fiel de sus glorias y legítimas grandezas, es natural que rompiendo una especie de tradición que ya venía tomando aquí carta de naturaleza, y recordando los servicios y patriotismo que la en otros tiempos más importante Corporación de Canarias ha prestado en todas las épocas, procure el fomento de sus caros intereses, mejore el aspecto público, consagre sus desvelos al adorno y belleza de plazas y edificios, no descuidando el acto digno y levantado, de recordar a las presentes y futuras

generaciones, honrando su memoria, a los hombres que como el general ilustre que aquí nos congrega, son acreedores por sus excepcionales dotes al respeto y admiración de sus conciudadanos.

Es verdad que el medio propuesto para llevar a cabo tan alto fin es modesto en grado sumo, pues las glorias del preclaro ciudadano son de índole tal, que no lápidas humildes sino soberbias estatuas y artísticos monumentos requieren; pero aquí donde ni una sencilla inscripción, ni el nombre de una calle, dicen al transeunte que en la humilde ciudad de los Adelantados se mecieron las cunas de insignes varones y genios superiores, es algo, que el Municipio, siente la primera piedra del edificio y sea este acto el comienzo de más patrióticos procederes para lo futuro.

Solo con mentar ante el ilustrado concurso el nombre respetable del varón heroico y lagunero ilustre, es bastante para llevar al ánimo el convencimiento de sus méritos y lo justo del homenaje que se le tributa; pero así como los romanos al conceder a sus generales los honores del triunfo presentaban en la solemne comitiva los símbolos de los hechos más gloriosos que lo motivaban, y colocaban de trecho en trecho oradores que hicieran los elogios del vencedor, para que fuese ejemplo y dechado del resto de los ciudadanos, así nosotros, aunque sin aquellas costumbres, debemos poner de nuestra parte un medio análogo, repitiendo aquí los hechos más culminantes de la vida del ilustre marino, que dió días de gloria a España y supo legar a la posteridad un nombre respetable y digno. No tiene nuestra modesta oración pretensiones de biografía, ni de discurso que esté a la altura de las circunstancias, ni es este el sitio y momento oportuno, ni puede encerrarse en poco espacio, todo lo que atañe a una vida tan laboriosa y accidentada;

pero lo que digamos, será un sentido recuerdo que sirva para justificar, si esta justificación fuere necesaria, la determinación patriótica del ilustre Ayuntamiento de los Adelantados, y procuremos, que además sea un merecido tributo de nuestro entusiasmo y profundo respeto.

Descendiente era el noble general Excmo. Sr. D. Juan Bautista Antequera y Bobadilla de Eslava, de una de las familias más antiguas y distinguidas de la Península, familia que dió a la Patria muchos y notables hijos que supieron elevarse en el campo de batalla, en el desempeño de los más delicados cargos, y que se halla enlazada allí y aquí con otras no menos distinguidas. Hijo segundo de D. Juan Bautista Antequera y García, intendente de Canarias, y de D.^a María Bobadilla, nació en esta casa el primero de Junio de 1823 y fué bautizado en el Templo histórico que desde este sitio divisamos. Los primeros años de su vida corrieron tranquilos al lado de sus hermanos, entre los que es digno de citarse aquí, en primer término, el eminente juriconsulto D. José María, que aún vive para alegría de las letras patrias.

Desde luego se distinguió por la agudeza de su ingenio, amor al estudio y aficiones a lo que al arte de la guerra hace referencia. Los que hayan sido discípulos de un hombre que la providencia distinguió y recuerda entre sus hijos más notables, los que aprendieron con el maestro de lógica contundente y sana doctrina, con el nunca bastante elogiado Dr. D. José Trujillo, no podrán menos de sentirse orgullosos al recordar, que aquel inolvidable maestro tuvo también por discípulo al que hoy constituye una gloria nacional, y no nos extrañaremos de que el que supo cubrirse de honor en el campo de batalla fuese un verdadero cristiano, practicando los preceptos de la Religión del Crucificado sin la exageración en las exterioridades de que tanto sue-

len abusar los que tal vez no lleven los principios en el corazón, ni con la frialdad de aquellos otros que sintiendo mucho de la energía incontrastable que aquellos proporcionan, no tienen la fuerza de sus convicciones y aparecen débiles en la práctica y defensa de tan caros principios.

No hemos de entrar en minuciosos detalles de su honrosa carrera, detalles que harían muy largo este trabajo; sólo diremos que perfeccionada su instrucción con gran aprovechamiento, y ya de acuerdo sus padres en que fuese la Marina, en la que ya se habían distinguido algunos de los parientes del héroe a quien honramos, la que mejor convenía a sus aficiones y aptitudes, ingresó en el colegio correspondiente, distinguiéndose notablemente entre sus compañeros, y ya oficial de Marina fueron tales las notables dotes que en él sobresalían, que en más de una ocasión se le encomendaron servicios delicados y en varias se le distinguió con premios extraordinarios.

La mayor parte de los ascensos con los que se le honró fueron motivados por servicios extraordinarios y era ya su mérito tan reconocido, que en la gloriosa guerra que en defensa de la integridad de nuestro escudo y bandera, sostuvimos con el engreído imperio de Marruecos, guerra en la que, como siempre, manifestó España que, apesar de su desdicha, era la nación de don Juan de Austria y de Cisneros; don Juan Bautista Antequera prestó valiosos servicios en nuestros buques de guerra, y cumpliendo con sus sagrados deberes sufrió la fractura de una pierna, mereciendo por todo la estimación de sus conciudadanos, las distinciones de su Reina y la admiración de sus subordinados, a los que alentó mil veces con su ejemplo y arrojo.

Como solo de los hechos más culminantes queremos ocuparnos, pasamos por alto los numerosos que sostuvieron la fama del invicto marino, y que

llenar muchos párrafos de su larga y honrosa hoja de servicios, y nos fijamos desde luego en aquellos que llevó a cabo en la guerra justa por nuestra parte, pero siempre lamentable por tratarse de hermanos nuestros, aunque ingratos, que sostuvimos con Chile y el Perú, esos dos pueblos a los que España dotó no solo con su sangre y prestigio, sino con su armonioso idioma, su religión y su costumbres.

En aquella memorable hecatombe en la que cada soldado español se convirtió en un héroe tal que no pudieron menos de admirar y aplaudir los pueblos extraños que desde sus buques neutrales presenciaban tanto arrojo y valentía; Antequera mandaba la *Numancia*, el mejor de nuestros buques de guerra y uno de los primeros del mundo en aquella época, y tuvo la altísima honra de iniciar el combate, combate que hizo doblemente gloriosa para España la fecha del 2 de Mayo.

Méndez Núñez, la primera figura militar que España cuenta en el presente siglo, el caballero cristiano, el marino ilustre continuador de las heroicidades de los que en anteriores siglos supieron elevar el nombre de España a gran altura, asegurándola el dominio de los mares, cae herido, después de haber pronunciado aquella frase tan española de: *Más vale honra sin buques, que barcos sin dignidad*, y en aquel crítico momento, Antequera, en unión del general Lobo, toma el mando de la escuadra y demuestra al mundo con el triunfo obtenido, que el patriotismo y arrojo español, es siempre el mismo, sean cuales fueren las circunstancias porque atravesase tan noble nación; que la España de Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona es la misma que la de Hernán Cortés, Pizarro y Méndez Núñez. España entera llena de legítimo orgullo, escribió para siempre al lado de los de estos héroes el nombre venerado de D. Juan Bautista Antequera, y cuando de regreso a la patria re-

cibía aquel puñado de valientes, lo que pudiéramos llamar los honores del triunfo al lado del inmortal Méndez Núñez, recibiendo como él vítores y aplausos, marchaba humilde y sereno nuestro ilustre paisano, considerándose dichoso por haber contribuido al engrandecimiento de su patria y derramando lágrimas de eterno agradecimiento.

Después de este hecho gloriosísimo, debíamos dar por terminado este trabajo, que él basta y sobra para justificar lo que antes decíamos, que el héroe de Africa y el Callao, el canario distinguido, patriota valeroso, merece que su patria, la noble ciudad de los Adelantados, le consagre, no ya una modesta lápida que le recuerde a las generaciones venideras, sino una soberbia estatua en una de sus principales plazas, pensamiento que tal vez llevará a cabo el pueblo de La Laguna, que ya está dispuesto a subsanar en lo futuro las indiferencias más o menos disculpables que hasta aquí han venido dejándose sentir, sustituyéndolas por un entusiasmo patriótico por las glorias de sus hijos y por lo mucho que le engrandece y exalta.

Otro hecho famoso engrandeció al valiente marino e hizo imperecedero su nombre. Referimosnos al hecho atrevido, que recuerda la intrepidez del genio español en tantas ocasiones acreditada, al viaje de circunnavegación de la fragata *Numancia* por los mares del Globo, de aquella fragata teatro de su valor y arrojo en las guerras ya mencionadas.

La vuelta al mundo dada por buque blindado de tales dimensiones fué un acontecimiento que celebraron las naciones civilizadas, y que les hizo comprender que España es siempre la de los héroes y de los genios portentosos. Pero si como marino ilustre es acreedor nuestro héroe a la estimación general, como caballero cristiano, como político y como representante

en el Poder Ejecutivo y en el Senado, merece también grato recuerdo.

De un carácter afable y generoso, de costumbres austeras, ajustadas a la más sana moral, era humilde con el humilde y atento aun con el que en política o en sociedad pudiera considerarse su enemigo. Las prácticas religiosas fueron fielmente observadas por él, y mil veces se le oyó afirmar que como el espíritu es superior a la materia, se hallaba siempre dispuesto a sacrificarlo todo por su consecuencia en los ideales de la Religión Católica. Eso explica el acto que tanto le engrandeció a los ojos de los creyentes, por más que la política despiadada no lo aplauda: su retractación en el postrer momento, retractación que creyó necesaria con arreglo a los impulsos de su conciencia, ya que había contribuido con su voto para establecer la tolerancia religiosa. Un periódico de Madrid, haciendo su elogio, dice «que era de acrisolada honradez, católico que cree y practica, y espejo de caballeros cristianos».

Como político figuró en el partido que dirige el eminente estadista señor Cánovas del Castillo, y tales fueron sus méritos, consecuencia y lealtad, que este político distinguido le confió, por dos veces, la Cartera de Marina, la que desempeñó a conciencia, prestando en este cargo muchos servicios de consideración a la patria que había defendido con su espada.

En las Cortes llevó la representación de este pedazo de tierra española, a la que arrulla con sus olas el dilatado Atlántico, y apesar de la distancia, y apesar del olvido injustificado de sus paisanos, puso su influencia de parte de los intereses de Tenerife. Santa Cruz le debe en primer término la su-
basta de las obras de su puerto, y siempre que desde esta isla se solicitó su concurso, lo prestó noble y desinteresado en favor de su humilde patria.

Tal vez a olvido o indiferencia no

intencionadas de anteriores municipios sea debido que La Laguna no hubiese sacado todo el partido que era de esperar del encumbramiento y valía de uno de sus hijos más distinguidos.

Padecimientos físicos contraídos en los días de lucha por la Patria venían minando su existencia preciosa y venerada. A ellos tuvo que sucumbir en esta primavera, lejos de su patria, y de la población que había de antiguo elegido para su residencia. La noticia de su muerte llenó de dolor a toda España y hasta la prensa extranjera hizo justicia a las condiciones del gran marino. La Laguna, su patria, Tenerife agradecida, no podía menos de participar en primer término de la pena que a la nación embargara. Un municipio que si comulga en alguna escuela política, no es ciertamente en la que honró con su prestigio al patriota ilustre, se hizo intérprete, a propuesta de su actual presidente, del sentimiento popular y solicitó el concurso de todos para siquiera, modestamente, honrar su memoria. Que el apoyo por todos dispensado, se preste también con el mismo entusiasmo siempre que se solicite para actos análogos que redunden en bien de los intereses y del decoro y honor de la ciudad más noble del Archipiélago canario.— He dicho.

Nuestras fiestas

Fragmento.

Al ver a La Laguna transformándose, perdiendo aquel aspecto propio de los pueblos tradicionales, característicos, decía el inolvidable Valentín Sanz al ya viejo valioso periodista Patricio Estévanez: ¡la han echado a perder!... ¡Qué hubiera dicho al atravesar en

estos días sus anchurosas calles perfectamente adoquinadas, sus plazas hermoideas o convertidas en jardines, su caserío y edificios públicos renovados! ¡Qué hubiera dicho al observar el movimiento de estos días, y la suntuosidad de nuestras fiestas! Creería que la vieja Agüere, con sus ennegrecidos palacios, derruidos paredones y vías solitarias, no existía, y en su lugar se había levantado como por encanto risueña ciudad a la moderna, llena de vida y animación.

La vecina ciudad, la bulliciosa Santa Cruz, unida hoy a la patria de Viana y Porlier por tranvía eléctrico que hace de los dos pueblos uno, dió contingente tan numeroso de *romeros*, que bien puede decirse sin que sea exagerado el acerto, que todos sus vecinos se hallaban en La Laguna, como pudiera haber acontecido si en uno de los barrios que hoy forman la Capital de la Provincia, hubieran tenido lugar las fiestas. Cuanto las bellísimas villas de la Orotava y Puerto de la Cruz encierran de distinguido y valioso, paseaba por las calles de la antigua capital de Tenerife, y dicho se está que el pintoresco pueblo de Tacoronte y los que con él forman el partido judicial de La Laguna, acudieron a la ciudad que los considera como hermanos y de ello se vanagloria.

No es posible reseñar uno por uno los números que constituían el programa de festejos; eso nos haría interminables. Solo ideas y conceptos generales emitiremos. Tengo por costumbre cuando por primera vez visito algún pueblo, subir a un sitio elevado y desde allí abarcar el conjunto que me da idea de su importancia. Ese mismo procedimiento quiero seguir hoy al ocuparme de las fiestas que no he tenido inconveniente en calificar de NUESTRAS, porque lo es en sumo grado el Ser Augusto a quien están consagradas.

Y abarcado el conjunto en el ánimo,

queda la impresión de lo grandioso, porque el acto culminante, aquel que atrae al concurso y le subyuga y conmueve siempre, el celebrado con el nombre de LA ENTRADA, merece, sin temor a que se nos tache de exagerados, aquel pomposo calificativo. Ningún año rayó a mayor altura con haber llegado en otros a nivel tan alto. No hay pluma que lo describa, y si lo intentaran, ni pintor que pueda reproducirlo, ni poeta que lo cante dignamente.

Cuando el Cristo, iluminado por cientos de bengalas, hace alto en el artístico templete y las montañas próximas se llenan de luces, y miles de atronadores cohetes convierten el cielo en centro luminoso que da idea de la luz que pudieran disfrutar los habitantes del astro esplendente del día, si estos existieran; cuando se oyen los acordes de cuatro bandas de música, y los hurras de la admirada multitud, mezclados con los cantos solemnes de la Iglesia, el alma queda en suspenso y por breves instantes se comprende la vida que los bien aventurados disfrutaban en el cielo contemplando absortos la grandiosidad del que manda la tempestad y ordena el movimiento de los mundos que llenan el espacio infinito.

Estamos acostumbrados a creer que en estas apartadas y pobres peñas, por lo mismo que no encierran grandes ciudades que competir puedan con las que en Europa son el encanto de propios y extraños, no puede haber nada que cause admiración, no puede darse espectáculo digno de ser celebrado con justicia. El que escribe estas líneas ha asistido a espectáculos de nombradía universal, a actos grandiosos en capitales de primer orden, donde el lujo y la riqueza llegan a un grado inverosímil, y sin embargo, se atreve a decir—sin temer la crítica de los necios, que casi nunca faltan en estos pueblos pequeños—que LA ENTRADA

es un espectáculo tan grandioso que no se empequeñece con el recuerdo de aquellos acontecimientos. Cada uno en su clase y género puede llegar a impresionar del mismo modo el ánimo, puede despertar en el que lo admire el sentimiento de lo sublime.

Del conjunto de los festejos forma parte en primer término la grotesca Pandorga, este año corregida y aumentada, que llenó la ciudad de alegría, viéndose las calles invadidas por numerosa concurrencia, haciéndose a veces difícil el tránsito.

A la Pandorga asistió la banda del Regimiento de Canarias, de guarnición en Santa Cruz, y formando simétricas filas, los soldados de Artillería que llevaban vistosos grupo de luces. Los gigantes y enanos, o cabezudos, los dromedarios en número considerable, los carros alegóricos del mejor gusto, las danzas a estilo de nuestros campos, todo daba al conjunto mucha animación y proporcionaba a los chicos y gentes campesinas, gratisimo solaz. Lástima que no pudieran abundar más las luces y que en la parte de la pandorga que precedía a los militares no predominara más el orden.

La fiesta de la caridad resultó conmovedora. Las señoras y señoritas acompañadas del digno señor Alcalde y de otras personas repetables, distribuyeron pan y metálico a los pobres, al mismo tiempo que una modesta banda de simpáticos niños del Hospicio tocaba con bastante afinación aires populares. La Institución de Señoras que dirigió este acto merece plácemes.

1902.

El adoquinado

Significa un gran progreso para La Laguna. Cuando recordamos el estado en que esta ciudad estaba hasta hace pocos años, y hacemos comparaciones con el presente, nos parece que soñamos y tememos despertar por no tornar a semejante situación. El golpe recibido por La Laguna a principios del pasado siglo, perdiendo capitalidad y centros oficiales, recibiendo heridas mortales en su riqueza pública y privada y viendo morir a los hijos patriotas que tantos sacrificios habían hecho por engrandecerla y dignificarla, sin que apareciera uno siquiera que imitara aquella conducta noble y desinteresada; ese golpe, repito, dejó tan amenguado el espíritu público, tan empequeñecido el amor patrio, que ya ni siquiera se intentaba imitar el adelanto de otros pueblos que, casi a la vista de la vieja ciudad, crecían llenos de lozanía y entusiasmo.

Las antiguas casas que parecían palacios, se derrumbaban y para levantar otras que dieran mayor extensión a pequeños villorrios, se transportaban los materiales. Los templos, antes resplandecientes de luces y riquezas, comenzaban a dar muestras del abandono de la población, decayendo el culto y muchos amenazando ruina. El ornato público era desconocido o mirado con indiferencia, y todo lo más que se hacía en periodo de tan triste recordación, era elogiar, o mejor dicho, admirar o ponderar lo que en los pueblos nuevos simbolizaba un progreso, pero sin jamás pensar en imitarlo, porque en lo inmenso de la caída se creía imposible e inútil todo acto regenerador.

El aspecto de nuestra ciudad era tristísimo. Ni se pintaba ni se blanqueaba una casa; apenas había un jardín, ni público ni privado, aquí, donde las flores brotan hasta en las hendiduras de las paredes! Las calles sin aceras, o con las antiguas medio destroza-

das, y los empedrados en un estado tal, que todavía recordamos con susto los peligros que se corrían cuando se atravesaban en carruaje o en cualquier clase de vehículo sostenido por ruedas.

¿Quién no recuerda con tristeza el estado de La Laguna en la estación de invierno, con las enormes charcas que sostenían la humedad, y hacían imposible el tránsito días y días, a pesar de no ser lluviosos, hasta el punto de que ni las procesiones recorrían las calles, ni las mujeres de cierta clase de la sociedad se atrevían a salir sin grandes precauciones? ¿Quién no tiene presente aquellas noches de eterna oscuridad, oscuridad que por desgracia aun no se ha disipado, en las que a cada paso sentíamos nuestros pies metidos en improvisados barreños de nada límpida y poco templada agua?

Para la en otro tiempo capital de las siete islas, (que eso fué La Laguna, como sabemos los que de historia canaria estamos enterados, y pronto quedará demostrado plenamente en un originalísimo libro que publicará un verdadero sabio que honra al país y, con su amistad, al que estas líneas escribe), para la ciudad que siempre fué la primera en propagar todo lo que significa progreso: la imprenta y el periodismo, las asociaciones instructivas y patrióticas y los espectáculos cultos; aquel estado de cosas era insoportable y tristísimo; lo recordamos todos como una abrumadora pesadilla. Vino al fin la reacción en el sentido no político de la palabra, y aunque con lentitud, porque falta un ramo de positiva riqueza que proporcione los medios de bienestar consiguientes, la ciudad se transforma; renace la animación, y de nuevo los hijos de La Laguna hablan de su progreso y por él abogan. Las plazas antes áridas se adornan con fuentes y flores; se mejora el alumbrado público; se restauran las antes envejecidas casas, adornando sus patios con abundantes flores, hasta el punto que, de

usarse aquí los cancelos de hierro, pudiera imitarse a la famosa Sevilla con sus pintorescos patios; y las calles de suyo amplias y rectas, como no las tiene otro pueblo en la provincia, aparecen adoquinadas y casi todas ellas con aceras; los templos se restauran y enriquecen con mármoles y alhajas, y los centros de caridad, antes en el mayor abandono, son atendidos y aumentados de un modo consolador; añádense a los edificios destinados a instituciones públicas, un magnífico palacio episcopal, un seminario que puede competir, así como el Instituto provincial, con los mejores de su clase, y hasta el elemento militar contribuye al evidente renacimiento de La Laguna, construyendo cuarteles y pabellones que puedan albergar dignamente a los capitanes generales que en otro tiempo tuvieron aquí su residencia habitual.

De todos estos adelantos ninguno llama más la atención que el que representa el adoquinado. Los que sabemos lo limitado de los recursos de que aquí se dispone, precisamente por carecerse de un verdadero ramo de riqueza, pues todos conocemos el nada próspero estado de la agricultura; los que no ignoramos lo costoso de ese medio de proporcionar cómodo piso a anchas y dilatadas calles, nos admiramos de semejante milagro. Puede decirse hoy que la ciudad está casi toda adoquinada.

En efecto; las primeras calles, las de mayor circulación y más céntricas, las que conducen a los sitios por donde ha de seguirse para comunicar con los otros pueblos, están perfectamente arregladas en su piso y aceras, así como dentro de poco podrá decirse que todas las plazas estarán decoradas, pues ya se habla también de convertir en un ameno parque a la gran plaza de San Francisco.

Tamaño bien se debe a las gestiones de todos los alcaldes pues desde el se-

ñor don Juan de Ossuna, que hizo el primer trozo de adoquinado y el señor Carballo, que dió el colosal paso al de la Carrera, hasta el señor Tabares que sigue la obra de todos sus antecesores, han manifestado el más plausible empeño por proporcionar a la antes abandonada ciudad esa mejora.

¿Qué falta ahora? Falta que el pensamiento de terminar la obra, es decir, de llevar el sistema de adoquinado aún a las calles más apartadas y menos concurridas, pero no menos bellas, como las de Nava, Viana, Saviñón, Rosada, Núñez de la Peña, y Santo Domingo, se persiga constantemente; falta, y esto es importantísimo, y puede decirse que a ello van encaminadas las presentes líneas, que cada año, de una manera fija y segura, se examinen una por una las calles ya adoquinadas, haciéndose los reparos necesarios, evitando hundimientos, colocando los adoquines que falten, especialmente en las calles de mayor movimiento, y falta, ultimamente, que se monte un servicio de limpieza semanal, si no diario, contratándolo con un particular que se beneficie de los estiércoles, que tienen gran valor en todo pueblo agrícola, o por administración, si aquel medio no es posible, o en último término acudiendo a los vecinos como antes se hacía. Todo menos el desaseo presente.

De no restaurarse anualmente los adoquinados, para lo que debe figurar la correspondiente partida en el presupuesto, dentro de unos cuantos años tornaremos a las charcas, a los peligrosos saltos de los carruajes y a todos los males que el pueblo, a costa de evidentes sacrificios, ha querido evitar con tenacidad y empeño al que a la verdad no estábamos acostumbrados desde que la ciudad perdió gran parte de su tradicional grandeza.

1901.

Mi valle

Reune sin disputa, al que me refiero, cuantas condiciones naturales pueden contribuir a que sin exageraciones de ninguna especie se clasifique de bellísimo y encantador.

Corónanle elevadas montañas revestidas de verde follaje, de contornos variadísimos, algunas terminan en enormes monolitos que figuran ora ridículos seres humanos, ora castillos arruinados, siempre contribuyendo a la hermosura del paisaje. Una recuerdo ahora, que es un encanto. La remata una antigua quinta, y en sitio, el más visible, una gallarda palmera que hubiera hecho imaginar a D. Quijote descomunal gigante que desde las nubes le provocaba a singular batalla. Cuando obscurece, las luces que revelan la existencia en la altura de seres humanos, semejan estrellas que recorren pequeñas órbitas, o señales convenientes hechas de elevado minarete.

El valle se extiende en desigual declive y va a morir al mar; hay en el cuadro un cielo purísimo, rara vez empañado por atrevida nube, larga faja de verde oscuro alterado a trechos por el no menos oscuro de las peñas, o el semi-rojo de arcillosas y desiguales huertas; alfombra variadísima constituida por una vegetación fogosa donde abunda la vid y crece el naranjo y el granado y la higuera ofrecen sus sazonados frutos y más bajo como la última base de un riquísimo pedestal, el azul verdoso del océano, separado de la tierra por la blanca línea que forman las espumas.

En una colina, ni tan alta que pueda creérsele en los montes vecinos, ni tan baja que se le confunda con una de las viviendas que diseminadas aumentan la belleza del cuadro, se eleva la sencilla pero pintoresca ermita. Creyérasele una paloma que se extasia contemplando el armónico conjunto que forma la bandada a que pertenece.

No hay pueblo propiamente dicho; de trecho en trecho se notan grupos de casas, pero nunca unidas, cercadas de huertos, de flores, de jardines. Aquel es el Realejo; allí, Garimba, el centro es el verdadero valle que comienza desde el Boquerón, cortada extraordinaria que presenta bonitos puntos de vista.

Reina en el país la más completa calma, todo es allí dulce y tranquilo, la moralidad de sus habitantes, casi modelo, el respeto a la propiedad, extraordinario. Los objetos de valor quedan sin peligro de ser robados en el exterior de las casas. El crédito personal, factor que los modernos economistas no han logrado adquirir en el concierto económico el debido desarrollo, forma en el valle base firmísima de cambio y préstamos. Predomina en los vecinos un carácter bondadoso al par que jovial y divertido, y su amabilidad con los que desde otros pueblos nos acercamos a disfrutar de un clima sin rival en el mundo, raya en el cariño mismo.

El clima es tan suave y apacible, que al termómetro observado por un natural del país y queridísimo amigo mío, nunca se le vió descender de los 8.º ni subir de los 25. El desierto de Sahara envía de tiempo en tiempo algo de sus abrasadoras brisas y en toda la isla se experimentan sus efectos; en el valle no tienen entrada; las elevadas montañas lo impiden; la masa de aire más densa encerrada por ellas, obliga a las desagradables mensajeras, de suyo enrarecidas, a pasar de largo por la parte alta sin molestar a los moradores ni secar las lozanas plantas, siendo por el contrario refrescadas por la brisa que el mar envía constantemente.

Lo que no está en consonancia con las bellezas, expuestas con la tranquilidad dulce y apacible que hace en el valle tan agradable la vida, es el nombre con que se le designa. El Valle de Guerra parece recordar, al que de his-

toria tinerfense esté poco versado, que sin duda a las batallas que en la conquista del país tuvieron lugar entre la noble raza indígena, hoy por desgracia exterminada, y nuestros padres los valientes conquistadores, se debe semejante apelativo

Nada menos cierto que tal afirmación. Apesar de que el valle era sitio preferido por los primeros habitantes de la isla, como lo acrecita el número considerable de cuevas donde aun se ven restos dispersos, algunos de los que yo mismo he recogido y conservo, no hace la historia referencia alguna de batallas que allí tuvieran lugar, y si las hubo, no aconteció que quedara tan vivo su recuerdo como en las de la Matanza y Victoria. El nombre de Guerra se debe al recuerdo del bravo Lope H. de la Guerra, a quien fué donado el valle en recompensa de sus hechos heroicos durante la conquista, y particularmente a un rasgo de desprendimiento que contribuyó no poco a que la de Tenerife pudiera llevarse a cabo. Diego de Cabrera envió a Fernández de Lugo, el jefe de la expedición, cuyos restos descansan en la Catedral de La Laguna de Tenerife, un gran refuerzo de hombres que le era necesario si había de hacer frente al valor y denuedo de la raza conquistada; pero los refuerzos llegaron precisamente cuando la falta de recursos hacía punto menos que imposible la permanencia en Añaza, hoy Santa Cruz, de los que formaban la expedición. Lope H. de Guerra marcha a la Gran Canaria e imita el rasgo que más ha immortalizado a la I Isabel, vendiendo cuanto era de su pertenencia, lo que se le había donado como premio a su valor en la conquista de aquella isla, salvando con ello la critica situación de aquel puñado de valientes.

Pero dejaré esta disquisición histórica para volver al valle inolvidable que vengo celebrando. En él todo es alegría y contento, las casas recién

blanqueadas y muchas adornadas con ramas, follaje y palmas, los gritos de los chicos que lucen sus mejores trajes, los cohetes que de distintos puntos se elevan al espacio y otras muchas desusadas muestras de alegría manifiestan que es día extraordinario el que para visitar el valle he elegido. Y en efecto; es la patrona del pueblo la que al día siguiente festejan todos con franca e ingénuo alegría. En la víspera ya se anuncia el acontecimiento. Las más gallardas mozas vestidas de gala han acudido al templo a «bajar y vestir a la Señora», los mozos preparan en la plaza, no sin asomarse de tiempo en tiempo a la puerta de la iglesia, los arcos de follaje, los *ventorrillos*, los *barcos*, de que luego hablaré, y el escenario donde más tarde ellos mismos han de lucir su donaire en picantes sainetes de D. Ramón de la Cruz, u otros, si cabe más picantes, de los que hoy están en boga. La torre luce sus banderas y los chicos no dan reposo a las campanas que llevan la alegría por todo el ámbito del valle.

La noche se aproxima y con ella va aumentando el ruido. Ya llegan a la plaza, iluminada con algunos farolillos que valen tanto para aquellas sencillas gentes como para nosotros la luz producida por poderoso arco voltaico, grupos de alegres jóvenes que cantan al son de sus guitarras, panderetas y castañuelas, ya llegan *ellas* con sus airosos sombreros, bello; corpiños y trajes y pañuelos de vivos colores. Los corros se forman por toda la plaza y comienzan los bailes del país. Aquí un animado *tajaraste*, baile que se cree propio de los guanches, allí las monótonas *folias* alternando con la alegre *isa* y las bullangueras *seguidillas*; en otras partes los viejos miran, y cifran en ello su distracción; aquí el anciano *saca* a su ya decrepita mitad, para recordar mejores, más afortunados tiempos otros grupos numerosísimos dan vueltas a la ermita cantando, ellas sus

esquiveses verdaderas o fingidas, ellos sus afanes y la intensidad de su amor. La animación y la algazara es indescriptible. Como la casa donde me albergaba estaba distante, me resolví dirigirme a la plaza a caballo y de ese modo pude apreciar mejor el conjunto dando una vuelta al *patio*. Todo el mundo gritaba, todo el mundo hacía ruido, y el que llegaba tenía que participar de la general alegría.

De pronto, a lo lejos, se divisa un grupo de hachones encendidos y multitud de cohetes pueblan el espacio. ¡Es la *librea!* gritan los chicos, y una exclamación de gozo se oye por toda la plaza. Esta se halla rodeada de un antepecho a manera de balcón, y todo desde allí se distingue perfectamente; la *librea* se va acercando y ya se distinguen los detalles de su armonioso conjunto, un pelotón de hombres con fusil al hombro, muy serios todos y marchando al compás del toque de un redoblante, algunos llevando determinada prenda militar, abren el paso. Son los mozos de la reserva y algún otro que aunque ya no lo es, recuerda con gozo los tiempos de militar. Después sigue la *danza*, compuesta de muchos mozos grotescamente vestidos con flores y cintas, llevando en la mano una con la que tejen sobre un adornado palo, caprichosos dibujos, luego *el capetán*, que es un vecino elegido por todos para que presida la fiesta y agasaje a los de la comparsa. Este año lo era un solterón obeso y de no muy escasa nariz; vestía el uniforme que hoy llevan los capitanes en el Ejército, pero no fué fácil conseguir el roz y substituyó a esta prenda un morrión de miliciano nacional, que sin duda, a juzgar por el enorme plumacho, debió de pertenecer al mayor de los tamborres mayores de los tiempos del *chín chin*. Mi hombre iba poseído verdaderamente de su papel, a juzgar por su seriedad y acompasados movimientos, y apenas si miraba a los que con envi-

dia le daban a voces el parabien por la honra alcanzada.

Y en pos de todo esto, y rodeado por el más numeroso concurso, venían tres *barcos* llenos de pasajeros que daban gritos de alegría, y llevaban hachones o escopetas que descargaban a menudo. Los barcos son enormes carretas tiradas por bueyes, las que afectan la forma de los vehículos que llevan aquel nombre, llenos de cuerdas, de palos, de velas y banderas, constituyen para aquellas gentes uno de los primeros atractivos de la fiesta y por asistir a las *carreras* vienen de muchas leguas en contorno entusiastas campesinos.

La entrada de la *librea* en la plaza no es para descrita; los gritos repetidos, los escopetazos, cohetes, risas, saltos, y contrastando con todo eso la seriedad de los improvisados militares con su indispensable capitán, forma un conjunto digno de verse, y que visto una vez no se olvida. Aquella algazara sigue por algún tiempo, aumentando cada vez más con los efectos del vino que, como abunda en el valle, corre allí de lo lindo. De pronto la campana de la ermita suena alegre; la puerta, adornada con gusto discutible, pero con abundante y heterogéneos elementos, se abre, y después de los estandartes, las cruces y los devotos, aparece radiante de luz y hermosura la imagen de María, bellísima por cierto, en sus andas llenas de flores y cintas y con su niño sonriente que bendice a la multitud. Al instante callan los instrumentos, cesan los bailes, las cabezas se descubren y las rodillas se doblan con religioso respeto. El cuadro es imponente y digno asunto para un gran pintor. Confieso que aquel acto infundió en mí más admiración y profundísimo sentimiento, que los grandiosos que con la soberana pompa propia del culto católico he presenciado en Roma y Sevilla.

La danza marcha delante de la ima-

gen y después del clero, y aún del mismo alcalde, por cierto muy querido amigo mío, el capitán con sus *bravos* soldados, y al fin los barcos, desde los que se dan vivas a la peregrina imagen. La procesión concluye con la *loa* improvisada por un devoto, y la algazara torna, para calmar un poco cuando se haga la *batalla*, y se termine con la *comedia* y los indispensables fuegos artificiales que nada de particular ofrecen. No así la batalla y la comedia. Aquella se verifica después de un diálogo entre moros y cristianos colocados los unos en el *barco*, los otros en improvisado castillo. Joaquín es director y actor a la vez, y todos le oyen con gusto y muchos con envidia; ha estado en la Habana, y esa circunstancia es suficiente para que tenga cierto ascendiente sobre sus convecinos, aparte de que es carpintero, y muy hábil por cierto. La batalla es horrorosa, y un compañero mío inseparable para esta clase de jornadas, decía con singular gracejo, que aseguraba no haber habido mayor número de tiros en Lepanto, cuando pudieron tornar vivos Cervantes y D. Juan de Austria.

Quien quiera hacerse cargo de lo que fué la comedia, asista, si tiene la fortuna de verla anunciada, a *La Comedia de las Maravillas*, de nuestro inmortal D. Ramón de la Cruz. Las exhortaciones del alcalde, aunque no hechas en tan tosco lenguaje como el del personaje de la celebrada comedia, las impaciencias del público, en el que no faltan remilgadas señoritas y gomosos que desde las ciudades se habían *dignado* acudir a la fiesta; las entradas y salidas de los medios, aderezados actores, las licencias naturalísimas de éstos, y los gritos del apuntador, todo hubiera hecho presumir, que el afamado inventor de los sainetes habría visitado aquel lejano país, si no se recordara que sus actuales habitantes son los descendientes de los que de estas tierras, al transportar raza, idioma y

religión, transportaron también usos y costumbres.

Las que seguramente no llevaron allí, fueron las observadas por los que al festejo concurrimos al siguiente día. Refiérome a las *carreras de los barcos y la lucha*, que en un terreno próximo a la plaza tuvo lugar.

De las primeras solo me agrada lo único que veo con gusto en las corridas de toros, las que afortunadamente no se han implantado en aquel pacífico país, el aspecto y el concurso; verifícase al terminar la función y procesión diurna, y allí está todo el pueblo con sus vistosos trajes y animado conjunto; colócase los espectadores sobre los puntos más elevados, dejando libre la plaza. Esta es ocupada por *los barcos*, y uno a uno éstos corren, llevando delante un pastor y dos a los lados que pican con puños al bravo ganado. El peligro es inmenso, pero no hay quien, sin esponerse a una general rechifla, condene en público tan extraño espectáculo. Es la ocasión para lucir los mozos su destreza y atrevimiento, y los labradores su ganado que aprecian en tanto

La lucha se verifica por la tarde. Mientras la gente divertida baila en la plaza, en un campo, formando círculo, se apiñan los curiosos. El valle y muchos pueblos inmediatos han *desafiado* a La Laguna que ha contado siempre con grandes luchadores y hoy con el invencible Llanos, conocido en todas las islas. Cada partido tiene su representante, y éstos, juntos con el alcalde que preside el acto, dirimen las contiendas que puedan ocurrir. De cada bando sale un hombre, llevando un sencillo y ligerísimo traje, y lucha brazo a brazo en una posición determinada con su adversario, hasta vencerle o ser vencido; el que cae, se retira, el que queda tiene que luchar con el que se presente, hasta caer o quedarse con el campo. Triunfa el partido de donde menos hombres caen, y suele dárseles

un pequeño premio aparte del que reciben del público que logran entusiasmar con sus habilidades o con sus fuerzas. Algunas, aunque raras, desgracias ha ocasionado al país semejante espectáculo, muy general allí y que muchas veces presiden hasta las autoridades superiores de la provincia. No es digno de loa que se prodigue la *lucha*, pero ¡cuánto dista del acto repugnante, que tanto rebaja la dignidad del hombre, que se verifica con lamentable frecuencia hasta en las más famosas ciudades de España!

Sea esto dicho como atenuación a las no muy cultas costumbres que he descrito del que llamo mi valle, donde cuento con discípulos y amigos queridos, a quienes nunca agradeceré bastante la solicitud y cariño con que en más de una ocasión supieron trocar las tristezas, que son corolario de la vida, en agradables e inocentes distracciones.

De «E. Liberal», de Alicante.

Geneto

Fragmento.

Casi siguiendo la dirección del sur de la ciudad, serpentea por entre un campo de aspecto variado una dilatada vía que por hallarse poblada de lindas casas, pudiera ser considerada como una extensa calle.

El camino es casi llano; debiera convertirse en cómoda carretera; sin embargo, hasta cierta distancia puede transitarse por él con carruajes de todas clases.

A un lado y otro de la vía descúbranse preciosos panoramas. Ya se distinguen los hoy esquilados montes de la Esperanza, entre los que se divisa el magestuoso Teide como guardián cauteloso que solo se deja ver cuando

conviene a los fines de su guardiana; ya las planicies siempre verdes de los productivos Rodeos y de los accidentados Baldíos, ya la Ciudad con sus torres y miradores elevados, extendida de Este a Oeste en el comienzo de la celebrada, encantadora Vega, a la que corona de verde obscuro el caprichoso monte de las Mercedes, ya los campos que conducen al Oceano donde se sienta la moderna y bulliciosa capital que el poderío del comercio y los azares de la fortuna han levantado en las históricas playas de Añaza.

Con estar tan cerca de la Ciudad este ameno lugar de Geneto, y constituir uno de sus más extensos pagos (como que cuenta tres ermitas y en otro tiempo el magnífico Ayuntamiento de la Ciudad le nombraba alcalde, privilegio que solo tenían los pagos del Rosario y Valle de Guerra), disfruta de un clima distinto del de La Laguna. Ni las lluvias son allí tan copiosas y continuas, ni la humedad que tanto molesta en la estación de invierno, deja sentir sus efectos.

Sin duda por esta razón y por estar en otro tiempo los extensos campos de Geneto literalmente cubiertos de frondosa viña y de abundantísimos árboles frutales, fué elegida esta zona por los habitantes de buena posición de las dos poblaciones comarcanas, Santa Cruz y La Laguna, para pasar grandes temporadas. Al estilo antiguo se edificaron en Geneto cientos de casas de campo; algunas existen, otras han quedado reducidas a las llamadas de medianeros, y de algunas, como la llamada de Castrejón, que debió tener honores de palacio, solo quedan las ruinas.

El *oidium*, enfermedad que arruinó la cosecha de la vid, principal riqueza del país del vidueño celebrado y del magnífico malvasía, convirtió los campos de esmeralda de los Genetos en terrenos de un valor tan escaso, que cuando por la preponderancia naciente de Santa Cruz, cayó la que por es-

pacio de tres siglos venía ejerciendo La Laguna, se popularizó un aforismo que aun recordamos con dolor los que empezamos a peinar canas: "*Tierras en Geneto y casas en La Laguna, más vale no tener ninguna.*"

Por fortuna, ni para las tierras de Geneto ni para las casas de La Laguna, tiene hoy razón de ser el viejo adagio tinerfeño. Los campos de Geneto producen bastantes cereales, sabrosas y abundantes *papas* y siempre muchísima fruta, y la simpática y productiva vid, vuelve a extender cariñosa sus dilatados vástagos por la fértil tierra *genetera*, aunque hay quien aplica otra frase que solía de antiguo aplicarse a los sujetos de tornadizas ideas: "*Este cambia tan fácilmente como los vinos de Geneto.*" Y para las casas de La Laguna ha venido tal reacción tocante a sus precios, que es para los pobres y gentes de mediano capital un problema difícil hallar habitaciones baratas.

De nuevo, desde hace años, aunque no con el antiguo entusiasmo, vuelven los propietarios de tierras en Geneto a edificar casas en la pintoresca vía, desde antiguo tan poblada, y de nuevo se ven ocupadas por familias distinguidas, especialmente en la época de verano, las nuevamente construídas y muchas de las antiguas restauradas.

Pero los laguneros no han comprendido o querido comprender que entre los pintorescos alrededores de la ciudad, ninguno como los Genetos pueden ofrecerles un clima más apropiado para invierno, especialmente en los meses más húmedos y molestos, Enero, Febrero y Marzo, cuyo mérito tuvo en estima el nunca olvidado sabio Bertelot, y supieron explotar otras personas de buen gusto como el Obispo Infante, que lo eligieron por residencia habitual en esa estación del año que tan molesta es en La Laguna, especialmente para los enfermos.

Bertelot, personalidad prestigiosa y

querida para los canarios, cuyo suelo enaltecí con los raudales de su nada común ingenio, edificó en Geneto un precioso hotel, donde se retiró con su distinguida esposa, y donde habitó, llevando una vida tranquila, dulcificada por clima apacible y embellecida por la perspectiva de una campiña fértil y variada. Bertelot vivió ciento y más años; su esposa alcanzó una longevidad envidiable poco inferior a la del sabio naturalista.

1907.

12 de Octubre

He aquí una fecha gloriosa para España y simpática para todos los que a la raza hispano-americana pertenecen.

El hecho de declarar Fiesta Nacional ese día memorable, fué acogido con general aplauso; yo puedo afirmar que desde que asistí a las hermosas fiestas (1) que en 1892 se celebraron en Huelva por el 4.º centenario del descubrimiento de América, decía a cuantos con su trato me honraban que no me explicaba el por qué aquellas alegrías y muestras de patriotismo no se repetían el 12 de Octubre de cada año en toda España y en todos los pueblos de América.

Llenábanme de satisfacción aquellos

(1) A esas fiestas, de fama mundial, acudieron S. M. la Reina con sus tres augustos hijos, el presidente del Consejo de Ministros señor Cánovas del Castillo, representaciones de todas las naciones del mundo y las escuadras de las mismas. El *Te Deum* que se cantó en la pequeña iglesia de la histórica Rávida, lo entonó el Cardenal Arzobispo señor Sanz y Foré, así como bendijo el monumento conmemorativo que se inauguró al terminarse el acto religioso.

festejos por la honra que a España habían dado los acontecimientos que se conmemoraban, y al ver congregadas en Huelva y la Rávida a tantas representaciones de las naciones americanas que de España recibieron civilización e idioma, celebraba también aquella fiesta porque podría traer en pos, siquiera a la larga, la unión, por desinteresado amor, de la nación madre con las hijas emancipadas.

En las cátedras de facultad de la Universidad Central aprendí a sentir, con mis sabios e inolvidables maestros, la emancipación de las aludidas naciones, trozos hermosos del hispánico territorio, pero considerándola como un hecho consumado, aprendí también a desear que olvidados los agravios que para la consumación de los hechos fueran indispensables, se despertara en todos amor de hermanos, que pudiera trazar para la raza días de grandeza y de gloria, partiendo siempre, claro es, de la indiscutible autonomía, pero formando voluntariamente una gran unidad sostenida de un modo permanente por los suaves lazos de un entrañable amor.

Esta idea se arraigaba en mi con creciente vigor a medida que el tiempo transcurría. En mis viajes por la Península y el Extranjero; en las tres últimas exposiciones universales de París y en la de igual carácter de Barcelona, a cada paso se me presentaba ocasión de comunicarme con familias americanas, y, con rarísimas excepciones, observaba, con gran contentamiento, que predominaba en ellas, en las familias aludidas, un afecto a nuestra amada patria que me hacía creer que hablaba con españoles. Como yo, lamentaban las desdichas que agobiaban a la que en otros tiempos fué envidiada y nunca envidiosa España, y como yo, celebraban los hechos más gloriosos de su brillante historia. Muchas decían con orgullo que procedían más o menos directamente de familias españolas y

no pocas abogaban porque llegara un día en el que se pactara para siempre la unión de la raza, formándose una entidad que tal vez pueda influir sobre los destinos del mundo, no para imponerse por la fuerza respondiendo a intereses materiales, tal vez mezquinos, sino para apoyar la justicia y el derecho allí donde se pretenda hollarlos.

Estas consideraciones explican que sintiera grandísima satisfacción cuando por primera vez supe que se celebraba la Fiesta de la Raza, y fué empeño mío constante, que ésta, mi querida patria, la capital docente del archipiélago, tuviera la honra de ser la primera que la celebrara en Canarias y para ello siendo presidente el culto Ateneo de La Laguna, propuse se acordara la celebración.

El actual digno presidente de la ilustrada sociedad lagunera fué el ejecutor afortunado del acuerdo unánime de la Junta directiva.

Aun no se ha borrado de la memoria aquella hermosa y patriótica fiesta, así como la que luego se celebró en la bulliciosa capital vecina, fiesta a la que dió gran realce la presencia de S. A. el Infante D. Fernando de Borbón y el discurso elocuentísimo que pronunció el actual ministro de la Corona señor Francos Rodríguez, quienes marchaban a Chile a celebrar otro gran festival que ha contribuído en gran escala a que se aproxime el deseado día de la unión definitiva y transcendental de la raza hispánica.

1921.

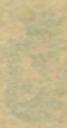


El primer libro publicado de este autor...

En el primer libro publicado de este autor...

En el primer libro publicado de este autor...

En el primer libro publicado de este autor...





A dos sentimientos nobilísimos obedece este capítulo de mi modesto trabajo: al sentimiento que emana del amor fraternal y al que se genera del agradecimiento, que es propio de seres que se precian de dignos.

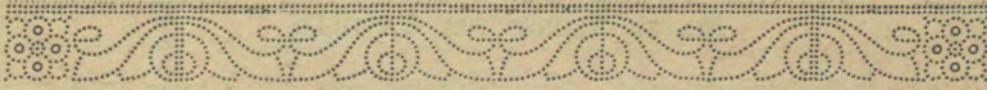
Se trata de un hermano al que adornaban algunas cualidades no muy comunes, permítaseme esta inmodestia, reconocidas por tantas personas de legítimos prestigios; se trata de un ser querido que me guió por las sendas de la vida desde que comencé a vivir la vida de la inteligencia y del bien; se trata de un hermano que me enseñó con su ejemplo a querer a la patria, a no envanecerme con los oropeles engañosos, a los que damos, los más, funesto culto; se trata del que fué luz y alegría de mi hogar bendito, y es justo que en este opúsculo donde en forma, pobre en calidad, se reflejan mis ideas, mis sentimientos, el modo de ser de mi alma, recuerde al hermano querido, al inolvidable director de mi existencia después de Dios.

Consecuencia de lo expuesto es que impere en mi alma un profundo agradecimiento al leer de nuevo en periódicos que conservo como estimadas reliquias, las frases laudatorias, espontáneas y desinteresadas que a la memoria del hermano querido estamparon hombres de prestigio que a nuestra patria

isleña honraron y honran los que por fortuna aun viven; y consecuencia es que estampe aquí los nombres de esas distinguidas personas, repitiendo lo inmenso de mi agradecimiento, el que hago extensivo al Excmo. Ayuntamiento de mi amadísima Laguna, que dedicó a la memoria del que tanto la amó y enalteció con su palabra y con sus escritos, una de sus avenidas más céntricas y concurridas.

He aquí los fragmentos de algunos de los escritos y los nombres, que nunca olvidaré, de las aludidas personas, sintiendo no tener presente los de muchos que no llegaron a mi poder o que, con pena, se me han extraviado.





Con pluma ajena

Duelo general

La noticia se ha propagado con rapidéz eléctrica. La muerte, pronta siempre a segar las vidas mejores, puso fin a la existencia del ilustre sacerdote. Don Silverio Alonso del Castillo ha muerto cuando tanto podíamos esperar aun de sus talentos notorios, y ha muerto como había vivido: con la resignación de un ferviente cristiano, de que tantas pruebas dió durante su cruel dolencia. El mismo, momentos antes de entrar en la eternidad, encomendó su espíritu a Dios en una oración dulce, conmovedora, que recordaba al predicador tantas veces admirado...

No sólo a su familia y a los que tuvimos primero la dicha de ser sus discípulos y más tarde la honra de ser sus amigos, a cuantos conocían y apreciaban sus condiciones verdaderamente excepcionales, hiere esta desgracia. También la provincia entera y, sobretudo, la histórica ciudad de los Adelantados, están de duelo. Con el fina-

do se han ido para siempre una luminosa inteligencia, un hombre que reunía todas las condiciones para brillar, como brilló, entre nosotros: serenidad, carácter, cultura, equilibrio perfecto para toda labor inteligente; un alma buena y un noble corazón, sin odios ni rencores; un honrado hidalgo, y un gran patricio.

A nadie extrañará, pues, el unánime juicio que acerca del Doctoral de Tenerife ha formulado la opinión pública y que de todas partes lleguen testimonios elocuentes y sinceros de la aflicción causada por la pérdida del esclarecido lagunero. Ese clamoreo general, nacido de un sentimiento de piedad y tristeza, constituyen su mejor elogio.

* * *

Del señor Alonso del Castillo puede afirmarse que se asomó a todas las cuestiones. Espíritu amplio, cultivó con gran competencia y fortuna los problemas sociales y religiosos que agitan nuestra época y acaso ninguno

con mayor clarividencia abordó en Canarias tan debatida materia. Como periodista, publicó en este mismo semanario artículos, nutridos de sólida y seria enseñanza, no para colmar de elogios al amigo y de censuras al adversario, sino para dilucidar puntos de interés común. Como catedrático ilustró a generaciones enteras en el Seminario, en el Instituto y en la extinguida Escuela de Derecho. Amante de su pueblo, hizo más por La Laguna, modestamente, obscuramente, que otros que solo han sabido, para encumbrarse, lisonjearla en sus ofuscaciones y extravíos; tuvo, como se ha dicho de un insigne hombre público contemporáneo, pensamientos levantados y valor cívico bastante para no sacrificar el porvenir de su ciudad querida, ni sus altos intereses, a la agitación de la calle, a las conveniencias del momento, al bienestar personal, a esos ídolos ruines y pequeños en cuyas aras menudean hoy los sacrificios y las ofrendas. Pero su mayor prestigio, lo que más afirmó su personalidad, fué el dominio del público. César de la oratoria sagrada, *llegó, vió y venció*, pues, apenas pronunciados los primeros sermones, su fama se extendió a todas partes; aquella palabra tersa y limpia que cual la superficie de tranquilas y transparentes aguas, dejaba percibir todos los objetos del fondo, aquella expresión elocuente, de augusta majestad, que fué siempre el verbo de su oratoria, atraía las multitudes a los templos, insuficientes a veces para contenerlas. Inmortal como su espíritu, para siempre perdido, fué el sermón que hace dos años predicó el Jueves Santo en la parroquia matriz de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife.

Todo eso, y mucho más, fué hasta la vecindad de su muerte, digna de un justo, el Doctoral de Tenerife: un espíritu emocional y afectivo, que respondió como un eco a toda voz de su tiempo y a toda angustia y a todo regocijo

de la sociedad en que vivió; un hombre ilustre, llamado a más eminentes puestos, de los cuales le alejaron su falta de ambición y su exceso de modestia. Hoy, que fatalmente ha llegado la hora de la verdad y de la justicia, lo reconocen todos.

* * *

—¡Pobre Don Silverio!—exclamaba una mujer del pueblo, con lágrimas en los ojos, al oír doblar las campanas de nuestra derruida Catedral.

—¡Pobre ciudad de La Laguna!—decimos nosotros, con lágrimas en el alma, al ver como va desapareciendo aquella raza de hombres notables, que se llamaron Nava, Pinto, Trujillo, Hernández González, sin que se descubra aun en las nuevas generaciones, incapaces de todo sacrificio, estériles para el bien común, quienes hayan de sustituirles.

A. Cabrera-Pinto.

9 de Abril de 1906.

Un recuerdo

La Laguna está de duelo.

Dos días ha que bajó a la tumba uno de sus hijos más ilustres.

Su memoria no se borrará fácilmente, porque ella vive en el corazón de sus numerosos amigos y admiradores; porque ella se sostiene con el efluvio de sus méritos y virtudes; porque ella se agranda con el eco de su voz, que aun repercute en las bóvedas de todos los templos de Tenerife.

Era el Doctoral don Silverio Alonso del Castillo y Pérez, gloria legítima del púlpito; honra y prez del Ilustre Cabildo, que le contaba entre sus miembros.

Su ilustración era vasta, su criterio recto, su conversación amenísima.

Escribió bastante. La prensa católica publicó muchos artículos suyos en que se echaba de ver la profundidad de las ideas y el conocimiento pleno de las ciencias sociales, morales y políticas.

Pero donde brilló a gran altura fué en el púlpito. ¡Qué dominio de palabra! ¡Qué claridad la de su inteligencia! ¡Qué lógica en las deducciones!

¡Qué agudeza de ingenio: qué penetración de pensamiento, qué facilidad para encontrar relaciones entre objetos los más distantes y diversos!

Su oratoria era sugestiva en alto grado. A los pocos momentos se hacía dueño del auditorio: le imponía su voluntad. Ya no era posible pensar, ni querer, sino lo que él pensaba y quería.

Era un orador de cuerpo entero. Se apropiaba del asunto en tales términos, se apoderaba de él con tal vigor, que en ocasiones hasta parecía haber perdido la conciencia de sí propio y que su espíritu, libre de trabas, corría por regiones desconocidas...

¡Y pensar que todo ha terminado!
¡Y que aquella su voz ha enmudecido!
¡Y para siempre!...

¡Que Dios haya acogido en su seno el alma del que a tantas mostró el camino del cielo!

Ramón Ascanio y León.

En la tumba de D. Silverio

Fué de todos en el mundo
Conocido y admirado,
Como orador consumado
Y teólogo profundo.

Rindió su postrer aliento,
Y nadie supo jamás
Lo que en él valía más:
Si el corazón o el talento.

Antonio Zerolo.

D. Silverio Alonso del Castillo

El silencio y la soledad nos producen honda tristeza.

Sólo el recuerdo de sus buenas obras nos consuela.

Su muerte ha dejado la desolación.

¡Su voz persuasiva y elocuente jamás volverá a resonar en los templos! ..
¡Ni su pluma volverá a ponerse al servicio de las Ciencias y de las Letras!...
¡Ni sus anhelos por el bien público pesarán más en las decisiones de las sociedades patrióticas y en las de las reuniones de los hombres de buena voluntad!

Enjuguemos nuestras lágrimas los amigos que le hemos querido y elevemos nuestro espíritu a Dios en fervorosa oración..., y depositemos una corona sobre su tumba en testimonio del culto que rendimos a sus virtudes y a su talento.

Manuel de Ossuna.

R. I. P.

«Me encomiendo a María Auxiliadora»,
Fué la postrera frase que me dijo.
Y tranquilo murió, al nacer la Aurora,
En las manos teniendo el Crucifijo.

Santiago Beyro.

Si grande es el vacío que experimenta una familia con la muerte de uno de sus deudos, no es menor el que se causa en un pueblo con la desaparición de uno de sus hijos más preclaros.

La ciudad de La Laguna está de pé-

same por el fallecimiento del M. I. señor Canónigo Doctoral de la Diócesis, Dr. D. Silverio Alonso del Castillo y Pérez; y así lo ha demostrado, acudiendo todas las clases de la sociedad, en imponente manifestación de duelo, a acompañar sus restos mortales.

Inteligencia privilegiada, vasta cultura, patriotismo arraigado: he aquí las dotes que, unidas a una grande humildad y a fable trato, constituían al señor Alonso del Castillo en un hombre superior, en una figura sobresaliente que honraba a su país y a los que tuvimos la satisfacción de ser distinguidos con su amistad.

Elevemos a Dios una plegaria por el eterno descanso del alma del amigo querido, mientras lloramos su irreparable pérdida.

Juan de Ascanio.

Tras penosa enfermedad ha muerto el que fué prolijo en amar, como un buen hijo, las glorias de esta Ciudad. Rindió culto a la verdad con su elevado criterio, cumplió bien su ministerio, y como orador profundo, ha dejado en este mundo justa fama D. Silverio.

T. Capote.

¡El Doctoral de Tenerife ha muerto!

Momento aciago fué aquel en que cruel enfermedad tronchó una existencia para nosotros tan querida. Vis-támonos de luto, porque jamás volveremos a escuchar de sus labios la palabra evangélica.

El sepulcro no devuelve su presa.

Ayer hablaba de él, mi antiguo profesor, que tanto me distinguía, y a quién yo tanto respetaba, con complaciente orgullo; hoy lloro al pensar que prematura muerte lo arrebatara del seno de nuestra Corporación Capitular.

Morir para quien muere en Jesucristo es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas; es dormirse entre los hombres para despertar entre los ángeles.

Pero el corazón humano no encuentra consuelo cuando se separa para siempre de nuestro lado un ser querido, lleno de vida, privándonos de las delicias de su trato y del fruto de su inteligencia.

Porque era don Silverio Alonso uno de esos espiritus que por donde quiera que pasan van difundiendo las simpatías de su carácter y las luces de su ingenio.

Había nacido orador, circunstancia que le obligaba a reprimirse en todo momento, pues le sobraban palabras. Pero cuando las dejaba correr, en la conversación particular o en el discurso, salían como un torrente, empujándose unas a otras las frases hechas.

Lo que él hizo con su palabra en la Cátedra sagrada y lo que la muerte no le dejó seguir haciendo, no es necesario decirlo. Todos conocemos los trabajos practicados por ese infatigable maestro del púlpito.

Ha muerto sorprendido en el ejercicio pleno de la predicación de la palabra de Dios.

Apenas hace dos meses que siguiendo antiguas costumbres y teniendo ya en su sangre el germen de la dolencia que le ha llevado al sepulcro, corría al santuario de Nuestra Señora de Candelaria para cantar allá, ante numerosa concurrencia, las glorias de tan excelsa patrona.

Tal vez aquel viaje le precipitara la muerte... Acatemos los inescrutables designios de la divina Providencia.

Ante tales golpes, ninguna ciencia, ninguna filosofía alcanza a la sublimidad de la oración de Cristo: «Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo».

Descanse en paz el sabio y modesto sacerdote.

Enrique González Medina.

Lectoral de Tenerife.

Otro que desfila

¡No sé si llegaré tarde! Pero en fin, llámese me o no, llegue o no llegue a tiempo, aquí va mi voluntad.

En la mañana del día ocho del corriente, cuarenta campanadas dadas en la torre de la Catedral anunciaron al público que el Illmo. Cabildo estaba de duelo.

Pero ni las cuarenta campanadas, ni el luto de la Corporación, eran bastante a explicar la estela de tristeza que la fúnebre noticia iba dejando en su marcha.

Algo más llevaba en sí y algo más desconsolador debía de encerrar la triste nueva, cuando tanto impresionaba al vecindario.

Efectivamente, la noticia de la muerte de D. Silverio Alonso del Castillo impresionó en La Laguna, y la cubrió de tristeza, porque para la ciudad significa una pérdida de valor. Y no se venga a sacar a colada, lo de que todo muerto tiene sus laudes, porque la alabanza con verdad, más es pago de deuda, que incienso que se quema.

Más sí por todos ha sido sentida la muerte del ilustre sacerdote, para la generación que ya se marcha por el proscenio del teatro de la vida, lo ha sido mucho más; porque no solo es otro más que desfila, cuanto porque es sabido que las brechas, que la parca

abra con su piqueta demoleadora en esta muralla de medios centenarios, no admiten reparos, además que en los pueblos las figuras salientes de cada etapa no tienen reemplazo dentro de ellas.

Pero si no hay quien llene el vacío que nos ha dejado con su muerte el Canónigo Doctoral, tampoco hay en esta generación quien le olvide, porque si no bastara a recordarle sus triunfos escolares y académicos y los altos cargos que desempeñara, su fecundísima oratoria sagrada no dejará perecer su memoria. Porque no hay que dudarle, D. Silverio fué el orador sagrado más fecundo de estos últimos treinta años en esta Diócesis.

Quizás el abuso que hizo de su facundia y de la condescendencia de su carácter que no sabía negarse al menor requerimiento, le perjudicara en su fama de orador; pues es sabido que no todos los momentos de la vida son felices para los ingenios. Pero estas pequeñas sombras que algún meticuloso y catoniano preceptista pudiera ver en la predicación de don Silverio, nunca serán bastantes para apejar su figura del pedestal que se labrara; porque cuando la ocasión lo permitía y el empeño lo pedía, sus oraciones salían esmeradamente pulidas; cuando no, su talento y verbosidad llenaban satisfactoriamente las faltas de lima y pulimento. Así que preparándose tuvo el don de asimilar a los Bossuet y Maciñón y como repentista, a los Contre-ras y Calatayud.

La oratoria era su pasión y su elemento. Sin quererlo y quizás hasta sin notarlo, ya hablara con el entendido o con el rústico, con el amigo o el simple conocido, su conversación a la menor de cambio tomaba la forma de discurso. Según me dicen, hasta en el lecho de muerte rindió parias a la oratoria, pues días antes de su fin, reunió a su familia y pronunció su postrer discurso. Lástima no se hubieran podido

recoger sus palabras: seguramente la ocasión y el prejuicio de su cercano término inflamarían su elocuencia.

No hay que dudarle: el mérito sobresaliente del finado estaba en su fecunda oratoria.

¡Pero lo que son las cosas del mundo! Un hombre de estas cualidades, cuan poco medró en su carrera. ¿Sería culpa de los hombres? ¿Sería de su carácter? Por otra parte, ¡cuánto adocuin lustrado! Pero no haya pena: sobre los adoquines rueda la humanidad, los vehículos y los cuadrúpedos.

¿Y de todo esto qué?... Nada. Otro que desfila, un nuevo hueco, una hueca más. ¡Ay, cuán corta es la vida y cuán pequeños los talentos y honores.

José Rodríguez Moure.

Laguna, Abril 14 de 1905.

Tributo merecido

¡El Sr. D. Silverio Alonso del Castillo ha muerto; y mientras las culpas de Adán bajaron su cuerpo a la tumba fría, sus atributos han elevado su alma a la mansión de los justos! No podemos dudarle los que en su penosa enfermedad le vimos sufrir con la paciencia de un santo, y le oímos repetir aquella célebre frase de santa Teresa: "*Señor, vivir para padecer.*"

El hombre científico que dió honra a las letras nacionales, suspendió la pluma que todavía conserva fresca la tinta, de cuando se ponía al servicio de la patria.

El eminente orador, verdadero apóstol de Jesucristo, que tanto honró la oratoria sagrada, con su muerte se ha cubierto el púlpito de zarzas y los católicos de negros crespones.

El honrado ciudadano que alegre cantaba las glorias de la patria, lamen-

tando también sus desdichas, y luchando siempre por el bien común de sus conciudadanos, ¡ha dejado de existir!

Así los hombres de talento, los literatos, los patriotas y finalmente los buenos católicos, todos somos herederos de sus indelebles recuerdos que, como flores siemprevivas, cultivaremos en el jardín de nuestra mente, para tejerle una corona inmarcesible.

Como los Nortes soplan la brisa consoladora que da vida a las plantas y alegría los campos, así la fama de este sabio repercutió en mis oídos; y antes de verle admiré su vasto criterio.

Más tarde le traté y en el corto lapso de tiempo de nuestra amistad, no supe que admirar más: si el raro talento que le distinguía, o su humildad atrayente, propia de los hombres de bien.

Atendiendo a buen número de necrologías encomiásticas que de personas ilustradas he leído en la prensa, es muy insignificante esta mía; pero ante las numerosas pruebas de amistad que últimamente recibí del amigo cariñoso, sería una ingratitud no rendirle el último tributo; y así como elevó al cielo mis plegarias en sufragio de su alma, quiero también depositar dos lágrimas en su sepulcro, para tener derecho a las flores que ellas allí refresquen.

S. Dos Santos.

D. E. P.

Llego, bien lo sé, rezagado; pero justifico mi tardanza con una sola palabra: esperaba.

Esperaba un espacio sobrante en el semanario donde perfilara mis primeros trabajos dirigidos por el que hoy llora justamente la muerte del Demóstenes de las Canarias, del sabio modes-

to que no en lejanos tiempos guiara mi pluma estéril, animado del noble deseo de hacer de mi un hombre culto.

El púlpito, la prensa y la cátedra visiten negros crespones, y en el corazón de los laguneros, de los que le oímos en cada uno de esos elevados puestos, queda un vacío, una inspiración, un deseo imposible de describir.

Los que en los pasados días de Semana Santa acostumbábamos a oír la voz potente y sonora del que hoy lloramos, hemos hallado un vacío que nadie ha llenado; aspirábamos como siempre a oírle y ya la tierra sellaba su boca para siempre; hemos deseado verle levantarse esbelto entre las multitudes que invadía los templos y todo ha sido en vano ¡Acatemos los altos destinos del Supremo!...

Mi silencio en esta ocasión hubiera sido reprochable: uníanme al difunto, cuya pérdida lamento, lazos de amistad y gratitud. Oí de sus labios palabras de enseñanza y frases de amistad afectuosa; justo es que él oiga desde la eternidad mis protestas de respeto y mi ferviente *De profundis*.

Descanse en paz el orador canario, el sabio catedrático, el culto escritor, el excelente amigo D. Silverio Alonso del Castillo y Pérez.

F. Ramos.

No le olvidaremos

Es de noche. En vano la mirada quiere penetrar en las tinieblas. El verdor de los árboles, los hermosos colores de las flores, todo es negrura, solo se divisa el azul del firmamento y el brillo del agua en que se refleja. El grito de un ave nocturna estremece; el viento remeda gemidos; cada árbol finge un fantasma, la fuente y el arroyo

parecen correr asustados procurando hacer el menor ruido. El desgraciado se siente más degradado; el triste más triste; oprímese el corazón del medroso; siente vaga melancolía el que es feliz. El insomne se revuelve en el lecho. El que vela a un enfermo querido, agobiado por la angustia, se estremece cuando la campana del reloj anuncia un paso más hacia la eternidad. Los que duermen reparan sus fuerzas y no tienen conciencia del tiempo. Los que bailan y cantan anhelan eterna la noche del placer. Los que se inclinan ante una mesa de juego querían interminables las noches del vicio, de la ruina, de la desesperación. Solo éstos no hallan largo el imperio de las sombras, los demás desean el momento del amanecer cuando las nubes se tiñen de oro y de rosa, envía el sol su primer rayo y rápida la luz se extiende penetrando como curiosa en los más apartados rincones, entre las apiñadas hojas de los árboles, al través de limpidos cristales, de misteriosas celosías, de verdes persianas, de los mal cubiertos techos de las cabañas.

La noche con sus sombras que la mirada no puede penetrar, pero que atenúa dulcemente a intervalos la luna, con su melancolía, su nota alegre y su nota trágica, hace pensar en lo que es la humanidad, en lo que son las masas con la oscuridad de la ignorancia, la angustia de la superstición, el rayo de luna de las inteligencias cultivadas, la nota alegre bulliciosa de los que gozan, la nota trágica de los que entregándose al vicio llegan hasta el crimen. El día recuerda el paso por el mundo de los genios, de los hombres que sobresalen entre las masas. Pero hay días muy distintos, por más que su duración solo varíe de manera lenta y uniforme volviendo siempre al punto de partida. Aquellos en que el aire acaricia y el sol alegre se asemejan a la vida de los hombres superiores que enseñan con su cultura, dan ejemplo con

su conducta, cautivan con su palabra y con la lectura de sus obras si son escritores, y desaparecen dejando lágrimas en los ojos, paz en el apenado corazón, esperanza en el ancho y firme camino por ellos trazado, como deja un hermoso día bellas las plantas, tibio el ambiente, lleno de esperanza el corazón del labrador. En lo que el sol abraza y el aire es ardiente como el que se respira cerca de un fragua, el calor que da la vida, se convierte por su exceso en agente de la muerte, secando las flores, agostando las plantas, haciendo decaer el cuerpo humano, preparando la noche bochornosa, el cansancio, el retroceso o la pérdida de aquello mismo a que da vida, a semejanza de esos sabios que al escudriñar los arcanos de la ciencia, faltos de equilibrio intelectual o invadidos sus cerebros por la fiebre que los lleva al delirio, van de error en error diciendo: «esta es la verdad», y al llegar al ocaso de su vida han convertido en obra de destrucción el gran bien que podían haber hecho a la humanidad.

Cuando lluvias torrenciales inundan la tierra, el viento sacude con furia cuanto halla a su paso y azota sin compasión lo que oponiéndole enérgica resistencia no se doblega ante su poder, ensordecen los truenos y parecen temblar las techumbres sobre nuestras cabezas, los pavimentos bajo nuestros pies, la obra de destrucción a que asistimos nos angustia, pues sabemos que sus consecuencias son edificios estropeados o en ruina; cosechas destruidas; inutilizadas obras que han costado muchas fatigas, árboles arrancados de cuajo, quizá vidas que han terminado entre los fragores del huracán, ¿qué imagen representa más fielmente al pigmeo que cree es el mudo pedestal de su figura, son los hombres el material de que dispone para subir a él y en aras de su ambición o de su capricho sacrifica las vidas y hacienda de los demás?

A los primeros, a los que se asemejan al día de espléndido sol y fresca brisa, pertenecía don Silverio Alonso del Castillo y Pérez, el ilustre hijo de La Laguna, cuya pérdida sume en duelo a la ciudad entera.

«Es una esperanza», oía yo decir hace muchos años, y con curiosidad de niña miraba al joven sacerdote de quien tanto se prometían por su inteligencia y revelantes cualidades, y las esperanzas se cumplieron, y aquel sacerdote fué grande por su talento, que no podía hermanar con los fanatismos, por su modestia en la que se embotaban las armas de la envidia, por su amor al pueblo en que vió la luz, por su bondad, por su conducta intachable, por su entusiasmo en todo lo que fuera digno, lo que fuera noble, lo que revelara progreso, por su carencia de vanidad, por su saber. Llorémosle todos.

Al llegar la Semana Santa, esos días en que su voz resonando bajo las bóvedas de los templos despertaba en los corazones ecos imborrables, las campanas anunciaron su fin. Triste, dolorido, el pueblo le acompañó a la última morada; pero aunque apagada para siempre está su voz, la obra que llevó a cabo con su elocuencia y con su ejemplo seguirá dando saludables frutos, y el camino que señalaba, en el que nos precediera, queda abierto para todos.

Los que le hemos oído en la sagrada cátedra, es decir, todo el pueblo de La Laguna, casi de la isla, recordaremos siempre sus sermones. Yo recuerdo uno sobre todos: La multitud se apiñaba en el templo; los cantos entristecían el espíritu; las luces de las tinieblas se apagaban lentamente; la orquesta dió grandiosas proporciones al acto; subió al púlpito don Silverio Alonso del Castillo; dejó caer sobre el pueblo su mirada tranquila, y con voz clara y potente, dió principio a su inspirada y elocuentísima oración con las

palabras: «Adonde vá la dama romana»... Y momentos después el templo, la multitud que lo llenaba, las luces y los altares, casi puedo decir habían desaparecido ante mis ojos; con claridad pasmosa veía la sociedad romana con sus emperadores crueles y sanguinarios, sus patricios orgullosos que miraban como cosas a los esclavos y las mujeres, sus damas cubiertas de esplendores llevando pequeños puñales para castigar a las esclavas que no acertaban lo que su capricho se forjara, y destacándose de tanta crueldad, de tanto orgullo, la figura del Nazareno predicando una doctrina de igualdad, que a todos hacía hermanos, de caridad, de paz, de perdón. Y aquella sociedad con su oro y sus olopeles, se empequeñecía, y la figura del Nazareno, envuelta en su modesta vestidura, se agrandaba, se elevaba sobre todas las miserias humanas, mostraba nuevos horizontes, parecía decir al espíritu: la tierra es la morada de la materia, estás en ella de tránsito, cumples una misión, la vida es una prueba, no te dejes vencer por la materia, y que, al romperse la cárcel que te aprisiona te lances al espacio purificado, digno de mejor destino que este mundo, valle de lágrimas y de miserias.

Dolores Pérez Martel.

Necrología

El día ocho de Abril del corriente año se cumplió el primer aniversario de la muerte del ilustre sacerdote, del insigne hijo de la ciudad de La Laguna, el inolvidable Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de la diócesis de Tenerife, M. I. Sr. Dr. D. Silverio Alonso del Castillo y Pérez.

¡Qué día aquel. !

¡Fué una figura verdaderamente excepcional!...

El alma se rinde desolada por el dolor.

«El duelo por su muerte ha puesto en evidencia el interés de su vida.»

Su nunca bastantemente llorado fallecimiento dominó y absorbió la atención de la provincia entera.

Y tuvo su razón de ser...

Nada llega a mover nuestro corazón como la pérdida del justo. Y el señor don Silverio lo fué.

Imitémosle, edificándonos con su vida para morir tranquilos. No olvidemos aquella expresión de San Ambrosio: «La muerte es el testimonio de la vida».

El sabio y piadoso Doctoral confirmó palmariamente esta verdad.

* * *

Cuando nos despedimos del ser amado, por lo general le pedimos su retrato. Es una prueba de verdadero afecto, que estimamos en lo mucho que vale. Al ausentarnos sentimos esa necesidad: el corazón la impone. Esto decía, si bien mejor expresado, el orador modelo, señor Alonso del Castillo y Pérez, desde el púlpito de la parroquia de la entonces villa de los Llanos, en la Palma, cuando giró su visita a ella, en calidad de Delegado del hoy difunto Prelado, Excmo. e Ilmo. señor Dr. don Ildefonso Joaquín Infante y Macías. En aquella función memorable y solemnísimá, en que el templo estaba literalmente cuajado de fieles, al despedirse de éstos, les añadió, profundamente conmovido: «Ningún otro recuerdo mejor puedo dejaros que el retrato de Jesucristo». Y luego, con elevación de estilo, con fácil y elocuente palabra, rayando en lo sublime, hizo de tal manera la descripción del Hombre-Dios, le retrató de tal forma y tan a la perfección, que ni el inspirado pincel de Murillo pudiera hacerlo mejor.

Don Silverio fué un artífice de la palabra, un sabio verdadero, un escritor

consumado, un orador como Manterola, un sacerdote virtuoso. En el campo de las Ciencias y de las Letras, subió hasta donde suben las águilas. Fué también poeta.

* * *

En este primer aniversario de la generalmente sentidísima muerte, en este primer aniversario en que nos lamentamos de tan grande pérdida y evocamos, con el corazón despedazado de dolor, su nombre inmortal; y, en fin, en este primer aniversario, en que rogamos y hacemos sufragios al Señor por el eterno descanso de su alma, tócale a la prensa publicar su retrato, esto, hacer su biografía, para provecho y estímulo de quienes justamente ven en don Silverio un tipo que imitar. Bien conocemos que nuestra mal cortada pluma está muy lejos de merecer este honor, pero discúlpala ciertamente la buena voluntad que la guía.

El inolvidable Doctoral, con su palabra y con su pluma, cantando himnos a la virtud, hizo los retratos de varios varones eminentes...

No hay plazo que no se cumpla. *Amor con amor se paga.* Y a D. Silverio corresponde *ahora* ser retratado.

* * *

El 20 de junio de 1842, y en la hermosa ciudad de los Adelantados, nació el que bien pronto habría de ser una gloria de ella.

De rostro moreno, de presencia gallarda y severa y de ojos de águila, no tardó en demostrar su verdadera vocación al estado eclesiástico, que abrazó *sin dudas ni vacilaciones*...

Estudió en los notables Seminarios conciliares de Las Palmas y Sevilla, obteniendo en los exámenes de todas las asignaturas la nota de *sobresaliente*. De Bachiller en Artes, se graduó en el Instituto de su ciudad natal. El profesor admiraba su gran talento.

En Granada se Doctoró en Sagrada Teología, recibiendo igual investidura de Doctor en Sagrados Cánones, en Toledo. Una y otra con la nota *nemine discrepante*. En la Escuela Libre de Derecho de La Laguna se graduó de Licenciado en Derecho civil y canónico.

Por el eminentísimo señor Cardenal Orzobispo de Sevilla, con dimisorias de su Ordinario, fué ascendido al Sagrado orden del Presbiteriado, en 16 de Marzo de 1867.

Recibió de sus superiores eclesiásticos muy especiales distinciones, como él se merecía.

Fué Examinador Sinodal de varias diócesis de España.

Publicóse la vacante de la Canogía Doctoral de Tenerife. ¿Quién había de disputársela a nuestro ilustre biografiado? Después de brillantísimos ejercicios, que le merecieron las más entusiastas felicitaciones de las personas cultas e ilustradas, se posesionó de su prebenda, el 5 de Septiembre de 1872.

Era excesivamente modesto. Esta hermosísima virtud, que cultivaba sin afectación, sin hipocresías, *no le permitió* ascender, como sus indiscutibles y reconocidos merecimientos reclamaban con estricta justicia.

Murió de Doctoral, y nadie le envidió: un morir tranquilo denuncia un vivir perfecto. He aquí resumida la relativamente breve existencia del inolvidable don Silverio Alonso del Castillo.

No pudo sustraerse al mandato de sus Prelados, que le nombraron distintas veces Gobernador Eclesiástico y Provisor y Vicario general. El Cabildo le eligió Vicario Capitular en 1882 y 1888. También desempeñó el cargo de Fiscal general del Tribunal Eclesiástico de esta propia Diócesis. El sabio y virtuoso Prelado Urquinaona le amaba y distinguió muchísimo.

Desempeñó con verdadero lucimiento varias Cátedras en el Seminario Conciliar de este Obispado, en el Instituto provincial de Canarias y en la

Escuela libre de Derecho anexa al mismo.

Nombrado Visitador general, recorrió todas las parroquias de la isla de la Palma, dando en ellas misión de abundante fruto espiritual. El nombre de don Silverio no se borrará jamás de la memoria de los palmeros. Cual nuevo Padre Félix, predicó, como él, las glorias y grandezas del cristianismo. ¡Qué misión aquélla, en la cual colaboró un moralista notable, que ya no existe: el señor Gutiérrez!

Su Santidad, el inmortal Pontífice León XIII, le condecoró. Visitó al Pontífice en nombre del Obispo y del Cabildo de Tenerife en 1878.

Figuró en la Junta provincial de Instrucción pública, como vocal eclesiástico, en la Económica de Amigos del País de Tenerife, como Censor, en la Matritense, como socio corresponsal, y en el tercer Congreso Católico de Sevilla, como miembro titular.

Restauró y abrió al culto público, en 1876, la parroquia del Sagrario Catedral, que la alcaldía declaró en estado ruinoso. Lo mismo hizo con la ermita de San Sebastián, donde actualmente están instaladas las Hermanitas de los pobres, y en el Santuario de San Diego. Se inscribió con 5.000 pesetas para la reconstrucción de su Catedral, por cuya obra tanto se afaná y desveló.

Es justo hacer constar, que él, y sólo él, inició y promovió la coronación de Nuestra Señora de Candelaria, preparando además, las coronas para dicho acto, que realizó el Obispo señor Torrijos, de perpétua memoria. Por eso, aquel pueblo agradecido le invitaba siempre, le rogaba encarecidamente que fuese a predicar en la festividad del 15 de Agosto; y joh designios incomprensibles del Altísimo!, allí adquirió la enfermedad que más tarde le condujo al sepulcro, no sin antes él mismo predecirlo desde la Cátedra Sagrada que ocupaba: *Tal vez serán ya pocas las veces—dijo—que he de volver*

aquí a predicar. Predicción que no tardó mucho en cumplirse.

Predicó mucho y bien. Son contados los templos de esta Diócesis en que no lo hizo. En la oración fúnebre por el gran Papa Pío IX y en la del Rey Pacificador, el malogrado D. Alfonso XII, llamó extraordinariamente la atención. Y sus discursos, notabilísimos, cuando la traslación de los restos del Conquistador, centenario de Viera, aniversario de Nelson, apertura de la Escuela de Derecho y la del Seminario, ¿dónde los dejamos...?

En Santa Cruz de Tenerife estableció la predicación de las *Siete Palabras*, en el Vierre Santo. En La Laguna, los martes del Cristo.

En las veladas públicas, de carácter científico y literario, tomó siempre una parte muy activa. Sus poesías estaban llenas de ternura y sentimiento. Sus trabajos en prosa, eran elocuentes y profundos, como todos los suyos.

Y por último, fué un sincero y devotísimo patriota: amaba con delirio a su pueblo, a su sin par Laguna: sus alegrías y sus desdichas las hacía suyas. Fué un hijo y un hermano excelente. Como amigo, se distinguió por estas mismas condiciones; por sus propias cualidades.

Nuestro sabio y virtuoso señor Obispo, el Excmo. y muy amado señor Rey Redondo, decía de él, que era un sacerdote de buena fama, vida y costumbres, de los más celosos y trabajadores de su Diócesis, y digno, por consiguiente, de obtener un ascenso en su carrera, en recompensa de sus servicios.

* * *

Muy útil y provechoso hubiera sido para la Iglesia y para la Religión, el ingreso de nuestro biografiado ilustre en el Episcopado.

La *justicia humana* tiene sus deficiencias e imperfecciones... ¡Qué lástima!

El antiguo Doctoral de Tenerife habrá ya recibido seguramente en el Cielo, si piadosamente pensamos, el premio por sus merecimientos y servicios.

* * *

Murió, encomendando él mismo su espíritu a Dios, con una oración dulce, conmovedora, y después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.

La noticia se propagó con rapidéz eléctrica.

El duelo fué general.

Su entierro una evidéntísima manifestación de lo mucho que se le amaba. Era el pueblo agradecido de La Laguna, sin distinción de clases ni personas, que se agrupaba en torno del cadáver a rendirle su último tributo. Eran muchas las personas de otros pueblos que concurrieron a identificarse en el dolor sentido, tan grande y profundo como la extensión e intensidad del motivo que lo originaba.

* * *

Descanse en paz el infortunado don Silverio.

Sus amigos, ya más resignados, al unísono con su familia, dirigiendo sus ojos al Cielo, repiten en estos días en que se conmemora tan triste acontecimiento, y como lenitivo para la pena que se sufre, aquellas tiernas palabras de San Jerónimo: «Vos nos le disteis, Señor, para hacer nuestra dicha: Vos nos le pedísteis y os lo dimos con el corazón despedazado de dolor: hágase, pues, vuestra santa voluntad».

Bartolomé Pérez Cáceres.

La Palma (Llanos) 8 de Abril de 1907.

En la sentida muerte

del Sr. D Silverio Alonso del Castillo y Pérez.

Si, como anhelo, condensar pudiera,
Voces del alma y luz del pensamiento,
Diera forma al profundo sentimiento
Que en breves frases reflejar quisiera.

La voz del corazón, la voz sincera
Dice tan solo en espontáneo acento:
«¡Palabra, amor, saber, virtud, talento
Que pierde y llora Tenerife entera

Sacerdote ejemplar, recta conciencia,
Su bondad y cristiana mansedumbre
Fortifica en las almas la creencia.

Y humilde sin temor ni pesadumbre
Deja en su eterna, prematura ausencia,
Como radiante sol su clara lumbre».

Joaquín Estrada.

Abril de 1906.

Recuerdo ⁽¹⁾

A la memoria del señor don Silverio Alonso del Castillo y Pérez, Doctoral de Tenerife, en el 15.º año de su fallecimiento.

Seis años ha, que uno de los hijos mas ilustres de La Laguna se durmió para siempre.

¡Para siempre!... ¡Y que triste es decirlo, tratándose del Doctoral don Silverio Alonso del Castillo y Pérez!...

El que estas líneas escribe—que ya en otra ocasión vertió flores de su pobre ingenio sobre la tumba del gran orador—, juzgando que el rasero del olvido no debe pesar sobre su memoria, toma de nuevo la pluma para exaltarla, grabarla y difundirla.

(1) Artículo publicado en un periódico de la localidad el 8 de Abril de 1912.

Era el Doctoral de Tenerife un hombre lleno de toda ciencia, en especial de las filosóficas, morales y sociales, y en ellas encontraba material, argumento y savia para sus insuperables oraciones.

Quién le oyó puede dar testimonio de lo que era en el púlpito esa águila de la elocuencia, ese coloso, cuya palabra subyugaba al público, le oprímia, le anonadaba...

¡Como ponderar la fuerza de su raciocinio, la claridad en la exposición de las más abstrusas y difíciles cuestiones, la perspicacia de juicio, la manera habilísima de apoderarse del auditorio, de tenerle pendiente de su voz durante horas, sin dejarle alentar, ni distraerse un segundo, ni respirar si quiera!

¡Que forma tan nueva de presentar los más trillados asuntos! ¡Que de relaciones misteriosas encontraba entre objetos o ideas al parecer incoherentes!

Diráse que su oratoria no era reposada y académica. Más, ¿que importa? ¿Acaso el mar no es más grandioso cuando rompe en espumas y estremece los riscos en su asiento, que al tenderse en movimiento acompasado sobre las finas arenas de las playas?..

El mismo sentimiento de lo que expresaba le hacía ser desordenado en la acción. Era tal su entusiasmo en circunstancias que parecía perder la conciencia de sí propio.

Muchas veces hemos recordado a este propósito aquella soberbia oración, que improvisó en el Realejo alto, en el 4.º Centenario de la Conquista.

Parece que lo estamos viendo. Secos sus labios, pálido el rostro, vaga la mirada, descompuesto el semblante, agitado su cuerpo, semejaba un poseído, un hombre fuera de sí, un espíritu ultraterreno.

¡Jamás se han cantado, ni se cantarán, la bellezas del Valle y la majestad del Teide, jamás se ha tributado a la

memoria de las nobles razas guanche y española un homenaje más elevado, como lo fueron aquel día, a la luz del cielo, en la plaza pública, por el verbo incomparable del señor Alonso del Castillo!

¡Lástima que esta oración, como casi todas las suyas, no haya sido trasladada al papel e impresa!

Cuando su espíritu aun alentaba, cuando sus palabras resonaban sin cesar bajo las bóvedas de uno y otro templo de Tenerife, nadie se cuidó de recoger y guardar el eco de su voz. Hoy que este se ha extinguido, lamentamos nuestro abandono.

El Doctoral de Tenerife, que desempeñó en la Diócesis los más elevados cargos, que fué Gobernador eclesiástico, Provisor y Vicario Capitular en distintas ocasiones, tuvo méritos, más que sobrados, para que brillara en su índice el anillo de haber tenido por campo de acción uno más extenso.

La Ciudad de La Laguna, su patria, no debiera dejar que el tiempo transcurriese sin dedicar a su memoria un recuerdo perdurable.

Hágase así, como tributo de justicia, como estímulo para las nuevas generaciones y como timbre, el más honroso, que una ciudad puede ostentar ante propios y extraños.

Ramón Ascanio y León.

Juicios de la prensa

Noticiero Canario

Víctima de acerbos padecimientos falleció ayer en esta ciudad, después de recibir la Bendición de S. S. el Papa Pío X, el Ilmo. Sr Doctoral de Tenerife.

Su muerte es una pérdida grande para la provincia. D. Silverio, como

vilgarmente se le conocía, era un bonete que honraba al clero y una personalidad de prestigios inestimables por sus virtudes cívicas, y así la triste noticia cundió rápidamente en la ciudad y en todos los pueblos de la isla produciendo intenso sentimiento.

Nació el día 20 de Junio de 1842, contando, pues, a su muerte, 63 años de edad.

Desde muy joven manifestó su decidida vocación a la carrera eclesiástica.

Estudió en los Seminarios de Las Palmas y Sevilla, obteniendo la primera nota en los exámenes de todas las asignaturas.

En Granada se doctoró en la Facultad de Teología y fueron tan brillantes sus ejercicios, que los profesores le aconsejaron y decidieron, garantizándole el éxito por el resultado de aquellos exámenes, a que se opusiera a una canongía vacante a la sazón en el celebrado Colegio del Sacro Monte, propósito que no realizó por oponerse tenazmente a ello su familia, a la que profesó siempre un entrañable cariño.

El grado de Doctor en Derecho Canónico lo tomó, también con las primeras notas, en el Seminario Central pontificio de Toledo.

Poseía asimismo el título de Licenciado en Derecho civil.

El 7 de Septiembre de 1872 se posesionó del cargo de Canónigo Doctoral de la Catedral de esta Diócesis, prebenda que obtuvo por oposición, cuyos ejercicios fueron notables y por los que recibió calurosas felicitaciones de todas las personas ilustradas que presurosas acudieron a presenciarlos.

Muy joven aún, desempeñó la fiscalía del Tribunal eclesiástico; poco después fué nombrado por el Obispo señor Urquinaona, Gobernador, cargo que desempeñó hasta el restablecimiento de la Diócesis de Tenerife en 1877.

El nuevo Obispo, señor Infante, le nombró Provisor y Vicario general, co-

mo también, más tarde, otros Prelados, el señor Cervera y el actual señor Rey Redondo, le confirieron la misma distinción.

Al vacar la Mitra por dos o tres veces, el Cabildo Catedral, por unanimidad, le nombró Vicario Capitular, durando la vacante de una de ellas más de cuatro años.

Se sabe que por especial recomendación y aprobación del Vaticano, en atención a sus relevantes méritos, fué propuesto para Obispo; pero intrigas, que no son del caso mencionar, le arrebataron aquel premio tan justo como merecido por un sacerdote de la talla de don Silverio.

Muchos años fué profesor del Instituto de segunda enseñanza de esta ciudad, del Seminario Conciliar de la Diócesis desde que se fundó, y de Derecho Canónico y Disciplina eclesiástica en la Escuela libre de Derecho, desde que se estableció en esta ciudad, en 1869, hasta que se suprimió.

Por su iniciativa y con su concurso se llevaron a cabo obras importantes en los primeros templos de esta ciudad, entre ellos en la parroquia del Sagrario, iglesias de San Sebastián, San Diego y otras ermitas.

Al ilustre muerto se le debe el expediente y realización de la Coronación de la Virgen de Candelaria.

Era Misionero Apostólico, Examinador Sinodal de muchas diócesis de España, y estaba en posesión de varias altas condecoraciones y distinciones pontificias.

Como orador sagrado era verdaderamente notable; pocos o ningunos serán los pueblos de Tenerife que hayan dejado de oírle. Era bastante decir: predica D. Silverio, para que los templos estuvieran llenos. Su ciencia, sus hermosos pensamientos, su castiza frase, cautivaban los auditores. Tiene discursos tan sobresalientes, que enumerarlos sería tarea de nunca acabar, como que puede asegurarse que es el

sacerdote que más ha predicado durante su vida. Recordamos uno de sus sermones, el que pronunció con motivo de los funerales del malogrado rey D. Alfonso XII, que es un verdadero dechado de patrióticos y sublimes conceptos.

Pero no contrajo su oratoria a la cátedra; en veladas literarias, en Ateneos, en grandes solemnidades científicas, don Silverio Alonso fué siempre el *alma mater*, y desde la tribuna, desde el banco, al erguirse aquella modesta figura que envolvía un alma tan grande y un corazón tan fogoso, sus oyentes y admiradores, que eramos todos, quedaban subyugados.

Era también periodista y sus artículos se cotizaban con grande empeño; no fué poeta de altos vuelos, pero hacía versos hermosos en los que reflejaba sentimientos de singular nobleza.

* * *

La conducción de su cadáver al Cementerio, que se verificó ayer tarde, fué una grandiosa manifestación de duelo, expresada por todas las clases sociales. El Cabildo Catedral, con Cruz alta, todo el Clero de la ciudad, hermandades y cofradías, claustros del Instituto y del Seminario, representaciones de corporaciones, sociedades y prensa, y en una palabra, La Laguna entera, rindió el último tributo de respeto a una de sus más preclaras glorias que la muerte le arrebató.

El Tiempo

En la mañana de ayer dejó de existir en la vecina ciudad de La Laguna el M. I. señor Canónigo Doctoral de la Catedral de esta Diócesis, D. Silverio Alonso del Castillo, de cuyas dotes oratorias y de cuya superior inteligencia dió innumerables muestras desde

la sagrada cátedra y cuyas virtudes y bondades resplandecieron siempre elevándole a uno de los primeros puestos de la Iglesia y conquistándole el aprecio de todas las clases sociales, las que manifestaron su pesar concurriendo a su entierro que tuvo lugar ayer tarde.

Que Dios haya acogido en su seno el alma del finado, y reciba su distinguida familia, especialmente su hermano el docto profesor don Mateo Alonso del Castillo, la sentida expresión de nuestro pésame.

Diario de Tenerife

La penosa enfermedad que desde los primeros días de Febrero último tenía postrado en cama al sabio y respetable Doctoral de la Catedral de La Laguna, nuestro antiguo y querido amigo don Silverio Alonso del Castillo, tuvo en la madrugada de ayer funesto desenlace.

Con su muerte pierde la Iglesia un sacerdote virtuoso y de gran ilustración y un predicador profundo y elocuente; La Laguna uno de sus hijos más distinguidos y más sinceramente entusiastas de las tradiciones, las glorias y los prestigios de la vieja ciudad; la sociedad un buen ciudadano, y su familia un modelo de hijo y de hermano; los que fuimos sus amigos no podremos olvidar las bondades que atoraba su corazón, ni su trato afable, abierto y cariñoso, con frecuencia jovial, pero siempre correcto y distinguido.

Prueba evidente del respeto que a todos inspiraba y del cariño que se le tenía en La Laguna, fué la manifestación de duelo hecha ayer tarde a su cadáver, en la que tomaron parte todas las clases de la sociedad y hombres de todas las ideas y de todos los partidos.

Nosotros, al asociarnos al duelo público, reiteramos a sus hermanos el testimonio de nuestro sincero pésame.

La Opinión

Después de crueles padecimientos, dejó de existir en la vecina ciudad de La Laguna, a las tres de la madrugada de ayer, el respetable y virtuoso sacerdote, Doctoral de aquella Santa Iglesia Catedral, don Silverio Alonso del Castillo.

La muerte de este ilustrado hijo de aquella ciudad, ha causado hondísima pena a sus numerosos amigos y admiradores.

Duerma en paz el venerable sacerdote y reciba su atribulada familia, y en particular nuestro compañero en la prensa, el director de LA LAGUNA, don Mateo Alonso, hermano del finado, la sincera expresión de nuestra sentida condolencia.

El Progreso

En la vecina ciudad ha fallecido el antiguo canónigo Doctoral de la Catedral de Tenerife, don Silverio Alonso del Castillo y Pérez, persona que por sus dotes de inteligencia y sólida ilustración ocupaba un puesto preeminente en la intelectualidad canaria.

Reciba la dolorida familia del finado la expresión de nuestro pésame más sentido.

El Fomento. Canario

Ha dejado de existir el día 8 en la ciudad de La Laguna el Dr. D. Silverio Alonso del Castillo y Pérez, gloria legítima del púlpito, honra y prez del Ilustre Cabildo que le contaba entre sus miembros.

De vasta ilustración, escribió mucho, y la prensa católica publicó muchos artículos suyos en que demostraba pleno conocimiento de las ciencias morales, sociales y políticas.

La muerte del ilustrado hijo de aquella ciudad ha sido muy sentida por sus numerosos amigos y admiradores.

Descanse en paz el venerable sacerdote y reciba su atribulada familia, en particular nuestro compañero en la prensa, don Mateo Alonso del Castillo, nuestro más sentido pésame.

La Prensa de Las Palmas

En la Ciudad de La Laguna, de la vecina isla de Tenerife, ha fallecido el M. I. Sr. Canónigo Doctoral de la Catedral de aquella Diócesis, don Silverio Alonso del Castillo.

Su virtud y su ciencia le hacían una de las primeras figuras del clero de Tenerife, y por sus resplandecientes bondades se había conquistado el aprecio y el cariño de cuantos le conocieron.

Al mismo tiempo que elevamos al cielo nuestras súplicas por el eterno descanso de su alma, damos a su distinguida familia y en particular al profesor del Instituto, su hermano don Mateo, nuestro más sentido pésame.

Diario de Avisos

Con profundo sentimiento damos la noticia del fatal desenlace que tuvo en su enfermedad, pasando al no ser, nuestro muy querido y respetable amigo el M. I. Canónigo Doctoral de la Catedral de esta Diócesis, D. Silverio Alonso del Castillo.

D. Silverio era apreciado de todos cuantos tuvimos el gusto de tratarle; su carácter franco y desinteresado le hizo objeto de generales simpatías.

En los templos de esta Capital y fuera de ella se oyó muchas veces su autorizada palabra, siempre llena de unición evangélica.

Por sus talentos no comunes, llegó a ocupar cargos que algunos gestiona-

ban por influencias; no por esto, esos mismos que le disputaban honores, eran sus enemigos; jamás don Silverio los tuvo. Todos, desde el más ilustre al más ignorante le ofrecían su incondicional amistad; todos veían en el docto sacerdote el modelo de sinceridad, de nobleza, de elevados sentimientos. Con su virtud se confundían la laboriosidad y la lealtad.

He aquí el motivo porque los habitantes de la Ciudad de los Adelantados, se congregaron con tan triste motivo para tributarle los últimos honores, haciendo pública manifestación del sentimiento que le embargaba, rindiendo el último homenaje de simpatía al inolvidable y querido amigo.

A sus familiares, entre los que contamos con muy buenos amigos, enviamos la expresión de nuestra condolencia y muy especialmente a su inconsolable hermano D. Mateo, por pérdida tan irreparable.

¡Descanse en paz el malogrado don Silverio!

Unión Liberal

La penosa enfermedad que desde los primeros días de Febrero último tenía postrado en su cama al sabio y respetable Doctoral de La Laguna, don Silverio Alonso del Castillo, tuvo el día 8 funesto desenlace.

Con su muerte pierde la Iglesia un sacerdote virtuoso y de gran ilustración y un predicador profundo y elocuente; La Laguna uno de sus hijos más distinguidos.

Nuestro sentido pésame a su familia.

El Valle

Ha fallecido en La Laguna el sabio Doctoral D. Silverio Alonso del Castillo y Pérez.

Fué correctísimo y fácil escritor; bri-

llante y fluido orador sagrado; de corazón altruista y de carácter ejemplar.

Su muerte ha sido una verdadera y muy sentida desgracia para la ciudad de los Adelantados, que le quería entrañablemente

Magisterio Canario

Ha fallecido en la vecina ciudad de La Laguna el Canónigo Doctoral de la Catedral de la Diócesis, Sr. D. Silverio Alonso del Castillo y Pérez.

El finado era sacerdote de vastísima ilustración, orador elocuente; desempeñó los primeros cargos de la iglesia, dentro de su gerarquía; en solemnidades académicas tomó siempre parte cautivando con su palabra; fué catedrático del Instituto de segunda enseñanza y del Seminario Conciliar y estaba en posesión de varias distinciones pontificias como premio a sus relevantes méritos. Con su muerte, Tenerife y las letras patrias están de duelo. . .

El Defensor

A los 63 años de edad, ha fallecido en la ciudad de La Laguna el Sr. Doctoral de la Catedral de Tenerife, D. Silverio Alonso del Castillo.

Aunque estábamos enterados de su grave enfermedad, la noticia de su muerte nos ha causado profundo sentimiento, pues vemos desaparecer al sacerdote ejemplar y dignísimo, al orador verdaderamente notable, que con su fácil y elocuente palabra llegó a conquistar mucha fama, y un puesto distinguidísimo entre los predicadores religiosos de la Provincia de Canarias.

Los hijos de La Laguna, por muchas lágrimas que derramen, nuncan llorarán bastante la inesperada muerte del sabio y virtuoso sacerdote, que con su predicación y con su ejemplo, sos-

tuvo por espacio de muchos años su nombre a una altura envidiable, no solamente en la Ciudad de los Adelantados, sino en toda la Isla de Tenerife, donde se conserva aun en el corazón

de sus habitantes, el recuerdo de las profundas oraciones sagradas que pronunciara magistralmente desde la cátedra de la verdad.

¡Tenerife está de duelo!...





INDICE

	<u>Página</u>
¿PRÓLOGO?	3
VERSOS	5
Al Papado	5
La Cruz	5
Sin primavera	5
A una coqueta	5
Las campanas	6
Reflexiones	6
La Felicidad	6
A D. ^a María Olivera de Pimienta	6
El monte de las Mercedes	7
Mis elogios	7
Plantas exóticas	7
El Periodista	8
No era feliz	8
Viernes de Dolores	8
Entronización del Corazón de Jesús	8
Contemplando un arroyo	8
Como quiero vivir	9
Vano intento	9
A La Laguna del Cristo	9
En la velada pró Zerolo	10
A un obrero anarquista	10
Mal y remedio	10
12 de Octubre	10
A mis Conchas	11

Alegrías de un viejo	11
La Cruz Roja	11
Los niños muertos	11
Horrible contraste	12
A Paco Pinto	12
Ni tanto ni tan poco	13
Noche buena	13
¡Funesto error!	13
Sicilia y Calabria	13
A España	13
Infeliz	13
¡Triste ocaso!	14
¡Siempre con honra!	14
El balcón triste	14
La Cruz	14
Contrastes del ¿Quo vadis?	14
Impresiones. Al Ateneo de La Laguna	15
El «muera España» de las turbas catalanas	15
¡Murió Campoamor!	15
Año Nuevo	16
De actualidad	16
Al casino «Brisas del Teide»	16
Caridad	16
A Málaga, desde Gibralfaro	17
A Rosarito Maury	17
La muerte	17
Al Rey Alfonso XIII, en el día de su jura	17
¡Alerta!	17
X	17
Grecia y Europa.	18
Al pueblo yankee	18
Un candidato	18
El árbol	18
Las huelgas	18
La amistad	19
A Canalejas	19
Reflexión y súplica	19
La muerte de Verdaguer	19
Lucha de gladiadores	19
A La Laguna de Tenerife	20
Feliz tránsito	20
El mes de Junio	20
Por los cerros de Ubeda	20
A España, ultrajada por los yankees	21
A mi esposa	21
El siglo XIX	21
A Kruger	22

	Página
A la Doctora Mística	22
La influencia del árbol	22
¡Adiós!	22
Lo de siempre	23
Impresión Visitando a Bollullos del Condado.	23
¡Sin tí!	23
Epitafio. En la muerte de S. A. R. la infanta D. ^a María Luisa de Borbón	23
La duda	23
D. José M. ^a Pinto y Vega	24
Todo está igual	24
La muerte de Balaguer	24
Inconsecuencia	24
A España. En un aniversario de la derrota de Nelson en Tenerife	24
La Batería íntegra y triunfante	25
Epigrama	25
La Cruz Verde	26
Símil	26
Funesto ejemplo	26
Se van...	26
X	26
A la memoria de Tabares Bartlet	27
D. Juan Padrón	27
A España	27
A tí	27
Ingratitud	28
El pensamiento	28
Noble y Plebeyo	28
Los dos inviernos	28
Senda salvadora	29
Los dos soles	29
Aniversario. En el segundo de la muerte de mi Dolores	29
El siglo XX	30
Ante el Cristo	30
Para el gran viaje	30
Invocación	30
Un sueño	30
Echegaray. En el templo de la fama	31
A mi pueblo	31
Improvisación.	31
Política al uso	31
Pí y Margall	31
Triunfos de la soberbia	32
La Alhambra y Granada	34
Lo de siempre	34
Ambición	34

	Página
Fugaz	34
Duda	34
Añoranza	34
Tríptico: El gran cristiano Menéndez Pelayo. Constantino el Grande. El Arzobispo Bencomo	35
Amor infinito	35
Dicen algunos...	35
Todos iguales	35
Aniversario	36
Pregunto.—Nuestro hogar	36
Frente a Granada.—Juegos peligrosos.—Anhelos	36
A Adolfo Cabrera-Pinto	37
Aniversario. En el de la pérdida del crucero «Reina Re- gente»	37
Al Sol. En día de invierno	37
¡Murió Gabriel y Galán!	37
Unión firmísima	37
El portento del Cenáculo	38
Tristezas	38
A mi hija	38
Paz al caído	38
Lo único positivo	38
Mater Dolorosa	39
Añoranza	39
Vaticinio	39
Consejos	39
Consecuencia	39
Tejer y destejer	39
8 de Diciembre	40
Siempre igual	40
A Málaga	40
A Cánovas del Castillo	41
Sátira social	41
Antes del viaje	41
La experiencia.	41
Un hombre de ley	42
Diferencia.	42
Al partir. A mi familia y paisanos	42
¡Progresamos!	42
Aniversario. En el de la muerte de mi hija Mercedes	42
Curtimientos...	42
Suicidio. En el de un rico de la calle de Trajano	43
Fuera del Centro	43
En Semana Santa	43
La Caridad en el Ateneo	43
Zerolo. En el día de su fallecimiento	44
¿Hipócrita?	44

En una postal	44
Charada	44
Ante el Cristo	44
Analogías	44
Rápida	44
Las dos patrias	45
Epigrama	45
Ilusiones. Histórico	45
Cantares	45
Pensamientos	47
Contemplando el mar	49
La prensa católica	50
La opinión	50
Reflexiones. En el aniversario de la muerte del Príncipe Tinguaro	51
Solo el Teide	52
A las clases obreras	53
¿Por qué canto?	54
 PREFACIO A LA PROSA	 55
 VARIOS	 57
 Discurso leído en el Instituto de Canarias en la Velada con- memorativa del tercer centenario de la publicación del "Quijote"	 57
Recuerdos	61
Antaño y hogaño	64
✱ Discurso leído como Presidente del <i>Ateneo de La Laguna</i> , en la velada celebrada el 28 de Enero de 1917, en honor de D. Francisco González Díaz	66
El Coloseo	67
Discurso leído en la solemne inauguración de la Escuela Superior de Comercio de Canarias, en Santa Cruz de Tenerife	69
Cristo es Dios	73
El cuadro más hermoso	75
Carta-prólogo. Al Sr. D. Rafael Vilela y Montesoro	76
Discurso leído en el Instituto de segunda enseñanza de Canarias, en el acto solemne de la apertura del Curso académico de 1880 a 1881	79
El IV Centenario de la Conquista. En el Realejo-alto	87
El Anarquismo	90
Invierno y Primavera	92
Recuerdos de Venecia	93
Fragmentos del discurso leído en la solemne apertura del curso de 1907 a 1908 en la Escuela Superior de Co- mercio de Canarias	95

	<u>Página</u>
Correspondencia de Sevilla	101
La apertura del curso en la nueva Escuela de Maestras	104
Desde Sevilla. Fragmentos de una carta	106
Un ejemplo que debe imitarse	109
De conformidad	111
Despedida.	113
Discurso leído en la sesión pública celebrada por la Sociedad Instructiva de La Laguna la noche del 27 de Septiembre de 1880.	113
Petición fundada	120
La fuente del Cuervo. Fragmento del folletín de un periódico alicantino	122
Desde París	125
La Jura de la Bandera	128
Un libro notable	130
Impresiones de viaje	132
Las Hermanitas de los Pobres	135
Desde Sevilla	136
Conferencia dada el 18 de enero de 1880 en el Municipio de La Laguna	138
Excursiones veraniegas	145
Desde Sevilla	147
Sin egoismos locales	149
Cartas veraniegas	151
Desde Sevilla	161
El Teide	163
Opinión sobre el Regionalismo canario	167
Desde San Sebastián	169
¡Paz a los muertos!	171
El temporal de 7 de noviembre de 1826	174
Carta de Alcoy	176
Libros y folletos	178
Desde Sevilla	181
La electricidad	184
Desde Sevilla	185
Desde Barcelona	189
Fragmento del discurso leído como Secretario, en la Escuela de Comercio de Alicante	192
Desde Sevilla	195
X La muerte de un amigo	197
El 25 de diciembre	199
PRO LAGUNA	203
La Laguna de Tenerife. Fragmento de un artículo publicado en la revista mallorquina 'El Financiero'	203

XDiscurso leído en la inauguración solemne de la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife.	208
XCarta abierta	213
XFernández Bethencourt	216
XBibliografía	216
La fiesta del Cristo	218
XD. Pedro Bencomo	220
El nuevo Alcalde	222
XSin pasión	224
XD. Manuel de Ossuna y Saviñón	225
El Pendón de la Conquista	229
XD. José Rodríguez de la Oliva	232
Eugenio Domínguez y Guillén	235
Apuntes para la historia del cólera en La Laguna	239
¡Eureka! ¡Eureka!	241
Desde Sevilla	243
Los toros en La Laguna	246
A los devotos del Santísimo Cristo de La Laguna	248
El Baldaquino. Recuerdos	249
San Roque, el de la ladera	251
El Palacio de los Nava-Grimón	252
Un lagunero ilustre	253
Fragmento de una correspondencia de Sevilla	255
¿Coincidencia?...	257
Embellecimiento de la Ciudad.	258
Discurso leído en julio de 1890 en el acto de descubrir la lápida dedicada al vice-almirante de la Armada, Excelentísimo señor don Juan Bautista Antequera.	260
Nuestras fiestas. Fragmento.	264
El adoquinado	266
Mi valle	268
Geneto. Fragmento.	272
12 de octubre.	274
 CON PLUMA AJENA	 279
Duelo general.—A. Cabrera-Pinto	279
Un recuerdo.—Ramón de Ascanio y León	280
En la tumba de don Silverio.—Antonio Zerolo	281
D. Silverio Alonso del Castillo.—Manuel de Ossuna	281
R. I. P.—Santiago Beyro	281
Pensamiento.—Juan de Ascanio	281
Pensamiento.—T. Capote	282
¡El Doctoral de Tenerife ha muerto!—E. González Medina	282
Otro que desfila.—José Rodríguez Moure	283
Tributo merecido.—S. Dos-Santos.	284

	Página
D. E. P.— <i>F. Ramos</i>	284
No le olvidaremos.— <i>Dolores Pérez Martel</i>	285
Necrología— <i>Bartolomé Pérez Cáceres</i>	287
—En la sentida muerte del señor don Silverio Alonso del Cas- tillo y Pérez.— <i>Joaquín Estrada</i>	290
Recuerdo.— <i>Ramón de Ascanio y León</i>	290
Juicios de la Prensa: <i>Noticiero Canario</i>	291
<i>El Tiempo</i>	293
<i>Diario de Tenerife</i>	293
<i>La Opinión</i>	294
<i>El Progreso</i>	294
<i>El Fomento Canario</i>	294
<i>La Prensa de Las Palmas</i>	294
<i>Diario de Avisos</i>	294
<i>Unión Liberal</i>	295
<i>El Valle</i>	295
<i>Magisterio Canario</i>	295
<i>El Defensor</i>	295